THE LIBRARY OF CONGRESS

THE LIBRARY OF CONGRESS

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA

CURSO COMPLETO DE HISTORIA.

APROBACION DEL SEÑOR ARZOBISPO DE TOURS.

Nos, doctor Francisco Nicolas Magdalena Merlot, por la misericordia divina, y la gracia de la Santa Sede Apostólica, arzobispo de Tours.

Habiéndonos enterado de la obra intitulada *Compendio de la Historia de la Edad Media*, por el señor presbítero Drioux, catedrático de Historia en el seminario de Langres, nos apresuramos á unir nuestra aprobacion con las muy honoríficas obtenidas por su estimable autor y que recomiendan su libro como uno de aquellos en que se citan los hechos con la exactitud, conjunto y precision necesarios para ilustrar y dirigir con seguridad á los maestros y discípulos en el estudio de dicho interesante período tan imperfectamente conocido hasta ahora.

Dado en Tours con nuestra firma y el sello de nuestras armas, y refrendado por el secretario de nuestro arzobispado á 28 de marzo de 1845.

Firmado : † F. N. *Arzobispo de Tours.*

Por mandado de mi señor ilustrísimo y reverendísimo arzobispo de Tours.

Firmado : P. A. Vincent, *Can. Hon. secretario.*

APROBACION DEL SEÑOR OBISPO DE LANGRES.

Nos, obispo de Langres, habiendo leido la *Historia de la Edad Media* por el señor presbítero Drioux, catedrático de nuestro seminario, la hemos hallado conforme con la sana doctrina, y creemos que la citada obra es muy á propósito para dar un conocimiento exacto de aquella oscura época, porque los hechos se encuentran sólidamente estudiados, claramente expuestos y prudentemente apreciados. Por consiguiente la aprobamos por las presentes, la adoptamos para el uso de las casas de educacion de nuestra diócesis, y felicitamos sinceramente al autor por tan útil y concienzado trabajo.

Dado en Langres, el dia de la Epifanía, 6 de enero de 1845.

Firmado : P. L. *obispo de Langres.*

APROBACION DEL SEÑOR OBISPO DE DIJON.

Dijon 25 de enero de 1845.

Habiéndonos hecho dar cuenta de una obra intitulada *Compendio de la Historia de la Edad Media*, etc., por el señor presbítero Drioux, catedrático de Historia en el seminario de Langres, 1844: hemos reconocido en dicho libro un merito que no siempre se encuentra, ni con mucho, en las obras del mismo género dedicadas á la juventud estudiosa; y es que este trabajo pertenece originalmente al autor, que no es una recopilacion vulgar, y que al contrario demuestra en la eleccion y apreciacion de los hechos una obra de concienzuda erudicion.

Por consiguiente la aprobamos y recomendamos con mucho gusto.

Firmado : † Francisco, *obispo de Dijon.*

APROBACION DEL SEÑOR OBISPO DE CHARTRES.

He leido con satisfaccion y fruto el *Compendio de la Historia de la Edad Media* escrito por el señor presbítero Drioux, y he encontrado en él, ademas del estilo correspondiente al asunto, una claridad muy rara en las historias de aquellas epocas en que tan confusos y complicados se hallan los acontecimientos. Por ejemplo, en este Compendio se ve un excelente resúmen de las invasiones de los Bábaros, noticias muy exactas acerca de la parte que tuvieron en la destruccion de los antiguos imperios y en la reconstruccion de las sociedades modernas.

La obra del señor Drioux es tambien excelente bajo un punto de vista todavia mas importante. Como la Iglesia ha sido desacreditada hace mucho tiempo por la historia, es una obra muy propia de un cristiano y sobre todo de un sacerdote el devolver á la Iglesia su verdadero carácter, haciendo resaltar la *civilizadora* influencia de sus leyes, gerarquía, papas y obispos; bajo este concepto esencial el Compendio escrito por el señor Drioux nada deja que desear.

Creo pues que su estudio será muy útil para los jóvenes, á quienes está particularmente destinada.

Chartres, 10 de febrero de 1845.

Firmado : † Claudio Hip., *obispo de Chartres.*

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA

DESDE LA FUNDACION DE ROMA

HASTA LA INVASION DE LOS BARBAROS

PARA EL USO

DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SEGUNDA ENSEÑANZA,

POR EL PRESBITERO DRIOUX,

Antiguo profesor de Historia y de Retórica en el seminario de Langres,
Miembro de la sociedad literaria de la universidad católica
de Lovaina.

TERCERA EDICION

PARIS
LIBRERIA DE ROSA Y BOURET.

1862

Propiedad de los Editores.

APROBACION DEL SEÑOR OBISPO DE CHALONS.

Chalons 30 de moyo 1845.

Señor abate (1).

No puede menos de aplaudir el feliz pensamiento que ha tenido usted de presentar en dos cuadros claros y exactos la *Historia de la Edad Media* desde las irrupciones de los Bárbaros, y la de los tiempos modernos hasta nuestros dias. Estas dos obras serán leidas con mucho gusto y provecho no solo por los jóvenes, durante sus estudios sino tambien por los hombres maduros, que careciendo de tiempo para leer mucho, gustan de recorrer en Compendio y de una ojeada, por decirlo así, los grandes acontecimientos de que se componen nuestras historias.

Los *Compendios* escritos por usted son sumamente instructivos, parecen mas bien un recreo que un estudio, y bajo este concepto son muy á propósito para agradar aun á los lectores menos aplicados. No dudo que serán muy buscados en los colegios y pensiones, y por la misma razon en todos los seminarios, pues bajo el aspecto de la doctrina y de las costumbres no hay otro alguno que merezca mas confianza.

Suplico á usted reciba mi aprobacion de la obra y la seguridad del afecto que me ha inspirado su autor.

Soy de usted, etc. † M. J. *obispo de Châlons.*

APROBACION DEL SEÑOR OBISPO DE MONTAUBAN.

A imitacion de muchos de nuestros venerables colegas tenemos el mayor gusto en recomendar las dos obras del señor presbítero Drioux, intituladas. *Compendio de la Historia de la Edad Media* y *Compendio de la Historia moderna.* Estos dos manuales nos parecen muy á propósito, por su claridad y exactitud, para servir de base de la enseñanza de la historia en las casas de educacion; pero lo que los distingue con grandes ventajas, entre otros muchos libros del mismo género, es que la doctrina se encuentra en ellos siempre pura, y que los juicios acerca de las personas y de las cosas son siempre prudentes y concienzudos.

3 de junio de 1845.

Firmado: † J. Mar. *obispo de Montauban*

APROBACION DEL SEÑOR ARZOBISPO DE TOURS.

El Compendio de la Historia antigua y el *de la Historia moderna*, publicados hace algunos meses por el señor presbítero Drioux, catedrático de Historia en el seminario de Langres, nos parecen enteramente dignos de la reputacion del sabio y concienzudo autor del *Compendio de la Historia de la Edad Media.* No podemos menos de aplaudir sus trabajos, recomendarlos muy particularmente en cuanto de Nos depende, y rogar á Dios que obtengan todo el buen éxito que merecen las empresas de esta clase, inspiradas por el celo de la religion y de la ciencia, y realizadas con un talento reconocido por los mas honoríficos testimonios.

Tours 22 de abril 1846.

Firmado: F. N. *arzobispo de Tours.*

APROBACION DEL SEÑOR OBISPO DE LANGRES.

Nos, Obispo de Langres, habiendo hecho examinar el *Compendio de Historia sagrada* escrito por el señor presbítero Drioux, creemos que esta será muy útil para la infancia y la juventud.

Recomendámoslo, pues, á las casas de educacion para los jóvenes, á las pensiones de señoritas, y á todas las escuelas de nuestra diócesis.

Langres, 3 de febrero de 1847.

Firmado: † P. L. *obispo de Langres.*

(1) El título de abate *Abbé* se da en Francia á todos los sacerdotes y aun á los eclesiásticos que no han recibido todavia las órdenes mayores (N. del T.)

Poissy. — Imprenta de Arbieu.

Sv Transfer
JUL 2 1927

DG210
.D7
1862

ADVERTENCIA

DE LA PRIMERA EDICION.

La historia romana es una de aquellas cosas que todos creen saber y que, no obstante, casi todo el mundo ignora. Pregúntese á un jóven que ha concluido sus estudios, qué idea se ha formado de Rómulo y de sus sucesores, qué especie de revolucion operó el puñal de Bruto, cuáles eran los derechos de los plebeyos, qué significaba la ley agraria, de qué provenian las deudas que pesaban sobre el pueblo, qué hombres eran los Cincinatos, los Fabios, los Scipiones y los Anibales, qué pretendian los Gracos, qué diferencia habia entre Roma bajo el poder de Sila y Mario, Pompeyo y César, y Roma durante las guerras púnicas; la mayor parte de estas cuestiones los confundirán. La razon es muy sencilla: en los compendios puestos en manos de la juventud solo se toma en consideracion la historia ex-

terior de la república, se confunden ciertas anécdotas frecuentemente increibles con relaciones de batallas, y no se preocupan del desarrollo interior de la nacion. Casi todas las cuestiones sociales han sido olvidadas ó tocadas tan superficialmente que el jóven no ha podido comprender los cambios que el tiempo y las costumbres introducian en la gran ciudad.

El período de los emperadores está quizás todavía peor tratado, en lo general, que el de la república. La mayor parte de los autores se han limitado á hacer biografías horribles ó insignificantes, como si la historia se redujese á un museo de retratos mas ó menos ridículos. Ademas, falta absoluta de ideas complejas, nada de miras generales, ningun sistema que demuestre la caida de aquel gran pueblo y haga asistir á su agonía.

Por una inadvertencia que nos es imposible explicar, en obras impregnadas de un excelente espíritu apenas se encuentra una palabra que revele la existencia del cristianismo. En él está sin embargo el porvenir de la humanidad, en él la fuerza secreta que disuelve la sociedad antigua, en él en fin el consuelo para el corazon afligido por todos los horrores que le presenta el mundo antiguo al desaparecer.

No revelamos estos defectos de la mayor parte de los libros elementales con objeto de crítica ni para denigrarlos, pues somos los primeros en reconocer lo que encierran de bueno; pero manifestamos la impresion

que hemos experimentado al verlos en manos de los discípulos, porque tales impresiones son el motivo que nos ha hecho emprender nuestro trabajo y la regla que nos ha guiado en la ejecucion. Fija nuestra atencion en todos estos vacios, hemos procurado hacer algo para llenarlos.

Hemos conocido la necesidad de recurrir á los primeros manantiales y de estudiarlos bajo su verdadero punto de vista, y siempre lo hemos hecho con entera independencia é imparcialidad. Muchas veces hubiéramos querido motivar nuestros juicios, indicando los textos y la autoridad que les servia de base, pero el carácter de este *Resúmen* no lo permitia. Nos hemos pues contentado con indicar al principio de todo capítulo los autores que hemos consultado. Nada hemos escrito que no provenga de tal orígen, y si esta obra encierra alguna cosa útil no es á nosotros á quien corresponde el mérito.

INTRODUCCION.

Todos los pueblos tienen su mision en la tierra, y mientras mas grande y elevada es la mision de un pueblo, mayor interés ofrece su historia y merece mayor atencion. Esto supuesto, no hay nacion en el mundo antiguo que puede ponerse en parangon con los Romanos. La Grecia extendió su poder sobre todo el Oriente, pero no alcanza al Occidente. Roma fue la última de las grandes monarquías anunciadas por el profeta, que abrazó en el inmenso círculo de su dominacion todo el mundo civilizado. En una época de su historia no habia seguramente en la humanidad mas que dos suertes de hombres, los Romanos y los Bárbaros.

Lo que se encuentra de notable en esta amalgama de todos los pueblos es el genio de la ciudad conquistadora. Desde luego, profundamente exclusiva, la patria de Rómulo se adhiere con vigor á sus antiguas tradiciones, y en la escuela de las virtudes austeras y patrióticas es donde adquiere esa fuerza y poderio que deben merecerla el imperio del mundo. A medida que extiende su dominio, el carácter

de exclusion se debilita y al fin se ve á la orgullosa república experimentar la influencia de los pueblos que habia vencido. La Grecia es la primera que la encanta por el brillo de sus gracias y el prestigio de su palabra; mas tarde el Oriente le ofrece sus seducciones y la cautiva por el atractivo de las riquezas y los goces del deleite.

Resultan pues en la vida del pueblo romano tres edades: la edad italiana, la edad griega y la edad oriental. Nosotros podemos añadir la edad cristiana, que principiando un nuevo mundo alumbra con su luz la agonía del mundo antiguo.

Bajo el punto de vista religioso, la historia de Roma se resume en dos palabras: la *preparacion* y la *demostracion evangélica*. La *preparacion* dura hasta la caida de la república. Durante este primer período, se ve á Roma absorber en su seno todas las naciones. Despues de haber sometido el Lacio, ataca á los Samnitas, doma el norte y el mediodia de la Italia, pasa los mares, mide sus fuerzas con Cartago, y despues de vencer á tan terrible rival, somete la España, la Grecia, el Asia, el Egipto, las Gálias, en una palabra, todo el mundo civilizado. Todos estos pueblos reciben sus leyes y adoptan sus instituciones, viven en cierta manera de su vida, y hablan su lengua. El poder, la sociedad, el derecho, la ciencia, todo tiende á la unidad, y cuando los apóstoles predican el Evangelio, encuentran abierta la via á las nuevas doctrinas que tienen que enseñar.

El tiempo de la *demostracion evangélica* es aquella época de pruebas que tuvo que atravesar el cristianismo. Todos los emperadores se coaligaron contra la nueva religion, privaron de los bienes á los discípulos que la seguian, ó los enviaban cruelmente á la muerte. Los sabios se unieron á los poderosos del siglo, y mientras que estos se servian de la cuchilla, los primeros apelaban á la razon, á la elocuencia y á la

historia para desacreditar la doctrina de Jesucristo. Hubo calumniadores bastante atrevidos para acusar á los cristianos de ateismo, de conspiracion y de mil maldades espantosas. Para colmo de males se introdujo la division en el seno de la Iglesia, los cismas y las herejías la trastornaron. Sin embargo el cristianismo triunfó de todos los obstáculos, y su victoria fue una *demostracion* tan evidente de la verdad, que el mundo entero se rindió á su brillo y abandonó el culto de los falsos dioses.

Como cada pueblo no tiene necesariamente mas que una historia, las diferentes revoluciones experimentadas por Roma en su constitucion civil coinciden exactamente con las dos grandes fases religiosas que acabamos de indicar. Los primitivos tiempos hasta las guerras de los Samnitas no encierran mas que una época de formacion, caracterizada por esa incertidumbre y esa oscuridad que se encuentra en todas las cuestiones de orígen. Se sale de la region de los mitos y de las leyendas para entrar en el dominio de la historia precisamente en la época en que Roma principia su mision de pueblo conquistador. El genio latino, oculto por espacio de tan largo tiempo bajo esa impenetrable cubierta, se manifiesta en las obras y las naciones doblan su cerviz delante de él. Una sola le resiste, Cartago, la república de mercaderes; pero el soldado mercenario cede ante el soldado ciudadano, y todos los demas pueblos no ofrecen á Roma sino una presa en extremo fácil.

Pero los vencidos se vengan del vencedor comunicándole sus defectos. La Grecia llena con especialidad este papel de corrupcion. Sus ideas se extienden por Roma como un contagio; la nobleza y el pueblo las aceptan con furiosa mania. El genio latino desaparece insensiblemente ante el genio griego, y cuando este ha triunfado ya, cuando ha hecho nacer en Roma poetas, oradores ó historiadores comparables

á aquellos con que habia enriquecido á Atenas, las grandes conquistas concluyen, la *preparacion evangélica* se consuma, la república cae y el imperio se levanta.

Entonces aparece un nuevo gobierno, se presenta un nuevo pueblo, se anuncia una nueva religion. En esta segunda fase del pueblo romano se distingue el reinado de la *edad griega* y el de la *edad oriental.* La edad griega no dura mas que los dos primeros siglos del imperio. Despues de haber visto pasar sobre el trono á la familia de Augusto, tiene la gloria de dar el cetro á los Antoninos. El reinado de estos príncipes es el de la filosofía, y debe decirse que su estóica moral, incapaz de curar á la sociedad de ninguna de sus plagas, la contiene no obstante sobre el borde del abismo. Despues de las infamias de Tiberio, las locuras de Calígula, la imbecilidad de Claudio, la crueldad de Neron, la flaqueza de Galba y la glotonería de Vitelio, el mundo fue dichoso obedeciendo á los Trajanos, á los Adrianos, á los Antoninos y á los Marco Aurelios. Cómodo terminó desgraciadamente la série de estos príncipes ilustres.

Vino en seguida la edad oriental. Aquellos emperadores, embrutecidos por el lujo y los deleites del Asia, dieron en espectáculo los excesos mas irritantes y monstruosos. Su sangriento despotismo hizo pesar sobre la nacion males incalculables. Los soldados se dieron á disponer caprichosamente del poder soberano, y en poco tiempo se ensayaron todas las formas de gobierno. Una anarquía espantosa fue el resultado de tan torpes tentativas, y se ignoraba cómo el imperio podria triunfar de tal crísis, cuando el genio de los Claudios, de los Aurelianos y de los Probos fundó una especie de aristocracia militar que permitió á Diocleciano establecer su monarquía.

Nada mas triste sin duda que este triunfo de la corrupcion,

del lujo y del deleite; pero tales excesos eran los últimos esfuerzos de la sociedad pagana que el cristianismo heria de muerte. A medida que el mundo antiguo se desquicia y cae, el mundo nuevo se eleva y se extiende. La *demostracion* evangélica brilla con tanta mayor evidencia cuanto el paganismo tiene menos cuidado en ocultar sus flaquezas y miserias. Bajo el imperio de Diocleciano y de sus sucesores, se tienta de nuevo un gran golpe por el genio del mal para ahogar la semilla del Evangelio, que ve germinar y desarrollarse por todas partes, pero la mano de Dios destruye todos sus competidores á impulso de los golpes de su rival Constantino, y con este príncipe empieza la aurora del mundo regenerado.

Así, en resúmen, la historia romana se divide naturalmente en tres grandes partes: la primera que se extiende hasta la guerra de los Samnitas; la segunda que comprende los últimos tiempos de la república, y la tercera el imperio. Para mayor claridad hemos subdividido en este *Compendio* dichos tres períodos, y nos hemos conformado en cuanto nos ha sido posible á las divisiones ordinarias.

Con este objeto hemos separado el periodo del poder real del consulado, pero haremos notar que en el fondo domina la misma idea. Se trata para Roma de elaborar su constitucion. Desde luego Roma obedece á reyes, pero bajo la majestad se manifiestan ya las grandes divisiones de los patricios y de los plebeyos. La tiranía de Tarquino hizo odioso el poder soberano, se estableció el consulado por los patricios, y siguió la lucha entre las dos clases, pero mucho mas viva y animada, prolongándose hasta la guerra de los Samnitas, y hasta que fue reconocida la igualdad civil y política de los patricios y plebeyos.

Entonces se forma el pueblo y empiezan sus conquistas y su historia.

Decimos su historia porque nos parece imposible aceptar los cuatro primeros siglos de la república con toda la confianza y candor de ciertos autores clásicos. Tampoco querríamos llevar el escepticismo tan lejos como Niebuhr y su escuela. En esto, y frecuentemente en muchas otras cosas, la verdad se halla entre los dos extremos. Se deben aceptar los relatos de los tiempos primitivos como leyendas populares que encierran bajo una forma poética sucesos verdaderos, y que son siempre una fiel pintura de las costumbres y del carácter de la época en que ocurrieron. Así les damos en este *Compendio* completa extension.

El segundo período que comprende la república tiene su unidad en el movimiento de conquistas, que desde la guerra de los Samnitas hasta la muerte de César añade constantemente posesiones á los Romanos. Lo hemos dividido en dos partes, porque nos ha parecido importante precisar la época en que el genio griego principia á introducirse en Roma ; lo cual tuvo lugar en tiempo de los Gracos, es decir, en el momento mismo de la decadencia de la república. Los desórdenes civiles nacian en todas partes, y al cabo de un siglo de combates, la edad latina desaparece y el antiguo pueblo de los Cetegus muere en el campo de batalla. Un nuevo pueblo aparece, y el imperio reemplaza á la república.

Hemos caracterizado ya la edad griega y la edad oriental, que son las dos primeras fases por las que pasó el pueblo despues del cambio de su constitucion. Solo nos falta añadir una palabra acerca de la edad cristiana. Una vez asegurado el triunfo del cristianismo, Roma ha llenado su mision providencial. Ese pueblo extraordinario va á desaparecer de la escena. Constantino prepara la ruina y la caida de Roma trasladando á Constantinopla la capital del imperio. Los Bárbaros que rodean el mundo romano afilan sus armas y se disponen á arrojarse sobre la colosal potencia que admiran,

pero cuyos despojos ambicionan. Las grandes invasiones empiezan con Valente, y despues de la muerte de Teodosio ya no se encuentra nadie que los detenga.

La mision de Roma ha acabado, otros pueblos van á ocupar su lugar y principia una nueva era ; era llamada de la *edad media*, porque se halla entre los tiempos antiguos y los tiempos modernos.

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA.

PRIMERA PARTE.

LOS REYES.

CAPITULO PRIMERO.

De la Italia en general y de sus primeros habitantes (1).

Antes de principiar la Historia romana, es menester conocer la posicion general de Italia é indagar el orígen y carácter de sus primeros habitantes. Estudiando las costumbres é instituciones de aquellas poblaciones primitivas, es como se consigue explicar la formacion y desarrollo de la antigua Roma, pues todo el secreto de aquel gran pueblo se halla en el arte con que supo apropiarse todo cuanto habia de bien y útil entre las naciones que rodeaban su cuna. No vivió sino de prestado, sobre todo en los primeros tiempos, y este fenómeno nos parece digno de observarse.

(1) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: Entre los antiguos, Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso; entre los modernos, Heeren, *Manual de historia antigua;* Arendt, *Manual de antigüedades romanas;* Duruy, *Historia de los Romanos;* Am. Thierry, *Historia de los Galos,* etc.

§ I. Nociones geográficas sobre la Italia en general.

Sus límites y grandes divisiones. Los límites de la Italia son por el norte los Alpes, por el este el mar Adriático que llevaba tambien el nombre de *mare Superum,* por el sud el mar Jónico (*mare Ionium*) y el mar de Sicilia (*mare Siculum,*) por el oeste el mar Inferior ó mar Tirreno (*mare Inferum aut Tyrrhenum*). En las costas de Liguria se llamaba tambien á este mar *mare Ligusticum.*

Se divide este territorio en tres grandes partes : 1º la Italia superior ó setentrional desde los Alpes hasta los rios Rubicon y la Macra; 2º la Italia central desde el Rubicon y la Macra hasta Silaro y el Frento; 3º la Italia inferior ó meridional desde estos dos últimos rios hasta Sicilia.

De las montañas. Las montañas de Italia son los Alpes y los Apeninos. « Los Alpes son las montañas mas grandes de Europa; separan la Italia del continente... Se dividen en Alpes marítimos (*maritimæ*), cotienses (*cothiæ, vel cottianæ*), griegos (*graiæ*), peninos (*penninæ*), recianos (*rhæticæ*), cadorienses, julianos, nóricos (*noricæ, tridentinæ*). Los Alpes marítimos separan del mar el valle del Pó. Son una segunda barrera por esta parte. El Var y los Alpes cotienses y griegos separan la Italia de la Francia; los Alpes peninos de la Suiza; los Alpes recianos del Tirol; los Alpes cárnicos y julianos del Austria. Los Alpes nóricos son una segunda línea y dominan el Drava y el Muer.

Los Apeninos son montañas de segundo órden, muy inferiores á los Alpes; atraviesan la Italia y separan las aguas que van al Adriático de las que van al Mediterráneo. Empiezan donde concluyen los Alpes, en las colinas de Santiago, cerca del monte Ariol, el último de los Alpes. Santiago y el collado de Cadibona, inmediato á Savona, son mas bajos todavía, de suerte que dicho punto es al propio tiempo la parte mas baja de los Alpes y la mas baja de los Apeninos. Desde la primera colina, la de Cadibona, los Apeninos van elevándose siempre, por un movimiento inverso al de los

Alpes, hasta el centro de Italia. Se dividen en Apeninos ligurianos, Apeninos etruscos, Apeninos romanos, Apeninos napolitanos... Los Apeninos romanos terminan en el monte Velino, que elevándose á 1,300 toesas sobre el nivel del mar, está cubierto de nieve todo el verano. Desde este punto, los Apeninos van descendiendo hasta la extremidad del reino de Nápoles (1). »

De los volcanes. Antiguamente en todas estas montañas hubo volcanes. El naturalista puede aun hoy encontrar horribles vestigios de ellos en los montes basálticos del Tirol, del Veronesado, del Paduano y del Vicentino. El historiador los encuentra en las tradiciones populares que cuentan los ruidos subterráneos y los trastornos experimentados en la Etruria, tierra clásica de prodigios. Añádase á estas relaciones la fábula de Caco, vomitando llamas en las orillas del Tiber, la sima de Curcio en Roma, las murallas de fuego elevadas á Prenesto en el Lácio, las islas que habian salido del mar, los campos Flegrenos, las erupciones del Etna y del Vesuvio, y se verá á toda la Italia antigua agitada constantemente por convulsiones volcánicas. Hoy no se habla ya sino de erupciones alternativas del Vesuvio y del Solfatara, del horrible cráter del Etna y del movimiento de las islas Liparias que conmueven el Mediterráneo.

De los rios. Los rios de Italia son : al norte el Pó (*Padus*) que recibe por principales afluentes el Tesino (*Ticinus*,) el Adda (*Addua*), el Mincio (*Mincius*) y el Trebia (*Trebia*); el Adige (*Athesis*) ; el Piava (*Piavis*) é infinidad de otros torrentes que bajan de los Alpes para arrojarse inmediatamente en el Adriático. En la península los Apeninos están demasiado cerca de los dos mares para que los rios tengan largo curso. No se distinguen mas que el Arno (*Arnus*) en Etruria, el Tíber (*Tiberis*) en el Lácio, y el Vulturno (*Vulturnus*) en la Campaña. Los otros rios son insignificantes (2).

(1) Esto ha sido tomado de la admirable descripcion de la Italia hecha por Napoleon en Santa Elena. V. *Mémoires pour servir à l'histoire de France sous Napoléon*, t. III.

(2) Véase para mas detalles la *Geografía Histórica* del autor, cap. I.

Del clima y de las producciones. La Italia debe á su magnífica posicion el privilegio de gozar de todos los climas y de ver prosperar en su suelo toda clase de vegetacion. «El verde sombrío de los abetos, dice Cantu, se designa continuamente sobre las nieves eternas del monte Cenis, del Esplughen, del San Godardo; praderas aromáticas ofrecen al pié de los Alpes abundantes pastos á los ganados, y ciudades lombardas se levantan en la llanura en medio de calles de moreras y álamos. Una vez pasado el Pó se ven aparecer las alturas coronadas de jardines en terraplenes, y cerrillos ornados como en un dia solemne de festones, de pámpanos, brillando en el centro las hojas argentinas del olivo. Luego se presentan los bosques de naranjos y limoneros de la Campania; y la palmera, el cactus, el aloe advierten de la proximidad del Africa. Si se llega del mar, la sonrisa de Nápoles y de Mergelina hace encontrar lo que prometió el proverbio: *Un pedazo del cielo caido sobre la tierra* (1). » Se comprende que una comarca tan bella haya tentado á todos los pueblos del mundo antiguo, y que se hayan disputado con ardor su posesion.

§ II. Del origen de los primeros habitantes de Italia y de sus diversos establecimientos.

No hay nada mas oscuro é incierto que el origen de los primeros habitantes de Italia, así como de la historia de sus diferentes establecimientos. A pesar de los esfuerzos de los antiguos y de los modernos, la solucion de todos estos problemas es muy nebulosa é incompleta. Manifestaremos sin embargo lo que hemos encontrado de mas verosímil en medio de tantas tradiciones discordes, pero siempre observando que semejantes conjeturas nos inspiran natural desconfianza.

De los Pelasgios. La poblacion mas antigua de Italia, la que tomó por orgullo los sobrenombres de *Aborigenos, Casci*

(1) Cantu, *Histoire Universelle*, t. II, p. 407.

Opici, es decir, autochthones, era probablemente uno de los restos de la gran familia de Pelasgio, cuyas excursiones hemos seguido en la Grecia. Segun la tradicion edificaron doce pueblos en Etruria, doce en las orillas del Pó y doce al mediodia del Tíber (1). Estos terribles hijos de Enack (ó de Inacus) marcaron su paso por la tierra con construcciones gigantescas de que todavía se encuentran vestigios en las numerosas minas de Sabinia y del Lácio.

De los Sicanios y de los Ligures. Poco despues de la llegada de los terribles colonos, el norte de Italia fue invadido por las tribus ibéricas de los Sicanios y de los Ligures (1600). Dichas tribus, rechazadas por una invasion de los Celtas, salieron de España, donde se habian fijado, y se establecieron sobre ambas vertientes del Apenino setentrional en la comarca que mas tarde recibió de los Romanos el nombre de *Cisalpina*. El carácter belicoso de estas naciones, su costumbre de dividirse en otras tantas colonias ó poblaciones como valles ocupaban, fraccionó su poder hasta lo infinito y los tuvo sin cesar armados unos contra otros. Tan frecuentes combates y la llegada de los Ombrienos decidieron el paso de los Sicanios á Sicilia, cuya posesion partieron con los Sicules, que parece fueron los primeros habitantes de la isla.

De los Venetos. Despues de los Ligurianos vinieron de Tracia y de Iliria los Venetos. Este pueblo hasta entonces tan pobre y tan débil adquirió muy pronto riqueza y poder en la parte occidental del Cisalpino, donde se estableció. Padua era la capital, y hacia un brillante comercio con Grecia y la Sicilia. Esta valerosa nacion arrojó á los Eugabienses, y cuando los Etruscos vinieron luego á reclamar con las armas en la mano su parte de sol en aquella tierra encantadora de Italia, la Venecia se mantuvo firme y resistió victoriosamente los ataques de sus enemigos.

De los Ombrienses. Los Venetos, los Sicanios y los Ligures ocupaban la Italia superior cuando se vió descender de la cumbre de los Alpes á los Galos Ombrienses (*Ambra*, no-

(1) Véase l'*Histoire Ancienne* del autor, p. 116.

bles, valientes) (1350). Atacaron á los Sicanios todavía establecidos sobre el declive setentrional de los Apeninos, los obligaron á pasar á Sicilla, y repartieron el pais conquistado en tres porciones : la Is-Ombria ó baja Ombria que comprendia las llanuras circumpedáneas, la Oll Ombria ó alta Ombria, entre el Adriático y el Apenino, y la Vil-Ombria, ó Ombria maritima, entre el Apenino y el mar Tirreno. Aquellos bárbaros habitaban pequeños lugares abiertos, en medio de las llanuras, y vivian divididos en colonias ó tribus á la manera de los Celtas.

De los Etruscos. Despues de haberse multiplicado mucho, hácia el año 1050, los Etruscos llamados *Rhasenæ*, *Tusci*, salieron de la Rhecia y penetraron en Italia por los Alpes Rhecianos. Se establecieron primero en la Vil-Ombria y atacaron á los Oll-Ombrianos que al fin tuvieron que pedirles la paz. Estos nuevos conquistadores consiguieron aun llegar á formar tres grandes confederaciones compuestas de doce plazas fuertes que los hicieron por algun tiempo dueños de casi toda la península, desde los Alpes hasta el estrecho de Mesina. Reinaba la primera de dichas confederaciones sobre las orillas del Pó, la segunda tenia su centro cerca del Tíber en el pais de los Volgos y de los Rutulos, la tercera en la Campania. Vulturnum, Nola, Pompeya y Herculano fueron sus principales ciudades. Cultivaban con grande éxito las ciencias y las artes, y su dominacion sustituia en toda Italia á las rudas costumbres de los bárbaros las brillantes luces de una civilizacion relativamente muy avanzada. Pero carecian de unidad, y esta fue la causa de haber perecido tan grande nacion.

De los Griegos. Los Griegos los arrojaron del mediodia de Italia y fundaron tantas colonias que por su número se llamó aquella comarca la *Grande Grecia.* Cumes fue la primera de las ciudades griegas que sustituyó su dominacion á la de los Etruscos. Luego se elevaron sucesivamente Metaponte, Naxos, Siracusa, Hibla, Leontium, Catana, Sibaris, Tarento é infinidad de otras grandes poblaciones que aclimataron, bajo el cielo de Italia y de Sicilia, las costumbres y la

civilizacion de la Grecia (1). Todas estas colonias tuvieron sus filósofos y sus legisladores, como su madre patria. Pitágoras enseñaba en toda la Grande Grecia, mientras que Tales de Mileto tenia la primera escuela de filosofía en Jonia. Charondas y Zaleuco publicaban allí su código de leyes y se hicieron los bienhechores de aquella comarca, del mismo modo que Licurgo y Solon lo habian sido de Atenas.

De los Oscos. Mientras los Griegos ilustraban así la Italia, al paso que la sometiam á su dominio, se vieron aparecer en el centro las hordas bárbaras de los Oscos. Eran una mezcla de todas las naciones que habian venido anteriormente á disputarse el imperio de Italia. Pronto se unieron todos estos pueblos y sacudieron el yugo de los Etruscos. Adquirida su libertad, quedaron divididos en dos grandes confederaciones, segun la naturaleza de su posicion geográfica : los hombres de las montañas y los hombres de la llanura. Los montañeses se llamaban *Sabelianos*, y sus principales tribus comprendian los Sabinos, los Marses, los Samnitas, los Equos, los Herniques etc. Los *Osci* ó habitantes de la llanuras contaban entre ellos á las tribus de los Volgos, de los Latinos, de los Aruncos

(1) Tomamos de Cantu la tabla de las colonias griegas, segun la diferente época de fundacion de cada una.

1050. Cumes, fundada por los de Cymo en la Eubea, antes de la destruccion de Troya, produjo á Nápoles y á Zancle, que despues tomó el nombre de Mesana; de Zancle salieron Himera y Myles.
900. Metaponte, por los Pilenos de Elida, á su regreso de Troya, luego vuelta á poblar por los Aqueanos y los Sibaritas.
736. Naxos, por los Calcideos de Eubea.
730. Siracusa, por los Corintios: de ella, Acra en 665, Casmena en 645, Camarina en 600.
730. Hibla, por los Megarenses; de ella Tapsos.
730. Leontium, por los Calcideos; poco despues Catana.
720. Sybaris, por los Aqueanos ó Aqueos: reemplazada por Turium, en 446; de ella Posidonia en 510.
710. Crotona, por los Aqueos.
707. Tarento, por los Lacedemonios; de ella Heraclea en 433.
690. Gela, por los Rodios; de ella Agrigento en 582.
683. Locre de los Epizefirianos, por los Locrios.
668. Regio, por los Calcideos.
664. Mesana, por los Mesenios.
536. Elea, por los Focios que en 600 fundaron Marsella.
446. Turium, por los Atenienses.

é infinidad de otras hordas esparcidas en el Lacio y la Ausonia (1).

De los Galos. Los Etruscos dominaban aun toda la Italia setentrional hácia mediados del siglo VIII, cuando fue fundada Roma. En el año de 587 una horda de Galls, compuesta de Bituriges, de Edues, de Arvernes, y de Ambarres, pasó los Alpes bajo el mando de Belloveso, desembocó por el monte Ginebra y les presentó la batalla en las márgenes del Tesino. Belloveso salió victorioso y se apoderó de todo el pais que se extiende entre el Tesino y el Adda, al cual le dió el nombre de Insubres, aludiendo á las antiguas conquistas de los Ombrienses; echó los cimientos de *Mediolanum* (Milan) é hizo de ella su capital.

Despues bajó de los Alpes otro nuevo ejército de Alerkes, de Carnutas y sobre todo de Cenomanos. Su gefe ó Brenn era el impetuoso Elitovius (*el Huracan.*) Ayudados de los Insubres, arrojaron á los Etruscos de la Transpadania, fundaron Brescia y Verona y conservaron el nombre genérico de *Cenomanos.* Otra tercera emigracion formada de tríbus ligurienses se colocó poco despues al occidente de los Insubres, del lado opuesto del Tesino.

Lo que habia provocado estos movimientos en lo interior de la Galia, era una invasion de Cimbrios ó (*Kimris*) que habian dejado los bosques de la Germania y atravesado el Rhin. Despues de apoderarse de las comarcas setentrionales de la Galia, muchas de sus tríbus victoriosas se destacaron y cayeron sobre la via abierta por los Galos por la parte de Italia. Con el nombre de Boyes, de Anamanes y de Lingones se establecieron en la orilla derecha del Pó, y formaron lo que los Romanos llamaron despues la *Galia Cispadana.* Los Lingones estaban colocados cerca del mar, no lejos de la desembocadura del Pó; los Boyes eligieron por capital á Felsina que llamaron *Bononia* (Bolonia), y les Anamenses se fijaron al occidente de los Boyes. Una banda de Cenones, que vino des-

(1) Se llamaba asi el pais que se encuentra al sud del Lacio. Se habia extendido desde el promontorio de Circe hasta el estrecho de Sicilia, pero era entonces muy reducido, pues lo formaban solo algunas ciudades.

pues de todas estas tribus, edificó á *Sena* (Sinigalia) su capital, al sud de los Lingones, y se apoderó de todo el litoral del mar superior hasta el rio Aesis, es decir, hasta el norte del Picenum.

Los Etruscos se encontraron de este modo estrechados entre los Apeninos, el Picenum y el Lacio. La confederacion contó sin embargo doce grandes ciudades mas. entre las cuales se distinguian *Pisæ* (Pisa), *Pistoria* (Pistoya) *Fæsula* (Fiesola), *Perusia* (Perusa), *Falerii* (Falari) y *Veies*. Pero esta última revolucion en el norte de Italia no tuvo lugar sino es el año 521, de consiguiente siglo y medio despues de la fundacion de Roma.

§ III. De las instituciones civiles y religiosas de todos los antiguos pueblos de Italia.

Cuando Rómulo echó los cimientos de su grande ciudad, no habia pues en Italia mas que tres naciones considerables de raza distinta; los Griegos-Helenos en el mediodia, los Oscos en el centro y los Etruscos en el norte. No tenemos que ocuparnos ahora de los primeros, cuyas costumbres, doctrinas y hábitos eran los de las ciudades que produjeron estas colonias; pero apoyaremos tanto mas sobre las instituciones civiles y religiosas de los Oscos y de los Etruscos cuanto que ellas explican por sí solas el carácter y la constitucion de la antigua Roma.

DE LOS ETRUSCOS.

De su gobierno. Los Etruscos eran muy religiosos; no obstante, su gobierno no fue nunca puramente teocrático como el de todas las grandes naciones del Asia. Sus *lucumones* ó gefes eran al mismo tiempo sacerdotes y guerreros. El carácter sacerdotal y el génio militar se reunian en ellos con igual medida. Todas sus grandes ciudades tenian un *lucumon* encargado de hacer justicia cada nueve dias y de arreglar todos

los negocios administrativos. Entre estos magistrados elegia la confederacion un gefe en los momentos de peligro. Sus insignias eran el trage de púrpura, la corona de oro, el cetro con un águila en el extremo, el hacha, el haz, la silla curul y doce lictores. El pueblo se dividia en tríbus, en curias y en centurias. Cada confederacion se limitaba al número sagrado de doce ciudades; pero el territorio de estas grandes poblaciones encerraba otras muchas plazas importantes que les estaban sometidas, y fueron en las que se habian refugiado los indígenas despues de su derrota, pero sin tener asambleas ni magistrados, ni disfrutar derecho alguno civil; estaban absolutamente á discrecion de los *lucumones* y de las asambleas que estos presidian.

De la religion de los Etruscos. Como todos los pueblos antiguos, los Etruscos tenian dos doctrinas, la una *esotérica*, es decir secreta y misteriosa, la otra *exotérica*, ó pública. La primera estaba reservada á los sábios y á los sacerdotes: la segunda era la única que se hacia conocer al pueblo. En la doctrina secreta se encerraban la mayor parte de las verdades que fueron objeto de la revelacion primitiva; así sus filósofos sabian que no hay mas que un Dios, que el hombre ha sido formado de barro y creado en un estado perfecto, del que ha decaido, y que despues de la muerte los justos serán eternamente felices y los malos eternamente castigados. Pero en medio de conservar puras estas verdades fundamentales, se embaucaba al pueblo con los mas insentatos desvaríos. Se le habló de tres grandes dioses, Júpiter, Juno y minerva, que tenian como inferiores á otros doce dioses ocupados en gobernar el mundo. La imaginacion de los Etruscos, dirigida por semejante via de errores, divinizó despues cuantos objetos le chocaban. Toda la naturaleza material se pobló de divinidades; cada familia tuvo sus *penates*, cada casa sus *lares*; hasta se introdujeron en su mitología todos los dioses de los Pelasgios y de los Griegos, sin embargo con la diferencia notable que siempre supusieron á sus divinidades mucho mas morales que las otras.

De los sacerdotes etruscos. Con tan desfiguradas creencias

se comprende fácilmente que los Etruscos habian de ser en extremo supersticiosos. Una de las graves ocupaciones de sus sacerdotes consistia en observar el vuelo de las aves y sobre todo el resplandor de las centellas para sacar augurios. Se decia que tenian el poder de atraer los rayos, y en sus libros de adivinacion se hallan extensamente detalladas las diferentes inducciones que sacaban de los diversos modos con que el relámpago surca las nubes. Esta supersticion daba á los sacerdotes un inmenso poder; la credulidad del vulgo los hacia intervenir en todos los actos públicos y privados; hubiera sido una impiedad terrible elegir un magistrado, fundar una ciudad ó ni siquiera levantar un campo sin el sacerdote y sus santas ceremonias. El derecho mismo de propiedad era consagrado por la religion, pues los Etruscos no respetaban los límites del campo de sus vecinos sino por temor á los dioses.

De las letras, de las ciencias y de las artes. Los Etruscos gozaban de grande reputacion de saber y de habilidad. A sus escuelas enviaban los Romanos á sus hijos. Se cree que los números que llamamos *romanos* son de invencion etrusca. Varron cuenta que desde los tiempos remotos tenian una literatura muy rica. Desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros ninguno de sus numerosos monumentos literarios; lejos de conocer su literatura, los sabios no pueden ni aun decir qué lengua hablaban.

El tiempo ha respetado mas sus obras de arte. Se les atribuyen con seguridad las murallas exteriores del Capitolio, el grande albañal construido en la época de Tarquino, el anfiteatro de Sutrium, el teatro de Adria, y en general todas las obras mas antiguas de Roma. Se admira sobre todo sus sepulcros, que colocados en extensos hipogeos, formaban sombríos cementerios. El cementerio de Tarquinias, á doce leguas de Civita-Vecchia, es uno de las mas célebres. Recientes descubrimientos han presentado á la curiosidad de los anticuarios una infinidad de vasos etruscos cuya belleza y elegancia prueban la perfeccion del arte.

DE LOS OSCOS Y DE LOS SABELINOS.

Del gobierno de los Oscos y de los Sabelinos. Estas poblaciones formaban otras tantas repúblicas aristocráticas, La aristocracia era representada en ellas por un senado elegido entre las familias de los patricios. El senado se hallaba investido de todos los poderes, y no confiaba las primeras dignidades del Estado á magistrados particulares sino por un tiempo determinado. El carácter bárbaro de aquellas hordas se manifestaba por su supersticion y por sus instituciones judiciales. Muchos puntos de contacto podian establecerse bajo el punto de vista de las leyes y del gobierno entre las naciones del Lacio y los hombres del norte que se disputaron los despojos del imperio Romano. Como los Germanos, los Oscos y los Sabelinos se remitian en sus debates á las *ordalias,* ó juicios de Dios. Castigaban tambien las injurias con multas, reconocian el derecho de asilo para proteger al débil contra el fuerte, tomaban consigo servidores adictos que, como los *comites* germanos, los seguian por todas partes en vida y muerte; en fin sus patricios ó nobles tenian sus clientes, á los cuales recordaban despues involuntariamente los vasallos del feudalismo. Se hallaban igualmente divididos en tríbus, las cuales formaban confederaciones que solo se ponian en movimiento, cuando habia peligro, para rechazar al enemigo comun. Mientras duraba la paz, cada familia era libre y gozaba en sus dominios de autoridad absoluta.

De su religion. La religion de estos pueblos se reducia á un naturalismo grosero. Una fuente, una casa, un pueblo, en una palabra, todos los objetos que herian sus sentidos ó llamaban su atencion, eran para ellos otras tantas divinidades. Sobre estos dioses terrestres colocaron sus dioses nacionales, á quienes consideraban como soberanos absolutos de sus destinos. Nada hacian sin consultar los dioses, y su supersticion los llevaba á recurrir incesantemente á los oráculos y adivinos ; pero como los sacerdotes del Lacio no pasaban por tan hábiles como los de Etruria en estos artificios, tenian

menos influencia, y en toda la confederacion de los Oscos se les vió siempre inferiores á los guerreros.

Entre los Sabelinos, en medio de aquellas hordas de montañeses, habia ritos sangrientos cuyo pensamiento hace extremecer de horror. Se inmolaban víctimas humanas, segun una antigua preocupacion que hacia creer á los Italianos que debian sacrificar á los dioses todo cuanto naciese durante la primavera. Se mancillaron los altares con la sangre de los niños que veian la luz en dicha época; pero en la série de los tiempos, cuando se fueron suavizando las costumbres, se pensó valia mas empeñarse por voto á enviarlos, ásí que fuesen vigorosos, á fundar en otras partes establecimientos bajo el patronato de la divinidad á que habian sido consagrados. Esto es lo que se llamó la *primavera sagrada* (ver sacrum), institucion que contribuyó mucho á la prosperidad de cada ciudad, pues multiplicó las colonias.

De las costumbres de los Oscos. Antes de la fundacion de Roma eran estos pueblos casi enteramente extraños á toda civilizacion. En su lengua habia tres dialectos, el osco, el sabino y el latino; pero semejante lengua no habia producido todavía ninguna obra literaria, salvo tal vez algunos groseros cánticos. La simplicidad ruda y salvaje tenia al menos por compañeras costumbres castas y puras, como las de todas las poblaciones agrícolas. Se habituaba á los niños á una vida austera, haciéndoles acostarse sobre la tierra, bañarse en los rios en el invierno como durante el verano, y ejercitarse en el cultivo de los campos, en la caza y en el manejo de las armas. Los Oscos eran sóbrios, vestian sencillamente, y miraban como sagrados los derechos de la hospitalidad. De esta poblacion fuerte y poderosa debia elevarse Roma para hacerse dueña del mundo entero.

CAPITULO II.

Historia tradicional de los cuatro primeros reyes de Roma. Dinastia latino-troyana (754-614) (1).

Los principios de la historia Romana han ejercitado mucho la crítica de los historiadores modernos. Ha habido quienes no han visto en ella mas que mitos; pero para volver á encontrar el sentido de estos mitos ha sido menester tanto talento, que dudamos se haya tomado el buen camino para comprender una época tan esencialmente simple, tan candida é ignorante. Seguramente seria difícil tomar á la letra las relaciones confusas, inverosímiles y contradictorias de Tito Livio y de Dionisio de Halicarnaso. La historia de los primeros reyes de Roma sobre todo no nos parece sino una série de leyendas, enriquecidas con ficciones fabulosas por la imaginacion de los pueblos. En tal concepto no merece menos nuestra atencion, pues detrás de semejantes tradiciones se halla necesariamente oculta la verdad. Nada mas propio que estas ficciones para hacernos apercibir el carácter heróico y religioso de aquella época. Las referiremos pues con la mayor exactitud, dejando á cada uno el cuidado de discernir lo que hay en ellas de verdadero y positivo entre tantas fábulas antiguas.

§ I. De los reyes del Lacio desde Eneas hasta la fundacion de Roma.

Segun la tradicion, el primer rey del Lacio habria sido Jano (1451), el segundo Saturno (1415), y el tercero Pico (1382). Bajo el reinado del cuarto Fauno (1335), Evandró arribó á aquel pais con una colonia de Arcadienses. Eneas llegó despues, en tiempo de Latino, con cuya hija y heredera llamada Lavinia se casó. El héroe troyano derribó la dinastía indígena, y se consoló de esta manera de la pérdida del reino de Priamo. Su hijo Ascanio le sucedió y puso los cimientos á

(1) Autores que pueden consultarse: A los autores indicados en el precedente artículo hay todavia que añadir: para los antiguos, Plutarco, *Vida de Rómulo y de Numa*; para los modernos, Niebuhr, *Historia Romana*; Michelet, *Historia Romana, Obras de Vico*, etc.

una nueva capital que fué Alba-la-Larga. Ascanio dejó el trono á su hijo Silvio, que dió su nombre á todos los reyes que heredaron su corona. (1).

Su décimotercero sucesor, Numitor, fue desterrado por su hermano Amulio. Este usurpador para consolidarse en el trono hizo perecer á todos los hijos varones del rey legítimo. Su hija Rhea Silvia fue la única que no sufrió igual suerte, creyendo Amulio que bastaba condenarla á perpetua virginidad, encerrándola al efecto en un colegio de Vestales (2); pero Rhea, á pesar de sus votos sagrados, dió á luz dos gemelos, Rómulo y Remo. Al recibir tal noticia, el bárbaro Amulio la hizo arrojar á un espantoso calabozo, y dió la órden de precipitar los niños en el Tíber; pero por una casualidad extraordinaria las aguas estancadas del rio que habia salido de su cauce, se retiraron débilmente ante la cuna que encerraba á las inocentes víctimas, y un pastor llamado Faustulo viendo á una loba que los amamantaba, los recogió, maravillado de tal prodigio, y los hizo criar por su muger Laurencia.

Llegados á la edad de la adolescencia, empezaron estos jóvenes á recorrer los bosques, cazando animales y haciendo la guerra á los malhechores para enriquecer con sus despojos á Faustulo y demas pastores. Remo, hecho prisionero en una de estas peligrosas expediciones, fue entregado á Amulio, quien lo envió á Numitor para que se vengara en él; mas este, á quien habia hecho impresion las facciones, edad y carácter del cautivo, hizo llamar á Rómulo, que estaba ya instruido por Faustulo del secreto de su nacimiento, y el destituido monarca reconoció á sus nietos, favoreció su conspiracion con-

(1) Reyes de Alba: Jano (1451), Saturno (1415), Pico (1382). Fauno (1335), Latino (1301), Eneas (1250), Ascanio (1175), los Silvios (1136, 1107, 1066, 1018, 979, 959, 925, 912, 904, 863, 844, 817); Amulio Silvio (796). Otros historiadores dan una lista enteramente distinta tanto en los nombres como en las fechas.

(2) Las vestales eran las sacerdotisas de Vesta, diosa del fuego. Hacian voto de guardar la castidad durante todo el tiempo que estaban empleadas en el servicio de la diosa. Se cree que Eneas fue el primero que llevó este culto á Italia.

tra Amulio, y á favor de su valor recobró la corona que le habia sido usurpada.

Los dos hermanos resolvieron en seguida fundar una ciudad. Como eran gemelos, y la edad no podia determinar cuál de los dos seria el gefe de la nueva poblacion, se remitieron para ello á los augurios. Rómulo fue á situarse sobre el Palatino y Remo sobre el Aventino. Remo vió .seis buitres, mas Rómulo apercibió doce, y mereció ser saludado rey por sus compañeros.

§ II. Reinado de Rómulo (754-715).

Muerte de Remo. Conforme á los ritos etruscos, Rómulo trazó el circuito de la nueva ciudad con la reja de un arado que llevó al rededor del Palatino. Fue lo que se llamó el *Pomœrium.* Ya habia hecho abrir los cimientos de los muros, cuando Remo, celoso del poder real de su hermano, se burló de la empresa, impidió á los obreros que trabajasen, y añadiendo el insulto al escarnio saltó el foso diciendo : *Mirad con que facilidad lo pasará el enemigo.* Rómulo irritado de tal injuria lo mató con sus propias manos, exclamando : *Perezca de este modo cualquiera que se permita semejante atentado.* Hallándose solo en posesion del poder, dió su nombre á la nueva ciudad á ejemplo de todos los antiguos fundadores.

Rapto de las Sabinas. Cuando las murallas de Roma estuvieron concluidas, abrió un asilo al pié del Capitolio en el cual se refugiaron una porcion de aventureros deseosos de mejorar su suerte, los acogió sin ocuparse de su nacimiento ni de su origen, y aumentó de este modo el número de sus súbditos. Quiso despues contratar casamientos con las poblaciones vecinas; mas estando considerados sus compañeros solo como una horda de viles malhechores, todas sus proposiciones fueron desechadas, sea por temor ó por desprecio. Entonces resolvió emplear la astucia.

Preparó solemnes juegos en honor de Neptuno Ecuestre, y atrajó por la magnificencia de la fiesta á los Antemnatas y á los Sabinos con sus mugeres é hijos. Cuando todo el mundo

se hallaba preocupado por el brillo del espectáculo, los jóvenes romanos, á una señal dada, se apoderaron de todas las mujeres forasteras, esforzándose despues en ganar su afecto tratándolas con la mayor bondad. Los Ceninienses y los Antemnatas se armaron para vengar tamaña afrenta; pero Rómulo los batió y subió al Capitolio cargado de sus despojos. Los Sabinos fueron mas difíciles de domar. Llegaron aun á apoderarse de la ciudadela y rechazaron al ejército romano hasta la antigua puerta del Palatium. El valor de Rómulo fue bastante poderoso para restablecer el combate, y ya los Romanos volvian á tener la ventaja, cuando las Sabinas, cuyo rapto habia encendido la guerra, se arrojaron entre los dos ejércitos, y consiguieron, dirigiéndose alternativamente á sus padres y á sus esposos, hacer cesar la pelea y firmar la paz. Segun el tratado, los dos pueblos no hicieron en adelante mas que una sola nacion. La pica sabina (*quiris*) vino á ser el arma de la legion, los Romanos se envanecieron con el título de *Quirites* (1), y los dos monarcas, Rómulo y Tacio, convinieron en repartirse la autoridad suprema. Roma tuvo la ventaja de ser la capital del imperio, la cual dobló sus fuerzas é importancia.

Guerra contra Fidenes y Veyes. Cansado Rómulo de partir el trono con otro rey, hizo asesinar á Tacio y se halló de nuevo dueño del poder soberano. Los Fidenatas, celosos del aumento rápido que cada dia tomaba la ciudad de Rómulo, dieron el grito de guerra y saquearon todo el pais que se extiende entre Roma y Fidenes. Al rumor de tan súbita invasion, Rómulo alarmado sale de Roma, pone precipitadamente una emboscada en frente del enemigo, lo atrae á ella y lo extermina. Los Veyenos que habian imitado el ejemplo de los Fidenatas no fueron mas felices en su insurreccion. Rómulo se apoderó de una parte de su territorio, y asoló la otra para castigarlos de las devastaciones que ellos habian cometido en la campiña romana.

(1) Si se examinasen los tiempos algo mas remotos, se encontraría el orígen primitivo de esta palabra en el de *Cures*, capital del pais de los Sabinos.

Muerte de Rómulo. Despues de tantas acciones inmortales, dice Tito Livio, pasando Rómulo la revista de su ejército en una llanura cerca del pantano de *Capra*, de repente una tormenta acompañada de grandes truenos envolvió al monarca en una nube tan espesa, que lo ocultó á la vista de la muchedumbre. Cuando se calmó el primer estupor y que á la profunda oscuridad reemplazó un dia sereno, el pueblo se apercibió que ya no tenia rey. Los senadores publicaron que habia sido arrebatado al cielo y lo hicieron adorar como un Dios por el vulgo engañado; pero siempre se ha creido que cansados de sufrir su orgullo y altanería, lo habian inmolado á sus resentimientos. Se cree que Rómulo reinó 39 años.

§ III. Interregno. Reinado de Numa Pompilio (714-671).

Interregno (715-714). A la muerte de Rómulo hubo un interregno de un año. Los senadores se dividieron en diez decurias que nombraron, cada una, un magistrado revestido del supremo podor. Estos magistrados tenian un gefe cuya autoridad duraba cinco dias, é iban alternando de modo que cada senador pudo gozar de la soberanía. Al cabo de un año, el pueblo cansado de obedecer á tantos dueños pidió un rey, y se eligió á un Sabino, el sabio Numa Pompilio.

Carácter pacífico de Numa. Su eleccion fue consagrada por el poder de los augurios. Era un príncipe en extremo amable, muy religioso, que quiso consolidar por la justicia y las leyes el naciente poderío de Roma. Anunció sus pacíficas intenciones á su pueblo, atrajo á las naciones vecinas por medio de alianzas y tratados, y se esforzó en remediar la depravacion del populacho, imprimiendo en el corazon de todos sus súbditos el temor de los dioses. Como si un dulce céfiro ó algun viento sano y agradable hubiese soplado por la parte de Roma, se apercibió, dice Plutarco, un cambio maravilloso en las costumbres, sucediendo al furor de la guerra un vivo deseo de paz, de cultivar la tierra, de criar

tranquilamente sus hijos y de servir tranquilamente á la divinidad.

Su legislacion é instituciones. A ejemplo de todos los antiguos legisladores, fingió Numa tener relaciones misteriosas con el cielo. La ninfa Egeria era la que se le mostraba para iniciarlo en los secretos mas sagrados, le indicaba cuáles eran los sacrificios mas agradables á los dioses, y le revelaba el carácter de todos los ministros llamados á presidir al culto de cada divinidad.

Así es como, segun sus consejos, formó muchos colegios sacerdotales, é instituyó el *Flamina*, aquel gran sacerdote que no debia jamás separarse del templo de Júpiter, y que se distinguia de los demas por un trage mas brillante y por una silla curul semejante á la de los reyes. Edificó un templo á la diosa Vesta, cuyo culto fue traido á Italia por Eneas, y creó un colegio de *Vestales*, á quienes confió la guardia del fuego sagrado y del paladion. Para que se adhiriesen enteramente al culto de su altar, les asignó rentas del Estado y exigió que viviesen en la continencia durante los treinta años que habian de durar sus funciones. Instituyó tambien los *feciales*, cuyo ministerio tenia por objeto precaver las guerras injustas. Estableció igualmente en honor de Marte doce sacerdotes que llamó *Salires*, los cuales en ciertas festividades salian por la poblacion cantando himnos y ejecutando danzas solemnes. En fin arregló todo lo que concernia á las ceremonias religiosas, regularizó los trabajos de la agricultura reformando el calendario, imaginó los dias fastos y nefastos, aseguró el derecho de propiedad, consagrando los límites de los campos por el culto del dios Término, dividió los pobres en cuerpos de oficios, hizo construir el templo de la *Buena-Fé*, y elevó el de Jano que debia abrirse durante la guerra y cerrarse durante la paz.

Muerte de Numa. La muerte de Numa, dice Plutarco, no fue pronta ni violenta; la edad y una enfermedad de languidez, despues de haberle debilitado poco á poco, le arrebataron á la edad de mas de ochenta años. Los honores que se le hicieron en sus funerales pusieron el colmo á su gloria,

pues todos los pueblos vecinos, amigos y aliados de Roma, acudieron á ellos con presentes y coronas. Los senadores llevaron sobre sus hombros el lecho en que se habia colocado el cadáver; los seguian todos los sacerdotes y un gentío innumerable; hasta las mujeres y niños asistian á los funerales, no como á los de un rey muerto de vejez, sino como al entierro del amigo mas querido arrebatado en la flor de la edad; todos lloraban amargamente y exhalaban profundos gemidos (1).

§ IV. Reinado de Tulio Hostilio (671-639).

Carácter de Tulio Hostilio. Despues del belicoso Rómulo la tradicion trae al pacífico y religioso Numa; pero despues de Numa viene el impío y fogoso Tulio. Este se burló de todas las instituciones de su predecesor, escarneció su devocion, y en vez de procurar como él mantener la paz, su espíritu se inclinó enteramente hácia la guerra. Su sobrenombre lo indica (Hostilius), necesita ante todo medir sus fuerzas con el enemigo. Era un verdadero Romano, nieto del valiente Hostilio, notado anteriormente en el combate que tuvo contra los Sabinos al pie del Capitolio, en presencia de Rómulo.

Sus guerras contra los Albanos. Habiendo los Albanos saqueado el territorio de Roma, y vengádose los Romanos por sangrientas represalias, estas mútuas injusticias encendieron la guerra entre la metrópoli y la colonia. Sin embargo, no llegó á combatirse en batalla regular. El gefe de los Albanos, Mecio Sufecio envió una diputacion á Tulio pidiéndole una entrevista. Se convino en ella que los destinos de las dos naciones fueran puestos en manos de tres guerreros elegidos en cada uno de los dos ejércitos. Tanto en el ejército de los Romanos como en el de los Albanos, habia precisamente tres hermanos gemelos de la misma edad y de la misma fuerza.

(1) Platon, *Vida de Numa*, traducida al francés por Ricard.

Los Romanos se llamaban Horacios, y Curiacios los de Alba. Al momento que estos guerreros estuvieron en presencia unos de otros, la vista de sus compañeros que los observaban, y la idea de que combatian menos por su vida que por el triunfo ó esclavitud de su patria, los llenó de un inmenso valor. Ya habian caido dos Romanos, y los Albanos llenaban los aires de gritos de alegría, cuando el Horacio que sobrevivia á sus hermanos sintiéndose sin ningun mal al paso que los tres Curiacios estaban gravemente heridos, toma el pardido de dividir su ataque echando á correr, y volviéndose de pronto los inmola sucesivemente.

El héroe vencedor mancilló desgraciadamente su gloria por un asesinato infame. Su hermana, que debia casarse con uno de los Curiacios, no habiendo podido contener sus lágrimas al ver en los hombros de Horacio la cota de armas ensangrentada de aquel que iba á ser su esposo, el brutal Romano, lleno de cólera, saca su espada, y se la mete entera en el seno, diciendo : *Perezca de esta manera toda Romana que se atreva á llorar la muerte de un enemigo de Roma.* Los decenviros condenaron á muerte al asesino sin consideracion á la gloria que habia adquirido; pero el pueblo conmovido por las lágrimas del padre, se contentó con algunos sacrificios expiatorios acompañados de ceremonias humillantes.

Reunion de Alba á Roma. Avergonzado Mecio de su derrota, quiso repararla sublevando secretamente contra Roma á los Fidenatas y los Veyenos. Tulio le ordenó al instante que uniendo sus tropas á las de los Romanos marchase contra los enemigos. Fingió obedecer ; pero cuando llegó el momento de combatir, se separó del ejército romano y permaneció mero espectador de la accion. Esto no impidió que Tulio triunfase. Despues de la victoria, tuvo Mecio la desvergüenza de ir á felicitarle ; pero el altivo Romano lo primero que hizo fue asegurar la persona del traidor. Una vez en su poder reunió á los Albanos y Romanos, explicó la traicion de Mecio y declaró que en adelante Roma y Alba no formarian mas que un solo pueblo. Prometió conservarles todos sus derechos, asignó una plaza en el senado á los Albanos mas dis-

tinguidos por su nacimiento, pero á Mecio le dijo con indignacion : *Puesto que tu cobarde corazon se ha dividido entre tus aliados y tus enemigos, quiero que á ejemplo suyo tu cuerpo se reparta en muchos pedazos,* y lo hizo descuartizar atándolo á dos carros tirados por cuatro caballos.

Muerte de Tulio. Tulio triunfó aun en otra guerra que emprendió contra los Sabinos; pero su impiedad irritó al cielo contra él y su reino. Roma fue devastada por un espantoso contagio que alcanzó tambien al culpable. El castigo le hizo adoptar sentimientos mas religiosos, que llegaron á degenerar en una ciega supersticion. Tito Livio nos dice que habia muerto herido por el rayo en el fondo de su palacio, porque ensayando algunos sacrificios secretos recomendados en las memorias de Numa, descuidó, por ignorancia, ciertas formalidades esenciales en los preparativos ó en la ejecucion de las ceremonias sagradas. Habia reinado 32 años.

§ V. Historia y reinado de Ancus Marcio (639-614).

Carácter de Ancus Marcio. Despues de la muerte de Tulio, la tradicion coloca un interregno semejante al que hemos hallado despues de Rómulo. Supone á Ancus Marcio de orígen sabino, como Numa; y aun dice que era, por su madre, nieto de este. Así le da el mismo carácter y nos lo muestra ocupado del cuidado de restablecer todos los sacrificios con sus ceremonias, y todas las fiestas religiosas con su pureza primitiva. No obstante, Ancus comprendió que debia hacer respetar sus derechos por sus vecinos, y que si Numa pudo civilizar por la paz un pueblo naciente, no podria por el mismo medio, precaver y apartar las agresiones de sus enemigos. A consecuencia de los progresos de la nacion, su carácter fue á la vez el de un legislador y de un guerrero. Reunió en sí las virtudes de Rómulo y de Numa.

Sus guerras é instituciones. Habiendo los Latinos escarnecido lo que llamaban su pusilanimidad, marchó contra ellos despues de poner su expedicion bajo la proteccion de los

dioses, sometiéndose á todas las ceremonias de los feciales. El éxito excedió sus esperanzas. Cuatro de sus ciudades, Politorio, Teleno, Ficania y Medulia cayeron en su poder, transportó los habitantes á Roma, en el Aventino, encerró este monte en el circuito de la ciudad, hizo construir un puente de madera sobre el Tíber para poner en comunicacion aquella colina con los demas cuarteles de la poblacion, abrió el foso de los Quirites para proteger las partes bajas y accesorias de la ciudad, edificó una prision en el Foro, extendió el territorio de Roma hasta el mar y construyó la ciudad de Ostia en la embocadura del Tíber.

Fue arrebatado por una muerte prematura, despues de 24 años de reinado.

CAPITULO III.

Historia tradicional de los tres últimos reyes de Roma. Dinastía greco-etrusca (614-509).

Roma cambia de aspecto bajo el gobierno de los Tarquinos. Como lo dice Montesquieu, en el orígen parecia mucho menos á nuestras ciudades actuales que á las de Crimea hechas para encerrar en ellas el botin, los ganados y los frutos del campo. No tenia calles, todas las casas eran sumamente pequeñas y situadas sin órden; pero cuando llegaron los Tarquinos al soberano poder, se hizo una metamórfosis completa. Se elevó el Capitolio, se fundaron los principales templos, los mercados, los baños, los acueductos, las cloacas, dieron á la ciudad un brillo sorprendente, y se emprendieron infinidad de obras públicas de tal magnificencia, que segun la bella expresion de Bossuet, Roma no tuvo que avergonzarse cuando se vió dueña del mundo. La pompa de los triunfos, el lujo de las decoraciones y el esplendor de los príncipes se encontraron en armonía con toda la riqueza de ornamentos exteriores. Los Tarquinos trasportaron consigo á Roma la adelantada civilizacion de Etruria.

§ I. Reinado de Tarquino el Antiguo (614-578).

Elevacion de Tarquino. Un hijo del Corinto Demarato vino á establecerse en Tarquinio bajo el nombre de Lucumon. Como los Etruscos despreciaban en extremo á todos los extranjeros sin consideracion á su mérito ni á su fortuna, la mujer de Lucumon, la ambiciosa Tanaquil, le excitó vivamente á irse á fijar en Roma, con la esperanza de mejorar de suerte. Cuando llegaron al Janículo, bajó un águila al carro de Lucumon, le quitó su sombrero y se lo devolvió despues de haber por algun tiempo revoloteado por los aires. Instruida Tanaquil, como etrusca, en la ciencia de los augurios, prometió á su esposo el mas brillante destino. En efecto, se le

(1) Consúltense los mismos autores que para los artículos precedentes.

acogió perfectamente en Roma; Ancus le dió toda su confianza, y con el nombre de Tarquino llenó tanto en la paz como en la guerra las funciones mas honrosas. Ancus le confió hasta la tutela de sus dos hijos y la regencia del reino. Tarquino explotó tan mañosamente las ventajas de su posicion, que se hizo proclamar rey por el pueblo.

Mejoras de Roma. Empezó por introducir en el senado cien nuevos patricios elegidos entre el pueblo con objeto de buscar en él un apoyo. Batió despues á los Latinos y recogió en aquella guerra inmensas riquezas, las cuales sirvieron á dar á Roma todo el lujo y magnificencia de las ciudades etruscas. Así celebró juegos solemnes con prodigiosa pompa, trazó el recinto de lo que luego se llamó el gran circo, construyó pórticos para el pueblo, tiendas para los mercaderes, y distribuyó á los pobres todo el terreno que rodea el Foro para edificar casas.

Habiéndose sublevado el Lacio contra él, reforzó la caballería doblando el número de los soldados de esta arma, creados por Rómulo, y marchó lleno de confianza al encuentro del enemigo. Venció á los Sabinos, sometió á casi todos los pueblos del Lacio y aumentó su reino con todas las tierras comprendidas entre el Tíber, el Anio y la Sabina de los montes.

Se aprovechó de la paz, entonces firmada, para ejecutar nuevos trabajos. Acabó el muro que servia de baluarte á la ciudad, y se hizo sobre todo notar por la construccion de las cañerias subterráneas que hicieron salubre la parte baja de la poblacion llevando al Tíber las aguas pantanosas que la infestaban. En fin tuvo la gloria de echar los cimientos del templo de Júpiter Capitolino, concebido bajo un plan y proporciones tan gigantescas que casi se está tentado de creer, con Tito Livio, que presintió que aquel edificio sagrado seria llamado con el tiempo á recibir los votos de la tierra.

Muerte de Tarquino. Este gran príncipe afectaba en todos sus actos las costumbres y la pompa de los Etruscos. Habia introducido en Roma los trages reales, los mantos de guerra, la túnica y trabea de los Etruscos, asi como sus sillas curules,

sus haces y sus lictores. Los hijos de Ancus, mientras mas deslumbrados estaban por el brillo y genio del monarca, mas amargamente le vituperaban su usurpacion. Su indignacion llegó al colmo viendo el afecto que tomaba al hijo de un esclavo, á Servio Tulio, y reservarle la corona, y le hicieron asesinar por dos pastores en su mismo palacio ; pero la ambiciosa Tanaquil tuvo la habilidad de ocultar al pueblo la muerte de su marido hasta que el senado proclamó rey á Servio Tulio (578). El reinado de Tarquino el Antiguo duró 36 años.

§ II. Reinado de Servio Tulio (578-538).

Reformas de Servio Tulio. Este monarca, que unos pretenden era hijo de una esclava, y otros de la reina cautiva de Corniculo, fue el primer rey, segun Tito Livio, elegido sin el consentimiento del pueblo. Su reinado es célebre por las numerosas reformas que hizo. Modificó las instituciones políticas de los Romanos fijando la graduacion de los puestos segun las fortunas. Con este objeto estableció el *censo*, distribuyó las contribuciones y las cargas en proporcion á las rentas, y dividió el pueblo en seis clases y en ciento noventa y tres centurias.

Todas estas medidas aliviaron al pueblo disminuyendo los onerosos tributos que le agobiaban, pero concentraron el poder entre las manos de los ricos y de los grandes. En las asambleas en lugar de recoger los sufragios por cabezas, se tomaban por clases y centurias. Si las opiniones estaban divididas en la primera clase, se pasaba á la segunda, de la segunda se iba á la tercera cuando no conseguian ponerse aquellas de acuerdo, pero rara vez se descendia á las últimas.

La reforma de Servio Tulio era pues esencialmente aristocrática. Solo respecto al *censo* sustituyó la aristocracia del dinero á la del nacimiento, lo cual abria á los plebeyos el camino del poder, y jamás se lo perdonaron los patricios.

Ademas de estas reformas políticas, hizo otras grandes cosas. Él fue quien encerró dentro de Roma el Viminalio y el Esquilino, y dió á la ciudad de las siete colinas toda la extension que tuvo bajo la república. Dividió en cuatro cuarteles ó tribus (1), distribuyó el territorio en veinte y seis cantones, enriqueció á los pobres con las tierras conquistadas á los Veianos y Etruscos, y consolidó el poder de Roma aliándose con todas las ciudades del Lacio. A fin de consagrar la supremacía de Roma por medio de un monumento eterno, empeñó á todos aquellos pueblos á que elevasen sobre el Aventino, á gastos comunes, un templo de Diana al cual fuesen todos los años á ofrecer un sacrificio en señal de amistad. Tan bellas acciones no impidieron que se conspirase contra él, y lo que hay de mas horrible es que su yerno y su hija empaparon sus manos en su sangre.

Conspiracion contra Tulio, su muerte. Para no ser víctima de la ambicion de los hijos de Tarquino el antiguo, Tulio habia casado sus dos hijas Tulias con los dos hijos de su predecesor, Lucio y Aruns. Lucio era tan ambicioso y exaltado cuanto dulce y moderado era su hermano. Las das Tulias tenian igualmente carácter opuesto. La imperiosa y violenta fue primero la mujer del tímido Aruns ; pero su brutal pasion la llevó pronto á deshacerse de su marido y hermana para unirse á Lucio, de cuyas criminales esperanzas participaba. Aquella impía mujer no cesó por sus declamaciones é invectivas de animar á su nuevo esposo contra su mismo padre para arrebatarle la corona.

Tarquino ganó secretamente los senadores descontentos hacia mucho tiempo de las reformas de Servio. Cuando creyó llegada la hora, se presenta de repente en el Foro rodeado de tropas, y va á sentarse en el solio del rey en frente de la sala del senado. Habiéndose puesto todos los senadores al lado suyo, llega Servio y exclama : *? Qué es esto Tarquino ? ? con qué cara te atreves, viviendo yo, á convocar el senado y ocupar mi plaza ?* Tarquino le contestó orgullosamente que

(1) Véase la *Geografía Histórica* del autor cap. I. par. II.

él tenia el derecho por su padre, y en seguida cogiéndole por medio del cuerpo lo hizo rodar todas las gradas que conducian al senado. Luego dió órden á los satélites para perseguirle y darle muerte.

La infame Tulia se habia apresurado á ir al senado para oir proclamar á su esposo. A su paso, habiendo encontrado el cadáver de su padre, tuvo la barbárie de hacer pasar su carro sobre él. La calle donde se cometió este crímen tomó el nombre de *Via Malvada*. Servio habia reinado 44 años. Su bondad hizo que el pueblo respetase siempre su memoria, y por reconocimiento se celebró perpétuamente el dia de su natalicio.

§ III. Reinado de Tarquino el Soberbio (534-509).

Tiranía de Tarquino el Soberbio. Tarquino, que se habia manchado con tantos crímenes por satisfacer su ambicion, mereció por su tiranía el nombre de *soberbio*. No pudiendo consolidar su trono mas que por la fuerza, concentró todo el poder en sus manos con detrimento del senado y del pueblo, y se puso á despojar y proscribir á cuantos le parecieron sospechosos. Diezmó el senado por sus edictos crueles, aniquiló al pueblo con impuestos y cargas personales, decidió por sí solo la paz y la guerra, y concluyó todos los tratados. Su genio político y militar le elevó al momento á un inmenso poderío; supo conciliarse el afecto de todos los pueblos del Lacio, los incorporó en las centurias romanas, y les quitó sus gefes y magistrados particulares. En una guerra contra los Volscos, se apoderó de Suesa Pomecia en donde halló grandes riquezas que sirvieron para la construccion del templo de Júpiter sobre la cima del Capitolio.

Toma de Gabias. Sus tropas habian sido rechazadas de Gabias, ciudad inmediata á Roma. Su tercer hijo, Sextus, tomó entonces la resolucion de apoderarse de ella por astucia. Preséntase al efecto á los moradores como tránsfuga, clama con fuerza contra la barbárie de su padre, se expresa respecto á

él de la manera mas amarga y emplea las mas violentas injurias. Compadecidos los Gabianos de su desgracia, lo acogieron con bondad, escucharon sus consejos, y le entregaron en seguida el mando de la ciudad. Cuando se vió honrado con la confianza universal, envió á preguntar á su padre como deberia obrar para que cayese Gabias en sus manos. Tarquino sin responder nada al enviado le llevó á su jardin, y mientras se paseaba se puso á cortar las cabezas de adormidera que sobresalian entre las demas. Sexto comprendió el enigma é hizo morir los principales ciudadanos de Gabias. Privada la ciudad de sus mas fuertes apoyos cayó por sí misma en poder de los Romanos.

Mejoras de Roma. En tanto Tarquino enriquecia á Roma con muchos monumentos célebres. Acababa el grande circo y los albañales empezados por Tarquino el antiguo, y levantaba el Capitolio en medio de los mas felices presagios. Abriendo los cimientos para la muralla de la ciudadela se habia hallado una cabeza humana recientemente cortada, y los augures sacaron la consecuencia de que Roma seria la capital del mundo. El dios Término rehusaba dejar su puesto para ir con los demas dioses al nuevo templo, y se decia que era una prueba de la estabilidad del poder romano.

En medio de tantas circunstancias venturosas, una sola cosa inquietaba á Tarquino; deseaba saber si su familia heredaria su poder. Envió pues sus hijos Aruns y Tito á que consultasen sobre el particular el oráculo de Delfos. Junio Bruto que se hacia el insensato quiso acompañarlos en este largo viaje. El oráculo les hizo conocer que el poder supremo estaba reservado á aquel de entre ellos que primero besase á su madre. Bruto entonces se dejó caer como por casualidad y besó la tierra, madre comun de los humanos.

Muerte de Lucrecia. A su vuelta encontraron á Tarquino ocupado en sitiar á Ardea, capital de los Rutules. Habiendo trasformado el sitio en bloqueo, Sexto abandonó un dia el ejército para ir á atentar al honor de Lucrecia, esposa de Tarquino Colatino, su pariente. Aquella virtuosa mujer no tuvo valor para sobrevivir á semejante afrenta, é informando

á Colatino, su esposo, del crímen de Sexto, se dió de puñaladas en su presencia. Bruto, dejando de hacerse el insensato retiró el puñal de la herida, y juró ante el cadáver de Lucrecia que no permitiria hubiese mas reyes en Roma. Iba á realizarse la prediccion del oráculo.

Caida de Tarquino. Entregó á Colatino y sus amigos el puñal todavia ensangrentado, y les hizo pronunciar el mismo juramento. Entonces, sin perder tiempo, los conjurados llevan á la plaza pública el cuerpo de Lucrecia, é inflaman al pueblo con sus discursos representando al efecto todas las crueldades de Tarquino. Despues de haber hecho pronunciar la destitucion del tirano y su destierro, arma Bruto á todos los jóvenes y se presenta en medio del ejército, excitando en él el mismo entusiasmo que en la ciudad. Tarquino llegó á las puertas de Roma y las encontró cerradas. Se le comunicó su sentencia de destierro, y en tan tristes momentos sus soldados le abandonaron, viéndose obligado á retirarse solo á Cora, entre los Etruscos. Fue el último de los reyes de Roma (1).

(1) Reyes de Roma : Rómulo (754-715), Numa Pompilio (714-671), Tulio Hostilio (671-639), Ancus Marcio (639-614), Tarquino el Antiguo (614-578), Servio Tulio (578-534), Tarquino el Soberbio (534-509).

CAPITULO IV.

De las instituciones civiles y religiosas de los Romanos bajo el gobierno de los reyes (1).

Desde su orígen se distinguió Roma entre todas las demas ciudades del Lacio por los caracteres que debian ser la base y las causas de su futura grandeza. Supo apropiarse, asimilándoselos, todos los elementos de poder que encontró en los pueblos que la rodeaban, y su ambicion la llevó sin cesar á no perdonar nada que contribuyese al aumento de su territorio. Así la mayor parte de las grandes familias que la ilustraron salieron de Alba, de Sabinia, de Medulia ó de alguna otra ciudad del Lacio, y todas sus instituciones fueron tomadas á los Etruscos, á los Latinos y á los Griegos. Segun Tito Livio, tomó á Etruria los doce lictores, los ugieres ó bedeles, la silla curul, la pretexta, la ciencia de los augurios, así como todo aquel lujo y aquella pompa que hicieron el brillo de los Tarquinos y que contrastaban tan notablemente con la simplicidad ruda y grosera de los primeros Romanos. Los Sabinos les hicieron imitar sus costumbres severas, sus pasiones belicosas y la armadura de sus soldados. Al propio tiempo conservaron la distincion entre los patricios y plebeyos, la institucion de la clientela, el culto de la naturaleza, la autoridad de los feciales, en una palabra, todas las costumbres particulares á los pueblos bárbaros y groseros que se hallaban entonces en el centro de Italia.

§ I. De las instituciones políticas.

Aumento sucesivo de Roma bajo el gobierno de los reyes. El circuito de la ciudad en tiempo de Rómulo no contenia mas que una colina, el monte Palatino ; pero luego encerró las seis restantes. Despues de la paz entre los Sabinos y los Romanos se asignó á Tacio el monte Saturnino. Numa añadió el Quirinal, Tulio Hostilio el Celio y el rey Ancus el Aventino. Servio Tulio reunió el Viminalio y el Esquilino, y desde

(1) AUTORES QUE DEBEN CONSULTARSE : Ademas de las obras ya indicadas, véanse particularmente: Arendt, *Manuel d'Antiquités romaines* ; Duruy, *Histoire des Romains*; Dumont, *Histoire Romaine.*

entonces la ciudad de las siete colinas tuvo toda la extension que debia tener mientras duraba la república.

El territorio creció en la misma proporcion que la ciudad. Todas las poblaciones de la costa del Lacio y toda la baja Sabinia, entre el Tíber y el Anio, estaban sometidas á los Romanos. Aunque su marina no llegó á tener importancia efectiva sino en las guerras púnicas, hacia ya, no obstante, un comercio bastante grande con la Sicilia, la Cerdeña y el Africa.

De la constitucion primitiva de Roma. Roma fue desde el orígen dividida en tres partes ó tríbus, los *Ramnenses*, los *Ticienses* y los *Luceres*. Hay autores que consideran estas tres tríbus como tres razas diferentes de extranjeros que habian subyugado los primitivos habitantes. Segun esta hipótesis los Ramnenses serian de orígen latino, los Ticienses de orígen sabino, y los Luceres tal vez de orígen etrusco. Cada una de dichas tríbus comprendia diez curias, y cada curia se subdividia en diez *decurias*. La decuria (*gens*) se componia de hombres de la misma sangre, ligados por el mismo culto privado. Todo el gobierno estaba en manos del rey y del senado.

Del poder real. En los tiempos mas antiguos el poder real no era ni hereditario ni absoluto. Estaba limitado naturalmente por el senado. Las curias reunidas en asamblea elegian el rey, que era á la vez gran pontífice, juez supremo y gefe del ejército. Le correspondia velar sobre las costumbres, convocar las asambleas del pueblo y proponer las leyes; pero necesitaba de la sancion de la misma asamblea para ponerlas en vigor, y cuando administraba justicia podia apelarse de su sentencia al pueblo. Los Tarquinos tenian por insignias, la diadema, el cetro de marfil, la silla curul, la toga pretexta y los haces llevados por doce lictores. Tarquino el Soberbio subió al trono sin preocuparse del consentimiento del senado ni del pueblo; pero su usurpacion y despotismo le hicieron tan odioso, que nunca el pueblo romano pudo oir pronunciar sobre el Foro el nombre de rey sin experimentar furor é indignacion.

Del senado. El senado fue formado por Rómulo. De las mejores familias eligió cien hombres á quienes calificó con el título de *padres* (patres) para conciliarles el respeto de los demas ciudadanos. Dichos cien patricios compusieron la augusta asamblea del senado. Despues de la reunion de los Sabinos á los Romanos, se dobló el número de ellos. Tarquino los aumentó hasta trescientos, para la admision de las familias de segunda creacion (*gentes minores*).

El senado era el consejo del rey, y dividia con él el poder legislativo. Se reunia mediante las órdenes del rey siempre que los *comicios* generales de la nacion no estaban reunidos. Sus decisiones, que se llamaban *Senatus-consultus*, no tenian fuerza de ley sino despues de haber obtenido el consentimiento del rey y del pueblo. Servio Tulio puso en las atribuciones del senado el juicio de las causas civiles. A la muerte del rey eligió en su seno *entre-reyes* para gobernar el Estado mientras estuviese vacante el trono, y si el monarca se ausentaba, se confiaba á un senador la guardia de la ciudad.

Todos los patricios tenian bajo su soberanía *clientes*, ó como se hubiera dicho en la edad media, vasallos. Este patronato llevaba consigo deberes recíprocos que de una y otra parte se tenia obligacion de llenar bajo penas muy severas. El patricio defendia su cliente en justicia, sostenia sus intereses, y lo protegia como un padre á su hijo. En cambio el cliente contribuia al rescate de su patron si caia prisionero, le ayudaba á pagar sus multas cuando se le imponian, aumentaba con donativos el dote de sus hijos y le seguia aun al destierro.

De los plebeyos. Inferiores á los patricios y á los clientes, vivia una clase de hombres que en nada estaban ligados á los senadores, los plebeyos. La conquista les habia llevado por fuerza á Roma y al territorio romano, ó bien habian sido incorporados por el derecho de asilo. Cultivaban la tierra ó ejercian sus oficios de artesanos, permaneciendo extraños á las tríbus, á las curias, al poder judicial y al poder legislativo. No formaban asociaciones (*gentes*) al modo de las decurias, no tenian insignias (*jus imaginum*) que atestiguasen la dig-

nidad de sus antepasados. Todas sus diferencias se juzgaban sin embargo por hombres de su seno, servian en los ejércitos para la defensa de sus tierras, se enriquecian insensiblemente por las artes y la industria, y preparaban así para el porvenir su triunfo sobre los patricios.

Progresos de los plebeyos durante la dinastía etrusco-griega. Tarquino el Antiguo atacó vivamente la aristocracia primitiva ensanchando las bases de la constitucion romana. Introdujo cien nuevas familias en la categoría de los patricios, y duplicó el número de los caballeros. Pero Servio fue el que estableció la mayor reforma sustituyendo á la aristocrácia de nacimiento la aristocrácia del dinero. Clasificó á todos los ciudadanos segun su fortuna; los que tenian cien mil *ases* de renta ó mas, formaban noventa centurias, la mitad de jóvenes y la otra mitad de hombres de mas edad. A los ancianos se los destinaba para la custodia de la ciudad, á los jóvenes para hacer la guerra. La segunda clase se componia de los que tenian de setenta y cinco mil *ases* de renta hasta cien mil exclusivamente. Constaba de veinte centurias. La renta fijada para la tercera clase era de cincuenta mil *ases* y contaba igualmente veinte centurias. La cuarta clase constaba tambien de veinte centurias, fijaba su nivel en veinte y cinco mil *ases*. La quinta clase, formando treinta centurias, no tenia mas que once mil *ases* de renta. Todos los que eran mas pobres fueron reunidos en una sola centuria, exenta del servicio militar (1).

La nueva organizacion alivió á los plebeyos mejorando el reparto de las contribuciones, pero al mismo tiempo daba á los ricos todas las dignidades y honores, pues en lugar de tomar, como antes, los sufragios por cabeza, se reducia este derecho á las primeras clases de los ciudadanos. Se llamaba ante todo á los caballeros y á las ochenta centurias de la primera clase; en caso de empate, lo cual sucedia rara vez, se pasaba á la segunda; pero nunca, por decirlo así, habia necesidad de bajar hasta las últimas. La reforma de servicio fue un pro-

(1) Hemos seguido á Tito Livio; Ciceron y Dionisio de Halicarnaso no están enteramente acordes con él, pero la diferencia es poco importante.

greso, pues sustituia la aristocrácia de la fortuna á la aristocrácia de nacimiento, pero su carácter distaba mucho de ser liberal y democrático.

Tarquino el Soberbio lo perdió todo por su despotismo. Abolió todas las leyes promulgadas por Servio en favor de los plebeyos, obligó á aquellos desgraciados á trabajar como mercenarios en el Capitolio, en el Circo y en todas las obras gigantescas que su genio habia soñado. Al propio tiempo despreció á los senadores, se hizo arrojar por sus injusticias y su orgullo, y echando por tierra la constitucion de Roma, retardó dos siglos la felicidad del pueblo. Es verdad que los plebeyos, comprando su libertad á precio de su sudor y de su sangre, la apreciaron mejor, y aquella lucha interior no sirvió poco á darles el temple de alma que les hizo dueños del mundo.

§ II. De las instituciones civiles y militares.

De la administracion pública. La administracion pública era muy sencilla bajo el gobierno de los reyes. Como el Estado no comprendia mas que la ciudad de Roma y un territorio de corta extension, la administracion era puramente municipal. Los gastos públicos eran cortos; consistian únicamente en la conservacion de los templos, el circo, la cloaca, las fortificaciones y demas monumentos públicos, y en el pago de los sacerdotes y las tropas. Para cubrirlos se tomaba de las rentas de los establecimientos religiosos y del patrimonio del rey, y á cada victoria se tenia cuidado de reservar una parte del territorio conquistado para extender el dominio público. La explotacion de las minas y de las salinas, y el botin hecho al enemigo, eran otros tantos recursos. Sin embargo, antes que Servio Tulio hubiese dado la ley sobre el *censo,* el pueblo se hallaba agoviado de impuestos, porque las cargas no guardaban proporcion con la riqueza. El empadronamiento se hacia cada cinco años, cuyo periodo se llamaba lustro, pues dicha operacion iba acompañada siempre de lus-

traciones públicas. A cada nuevo censo ó padron, los ciudadanos tenian obligacion de declarar á los censores su fortuna, y la ley contenia penas muy severas contra aquel que engañaba en tal circunstancia la buena fe de los magistrados.

De la legislacion. Orden judicial. Los reyes, como hemos dicho, administraban la justicia por sí mismos ó por ministros que delegaban. Se podia apelar de la sentencia á la asamblea del pueblo que pronunciaba en última instancia.

La legislacion romana, como la de todos los pueblos, principió por la costumbre ó el uso. Durante mucho tiempo no se pensó siquiera en escribir las leyes, pues hasta las largas luchas entre el pueblo y el senado no se conoció la necesidad de hacerlo. Este derecho consuetudinario, llamado en un principio *derecho quiritario* (*jus Quiritum*), se basaba en la propiedad. El gefe de la familia (*gens*) tenia poder absoluto sobre su mujer, sus hijos, sus clientes, sus libertos y sus esclavos. Eran su propiedad y podia disponer de ellos á su antojo. Este punto fundamental consta por documentos; pero seria imposible especificar mas detalladamente los caracteres de la legislacion primitiva. No poseemos ningun texto auténtico que pueda considerarse como encerrando en sustancia las disposiciones del antiguo derecho romano durante el período real.

Organizacion militar. Al principio, la guerra no consistia para los Romanos mas que en excursiones contra las ciudades vecinas. Los ejércitos eran poco numerosos, y el éxito se debia mucho menos á la táctica que al valor personal. Se reclutaba el ejército entre los ciudadanos de las cinco primeras clases, desde diez y siete años hasta cuarenta y cinco. Los soldados de la primera clase tenian por armas defensivas el casco, el broquel, el botin, la coraza, y por armas ofensivas la lanza y la espada. Todas las armas defensivas eran de cobre. Los de la segunda clase llevaban el escudo en lugar del broquel, y excepto la coraza, que no tenian, las otras armas eran las mismas. La tercera clase no llevaba botines: la cuarta no tenia mas que la lanza, el escudo y la espada; y la quinta no conocia sino la honda y las piedras. Tal fue al menos la or-

ganizacion de las tropas segun la reforma de Servio. Cada uno se equipaba á su costa, y no habia ejército permanente. El senado daba las órdenes para el alistamiento de las tropas, y el rey gozaba de una autoridad absoluta durante todo el tiempo de la guerra.

La *legion*, así designada porque se componia de hombres elegidos (*legere*) en las tríbus, contaba bajo Rómulo 3,000 infantes y 300 caballos; pero sucesivamente fue ascendiendo á 4, 5 y 6,000 hombres. La infantería se dividió entonces en diez cohortes, la cohorte en tres manípulos, el manípulo en dos centurias, y la centuria en diez decurias. Las primeras banderas eran solo unas varas largas guarnecidas de un puñado de heno (*manipulus*) formando diferentes figuras.

La reforma de Servio quitó al pueblo casi todos los peligros y fatigas de la guerra. En frente del enemigo, á la cabeza de las legiones marchaban los soldados de la primera clase cubiertos enteramente con su brillante armadura. Estos sostenian todo el choque del enemigo. Detrás iban los hombres de las clases inferiores, con quienes se contaba tanto menos cuanto que iban peor armados. Desde Rómulo el ejército fue siempre en aumento, y en tiempo de Tarquino el Soberbio contaba ya Roma con 150,000 combatientes.

§ III. De la religion de los Romanos.

De las creencias. Habiendo tomado Roma sus instituciones políticas y civiles de las naciones vecinas, les tomó tambien sus instituciones religiosas. Las ceremonias y ritos que constituyeron el culto de la antigua Roma no son mas que una mezcla de los ritos y ceremonias que usaban en Etruria y en el Lacio. El elemento sabino introducido por Numa fue al principio el elemento predominante; con los Tarquinos aparecieron las supersticiones de los Etruscos, y mas tarde se acogieron con una especie de entusiasmo los mitos y las tradiciones de los Griegos.

La religion de los Romanos era muy sencilla. Numa pro-

hibió aun representar la divinidad bajo ninguna forma sensible, por el temor de engañar al pueblo acerca de su naturaleza, y Plutarco nos dice que Roma estuvo 170 años sin conocer el culto de los ídolos. Sin embargo el dogma de la unidad de Dios parece haberse alterado desde el tiempo de Rómulo que veneró á Jupiter bajo el título de *Feretriano* y de *Stator*. Numa multiplicó él mismo las divinidades introduciendo el culto de *Vesta*, el de la *Buena Fe*, de *Jano*, etc. Con Tarquino el Antiguo todos los dioses de Etruria invadieron á Roma, de suerte que desde el momento se distinguian los dioses celestes, los semidioses, las virtudes ó genios, como despues lo hizo Ciceron.

Poder de la religion. Entre los Romanos la religion ejercia una grandísima influencia en los negocios civiles, fundada en la creencia popular que queria fuese todo arreglado por la voluntad de los dioses, y que á nadie permitia hacer nada sin el consentimiento y parecer de sus ministros. Los magistrados no emprendian la menor cosa sin haber consultado los augures, y su respuesta era omnipotente sobre el espíritu de los ciudadanos. Se vió muchas veces que el ejército sacó de tales supersticiones el valor y fuerza que alcanzan la victoria. Todos los Romanos tenian una idea tan elevada de la religion, que se alababan con orgullo de ser el pueblo mas religioso y mas piadoso de toda la tierra. Dejaban al Estado el cuidado de arreglar todo lo concerniente al culto y creencia. De aquí proviene sin duda el anatema general que fulminaron siempre contra los cultos extraños no autorizados por las leyes. Se hace aun retroceder hasta Rómulo la ley de exclusion que los emperadores aplicaron tan cruelmente al cristianismo.

De los sacerdotes. Comprendiendo la religion por una parte los ritos y ceremonias sagradas, y por otra la interpretacion de la voluntad de los dioses por los presagios, los sacerdotes se dividieron naturalmente en dos clases : los *pontifices* y los *flaminios* para el culto, los *augures* y los *arúspices* para la adivinacion.

Los *pontifices*, que no eran en un principio mas que cuatro, fueron establecidos, segun se dice, por Numa. Ellos juz-

gaban todas las causas religiosas, arreglaban las ceremonias, fijaban la cronologia, instruian al pueblo de sus deberes para con los dioses y presidian á los funerales. Tenian por gefe al gran pontífice (*summus pontifex*), cuyo cargo era vitalicio. Entre los colegios de los pontífices se distinguia el de los hermanos *arvales*, establecido por Rómulo á fin de ofrecer sacrificios campestres y de hacer lustraciones para la prosperidad de los bienes de la tierra, el de los doce *sálios*, el de los *feciales* y el de las *vestales*. Hemos hablado ya de ellos á propósito de las instituciones de Numa.

Los *flaminios* estaban dedicados al culto de una divinidad particular. Los mas notables de ellos eran: el sacerdote de Jupiter (*flamen dialis*), el de Marte (*flamen martialis*), y el de Quirinus (*flamen quirinalis*).

Los *augures* formaban un colegio compuesto primeramente de tres miembros. Numa aumentó el número á cinco, y despues llegaron á ser hasta nueve. Iban á estudiar su ciencia á Etruria, y por espacio de mucho tiempo el senado cuidó de que no se instruyesen mas que los patricios, para hacerse de la credulidad del vulgo un medio de gobierno. Los augures pronosticaban segun la posicion de las constelaciones celestes, el ruido del rayo, la naturaleza de los sueños, el vuelo de las aves y el apetito de los pollos sagrados.

Los *arúspices* que gozaron de mucha influencia bajo el reinado de los Tarquinos, se atenian á observar las entrañas de las víctimas. Los toros, los terneros, los corderos y los gallos eran las ofrendas adivinatorias. Les examinaban el corazon, el higado, los pulmones y la hiel.

Del culto. El culto era público ó particular. El público consistia en fiestas aniversarias que se celebraban con juegos, sacrificios, rogativas y procesiones. Estas fiestas eran muy numerosas, pues cada divinidad tenia la suya; pero no se celebraba con pompa y magnificencia mas que las fiestas de las grandes divinidades del Estado. El sacrificio era el acto esencial y fundamental del culto, y siempre se le rodeaba de demostraciones exteriores las mas imponentes. Uno de los primeros magistrados de la ciudad asistia para acompañar al

gran sacerdote. Muchas veces se ha negado la existencia de los sacrificios humanos en Roma; pero hoy está fuera de duda por documentos irrecusables que tan abominable costumbre subsistió hasta el año 657 de la fundacion de la ciudad.

El culto privado que se daba á una divinidad especial por un cabeza de familia (*gens*), se celebraba en los templos, y consistia tambien todo particulamente en el sacrificio. Todos los miembros de la *gens* asistian á ellos. Estos sacrificios eran en extremo frecuentes, pues se ofrecian con motivo de los nacimientos, de los casamientos, de los viajes y de todas las circunstancias un poco importantes de la vida. En muchas ocasiones no se quemaba toda la víctima; los asistentes y sacerdotes se la repartian, y algunas veces vendian estos la parte que les habia tocado.

Ademas del culto solemne, habia tambien en el interior de la casa el culto mas humilde de los *lares* y *penates*. Estos *lares* y *penates* formaban con el *Genius* lo que se ha llamado dioses domésticos.

§ IV. De las artes y costumbres durante esta primera época.

De las artes. No se puede hablar de ciencia ni de literatura en una época tan atrasada. Todos los monumentos literarios y científicos de aquel tiempo se limitan á una coleccion de leyes hecha, segun se dice, reinando Tarquino el Soberbio (*jus papirianum*), á algunos himnos de los hermanos *arvales* ó de los sacerdotes salios, y á pocos cánticos populares. Las artes, tan florecientes en Etruria, estaban casi enteramente abandonadas en Roma. Antes de los Tarquinos no se habia cultivado la estatuaria; el genio de estos soberanos despertó las artes y la industria, pero fuera de algunas construcciones de que hemos hecho mencion, los Romanos no produjeron mas que ensayos diformes y groseros.

De las costumbres. Los ciudadanos eran ante todo agricultores. El mejor elogio que podia hacerse de un Romano era, segun Caton, llamarle buen labrador. La mansion en el campo

(*villa rustica*) era preferida por grandes y pequeños á la mansion en la ciudad. Toda la fortuna de los primeros patricios consistia en cincuenta fanegas de tierra, y tenian á honor de cultivar por sí mismos una parte de su propiedad, glorificándose con los nombres de *suillius, porcius, caprarius, bubulus*. En aquellos tiempos de cándida inocencia, era menester arrancar á su arado un general de ejército, un dictador, para poner en sus manos la salud del Estado. Y una vez la república fuera de peligro, se veia al ilustre guerrero volver á su casa de labranza para ocuparse de sus campos y ganados. Todos aquellos hombres laboriosos, austeros, severos consigo mismos eran realmente los soldados que se necesitaban para vencer á Pirro y á Anibal y domar al mundo.

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA.

SEGUNDA PARTE.

LA REPUBLICA.

PRIMER PERIODO.

Desde el establecimiento del consulado hasta las guerras contra los Samnitas. Luchas interiores (509-343).

CAPITULO PRIMERO.

Desde la abolicion del poder real hasta el establecimiento del tribunado (1)

(509-493.)

Durante todo este primer periodo de la república, Roma es víctima de las guerras intestinas que no le permiten extenderse. Es una época de formacion, de consiguiente todo es lánguido y endeble. Lejos de pensar en hacer grandes conquistas, el senado se mantuvo constantemente á la defensiva, limitándose á rechazar los numerosos enemigos que invadian sin cesar el territorio de la república. Poco despues del establecimiento del consulado, se le ve ocupado exclusivamente de mantener el régimen aristocrático de Bruto contra la monarquía

(1) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: Rollin, *Historia Romana*; Dumont, Duruy, Lebas, *Histoire Romaine*; Tito Livio; Dionisio de Halicarnaso, *Antiquités Romaines*; Plutarco, *Vida de Publícola.*

proscrita de Tarquino. El pueblo no contaba todavia para nada durante las guerras reales. Se derrama su sangre por la patria, sin gozar de ninguna dignidad, de ningun honor. Se le insulta, se le ultraja aun impúnemente; pero su profunda miseria estimula su valor y se hace dar magistrados. Entonces principia una nueva era. Los patricios lo comprenden y tiemblan por sus privilegios.

§ I. Desde la caida de Tarquino hasta la retirada de Porsena (509-502).

Estado de Roma bajo los cónsules. La revolucion consumada por Bruto no se habia hecho en provecho de la libertad. El mismo golpe que abolió el trono cerró la entrada del senado á los plebeyos, privó el acceso de la ciudad á las naciones vecinas, y puso en manos de los solos patricios el poder civil y el sacerdocio. La autoridad iba á ser confiada en lo sucesivo á dos cónsules elegidos anualmente en la clase noble. Poseyendo estos mismos patricios la mayor parte de las tierras, disponian con tal motivo de la fuerza militar y se apropiaban el honor de todas las victorias que conseguia la nacion. Presentaba con orgullo á las miradas de la muchedumbre las imágenes de sus antepasados, mientras que el plebeyo debia permanecer siempre desconocido y despreciado, á pesar de sus numerosos sacrificios y sus inmensos trabajos. Hasta se habia tomado á empeño el encerrar aquellos infelices perpetuamente en su humilde posicion, prohibiéndoles como profanos toda alianza con los patricios.

Celo de Bruto por la república. Bruto se esforzó en ocultar á los ojos de los plebeyos lo que habia de injusto en tan odiosa separacion. Sin cesar les repetia la mágica palabra libertad, y ganaba á su causa los mas influyentes de entre ellos dándoles una plaza en el senado (1), para reemplazar las vacantes causadas por la cruel tiranía de Tarquino. Cuando todo el pueblo sublevado por sus discursos, juró la proscripcion del trono para siempre, separó por si mismo del consu-

(1) Desde este momento, dice Tito Livio, se llamaron á los senadores *padres conscriptos* (*patres conscripti*), porque en el llamamiento nominal se designaban los antiguos por el nombre de *padres* (*patres*), y los nuevos por el de conscriptos (*conscripti*).

lado á su colega Tarquino Colatino, le hizo desterrar por rencor á Tarquino el Soberbio, su pariente, y se asoció á Publio Valerio, que luego recibió, en recompensa de sus virtudes populares, el glorioso renombre de *Publícola.*

Conspiracion de sus hijos. A pesar del celo y prudencia de los dos cónsules, la obra de Bruto estuvo expuesta á perecer á manos de traidores. Habiendo enviado Tarquino embajadores á Roma para reclamar sus bienes, el senado se los devolvió; pero aquellos ministros del monarca caido no se contentaron con llenar su mision. Aprovechando del descontento que el nuevo gobierno habia creado, trabajaron para restablecer en el trono á su señor. A este efecto se unieron á los jóvenes patricios que murmuraban, y arrastraron á su partido á los dos hijos de Bruto, *Tito* y *Tiberio,* que no se avergonzaron de conspirar contra su padre. En el momento en que iba á estallar la conspiracion un esclavo la descubrió á los cónsules. Se arrestó á los culpables, y convictos de su crímen se pronunció su sentencia. Bruto tuvo el bárbaro valor de asistir al suplicio de sus hijos.

Guerra contra Tarquino. Al recibir esta noticia, Tarquino, lleno de furor, excita de nuevo á los Veyenos y Tarquinianos á que tomen las armas y marchen contra Roma. Teniendo ambos pueblos agravios tambien que vengar, se consideraron felices de encontrar un Romano dispuesto á ponerse á su cabeza. Marchan pues con intrepidez y llenos de esperanza. En el combate, Aruns, hijo de Tarquino, se arroja sobre Bruto; ambos guerreros se chocan con tanta impetuosidad, que sus lanzas los atraviesan al propio tiempo, y uno y otro caen muertos. Los Veyenos y Tarquinianos se retiran llenos de terror, y los Romanos, aun cuando experimentaron pérdidas iguales á las de sus enemigos, tuvieron derecho para atribuirse la victoria.

Triunfo de Valerio Publícola. Todas las damas romanas llevaron durante un año luto por Bruto. Su colega Valerio Publícola recogió los despojos del enemigo y entró triunfante en Roma en un carro tirado por cuarenta caballos; lo cual se ha llamado *el grande triunfo.* El triunfo pequeño, ú

ovacion, se hacia á pié. A pesar de toda la gloria que rodeaba al nombre de Valerio, no tardó el pueblo en inquietarse al ver que conservaba solo el soberano poder. Ya se decia que aspiraba al trono, y que era con un objeto de tiranía que edificaba sobre las alturas de Velia una casa que podia transformar en fortaleza; pero apaciguó tan desagradables rumores haciendo llevar su habitacion al pié de la colina, inclinando ante el pueblo sus haces consulares en forma de dependencia y sumision. Promulgó ademas leyes tan favorables á los plebeyos que mereció el dictado de *Publícola*.

Invasion de Porsena (507). Roma necesitaba mucho permanecer unida, pues iba á recibir un golpe terrible. Los Tarquinos habian ganado á su causa al rey de Clusio (*Chiusi* en Toscana), el intrépido Porsena. Este ilustre monarca se presenta de repente á la cabeza de un formidable ejército. Nunca se habia encontrado el senado en una crisis semejante. Eximió al pueblo de los derechos de entrada y en general de todo impuesto, y trató de ganarlo á fuerza de lisonjas y caricias. Porsena en tanto avanza triunfante hasta el Janículo que toma en el primer asalto, é iba á entrar en Roma, ocupar el Palatino y el Capitolio, cuando el valiente Horacio Coclés detiene solo á todo el ejército enemigo en la cabeza del puente de madera que ponia á la ciudad en comunicacion con el Janículo.

Mucio Scévola. No creyendo Porsena poder tomar la ciudad por asalto despues de áquel primer esfuerzo, cambió el sitio en bloqueo. Cuando el hambre empezó á hacerse sentir entre los Romanos, un jóven noble llamado Cayo Mucio resolvió libertar á sus conciudadanos de todo peligro yendo á asesinar á Porsena en su tienda. Parte con un puñal oculto en su traje, atraviesa el campo enemigo, y hiere por equivocacion al secretario del rey que habia tomado por el monarca mismo. Porsena lo hace arrestar y lo condena á perecer en las llamas si no delata á los autores de tan infame atentado. *Mira*, dice Mucio, *el caso que se hace del cuerpo cuando solo la gloria se tiene á la vista*, y puso la mano sobre el brasero encendido para el sacrificio dejándosela quemar

sin dar la menor muestra de impaciencia. Admirado Porsena de tanto heroismo, despidió al valiente Romano, que recibió de sus conciudadanos el renombre de *Scévola* (skaios) porque fue la mano izquierda la que habia dejado quemar.

Retirada de Porsena. Tito Livio coloca aun aquí la decision de Clelia que cautiva en poder de los Etruscos, se escapó de sus manos y atravesó el Tiber en medio de una lluvia de flechas que le arrojaron los enemigos. Segun dicho historiador, estos acontecimientos extraordinarios impresionaron tan fuertemente á Porsena; que no quiso medirse por mas tiempo con un pueblo de héroes. Pero estos subterfugios no han podido ocultar á la posteridad la entera derrota de los Romanos. El tratado concluido con Porsena en el Janiculo, es una prueba bien clara de ella, pues el rey etrusco conservaba todas las tierras que habia conquistado, y obligaba á los Romanos á no tomar nunca las armas. Verdad es que poco despues, con motivo de los reveses que experimentó en el Lacio, se hizo menos exigente. Abandonó á Roma las conquistas que le habia hecho, y abolió el humillante tratado del Janiculo (502).

§ II. Desde la retirada de Porsena hasta la muerte de Tarquino (501-496).

Nuevos esfuerzos de Tarquino. A pesar del abandono de Porsena, Tarquino no perdió la esperanza ni el valor. Despertó la animosidad de los Sabinos, que lucharon durante cuatro años, sin ningun éxito contra los Romanos. Habiéndose introducido la desunion entre aquellos pueblos, resultó una defeccion que fue en extremo ventajosa á los Romanos. El Sabino Apio Claudio que siempre habia opinado por la paz, se separó de sus conciudadanos y fué á establecerse en Roma con sus cinco mil clientes, formando con ellos una nueva tríbu. Valerio Publícola, que habia negociado este paso, murió algun tiempo despues, pero legó su genio militar á los cónsules que le reemplazaron; lo cual era muy necesario pues amenazaba á Roma un terrible huracan.

Coalicion de los Latinos contra Roma. Creacion de un dictador. No eran únicamente los Sabinos y Aruncios los que tomaban las armas, pues el genio intrigante de Tarquino habia commovido todo el Lacio. Treinta ciudades coaligadas juraron la ruina de Roma. La inquietud fue universal. En tamaño peligro el senado no se atrevió á descansar únicamente en los cónsules, á quienes suponia adictos á Tarquino. Todo el mundo conoció la necesidad de una autoridad mas fuerte que el poder consular para salir de circunstancias tan difíciles. Se creó pues un dictador. Su poder era absoluto y sus resoluciones sin apelacion. Era árbitro de la paz y de la guerra, combatia á pié, elegia por si mismo entre los personajes consulares su teniente, que se titulaba el *maestre de caballería*, y tenia el derecho de conservar su cargo durante seis meses. Tito Larcio fue el primero investido con esta dignidad, y tuvo por general de la caballería á Spurio Casio. La creacion de este magistrado extraordinario impresionó de tal modo á los enemigos que pidieron la paz. Se convino en una tregua, y Larcio abdicó la dictadura diez y seis dias despues de su eleccion.

Batalla del lago Regil (496). Mas no estando disuelta la confederacion, en breve volvió á levantar la cabeza, y fue menester nombrar de nuevo otro dictador. Eligióse á Postumio, y se le agregó como maestre de la caballería á Tito Abucio. Se encontró al enemigo cerca del lago Regil, en territorio de Tusculum. La batalla fue la mas empeñada y terrible de cuantas se habian dado hasta entonces. Hasta los generales se mezclaron enmedio de la pelea y solo el dictador salió ileso. Despues de grandes esfuerzos vencieron los Romanos y sometieron todo el Lacio. Tarquino dejo á sus dos hijos y á su yerno sobre el campo de batalla, y él se fue á morir de vejez á la ciudad de Coma, donde reinaba el tirano Aristodemo (493). Postumio y Abucio recibieron los honores del triunfo.

§ III. Desde la muerte de Tarquino hasta el establecimiento del tribunado (496-493).

Estado infeliz de los plebeyos. Los Ermiques y Volscos que no se habian encontrado en la batalla de Regil, trataron de sublevarse, pero sus movimientos sirvieron solo para estrechar los lazos que unian los Latinos á los Romanos y para fortalecer al senado. La aristocrácia fundada por Bruto triunfaba pues en el exterior, pero no sucedia lo mismo en el interior de la ciudad. El Foro tenia terribles enemigos, y estos eran los plebeyos, que despues de haber visto incendiados sus hogares y talados sus campos en las últimas guerras, y dado su sangre por la patria en pago de las grandes victorias que consiguieron, se vieron en la necesidad de contratar empréstitos con los patricios para reparar sus pérdidas. Estos abusaron cruelmente de la miseria de sus deudores para arrebatarles por la usura todo su patrimonio ; y cuando acabaron de despojarles de lo que poseian, fueron tan bárbaros que les impusieron el trato mas duro y los hicieron esclavos suyos.

Primera revolucion de los plebeyos. Hacia largo tiempo que violentas quejas, murmullos siniestros, circulaban en el seno de las asambleas populares, cuando un suceso imprevisto vino de repente á hacer estallar la tormenta. Un viejo asqueroso y desfigurado se presenta un dia en el Foro, enseñando las heridas que á latigazos acababa de hacerle su acreedor y las decoraciones que anteriormente tenia ganadas por su valor. Decia á la muchedumbre que se reunia en torno suyo, que en la guerra con los Sabinos le habian destruido sus cosechas, quemado su casa y ganados, y robado todos sus efectos, que se habia visto en la necesidad de buscar dinero prestado para pagar las contribuciones que se le exigian á pesar de su extremada indigencia, que sus deudas aumentadas por los intereses habian devorado el patrimonio de su padre, de su abuelo y todo lo que poseia, que su acreedor le habia puesto preso y martirizado á golpes. Esta historia era la de otros mil. A la vista de su cuerpo todavía lleno de sangre, el pueblo lanza

un grito de rabia, todos los deudores salen á las calles y plazas públicas, la sedicion llega hasta el Foro y pone en peligro á los senadores que se encontraban en él.

Derrota de los Volscos. Al mismo tiempo se recibe la noticia de que los Volscos se dirigen contra Roma, y que en breves dias llegarán á las puertas de la ciudad. Los plebeyos transportados de alegría, dicen insolentemente á los patricios que carguen con todo el peso de la guerra puesto que quieren reservarse todo el fruto. Sumergido en la mas profunda consternacion, conjura el senado al cónsul Servilio emplee todo su ascendiente para calmar al pueblo. Servilio hace magníficas promesas, y publica un edicto que prohibe encerrar á ningun ciudadano romano, apoderarse y poner en venta los bienes de un soldado mientras se halla este en la guerra, y por último perseguir á sus hijos y nietos con motivo de sus deudas.

Este edicto calmó la sedicion ; los deudores fueron todos á alistarse ; se derrotó á los Volscos, y se saqueó su campamento así como la ciudad de Suesa Pomecia, de que se apoderaron los Romanos. El botin que sacaron de allí alivió por algun tiempo á los mas pobres.

Nueva sublevacion de los plebeyos. Al regresar á Roma esperaron los plebeyos se cumpliesen las promesas del cónsul Servilio y del senado ; mas Apio se opuso con todas sus fuerzas al designio de su colega, y entregó sin compasion los deudores á sus acreedores. Los soldados todos apelaron á Servilio, que por sus débiles tergiversaciones perdió el favor de los plebeyos, sin ganar el del senado. Los espíritus se acaloraron, y los plebeyos empezaron á tener asambleas nocturnas en los Esquilios y sobre el monte Aventino. Reemplazados Apio y Servilio por otros cónsules, aquellas reuniones fueron haciéndose cada vez mas amenazadoras. El rumor de la sedicion dió la idea á los Sabinos, á los Equos y á los Volscos de volver á tomar las armas.

Dictadura de Manio Valerio. El senado y los cónsules no vieron otro partido que tomar que el de elegir un nuevo dictador. Nombran pues á Manio Valerio, hermano de Publícola.

El pueblo comprende cuánto habia de temer á semejante magistrado; mas el nombre de Valerio lo tranquiliza, y se somete. El nuevo dictador se muestra en efecto popular. Principia por restablecer el edicto de Servilio, y el alistamiento se hace sin trabajo. Ademas ya era tiempo de marchar contra el enemigo, pues todo el Lacio estaba invadido y Roma á ser rodeada por todas partes. Se ataca separadamente á los Equos, Volscos y Sabinos, y se vence á todos. Valerio entra en Roma en triunfo con el deseo de cumplir al pueblo las promesas que le habia hecho; pero pareciéndole invencible la oposicion que halló en el senado, prefirió abdicar á faltar á su palabra.

Retirada del pueblo al monte Sagrado. El pueblo quedó reconocido á Valerio por sus buenas intenciones, pero su animosidad contra los senadores creció hasta lo infinito. Para evitar una revolucion mandaron estos que las tropas saliesen de la ciudad, esperando que los soldados se creerian unidos irrevocablemente á los cónsules por el juramento y que la sedicion seria sofocada. Esta medida produjo efectivamente alguna irresolucion entre los revoltosos. Los mas violentos querian matar á los cónsules para no tener que obedecerles. Otros mas moderados hicieron comprender que el asesinato no absolvia del perjurio. En fin el plebeyo Licinio encontró el medio de eludir sus empeños sin faltar á la santidad del juramento. *Hemos jurado, dijo, permanecer bajo nuestros estandartes; llevémoslos al monte Sagrado, y nos retiraremos con ellos.* Se aplaudió su parecer, y todos los plebeyos se retiraron al otro lado del Teveron, á tres millas de Roma.

Apólogo de Menenio Agripa. Esta defeccion alarmó al senado, que al cabo de muchos dias de irresolucion se decidió en fin á enviarles un diputado, Menenio Agripa, muy popular y de hábil y persuasiva elocuencia. Por única arenga les recitó un apólogo, segun el lenguaje ingenuo y sencillo de aquellos tiempos.

« Un dia, les dijo, hubo una conspiracion de los miembros contra el estómago. Indignados de que todos sus cuidados y su ministerio no

eran mas que para él solo, mientras espectador tranquilo de sus trabajos se limitaba á gozar de los placeres que ellos le procuraban; decidieron que la mano no llevaria los alimentos á la boca, que la boca cesaria de recibirlos y los dientes de mascarlos. El resultado de tan ciego arrebato fue que queriendo domar al estómago por medio del hambre, los mismos miembros y todo el cuerpo cayeron en una languidez extremada. Entonces se apercibieron no estaba tan ocioso como se figuraban, y que si era nutrido, él nutria á su vez, llevando á todas las partes del cuerpo la sangre que le da fuerza y vida. Tan feliz comparacion de la guerra intestina del cuerpo humano con la cólera del pueblo contra el senado bastó para apaciguar el conflicto (1).

Creacion del tribunado. En garantía de los derechos que reclamaban, exigieron los plebeyos magistrados inviolables y elegidos en su seno para que los defendiesen contra la autoridad de los cónsules. Estos fueron llamados *tribunos del pueblo* (2). Los comicios curiales nombraron dos, Licinio y Albino, que al momento se agregaron otros tres á título de colegas. Su obligacion era recibir á toda hora las quejas del pueblo, permanecian á la puerta del senado durante las deliberaciones, y podian, pronunciando su *veto*, detener la ejecucion de sus decretos. Al mismo tiempo se crearon otros dos magistrados plebeyos, los *ediles*, encargados de secundar á los tribunos en sus funciones de la policía interior de la ciudad, de velar á la conservacion de los edificios públicos y proveer al abastecimiento de los mercados. El pueblo representado por sus magistrados empezaba pues á contar por algo en la direccion de los negocios. Con esto se inauguró una grande revolucion (493).

(1) Tito Livio. Trad. de Dureau de Lamalle.

(2) Designaremos en lo sucesivo á los plebeyos bajo el nombre de *pueblo* en oposicion á los senadores y á los *patricios* que formaban la *nobleza*.

CAPITULO II.

Desde el establecimiento del tribunado hasta la invasion de los Galos (1).

(493-390.)

Por espacio de un siglo Roma ofrece los mismos caracteres. En el interior siempre luchas entre el pueblo y el senado; en el exterior interminables guerras contra los Veyenos, los Equos, los Faliscos y los Volscos. Las agitaciones del Foro, elaborando su constitucion aprovechan á las ideas de libertad que deben hacer su fuerza y esplendor. Las fastidiosas y monotonas expediciones de los ejércitos romanos contra todos los pueblos del Lacio tuvieron tambien su importancia. En estos diversos combates el soldado se hace aguerrido, el arte de los campamentos y de los sitios se perfecciona, la disciplina militar se consolida, las grandes ideas de gloria y virtud se desarrollan, y los Romanos adquieren insensiblemente la fuerza y valor con que subyugaron el universo. Ya se nota su progreso en la ciencia de la guerra en el sitio de Veyes y bajo el mando de Camilo. El génio de este grande hombre imaginó una nueva táctica, y quizás fue el dios que inventó la legion.

§ I. Desde el establecimiento del tribunado hasta la promulgacion de la ley Terentila (493-462).

Historia de Coriolano. La union de los patricios y de los plebeyos fortificó la república y permitió se llevase con vigor la guerra contra los Volscos. Los ejércitos romanos les tomaron Polusca y sitiaron á Corioles. En este sitio un jóven patricio llamado Cayo Marcio se distinguió de tal suerte que se le dió el sobrenombre de *Coriolano.* Creyendo que su gloria era un título para obtener el consulado, lo pidió; mas habiéndoselo negado el pueblo (2), se llenó de cólera por semejante afrenta y juró vengarse.

(1) Autores que deben consultarse: Tito Livio; Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades Romanas*; Plutarco, *Vidas de Coriolano y de Camilo;* Rollin, Dumont, Duruy, *Histoire Romaine.*

(2) El pueblo no tenia entonces bastante poder para ser dueño de la eleccion

Habia en Roma una hambre espantosa, y quiso aprovecharse de la miseria del pueblo para apoderarse de todos los derechos que habia ya arrebatado á los patricios por la violencia y rebelion. *Fuera tribunos*, exclamó, *ó no mas pan.* Tan imprudentes palabras exasperaron al pueblo, que fué á quejarse al senado de que se le tratase como enemigo y con horrible barbárie. En su indignacion hubiera hecho pedazos á Coriolano si á los tribunos no se les hubiese ocurrido citarlo ante la asamblea general de la nacion.

Destierro de Coriolano. Los senadores trataron de calmar al pueblo y de salvar á Coriolano. Cada uno de ellos empleó la influencia y crédito que tenia sobre los plebeyos, distribuyeron por todas partes sus clientes para ganar sufragios, y hasta dieron pasos en cuerpo, pero todo fue inútil. Coriolano oyó pronunciar su sentencia de destierro, y fué á refugiarse entre los Volscos profiriendo espantosas amenazas contra su patria. El ilustre proscrito empleó todo su ascendiente con Acio Tulo, primer personage de la confederacion de los Volscos, para inflamar su ódio contra Roma y empeñarlo á hacerles la guerra.

Expedicion de Coriolano contra Roma. Habiendo llamado la atencion de Tulo estos discursos, influyó con sus conciudadanos para que se pusiera el mando del ejército en manos de Coriolano. En pocos dias tomó el invencible guerrero Circei, Sutrio, Lóngula, Polusca, Corioles y fué á colocar su campamento á cinco millas de Roma. Semejante noticia consternó á todos, nobles y plebeyos. Se le envió una diputacion que no obtuvo sino contestaciones duras y ofensivas; Coriolano queria que antes de negociar se restituyese á los Volscos todo su territorio, de lo contrario, dijo, yo mostraré á mis antiguos conciudadanos y á mis nuevos bienhechores que el destierro no sirve sino para inflamar mi valor. Un segundo mensage no fue mas feliz.

Su madre le hace ceder. Las damas romanas van entonces

de un cónsul. Esta consideracion nos hace creer que la historia de Coriolano no está aquí en su lugar. Sin embargo hemos copiado á Tito Livio por la imposibilidad de determinar la época en que debia colocarse. (Nota del autor.)

á buscar á Veturia, madre de Coriolano, y á Volumnia, su esposa, y las deciden á implorar ellas mismas del vencedor irritado la salvacion de los Romanos. A la vista de su madre, de su muger y de sus hijos, Coriolano corre presuroso á echarse en los brazos de su madre. Veturia lo rechaza con severidad y le dice enérgicamente : *Detente : antes de recibir tu abrazo quiero saber si hablo al enemigo de Roma ó al hijo de Veturia, si soy la madre ó la cautiva de Coriolano.* Su muger y sus hijos se echan al propio tiempo á sus piés, y le conjuran con sus lágrimas y sollozos á que renuncie á su venganza. Enternecido Coriolano por aquel espectáculo y por las palabras de su madre, exclama : *¡ Oh madre mia ! tú salvas á Roma, pero pierdes á tu hijo.* Se retiró al momento y pereció víctima del resentimiento de los Volscos. Otros dicen que llegó á una edad muy avanzada, y que repetia frecuentemente en sus últimos dias, que *el destierro es durísimo para un anciano* (485).

Ley agraria (484). Despues de la retirada de Coriolano, volvió Roma á sus guerras intestinas. Uno de los cónsules del siguiente año, Sp. Casio, las envenenó mas todavía proponiendo una ley agraria. Queria que las tierras tomadas á los Hérnicos se repartiesen entre los Latinos y los ciudadanos cargados de deudas. Esta ley que parecia hecha para seducir al pueblo, disgustó á todos ; los senadores la rechazaron porque amenazaba la fortuna de muchos de ellos, y los plebeyos la combatieron porque prostituia á sus ojos sus favores, repartiéndolos igualmente con los aliados. Casio vió pues frustradas sus ambiciosas miras, y cuando acabó la época de su mando se habia hecho tan impopular, buscando el favor del pueblo, que fue condenado á muerte (483).

Gloria de Fabio. La ley agraria no pudo sin embargo perecer con él, pues habia en esta palabra tal atractivo, que encantaba á la muchedumbre. Así, durante mucho tiempo, la pronunciaron los tribunos como un grito de sedicion, y se hizo tanto mas poderosa cuanto cada dia inflamaba mas el senado la sed de oro del pueblo, por su avaricia. La familia de los Fabios se distinguió mucho por su celo en defender los

intereses de los patricios. Por espacio de seis años (484-478), se vió á alguno de sus miembros honrado con el consulado. Ellos impidieron en el interior la promulgacion de la ley agraria, y en el exterior se cubrieron de gloria, consiguiendo cada año nuevas victorias contra los Equos, los Veyenses y los Volscos. Pero estos triunfos no sirvieron por de pronto mas que para envenenar el ódio del pueblo. En una salida contra los Veyenses, los plebeyos no quisieron combatir, y fue menester todo el génio de Fabio Cæso para vencer á los enemigos con solo el auxilio de la caballería. Salió victorioso, pero no por eso dejó el senado de temer cada vez mas las quejas y los murmullos del pueblo.

En lugar de combatir directamente á los tribunos, que sin cesar recordaban la ley agraria, los patricios, aconsejados por Apio Claudio, recurrieron á la intriga. Ganaron á algunos tribunos, los opusieron á sus compañeros, y paralizaron de este modo la sedicion. El éxito de esta política tuvo la doble ventaja de que los Romanos unidos estrechamente pudieron marchar contra los Etruscos. El combate fue terrible, y los Fábios se cubrieron de gloria. Muchos de ellos quedaron en el campo de batalla, y los demas recibieron en sus casas á los heridos, prodigándoles toda clase de cuidados. Tan bello proceder les hizo populares, y en las elecciones siguientes los patricios no se mostraron mas ardientes que los plebeyos para nombrar cónsul á Cæso Fabio.

Desde aquel momento los Fabios se declararon abiertamente por el pueblo. Cæso mantuvo la paz en el interior de Roma y empeñó al senado á que anticipándose á los tribunos propusiera él mismo la ley agraria. Su parecer fue mal acogido por los senadores, pero tuvo al menos la gloria de calmar las divisiones intestinas, ganando al mismo tiempo victorias sobre los Equos y Veyenses. No cesando estos últimos de inquietar á Roma con sus frecuentes excursiones, Cæso se presenta en el senado y pide que se deje á su familia el cuidado de reprimirlos. Su proposicion es aceptada con aclamaciones; todo el pueblo aplaude el valor de aquellos héroes que no contando mas que trescientos seis hombres se

encuentran sin embargo bastante fuertes para contener á toda una nacion.

Fueron pues á establecerse en la frontera de los Veyenses, y se distinguieron por brillantes hechos; mas embriagados por sus primeras victorias cayeron en el lazo que el enemigo habia tendido á su presuntuoso valor, perecieron todos, excepto un niño de diez á doce años que dejaron en Roma, y que vino luego á ser el tronco de los ilustres Fabios que encontraremos mas tarde en el camino de la gloria (477).

Progreso del poder tribunicio: Volero (477-472). Por espacio de muchos años hubo que combatir perpetuamente á los pequeños pueblos del Lacio, al paso que en el interior seguian las luchas entre el pueblo y el senado con motivo de la ley agraria. El tribuno Genucio, que habia hecho condenar por el pueblo á los cónsules Menenio y Servilio porque tuvieron poca suerte en sus expediciones, fue encontrado un dia ahogado en su cama. Esta crueldad de los patricios provocaba una venganza, y no tardó en llegar. Un antiguo centurion, el valiente Volero, que habia mostrado mucho carácter resistiendo enérgicamente al cónsul que queria alistarlo, fue elegido tribuno por el pueblo (477). Se creyó que iba á vengarse de los cónsules atacándolos directamente; pero lo hizo mejor: lleno de calma y dignidad se contentó con proponer una ley que atribuia á los comicios por tribus (1) la eleccion de los magistrados plebeyos. Pasó la ley y fue una gran victoria para el pueblo, pues en adelante ya no tenia que elegir sino representantes de su agrado.

Apio defiende el partido de los patricios (472-470). Mientras que el Foro se hallaba agitado por estas tumultuosas discordias, Roma se vió atacada por los Equos y Volscos. El cónsul Apio que se habia hecho el defensor de los patricios

(1) Estando dividido el pueblo en *curias*, *centurias* y *tribus*, se distinguian los comicios por *curias*, *centurias* y *tribus* segun las divisiones del pueblo de que se componian. En los comicios por *centurias* eran los patricios muy poderosos, pues formaban la mayoría en las primeras clases y disponian por sus fortunas de la mayor parte de las centurias. En los comicios por *tribus*, el poder pertenecia á los plebeyos, porque la decision se hallaba en manos del pueblo que formaba él mismo las tribus.

marchó contra los Volscos, y su compañero Quincio contra los Equos. Este, que era amado de los plebeyos y del ejército, triunfó fácilmente; mas las tropas de Apio, en vez de pelear, se sublevaron contra su general y se enorgullecieron de su vergonzosa fuga. Apio hizo diezmar su tropa y se presentó en Roma con la misma altivez. En las borrascosas discusiones del Foro, siempre se opuso á las pretensiones de los tribunos.

Cuando ya no era cónsul obraba con la misma audacia que si todavía lo fuese. Entonces los tribunos hicieron que compareciera ante la justicia para dar cuenta de su conducta; pero aquel arrogante patricio se presentó con tal majestad y sangre fria, que ni las amenazas de los plebeyos ni los ruegos del senado pudieron hacerle que cambiase de traje ni de lenguaje. Su valor y firmeza impresionaron extraordinariamente á la multitud; los mismos tribunos pronunciaron el sobreseimiento y dejaron luego como olvidado tan feo negocio. En el intérvalo una enfermedad arrebató al ilustre acusado, y el pueblo fue tan magnánimo que pidió se hiciesen á tan grande hombre los honores debidos á su heróica virtud (470).

Desde la muerte de Apio hasta el advenimiento del tribuno Terentilo, la historia ofrece constantemente la repeticion de los mismos acontecimientos (470-462). Todos los años hubo expediciones contra los Equos y Volscos, y siempre discordias interiores provocadas por la ley agraria. Los Equos que iban todas las primaveras á atacar á los Romanos, y salian siempre batidos, sorprendieron un dia al cónsul Furio y le encerraron en su campo (464). Este suceso introdujo la alarma en la ciudad; el senado asustado hizo dictador al otro cónsul, Postumio, y le ordenó *que velase á fin de que la república no padeciese*, que era la fórmula acostumbrada en los momentos de peligro. Postumio hizo grandes alistamientos y consiguió poner en libertad á su colega. Pasado el peligro volvieron de nuevo las agitaciones interiores del Foro.

§ II. Desde la ley Terentila hasta el decenvirato (462-454).

Ley Terentila (462). En el año 462 antes de la era cristiana, una peste terrible se declaró de repente y privó á Roma de sus cónsules y de una infinidad de otros ciudadanos El tribuno C. Terentilo Arsa se aprovechó de estar vacante el consulado para extender el poder tribunicio. Se puso pues á declamar contra el orgullo de los patricios y el poder de los cónsules, á quienes acusaba de tiránicos y arbitrarios. Para ponerles un freno, propuso una ley que autorizase á cinco comisarios circunscribir y reglamentar el poder de los cónsules por medio de leyes invariables que estuviesen sancionadas por la nacion. Los senadores se opusieron con admirable energía á la reforma y á su autor. El prefecto de Roma, Quinto Fabio, hizo pesar sobre él toda su indignacion. Terentilo, abandonado de todo el mundo, retiró su proposicion ; pero sucedia con ella como con la ley agraria, que no podia quedar en olvido, pues tenia por objeto satisfacer una de las necesidades del pueblo.

En efecto, al año siguiente (461), el cuerpo entero de los tribunos la propuso, mas el senado le manifestó siempre la mas enérgica repugnancia. Para distraer la atencion del pueblo esparcieron la voz de que los Volscos y Equos iban á atacar el territorio de la república. Los tribunos no se dejan engañar, exclaman que aquello es una fábula, y que los patricios no quieren mas que negarse á la ley propuesta por ellos.

Un jóven noble, Cæso Quincio, hijo del célebre Cincinato, prevaliéndose de su fuerza y de su mérito para defender los intereses del senado, oye de repente á uno de los tribunos llamado Virginio intentar contra él una acusacion capital. El pueblo le prende, y mientras se pone su causa en discusion, se encuentra un testigo falso, Marco Volscio Fictor, antiguo tribuno, que declara con lágrimas que Cæso es el asesino de su hermano y pide venganza de esta muerte. Cæso fue condenado al destierro, y se retiró entre los Etruscos.

Conspiracion de Herdonio. Siguiendo el ejemplo de Corio-

lano, prorumpió al salir de Roma en amenazas y terribles imprecaciones. Tal vez no fue extraño á una conspiracion que estalló poco despues de su partida. Cuatro mil y quinientos emigrados y esclavos, bajo el mando del Sabino Apio Herdonio, se apoderaron una noche del Capitolio y de la ciudadela, y asesinaron á todos cuantos no habian querido unírseles. A la primera alarma, senado y pueblo cayeron en el mayor abatimiento; los cónsules llamaron á las armas, pero los tribunos, obstinados en su resentimiento, impedian los alistamientos. Felizmente la energía del cónsul Valerio calmó á los sediciosos, y cuando principiaba á formar sus tropas en batalla, en el Foro, vió llegar al dictador de Túsculo, Mamilio, que como fiel aliado se apresuró á socorrer la república romana al instante que supo el peligro. El Capitolio fue reconquistado, una gran parte de los emigrados pereció en el combate, y se encontró entre los muertos al mismo Herdonio.

Dictadura de Cincinato. Restablecida la tranquilidad, renacieron otra vez con igual violencia las luchas del Foro. El impasible é intrépido Cincinato, cónsul aquel año, conjuró la tempestad, pero sus sucesores no fueron tan felices. Uno de ellos, Minucio, en la salida que hizo de Roma para combatir los Equos, se dejó cercar por los enemigos. Tan imprevisto acontecimiento llenó de espanto á Roma. No se vió otro remedio al mal que la creacion de un dictador. Todas las miradas se fijaron en Cincinato, que vivia retirado en su casa de labranza, cultivando por sus propias manos cuatro fanegas de tierra, única riqueza que poseia. La diputacion del senado lo encontró doblegado sobre su azada, y despues de los saludos en uso, le rogaron revistiese la toga para recibir mas dignamente las órdenes del senado. Cincinato manda á su mujer, Racilia, que vaya á buscarle la toga á la cabaña, limpia el polvo y sudor de su cuerpo, se cubre con el nuevo traje, y sabe que se le ha elegido dictador.

Al momento deja su choza, se muestra en el Foro acompañado de sus lictores, intima á todos los Romanos capaces de empuñar las armas, que al ponerse el sol se encuentren en el campo de Marte, y marcha inmediatamente contra el ene-

migo. Al llegar cerca de los Equos, su ejército da un gran grito que llena de terror al enemigo, y de esperanza á los soldados de Minucio. Se empeña el combate por ambos lados, y los Equos vencidos tienen que rendirse. Cincinato despues de haberlos hecho pasar por el yugo, fué á triunfar á Roma. A los diez y seis dias abdicó la dictadura, que hubiera podido conservar seis meses, y se volvió simplemente a su arado.

Se envian diputados para buscar leyes entre los Griegos (457). Habiendo ocurrido trastornos interiores despues de tan heróicos acontecimientos, los patricios hicieron al pueblo muchas concesiones. Se duplicó el número de los tribunos, y se adjudicó á los plebeyos el monte Aventino para que edificasen casas. En medio de los debates suscitados con motivo de aquella nueva ley, el tribuno Icilio entró en la curia para defender su plebiscito, y desde entonces los tribunos tuvieron derecho de hablar en el senado. La ley Icilia pasó, y se vió levantarse una Roma plebeya en el Aventino, en frente de la Roma patricia del Palatino. Por su parte los tribunos abandonaron la ley Terentila, que habia caducado en los carteles del Foro, contentándose con pedir á los patricios que consintiesen en nombrar legisladores elegidos entre el pueblo y el senado, para redactar un código de leyes capaces de establecer un justo equilibrio entre los dos órdenes del Estado. La proposicion fue aceptada, y se envió una diputacion compuesta de Spur. Postumio Albo, Aulo Manlio y Servio Sulpicio Camerino para que pasando á Atenas y principales ciudades de la Grande Grecia, recogiesen las bellas instituciones de Solon y demas sabios. Patricios y plebeyos permanecieron tranquilos hasta la vuelta de los diputados. A su regreso se convino en nombrar *decenviros,* diez hombres cuyas resoluciones serian sin apelacion, y que reemplazarian aquel año á todos los otros magistrados (452).

§ III. Decenvirato y promulgacion de las doce tablas (452-449).

Carácter de los primeros decenviros. Hubo todavía algunas disenciones acerca de la eleccion de los decemviros. Los tri-

bunos querian que no fuesen tomados exclusivamente de entre los patricios, y los senadores se empeñaban con fuerza en que prevaleciera esta circunstancia. Al fin cedió el pueblo con la condicion de que no se anularia la ley Icilia sobre la adjudicacion del Aventino, ni las demas leyes sagradas favorables á los intereses de los plebeyos. Se nombraron *decenviros* á Ap. Claudio, T. Genucio, P. Sextio, T. Romílio, C. Julio, T. Veturio, P. Horacio y los tres comisarios que habian ido á Grecia. Apio, que gozaba de mucha influencia, disimuló al principio su feroz y soberbio carácter para hacerse el cortesano asíduo de la muchedumbre. Alternativamente cada diez dias un decenviro administraba justicia, y todos se picaban de la mas escrupulosa equidad. Juzgaban con igual imparcialidad á grandes y pequeños, y trabajaban sin cesar para hacer una legislacion que pudiera satisfacer á todos.

Promulgacion de las diez primeras tablas. Terminados sus trabajos, publicaron en una asamblea general las nuevas leyes, en diez tablas, y empeñaron á todos los ciudadanos á que las leyesen con cuidado, las discutiesen entre sí y les trasmitiesen despues las adiciones y enmiendas que creyesen necesarias. Manifestada la opinion general, se hicieron las correcciones indicadas, y las diez tablas fueron sancionadas en la asamblea general de los comicios por centurias. Sin embargo, se reconoció que la obra estaba incompleta, y que eran necesarias otras dos tablas para completar aquel gran monumento de jurisprudencia; pero como espiraba el poder de los decenviros antes de la promulgacion de estas últimas tablas, los comicios procedieron á nuevas elecciones.

Reeleccion de los decenviros. Su tirania. Apio empleó todo el crédito que tenia con el senado y con el pueblo para influir en los sufragios. Aunque presidente de los comicios, no cesó de intrigar en favor de los hombres con que podia contar, y no se avergonzó de hacerse nombrar á sí mismo. Habiendo conseguido alejar á los personages cuya virtud le hacia sombra, se apoderó de la confianza de sus colegas, hizo que participaran de sus miras, y mostró la mas odiosa tirania. Desde el primer dia se le vió desplegar abiertamente un aparato de

terror. Aparecieron todos al mismo tiempo, precedidos cada uno de doce haces, llenaron el Foro con sus ciento veinte lictores, y difundieron el espanto en el alma de los patricios y de los plebeyos, presentándose en medio de Roma como otros tantos tiranos. El peso de su cólera cayó principalmente sobre los plebeyos, y no hubo vejaciones ni insolencias que no empleasen con ellos. En su tribunal no se inquietaban mas que del nacimiento y la calidad de las personas, sin preocuparse de la naturaleza de la causa. Entonces los patricios, en vez de constituirse los defensores de la libertad, se complacieron en ver al pueblo victima de una forma de gobierno que él mismo habia solicitado. Como no se convocaba ya el senado, los miembros de este cuerpo tuvieron la cobardía de retirarse á sus casas de campo, dejando á la Roma plebeya á merced de los tiranos que la devoraban.

No obstante los odiosos decenviros publicaron dos nuevas tablas, cargadas de leyes inicuas, pero que completaban materialmente la jurisprudencia romana. Se creia que despues de haber llenado la mision para la cual habian sido elegidos, abdicarian; pero lejos de esto, se perpetuaron por sí propios en sus cargos y se mostraron dispuestos á conservar á toda costa su autoridad. Felizmente para el pueblo, los Equos se arrojaron sobre el territorio de Túsculo, secundados por los Sabinos de Ereto, y como el peligro era grande fue menester convocar el senado.

Los senadores populares L. Valerio y M. Horacio no perdonaron á los decenviros reconvenciones ni invectivas; llegaron hasta acusarlos de haber tramado la ruina de la libertad. Apio hubiera querido impedirles que hablasen, pero le replicaron sin conmoverse que los Valerios y Horacios habian arrojado antes á los reyes de Roma, y que sus descendientes no doblarian la cerviz ante nuevos Tarquinos. A pesar de lo vivo de estas interpelaciones, el senado pensó que convenia aplazar las querellas intestinas, para no ocuparse mas que de la guerra. Se dispuso pues el alistamiento.

El ejército se hallaba animado de un ódio demasiado violento contra sus gefes para que el éxito fuera feliz. Los Equos

y Sabinos salieron victoriosos en todas partes, y Roma se creyó en el extremo de ser invadida por el enemigo. Para salvarla se llamó la atencion llevando la guerra á la Sabinia. Entonces tuvieron lugar dos grandes crímenes que acabaron de perder á los decenviros en el aprecio y confianza de los Romanos. El primero fue la muerte del intrépido Sicio, antiguo tribuno, á quien hicieron asesinar por su escolta yendo á reconocer el nuevo campamento de los Sabinos. El otro, la sangre inocente de Virginia.

Muerte de Virginia. Era esta una jóven plebeya, hija de L. Virginio, uno de los primeros centuriones del ejército. Estaba prometida á L. Icilio, antiguo tribuno, que se habia distinguido mas de una vez defendiendo los intereses del pueblo. Seducido Apio por su extremada belleza, habia concebido por ella una extremada pasion. Para saciarla, encargó á uno de sus clientes llamado Claudio, la reclamase en justicia como esclava suya y se apoderase de ella durante la ausencia de su padre. Un dia que Virginia iba al Foro, fue cogida por Claudio que la detuvo bajo el pretexto de que era su esclava y de consiguiente su propiedad. Se lleva el negocio ante el tribunal de Apio, que no oyendo mas voz que la de su pasion, pronuncia contra la libertad de la jóven. Al momento se alza un murmullo de indignacion en toda la asamblea, y se pide que al menos se llame á Virginio para que acuda á defender el honor de su familia. Icilio protesta tambien contra tamaña injusticia, y obtiene de Apio que se difiera la sentencia hasta la vuelta de Virginio, á la sazon en el ejército.

Virginio entra en Roma con apresto lúgubre; él mismo conduce su hija al Foro, habla á todos los ciudadanos para hacerles participar de su dolor y resentimiento. ¡Vanos esfuerzos! La pasion ciega á Apio, y no supo mas que pronunciar su inícua sentencia. El pueblo acoge esta con taciturno silencio. Virginio pide que antes de separarse de su hija se le permita hablarla aparte con su nodriza para saber si las pretensiones de Claudio eran fundadas. Apio consiente en ello. Apenas se ha separado de la muchedumbre, cuando cogiendo

un cuchillo sobre la tabla de un carnicero, exclama: *Hija mia, no me queda mas que este medio de asegurar tu libertad,* y se lo clava en el corazon.

Caida de los decenviros (449). Aquel horrible sacrificio hiela de espanto á todo el mundo. Virginio, mostrando su cuchillo, lleno de la sangre que acababa de derramar, consagra la cabeza de Apio á los dioses infernales. Una infinidad de jóvenes le rodean, y á la vista del cuerpo inanimado de su hija deploran su desdicha. Apio quiere resistir á la borrasca, pero pronto le falta el valor y toma el partido de envolverse la cabeza con su manto y esconderse en una casa inmediata al Foro. Mientras estalla la sedicion en la ciudad, Virginio corre al campo, cuenta á sus compañeros lo que ha pasado, inflama su valor con sus palabras y gemidos, y los arrastra á Roma para libertarla de los mónstruos que la tiranizan. Se colocan en el monte Aventino, nombran entre sí diez tribunos militares, y se disponen á resistir al senado. El ejército enviado contra los Sabinos imita al otro. Crea diez tribunos militares y va á unirse con sus compañeros. Los decenviros tuvieron que abdicar. El pueblo furioso queria matarlos, pero el senado obtuvo que se les perdonase la vida. Se restablecieron los tribunos, el derecho de apelacion, los cónsules, y todas las magistraturas que existian antes del decenvirato; al mismo tiempo se decretó una amnistía para todos los plebeyos que habian provocado la insurreccion.

§ IV. Desde la caida de los decenviros hasta la invasion de los Galos (449-390).

Progreso de las instituciones populares. Bruto, al desterrar los reyes, habia hecho triunfar la aristocracia; la caida de los decenviros fue por el contrario una victoria para el pueblo. Los cónsules Valerio y Horacio principiaron por promulgar una ley que sujetaba los ciudadanos de todas clases á los *plebiscitos* emanados de los comicios por tribus. Era reconocer el poder legislativo de los plebeyos. Esta concesion alentó á

los tribunos, que atacaron directamente á Apio y demas decenviros. Virginio fue encargado de acusar por sí mismo al matador de su hija. Apio prodigó súplicas y pasos para con los plebeyos y patricios, pero á pesar de todos sus esfuerzos habria sido condenado por el pueblo si no hubiera tenido la debilidad de darse de puñaladas en la prision. Igual suerte esperaba á Sp. Apio, el mas odioso de los decenviros despues de él, pero previno el juicio por el mismo atentado. Sus colegas se condenaron por sí propios á la expatriacion, y sus bienes fueron confiscados.

El pueblo, una vez satisfecho con estas venganzas, no pensó mas que en defenderse contra los Volscos, los Equos y los Sabinos que habian renovado sus incursiones en el territorio de Roma. Valerio encontró á los Volscos y Equos reunidos en el Algida, y su compañero Horacio marchó contra los Sabinos. Ambos consiguieron una victoria completa; pero el senado disgustado de su popularidad les negó el triunfo. El tribuno Icilio propuso decretárselos en nombre del pueblo; la ley fue sancionada por el sufragio unánime de todas las tribus, y el senado que hasta entonces habia gozado solo del derecho de dispensar este honor, perdió otro de sus privilegios.

Tribunado militar (444). Despues de obtenidos nuevos triunfos sobre el enemigo, el pueblo empezó otra vez sus luchas con los patricios. El tribuno C. Canuleyo propuso una ley que autorizaba las alianzas entre los dos órdenes; luego sus nueve colegas pidieron que el consulado fuese accesible á los plebeyos. El senado, para evitar el golpe que le amenazaba, metió mucha bulla con la invasion de los Volscos y Equos; pero la firmeza de Canuleyo tranquilizó al pueblo, y las nuevas leyes tuvieron que ser discutidas. Despues de vivos altercados y largos discursos, los patricios cedieron acerca de la ley de matrimonios, con la esperanza de que esta concesion calmaria al pueblo y le llevaria á desistir de sus pretensiones al consulado. Sucedió lo contrario: los tribunos engreidos con su victoria se mostraron mas inflexibles. Entonces los senadores para no profanar, como decian, la dig-

nidad consular, propusieron la creacion de tribunos militares con poder igual al de los cónsules, y que se elegirian indistintamente entre los nobles y plebeyos. Esta proposicion fue aceptada, y se vió al dia siguiente recorrer el Foro á los tribunos con el traje de candidatos, pero se llevaron un solemne chasco, pues el pueblo votó por los patricios. Sin embargo, los nuevos magistrados solo duraron tres meses, al cabo de los cuales se publicó que los auspicios no les eran favorables, y el senado, volviendo, como habia esperado, á sus antiguos derechos, nombró cónsules.

De la censura (442). Estos nuevos cónsules marcaron su advenimiento al poder por el establecimiento de censores. Representaron al senado que el censo no se habia hecho hacia muchos años y que no era posible diferirlo, y que no permitiéndoles sus ocupaciones militares atender á tan importante trabajo, pedian se cometiese la custodia é intervencion de los registros á dos magistrados, á quienes se tituló *censores*. El senado acogió bien esta proposicion, porque le convenia se aumentase el número de los magistrados patricios. Por otra parte los tribunos, considerando los nuevos cargos menos brillantes que útiles, no hicieron ninguna objecion; mas en lo sucesivo dichas funciones, tan poco importantes en su orígen, tomaron un valor prodigioso. Tuvieron á su cuidado la vigilancia de las costumbres y de la disciplina, la inspeccion sobre el senado y los caballeros, dispensaron libremente á todos los ciudadanos los honores y las afrentas asignando á cada uno la clase en que debia colocarse, extendieron su jurisdiccion á los edificios públicos y particulares, y se ocuparon exclusivamente del reparto y recaudacion de los impuestos.

Conspiracion y suplicio de Melio (440). Dos años despues del establecimiento de los censores, todas las plagas cayeron sobre Roma. El hambre y la peste hacian estragos. En tales circunstancias, un caballero romano inmensamente rico, S. Melio, hizo grandes compras de trigo en Etruria y distribuyó mucho al pueblo. Esta generosidad le grangeó una influencia considerable con la multitud, y se atrevió á concebir

el proyecto de elevarse al poder real. El intendente de las provisiones, Minucio, descubrió el plan al senado, y se creyó el peligro bastante grave para nombrar un dictador. Q. Cincinato fue otra vez revestido de este cargo, que rehusó por mucho tiempo, excusándose con su avanzada edad; pero habiéndolo aceptado al fin, desplegó en él tanto vigor como hubiera podido emplear un jóven. Su maestre de caballería, Servilio Ahala, mató con su propia mano al culpable. El austero dictador aplaudió la accion, hizo arrasar la casa de Melio, y abdicó despues de asegurar la existencia de la república. Irritado el pueblo por la muerte de Melio, á quien consideraba como su defensor, se vengó de ella restableciendo el tribunato militar; pero contra su esperanza, los tribunos fueron otra vez patricios, y al año siguiente se reeligieron cónsules (438).

Guerras contra los Veyos, los Fidenatas, los Equos y los Volscos (438-406). Hasta entonces Roma se ha mantenido á la defensiva en sus guerras exteriores, pues necesitando combatir por su existencia, no habia pensado mas que en rechazar á los que la atacaban. Cuando su constitucion se halló establecida sólidamente, hubo menos guerras intestinas y pudo tomar la ofensiva. Por espacio de doce años (438-426), hubo sangrientos y furiosos combates entre sus ejércitos y los pueblos vecinos; por cinco veces les fue necesario recurrir á la dictadura; los Fidenatas fueron los primeros vencidos. Su capital, la brillante Fidenes, despues de haber sido tomada y rescatada, fue al fin destruida. Los Veyos, aniquilados por tantas derrotas como habian experimentado, pidieron y se les concedió una tregua de veinte años (426-406). Mientras tanto los Equos perdieron sucesivamente Labicum (419), Bola (414) y Ferentino, adonde se establecieron colonias. En seguida se tomó á los Volscos Anxur (*Terracina*).

Sitio de Veyes. Anxur era fuerte y muy opulenta. Los Romanos encontraron allí inmensos tesoros, y los generales al apoderarse de ella tuvieron el tacto de distribuirlos entre las tropas. Esta generosidad reconcilió al pueblo con los patri-

cios. El senado fortaleció aun mas estas felices disposiciones asignando sobre el tesoro público un sueldo á cada soldado. Semejante medida hacia por sí sola una revolucion en el arte militar, se iban á tener ejércitos permanentes, y en adelante se podrian sostener largas guerras y pensar en grandes empresas. Se pensó pues en atacar á los Veyos en su ciudadela, sitiándolos en ella.

Camilo. Toma de Veyes (396). Diez años duró aquel sitio (406-396), y fue el grande acontecimiento de los tiempos heróicos de Roma. Los caballeros y el pueblo se presentaron á porfía ante el senado para tener el honor de atacar á tan arrogante ciudad. A pesar de su celo y ardimiento, las desavenencias entre los tribunos militares encargados de la direccion del sitio, la inexperiencia de los sitiadores y los valerosos esfuerzos de los sitiados, ocasionaron reveses que llenaron á Roma de terror y espanto. En su apuro, los senadores pusieron la vista en un jóven patricio lleno de génio é intrepidez, el ilustre Camilo Furio, y le crearon dictador. Su familia no habia brillado mucho hasta entonces. Camilo reveló su valor bajo el mando del dictador Postumio en una batalla contra los Equos y Volscos arrancando con sus propias manos una flecha que habia quedado clavada en una de sus heridas. Se le nombró en seguida censor, y se le envió durante el sitio de Veyes á combatir contra los Faliscos y Capuatas, con el título de tribuno militar. Despues de vencidos estos pueblos fue cuando se presentó delante de Veyes, se apoderó de la ciudadela é hizo saquear la ciudad.

Faltas de Camilo, sus nuevas victorias. A su regreso á Roma, se indispuso con todo el mundo por el fausto y brillo de su triunfo. Los patricios le vieron con sentimiento subido en un carro tirado por cuatro caballos blancos, como el de una divinidad. Irritó al pueblo oponiéndose á una ley de los tribunos que querian que los plebeyos fuesen á vivir á Veyes. En fin, disgustó al ejército obligándole á devolver la décima parte del botin que habia cogido, bajo el pretexto de que lo habia ofrecido á Apolo. La guerra de los Faliscos vino oportunamente para dar tregua á la indignacion general,

pues Camilo se cubrió en ella de gloria tanto por su generosidad como por su valor.

Cuando sitiaba á Faleria, se dice que los Faliscos llevaban la presuncion tan al extremo, que dejaban á sus hijos salir fuera de los muros para pasearse con su maestro y entregarse á sus ordinarios ejercicios. El maestro de escuela que queria entregar los Faliscos á los Romanos, por medio de sus hijos, se acercaba cada dia mas de los enemigos, como si su objeto fuera aguerrirlos con el peligro. En fin tropieza á propósito con las primeras guardías, les entrega aquellos niños, y pide ser conducido á la presencia de Camilo. Le hace conocer su traicion esperando una recompensa, pero el general romano indignado de tan negra perfidia, le dice con tono severo: *La victoria no debe obtenerse nunca por medios impios y criminales. Un grande general debe esperarla de su propio valor, mas no de la maldad de los otros.* Al mismo tiempo manda que se despedace su traje, que se le aten las manos á la espalda, que se den á los niños correas y disciplinas, para que lo conduzcan á su pueblo, pegándole sin cesar. Aquel hermoso hecho valió á Camilo el afecto de todos los Faliscos, los cuales se pusieron á su disposicion y le dejaron árbitro de la pena que quisiera imponerles. El ilustre guerrero se contentó con exigir de ellos algunas contribuciones y regresó á Roma.

Destierro de Camilo. Es seguro que si alguna cosa pudiera hacer perdonar á los hombres célebres su desden y vanidad, habria sido la gloria de Camilo. Sin embargo, los Romanos se preocuparon poco de ella; solo tuvieron presente su altanería y violencias, y no pensaron siquiera en sus servicios. Habiéndole acusado P. Apuleyo de que se habia apropiado una parte del botin de Veyes, no halló nadie que quisiera tomar su defensa. Sus mismos clientes le abandonaron. No escuchando entonces mas que su resentimiento, abrazó á su muger é hijos, salió de su casa y tomó el camino del destierro. Al dejar su patria, se vuelve hácia la capital y conjura con voz suplicante á todos los dioses que la habitaron, que hagan caer sobre sus conciudadanos todos los castigos que merecia su ingratitud. Los Galos no tardaron en satisfacer, sin saberlo, votos tan impios.

CAPITULO III.

Desde la invasion de los Galos hasta la guerra contra los Samnitas (1).

(390-343.)

La invasion de los Galos es en la historia de la república romana un acontecimiento inmenso. Aquellos bárbaros todo lo destruyeron á su paso. La ciudad fue saqueada de tal suerte que se necesitó toda la energía de Camilo para impedir que el pueblo se retirara á Veyes. La espada de los vencedores habia dejado tan grandes vacios en la poblacion, que para llenarlos fue menester conceder el derecho de ciudad á los Veyes, á los Capenatas y á los Faliscos; mas aquella terrible prueba regeneró el valor de los Romanos y sugirió al genio de Camilo innovaciones en los ejércitos que contribuyeron mucho, sin duda ninguna, á las victorias de sus sucesores. Cambió el órden de batalla, dió nuevas armas á los soldados, y tal vez imaginó la *legion* que explica las conquistas de los Romanos, como las falanges macedonias los grandes hechos de Alejandro. La constitucion interior de la ciudad no experimentó tampoco ningun cambio por efecto de aquellos desastres. El pueblo reedificó sus humildes moradas, y se mostró en seguida en el Foro con las mismas ideas de libertad. Esto es lo que nos hace comprender cómo en su renacimiento, aquel tronco mutilado de la antigua Roma volvió á brotar de nuevo, segun la expresion de Tito Livio, con mayor vigor y fecundidad.

§ I. Primera invasion de los Galos. Toma de Roma (390-389).

Ataque de Clusium por los Galos. Los Galos establecidos al norte de la Italia habian conservado sus costumbres de guerra y rapiña. Cada primavera veia sus hordas aventureras devastar algunas de las ciudades opulentas de la Etruria, de la Campania y de la Gran Grecia. Sibaris, Crotona, Tarento, Lo-

(1) Autores que deben consultarse: Tito Livio, Plutarco, *Vida de Camilo.* Independientemente de todas las historias generales de la república romana, véase tambien: Amadeo Thierry, *Historia de los Galos*, part. 1, cap. 3.

cres, Metaponte y otras muchas repúblicas célebres por su lujo y riqueza, ofrecian un cebo muy apetitoso para su codicia. Contentáronse por mucho tiempo con él; pero habiéndose aumentado rápidamente su poblacion, treinta mil guerreros Senoneses pasaron el Apenino y se presentaron á pedir algunas tierras á los habitantes de Clusium. Esta ciudad, que era una de las mas importantes de la confederacion etrusca y no distaba de Roma mas que tres dias de marcha, imploró el auxilio de los Romanos.

El senado envió para tratar de este negocio á los tres Fábios, cuyo carácter desdeñoso y violento era mucho mas á propósito para encender la guerra que para ajustar la paz. Los Galos recibieron con grandes honores á los embajadores en atencion al nombre romano y á su reputacion de valor personal. Pero el mayor de los Fábios tuvo la insolencia de preguntarles con qué derecho habian atacado á los Clusios; á lo cual respondió el Breno sonriéndose: *Nuestro derecho es el mismo que vosotros teneis para atacar á los Veyenses, á los Equos, á los Volscos y á todos los pueblos que habeis sometido á la esclavitud. Le llevamos en las puntas de nuestras espadas, y pertenece exclusivamente á los valientes.* Al oir esta respuesta los Romanos pidieron entrar en la plaza, excitaron á los Clusienses á que se defendieran, y se incorporaron á sus filas, sin respetar el derecho de gentes.

Los Galos marchan contra Roma. El Breno pidió á Roma una reparacion de este ultraje, y el senado, los sacerdotes y los feciales querian que se le entregasen los Fábios porque habian violado todas las leyes divinas y humanas; pero deslumbrado el pueblo por el prestigio de gloria y grandeza que conservaba su familia, les absolvió y los nombró tribunos militares para que dirigiesen las operaciones de la guerra. Cuando los Galos supieron que en vez de castigar á los que les habian ofendido, Roma les habia dispensado los mas brillantes honores, marcharon al instante contra ella. Los campos y las ciudades por donde tenian que pasar temian los mayores desastres, pero no les hicieron daño alguno. *Nosotros*, decian, *vamos á batirnos con los Romanos; de ellos es sola-*

mente de quien queremos vengarnos; todos los demas pueblos pueden considerarse como aliados nuestros.

Batalla del Allia. A orillas del Allia y cerca del sitio en que este arroyo desemboca en el Tíber á doce millas de Roma, fue donde el Breno encontró á los Romanos. Desde el primer choque precipitó su ala izquierda en el rio, arrolló el centro que tenia poca fuerza y obligó al ala derecha á que se replegase en desórden. Los fugitivos atravesaron por Roma, sin detenerse, publicando que el ejército habia sido destrozado y se retiraron al Capitolio (16 de julio de 390). Si los Galos hubiesen marchado en seguida contra la ciudad habrian concluido con la República y con el nombre romano; pero pasaron dos dias despues de la batalla despojando los muertos bebiendo y erigiendo algunos trofeos. Sus espías les hicieron saber que en Roma no habia señales de que se preparasen á la defensa exterior de la ciudad, pero temieron que esta fuese alguna estratagema y retardaron todavía mas su entrada.

Entrada de los Galos en Roma. Cuál no fue su sorpresa cuando al entrar en Roma encontraron desiertas todas las calles y plazas. Adelantáronse con mucha precaucion hasta el Foro, colocaron allí algunos destacamentos para evitar que les sorprendieran los Romanos que se hallaban encerrados en la ciudadela, y se esparcieron en seguida por los demas barrios á fin de saquearlos. Las puertas de las casas de los plebeyos estaban cerradas y las rompieron. Las magníficas habitaciones de los senadores estaban abiertas y en los portales se hallaban estos ancianos revestidos de todas las insignias de su dignidad, en el mas profundo silencio inmóviles y apoyados en sus bastones de marfil. Los Galos les tomaron primero por unas divinidades, y durante algun tiempo no se atrevieron á tocarles ni aun á acercarse á ellos; pero uno, mas atrevido que los demas, se acercó á M. Papirio y le pasó suavemente la mano por su larga barba. Papirio creyéndose insultado le pega en la cabeza con su baston; le hiere duramente, y el bárbaro saca al momento su espada y le mata. Esta fue la señal del asesinato general. Los Galos se arrojaron sobre todos los demas senadores y los degollaron.

Sitio del Capitolio. Al mismo tiempo saquearon la ciudad, pasando á cuchillo todos los habitantes sin distincion de edad ni sexo, y pusieron sitio al Capitolio. Durante el bloqueo que duró muchos meses, algunas de sus hordas se dirigieron hácia la parte de Ardea para recoger botin; pero Camilo que se hallaba desterrado en aquella ciudad, hace un llamamiento á los Ardeotas, levanta un ejército y obtiene inmensas ventajas contra aquellos destacamentos aislados. Esta victoria hizo conocer á los Romanos la falta que habian cometido al alejar de su ciudad á tan grande hombre. Todos los que se habian refugiado en Veyes y en las ciudades del Lacio le ofrecen la dictadura, pero su altivez patricia le hace rehusar esta honra, porque segun dice no puede aceptarla sino de manos del senado; pero no era fácil hacer saber á los senadores refugiados en el Capitolio, lo que habia sucedido en Ardea.

Con todo, un Romano llamado Poncio Cominio se encarga de tan peligrosa mision. Vestido de una simple túnica bajo la cual llevaba algunos pedazos de corcho, marcha todo el dia, llegaá Roma á la entrada de la noche, atraviesa el Tíber sostenido por los corchos de que se habia provisto, y sube hasta el Capitolio por la parte que parecia mas escarpada. Su presencia llena de gozo á los senadores, quienes se reunen y nombran dictador á Camilo. El intrépido Poncio se vuelve por el mismo camino para manifestar á los Romanos de Ardea el decreto del senado.

Poco faltó, no obstante, para que esta bella accion revelase á los Galos el secreto de apoderarse del Capitolio. Por las trazas que Poncio dejó de su paso, los bárbaros notaron que la roca no era inaccesible para los hombres diestros y valientes, y así principiaron á subir por ella en silencio durante la noche. Ya habian llegado á la cumbre cuando los gansos sagrados despertaron á los Romanos dando grandes graznidos. Manlio fue el primero que se opuso á los Galos y el único que detuvo á los que asaltaban; por lo cual y por su extraordinario valor mereció el epiteto de *Capitolino.*

Tratado de los Galos con los Romanos. Este revés desanimó á los Galos. El hambre y la peste asolaban su campo y hacian

su situacion no menos crítica que la de los sitiados. Los apuros de ambos partidos les hicieron desear la paz; y uno de los tribunos militares llamado Sulpicio fue el encargado de tratar con el Breno en nombre de los Romanos. Se convino en que estos pagarian mil libras de oro; pero cuando las estabanpesando, los Galos quisieron engañarles sirviéndose de pesos falsos y haciendo inclinar la balanza á favor suyo. Quejáronse los Romanos; pero el Breno tomó su espada, la colocó al lado de los pesos, y habiéndole preguntado Sulpicio la significacion de aquel acto, le respondió: *¿Qué ha de significar, sino « ay de los vencidos? »*

Derrota de los Galos. Mientras esto sucedia llegó Camilo, y al saber lo que pasaba se valió de su autoridad de dictador para anular el tratado y dijo altivamente al Breno: *Los Romanos se rescatan con hierro y no con oro:* lo cual era una nueva declaracion de guerra. De una y otra parte corrieron á las armas y se empeñó un terrible combate. Esta vez los Galos quedaron enteramente vencidos, y Roma despues de haber estado durante siete meses en poder de los bárbaros, quedó libre (1).

Camilo volvió á entrar en ella triunfante y llevando en su comitiva los ciudadanos que antes habian marchado con sus mujeres é hijos. Los que estuvieron sitiados en el Capitolio se apresuraron á salir á recibirles y presentaron un espectáculo sumamente tierno. Abrazábanse unos á otros derramando lágrimas de alegría. Los sacerdotes de los dioses y los ministros de los templos traian las cosas sagradas que habian ocultado al huir, y experimentaron tanta satisfaccion como si los mismos dioses hubiesen vuelto á la ciudad despues de haberla abandonado.

Entre tanto algunos Romanos, alarmados por las fatigas y trabajos que exigiria la reconstruccion de su arruinada ciudad, propusieron retirarse á Veyes. Esta idea principiaba

(1) Hemos seguido la inverosimil relacion de Tito Livio; Polibio, Tácito, Suetonio y Justino la contradicen; pero segun lo dice muchas veces el mismo Tito Livio, ¿cómo conocer la verdad acerca de unos hechos tan lejanos y oscuros?

á tener muchos partidarios entre el pueblo, cuando Camilo, como hombre de genio y que preveia el porvenir, la combatió con todas sus fuerzas recordando sobre todo los presagios que habian anunciado la futura grandeza de Roma. Estos imponentes recuerdos inflamaron los corazones de todos, exaltaron hasta el entusiasmo su patriotismo, y pusieron manos á la obra con tanto ardor y precipitacion, que no observaron casi ningun órden en la reconstruccion de las calles de la nueva ciudad.

§ II. Luchas intestinas. Division del consulado (386-366).

Nuevos triunfos de Camilo. Los reveses de los Romanos habian hecho que los Volscos, los Equos, los Hérnicos y todos los pueblos del Lacio concibiesen nuevas esperanzas. Coligáronse pues y trataron de recuperar su independencia antes de que Roma recobrase su poder y grandeza; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Camilo, nombrado dictador, les derrotó en muchos combates sucesivos, y volvió á celebrar sus nuevas victorias con un nuevo triunfo. Entonces se obligó á todos los Romanos que se habian retirado á Veyes que volviesen á Roma y se concedió el derecho de ciudadanos á los Veyenses, Fidenatas y Faliscos que habian servido en los ejércitos romanos durante las últimas guerras. Por medio de estas diversas medidas se aumentó la poblacion de Roma, y todos sus edificios se reedificaron con su antigua magnificencia.

Conspiracion y muerte de Manlio. El pueblo habia hecho grandes préstamos para construir de nuevo sus casas, y la severidad de los acreedores para con los deudores habia renovado las sediciones de los plebeyos. Manlio Capitolino cuyo excesivo orgullo se indignaba de no obtener la preeminencia que creia se debia á sus gloriosos servicios, resolvió entregarse al partido popular. Se unió á los tribunos del pueblo, desacreditó al senado, aduló á la multitud y propuso la abolicion de las deudas. Sus violentos discursos y el recuerdo de su gloria le grangearon muy luego un numeroso partido,

é inquieto el senado nombró dictador á Corn. Cosso, no tanto para combatir á los Volscos, que se movian en el exterior, como para apaciguar la sedicion que era inminente en el interior.

Entre tanto, para hacer que su autoridad fuese mas grave é imponente, el dictador quiso ante todo triunfar de los enemigos exteriores. Despues de ponerles en fuga buscó medios para poner trabas á los ambiciosos proyectos de Manlio, quien diariamente irritaba las pasiones fogosas de la multitud permitiéndose mil acusaciones contra los patricios, y sobre todo la de que tenian ocultos ricos tesoros procedentes de los despojos de los Galos. Cuando Cosso volvió á entrar en Roma mandó á Manlio que compareciese á su presencia : le convenció de calumniador y le hizo arrestar ; pero una gran parte del pueblo se vistió de luto, y los grupos que se reunieron á la puerta de la cárcel eran tan numeroros y alborotaban tanto que fue preciso volverle á poner en libertad.

Desde aquel momento se hizo gefe de los sediciosos, y prevaleciéndose orgullosamente de esta victoria, no ceso de atizar la cólera del pueblo demasiado inflamada ya. Tenia en su casa reuniones numerosas en las cuales no disimulaba que su ambicion iba hasta la dignidad real. Inquieto el senado al saber sus intrigas, dió á los tribunos militares plenos poderes sobre él, y le citaron ante el tribunal del pueblo ; las pruebas de su crímen eran numerosas y convincentes ; pero con todo, cuando el pueblo le oyó enumerar todos sus trofeos, recordar sus victorias, citar todos los ciudadanos á quienes habia librado de sus deudas, é implorar, con las manos extendidas hácia el Capitolio, el auxilio de los dioses, todos quedaron tan sobrecogidos al oir la relacion de sus beneficios, que no hubo nadie que se atreviese á hacerle expiar sus atentados, y para obtener que se le condenase fue preciso transferir la asamblea al bosque del Petilia desde donde no se veia el Capitolio. Los tribunos hicieron que se le precipitase por la roca Tarpeya, y de este modo manchó ignominiosamente con su sangre el mismo sitio que habia sido teatro de su mayor gloria.

Division del consulado. Despues de la muerte de Manlio volvieron á continuarse las fastidiosas expediciones contra los Volscos. Tambien se siguió discutiendo acerca de las deudas, y se eligieron censores para que determinasen exactamente la situacion del pueblo. Pero los acreedores, interesados en que no se conociesen los misterios de su inicua rapacidad, frustraron constantemente esta medida. Entre tanto cada año habia nuevas guerras, las cuales exigian nuevos tributos del pueblo cuya suerte era cada vez mas deplorable. Su causa parecia perdida cuando Licinio Estolo y Sextio su colega llegaron á ser tribunos. «Publicaron tres proyectos de ley favorables todos ellos al pueblo: en el uno se decia que habria de deducirse del capital de los créditos todos los intereses ya pagados, y que se concederian tres años para abonar el resto en tres pagos iguales; por el segundo se limitaba á quinientas el número de hanegadas que cada uno podria poseer; por fin, el tercero proponia que se renunciase á las elecciones de los tribunos militares, y que se nombrasen cónsules, de los cuales se elegiria siempre uno entre los plebeyos. Estos proyectos, cuya importancia era extremada, habian de encontrar necesariamente la mas violenta oposicion (1).»

La lucha duró diez años (377-366). Licinio y Sextio fueron reelegidos anualmente y colocados á la cabeza de los tribunos; y á fin de destruir la oposicion del senado resolvieron que con su *veto* dificultarian la marcha de todas sus empresas. Durante cinco años no pudieron los patricios proveer plaza alguna, mas sin embargo estos consiguieron dividir el cuerpo de los tribunos, aunque no hicieron mas que ganar tiempo sin poder dulcificar el carácter obstinado de Licinio y de su colega. Entonces apelaron á la dictadura y eligieron primero á Camilo; pero el vencedor de los Galos, segun debia preverse, se estrelló contra las borrascas del Foro (368) y despues de él no era siquiera posible que se tratase de obtenerlo. Algunos senadores lo emprendieron sin embargo,

(1) Tito Livio. Trad. al francés por Dureau de la Malle.

pero sus infructuosos ensayos no sirvieron sino para patentizar mas y mas la debilidad de su órden. Ya habian abierto á los plebeyos el acceso á los empleos sacerdotales, consintiendo en la eleccion de los decenviros sibilinos, de los cuales la mitad debian ser elegidos entre el pueblo, y se iba á decretar la division del consulado cuando de repente se supo que los Galos acababan de emprender su segunda invasion.

Segunda invasion de los Galos. Al oir este nombre terrible todo se conmueve y todo tiembla. El senado y el pueblo se consternan y olvidan sus disensiones intestinas para correr á las armas. Camilo, á pesar de su edad avanzada de ochenta años, es elegido dictador, y acepta confiadamente tan temible cargo, seguro de triunfar mas fácilmente de los bárbaros en el campo de batalla que de las intrigas de los tribunos en el Foro. Encuentra á los enemigos á orillas del Anio y les destroza enteramente (367). Los senadores no querian que Camilo abdicase porque esperaban que su ilustre nombre bastaria para contener al pueblo ; pero las ideas de libertad habian progresado demasiado para que ningun hombre, por grande que fuese su genio, pudiera comprimirlas. Fue preciso admitir al consulado los plebeyos, y aceptar todas las proposiciones de Licinio.

A la verdad los patricios debilitaron la fuerza de este revés estableciendo nuevas magistraturas patricias, la *pretura* y la *edilidad curial.* Los pretores habian de administrar la justicia y gobernar el Estado durante la ausencia de los cónsules. La silla curul, seis lictores, algunos escribas y aparitores, eran su séquito é insignia. Los ediles curiales tenian un rango mas elevado que los ediles plebeyos, pero desempeñaban las mismas funciones. Por lo demas estas reservas de los patricios no fueron mas que precauciones inútiles, pues muy pronto veremos que los plebeyos llegaron á dichas dignidades de nueva creacion así como á todas las demas.

§ III. Ultimas invasiones de los Galos (366-349).

Consulado plebeyo (366). El pueblo recompensó á Sextio por su celo, nombrándole cónsul. La historia, escrita siempre

por los autores antiguos bajo el punto de vista de los intereses de la nobleza, nos manifiesta la admision de los plebeyos al consulado como una innovacion que fue marcada con grandes desastres. Para evitar que el plebeyo Sextio honrase su consulado con algunas hazañas brillantes, hubo una paralizacion general y la mas completa inaccion mientras que ocupó dicho cargo. No por eso dejó el pueblo de hacer oir sus quejas. Echó en cara al senado que hubiese confiscado la edilidad en beneficio de los patricios, y con sus incesantes reclamaciones le obligó á que hiciera ejercer alternativamente este cargo por los dos órdenes.

En tiempo de los sucesores de Sextio cayeron sobre Roma unas plagas tan terribles que los patricios tuvieron motivo para creer que los dioses irritados se habian constituido vengadores suyos. Una epidemia espantosa arrebató en el mismo año al gran Camilo, un censor, un edil curial y tres tribunos, y ademas hizo numerosas víctimas en la ciudad. A fin de aplacar la cólera de los dioses imaginaron traer de Etruria algunos histriones para que representasen los juegos *escénicos*, los cuales no eran mas que unas danzas bufas que se ejecutaban al son de la flauta con gestos bastante groseros. Mezclaron algunos versos maliciosos á estas farsas grotescas, y este fue el órigen del arte dramático en Roma.

Ya se deja conocer que tan extraño remedio no bastó para contener la plaga; por lo cual algunos ancianos propusieron que se clavase el *clavo sagrado* al lado derecho del templo de Júpiter. En los primeros tiempos de Roma, y antes de que se cultivasen allí las letras, se clavaba todos los años dicho clavo en el templo de la diosa Norcia para marcar el número de años. Habiendo descuidado esta costumbre, la supersticion la recordó atribuyéndole una virtud mágica que hacia cesar todas las plagas. El senado nombró pues dictador á Manlio Imperioso para que ejecutase esta grande accion.

Proceso de Manlio Imperioso (363). Aunque su nombramiento no tuvo otro objeto, no quiso limitarse únicamente, como dice Tito Livio, á tan piadoso encargo. Habiendo hablado de hacer la guerra á los Hérnicos, todos los tribunos

se sublevaron contra él y se vió obligado á abdicar porque su carácter altivo y dominante le habia indispuesto con todo el mundo. Sus parientes y amigos así como los extraños no le perdonaban los defectos que le habian valido el epíteto de *Imperiosus*. Un tribuno llamado Marco Pomponio le acusó públicamente echándole en cara su crueldad para con su hijo T. Manlio á quien tenia relegado en el campo entre sus esclavos porque no hablaba con facilidad. Cuando el jóven Manlio supo que él iba á ser la causa de que su padre fuese condenado, fué á casa del tribuno y amenazándole con un puñal le hizo jurar que desistiria de su acusacion. Pomponio lo hizo así, y el pueblo, lleno de admiracion por la piedad filial del jóven Manlio, le confirió por aclamacion el grado de legionario.

Tercera invasion de los Galos (360-358). La derrota que experimentó el cónsul plebeyo L. Genucio en una expedicion contra los Hérnicos, habia hecho repetir á los patricios que los dioses estaban irritados porque se habian puesto en manos profanas los auspicios sagrados. Para reparar este revés nombraron dictador al patricio Apio quien tuvo la dicha de vengar la gloria del nombre romano. Esta guerra fue seguida de la tercera invasion de los Galos, los cuales hacia cinco años que renovaban periódicamente sus correrías devastadoras por la Campania y el Lacio (366-361).

Presentáronse de improviso en las orillas del Anio amenazando directamente á la misma Roma; pero esta vez las legiones salieron de la ciudad y tomaron posiciones frente al enemigo. Su presencia sorprendió á los Galos, y despues de algunos momentos de irresolucion levantaron el campo silenciosamente, subieron por las orillas del Anio y se atrincheraron en las inexpugnables montañas de Tribur.

Los analistas antiguos y despues de ellos Tito Livio se han entretenido en dar un carácter maravilloso á esta insignificante expedicion. Habiéndose adelantado un Galo de enorme estatura gritando con todas sus fuerzas: *¡Que venga á pelear conmigo el mas valiente de todos los Romanos!* este desafio intimidó por el pronto á los mas intrépidos guerreros. Pero muy luego T. Manlio, descendiente del que salvó el

Capitolio, se acercó al dictador y le pidió permiso para ir á batirse con el bárbaro. *Valiente jóven*, le respondió Postumio, *vé á defender los dioses y prueba que el nombre romano es invencible*. Manlio fue llevado por sus compañeros á presencia del Galo, quien manifestaba una alegría feroz y por irrision le sacaba la lengua. Trabóse el combate y Manlio hirio de un golpe mortal á su colosal adversario, quien segun la leyenda ocupó al caer un espacio inmenso. Así que Manlio le vió muerto, absteniéndose de todo insulto se contentó con quitarle su collar que estaba ensangrentado y se lo puso al cuello, lo cual le valió el dictado de *Torcuato*. Fue tal la impresion que este acontecimiento causó á los Galos que á la noche siguiente principiaron á retirarse.

Dos años despues se presentaron de nuevo en el Lacio y saquearon á Lavicum, Tusculum, Alba y todo el territorio de los Latinos. Amedrentados los Romanos nombraron dictador á C. Sulpicio, quien reunió todas las tropas del Lacio, cansó á las hordas de los Galos por medio de marchas continuas, y se apoderó de su campo despues de haberlas aniquilado por el hambre y la fatiga (358). Sulpicio imitó á Camilo en su triunfo. Consagró á los dioses una gran parte del oro que habia encontrado entre los despojos de los Galos, y lo depositó en el Capitolio en un sitio tapiado con piedras de silleria.

Luchas intestinas. Progresos del pueblo (358-351). En aquel mismo año se formaron dos nuevas tribus, la *Pomptina* y la *Publia*, á las cuales se les dieron las tierras conquistadas á los Volscos. Los tribunos M. Duilio y L. Manio hicieron se votase una ley en favor del pueblo, la cual redujo á uno por ciento al interés del dinero prestado. Mientras esto sucedia se adelantó hasta las Salinas la confederacion de los Etruscos dirigida por los Tarquinios y Faliscos, y en tan grave peligro se apeló á la dictadura, revistiendo de esta suprema dignidad al cónsul plebeyo M. Rutilio. Enfurecidos los patricios se esforzaron para entorpecer todas sus empresas; pero á pesar de eso venció á los enemigos y volvió á triunfar en Roma solo por autorizacion del pueblo y sin el consentimiento del senado.

Los patricios se vengaron de todos estos reveses desempeñando ellos solos el consulado por espacio de tres años (355-351); pero las reclamaciones de los tribunos fueron mas

poderosas, y el senado cansado de tan interminables luchas reconoció de nuevo la ley *Licinia*. El plebeyo M. Rutilio fue nombrado cónsul con el patricio Valerio Publicola. Se creó una comision para el pago de las deudas. Este difícil negocio se arregló con mucha prudencia, y el pueblo quedó sumamente aliviado. Las dos clases vivian en la mejor armonía cuando M. Rutilio se presentó como candidato para la censura; fue elegido á pesar de la viva oposicion de los cónsules y de los patricios, y los nobles tuvieron que deplorar otro nuevo revés (351).

Cuarta invasion de los Galos (349). Por último, para colmo de felicidad en los años siguientes la fortuna pareció empeñarse en relevar el brillo de los plebeyos honrando su consulado con las mas magníficas ventajas. Los Galos se presentaron de nuevo en el Lacio y se fortificaron en el monte Albano, y el cónsul plebeyo Popilio Lenas reunió bajo sus órdenes un ejército inmenso y marchó contra ellos. Siguiendo la diestra táctica de Sulpicio de quien era admirador, atrajo á los enemigos al campo raso y los puso en derrota.

Con este motivo cuenta Tito Livio otro acontecimiento no menos maravilloso que el de Manlio Torcuato. Un jóven tribuno militar llamado Marco Valerio se batió como T. Manlio con un Galo que se presentó á desafiar al ejército romano. Apenas principió el combate cuando un cuervo vino de repente á colocarse sobre su casco frente al enemigo. Valerio creyó primero que no era mas que un presagio que el cielo le enviaba, lo aceptó con júbilo, y conjuró á la divinidad que favoreciese el triunfo de sus armas. Pero ¡ oh prodigio ! no solo el pájaro se mantiene en el sitio que ha escogido, sino que cada vez que el combate vuelve á principiar, revolotèa, ataca con el pico y las uñas la cara y los ojos del Galo, hasta que por último espantado de este prodigio el bárbaro fue vencido por el Romano. Entonces el cuervo voló hácia el oriente y desapareció. Esta victoria valió á Valerio el epíteto de *Corvus*. La leyenda presenta este acontecimiento fabuloso como el preludio de la victoria de Sulpicio.

Sea de ello lo que quiera, es indudable que los Galos fueron vencidos, y que despues de su derrota firmaron una tregua de cincuenta años, la que observaron. Desde entonces reinó la

tranquilidad en Roma y se trató de libertar al pueblo de las deudas que le abrumaban. El interés que ya se habia rebajado á uno por ciento se redujo á la mitad (347). Se decidió que todas las deudas se pagarian en cuatro plazos iguales, el primero desde luego y los otros tres de año en año. El senado aprobó estos decretos, y los dos órdenes del Estado unidos sólidamente pudieron emprender con buen éxito brillantes conquistas.

CAPITULO IV.

Historia interior de Roma durante este primer periodo.

Hasta ahora no hemos separado la historia exterior de la interior, porque para conservar su vigor á la historia de un pueblo es muy esencial no abstraer cosa alguna y manifestar todos sus elementos de vida enlazados y perfectamente unidos entre sí como lo estaban realmente. Así hemos tratado de hacerlo en cuanto al pueblo romano, y por eso hemos referido simultáneamente las luchas del Foro y todas las guerras extranjeras. No obstante, el desarrollo de la constitucion romana ofrece un conjunto tan completo, armónico y regular que creemos útil presentarlo en el mismo cuadro sin interrupcion alguna. Siempre es curioso asistir á la formacion de los pueblos que Dios ha predestinado para grandes cosas, porque en sus instituciones hay un órden tan admirable, y un progreso tan maravilloso que no se puede menos de reconocer en él la accion de la Providencia. Es como una semilla que despues de haber germinado en la tierra, crece, se eleva y se extiende hasta que llega á ser un árbol inmenso. En parte alguna se observa esto mas visiblemente que en la historia interior de la república romana. El pueblo que al principio era humilde, oscuro, y se hallaba separado de todos los cargos públicos, se fortificó con los años, y en el espacio de algunos siglos llegó á encontrarse al nivel de la raza patricia que le dominó. Esta conquista progresiva de la libertad es un fenómeno único en el mundo antiguo.

§ I. Desde el establecimiento del consulado hasta el decenvirato.

De los patricios. Despues de la revolucion hecha por Bruto los patricios se encontraban enteramente dueños del poder. Habian reemplazado la dignidad con el consulado de que ellos solos disfrutaban. Los plebeyos se hallaban privados de todo honor y jurisdiccion, pero eran mas numerosos. El senado no podia hacer la guerra sin ellos y tenian por gefes algunos hombres inteligentes y ricos como los Virginios, los Genucios, los Menios y otros mil que debian explotar las circunstancias de manera que abriesen el camino del poder para los hombres de su órden. El gran espectáculo que nos ofrecen las largas luchas del Foro, es el progreso constante del pueblo que combate sin cesar contra los

nobles para arrebatarles sus prerogativas, y llega á apoderarse de ellas á fuerza de peticiones y reclamaciones.

De las deudas. La miseria del pueblo fue una de las grandes causas que le indujeron á pensar en sus derechos y á pedir su manumision. Antes de que se estableciesen ejércitos permanentes y se diese sueldo á las tropas, cada ciudadano tenia que armarse á su costa y conseguir victorias á sus espensas. Cuando la guerra habia tenido por mucho tiempo al hombre del pueblo lejos de su familia, y le habia impedido de cultivar sus tierras, ó bien cuando el enemigo habia devastado sus mieses, no hallaba al cabo de sus victorias mas que una horrible indigencia. No teniendo con qué alimentar á su familia, se veia obligado á pedir prestado á los patricios, quienes le prestaban con gusto pero con crecidos intereses. En seguida se apoderaban de las propiedades de los plebeyos, y cuando los bienes de estos desgraciados no bastaban para cubrir sus deudas, el acreedor en nombre de la ley arrestaba al deudor, le ponia en la cárcel (*ergastalum*), le trataba cruelmente como si fuera un esclavo y hasta le quitaba sus hijos.

Del tribunado. Todos estos horrores provocaron una sedicion, y para calmarla se creó la dictadura, la cual era una autocracia provisional que ahorró muchas borrascas á la república y la salvó en sus dias de crisis extremada. El aparato de este poder terrible causó una impresion muy profunda en los plebeyos y calmó por un momento su violencia; pero los patricios no cedieron de su dureza, y enfurecido el pueblo se retiró al monte Sagrado y pidió que los esclavos por deudas fuesen manumitidos, que se perdonase á los deudores insolventes, y que para garantizar estas concesiones el pueblo tuviese magistrados capaces de socorrer á los deudores maltratados y de oponerse con su *veto* á las usurpaciones consulares. Tales fueron los tribunos del pueblo. Esta magistratura era muy humilde y muy débil al principio, puesto que el tribuno no era realmente mas que el gefe de los deudores y el defensor de los pobres. Tito Livio supone que en el primer año del tribunado, el tribuno Icilio dió una ley que permitió al pueblo tener sus comicios, convocarlos por medio de sus magistrados y hacer plebiscitos, y que en seguida los tribunos tuvieron suficiente poder para acusar y desterrar al ilustre patricio Coriolano; pero nosotros, siguiendo la opinion de Duruy, creemos que esto es desconocer los modestos principios de dicha magistratura, la que al principio no podia ser bastante fuerte para desafiar al senado, á los patricios y á los cónsules (1).

(1) Esto nos obligó á decir en la pagina 54 que la historia de Coriolano no ocupa el lugar cronológico que le corresponde.

Habiendo nacido de los movimientos sediciosos provocados por las deudas, el poder tribunicio no se desarrolló sino atravesando las borrascas de la *ley agraria.*

Ley agraria. Esta ley agraria, cuyo nombre resonó tantas veces en el Foro, es un hecho inmenso y cuyo objeto es necesario fijarlo bien. La posesion territorial era en Roma, así como en toda la edad media, una de las condiciones del poder. Como el comercio y la industria no se habian desarrollado todavía, la fortuna no consistia mas que en fincas. Al principio se dividió el territorio romano, *ager romanus,* en porciones iguales, pero se reservó para el Estado un dominio público, *ager publicus,* cuyas rentas estaban destinadas para cubrir los gastos generales. Cuando se conquistaba un pais se dividia en dos partes el territorio adquirido, la una pertenecia á los colonos y á los antiguos poseedores, y la otra se agregaba al dominio público. El *ager publicus* se arrendaba en beneficio del Estado, y los patricios habian acaparado estos arrendamientos; pero se eximieron de las contribuciones que se les habian impuesto, y de este modo confiscaron en beneficio suyo los bienes nacionales. Esp. Casio compadecido de la miseria del pueblo é indignado de la injusticia de los grandes, propuso que dichas tierras se devolviesen al Estado, que una parte de ellas se distribuyese entre los ciudadanos mas pobres y entre los aliados, y que las demas se arrendasen para emplear las rentas en la manutencion de las tropas. Tal fue la primera *ley agraria* que tantas veces hemos oido criticar como un grito de insurreccion.

La codicia de los patricios se alarmó por esto; y el pueblo no tuvo en los primeros momentos el suficiente tacto para aprovecharse de las ventajas que le ofrecia la ley de Casio; pero esta ley era demasiado razonable y justa para que el buen sentido de la multitud dejase de comprenderlo así. Por eso la *ley agraria* fue la tea de la discordia con que se armaron los tribunos para intimidar al senado y marchar á la conquista de sus derechos. El tribuno Volero que era uno de los que mas habian padecido á causa del poder de los patricios, dió mas libertad á los tribunos haciendo decretar que en lo sucesivo estos magistrados serian elegidos por el pueblo en los comicios por tribus. La ley Icilia que Tito Livio coloca en el primer año del tribunado fue decretada con posterioridad á la de Volero. No se votó la ley agraria, pero el pueblo ganó mucho con las luchas que ella provocó. Desde entonces tuvo sus magistrados independientes, sus asambleas particulares, sus leyes ó plebiscitos, y pudo combatir ventajosamente á los patricios (471).

Ley Terenti'a. Con todo eso los tribunos están muy distantes de quedar satisfechos. Uno de ellos llamado Terentilo quiere que el pue-

blo se sirva de todos los medios que están á su alcance para cambiar enteramente la constitucion, y propone limitar la autoridad consular con una nueva coleccion de leyes. Todo el mundo conoce la necesidad de desembrollar el caos de las costumbres que servian de legislacion. El mismo senado comprende la necesidad de fijar todo lo que hay de vago é indeterminado en la constitucion; pero la proposicion de Terentilo, tal cual la ha presentado, le inspira los mayores temores. Lucha por espacio de diez años haciendo concesiones, es decir, debilitándose sin cesar con la esperanza de evitar el golpe que le amenaza, y de este modo dobla el número de tribunos, distribuye al pueblo algunos terrenos en el Aventino para edificar, regulariza por medio de una ley el poder de que los cónsules se servian arbitrariamente para fijar las multas, y aunque rechaza la ley Terentila acepta una nueva legislacion dictada por los decenviros.

§ II. Del decenvirato y de las doce tablas. Igualdad civil.

A pesar del carácter tiránico del poder de los decenviros, su legislacion favoreció los progresos del poder plebeyo. Conservaron una parte del antiguo derecho que era enteramente aristocrático y no dejaba lugar alguno para la libertad, pero reconocieron al mismo tiempo los derechos del pueblo y establecieron en favor suyo algunas garantías contra las usurpaciones de los patricios. De modo que habia dos partes en la ley, la una favorable á los patricios y la otra á los plebeyos.

Leyes favorables á los patricios. Con el objeto de conservar sus prerogativas de nacimiento, la casta patricia se habia reservado el derecho de impedir los casamientos entre las dos clases. En una de los doce tablas se leia: *No habrá matrimonios de las familias patricias con las plebeyas.* Por temor de las sediciones y canciones satíricas la ley decia: « Pena de muerte contra los alborotadores nocturnos. Pena de muerte al que haga ó cante canciones difamatorias. » Estas disposiciones particulares dan á conocer los temores y debilidad de los patricios. En seguida habia algunas leyes suntuarias insignificantes, las cuales prueban hasta qué punto llegaban los celos de los nobles con respecto al lujo y opulencia de los plebeyos.

Leyes favorables á los plebeyos. Pero estas pequeñas reservas no eran mas que una corta compensacion de las concesiones que habia sido preciso hacer al pueblo; así el carácter general de la nueva ley fue establecer la igualdad civil proclamando que todas las personas eran iguales ante la ley. Ya no se decia: si un patricio, si un plebeyo comete

tal delito ; sino si alguno..... *si quis.* Todo individuo tenia la misma pena por el mismo delito. El pueblo era el juez que decidia en último resultado y se podia apelar á su tribunal de la sentencia de cualquier magistrado. Para que la justicia se administrase exactamente se habian dictado penas muy severas contra los testigos falsos y contra los jueces que se dejasen sobornar. Los decenviros protegieron al deudor contra el acreedor fijando el interés á ocho por ciento. Por último las doce tablas crearon un órden de cosas enteramente nuevo, con solas estas palabras : *No mas privilegios. Ne privilegia inroganto.*

Leyes antiguas que se conservaron. La ley de las doce tablas mantuvo el derecho absoluto de los padres sobre sus hijos. Segun el antiguo derecho romano los hijos, mujer y esclavos eran propiedad del amo. Podia castigarles, matarles y venderles. Sin embargo la ley decenviral debilitó un poco esta tiránica autoridad. El hijo pudo emanciparse por medio de tres ventas simuladas, y llegó á su turno á ser padre de familia. La propiedad que fue siempre respetada en Roma como inviolable, se miró por los decevniros como una cosa sagrada. « Todos los bienes que hay en la casa, dice Duruy, son un don de los penates, y las mieses son Ceres misma. *Que el que haya encantado ó seducido (incantassit, pellexerit) la mies de otro, el que haya llevado por la noche sus ganados á pacer en el campo de su vecino, ó haya cortado su cosecha, sea dedicado á Ceres (Cereri necatur). Que el ladron pueda ser muerto de noche impunemente, y de dia si se defiende. El que pegue fuego á una parva de trigo será atado, azotado y quemado.* »

En aquellos tiempos bárbaros las ofensas á las personas no se castigaban mas que con ligeras multas, porque como todos eran soldados, la ley les suponia bastante fuertes para vengar sus propias injurias.

En cuanto á las deudas, aunque los decenviros fijaron el interés del dinero en favor de los deudores, no disminuyeron en manera alguna el rigor autorizado contra ellos por el derecho antiguo. « Escuchemos, dice Michelet, este *canto terrible* de la ley (*lex horrendi carminis erat*; Tito Livio).

» *Que se le cite ante la justicia. Si asiste, presentad testigos y obligadle. Si no paga y quiere ausentarse, ponedle la mano encima. Si su edad ó enfermedades le impiden de presentarse, proveedle de un caballo pero no de litera.* Pero este desgraciado ha vuelto herido á Roma ; y ha derramado su sangre por la patria, ¿tendreis valor para colocarle sobre un caballo á pesar de hallarse moribundo ? Nada importa, que vaya y se presente ante el tribunal con su mujer vestida de luto y sus hijos llorando.

» *Que el rico responda por el rico ; que responda quien quiera por el*

proletario. — Una vez confesada la deuda y sentenciada la causa, treinta dias de término, despues de los cuales que se le coja y se le lleve al juez. — El tribunal se cierra al ponerse el sol. Si no cumple la sentencia y nadie responde por él, que se lo lleve el acreedor y le ate con correas ó con cadenas que pesen quince libras, ó menos de quince segun quiera el acreedor. — Que el preso viva de lo suyo; si no dadle una libra de harina ó mas si quereis.....

» *Si no se arregla, tenedle preso sesenta dias; pero presentadle en justicia en tres dias de mercado, y allí publicad á cuánto asciende la deuda. — Al tercer dia de mercado, si hay muchos acreedores, que corten lo que quieran del cuerpo del deudor sin que sean responsables por cortar mas ó menos. Si quieren pueden venderle en el extranjero al otro lado del Tíber.* Del mismo modo en Shakespeare el judío Sylock estipula que en caso de que no se le pague podrá cortar una libra de carne del cuerpo de su deudor (1). »

Estas espantosas palabras de la ley nos hacen ver que la nueva legislacion se hallaba todavía muy empapada en la barbárie de los tiempos primitivos. Con todo, al establecer la igualdad civil habia hecho mucho para aliviar al pueblo y en favor de los progresos de la civilizacion.

§ III. Desde el decenvirato hasta la division del consulado. Igualdad política.

Tribunado militar. Por espacio de un siglo continuó, cada vez con mayor éxito, la lucha de los plebeyos contra los patricios. Primero obtuvieron los plebeyos que los cuestores del erario (*quæstores ærarii*), y los cuestores judiciales (*quæstores parricidii*) se nombrasen en lo sucesivo por los comicios centuriados, es decir, por todo el pueblo (447). Se les concedió tambien que los cuestores del tesoro fuesen elegidos indistintamente en las dos clases. Dos años despues el tribuno Canuleyo pidió se aboliese la ley que prohibia los casamientos entre los patricios y los plebeyos, y que se dividiese el consulado, lo cual era romper todos los diques que separaban al pueblo de la nobleza. El senado violentado por el pueblo que volvió á retirarse al Janículo, abolió la ley de los casamientos, y para que los plebeyos no profanasen el consulado se sirvió del estratagema de reemplazar á los cónsules por tribunos militares nombrados en las dos clases.

(1) Michelet, *Historia Romana*, t. I, p. 133.

No es fácil determinar exactamente las atribuciones de estos tribunos los cuales no serian tal vez mas que gefes de legion. Como su número varió, podrian explicarse estas variaciones por la clase de peligros que Roma corrió en las diversas guerras que hubo de emprender. Mientras mas legiones se creaban, mayor era el número de los tribunos. En todo caso este cargo era mucho menos brillante que el de cónsul.

Verdad es que la autoridad de los cónsules habia sido desmembrada. Primero se les privó del derecho de ofrecer los sacrificios estableciendo el *rex sacrificiorum*, y despues se les privó tambien de una parte de sus funciones civiles creando en distintas épocas cuestores del erario, cuestores judiciales, ediles y censores; pero eran dueños absolutos del ejército, habian conservado los auspicios y podian elegir un dictador. Por el contrario los tribunos militares que obtenian los diferentes empleos de la milicía, no tenian derecho alguno sobre la dictadura, ni tampoco auspicios.

Aunque el tribunado militar fue accesible para los plebeyos durante cerca de medio siglo (447-400). los patricios influyeron de tal manera en el pueblo, que este cargo fue conferido siempre á los hombres de su órden. Algunas veces se volvió á la antigua forma de gobierno y se eligieron cónsules. En las circunstancias graves el senado recurria á la dictadura, de modo que al tribunado militar le costó mucho honrarse con hazañas gloriosas.

Todo este tiempo no fue perdido para la causa del pueblo. Los tribunos agitaron mas de una vez el Foro en nombre de la ley agraria. Para aplacar á los mas sediciosos se les concedieron tres mil hanegadas en el territorio de Lavicum y que se repartiesen las tierras de Bola, ciudad etrusac (144). La cuestura fue tan accesible para los plebeyos como para los patricios. En el año 408 algunos plebeyos obtuvieron este cargo, y en el año 400 de seis tribunos militares cuatro habian salido de entre el pueblo.

Divi ion del consulado. La grande invasion de los Galos y la ruina de Roma detuvieron por un momento los progresos de la libertad; pero cuando los bárbaros se retiraron y los plebeyos llegaron á reedificar sus casas que habian sido incendiadas, se renovaron las luchas, y se oyeron de nuevo las quejas y gemidos de los deudores martirizados por sus acreedores. Manlio soñó el poder soberano, la dignidad real, pero este sueño no era mas que orgullo y locura. Los tribunos Sextio y Licinio Estolo fueron los hombres decididos que se necesitaban para sacar al pueblo del abismo adonde la aristocracia le precipitaba. Aliviáronle materialmente disminuyendo el peso de las deudas, y obtuvieron para él la igualdad política arrebatando á los patricios la

exclusiva posesion del consulado. El senado luchó durante diez años, pero la firmeza de Licinio y de su colega Sextio triunfó de su obstinada resistencia. Camilo sancionó la eleccion de Sextio, primer cónsul plebeyo, y dedicó un templo á la Concordia (366).

De modo que durante este primer período los plebeyos conquistaron la igualdad civil reconocida por las leyes de las doce tablas, la igualdad natural, haciendo abolir la ley que prohibia los casamientos de los patricios con los plebeyos, y la igualdad política participando del consulado como los nobles. Solo le falta conquistar la igualdad judicial y la igualdad religiosa; pero que pase otro medio siglo y la habrá obtenido.

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA.

PARTE SEGUNDA.

LA REPUBLICA (1).

SEGUNDO PERIODO.

Desde la guerra de los Samnitas hasta los Gracos. Conquista del mundo (342-134).

CAPITULO PRIMERO.

Guerras de los Samnitas. Conquista de la Italia central (2).

(342-283.)

Hasta aquí no hemos estudiado todavía mas que los tiempos heróicos de la historia romana. Los hechos no principian á perder su carácter mitológico y romanesco sino al principio de la guerra de los Samnitas. Todo lo que precede no es mas que un tiempo de formacion en que el pueblo ocupado exclusivamente de su constitucion se encierra en el Foro para defender sus derechos y libertad. Como ya lo hemos dicho es ciertamente un espectáculo magnífico el de

(1) Para mejor inteligencia de todas las guerras de la república véase el Mapa de los paises bañados por el Mediterráneo.

(2) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: Tito Livio, l. VII, VIII, IX y X. La primera decada de Tito Livio se termina despues de la tercera guerra de los Samnitas, y entonces principian los suplementos de Freinshemio. Michelet, *Historia Romana*; Dumont y todos los autores modernos que ya hemos indicado.

una gran nacion que se eleva y desarrolla bajo la accion constante de la Providencia, á pesar de las borrascas que promueven incesantemente en su seno las pasiones humanas. Pero el interés que se toma por estos principios tan débiles es siempre proporcionado á la mision que Dios ha dado al pueblo que se estudia. Ahora bien, de todos los imperios que llenaron el mundo antiguo con la fama de su nombre no hay uno solo que pueda compararse al imperio romano. Él era el que, en el órden político, estaba llamado á preparar el mundo entero para recibir al Mesías. Debia reunir bajo su cetro todas las naciones, confundir en uno solo todos los idiomas, todas las legislaciones en una sola, y hacer de todos los reinos un solo imperio; esto es, la *unidad* en toda su fuerza y resplandor. Por eso vamos á verle desde ahora correr de conquista en conquista, y en el espacio de tres siglos dar leyes al Oriente y al Occidente.

§ I. Primera guerra contra los Samnitas y última guerra contra los Latinos (342–327)

Carácter de los Samnitas. Los Samnitas eran unos montañeses feroces, los cuales no conocian mas habitaciones que sus cabañas esparcidas entre las gargantas del Apenino. Pastores y guerreros al mismo tiempo, permanecieron entre sus rocas por muchos años, despreciando á los habitantes de las llanuras por su vida muelle y voluptuosa. Sin embargo, cuando llegaron á ser tan numerosos que ya no bastaban sus pastos para sus necesidades, se hicieron conquistadores y se precipitaron sobre los encantados valles de la indolente Cápua. Las gentes de la llanura no pudieron resistir á su valiente audacia y la Campania mudó de señores; pero muy luego los feroces vencedores fueron vencidos por la dulzura del clima. Abandonaron sus costumbres de templanza y de trabajo, y bajo aquel hermoso cielo, se entregaron á la molicie al cabo de pocos años, como los antiguos Campanios. Entonces sus hermanos de las montañas bajaron á turbar sus goces con sus bruscos ataques. Viéndose muy apurados acudieron al senado romano, y principió la gran lucha de Roma contra aquellos belicosos montañeses.

Guerra de Roma contra los Samnitas. No obstante el senado quiso, ante todo, dar una apariencia de justicia á sus agresiones. Cuando los Campanios vinieron á implorar su socorro, les representó que los Samnitas eran sus aliados, y que no

podia hacer armas contra ellos, á no ser que faltase á la fe del juramento. No bien se supo esta respuesta de los senadores, cuando algunos enviados campanios se echaron á sus piés, exclamando : *Nuestras tierras, nuestra ciudad, nuestros templos, nuestras personas, todo lo que nos pertenece, lo entregamos en vuestras manos, y os pedimos encarecidamente hagais respetar vuestra propiedad.* Esta concesion inesperada quitó todos los escrúpulos, y enviaron dos ejércitos contra los Samnitas. El cónsul Valerio condujo uno á la Campania, mientras que su colega Cornelio entró en el Samnio. Los Romanos no tardaron en apercibirse de que no tenian ya que habérselas con las poblaciones del Lacio. Valerio triunfó fácilmente de los Capuanos afeminados, mas Cornelio estuvo muy expuesto en las montañas de los Samnitas. A pesar de las brillantes victorias con que Tito Livio honra á los ejércitos romanos, se firmó la paz con condiciones igualmente ventajosas á los dos partidos. Roma conservó á Cápua, y los Samnitas el pais de los Sidicinos, esto es, la llanura que habian codiciado (342).

Rebelion de los soldados romanos (341). Los soldados romanos, que no habian gozado aun de las delicias de la Campania, se apasionaron de ella con alborozo, é idearon el medio de no dejarla jamás. Capua les parecia muy superior á Roma, y se preguntaban mútuamente por qué dejarian á los vencidos unos placeres que inútilmente buscarian en su patria. Se organizó una vasta conspiracion bajo la impresion de este primer enajenamiento. El cónsul Rutilo la descubrió, y la hizo fracasar separando con destreza á los gefes. Cuando vieron los culpables que sus designios estaban descubiertos, creyeron que solo se salvarian por medio de la rebelion, y marcharon sobre Roma. Se despertó su patriotismo al ver el ejército que el senado envió á su encuentro. No pudieron resignarse á derramar la sangre de sus conciudadanos, depusieron las armas, y pidieron una amnistía, que el pueblo, enternecido por su arrepentimiento y sumision, se apresuró á concederles.

Sublevacion de los Latinos y de los Campanios (340). Esta

insurreccion de los soldados provocó una revolucion en el Lacio. Cuando todos estos pueblecillos vieron que Roma estaba dividida, pensaron que habia llegado el tiempo de declararse independientes. Llamaron pues á los Campanios á su socorro, y tuvieron la audacia de pedir á los senadores el derecho de sentarse con ellos en la curia, y de dividir el consulado con los Romanos. Esta proposicion enfureció de tal modo al cónsul Manlio, que exclamó mataría él mismo al primer Latino que encontrase en el senado. Todos los senadores participaron de su indignacion, y repitieron con él que semejantes pretensiones eran una impiedad y una blasfemia. El diputado de los Latinos, asustado de este tumulto, salió del senado fuera de sí mismo, de tal manera que cayó de lo alto de la escalera, y murió de resultas de la caida.

El orgullo de los Romanos habia sido herido profundamente por las peticiones de los enemigos. Así es que todo el pueblo exclamó ¡á las armas! con un entusiasmo frenético. Los dos cónsules Manlio y Decio Mus se pusieron á la cabeza de los ejércitos, y dieron órdenes muy severas para devolver á la disciplina todo el nervio y vigor de los primeros tiempos. Como los Latinos tenian las mismas armas, lenguaje é instituciones que los Romanos, se tomaron toda clase de precauciones para evitar toda equivocacion. Con este objeto se prohibió expresamente á todo soldado el combatir fuera de las filas sin el permiso de su gefe. El hijo del cónsul, F. Manlio, no habiendo escuchado mas que su valor y habiéndose batido con un Latino, fué despues directamente á la tienda de campaña de su padre para recoger sus elogios, mostrándole los despojos del caballero enemigo á quien habia derribado. Mas olvidando el bárbaro Romano que era padre, y escuchando solamente sus deberes de cónsul, mandó á sus lictores que hendiesen la cabeza á su hijo en presencia de todo el ejército yerto de terror.

Derrota de los Latinos (340). Despues de esta maldad espantosa, consultaron los augures, y cuando los pronósticos parecieron favorables, empeñaron el combate en Veséris, cerca del Vesuvio. El ala izquierda, mandada por Decio, prin-

cipiaba á huir. Habiendo sabido este intrépido guerrero por los sacerdotes que para asegurar la victoria, era necesario ofrecer á los dioses una víctima, se sacrificó al instante precipitándose en medio de los enemigos. Esta accion fanática inflamó el valor de los Romanos y aterrorizó á los Latinos, quienes principiaron á huir al momento. Sus pérdidas fueron inmensas. En vano trataron de reunir los restos de su ejercito destruido, el cónsul Torcuato los derrotó nuevamente hácia Trifano, entre Sinuesa y Minturnes.

Conquista definitiva del Lacio. Desde entonces los Romanos se hicieron dueños del pais. Las tierras del Lacio se distribuyeron á la plebe de Roma, como tambien el territorio de Falerno que se extiende en la Campania hasta el Vulturno. El senado dió dos fanegas por cabeza en el Lacio, y mas de tres en la Campania à causa de la distancia. Se exceptuó á Laurencio de este castigo en recompensa de su fidelidad, y mil quinientos soldados de caballería campanios que rehusaron tomar parte en la defeccion, recibieron una renta de 450 dineros. Se concluyó despues la conquista de todas las ciudades del Lacio. Lanuvio, Aricia, Nomento y Pedum fueron gratificados, como en otro tiempo Túsculo, con el derecho de ciudad, pero sin tener el de votacion. La antigua colonia de Velitres fue castigada muy duramente y reemplazada por otra colonia. Igualmente trataron con rigor á Tibur, Prenesto y Ancio. Las galeras de los Anciatos fueron quemadas. Reservaron las espuelas con que decoraron la tribuna de las arengas y de ahí tomó el nombre de *Rostra.*

Así pereció la nacionalidad campania y latina. Habiendo Roma victoriosa aumentádo su poder con la toma de Privernes y el sitio de Palépolis, cerca de Nápoles, los Samnitas tuvieron recelo, y se prepararon á hacerle de nuevo la guerra.

§ II. Segunda guerra de los Samnitas (327-319).

Triunfos de los Romanos (327). Entonces estalló mas violento y terrible el odio de los montañeses contra los hombres

de la llanura. Los Latinos, los Campanios y los Apulios siguieron á los Romanos, sus señores; los Samnitas tuvieron en su favor á los Equos, Lucanios, Marsos, Pelignios y todas las tríbus de las montañas. Se quejaron al senado de que Roma habia violado su propio territorio al relevar la colonia de los Fregellos, y como los senadores trataron de eludir sus quejas por medio de respuestas evasivas, les replicaron con orgullo: *Tales disputas no se deciden con negociaciones; son las armas y el dios de la guerra los que deben juzgarnos.*

Los Romanos, para responder á esta declaracion de guerra, levantaron un ejército, y eligieron al dictador Papirio Cursor, quien nombró general de la caballería á Fabio Máximo Rulliano. Cuando llegó el momento de entrar en el Samnio, no habiendo parecido favorables los augures, Papirio volvió á tomar el camino de Roma para realizar algunas nuevas ceremonias sagradas, prohibiendo al maestre de la caballería el emprender cosa alguna durante su ausencia. Mas habiendo observado Fabio la negligencia de los Samnitas, creyó que era de su deber no dejar escapar la victoria puesto que se ofrecia á él. Marchó pues contra el enemigo, le derrotó, y anunció su triunfo al senado.

Severidad de Papirio para con Fabio. Al recibir esta noticia el dictador, se indignó de la insubordinacion de Fabio, proclamando por todas partes que su autoridad habia sido desconocida, y que esta victoria seria la ruina de la disciplina militar, si no era castigada. Fabio buscó un refugio contra el peligro que le amenazaba en el afecto de sus soldados. Todos le aseguraron que podia estar tranquilo, y que nadie le pondria la mano mientras que existiesen las legiones romanas. Estas protestas del ejército victorioso no impidieron que el dictador pronunciase la condena de Fabio, y que ordenase á los lictores que ejecutasen su sentencia. Habiéndose opuesto á ello sus tenientes y todos los soldados, evocó la causa ante el pueblo. Sentado en su tribunal, pareció al pronto inflexible. Pero habiéndose echado á sus piés los senadores, los tribunos, todo el pueblo y los magistrados para implorar su clemencia, se dejó enternecer por sus lágrimas, y perdonó á Fabio di-

ciéndole: *Levántate, Fabio, estás perdonado; pero congratúlate de ese concierto unánime de todo un pueblo en defender tu vida, mas bien que de esa victoria con que tu jóven corazon se habia ensoberbecido locamente* (324).

Abatimiento de los Samnitas (324-321). En los años siguientes los ejércitos romanos obtuvieron aun nuevos triunfos. Los Samnitas consternados se abandonaron á un sombrío abatimiento de ánimo. Recordaban que habian sido los agresores y se echaban en cara su infidelidad. Era, decian, esta violacion de la fe jurada la que les habia acarreado la cólera de los dioses. Creian no poder reconciliarse con ellos sino ofreciéndoles una gran víctima. Ya se habian convenido en elegir á Brútulo Papio, uno de los autores de la guerra, y se proponian entregarle á los Romanos. Brútulo se envenenó para economizarles esta atrocidad. No por eso dejaron de hacer al senado su humilde sumision; pero Roma queria reducirlos á la servidumbre, y les rehusó la paz. Entonces Poncio, el gefe de los Samnitas, reanimó el valor de sus conciudadanos, representándoles que los dioses se enternecieron por el paso que habian dado, y que de allí en adelante su cólera se descargaria contra los Romanos, puesto que á su vez se hicieron culpables de impiedad y de perjuirio.

Humillacion de los Romanos en las horcas Caudinas (321). Poncio, despues de aquella alocucion viva y poderosa, puso en campaña el ejército de los Samnitas, y le dirigió hácia Caudio, sobre las fronteras de la Campania. Despues hizo correr la voz en el campo romano que los Samnitas sitiaban á Luceria, su aliada. Los Romanos, alarmados por esta noticia, vuelan al socorro de esta plaza por el camino mas corto. El cónsul Postumio no titubeó en meterse con sus legiones en la estrecha y sombría garganta de las *horcas Caudinas*. Pero cuando entró en ella, encontró cerrada la salida por talas de árboles y enormes pedazos de rocas. Al otro extremo y en su rededor vió al ejército de los Samnitas que le rodeaba y envolvia por todas partes. Todos los soldados romanos, cautivos entre estas detestables montañas, cayeron en un profundo abatimiento, y permanecieron todo el dia sin comer ni dormir.

Durante este tiempo los Samnitas deliberaban acerca de su suerte. El padre de Poncio, el viejo Herenio, les dió el prudente consejo de exterminarlos todos, ó de acordarles un perdon generoso. *Vuestra magnanimidad,* decia, *hará de ellos unos aliados eternos, ó bien vuestra severidad, privando á Roma de sus mejores defensores, la hará impotente por largo tiempo para vengar sus injurias.* Su consejo fue juzgado demasiado extremo, y no le siguieron. Poncio se decidió á darles la libertad despues de haberles cubierto de vergüenza. Les hizo pues pasar bajo el yugo, desarmados, no teniendo otro vestido que una túnica, y les despidió; con lo cual no consiguió otra cosa que encender en sus corazones la mas violenta cólera.

Venganza de los Romanos. Así es que apenas todos estos bravos guerreros entraron en Roma, Postumio dijo delante del pueblo: *El tratado que hemos firmado es una vergüenza para Roma. Nosotros solos seremos responsables de él: abandonadnos y volved á principiar la guerra.* Todo el pueblo aplaudió á este bello sacrificio, y los feciales condujeron al enemigo, las manos atadas detrás de las espaldas, á todos los que habian jurado la observancia del tratado. Teniendo el alguacil algun miramiento por Postumio con motivo de su dignidad: *Aprieta, aprieta,* le dice, *para que sepan que yo soy un cautivo que va á ser entregado con los piés y manos atados.* Habiendo llegado cerca de Poncio, cuando el fecial entregó los autores del tratado, Postumio dió al fecial con la rodilla, diciendo en alta voz que era Samnita, y que violaba el derecho de gentes insultándole, para que los Romanos tuviesen un motivo mas justo de guerra.

El general reclamó en vano contra esta escena de mentira y engaño; las hostilidades se principiaron de nuevo, y es de sentir que la victoria favoreciese á los perjuros. Los Samnitas fueron vencidos y sitiados en Luceria. Habiéndoles obligado el hambre á rendirse, pasaron á su vez bajo el yugo, desarmados, teniendo solamente la simple túnica, y recibiendo de este modo la afrenta que habian imaginado para cubrir de ignominia al soldado romano (319).

§ III. Tercera guerra de los Samnitas (313-300).

Alianza de los Samnitas con los Etruscos, los Ombrios y los Hérnicos. Roma, despues de esta última victoria, concedió á los Samnitas una tregua de dos años. Empleó este tiempo de descanso en fundar colonias en la parte de la Apulia y de la Campania que acababa de conquistar. Los Samnitas, por su parte, que habian combatido solos hasta entonces, volvieron sus ojos hácia el norte de la Italia, y buscaron con cuidado la alianza de los Etruscos. Este pueblo, que se creia haber llegado á la decadencia de la vida, se despertó de repente junto al féretro, se agitó en convulsiones extrañas, y se lanzó contra Roma con sombría desesperacion, como si hubiese querido luchar contra su fatal destino.

Fabio entra en el bosque Ciminiano. El senado envió contra ellos un poderoso ejército bajo las órdenes de Fabio. Despues de algunos combates de poca importancia, el ilustre cónsul libertó la ciudad de Sutrio que habian sitiado. Entonces sus tropas se refugiaron desordenadamente en el bosque Ciminiano. Este bosque era impenetrable y de un aspecto horroroso. Los Romanos no se atrevian á entrar en él, temiendo encontrar otras *horcas caudinas* en aquellos desfiladeros estrechos y tortuosos. Habiendo hecho explorar Fabio el terreno por su hermano Marco ó Cœso, distrajo al enemigo con vanas paradas, é hizo marchar al anochecer los bagajes y las legiones. Ya era dueño de la Etruria, cuando recibió del senado la órden de no meterse en medio de aquella selva que le separaba de las tierras de los enemigos. Prosiguió pues sus triunfos, derrotó un destacamento de gentes del campo que quisieron detenerle en su marcha, destrozó cerca de Perusa un ejército de Ombrios, é introdujo de tal modo el desaliento y la consternacion en las grandes ciudades de la Etruria, que enviaron á pedir la paz al pueblo romano, y se les concedió una tregua de treinta años.

Desgracias en el Samnio. Dictadura de Papirio (309). Sin embargo se esparció el rumor en el Samnio de que Fabio habia

sido derrotado en el bosque Ciminiano. Esta nueva desgracia consternó el corazon de todos los Romanos, y el colega de Fabio, Marcio Rutilio, se habia dejado vencer por los Samnitas, que se exaltaron con este pretendido triunfo. El senado, inquieto por tal desastre, eligió dictador á Papirio Cursor. El Aquiles romano, á pesar de su avanzada edad, recibió con confianza el mando del ejército, y anunció de antemano con orgullo la derrota de los Etruscos y de los Samnitas. Encontró á los primeros cerca del lago Vadimon. Jamás los Etruscos parecieron tan numerosos ni ardientes bajo los estandartes. Todos los valientes del ejército tenian sus compañeros de armas, y sacrificaron todos los cobardes á los dioses infernales. Se desplegó por una y otra parte, dice Tito Livio, tal furor, que ni aun tuvieron por oportuno el emplear las armas arrojadizas. Al momento se batieron con la espada. Las dos primeras líneas del ejército romano quedaron destruidas, y fue preciso que la caballería se apease para salvar á las legiones. La impetuosidad de estos nuevos guerreros decidió la victoria. Hicieron huir á los Etruscos, y les mataron tanta gente que nunca esta nacion pudo despues reparar tal desastre.

Papirio no fue menos dichoso en el Samnio. Los Samnitas tuvieron la ocurrencia de ofuscar á sus enemigos por el brillo de sus vestidos y de su armadura. Tenian el pecho cubierto con una cota de malla tejida á manera de esponja, la pierna izquierda protegida por un borcegui de hierro, el casco realzado con un penacho largo, y los ámbitos de sus escudos estaban embutidos de oro y plata. Pero los Romanos, acostumbrados á no temer sino el hierro, se rieron de la loca ostentacion de los Samnitas. Destruyeron sus batallones al primer choque, se enriquecieron con sus brillantes despojos, y vinieron á hacer su trofeo en Roma, en donde sirvieron de decoracion al rededor del Foro (309).

Triunfos de Fabio en Etruria. Habiéndose unido los vencidos á los Marsos, Pelignios y Ombrios, Fabio, cuyo consulado fue prorogado, subyugó sucesivamente todas estas pequeñas naciones. Despues de haberlas sometido, se apresuró

á unirse con su colega Decio en la Ombria, donde obtuvo una nueva victoria. De allí volvió el Samnio, en el que los Equos y Hérnicos volvieron de nuevo á encender la guerra mezclándose con el ejército de los Samnitas. Se dió una gran batalla cerca de Altifes, y Fabio quedó nuevamente victorioso (309-307).

Sumision definitiva de los Equos y Hérnicos. La parte que los Equos y los Hérnicos tomaron en este último combate produjo una pesquisa del senado que les incitó á la rebelion. Los Hérnicos, despues de haber obtenido muchas ventajas sobre los ejércitos romanos, fueron por último vencidos en Anagnia, su capital (306). Destruyeron sus ciudades, les quitaron su territorio, y les privaron de su independencia municipal. Entre tanto, habiendo pedido la paz los Marsos, los Pelignios y los Samnitas, el senado se la concedió, sin imponerles mas condicion que la de reconocer la majestad del nombre romano y de respetar todos sus derechos. Entonces los Equos, quedando solos, no fueron sino una presa entregada á la codicia del pueblo romano y á la venganza de sus legiones. En cincuenta dias tomaron y quemaron cuarenta y un pueblos, confiscaron parte de sus tierras, y solamente les dejaron el privilegio oneroso del derecho de ciudad, despues de haberles privado del derecho de sufragio.

§ IV. Cuarta guerra de los Samnitas. Sumision de este pueblo y de los Galos Senones (300-384).

Devastacion del Samnio (297). Ninguna tregua podia ser duradera y sincera entre los Romanos y los Samnitas. La lucha habia venido á ser para estos dos pueblos una cuestion de vida ó muerte. Apio decia en pleno senado que la república romana no podia tener otros límites que la Italia. Las legiones fueron pues, despues de algunos años de descanso, á hacer la guerra á Etruria. Durante este tiempo los Samnitas se sublevaron y volvieron á principiar las hostilidades. Los dos cónsules Fabio y Decio penetraron en su pais cada uno con un ejército, é hicieron en él por espacio de cinco meses

una guerra de saqueo y de exterminio. Decio ocupó cuarenta y cinco campamentos y Fabio ochenta y seis, todos fáciles de reconocer, dice Tito Livio, menos aun por los vestigios de los fosos y parapetos que por la despoblacion completa y entera devastacion de los lugares circunvecinos.

Alianza de los Samnitas con los Etruscos, Galos y Ombrios (296). Los Samnitas, desesperados, se desterraron y tomaron el camino de la Etruria con la esperanza de sublevar todas las grandes ciudades de esta comarca contra la ambicion romana. *Vosotros sois los únicos que podeis salvar la Italia*, decia su embajador al consejo de los Lucomones, *conocemos vuestro valor, vuestras fuerzas y riquezas; en vano hemos intentado libertarnos de la esclavitud, sois nuestra última esperanza.* A estas palabras todos los Etruscos corrieron á las armas, y su ejemplo fue imitado por los Ombrios, sus vecinos. Los Samnitas, para asegurar el éxito de esta coalicion, proponen comprar á fuerza de dinero la alianza de los Galos, y enviaron embajadores á Sena, Bononia y Milan con el objeto de tratar con estas diversas tribus de la Galia Cisalpina.

Temor de los Romanos. Cuando se supo en Roma este formidable armamento, todos quedaron abatidos y consternados. El nombre Galo llenaba al pueblo de las mas vivas alarmas. En todas partes se referian una multitud de prodigios aciagos que se habian manifestado: la estatua de la Victoria habia bajado de su pedestal, como si hubiese querido abandonar la ciudad. Sin embargo el temor no impedia los alistamientos; los viejos y los jóvenes, todos formaban compañias particulares, y se comprometian á verter hasta la última gota de su sangre por la patria. Eligieron por cónsules á Fabio y Decio, cuyos nombres recordaban tan grandes triunfos. Fabio, á fuerza de hacerse superior á las aprensiones de la multitud, vino á ser presumido. Al llegar al campo en medio del ejército, diseminó las legiones por todas partes, sin pensar en establecerlas en posiciones fuertes é inexpugnables. El senado, inquieto al ver tal temeridad, le llamó á Roma, para hacerle dar cuenta de su conducta. Se aceptó su justificacion; pero con grande satisfaccion del pueblo, se le asoció su colega Decio.

Batalla de Sentino (295). Habiendo pasado los dos cónsules el Apenino, acamparon en el territorio de Sentino, á cuatro millas de los enemigos poco mas ó menos. Los Galo-Samnitas, al cabo de dos dias de perplejidad, desplegaron sus compañias y ofrecieron la batalla. Fabio se colocó á la derecha del ejército, frente por frente de los Samnitas, y Decio á la izquierda, en frente de los Galos. El combate se sostuvo al principio con tanta igualdad, que si los Ombrios y los Etruscos hubiesen atacado al ejército romano, hubieran obtenido la victoria. Mas aunque los Romanos solo se batieron con parte de la confederacion, ya su ala izquierda huia atemorizada, cuando Decio, imitando el sacrificio de su padre, se precipitó en medio de los enemigos y apaciguó la cólera de los dioses por el sacrificio de sú vida. Sus soldados, enternecidos al ver tal heroismo, volvieron al combate animados por un valor supersticioso y derrotaron á los enemigos. El desastre de Sentino destruyó la temible coalicion que habia esparcido el terror en Roma. Habiendo solicitado y obtenido los Etruscos una tregua, toda la guerra se concentró en el Samnio.

Sumision de los Samnitas (290). Los Samnitas, despues de haber conseguido señaladas ventajas sobre muchos ejércitos romanos, se decidieron á hacer un gran esfuerzo. Llamaron á toda la juventud del Samnio para que tomase las armas, y le dieron cita en Aquilonia. En ella se reunieron cuarenta mil guerreros, todos resueltos á morir por su pais. Hicieron en medio del campo una cerca de doscientos piés cuadrados, que cerraron cuidadosamente con tablas cubiertas de lino. Allí celebraron un sacrificio en las formas prescritas por un antiguo ritual escrito sobre telas de lino. En este recinto cubierto con un velo impenetrable, el viejo sacrificador, Ovio Paccio, habia hecho erigir altares rodeados de víctimas sangrientas y de centuriones que estaban de pié con la espada en la mano. Cada guerrero, despues de haber pronunciado sobre este altar horribles imprecaciones contra él mismo, juraba combatir hasta la muerte y matar á aquel que viere huir. Este cuerpo fue llamado la *legion del lino* (*linteata*), y no olvidó su juramento.

Habiendo venido á atacarles los Romanos bajo el mando de Papirio Cursor, aquellos héroes se batieron como leones, y se hicieron degollar hasta el último. Esta fue la última gran batalla que dieron los Samnitas. Aquilonia y Cominio cayeron en poder de los vencedores. Una infinidad de aldeas fueron despobladas ó incendiadas. Curio Dentato recibió la órden de concluir la devastacion principiada por Fabio y Decio. Habiéndose dispersado en los Apeninos los Samnitas que sobrevivieron á la ruina de su patria, los Romanos los persiguieron como si fueran animales monteses en su último asilo, y ahogaron mas de dos mil poniendo fuego á una caverna en que se habian refugiado.

Sumision de los Galos Senones (284). Despues los ejércitos romanos llevaron la guerra á la Etruria. Ya muchas ciudades etruscas habian hecho la paz particular con el senado, cuando los Galos Senones ofrecieron su socorro á las que habian rehusado deponer las armas. Estos bárbaros principiaron las hostilidades por el sitio de Arecio (*Arezzo*). Habiéndoles enviado embajadores los Romanos, les asesinaron y dispersaron sus miembros desgarrados en rededor de las murallas de la ciudad sitiada. Esta monstruosa crueldad horrorizó al senado. Al momento puso en campaña dos ejércitos, mandados, uno por Dolabella, y otro por Metello. Dolabella arrasó su territorio; mas Metello, al atacar su campo, se hizo degollar con sus trece mil soldados.

Este suceso habia inspirado á los Galos las mejores esperanzas. *Es á Roma*, exclamaban, *adonde debemos ir : los Galos saben tomarla.* Se pusieron en marcha, y encontraron al ejército de Dolabella cerca del lago Vadimon. En esta ocasion los bárbaros hicieron todavía prodigios de valor, mas la suerte no favoreció su ánimo; fueron vencidos completamente. Dolabella hizo matar á todos, y devastó todas sus posesiones. Hombres y mujeres, niños y viejos, nadie fue perdonado. Se estableció una colonia romana en Sena, su ciudad capital, y la república extendió sus fronteras hácia el norte hasta el Rubicon.

CAPITULO II.

Guerras de Pirro. Conquista de la Italia meridional (1).

(283-264.)

Roma, despues de la guerra de los Samnitas, llamada á conquistar el mundo, marcha á pasos agigantados hácia el cumplimiento de su mision. Le fue preciso medio siglo de esfuerzos para someter las poblaciones belicosas de las montañas y conquistar la Italia central. Mas al mediodia va á encontrar enemigos menos peligrosos y terribles: son los Griegos á quienes el lujo y las riquezas han enervado hace mucho tiempo. A la verdad Pirro, al prestar su apoyo á estos pueblos regalados, da á esta guerra un carácter grave y serio. Aun triunfa durante algun tiempo del valor de los Romanos, mas les instruye por medio de sus victorias. Con un enemigo que tenia tanta experiencia, vinieron á ser, dice San Evremond, mas industriosos y mas ilustrados que antes. Encontraron el medio de garantirse de los elefantes, que desordenaron las legiones en el primer combate; evitaron las llanuras, y buscaron sitios ventajosos contra una caballeria que habian despreciado sin razon. Aprendieron á formar su campo como el de Pirro, despues de haber admirado el órden y la distincion de sus tropas, mientras que entre ellos todo era confusion.

§ I. Primera guerra de Pirro (283-278).

Estado de la Italia meridional. Los Romanos, dueños de la Italia central, comenzaron á entrar en relaciones con los Griegos. Hacia cerca de medio siglo que el imperio formado en Oriente por la espada de Alejandro se agitaba en el seno de la anarquía, despues de haberse dividido en una multitud de reinos efímeros. En medio de estas incesantes revoluciones, todos ambicionaban el soberano poder y esperaban conse-

(1) Autores que se pueden consultar: Plutarco, *Vida de Pirro*. Freinshemio, *Suplemento* de Tito Livio, lib. XII, XIII y XIV. Ha reasumido perfectamente todos los autores antiguos. Véanse aun entre los modernos á Rollin, Michelet, Dumont, etc.

guirlo. En efecto, se encontraban en todas partes ejércitos para vender, y la guerra, entretenida en beneficio de una multitud de ambiciosos medianos, reinaba fluctuante y sin objeto desde la Gran Grecia hasta los confines del Asia. Lo que prueba muy bien que toda esta gente llegaba á su decadencia, es que no se encontró, en medio de aquellos intrigantes que aborrecian los tronos y las coronas, un solo hombre de genio capaz de reunir bajo su mano todos esos elementos esparcidos para darles la unidad y la vida. Las naciones, traqueadas por estos grandes sacudimientos, no ofrecen ya la energía y valor necesarios para las cosas grandes. Todo está en via de decadencia, ó mas bien todo se muere, todo está muerto.

La Sicilia y la Gran Grecia vieron tambien en los bellos sigios de la Grecia desplegarse bajo el cielo de la Italia repúblicas poderosas y ricas; pero estas colonias habian seguido á su madre patria en el período de debilidad y degradacion. En toda la Sicilia, en lugar de los Dionisios y Agatóclos, solamente se encontraban tiranuelos, tales como Licítas en Siracusa, Fintias en Agrigento, Tindarion en Tauromenio, Heraclídes en Leoncio, etc. Todas las ciudades opulentas de la Gran Grecia habian desaparecido igualmente. No quedaba mas que la orgullosa Tarento, la cual declaró la guerra á los Romanos de un modo que recuerda poco las costumbres de Esparta, su metrópoli.

Ruptura de Tarento con Roma. Un dia que los Tarentinos asistian al espectáculo en el gran teatro situado cerca del puerto, apercibieron en la mar diez galeras romanas que venian á pedirles refrescos. Habiendo exclamado el bufon Filocáris que habia un tratado que prohibia á los Romanos pasar el promontorio de Laricia, todo el pueblo aplaudió y se puso á perseguir los navios. Echó cuatro á pique, cogió el quinto, y puso á la vergüenza, como viles esclavos, á toda la tripulacion.

Los Romanos enviaron feciales á pedir reparacion de este escandaloso ultraje. Postumio, gefe de la embajada, no fue acogido en la asamblea de los Tarentinos sino con vayas y

gritos. Cada vez que se le escapaban, por ignorancia ó groseria, algunas palabras poco conformes á la elegancia de la lengua griega, toda esta multitud frivola le interrumpia con grandes risotadas. El bufon Filonides manchó aun indignamente los vestidos del embajador. Habiendo aplaudido todos los Tarentinos insulto tan grosero : *Reid, Tarentinos, reid ahora,* contestó el Romano , *vuestras risas se cambiarán muy pronto en lágrimas ; porque os costará mucha sangre para borrar la mancha que veis en mi vestido.*

Los Tarentinos llaman á su socorro á Pirro, rey de Epiro. Cuando los Tarentinos cesaron sus danzas y diversiones, reflexionaron sobre la gravedad de estas palabras, y principiaron á reconocerse incapaces de sostener todo el peso de tan gran guerra. Habiendo corrido el rumor en la ciudad de que iban á implorar el socorro de Pirro, rey de Epiro, un tal Meton puso sobre su cabeza una corona ajada, y vino al teatro con una linterna en la mano y seguido de una mujer música. El pueblo le mandó cantar mientras que su compañera tocase la flauta. Aprovechó del silencio que se hizo para decir á sus conciudadanos : *Haceis muy bien el permitir hoy cantar y tocar la flauta á los que tienen gana ; porque cuando Pirro haya entrado en la ciudad, nadie tendrá ya la libertad de hacer su voluntad y seguir su inclinacion.* Profetizaba la verdad; pero los Tarentinos quisieron mejor sacrificar sus placeres aliándose al rey de Epiro, que exponer su vida entregándose á los Romanos. Echaron pues á Meton de su asamblea, y enviaron á Pirro embajadores y presentes.

Conversacion de Cineas y de Pirro. Viendo el ambicioso Epirotes burladas todas sus esperanzas por parte de la Grecia y del Asia, meditaba hacia algun tiempo la conquista de Italia, Sicilia y Cartago. Cuando los enviados de los Tarentinos se presentaron á él, los acogió con transporte y les prometió socorro y proteccion. Como conversaba de sus proyectos con Cineas, su ministro : — *Señor*, le dijo Cineas, *cuando hayamos tomado la Italia ¿ qué haremos ?* — *La Sicilia,* replicó Pirro, *está muy cerca y nos tiende los brazos.* — *Pero ¿ limitareis,* repuso Cineas, *vuestras expediciones á la toma de la Si-*

cilia? — *¡ Ah!* respondió Pirro, *que Dios nos conceda solamente la victoria, y estos primeros sucesos no serán sino un camino para cosas mas grandes. ¿ Quién podrá entonces impedirnos el pasar á Africa y Cartago? El Africa sometida ¿ hay uno solo de los enemigos que nos insultan ahora que se atreviese solamente á levantar la cabeza?* — *No seguramente*, respondió Cineas, *con un poder tan grande os será fácil recobrar la Macedonia y reinar pacificamente sobre toda la Grecia. Mas despues de estas conquistas, ¿qué haremos?* — *Entonces, amado Cineas*, dijo Pirro sonriéndose, *viviremos en un gran reposo; pasaremos toda nuestra vida en los banquetes, fiestas y encantos de la conversacion.*— *¡ Ah! señor*, le dijo el discípulo de Epicuro, *¿ quién nos impide desde este dia vivir en reposo, tener comida regalada y regocijarnos?* La leccion no era del gusto del monarca. Voló á Italia para ir á satisfacer la ambicion de que estaba devorado.

Llegada de Pirro á Italia. Batalla de Heraclea. Cuando entró en Tarento y reunió todas sus fuerzas, hizo cerrar los gimnasios y los sitios públicos, prohibió á los Tarentinos los bailes, festines y toda clase de diversiones, y redujo este pueblo voluptuoso y corrompido á la austeridad de Esparta, su madre patria. Despues les obligó á alistarse bajo sus banderas, y fué al momento al encuentro del ejército romano cerca de Heraclea. Antes de empeñar el combate, envió sin embargo un heraldo al cónsul Levino, para preguntarle si Roma queria recibirle como árbitro entre ella y los Tarentinos. Habiendo rehusado el general romano, se principió el combate. Los elefantes que Pirro habia llevado con él asustaron á los Romanos, quienes, en su simpleza, los llamaban *bueyes de Lucania.* Este terror introdujo el desórden en sus filas, y fueron vencidos. Al ver todos estos bravos guerreros extendidos en el polvo y conservando despues de su muerte un ademan fiero y amenazador, Pirro exclamó admirado: *Con tales hombres seria en breve dueño del mundo.*

Embajada de Fabricio cerca de Pirro. Pronto vió Pirro llegar á él embajadores romanos que venian á tratar del rescate de los prisioneros. Fabricio estaba á la cabeza de esta embajada.

Pirro, que conocia su mérito, le recibió con distincion, y le ofreció dinero. *Si me creeis hombre de bien*, dijo el austero Romano, *¿ porqué quereis corromperme ? Y si me creeis capaz de ser traidor á mis deberes, ¿ qué teneis que hacer de mí ?* Esta respuesta magnáníma hizo que Pirro estimase á un hombre tan virtuoso, y trató de aficionársele, ofreciéndole al efecto el primer empleo en su córte. *Príncipe*, respondió en voz baja Fabricio, *el partido que me proponeis ninguna ventaja os reportaria; porque los que hoy os honran y admiran, no bien me hubiesen conocido, amarian mejor tenerme por rey que á vos mismo.* El monarca fue bastante grande para no ofenderse de esta libertad.

Una tarde al tiempo de cenar, habiendo rodado la conversacion sobre diversos asuntos, Cineas habló de Epicuro y de su doctrina. Dijo que sus discípulos hacian consistir el fin del hombre en el deleite; que huian toda administracion pública como el azote de la dicha; que suponian á los dioses relegados en una vida ociosa en la que no pensaban mas que en los placeres, sin ocuparse de los hombres. Hablaba aun, cuando Fabricio interrumpiéndole: *Ojalá que Pirro y los Samnitas*, exclamó, *tengan tales opiniones mientras que estén en guerra con nosotros !*

Embajada de Cineas á Roma. Pirro se admiró tanto de la grandeza y magnanimidad del nombre romano, que envió á Roma una embajada para hacer la paz. Encargó de esta mision al hábil Cineas, cuya elocuencia le habia ganado mas ciudades que su espada. Este brillante discípulo de Demóstenes habia conquistado ya el sufragio de muchos senadores, y el mismo pueblo parecia dispuesto á recibir sus proposiciones, cuando el viejo Apio Claudio se hizo llevar al senado por sus cuatro hijos, que habian sido cónsules. Este rígido censor habia tenido la falta de conservar su empleo mas tiempo que el fijado por la ley; pero tambien tenia la gloria de haber construido la *Via Apia*, y el pueblo se acordaba de todos los favores con que le habia colmado. Habló tan fuertemente contra el partido que se queria tomar, que su intrépida virtud avergonzó al senado por su cobardía. Se siguió su consejo, y respondieron á Pirro que antes de hablar de paz y

de amistad con los Romanos, debia abandonar la Italia. Cineas salió de Roma, y fué á manifestar á su rey esta severa decision. Habiéndole Pirro preguntado despues lo que pensaba de Roma y de los Romanos, el filósofo le respondió que *el senado le habia parecido una asamblea de semidioses, y Roma un templo digno de recibirles.*

Batalla de Asculo. Preciso fue tentar de nuevo la suerte de las armas. Pirro se puso en marcha con todo su ejército, y encontró á los Romanos cerca de Asculo. El combate fue muy vivo por una y otra parte. El rey de Epiro quedó dueño del campo de batalla; pero al ver las pérdidas que habia tenido, respondió á los que le felicitaban por su victoria: *Si conseguimos otra igual, estamos perdidos sin recurso.* Esta batalla le determinó á abandonar la Italia para retirarse á la Sicilia, adonde le llamaban los Siracusanos.

Antes de su partida pudo admirar aun la generosidad y virtud de Fabricio. Un tal Timocares á quien el rey honraba con su amistad, otros dicen su propio médico, fué á encontrar al cónsul romano, y le ofreció envenenar al rey, si queria darle una recompensa digna de tan gran servicio. Fabricio envió la carta á Pirro, diciéndole que jamás emplearía el oro, ni la plata contra él, sino el valor y las armas. Se añade que el rey de Epiro, enternecido por una magnanimidad tan rara, no pudo impedirse de exclamar: *Seria mas fácil desviar al sol de su carrera que á Fabricio del camino del honor y de la justicia.*

§ II. Segunda guerra de Pirro (278-265).

Expedicion de Pirro á Sicilia. Cuando Pirro recibió á los embajadores de Agrigento, de Siracusa y de los Leontinos que fueron á rogarle echase á los Cartagineses de la isla, supo al mismo tiempo que Tolomeo Cerauno habia sido muerto por los Galos, y que el trono de Macedonia estaba vacante. Titubeó algun tiempo, no sabiendo si era necesario hacerse coronar por los Macedonios, ó si era mejor batir á los Cartagineses. Se decidió en fin por este último partido. Al llegar á Sicilia, vió por de pronto realizarse todas sus esperanzas.

Las ciudades, dice Plutarco, se apresuraban á someterse á él; y en todas partes donde tuvo que emplear la fuerza de las armas nada le resistió. Con un ejército de treinta mil hombres de infantería, dos mil quinientos caballos y una flota de doscientas velas echaba en todas partes delante de él á los Cartagineses y destruia su dominacion.

Tomó por asalto la ciudad de Eryx, la mas fuerte de toda la Sicilia, batió un destacamento de Mamertinos que encontró cerca de Mesina, y vió á los Cartagineses echarse á sus piés para implorar la paz. Pero llevaba mucho mas lejos su ambicion. Les dijo con orgullo que antes de principiar negociacion alguna, debian retirarse á Africa y abandonar enteramente la Sicilia. Concibió todavía el proyecto de equipar una flota para perseguirles del otro lado de los mares, y con este objeto se puso á maltratar á los mismos Sicilianos para obligarles á dar dinero y todos los subsidios necesarios para su empresa. Estas injustas exacciones sublevaron contra él á los Siracusanos y á todos los que le habian llamado á Sicilia. En lugar de amarle como á un libertador, no se veia ya en él mas que un tirano ambicioso y avaro. En todas partes se declaraban defecciones y revueltas. Pirro, en estas circunstancias embarazosas, se consideró muy dichoso de ser llamado á Italia por los Tarentinos y Samnitas, con el fin de tener un pretexto honrado para dejar á los Sicilianos.

Vuelta de Pirro á Italia (275). A su salida se vió obligado á batirse en el Estrecho contra los Cartagineses. Perdió muchos buques, y se salvó con el resto á Italia. Los Mamertinos le esperaban del otro lado de la costa. Le dieron un combate en que fue herido. Pero su valor les llenó de terror y de admiracion. Le consideraron como un dios, y no se atrevieron ya á detenerle en su marcha. Llegó pues á Tarento con veinte mil infantes y tres mil caballos. Tomó lo mejor de los Tarentinos, y marchó sin dilacion contra los Romanos acampados en el Samnio.

Batalla de Benevento (275). Encontró al cónsul Curio Dentato cerca de Benevento. Curio hubiera querido diferir la batalla, porque esperaba á su colega que habia de unirse á él

con un nuevo cuerpo de ejército. Pero Pirro no le dió tiempo. Tomó sus mejores tropas y le atacó con sus elefantes mas aguerridos. La victoria fue incierta largo tiempo. Mas los Romanos hicieron caer sobre los elefantes de Pirro tal abundancia de flechas que les obligaron á huir. Estos animales, cayendo sobre sus propios batallones, introdujeron en ellos una confusion y desórden que dieron la victoria á los Romanos. Despues de esta derrota Pirro abandonó Tarento y la Italia para volverse á Epiro, de donde fué á morir á Argos por mano de una vieja (1).

Sumision de la Italia meridional (275-264). «Los Romanos aniquilaron á todos sus desgraciados aliados: Crotona y Locres estaban ya tomadas; Tarento se rindió á discrecion y vió desmantelar sus murallas (272). Entonces se apresuraron á castigar á la guarnicion romana de Regio que habia imitado á los Mamertinos y hecho alianza con ellos; en fin, la sumision de los Sasinatos, Picentinos y Salentinos concluyó la conquista de la Italia desde el estrecho de Mesina hasta el Po (265). Estos brillantes sucesos atrajeron las felicitaciones y la alianza de Tolomeo Filadelfo (274), y las riquezas de Tarento dieron á Roma el medio de acuñar por primera vez una moneda de plata (269). Fue duplicado el número de los cuestores: las colonias que establecieron en Cosa, Pesto, Benevento, Arimino, Castro y Firmo aseguraron en la Peninsula la dominacion romana (2). »

(1) Véase mi *Compendio de la Historia antigua.*
(2) Dumont, *Histoire Romaine.*

CAPITULO III.

Primera guerra púnica. Conquista de la Sicilia (1).

(265-241).

Roma multiplica todos los años sus conquistas, y conforme aumenta su territorio, las guerras que emprende vienen á ser mas importantes. Al principio se habia batido con las pequeñas poblaciones del Lacio; despues, cuando las conquistó, lo hizo con los Samnitas, Etruscos y Griegos, en una palabra, con todas las grandes naciones de la Italia. Ahora entra en la lid con Cartago, la mas grande república del mundo antiguo. La Europa es la que disputa al Africa el mperio del mundo. Porque no se trata únicamente entre estas dos ciudades de sus intereses personales; el objeto de sus combates es mas elevado. La suerte del universo depende de sus victorias. La primera guerra púnica es el primer acto de ese drama sangriento cuyo desenlace fue la ruina de la opulenta Cartago.

§ I. Cartago, sus costumbres y su constitucion comparada con la de Roma.

Descripcion del Africa. El Africa es una vasta península que comienza bajo nuestra zona templada y concluye en punta bajo la zona templada meridional. Esta limitada al norte por el Mediterráneo, al oeste por el Océano Atlántico, al sur y al este por el mar de las Indias y el Mar Rojo. El istmo de Suez la reune al Asia. La atraviesan pocos grandes rios. Los antiguos apenas conocian mas que la parte setentrional del Africa y las costas orientales desde el Egipto hasta la Etiopía. Bajo esta denominacion comprendian la Nubia y una parte de la Abisinia. En cuanto á la parte setentrional del continente, Herodoto la dividia en tres partes, la Libia habitada, la Libia salvaje y la Libia desierta. La Libia habitada comprendia la Mauritania, la Numidia, el

(1) Autores que se pueden consultar: Entre los antiguos: Polibio es el principal. Freinshemio le ha resumido así como todos los demas autores antiguos en sus *Suplementos* de Tito Livio. Entre los modernos: Cantu, *Historia universal*; Heeren, *De la política y del comercio de los pueblos de la antigedüad*; Duruy, *Historia de los Romanos*, etc.

Africa cartaginense y la Cirenáica. Toda esta comarca era muy fértil y poblada, á excepcion de la costa de Trípoli y de los alrededores de Barca. La Libia salvaje, así llamada porque estaba llena de bestias feroces, fue conocida aun por los antiguos con el nombre de Getulia. Es el Fezzan moderno, nuestro *Bilsdulgerid*, el país de los dátiles. En fin, la Libia desierta encerraba el gran desierto del Sahara, que extiende sus abrasadoras arenas desde el occidente del Africa hasta el centro de la India setentrional, pasando por la Arabia y el mediodia de la Persia.

Fundacion de Cartago. Al norte de este vasto continente, sobre las orillas del Mediterráneo, fue donde se elevó la poderosa república de Cartago. Sus principios son poco conocidos. La fábula nos dice que la reina Elisa ó Dido huyó de Sidon para escapar á la cólera de Pigmaleon, su cuñado, y que vino á establecerse en Africa. Habiéndole vendido los indígenas tanta tierra como pudiera contener el cuero de un buey, le cortó en una multitud de correjuelas muy delgadas y estrechas, y así logró circunscribir un espacio bastante grande para edificar en él la ciudadela de Birsa. Los habitantes de Utica, que eran tambien una antigua colonia de Tirios, persuadieron á Dido construyese una ciudad al lado de esta ciudadela, y aquella ciudad fue la que recibió el nombre de Cartago. La admirable posicion de dicha ciudad que dominaba el paso entre las dos grandes conchas del Mediterráneo, le dió muy en breve el imperio del mar. La misma Utica reconoció su supremacía, y todos los pueblos del Norte se inclinaron delante de su poder. Sin embargo esta conquista fue lenta, y los Cartagineses necesitaron cerca de cuatro siglos para conquistar todas aquellas tribus nómadas. Al mismo tiempo extendieron su dominacion en la Cerdeña, las islas Baleares, la Córcega, é invadieron la Sicilia en la época en que Ciro instituia en Oriente la monarquía de los Asirios. Fundaron igualmente colonias en tierra firme. Se establecieron al principio en España, en Andalucía, donde los Fenicios habian ya tomado tierra, y cubrieron con sus factorías todo el litoral del Mediterráneo.

Del comercio. Todos los Cartagineses que tenian la ambi-

cion de hacer fortuna se iban á aquellas colonias para comerciar en ellas. El comercio se hacia tan bien por tierra como por mar. Comunicaban con el Egipto y la India por medio de caravanas cuyas estaciones vinieron á ser factorías muy considerables. Todo el norte del Africa estaba lleno de caminos reales que hacian estas comunicaciones mas seguras y fáciles. Los Cartagineses se habian asegurado por su marina el monopolio del comercio en todo el Mediterráneo, y traficaban en todo. Sacaban del interior de Africa, dice Cantú, los negros, muy estimados en Italia; de la Grecia, piedras y oro; de Malta, algodon; de Lipari, betun; de Córcega, cera, miel y esclavos; de la isla de Elba, hierro; vendian á las islas Baleares vino, y de ella hacian venir mulas y caballos. Pero lo que contribuyó principalmente á enriquecerles fue la maravillosa abundancia de las minas de oro y plata que encontraron en España, el Perú del mundo antiguo. Tambien iban hasta las islas Sorlingas para explotar las minas de estaño que en ellas habian descubierto.

De los ejércitos. Esta república, que hacia dinero de todo, tenia muchos mas comerciantes que guerreros. Para hacer la guerra y extender sus posesiones, compraban soldados entre las naciones extranjeras. Su opulencia les ponia en posicion de elegir en cada Estado las mejores tropas. Así es que sacaban de la Numidia su caballería impetuosa y ligera, de las islas Baleares sus hábiles honderos, de España su terrible infantería, de Italia y de las Galias sus mas valientes soldados, de Grecia hombres tan buenos para la accion como para el consejo. Antes de emprender una expedicion, sabian lo que les costaria, y calculaban las pérdidas y beneficios. Cartago, dice Michelet, principiaba una guerra como una especulacion mercantil. Emprendia conquistas, ya con la esperanza de encontrar nuevas minas que explotar, ya para dar salida á sus mercancías. Podia gastar cincuenta mil mercenarios en tal empresa, muchos mas en otra. Si las entradas eran buenas, no sentian la colocacion de fondos: compraban hombres, y todo iba bien.

Del carácter y de las costumbres de los Cartagineses. Este

tráfico indigno reveló la avaricia y crueldad de los Cartagineses. Su religion, que no era mas que una miscelánea detestable de las supersticiones de la Libia con las infamias de las ciudades fenicias, autorizaba todos los crímenes y abominaciones mas escandalosas. En los dias de batalla, la estátua de Baal recibia niños en sus brazos inflamados, y se veian algunas personas arrojarse á las llamas que habian encendido á sus piés para hacer que el cielo fuese propicio á su patria. Los generales que tenian la desgracia de ser vencidos eran puestos en cruz. Su derecho de gentes era singular, como lo dice Montesquieu; hacian ahogar á todos los extranjeros que traficaban en Cerdeña y hácia las columnas de Hércules. Su derecho político no era menos extraordinario: prohibieron á los Sardos el cultivar la tierra bajo pena de muerte. Construyeron fortalezas en todas las costas en que habia factorías, y trataron como esclavos á todos los pueblos que habian conquistado. Su legislacion penal estaba llena de castigos atroces, pero la justicia no era por este motivo mas respetada, ni las costumbres menos disolutas. Todas las dignidades eran venales, y la fe pública tantas veces violada, que la palabra *fides punica* fue empleada en todo el mundo antiguo para designar el engaño mas insigne.

De la constitucion. Aristóteles alaba mucho la constitucion y el gobierno de Cartago; mas es difícil suscribir á este elogio sin ninguna restriccion. Este gobierno reunia tres grandes autoridades: dos magistrados supremos ó sufetos, el senado y el pueblo. Mas tarde añadieron el tribunal de los Ciento, que se hizo dueño casi de todo el poder. Los sufetos eran renovados todos los años como los cónsules en Roma. Administraban justicia, proponian y publicaban nuevas leyes, y hacian dar cuenta de su administracion á los que estaban empleados. El senado era el consejo del Estado y el alma de todas las deliberaciones públicas. El pueblo solamente era consultado cuando habia disentimiento entre los senadores. Pero habiéndole hecho mas tarde presuntuoso é insolente sus riquezas y conquistas, se arrogó casi todo el poder, y fue una de las causas de la ruina de la República. El tribunal de

los Ciento habia sido establecido para balancear la autoridad de los grandes y poner un freno al poder de los generales, obligándoles á dar cuenta á estos jueces de su conducta durante la guerra. Mas estos mismos hombres abusaron de sus prerogativas, y vinieron á ser otros tantos tiranos, arrogándose la direccion de todos los negocios.

Paralelo entre Roma y Cartago. Para concluir el cuadro de esta ciudad poniéndola en paralelo con Roma, lo mejor que podemos hacer es tomar de Montesquieu las siguientes palabras: « Cartago, dice, que llegó á ser rica mas pronto que Roma, tambien habia sido corrompida mas presto. Así, mientras que en Roma los empleos públicos no se obtenian sino por la virtud, y no producian mas utilidad que el honor y una preferencia para las fatigas, todo lo que el público pudo dar á los particulares se vendia á Cartago, y todo servicio hecho por los particulares era pagado allí por el público. Antiguas costumbres y cierto uso de la pobreza hacian que en Roma las fortunas fuesen poco mas ó menos iguales; mas en Cartago los particulares tenian casi las riquezas de los reyes. De dos facciones que reinaban en Cartago, una queria siempre la paz y otra siempre la guerra; de suerte que era imposible gozar allí de la una y hacer bien la otra. Mientras que en Roma la guerra reunia al principio todos los intereses, los separaba aun mas en Cartago. En Roma gobernada por las leyes, el pueblo permitia que el senado tuviese la direccion de los negocios; en Cartago gobernada por abusos, el pueblo queria hacer todo por sí mismo. Cartago, que hacia la guerra con su opulencia contra la pobreza romana, tenia por esta razon una desventaja: el oro y la plata se agotan; pero la virtud, la constancia, la fuerza y la pobreza jamás. Los Romanos eran ambiciosos por orgullo, y los Cartagineses por avaricia; los unos querian mandar, los otros adquirir; y estos últimos, calculando sin cesar los ingresos y los gastos, siempre hicieron la guerra sin amarla. Las batallas perdidas, la disminucion del pueblo, la decadencia del comercio, los apuros del tesoro público, la sublevacion de las naciones vecinas podian hacer aceptar á Cartago las condiciones mas

duras de paz; pero Roma no se conducia por el sentimiento de los bienes y de los males; no se determinaba mas que por su gloria; y como no imaginaba cuál pudiese ser, si no mandaba, no habia esperanza ni temor que pudiese obligarla á hacer una paz que ella no hubiera impuesto.»

Segun los pensamientos generales de este paralelo que prosigue Montesquieu hasta sus mas pequeños detalles, es fácil presentir á cuál de estas dos grandes repúblicas debia pertenecer el imperio del mundo.

§ II. Primera guerra púnica. Operaciones de los Romanos en Sicilia (265-260).

Asunto de los Mamertinos. Pirro, al abandonar la Sicilia, dijo á los que le rodeaban: *Amigos mios, ¡qué buen campo de batalla dejamos allí á los Cartagineses y á los Romanos!* La profecia iba en fin á cumplirse. Aquella isla, que estos dos grandes pueblos habian de disputarse, era codiciada antes de la lucha por tres grandes potencias: Cartago, Siracusa y los Mamertinos. Estos últimos, á quienes Roma habia castigado en otro tiempo en Regio, imploraron su socorro contra los Cartagineses que amenazaban su independencia. El senado, que se habia unido á Cartago por muchos tratados solemnes, no se atrevia á tomar partido contra ella, en favor de un pueblo de mercenarios que antes habia castigado, como una reunion de viles aventureros. Los cónsules, menos escrupulosos, presentaron el asunto al pueblo, y se decidió que se atacaria á la orgullosa república, cuyos numerosos establecimientos en Córcega, Sicilia, Cerdeña y en todas las islas vecinas de la Italia causaban inquietud á los Romanos.

Expedicion del cónsul Claudio Apio. El cónsul Apio se presenta con su flota en el Estrecho é intima á los Cartagineses devuelvan la libertad á los Mamertinos y retiren su guarnicion de Mesina. Hannon, que se confiaba en el número y fuerza de sus buques, le respondió con orgullo: *Ni uno de vuestros barcos pasará, y ni aun permitiré á vuestros soldados el lavarse las manos en las mares de Sicilia.* Claudio, á pesar

de esta baladronada, tomó tierra en Sicilia y propuso una entrevista al general cartaginés. Hannon se fué sin desconfianza al lugar convenido, pero la *fe romana* no valió mas aquel dia que la *fe púnica*. El Cartaginés fue cargado de cadenas contra el derecho de gentes, y la guerra comenzó por la mas infame traicion. Cartago se preparó á vengar esta maldad. Mas á pesar de sus esfuerzos, la victoria se declaró en favor de los culpables, y Apio venció á Hieron, el aliado de los Cartagineses, y le persiguió hasta bajo las murallas de Siracusa (264).

Hazañas de Valerio Messala. El senado, animado por sus triunfos, equipó una nueva flota y un nuevo ejército. Entregó el mando de ellos á Valerio, quien adquirió por sus brillantes hazañas cerca de Mesina el glorioso sobrenombre de *Messala.* Este nuevo cónsul derrotó en muchos encuentros á los Cartagineses y Siracusanos, y tomó en poco tiempo sesenta y siete ciudades, entre las cuales se distinguian Catania y Tauromina. Hieron, atemorizado con todas estas victorias, creyó que valia mas ser aliado de Roma que de Cartago. Envió pues proposiciones de paz al senado, é hizo con él una alianza que guardó fielmente durante cincuenta años. En estos momentos Segesto y la orgullosa Agrigento cayeron en poder de los Romanos.

Primera batalla naval de los Romanos (260). Hacia ya mas de tres años que la guerra habia comenzado, y los Romanos no tenian sino motivos para felicitarse del valor de sus tropas y de los favores de la suerte. Se habian hecho dueños de una multitud de ciudades opulentas y habian salido victoriosos en todos los combates. Mas la Sicilia era una isla, y para conservar en ella sus conquistas, les era necesario el imperio del mar. Resolvieron pues construir una flota y probar fortuna en este elemento. Como no habian poseido hasta entonces sino buques mercantes, un quinquereme cartaginés, encallado cerca del Estrecho, les sirvió de modelo para construir grandes navíos. El arte era entonces tan imperfecto y grosero que en sesenta dias pudieron anclar una flota de ciento sesenta galeras.

El cónsul Duilio recibió el mando de ella. Este hombre, tan ingenioso como hábil, comprendiendo toda la desventaja que tendrian estos buques pesados é informes al combatir contra los navíos ágiles y ligeros de los Cartagineses, imaginó manos de hierro (*corvi*), que aferrándose á los buques enemigos, los harian inmobles y facilitarian el abordaje. Por este medio se debia pelear en mar como en tierra, y el soldado romano podia hacer uso de toda su superioridad sobre los soldados cartagineses. Así es que estos últimos fueron completamente derrotados. Habiéndose escapado su general Anibal con gran pena, envió al momento un correo á Cartago, y se valió de esta astucia para evitar el suplicio reservado en su patria á todos los generales desgraciados. El mensajero preguntó á los senadores si eran de opinion que Anibal atacase á los Romanos. Habiendo exclamado todos que era menester combatir y que hacia mal en diferirlo: *Pues bien*, replicó el enviado, *lo ha hecho y ha sido vencido*. Nadie se atrevió á condenar una accion que habia aconsejado, y Anibal fue privado del mando y no de la vida.

Duilio, que habia tenido la gloria de conseguir la primera victoria naval, recibió en Roma honores extraordinarios. Por órden del senado se erigió en la plaza pública una columna de mármol blanco de Paros, sobre la cual se inscribieron los nombres de los navíos que habia cogido y la cantidad de dinero que habia quitado á los Cartagineses. Se le acordó al mismo tiempo, durante su vida, el fastidioso honor de ser acompañado á su casa todas las noches despues de cenar con hachas encendidas y al son de los instrumentos (260).

§ III. Expediciones de los Romanos al Africa (260-250).

Régulo pasa á Africa. La victoria que obtuvo Duilio sobre los Cartagineses, habia inspirado á los Romanos una gran confianza. Se creyeron llamados á dominar por mar tanto como por tierra. Habiendo sido seguida esta victoria de la conquista de Córcega y de Cerdeña, y de nuevos triunfos en

Sicilia, concibieron el atrevido proyecto de llevar la guerra á Africa. El cónsul Atilio Régulo, encargado de esta expedicion, fué á abordar á Mesina con una flota de trescientos treinta navios, y se preparó á dar vela hácia Cartago. Hannon acudió á su encuentro con trescientos sesenta buques. El combate se empeñó cerca de Ecnomo, y los Cartagineses fueron vencidos. Desde entonces los Romanos abordaron sin obstáculo á Africa.

No obstante los oficiales y soldados temian esta tierra desconocida. Lo largo de la navegacion les asustaba, se referian las maravillas que la fama habia esparcido con respecto á esta comarca poblada de enemigos feroces y de bestias salvajes. Régulo, para apaciguar sus murmullos y prevenir la sedicion, se vió obligado á castigar á muchos con azotes y amenazarles con sus lictores. Su firmeza triunfó de todas las resistencias, y el ejército desembarcó dichosamente en Clipea á la que hizo su plaza de armas. Varios destacamentos se pusieron á saquear los cantones de los alrededores, y en poco tiempo los Romanos se encontraron dueños de muchas ciudades y de una infinidad de prisioneros.

Proconsulado y sucesos de Régulo. Habiendo espirado el consulado de Régulo en medio de sus triunfos, el senado le continuó sus poderes con el título de procónsul. Nadie sintió mas este honor que aquel que era el objeto de él. Se quejó al senado, y le pidió la libertad de ir á cultivar un campo de siete fanegas de tierra, su único recurso para alimentar á su muger é hijos. El senado le respondió que la República cuidaria de su campo y de su familia, y que debia proseguir sin inquietud el curso de sus brillantes proezas. El virtuoso procónsul se puso al instante en marcha y condujo su ejército hácia la parte de Adys, robando y destruyendo todas las ciudades y fortalezas que encontraba á su paso. Habiendo venido los Cartagineses á atacarle bajo las murallas de esta ciudad, les mató diez y siete mil hombres, cogió doce elefantes é hizo cinco mil prisioneros. Esta victoria dió á los Romanos mas de ochenta ciudades, y redujo Cartago al abatimiento, despertando contra ella el odio de los Númidas,

quienes por su parte pusieron todo á fuego y sangre en las campiñas.

Xantipo restablece la fortuna de Cartago (255). Los Cartagineses creian que todo estaba perdido. Habian pedido la paz á Régulo, mas el orgulloso procónsul les habia puesto condiciones tan exorbitantes que era imposible aceptarlas. Entonces el Lacedemonio Xantipo se presenta al senado, echa en cara á los generales cartagineses el haber sido vencidos por su culpa, lo prueba entrando en detalles acerca de todas sus operaciones militares, y ofrece salvar á Cartago, si Cartágo quiere creerle y confiarse á él. Se admiran de la exactitud y alcances de sus consejos, y la esperanza sucede de repente al abatimiento. Le dan un ejército, y le dirige segun los principios de su nueva táctica.

Régulo observó bien que los enemigos no seguian ya el mismo órden de batalla, y que obedecian á otros generales que buscaban con cuidado las llanuras en lugar de las montañas. Pero la prosperidad le cegó, y marchó contra ellos con todo el orgullo y presuncion que le inspiraban sus sucesos pasados. Fue vencido y hecho prisionero.

Xantipo volvió á entrar victorioso en Cartago, en medio de las aclamaciones y aplausos del pueblo que acababa de salvar. Sin embargo el astuto Esparciata no se engañó acerca de su suerte. Para escapar á los tiros de sus envidiosos, se volvió á su patria. La *fe púnica* le habia preparado para su vuelta un viejo navío lleno de hendiduras cubiertas de nuevo con pez, en el que entraria el agua por todas partes, y sumergirle luego que estuviese en alta mar. Xantipo se apercibió de ello, se embarcó en otro navío, y abordó sin peligro á su patria. Algunos historiadores dicen que fue muerto por unos emisarios que los Cartagineses enviaron en su persecucion.

Nuevas desgracias de los Cartagineses. La buena suerte pareció haberse desterrado de Cartago con Xantipo. Habiendo enviado los Romanos á Africa una nueva flota y nuevos cónsules, los Cartagineses sufrieron grandes derrotas, una en tierra cerca de Clipea, y otra en el mar cerca del cabo Hermeo. Los Romanos se volvieron de allí victoriosos cargados

de botin. pero los sobrevino una tempestad horrorosa, y todas las costas desde Camarino hasta el promontorio de Pachino se cubrieron con los cadáveres de sus soldados, y con los despojos de sus galeras rotas.

Esta desgracia desanimó á los Romanos, reanimó á los Cartagineses, y durante cierto tiempo Roma solo pensaba en defender sus posesiones de Sicilia. Sin embargo no tardó en apercibirse del vicio de esta política tímida. Puso pues en la mar una flota inmensa, cuyo mando confió al cónsul Metelo. La habilidad de este grande hombre triunfó de Asdrubal y de los Cartagineses. Les mató cerca de Panorma veinte mil hombres, hizo diez y seis generales prisioneros, y cogió veinte y seis elefantes. Cartago, consternada por esta derrota, decidió enviar Règulo á Roma para tratar de la paz y del canje de los prisioneros.

Embajada de Régulo en Roma. Este Romano orgulloso se presentó en las puertas de su patria, y dijo á sus conciudadanos que esclavo de los Cartagineses venia, en nombre de sus dueños, á ofrecerles la paz y el canje de los prisioneros. Habiéndole obligado los senadores á tomar asiento en el senado y á decir libremente su parecer, tuvo bastante heroismo para aconsejarles continuasen la guerra y dejasen morir en las cadenas á los que no habian sabido defender su libertad. Fue adoptada esta opinion, pero al mismo tiempo hubieran querido alejar de su autor los males que le esperaban, si volvia á Cartago. Todos sus amigos le suplicaban permaneciese con ellos, el gran pontífice le aseguraba que podia sin perjurio faltar á la palabra que habia dado á los Cartagineses, su mujer Marcia y sus hijos le dirigian sus súplicas mezcladas de sollozos y gemidos, mas nada pudo alterar la firmeza de este Romano. Desvió á su mujer é hijos que querian echarse en sus brazos, rehusó sus adioses y abrazos, y fué á morir á Cartago víctima de sus juramentos.

Suplicio de Régulo (250). Los Cartagineses le cortaron los párpados, y despues de haberle tenido en un oscuro calabozo, le expusieron á los rayos abrasadores del sol. Despues le encerraron en un cofre erizado en la parte interior de puntas

de hierro, y le privaron en este estado de reposo y de sueño hasta que espiró. Los Romanos, al recibir esta noticia, entregaron á la esposa de Régulo los prisioneros cartagineses mas distinguidos para que los inmolase á su venganza. Los encerró tambien en un armario erizado de hierro, y les hizo morir de hambre con tormentos semejantes á los que habian hecho padecer á su esposo. Represalias detestables que nos hacen conocer las costumbres crueles y bárbaras de las sociedades antiguas (1).

§ IV. Nuevos combates en Sicilia. Reduccion de esta isla á provincia romana (250-241).

Desgracias de los Romanos. La Sicilia habia venido á ser e teatro de la guerra. Todas las fuerzas de los Romanos, despues de la brillante victoria de Panorma, se habian concentrado en rededor de Lilibea, la ciudad mas importante de la isla. El cónsul Apio Pulcher, enviado por el senado para adelantar el sitio, perdió cerca de Deprano la mejor flota que los Romanos habian equipado hasta entonces (249). Antes del combate vinieron á anunciarle que los pollos sagrados no comian: *Echadlos al mar*, dijo, *al menos beberán.* Esta impiedad habia asustado á los soldados supersticiosos, y ni aun trataron de resistir al enemigo, persuadidos que el cielo estaba contra ellos. Toda la flota fue destruida. Su colega Junio no fue mas hábil ni dichoso. Los Cartagineses echaron á pique todos sus navios y le cogieron á él mismo en Eryx.

Hazañas gloriosas de Amilcar Barca. Despues de todos estos reveses, los Romanos no encontraban ya grandes hombres para ponerlos á la cabeza de los ejércitos. Alpio Pulcher y Junio los habian prevenido contra el consulado por su estúpida conducta. Pidieron al primero de estos cónsules un dictador, y el cobarde Apio tuvo la insolencia de dar esta digni-

(1) Hemos seguido la relacion de los historiadores romanos; pero toda esta historia de Régulo nos parece muy poco verosímil. Por otra parte, Polibio nada dice, y aun Diodoro asegura lo contrario.

dad á uno de sus lictores, al rústico Glicia. Este nombramiento insolente fue anulado, y eligieron á Atilio Calatino, quien nada hizo memorable.

Por el contrario, Cartago veia á Amilcar Barca á la cabeza de sus ejércitos, quien hubiera sido el mas ilustre de sus generales, si no hubiese sido el padre de Anibal. Durante siete años este intrépido guerrero tuvo estrechadas todas las fuerzas de los Romanos. Pasó á Italia, asoló las tierras de Locres y del Abruzo, y volvió á colocar su campo entre Eryx y Panorma, sobre la cumbre escarpada del Epicreto. Desde allí daba á los Romanos nuevos combates, desconcertaba todos sus proyectos exterminando sus legiones, y por espacio de tres años no dejó de espacir en su rededor la consternacion y la muerte.

Batalla de Eginates (241). Los Romanos, cansados de todas estas pérdidas, resolvieron intentar de nuevo el imperio del mar. Se construyó y armó una nueva flota. Cada particular hizo hacer á sus expensas un quinquereme, y esta nueva escuadra fué á llevar el espanto á Africa. El senado, reanimado por este primer triunfo, encargó al cónsul Lutacio reuniese todos los navíos de la república y emprendiese una expedicion á Sicilia. Este general tuvo la dicha de encontrar cerca de las islas Eginates, frente á Lilibea, una flota cartaginesa, mas cargada de provisiones y víveres que de armas y soldados. Iba á socorrer á Amilcar, quien despues de haber recogido lo que llevaba, debia llenarla con lo mejor de sus tropas. No fue difícil á Lutacio el vencer estos buques que no podian moverse, y que estaban casi sin defensores. Segun Polibio, los Romanos destruyeron en este combate ciento veinte galeras y mataron treinta mil hombres. Habiendo tenido el mismo Amilcar poco despues un pequeño desastre, la república cartaginense no quiso ya consentir en hacer nuevos sacrificios de dinero y de tropas, y encargó á este valeroso guerrero negociar en lugar de combatir.

Tratado de paz entre las dos repúblicas (249). Los Romanos victoriosos dictaron las condiciones de paz, que fueron las siguientes : « Los Cartagineses pagarán á los Romanos mil

talentos, y en los diez años siguientes dos mil; ademas de la Sicilia, abandonarán tambien todas las islas que hay entre ella y la Italia; no navegarán con navios largos ni en Italia, ni en ninguna de las islas dependientes de los Romanos, y no pondrán tropas sobre las armas.» Asi se terminó esta primera guerra, que duró veinte y cuatro años (265-241). Enviaron á Sicilia un cuestor para exigir los impuestos, un pretor para administrar justicia y mandar las tropas, y esta isla fue la primera comarca que recibió el nombre de *provincia romana.*

CAPITULO IV.

De Roma y Cartago durante el tiempo que trascurrió entre la primera y segunda guerra púnica (1).

(241-218.)

Durante los veinte y tres años que trascurrieron entre la primera y segunda guerra púnica, Cartago y Roma aumentaron ambas su dominacion con nuevas conquistas. Roma tomó la Córcega y la Cerdeña, la Iliria, la Galia circumpadana y la Istria. Cartago tiembla al principio delante de sus mercenarios sublevados, y pierde la Cerdeña y la Córcega que le quitan los Romanos. Pero se indemniza de estos reveses por la sumision de la Numidia, de la Mauritania y de toda la España. Estas dos grandes potencias parecen no aumentar sus fuerzas sino para hacer su lucha mas terrible é imponente.

§ 1. Expedicion y conquistas de los Romanos en Córcega, Cerdeña, Iliria, Galia cisalpina é Istria (241-219).

Conquista de la Cerdeña y de la Córcega (241-233). Despues de la conclusion de la paz, los soldados mercenarios de Cartago se sublevaron contra ella, y la sumergieron en temores no menos vivos que los que le habian inspirado las mayores victorias de los Romanos. Esta revolucion produjo su efecto en Cerdeña. Los soldados extranjeros que se encontraban en esta isla se sublevaron tambien contra el gobierno, y pusieron en cruz al general Hannon, quien estaba encargado de castigarles. Cuando cometieron este atentado, no sintiéndose bastante fuertes para defenderse solos contra la poderosa república que

(1) Autores que se pueden consultar: Entre los antiguos: Polibio es el principal; Plutarco, *Vida de Marcelo;* Cornelio Nepote, *Vidas de Amilcar y de Anibal.* Entre los modernos: Freinshemio, para las expediciones de los Romanos en Cerdeña, Córcega é Iliria; Am. Thierry, para la historia de los Galos, y Michelet, para la guerra de los mercenarios contra Cartago.

acababan de ultrajar, llamaron á los Romanos á su socorro, y les ofrecieron reducir toda la isla bajo su dominacion. El senado titubéo un instante delante de tal injusticia, pero en breve la ambicion y la avaricia lo consiguieròn sobre la buena fe, y los Romanos fueron á esta conquista. Atacaron al mismo tiempo la Córcega, y tardaron ocho años en conquistar á todos estos isleños. Hicieron de aquellos dos paises una nueva provincia, y nombraron desde aquel momento cuatro pretores : dos para Roma, el *prætor urbanus* y el *prætor peregrinus*, el tercero para la Sicilia y el cuarto para Córcega y Cerdeña.

Sumision de la Iliria (229-227). Algun tiempo despues los Ilirios dieron motivo á los Romanos para atacarles. Estos piratas avaros y feroces habian insultado y condenado á muerte á muchos negociantes italianos al salir del puerto de Brindes. El senado pidió reparacion de estos ultrajes á su reina Teuta. Esta princesa voluble y cruel recibió con desden á los embajadores romanos, y despues los hizo matar. Los cónsules Postumio, Albino y Fulvio Centumalo, encargados de esta guerra, se anunciaron como los libertadores de los Griegos, á quienes los Ilirios vejaban hacia mucho tiempo. Tomaron sucesivamente á Corcira, Apolonia y Dirrachio, sometieron todas las tríbus esparcidas en estas comarcas, echaron de su reino á la infame Teuta, y dieron la corona á su jóven hijo Pineo, asociàndole para reinar al astuto Demetrio de Faros.

Esta expedicion extendió los dominios romanos hasta las fronteras de la Grecia. El cónsul Postumio, despues de haber pasado el invierno en esta nueva provincia, envió desde Corcira embajadores á los Etolios y á los Aqueos, para hacerles conocer los motivos que habian tenido los Romanos para hacer esta guerra. Toda la Grecia, lisonjeada por esta deferencia, aplaudió á sus sucesòs. Los Corintios admitieron por un decreto solemne el pueblo romano en los juegos ístmicos, alabándole por haber devuelto la libertad á Corcira, su colonia, y los Atenienses acordaron á todos los Romanos el derecho de asistir á los misterios de Eleusina y de haceres

iniciar en ellos. Tales fueron las primeras relaciones que existieron entre Grecia y Roma.

Expediciones á la Gália cisalpina (238-222). Sin embargo, grandes movimientos habian introducido el desórden y la agitacion en la Gália cisalpina. Att y Gall, reyes de los Boyenos, impacientes de vengar la exterminacion de los Senones (1), habian provocado una insurreccion. Aun habian hecho bajar del vertiente occidental de los Alpes á muchos miles de montañeses, con la esperanza de sacar á todos los Cisalpinos de su letargo. Sostenidos por estos feroces auxiliares, habian venido á atacar la colonia romana de Arimino. Pero habiéndose metido la division en sus filas, fracasaron en su empresa (238-236).

Para prevenir semejantes ataques, habiendo querido los Romanos fundar en la cercanía de los Galos nuevas colonias, estas vejaciones fueron causa de que los Boyenos formasen una liga ofensiva y defensiva con todas las naciones circumpadanas. Los Cenomanos rehusaron el entrar en ella, mas los Boyenos y los Insubrios no se desanimaron. Llamaron á su socorro á los Galos de los Alpes, quienes no conocian otras armas mas que el viejo *gais* gálico, y por este motivo se les llamó *Gesates* (Gaisda). Aneroestes y Concolitan, reyes de estos montañeses, se dirigieron al Po, donde encontraron ya reunidos á los Lingones, Boyenos, Amauanos é Insubrios. Esta coalicion llenó á Roma de espanto. Consultaron los libros sibilinos, y para colmo de desgracia, se creyó leer en ellos que los Galos tomarian dos veces posesion del suelo. Los sacerdotes encontraron medio de eludir el oráculo. Hicieron enterrar vivos en el circuito de la ciudad, en medio del mercado de los bueyes, dos Galos, un hombre y una mujer, y pretendieron burlescamente que la raza representada por esta pareja desgraciada acababa de *tomar posesion del suelo.*

Batalla de Telamona (225). Despues de esta maldad tan atroz como impía, la república ordenó un levantamiento en

(1) Véase mas arriba, página 106.

masa, y setecientos setenta mil hombres aparecieron armados. Los Galos no se dejaron atemorizar por estos inmensos ejércitos.Concolitan, Aneroestes y Britomar, sus gefes, juraron no quitarse los tahalís antes de haber subido al Capitolio, y tomaron el camino de Roma. Despues de haberse avanzado hasta tres jornadas de la gran ciudad y de haber conseguido un brillante triunfo cerca de Fesules, se dirigieron desde allí hácia la Liguria para poner en seguridad el botin que habian cogido. Dió la casualidad que el segundo cónsul Atilio Régulo, que habia desembarcado recientemente en Pisa, siguiese las costas del mar de Etruria, y que los Galos encontrasen su vanguardia. Desde entonces encerrados entre dos ejércitos, el que les perseguia y el que acababan de encontrar, se vieron obligados á batirse y fueron vencidos á la altura del cabo Telamono. Concolitan fue hecho prisionero. Aneroestes se retiró aparte con sus compañeros, y se degolló despues de haberles dado de puñaladas. No se sabe lo que sucedió á Britomar. El cónsul Atilio perdió tambien la vida; mas su colega Emilio recogió los despojos de los vencidos, robó el pais de los Boyenos y fué á triunfar á Roma.

Sumision de la Insubria (223-222). Los Anamanos, Lingones y Boyenos se sometieron; los Insubrianos solos continuaron defendiéndose. Entonces las banderas de la república pasaron el Po bajo las órdenes de los cónsules L. Furio y C. Flaminio, y los Romanos, de concierto con los Cenomanos traidores á su nacion, asolaron todas las ciudades de la Insubria y degollaron sus habitantes. Esta crueldad pérfida indignó á todos los pueblos de la comarca. Los gefes declararon que la patria estaba en peligro, y se fueron con mucha pompa al templo de la diosa de los combates, para desplegar en él las banderas consagradas que reservaban para las grandes calamidades, que por este motivo se llamaban las *Inmobles*. Así que las *Inmobles* flotaron en el aire, la poblacion se levantó en masa, y Flaminio tuvo que combatir un ejército inmenso. El senado, que no amaba á este cónsul, hizo publicar que los augures no eran favorables, y le envió la órden de volver á Roma sin arriesgar la batalla. Sospechando Fla-

minio lo que se habia tramado contra él, empeñó la accion antes de abrir los despachos, y se presentó al pueblo con una gran victoria para justificarse (223).

Victoria y triunfo de Marcelo (222). El cónsul Marcelo, su sucesor, era un guerrero valiente. Mató en combate particular á Virdumar, rey de los Gesates, y consagró á Júpiter Feretriano los terceros despojos opimos desde Rómulo. Esta brillante accion inflamó el valor de sus soldados, quienes derrotaron á los Insubrianos y tomaron á Milan, su capital. El senado y el pueblo le honraron á su vez con el mas bello triunfo que jamás se habia visto en Roma.

« El cortejo salió del Campo de Marte, dirigiéndose por el camino de los triunfos y por las principales plazas para ir al Capitolio : las calles que debia atravesar estaban cubiertas de flores, el incienso ahumaba por todas partes, abria la marcha una compañía de músicos que cantaban himnos guerreros y tocaban toda clase de instrumentos..... Pero lo que hubo mas lúgubre y nuevo, dice Plutarco, fue ver al cónsul llevando él mismo la armadura de Virdumar, porque habia hecho cortar de intento un gran tronco de encina, en cuyo rededor habia ajustado el casco, la coraza y túnica del rey bárbaro. Así que el carro triunfal comenzó á volver del Foro hácia el Capitolio, Marcelo hizo una seña, y lo mas selecto de los cautivos galos fue conducido á la cárcel adonde los verdugos se hallaban apostados y con las hachas preparadas; despues el cortejo, segun la costumbre, fué á esperar al Capitolio, en el templo de Júpiter, que un lictor trajese la noticia que los bárbaros habian cesado de vivir. Entonces Marcelo entonó el himno de accion de gracias, y se concluyó el sacrificio (1). »

Conquista de la Istria (221). Despues se emprendió la conquista de la Istria, que se encuentra entre la Gália Cisalpina y la Iliria, y cuya posesion debia hacer á los Romanos dueños de una de las puertas de la Italia. Los Istrianos, recorriendo los mares y cometiendo en ellos mil robos, se ha-

(1) Amedeo Thierry, *Historia de los Galos*, t. I, pág. 253 y sig.

bian apoderado de algunos buques cargados de trigo pertenecientes á la república. Los nuevos cónsules Pub. Cornelio y M. Rufo les sometieron por grado ó por fuerza ; mas no les acordaron los honores del triunfo, porque su victoria costó mucha sangre á los Romanos.

§ II. Historia de Cartago. Guerra de los mercenarios. Conquistas de los Cartagineses en Africa y España (241-218).

Guerra de los mercenarios (241-238). Despues de la paz vergonzosa que Cartago acababa de firmar con los Romanos, las tropas mercenarias volvieron á caer sobre ella, y le hicieron expiar de un modo terrible todos los males que habia hecho padecer á las demas naciones. Habiendo renunciado Amilcar el mando, su sucesor Giscon despidió de Sicilia á Africa las tropas no pagadas, y las hizo pasar por destacamentos al continente para dejar á la república tiempo suficiente para arreglar sus cuentas y licenciarlas. Desgraciadamente el gobierno de Cartago estaba entónces en manos de los negociantes y asentistas. Estos hombres de negocio se pusieron á regatear con aquellos mercenarios, y dejaron llegar á Cartago todo el ejército de Sicilia, sin haberse libertado de una sola de estas bandas, sedientas de oro y de goces.

Como este vil conjunto de todas las naciones principiaba á proferir amenazas é imprecaciones, los Cartagineses rogaron á sus gefes que les condujesen á Sicca. Les dejaron marchar, sin pensar siquiera en retener á sus mujeres é hijos en rehenes. Allí se encolerizaron los espíritus. Se pusieron á calcular lo que se les debia, exageraron la deuda, é hicieron oir gritos sediciosos. El tumulto fue mucho mas horroroso cuando Hannon les dijo que la república no podia cumplir sus compromisos. En un momento se reunieron en número de mas de veinte mil y marcharon contra Cartago. Los Cartagineses trémulos se echaron á sus piés, les enviaron víveres y les rogaron pidiesen todo cuanto quisieran. Al ver tanta debilidad sus exigencias no tuvieron límites. Despues del pago

de su sueldo querian que se les indemnizase de sus caballos, que se evaluasen los víveres que se les debian al precio que se habian vendido durante la guerra, y otras mil condiciones que desesperaron á los avarientos Cartagineses.

Estos les enviaron uno de sus antiguos generales, Giscon, que tenia su estima y confianza. Este nuevo negociador propuso arreglar el sueldo de todos los soldados por naciones. Su proposicion iba á ser aceptada, cuando de repente unos intrigantes alborotan todos los espíritus, haciendo sospechosas las intenciones del mismo Giscon. Se levanta un desórden atroz : Giscon y los Cartagineses son cargados de cadenas, y roban todo el oro que han traido con ellos. Los Africanos se reunen en seguida á los rebeldes ; en todas partes pasan á cuchillo las guarniciones cartaginesas, y la misma Cartago se ve sitiada. En este terrible apuro fue preciso recurrir al genio del gran Amilcar.

Este hábil general ganó los Numidas, y se esforzó en sembrar la discordia entre los revoltosos, apurándoles por el hambre y recibiendo con bondad todos los desertores. Esta pérfida dulzura no hizo mas que irritar á aquellos hombres violentos y feroces. Fueron á buscar al calabozo á Giscon y setecientos compañeros, les llevaron fuera del campo, les cortaron las manos y las orejas, les rompieron las piernas y vivos aun les echaron en un foso. Amilcar, por su parte, hizo entregar à las bestias todos los prisioneros, y desde entonces principiaron por una y otra parte aquellas atroces crueldades que han hecho llamar á esta guerra *la guerra inexpiable*. Una parte de estos desgraciados mercenarios, rechazados á las montañas, fue encerrada por Amilcar en el desfiladero de la Hacha, donde se vieron reducidos á la terrible necesidad de comerse unos á otros. La otra parte fue exterminada en una gran batalla. Habiendo Amilcar hecho prisionero á Mathos, su general, le entregó como juguete al cobarde populacho de Cartago, quien se vengó tristemente en él de todos sus sobresaltos.

Conquistas de Amilcar (237-229). Amilcar, á quien la faccion de Hannon habia combatido siempre, despues de haber

libertado á su patria de aquellos furiosos salteadores, se vió todavía expuesto á los tiros del odio y de la envidia. Se le echaban en cara sus costumbres infames, y hablaban de hacerle dar cuenta de su administracion. Se desembarazó de todos estos chismes tomando las armas. Una sublevacion en Numidia le proporcionó la ocasion de someter todo este pais, como tambien la Mauritania. Desde alli se fué á España, diciendo adios sin sentimiento á su ingrata patria. « Al entrar en este pais, encontró á la cabeza de los Celtas, que habitaban la punta sudoeste de la Península, dos hermanos intrépidos, quienes se hicieron matar en la primera batalla. Indortes, que les sucedió, fue derrotado con cincuenta mil hombres. Amilcar hizo cegar y crucificar al gefe, y puso en libertad á diez mil prisioneros, queriendo asustar á los bárbaros y ganarles al mismo tiempo. Así sometió toda la costa occidental de la Península que está bañada por el Océano. En fin, los indígenas imaginaron un estratagema para detener al vencedor; echaron contra su ejército bueyes y carros inflamados que introdujeron en él el desórden. El general africano fué derrotado y muerto. »

Asdrubal funda Cartagena (229-221). Se le dió por sucesor á su yerno, el gefe del partido popular, el hermoso Asdrubal. Era hombre de un carácter insinuante y de una habilidad maravillosa. Se aficionó los pequeños príncipes de la comarca por los lazos de una hospitalidad generosa, y supo conciliarse el afecto de los pueblos por la de sus gefes. Los Romanos se asustaron tanto con los sucesos de su política, que se apresuraron á concluir con él un tratado que limitaba su dominacion en las riberas del Ebro (227).

Asdrubal, para asegurar sus conquistas, fundó sobre la costa oriental de la Península una nueva Cartago, la opulenta Cartagena. Esta ciudad, construida á orillas del Mediterráneo, en frente del Africa, delante de un puerto inmenso, y al lado de las minas de plata mas abundantes, vino á ser en poco tiempo muy rica é importante. En el pensamiento de Asdrubal era acaso la capital del futuro reino que ideaba, mas murió antes de hacer conocer sus proyectos. Un bárbaro,

furioso porque habia condenado á muerte á su amo, le asesinó en medio de sus guardias (221).

Anibal y la toma de Sagunto (221-219). Despues de la muerte de Asdrubal, el ejército dió el mando al jóven Anibal. Los soldados viejos creian volver á ver en él la imágen viva de su padre Amilcar. Tenia, segun dice Tito Livio, el mismo fuego en los ojos, el mismo vigor estampado en su semblante, el mismo ademan y las mismas facciones. Desde que estaba en medio del ejército, no se hablaba mas que de su habilidad y valor, y en todas partes se repetia que era al mismo tiempo el mejor soldado y el mejor general. Pero no tenia otra virtud que las virtudes guerreras. No era preciso pedir humanidad, religion, moralidad, ni buena fe á un hombre que habia crecido en un campo donde no se conocia ni Dios, ni culto, ni juramento. Su padre Amilcar le habia educado odiando el nombre romano. Apenas tenia nueve años, cuando le hizo jurar, poniendo una mano sobre el altar, que seria eternamente enemigo de Roma. Este fue acaso el único juramento que observó religiosamente. Así es que cuando la muerte de Asdrubal le puso á la cabeza del ejército, parecia, dice Tito Livio, que se le hubiese designado la Italia como departamento y ordenado la guerra contra Roma. Se apresuró pues á hacerse dueño del interior de España como lo era de las costas, y atacó las naciones bárbaras de los Olcados, Carpetanos y Vacceanos, quienes ocupaban el centro del pais. Cuando las conquistó, sitió á Sagunto, aliada de los Romanos. Este sitio fue terrible. Anibal empleó contra esta ciudad ciento cincuenta mil hombres, y tardó ocho meses en tomarla.

Los Romanos declaran la guerra á los Cartagineses. Los Romanos, durante este sitio, enviaron á Anibal embajadores para intimarle que respetase los antiguos tratados. Ni aun se dignó recibirles, y les despidió para Cartago. Los Cartagineses rehusaron el desconocer á Anibal. Roma, despues de la toma de Sagunto, se apresuró á levantar muchos ejércitos, y declaró la guerra á los Cartagineses, si rehusaban darle satisfaccion. Habiendo Fabio, gefe de la embajada, levantado un faldon de su toga: *Os traigo aqui*, dijo á los Cartagineses,

la guerra ó la paz : elegid. Exclamaron al momento con no menos orgullo : *Elegid vosotros mismos.* Entonces Fabio volvió atrás dejando caer su toga : *Os doy la guerra.* — *Y bien,* le respondieron al momento, *la aceptamos, y como la hemos aceptado, sabremos sostenerla.* La segunda guerra púnica iba á principiar.

CAPITULO V.

Historia de la segunda guerra púnica (1).

(218-201.)

Tito Livio, al principiar la relacion de esta gran guerra, dice que no hubo otra tan memorable, porque jamás se vieron batirse ciudades mas poderosas, ni naciones mas belicosas. Roma y Cartago desplegaron en esta nueva lucha todo lo que la primera guerra púnica les habia hecho experimentar en el arte militar. Así es que los acontecimientos de esta segunda guerra son vivos en todos los recuerdos. No hay nadie que haya dejado de estudiar con placer esta célebre expedicion de Anibal contra Roma, estos sublimes esfuerzos de un grande hombre contra un gran pueblo. Porque, por una parte, como dice Montesquieu, cuando se examinan bien esa multitud de obstáculos que se presentaron delante de Anibal, y que este hombre extraordinario sobrepujó, se ve el mas bello espectáculo que nos ofrece la antigüedad. Por otra parte, Roma admira y encanta por la constancia y la fuerza prodigiosa de sus instituciones. Se muestra heróica en las mayores desgracias, y cuando la fortuna la abandona, sus valerosos esfuerzos, su obstinada perseverencia hacen presentir que le está reservado el éxito definitivo.

§ I. Desde la expedicion de Anibal á Italia hasta la batalla de Cañas (218-216).

Marcha de Anibal (218). Anibal, despues de haber enviado emisarios á la Gália Cisalpina para hacer alianza con los Boyenos é Insubrios, y haberse asegurado en la Transalpina un paso hasta los Alpes, atravesó el Ebro, y llegó á la cumbre de los Pirineos, á pesar de los pueblos iberios que no

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Polibio; su relacion se detiene en la batatala de Cañas; para los acontecimientos posteriores solo se poseen fragmentos. Tito Livio, l. XXI-XXX. Apiano, quien eligió á Polibio por guia y modelo, ha descrito estas guerras. Plutarco, *Vidas de Fabio Máximo y de Marcelo*. Entre los modernos: Duruy, Michelet, Dumont, etc.

cesaron de atacarle durante su marcha. Cuando las tribus del mediodia de la Gália vieron que este terrible ejército descendia el vertiente setentrional de los Pirineos, el temor y la desconfianza las amedrentaron. Querian resistir, mas las liberalidades de Anibal apaciguaron la cólera de sus gefes, y los Cartagineses llegaron á las orillas del Ródano sin encontrar ningun obstáculo. Los Volscos le disputaron el paso de este gran rio. El combate fue terrible, mas el astuto Cartaginés tuvo la destreza de envolver el ejército enemigo, y aquellas tribus se vieron obligadas, despues de grandes pérdidas, á dispersarse en los pueblos vecinos.

Paso de los Alpes. Un ejército romano bajo las órdenes de Corn. Scipion esperaba á los Cartagineses cerca de Marsella. Anibal lo evitó, subió la orilla derecha del Ródano y llegó á la confluencia de este rio y del Isere despues de cuatro dias de marcha. En este estrecho canton fue elegido árbitro por dos hermanos que se disputaban la soberanía. Se declaró en favor del mayor, y recibió de él víveres y vestuarios para sus soldados, quienes iban á tener gran necesidad de ellos. Siguiendo los consejos de este nuevo aliado, volvió á bajar hácia el mediodia, pasó el Duranzo, y subió este torrente hasta el pié de los Alpes.

Esto sucedia en los últimos dias del mes de octubre. Al aspecto de estas terribles montañas todas cubiertas de nieve y de hielo, y pobladas de hombres medio salvajes, faltó el ánimo á sus soldados. Anibal, para reanimarles, les preguntó si tenian á la vista los diputados de los Boyenos; si pensaban que hubieran pasado estas montañas volando por el aire como los pájaros, y si los vencedores de Sagunto no tendrian valor para hacer lo que habian hecho los Galos. Estas palabras les electrizaron; pero apenas comenzaron á trepar las primeras eminencias, apercibieron los montañeses de pié sobre las rocas y prontos á destruirles. Era preciso pues luchar á la vez contra el enemigo y contra las dificultades del camino. Los caballos se encabritaban, los hombres resbalaban; todos se chocaban y se arrastraban tras sí unos á otros en los precipicios. En fin, despues de nueve dias de

fatigas increibles, el ejército llegó á la cumbre de los Alpes. En ella descansó dos dias. Anibal, para consolar á sus soldados extenuados, les mostraba desde aquellas alturas los magníficos valles del Po y de los Alpes, y á lo lejos el sitio en que debia estar Roma, que era la presa que les habia prometido.

La bajada fue muy embarazosa. « El reverso itálico de los Alpes se encontró mucho mas pendiente y corto que el otro. No eran sino tramos estrechos y resbaladizos que apenas se atrevian á bajar, andando á tientas con los piés y agarrándose á las malezas. De repente se encontraron detenidos por un hundimiento de tierra que habia formado un precipicio de mil piés. No habia medio de avanzar ni de volver atras; habia caido nieve sobre la del invierno anterior. La primera, pisada por tantos hombres, se deshacia sobre la otra y formaba una congelacion; los hombres no podian sostenerse, las bestias de carga rompian el hielo y permanecian estancadas como en un lazo. Preciso fue abrir un camino en la peña viva, empleando el hierro y el fuego (1). »

Batalla del Tesino. El ejército, al llegar á la Gália cisalpina, sobre el territorio de los Taurinos, estaba reducido á veinte y seis mil hombres : doce mil infantes africanos, ocho mil Españoles y seis mil caballos numidas. Anibal habia contado con la defeccion de los Galos. Mas despues de las promesas que habian hecho á sus emisarios, su posicion habia cambiado. Se habian librado del yugo de los Romanos por la derrota de Manlio en la selva de Mutina, y estaban poco dispuestos á comprometer su independencia pasando bajo un estandarte extranjero. Anibal, con el objeto de sacarles de su apatía, atacó bruscamente á los Taurinos, castigó severamente á Taurino (Turin), su capital, y marchó despues contra los Insubrios. A pesar de todos estos ataques, ninguna tríbu se movia.

En estas circunstancias, el ejército romano mandado por Corn. Scipion llegó cerca del Tesino. Habia dejado la Gália transalpina para ir á atacar á Anibal á la bajada de los Alpes. Comprendiendo el general cartaginés que el suceso de esta

(1) Michelet.

primera accion tendria una gran influencia sobre el espíritu de los Galos, arengó á sus soldados, les recordó la tiranía de Roma, y les mostró la Italia como la recompensa de su victoria. La caballería sola se batió. Los soldados de caballería romanos no pudieron resistir á estos feroces Numidas, cuyos caballos, rápidos como el rayo, no llevaban silla ni freno. El cónsul fue herido y derribado á tierra, mas el valor de su jóven hijo le salvó la vida.

Batalla de la Trebia. Los Insubrianos, inmediatamente despues de esta victoria, se apresuraron á dirigir sus felicitaciones á Anibal y á ofrecerle tropas y víveres. Dos mil infantes y trescientos caballos abandonaron el campo romano para ponerse bajo sus tiendas de campaña. Los Boyenos hicieron tambien su sumision. Habiendo querido los Anamanos guardar la neutralidad, asoló todo el país que se extiende entre el Po y la Trebia. Scipion permanecia tranquilo espectador de todos estos desastres, mas su cólega Sempronio creyó que habia de vengar á los fieles aliados de los Romanos. Pasó pues la Trebia con un ejército de treinta y ocho mil hombres, y cayó en los lazos que Anibal le tendió. Treinta mil Romanos quedaron en el campo de batalla, y Anibal solo perdió cuatro mil Galos auxiliares. Los Cisalpinos tuvieron casi todo el honor de esta gran jornada.

Desde entonces todos los Galos se unieron á Anibal, y sus fuerzas ascendieron en algunos dias á noventa mil hombres. Los nuevos aliados hubieran querido marchar inmediatamente sobre Roma, ó á lo menos vivir del pillaje en las ricas llanuras de la Etruria y de la Ombria. A sus instancias Anibal tomó el camino del pais de los Etruscos, mas uno de esos frios huracanes que se levantan durante el invierno en los Apeninos le obligó á volver atrás. Los Galos creyeron que era una traicion, y que queria dominar sobre su pais. Tramaron su pérdida; y para trastornar sus maquinaciones, todos los dias cambiaba de traje y de tocado, mostrándose tan pronto bajo la figura de un jóven, tan pronto bajo la de un viejo. Estos groseros disfraces contuvieron á sus enemigos, y les imprimieron una especie de terror supersticioso.

Batalla de Trasimena (217). Al fin del invierno pasó el Apenino, y se dirigió hácia Arecio por el camino mas corto. Este camino atravesaba desgradaciamente pantanos que lo hacian impracticable. El ejército permaneció durante cuatro dias y tres noches metido en el agua y el barro, sin descansar ni dormir. Anibal, á caballo sobre el último elefante que le quedaba, perdió un ojo por la fatiga de las vigilias y la humedad de las noches. Durante este tiempo, Roma estaba consternada. Prodigios siniestros habian esparcido el espanto por todas partes. Se decia que algunas adargas habian sudado sangre, que en los alrededores de Ancio habian cortado espigas ensangrentadas, y caido del cielo piedras ardientes. El caballo del cónsul Flaminio se puso á temblar cuando le montó, y despues le echó por tierra. Todos estos presagios que asustaban al pueblo no cambiaron ni un solo instante los designios del cónsul. Este formó su ejército en batalla cerca del lago Trasimeno en la Toscana, y empeño el combate. Fue tan violento el choque de los dos ejércitos, que no se apercibieron de un temblor de tierra que trastornó ciudades enteras, y cambió el curso de muchos rios. Flaminio quedó en el campo de batalla con quince mil Romanos; hubo otros tantos prisioneros. El pretor Pomponio comunicó al pueblo esta triste noticia sin rodeo ni disfraz. *Hemos sido vencidos*, dijo, *en un gran combate ; el ejército ha sido derrotado completamente ; Flaminio ha muerto. Deliberad acerca de lo que exigen la conservacion de Roma y la vuestra.*

Dictadura de Fabio. Esta noticia, dice Plutarco, cayendo en medio de la multitud como un viento impetuoso sobre un vasto mar, amedrentó á Roma. Recurrieron á la dictadura, y confiaron este empleo á Fabio Maximo, quien eligió por general de caballería á Lucio Minucio. Principió por apaciguar los dioses irritados poniendo en el suelo sus estatuas delante de un banquete solemne (*lectisternium*), prometiéndoles una primavera sagrada (*ver sacrum*) (1) y una celebracion pom-

(1) Era una ofrenda de todo el ganado que habia nacido desde el 1° de marzo hasta el 1° de mayo.

posa de los juegos escénicos. Cuando tranquilizó de este modo al pueblo, marchó contra Anibal, quien se habia retirado al Piceno; y adoptó un plan de campaña que hizo le llamasen el *Temporizador*. Solamente acampaba en las alturas, hostigaba al enemigo en sus marchas, descansaba siempre que Anibal permanecia en su campo, evitaba toda accion general, y pretendia vencer á los enemigos dejándoles debilitarse y extinguirse por si solos, como una llama que carece de alimento.

Mas el ejército romano, que veia todos los dias devastar las tierras de los aliados y oía las quejas y clamores de estos desgraciados, no podia comprender lentitud tan fria. Se oyeron pues sordos murmullos y palabras violentas de indignacion. Los soldados preguntaban á los amigos de Fabio si el dictador iria en breve á perder su ejército en el cielo ú ocultarle en las nubes. Cuando vieron que Anibal no talaba sus tierras, le recelaron de traicion despues de haberle acusado de cobardía. Las burlas y sospechas aumentaron luego que Anibal, encerrado en un valle, para salir de este mal paso, no tuvo necesidad sino de amedrentar las guardias romanas lanzando contra ellas bueyes que llevaban en sus cuernos fajinas encendidas. El pueblo tomó parte en el desprecio de los soldados, y no temió ultrajar á Fabio, igualando á él á su teniente Minucio.

Este, orgulloso con aquella distincion inaudita hasta entonces, se apresuró á justificar por alguna accion esclarecida todos los discursos arrogantes que mucho tiempo antes hacia resonar en los oidos de los soldados. Anibal le atrajo á una emboscada, y todo su ejército iba á perecer, cuando Fabio fué á su socorro: *Es un hombre valiente*, dijo, *que ama á su patria: socorrámosle. Si ha faltado por apresurarse demasiado á arrojar al enemigo, le corregiremos mas tarde.* Anibal se vió precisado á retirarse delante de los dos ejércitos reunidos. El Cartaginés dijo entonces sonriendo á sus amigos: *Bien sabia yo que esa nube que estaba en las montañas se abriria un dia, y haria caer sobre nosotros una violenta borrasca.*

Batalla de Cañas (216). Esta bella accion restableció el crédito de Fabio. Minucio le llamó su padre, y la patria le saludó

como su salvador. Habiendo renunciado poco despues su encargo, crearon dos cónsules, quienes siguieron el mismo plan de campaña que Fabio. Pero el pueblo, cansado de ver la Italia asolada por los enemigos, honró con el consulado á Terencio Varron, cuya conducta y carácter han sido criticados acaso con demasiada severidad por Tito Livio. Era de nacimiento oscuro. Su padre fue carnicero, y en su infancia habia cortado y llevado acuestas la carne. Sus talentos le elevaron sucesivamente á los empleos de cuestor, de edil y de pretor. El pueblo le eligió cónsul, porque en él encontraba todas sus ideas y sentimientos. Se apresuró pues á justificar la confianza de la multitud yendo á atacar á Anibal á las orillas del rio Aufide, en las vastas llanuras de Cañas, en Apulia.

Le han acusado de presuncion porque fue desgraciado. Mas viéndose á la cabeza de un ejército casi doble del de Anibal, ¿no estaba el honor nacional comprometido en que empeñase el combate y pusiese un término á todos los males que pesaban sobre los aliados de la república? La gran desgracia fue que el patricio Paulo Emilio, su coléga, tenia las mismas opiniones y designios que el *Temporizador*. Esta division perdió al ejército. Las tardanzas de Paulo Emilio excitaron el humor impetuoso y ardiente de Varron, que fue víctima de los estratagemas de Anibal. El astuto Cartagines tuvo la maña de ponerse al abrigo de un viento impetuoso y abrasador que levantaba el polvo del campo y cegaba á los Romanos. Este fue menos un combate que un exterminio. Paulo Emilio quedó en el campo de batalla con sus dos cuestores, ochenta senadores, algunos consulares, veintiun tribunos legionarios y una multitud de caballeros.

Vuelta de Varron á Roma. « No se puede admirar demasiado, dice Plutarco, la magnanimidad y dulzura de los Romanos en la conducta que observaron con respecto á Varron. Cuando este cónsul volvió á Roma en un estado de confusion y de abatimiento, despues de la derrota mas humillante y desastrosa que hubo experimentado aun, el senado y el pueblo fueron á recibirle á las puertas de la ciudad; y luego que hubo silencio, los magistrados y principales senadores,

entre quienes se hallaba Fabio, le alabaron por no haber desesperado de la república en calamidad tan grande, y por haber vuelto á ponerse á la cabeza de los negocios para ejecutar las leyes y gobernar los ciudadanos, que no creia perdidos absolutamente (1). »

§ II. Desde la batalla de Cañas hasta la muerte de Asdrubal (216-207).

Estado de las fuerzas de Anibal despues de la batalla de Cañas. Dejadme tomar la delantera con mi caballería, decia á Anibal el impetuoso Maharbal el dia siguiente de la batalla de Cañas, *y de aquí á cinco dias cenareis en el Capitolio.* Se ha repetido muchas veces, segun Tito Livio, que Anibal no supo aprovecharse de la victoria; mas no se ha comprendido cuánto este ilustre general habia sido debilitado por todas sus victorias. Solo le quedaban veinte y seis mil hombres, y Cañas estaba á ochenta y ocho leguas de Roma. Los Samnitas, los Lucanios, los Brucios y los Griegos se declararon, es verdad, sus aliados, mas con la condicion expresa de no derramar á torrentes por Cartago la sangre que habian prodigado en favor de Roma. Por otra parte, los reveses que experimentó inmediatamente despues de la gran victoria delante de la ciudad de Nápoles y bajo los muros de Nola, prueban que hubiera fracasado infaliblemente al pié del Capitolio.

Embajada de Magon á Cartago. Anibal, sintiendo su debilidad, volvió sus ojos hácia Cartago. Envió allí su hijo Magon, quien esparció en medio del senado una medida de anillos de oro cogidos á los caballeros romanos muertos en el campo de batalla. Al verlos el gefe del partido opuesto á los Barcas, dijo con una desconfianza irónica: *Si Anibal es vencedor, no necesita socorros; si es vencido, nos engaña y no los merece.* El pueblo de Cartago tambien temia los triunfos de Anibal, porque recelaba que despues de haber vencido á Roma, esclavizaria su patria. No obstante, la faccion barcina

(1) Plutarco, trad. de Ricard.

consiguió lo que deseaba, y se decidió que enviarian á Italia dinero, cuatro mil Numidas y cuarenta elefantes.

Anibal en Capua. Mientras llegaba este socorro, Anibal fue á tomar cuarteles de invierno á Capua, y permitió que su ejército descansase de las fatigas en el seno de las delicias de esta ciudad opulenta. Se ha repetido muchísimas veces despues de Tito Livio, que los goces afeminados de Capua y de la Campania enervaron el valor de Anibal y de su ejército. El heroismo de sus valientes veteranos, que volveremos á encontrar en Zama, su activdiad personal que durante diez y seis años tuvo en alarma á todos los cónsules, y su política sagaz que desde el centro de la misma Capua removió todo el universo, hé ahí otros tantos hechos que protestan contra todas aquellas declamaciones. Su descanso solo fue aparente; porque mientras invernaba en Capua, excitaba sublevaciones en Cerdeña, atraia á su alianza los Siracusanos, hacia prometer á Felipe de Macedonia le enviase á Italia doscientos navios, y llamaba del interior de España á su hermano Asdrubal. Desgraciadamente esta cuádruple guerra que revela todo su genio fracasó por falta de unidad.

Cuádruple guerra (215 211). Entregado Anibal á sus solas fuerzas, ya no pudo ejecutar en Italia ninguna grande empresa. Todos sus esfuerzos se limitaron á sitiar ciudades, á combates parciales y á estratagemas que hicieron conocer toda la fecundidad de sus recursos, sin dejarle hacer nada que fuese digno de su primera fortuna. Marcelo y Fabio, despues de diversos combates, le obligaron á salir de la Campania, y á huir hácia el mar Superior hasta Arpi (215). Pasó todo el invierno al rededor de esta pequeña plaza, aguerrió sus tropas por medio de frecuentes escaramuzas, y volvió á entrar con audacia en la Campania para socorrer á Capua, embestida entonces por dos ejércitos consulares. Intentó sin suceso sorprender á Nápoles, Puzzola, Nola y Tarento, y con un puñado de soldados tuvo en alerta en el centro de Italia á catorce legiones, dando de este modo á sus aliados tiempo para atacar al enemigo por diferentes puntos.

Pero ninguno de ellos se aprovechó de esto. Habiéndose

embarcado Felipe III, rey de Macedonia, ocupó Orica en las costas de Epiro, perdió tiempo en sitiar Apolonia, y así permitió que los Romanos armasen contra él una flota de ciento veinte galeras. Al frente de fuerzas tan imponentes, no tomó ninguna de aquellas precauciones que prescribia la prudencia. Fue sorprendido por el general romano Valerio, quien encerró su escuadra en el rio del Aous, la quemó, y le obligó á retirarse á Macedonia. El cónsul victorioso sublevó contra él por medio de sus emisarios á los Ilirios, Atenienses é Italianos, y le hizo aceptar en 205 un tratado de paz que preparaba la ruina de Macedonia y de Grecia, proporcionando á los Romanos una entrada en estos reinos (1).

Tambien la Sicilia se habia declarado en favor de los Cartagineses; mas á la muerte de Hieron la guerra civil estalló en todas partes. Gerónimo, gran tirano de Siracusa, fue condenado á muerte. En fin, habiendo prevalecido el partido de los Cartagineses, Roma encargó al cónsul Marcelo atacase á los Siracusanos y sitiase su ciudad. El ingenio de Arquimedes la defendió por espacio de dos años. Sus máquinas desconcertaron todos los esfuerzos de los sitiadores y les llenaron de un terror supersticioso. Él destruia la flota romana arrojando sobre ella piedras que pesaban seiscientas libras, ó bien la quemaba reflejando sobre sus buques la luz y el calor por espejos concéntricos. Cuando los soldados apercibian un nuevo objeto sobre las murallas, se fugaban exclamando que era aun una invencion de Arquimedes. Sin embargo la constancia romana sorprendió la ciudad en el alborozo de una fiesta. Arquimedes estaba tan preocupado de la solucion de un nuevo problema, que no oyó ni el ruido de la ciudad que sucumbia, ni la palabra del soldado que le ordenaba seguirle para ir á encontrar á Marcelo. El Romano, tomando su silencio por un desden, sacó su espada y le mató. La figura de la esfera inscrita en el cilindro y grabada sobre una pequeña columna, tales fueron el monumento fúnebre y el epitafio de este grande hombre.

(1) Véase mi *Compendio de la historia antigua*, 2ª edicion.

Esta victoria devolvió la Sicilia á los Romanos, mas en España sufrieron grandes reveses. Despues de haber desbaratado todos los proyectos de Magon y de Asdrubal consiguiendo sobre ellos cuatro victorias, habiendo excitado los Scipiones á Siphax, uno de los reyes de Numidia, para que se sublevase contra Cartago, esta empresa sacó á los mismos Cartagineses de su apatía. Se asociaron á Masinisa, hijo de otro rey numida, batieron por sus armas á Siphax, y enviaron un nuevo ejército á España. Los Celtíberos y los Suesetanos abandonaron al momento la alianza de los Romanos para unirse á los Cartagineses. Entonces los Scipiones, envueltos por fuerzas superiores á las suyas, sucumbieron uno despues de otro con todos sus soldados. Era asunto concluido, la España estaba perdida eternamente para los Romanos, si Scipion el jóven, hijo de Cornelio, no hubiese ido al momento á las orillas del Ebro para llamar allí la fortuna de la república (211).

Anibal marcha contra Roma (211). Al mismo tiempo Anibal concibió y ejecutó el proyecto mas atrevido. Se creia que estaba abatido y trastornado, cuando de repente se levantó amenazador y terrible, sorprendió á Tarento, la segunda capital de la Italia meridional, sometió de nuevo todos los pueblos de la Lucania y del Brucio, dejó á los Romanos al rededor de Capua, volvió á entrar en la Italia central y marchó contra Roma. Pensaba que Apio, asustado de este ataque, levantaria el sitio de Capua, y esperaba que despues de haber hecho temblar á los Romanos en sus muros, encontraria su cónsul en el camino y le derrotaria. En efecto, permaneció cinco dias en el campo romano, esparciendo en rededor de sí el terror y la devastacion. Cuando creyó que Apio estaba en marcha, se apresuró á ir á su encuentro; pero la constancia romana desconcertó aun esta vez todos sus cálculos. Apio permaneció en sus atrincheramientos, y los Romanos se vanagloriaron de haber puesto en almoneda pública el campo sobre el cual acampaba Anibal cerca de Roma, y de haberlo vendido sin que perdiese nada de su valor.

Reveses de Anibal (211-208). Despues de esta campaña, que admiró á todos los grandes capitanes, Anibal experimentó muchos reveses. Capua abandonada abrió sus puertas á los Romanos. Acabó, dice Michelet, como habia vivido. Despues de un banquete voluptuoso donde se sumergieron en las delicias que iban á dejar, los principales ciudadanos hicieron circular un brebaje que habia de sustraerles á la venganza de Roma (211).

Poco despues Fabio volvió á tomar Tarento, pero manchó la victoria con sus crueldades. Treinta mil Tarentinos fueron vendidos como esclavos. Los estratagemos de Anibal le indemnizaron de todas sus pérdidas, haciéndole obtener brillantes victorias sobre el cónsul Marcelo. Le sorprendió en un reconocimiento, y le hizo perecer con los principales oficiales de su ejército. *Bravo soldado*, dijo al ver su cadáver, *pero pobre capitan*. La posteridad ha ratificado este juicio en despecho de las adulaciones de Plutarco, quien llama á Marcelo la *espada de Roma*, y el temporizador Fabio *su escudo* (208).

Asdrubal pasa á Italia (207). A pesar de estas ventajas, el grande hombre comprendia que le era imposible permanecer en Italia con las tropas que tenia. Deseaba ardientemente la llegada de su hermano Asdrubal. Este, de quien Polibio hace un gran capitan, habia sido detenido hasta entonces en España por la espada victoriosa de Publ. Scipion. Pero despues de esfuerzos heróicos, se escapó de las manos de su rival, tomó el camino de Italia que le habia abierto doce años antes su hermano Anibal. En dos meses pasó los Pirineos y los Alpes, y entró en la Cisalpina con cincuenta y dos mil combatientes. Roma hubiese sucumbido, si este temible ejército se hubierá unido al que estaba en el mediodia de la Península; mas en lugar de marchar rápidamente hácia su hermano, Asdrubal perdió el tiempo en el sitio de Placencia, y permitió asi á los dos cónsules Liv. Salinador y Claudio Neron reuniesen contra él sus ejércitos en las orillas del Metauro.

Batalla del Metauro (207). Allí se trabó la batalla. Sabiendo Asdrubal que los dos cónsules estaban reunidos,

dedujo de ello que su hermano habia sido muerto, y pensó mas bien en retirarse que en batirse. Su incertidumbre y abatimiento introdujeron el desórden en el ejército. Sus soldados, extenuados por el calor, la fatiga y el hambre, se dejaron derrotar. Segun Tito Livio, cincuenta y cinco mil hombres quedaron en el campo de batalla con su general, y seis mil fueron hechos prisioneros. Al dia siguiente de esta victoria Neron volvió al Brucio con mas celeridad que la que empleó para salir de él. Hizo arrojar en el campo de Anibal la cabeza de su hermano. A su vista el ilustre Cartaginés se contentó con decir *que reconocia la fortuna de Cartago*. Se apresuró á levantar el campo y á reconcentrar todas sus fuerzas en el Brucio, al sur de Italia.

§ III. Desde la derrota de Asdrubal hasta el fin de la segunda guerra púnica (207-201).

Carácter de Publio Scipion. En el último período de la segunda guerra púnica todas las miradas se dirigieron sobre Publio Scipion. El reconocimiento del pueblo romano exaltó de tal modo á este héroe, que su vida ha venido á ser en manos de la fama una leyenda poética. Así es que se complacieron en rodear su nacimiento de maravillas que hicieron de él una especie de divinidad. Él mismo hablaba con gravedad de su orígen celestial, y hacia creer á sus soldados que se decidia en todo segun el consejo de los dioses. A la edad de veinte y dos años se atrevió á pretender la dignidad de edil. Como los tribunos le ponian objeciones acerca de su juventud: *Tengo edad bastante*, respondió con orgullo, *si los Romanos quieren elegirme*. Despues de las últimas derrotas de su padre y de su tio en España, no atreviéndose á pedir el mando de esta provincia, se presentó y fue elegido, á pesar de no tener mas que veinte y cuatro años (211).

Sus hazañas en España (211-205). Principió por un golpe atrevido que le mereció la estimacion y confianza de

todo el ejército. En lugar de perder sus fuerzas en una multitud de combates parciales, salió de las orillas del Ebro sin decir á nadie adónde iba, y llegó bajo los muros de Cartagena despues de siete dias de marcha. Predijo á sus soldados el dia y la hora en que entraria en aquella ciudad poderosa, y no faltó á su palabra. Su bondad para con los vencidos le atrajo de tal manera el corazon de los Españoles, que se postraron delante de él y le saludaron en su admiracion con el título de rey. Despues batió á los ejércitos que habian vencido y muerto á su tio y á su padre, y redujo las posesiones de los Cartagineses en España á la sola ciudad de Gades (1), hoy Cadiz. Despues de todos estos triunfos volvió á Roma para pedir la dignidad de cónsul.

Oposicion de Fabio contra Scipion (205). Este grande hombre estaba persuadido de que para vencer á Anibal y Cartago, era preciso llevar la guerra á Africa. No cesaba de repetirlo, y sus discursos entusiasmaban al pueblo. El temporizador Fabio se mostró, como era natural, enemigo de este atrevido proyecto. Sus palabras y diligencias ganaron todos los patricios á su opinion; mas el pueblo le acusó de celos, y dió al nuevo cónsul por departamento la provincia de Sicilia con el derecho de pasar á Africa, si lo juzgaba ventajoso á la república.

Esta misma oposicion persiguió á Scipion hasta en su provincia. Solamente le dieron treinta galeras, le rehusaron el dinero necesario para su empresa, y le prohibieron levantar tropas. Cuando se supo que los pueblos de la Etruria se habian alistado bajo sus banderas, y que una infinidad de voluntarios aumentaron su ejército, se le acusó en pleno senado. Habia corrompido, decian, la disciplina del ejército y enervado el valor de los soldados, y tolerado las atroces crueldades del tirano Pleminio en Locres, paseándose por el gimnasio en mulas y con capote griego, olvidando así á Anibal y su ejército. Una comision fue enviada á Siracusa, para

(1) Véase acerca del estado de España en esta época la *Geografía histórica* del autor, 1ª *Seccion*, período romano.

hacer una informacion acerca de todas estas acusaciones. Scipion, por toda respuesta, mostró á los enviados del senado su flota, los inmensos almacenes, sus numerosos soldados, y dió en seguida la señal de partida.

Pasaje de Scipion á Africa (204). Fue dichosa la travesía. La flota romana llegó á Africa y desembarcó en el Bello Promontorio. Scipion inauguró su expedicion por una alianza con Masinisa, rey de los Numidas, y por el bloqueo de Utica. En breve tuvo que referir á los Romanos las hazañas mas brillantes. Asdrubal y Siphax, rival de Masinisa, habiendo reunido sus fuerzas, pegó fuego á su campo que estaba hecho con chozas de junco y de paja, y quemó su ejército en una noche. Despues de haber obtenido una nueva victoria en la jornada de las *Grandes Llanuras*, encargó á Masinisa persiguiese á Siphax y conquistase toda la Numidia. Siphax cayó en poder de su rival, y Scipion pudo desde entonces contar con el apoyo de todos los Numidas.

Llamamiento de Anibal (202). Para colmo de infortunio los Cartagineses supieron que Magon, que habian enviado á Italia para socorrer á Anibal, se dejó batir en el pais de los Insubros. Desesperados por tantas derrotas, se decidieron á llamar á Anibal. El enemigo irreconciliable de los Romanos tembló al recibir esta noticia, con tanta indignacion como el desterrado que se ve obligado á abandonar su patria. Pero antes de su partida dejó á los Italianos terribles despedidas. Hacia mucho tiempo que tenia á todos sus aliados sujetos por el temor, vertiendo la sangre de los que querian abandonarle. Habia echado los habitantes de Herdoneo y quemado su ciudad, devastado todos los llanos del Brucio y destruido las plazas que no pudo conservar. Para coronar todas estas obras de sangre con una nueva maldad, elevó una columna, sobre la cual grabó todas sus hazañas, y degolló en su rededor los mercenarios italianos que rehusaron seguirle. Despues se hizo á la vela, dirigiéndose á la pequeña Syrta, y llegó á Africa donde le esperaban como á un salvador.

Batalla de Zama (202). Vino á acampar á Zama, á cinco leguas de Cartago por la parte del Poniente. Antes de batirse

tuvo una entrevista con Scipion, en la que le dirigió palabras de paz: *Os cedemos*, le dijo, *la Sicilia, la Cerdeña y España: el mar nos separará; ¿qué mas os es necesario?* Preciso era al cónsul romano el honor de haber vencido á Anibal, y se hubiera avergonzado de volver á entrar en Roma sin haberse batido con él. Anibal, obligado á combatir, imaginó un órden de batalla cuyas sábias combinaciones excitaron la admiracion del mismo Scipion. Mas la suerte se declaró en favor de Roma contra Cartago, y á pesar de todo el genio de su general los Cartagineses fueron vencidos.

Tratado de paz. Scipion victorioso fijó las siguientes condiciones: Cartago conservará sus leyes y lo que posee en Africa, entregará los prisioneros, los tránsfugas, todos sus navíos, excepto diez, todos sus elefantes, sin poder domar otros en el porvenir; no hará la guerra, ni aun en Africa, sin el permiso de Roma, y no podrá levantar mercenarios extranjeros; pagará diez mil talentos en cincuenta años, indemnizará á Masinisa y le recibirá como aliado.—En Cartago, un senador se atrevió á hablar contra estas condiciones; Anibal le echó de la tribuna. Como el pueblo murmuraba: *Siempre he vivido en los campos*, dijo el rudo soldado, *é ignoro los usos de vuestras ciudades*. Despues probó la necesidad de someterse.

« Los embajadores partieron para Roma. *Si hubiesen querido oirnos á Hannon y á mí*, decia uno de ellos, *no estaríamos aquí para implorar vuestra piedad.—¿Por qué dioses jurais este tratado?* pregunto un senador.—*Por aquellos*, respondió Anibal, *que han castigado tan cruelmente nuestro perjurio.* El senado aceptó las condiciones suscritas por Scipion, y ordenó á dos feciales fuesen á Africa con las piedras santas, las verbenas y la planta sagrada que brota en el Capitolio. Scipion recibió cuatro mil prisioneros, numerosos tránsfugas que hizo crucificar ó decapitar, y quinientos navíos que hizo quemar en alta mar á la vista de Cartago. El tributo fue lo último que se entregó. Anibal, viendo el dolor que causaba á los Cartagineses separarse de su oro, se puso á reir. *Era menester llorar*, dijo, *cuando nos quitaban los navios y las armas; el*

menor de vuestros males es el que os cuesta mas lágrimas (1). » Scipion, despues de haber dado el título de rey y los Estados de sus antepasados al Numida Masinisa, volvió á Lilibea, y fué á Roma á gozar del triunfo mas espléndido. Le dieron el renombre de Africano, y mandaron que su estátua, colocada en el templo de Júpiter y adornada con el vestido triunfal y la corona de laurel, fuese llevada en triunfo todos los años en dicho dia.

(1) Duruy, *Historia de los Romanos*, I, pág. 466-467.

CAPITULO VI.

Historia de Roma desde el fin de la segunda guerra púnica hasta la muerte de Anibal y de Scipion (1).

(201-183.)

Roma, despues de haber vencido á Cartago, se encontró en desacuerdo con los reinos procedentes del desmembramiento del imperio de Alejandro. Le era fácil triunfar de todas aquellas naciones enervadas, é incorporar sus posesiones á su vasto imperio; pero como todas las cosas que quieren durar, ella no se apresuró á aumentarse ni engrandecer. Despues de Zama, dejó á Cartago y á los Numidas debilitarse mútuamente, y despues de haber dado un golpe mortal á la Grecia y á la Siria en las grandes batallas de Cinocéfalo y de Magnesia, y dejado extinguirse los Filopemenos y Anibales, abandonó estos pueblos á la corrupcion y á la anarquía, sin parecer ambicionar su conquista. Luego que sus vicios interiores los destruyeron enteramente, el senado empleó toda su astucia y maña para aficionarse todas estas naciones, é imponerles las leyes y costumbres de los Romanos. Despues de haberlas sujetado así, las convirtió en otras tantas *provincias* de su grande imperio.

§ I. Guerra contra Macedonia (201-196).

Estado de Roma despues de la paz (201). Luego que se firmó la paz con Cartago, el pueblo Romano no deseaba otra cosa que el descanso para reparar todos los males que la guerra le habia ocasionado. Tenia ya bastante gloria y combates; lo que le faltaba era tranquilidad. Comprendiendo la política perspicaz del senado que Roma no debia permitir á sus enemigos volver á tomar vigor, se apresuró á atacarles con el

(1) Autores que se pueden consultar. Entre los antiguos, Polibio, *Fragmentos*; Plutarco, *Vidas de Filopemeno, de Flaminio y de Caton;* Apiano, *Bell. Syriac;* Tito Livio, xxx y sig.; Cornelio Nepote, Justino, etc. Entre los modernos, Duruy, Dumont, Heeren, etc., etc.

objeto de prevenir los peligros de una nueva coalicion. Siendo el rey de Macedonia el vecino mas fuerte y menos seguro, se le declaró la guerra. El pueblo murmuró al pronto, y exclamó que los senadores querian á toda costa eternizar la guerra para perpetuar su poder absoluto. Mas el cónsul Sulpicio, habiéndole hecho comprender la necesidad de esta medida, se alistó silenciosamente, y no pensó ya mas que en hacer su deber con honor. Sulpicio tuvo los honores de la primera campaña; pero estaba reservado á su sucesor Flaminio humillar al rey de Macedonia, menos por la energía de su valor que por las insinuaciones de su hábil política.

Triunfos de Flaminio. Mientras que Felipe de Macedonia se indisponia con todos sus aliados por su furor brutal, Flaminio por el contrario desarrollaba todas las gracias de su espíritu amable y moderado. Así es que no tardó en recoger todos los frutos de su benignidad y prudencia. Apenas entró en la Tesalia, cuando vió que todas las ciudades se le entregaron; los Griegos situados de este lado de las Termópilas, estaban impacientes de verle y saludarle como á su libertador; los Aqueos renunciaron públicamente á la alianza de Filipo para unirse á los Romanos contra él; los Opuncios prefirieron tambien la proteccion de los Flaminios á la que los Etolios les ofrecian. Todos estos Griegos, que habian oido decir á los Macedonios que iban á ser invadidos por un ejército de Bárbaros, veían con admiracion en el cónsul romano un hombre en la flor de la edad, de un exterior afable y gracioso, que hablaba con mucha pureza la lengua griega, y se hallaba penetrado de un vivo amor por la verdadera gloria. Cada uno exaltaba sus brillantes cualidades, y no fue difícil persuadir á todo el mundo que habia venido á hacer la guerra á los Macedonios y no á los Griegos. Los Tebanos, sorprendidos en este lazo, fueron á su encuentro, le introdujeron en su ciudad, y juraron solemnemente amistad á los Romanos.

Batalla de Cinocéfalo (197). Despues de estos brillantes acontecimientos, habiendo obtenido Flaminio del senado la prorogacion de sus poderes, marchó hácia la Tesalia, y aumentó el vigor de la guerra. Encontró el ejército de Filipo

cerca de Cinocéfalo, y empeñó una accion general. En el primer momento el ejército romano empezó á desordenarse y se replegó á la vista del enemigo; pero la desigualdad del terreno dió la superioridad á la legion romana sobre la falanje. Ocho mil Macedonios quedaron en el campo de batalla, y cinco mil fueron hechos prisioneros. Esta victoria entregó á los Romanos el imperio de la Macedonia y de la Grecia. Flaminio ordenó que Filipo destruiria su flota, que pagaria á los Romanos mil talentos en diez años, que renunciaria á todas sus posesiones en la Grecia, que no conservaria mas de quinientos soldados armados, y que en rehenes entregaria al vencedor su hijo Demetrio.

Proclamacion de la libertad de la Grecia (169). Consintiendo Filipo en tales condiciones, borraba su reino del rango de las naciones. En cuanto á los Griegos, su ilusion fue completa, cuando en los juegos ístmicos Flaminio hizo proclamar en alta voz por un heraldo: *Que el senado de Roma y Flaminio, general de los Romanos, revestido del poder consular, declaran libres de todas guarniciones y de todo impuesto á los Corintios, Locrios, Foceos, Eubeos, Aqueos, Phtiotas, Magnesios, Tesalios y Perebos, y les dejan la facultad de vivir segun sus leyes.* « Al pronto, dice Plutarco, todos los espectadores no oyeron muy distintamente esta proclamacion. El estadio estaba lleno de confusion y de alboroto; unos manifestaban la admiracion, otros se informaban de lo que se habia dicho, y todos pedian que el heraldo repitiese su publicacion. Hubo pues un silencio universal, y habiendo esforzado el rey de armas su voz, renovó su proclamacion, que fue oida de toda la asamblea. Los Griegos, en los transportes de su alegría, dieron gritos tan penetrantes que resonaron hasta el mar. Todo el teatro se levantó y no pensó ya en los juegos; los asistentes fueron en tropel á saludar y abrazar á Flaminio llamándole el defensor y salvador de la Grecia. »

Influencia de Roma sobre la Grecia. En esta guerra Roma habia aparecido enteramente desinteresada. Los Griegos creyeron con sencillez que ella solo habia tomado las armas por su libertad, y por todas partes se oia elogiar al senado. Fla-

minio no se reservó ciudad alguna, y en todas ocasiones trataba de exaltar las ideas de independencia y de libertad. La alianza que habia hecho antes con el tirano de Esparta, el cruel Nabis, parecia no obstante en contradiccion con sus brillantes palabras: él lo conoció y le declaró la guerra; pero le atacó con tanto miramiento que le debilitó sin destruirle. Su objeto era dejarle en el Peloponeso, para desempeñar contra los Aqueos el papel que hacian en Macedonia Filipo contra los Etolios, y en Africa Masinisa contra Cartago. Sin tratar de dominar en las ciudades, cuidó de establecer en todas partes celosos partidarios de la dominacion romana y elevarlos al poder. Despues de haber asegurado así á Roma el protectorado de toda la Grecia, fue cuando volvió á su seno para gozar de los honores del triunfo.

§ II. Guerra contra Antioco (192-190).

Anibal en Cartago (201-195). Mientras que Filipo combatia contra Roma, Anibal reinaba en Cartago con el título de *sufeta*. No menos admirable en la paz que en la guerra, destruyó la constitucion oligárgica de Cartago, reformó la administracion interior del pais, restableció el órden en las rentas, adiestró las tropas en trabajos útiles, y pareciendo conservar la alianza de los Romanos, enviaba mensajes secretos al gran Antioco para comprometerle á atacar á Roma, mientras que los Macedonios, los Cisalpinos y los Españoles estaban armados. Asustado el senado de los proyectos y astucias de aquel enemigo irreconciliable, no se avergonzó de enviar á los Cartagineses una diputacion para pedirle su cabeza. Estos hombres de negocio, que se quejaban porque la justicia de aquel guerrero habia puesto un término á sus rapiñas, iban á consentir en traicion tan cobarde, pero Anibal les evitó esta infamia. Se fugó á una galera que habia hecho preparar secretamente y llegó á Siria (195).

Anibal en la córte de Antioco. Antioco tenia grandes pretensiones. No solamente queria reinar en Asia, Fenicia y Siria,

sino que dirigia sus miradas á la Tracia y Macedonia. Los Romanos, bajo pretexto de defender la libertad de estos paises, le enviaron diversas embajadas, y él les respondió con orgullo: *Yo no me mezclo en lo que haceis en Italia, ¿ porqué os ocupais de lo que hago en Asia?* Anibal le decidió con facilidad á la guerra. Desgraciadamente Antioco no tenia el espíritu bastante elevado para comprender los pensamientos de este grande hombre. El ilustre Cartaginés queria que los Romanos fuesen atacados en Italia; y él mismo se hubiera puesto al frente de la expedicion. Durante este tiempo, decia, Cartago se hubiera sublevado, la Grecia habria tomado las armas, y Antioco hubiese venido con todas las demas naciones del Oriente á concluir la ruina de Roma conmovida.

El rey de Siria prefirió escuchar los consejos de los Etolios. Estos, mas vanos que poderosos, habian prometido al gran Antioco sublevar la Grecia y la Macedonia contra Roma y elevar sus tiendas de campaña en las orillas del Tíber. Creyendo el monarca sus brillantes promesas, solamente se presentó en Grecia con diez mil hombres sin dinero ni víveres. Tanta debilidad inspiró á todos el desprecio mas profundo. *Si yo mandase*, decia Filopemeno, *hubiera matado en breve todos aquellos enemigos en sus tabernas.* Y en una gran asamblea de Corinto, habiéndose atrevido el embajador de Antioco á alabar las fuerzas de su amo, designando todas las naciones que servian bajo sus banderas: *Uno de nuestros huéspedes*, dijo Flaminio, *habiéndome hecho servir una gran cantidad de carnes, le pregunté con admiracion cómo habia podido proporcionarse tantos manjares. Todas estas viandas, me respondió el huésped, no son sino de puerco, y no difieren mas que en el condimento y el guiso. Aqueos, que no os admire tampoco este gran ejército de Antioco; esos lanceros, esos infantes de quienes se habla tanto, no son todos sino Sirios que solo se distinguen por la armadura.*

Sin embargo, si hubiesen seguido los consejos de Anibal, se hubieran podido hacer todavía grandes cosas con esos hombres muelles y afeminados. El audaz Cartaginés queria que se hiciese alianza con Filipo, ó que se le destruyese. En

seguida hubieran hecho venir de Asia tropas y navíos, y despues de haber dejado parte de estas fuerzas delante de Corcira, habrian marchado con el resto sobre Italia. Antioco, lejos de seguir este bello proyecto, se divirtió por espacio de muchos meses en tomar algunas ciudades en la Tesalia, y dió así á los Romanos todo el tiempo necesario para sus preparativos.

Batalla de las Termópilas (191). Antioco, al aproximarse aquellos, ocupó el estrecho de las Termópilas, añadió trincheras y murallas á las fortificaciones naturales de este sitio, y descansó, persuadido como estaba de que habia cerrado toda entrada al enemigo. Pero Caton, uno de los tribunos legionarios, acordándose de los rodeos que en otro tiempo habian hecho los Persas para entrar por allí en la Grecia, trepó á las montañas, sorprendió las guardias avanzadas de los Sirios, flanqueó el ejército de Antioco y le hizo huir. El cónsul Manio alabó á Caton por su valor, y le envió á Roma para que él mismo llevase la noticia de su victoria. Este acontecimiento llenó la ciudad de alegría, é inspiró al pueblo tanta confianza que se vanaglorió, dice Plutarco, de estar llamado á conquistar el imperio del mar y de la tierra.

Batalla de Magnesia (190). Antioco huyó á Chalcis y despues á Efeso. Se recreaba en esta ciudad con tanta seguridad como si los Romanos no hubiesen tratado de recoger el fruto de su victoria. No obstante Anibal le hizo salir de su inercia. Por consejo del Cartaginés, compró la alianza de los Gálatas, é hizo venir una nueva flota, mas fue destruida cerca de Mionesa. Las legiones romanas se habian puesto en camino bajo las órdenes de Luc. Scipion, hermano del Africano; les dejó atravesar el Helesponto sin obstáculo, y cuando se hallaron al frente de su campo, pidió la paz. Los Romanos se la ofrecieron, con la condicion de que cederia toda el Asia hasta el Tauro. Quiso mas arriesgar la batalla, y se batieron cerca de Magnesia. Los Galos fueron los únicos que se batieron con valor, los Sirios se dejaron degollar. Cincuenta y dos mil de estos quedaron en el campo de batalla, mientras que los Romanos no perdieron, segun se dice, mas que trescien-

cientos cincuenta y dos hombres. Despues de semejante derrota, preciso fue aceptar una paz humillante.

Tratado de paz (190). Conforme á las condiciones del tratado, Antioco se obligaba: 1º á evacuar toda el Asia de este lado del Tauro; 2º á pagar quince mil talentos á los Romanos y cuatrocientos á Eumeno, rey de Pérgamo; 3º á entregar Anibal y algunos otros en poder de los vencedores, como tambien su jóven hijo Antíoco en rehenes. Sin embargo esta paz fue menos perjudicial al rey de Siria por la pérdida de los paises que cedia que por el uso que de ellos hicieron los Romanos. Dándolos en su mayor parte al rey de Pérgamo, enemigo de Antioco, colocaron cerca de él un rival siempre dispuesto á dañarle: Roma tuvo tambien gran cuidado, al estipular que el pago de la cantidad exigida seria efectuada en doce años, de tener la Siria en una continua dependencia (1). Antioco murió tres años despues de esta derrota (2).

§ III. Desde la derrota de Antioco el Grande hasta la muerte de Scipion y de Anibal (190-183).

Sumision de los Etolios. Despues de la derrota de Antioco vino naturalmente la conquista de la Etolia. Los Romanos deseaban hacia largo tiempo aniquilar estos salteadores de caminos incorregibles que les echaban en cara sin cesar sus servicios. Habiendo consentido uno de sus magistrados en fiarse á la fe romana, el cónsul L. Scipion mandaba ya cargarles de cadenas. Como se quejaban con indignacion de tal injusticia, el cónsul, que no queria tener que combatir al mismo tiempo sus ejércitos y las tropas de Antioco, les concedió una tregua de seis meses. Pero cuando el rey de Siria venció en Magnesia, el senado, mostrándose sordo á todas las súplicas de estos desgraciados, encargó al cónsul Fulvio Nobilior les sujetase. Su resistencia fue al menos heróica, y no reconocieron, como decia la fórmula consagrada, *la majestad*

(1) Heeren, *Historia antigua.*
(2) Véase mi *Compendio de la historia antigua.*

y el imperio del pueblo romano, sino despues de haberse extenuado en una lucha gloriosa.

Humillacion de los Gálatas (189-187). El sucesor de L. Scipion, el cónsul Manlio, habiendo querido establecer la autoridad del nombre romano en Asia, se indispuso con los Gálatas, el pueblo mas bravo de este pais, y quiso castigarle por los servicios que habia hecho al rey de Siria. Sin embargo, antes de atacarles trató de corromperles; pero en esta nacion sencilla y libre la seduccion no podia ejercer un gran imperio. Le fue preciso pues recurrir al valor y á la disciplina de sus tropas. Atravesó el pais de Axilon, llegó á la ciudad de Gordio, y venció en el monte Olimpo á los Tolistoboyes, la primera tríbu de los Gálatas. Esta derrota causó mucha impresion á la tribu de los Tectosagos, quienes pidieron á Manlio una entrevista para tratar de la paz, y en esta ocasion le armaron pérfidas asechanzas. El cónsul escapó de ellas como por casualidad, y volvió á comenzar las hostilidades con un nuevo encarnizamiento. Los Tectosagos fueron tambien vencidos, mas Roma se guardó bien de reducir esta nacion valiente al último extremo.

La paz fue concluida en Apameo de Frigia despues de aquellas dos grandes victorias. «Manlio exigió solamente que los Galos devolviesen las tierras quitadas á los aliados de Roma, que renunciasen á su vida vagabunda que inquietaba á sus vecinos, y en fin que hiciesen con Eumeno una alianza íntima y duradera. Estas condiciones fueron aceptadas.» (Thierry). El cónsul fué despues á triunfar á Roma, donde ostentó las coronas de oro que habia recibido de las ciudades de Asia, y las sumas inmensas de dinero y de oro que habia reunido de los despojos del enemigo. Principalmente hizo trofeo de los cincuenta y dos gefes galos que habia hecho prisioneros, y les colocó detrás de su carro triunfal con las manos atadas á la espalda.

Muerte de Filopemeno (183). El senado se felicitaba por haber humillado la Macedonia, la Etolia y el Asia Menor. Filopemeno le inspiraba inquietudes en Grecia, cuando un acontecimiento fortuito le libró de ellas. Este bravo guerrero,

elegido general de los Aqueos por la octava vez á los setenta años de edad, fue llamado de repente para comprimir una revolucion en la Mesenia. Quinientos caballos mesenios le hicieron prisionero en un ataque contra Mesena. Su gefe Dinocrato le puso en una cueva subterránea que no recibia aire ni luz, y estaba cerrada por una piedra gruesa que colocaban á la entrada. Luego que se retiró la multitud, le envió la cicuta. Toda la Grecia llevó el luto por este grande hombre. Quemaron su cuerpo, y Polibio condujo de Mesena á Megalópolis la urna que contenia sus cenizas. Todas las ciudades le levantaron estátuas, y le hicieron los mayores honores.

Muerte de Anibal (183). Flaminio habia sido causa de la muerte de Filopemeno instigando á los Mesenios para que se sublevasen. En el mismo viaje fué á Bitinia, á la córte de Prusias, adonde Anibal se habia retirado despues de la batalla de Magnesia, y le pidió la cabeza del ilustre desterrado. Roma habia visto con pena á este viejo capitan dirigir la pequeña guerra de Bitinia contra Pérgamo y contra Eumeno en muchos encuentros. El senado temblaba al oir el nombre de Anibal, y temia que la fortuna le llevase aun á las puertas de Roma. Prusias no tuvo valor para resistir, y quiso mas entregar el Cartaginés que arriesgar su corona. Cuando Anibal vió atacada su estancia por los enemigos, se representó que iba á ser conducido cautivo á Roma, y no tuvo fuerza para resignarse á tal vergüenza. Se envenenó y se hizo matar por un esclavo.

Muerte de Scipion (183). El año 183 antes de Jesucristo fue verdaderamente fatal á los grandes hombres. Filopemeno bebió la cicuta, Anibal se envenenó, y Scipion murió en su villa de Literno. Su gloria le habia inspirado un orgullo tiránico. Habia rehusado el consulado de por vida, y ejercia en nombre de sus victorias una verdadera dictadura. En la guerra de Antioco, él mismo habia dictado las condiciones de paz, y no se dignó dar cuenta de las cantidades inmensas que habia recibido. Se le acusó de peculado. Su conducta con respecto á sus detractores fue siempre noble y digna, y muchas veces sus palabras fueron sublimes. La primera vez

que compareció como acusado, hizo traer los registros por su hermano : *Las cuentas están ahí*, dijo, *pero no las vereis.* Despues las rasgó á la vista del pueblo, añadiendo : *No daré cuenta de cuatro millones de sestercios, cuando he hecho entrar en el tesoro doscientos millones.*

Habiéndole atacado de nuevo la virtud austera de Caton, que nivelaba todas las condiciones, pareció en público, subió á la tribuna y dijo : *Romanos, en un dia como este vencí en Africa á Anibal y á los Cartagineses. Venid conmigo al Capitolio para dar gracias á los dioses, y pedirles os conceda siempre gefes que se me asemejen.* Todos le siguieron al Capitolio, y dejaron á los tribunos solos con sus esclavos y el heraldo que habia citado al vencedor de Anibal.

Otro dia se contentó con responder á sus acusadores : *No he traido para mí sino el sobrenombre del Africa.* Pero al fin se cansó de estar expuesto á los tiros enconados del ódio y de la envidia. Se retiró á su villa de Literno, y rehusó comparecer de nuevo. El pueblo iba á entregarse á los últimos excesos ; pero Semp. Graco calmó su cólera, y se decidió dejar en paz al grande hombre. Terminó su carrera en su modesto asilo, complaciéndose en oir los versos de Enio y ocupándose él tambien de poesía. No pudo perdonar á sus conciudadanos su ingratitud. Pidió que se le sepultara en el lugar de su destierro, y que grabasen sobre su tumba estas amargas palabras : *Patria ingrata, no poseerás mis huesos.*

CAPITULO VII.

Historia de Roma desde la muerte de Anibal y de Scipion hasta los Gracos (1).

(183-133.)

Despues de la muerte de los grandes hombres Filopemeno, Anibal y Scipion, viene la ruina de las grandes naciones. Roma, llamada á conquistar todo el mundo, marcha precipitadamente hacia el objeto de su mision. A mediados del segundo siglo que precede la era cristiana, todas las grandes naciones que la rodean oyen sonar su última hora. Por de pronto es el valiente pueblo de los Galos que hab ta de este lado de los Alpes. Despues de haber hecho temblar mil veces la ciudad de Rómulo, espira en el campo de batalla, ó se ve obligado á ir á elevar sus tiendas de campaña fuera de Italia. En seguida llega su vez á la Macedonia y á la Grecia, esta tierra de libertad tan rica en gloriosos recuerdos. El año que ve quemar á Corinto (146) es tambien fatal para Cartago. Esta grande república es destruida enteramente: solo le queda un nombre ilustre que la gloria y la desgracia han hecho eterno. La España es sujetada igualmente algunos años despues. Espira con Numancia, cuya heróica defensa hizo que Ciceron la llamase *el segundo terror de los Romanos*. Desde entonces el universo se halla á los piés de Roma.

§ I. Reduccion de la Gália cisalpina á provincia romana (201-170).

Subleracion de la Gália cisalpina en tiempo de Amilcar (201-200). Despues de la derrota de Anibal en Zama, el Cartaginés Amilcar, á quien Magon habia dejado en la Cispadana, no depuso las armas. Por el contrario, exhortó á los Galos para que volviesen á principiar la guerra, y reunimó

(1) Autores que se pueden consultar: Entre los antiguos, para la historia de los Galos, Tito Livio, la 4ª decada, *passim*; para la Grecia y la Macedonia, Tito Livio, XL y sig.; Polibio, *Fragmentos*; Plutarco, *Vida de Paulo Emilio*; para los negocios de Africa y de España, las *Púnicas* y las *Hispánicas* de Apiano son el orígen principal. Entre los modernos, Michelet, Rollin, Duruy, Dumont, etc.

de repente sus esperanzas derrotando dos legiones que se habian atrevido á entrar en el territorio de los Boyenos. En un instante se vió á la cabeza de cuarenta mil voluntarios, y marchó contra las colonias romanas de Placencia y de Cremona. La primera de estas colonias fue saqueada del todo, y de una poblacion de seis mil almas solo sobrevivieron dos mil á la devastacion de su territorio y al incendio de sus casas. Cremona estaba ya rodeada por todas partes, cuando llegó el pretor L. Furio. Una gran batalla se empeñó bajo los muros de esta ciudad. Los Galos fueron derrotados, y Amilcar sucumbió con tres de sus principales gefes. Furio volvió á entrar en Roma triunfante, y entregó en el tesoro público trescientas veinte mil libras de peso de cobre y ciento setenta mil libras de plata.

Resistencia de los Boyenos (199-192). Los Cenomanos tuvieron la cobardía de abandonar la confederacion gala para formar alianza con los Romanos. Mas los Insubrios, los Ligurios y principalmente los Boyenos no se desanimaron despues de esta primera desgracia. Mataron á los Romanos seis mil seiscientos hombres que tuvieron la temeridad de penetrar en el territorio insubrio, y obligaron al senado á enviar contra ellos los dos cónsules. Acaso hubieran sido invencibles, si la division no se hubiese introducido en sus filas. Habiéndose separado los Insubrios y los Boyenos, los dos cónsules consiguieron contra ellos grandes victorias. Cetego triunfó de los Insubrios y Minucio de los Boyenos (197). En el año siguiente la misma suerte favoreció á los ejércitos romanos. Entonces los Boyenos, desesperados, se levantaron en masa profiriendo voces amenazadoras (194). El senado declaró que habia *tumulto,* y organizó tres grandes ejércitos. Recurrió á la espada de Scipion el Africano, y le encargó la direccion de esta guerra. Pero el vencedor de Anibal no volvió á encontrar ya en las orillas del Po la misma dicha que en Zama. Todos sus esfuerzos fueron infructuosos, y el honor de la campaña quedó casi enteramente á favor de los Boyenos.

Emigracion de los Boyenos (192). En el año 193 el senado alarmado proclamó de nuevo que habia *tumulto*, y envió dos

cónsules, uno á la Liguria y otro al pais de los Boyenos. Los Bárbaros, instruidos por sus derrotas, habian adoptado una nueva táctica, y por espacio de dos años se defendieron con un heroismo y una perseverancia dignos de mejor suerte. En fin, cuando agotaron todos sus recursos, abandonaron sus casas incendiadas y su devastado territorio, atravesaron los Alpes Nóricos, y fueron á buscar la independencia á orillas del Danubio, en la confluencia del Save y de aquel rio, donde fundaron una pequeña nacion bajo el nombre de *Galli Scordici*. Durante su marcha pudieron al menos vanagloriarse de haber muerto mas legionarios que Roma sacrificó para todas las guerras de Grecia y Asia.

Sumision de los Ligurios (163). Despues de la derrota de los Boyenos, los Insubrios y los Venetos se apresuraron á hacer la paz con Roma, y los Cenomanos á renovar delante del senado sus protestas de afecto y amistad. Los Ligurios se ortificaron en las selvas y montañas, y todavía resistieron por espacio de treinta años á las legiones romanas. En esta guerra de sorpresas y escaramuzas mataron al pretor Bebio (189), batieron al cónsul Manio (186), y sitiaron á Paulo Emilio en su campo. Pero en cambio les cortaron las viñas, les devastaron las mieses, les pusieron fuego á su retiro y los trasportaron un dia en número de cuarenta y siete mil á las soledades del Samnio (180). Los que quedaban continuaron la guerra con no menos encarnizamiento. Estos terribles montañeses defendieron su libertad hasta la muerte, y la Cisálpina no fue *provincia romana* hasta el año 163.

La Italia cerrada á los Galos. Mientras que los Romanos guerreaban contra los Galos de la Liguria, sus legiones atacaban á los pueblos de los Alpes. Los cónsules penetraban en sus humildes lugares, y robaban los ganados por via de pasatiempo para venderlos en los grandes mercados de Cremona, Mantua y Placencia. Estos robos sublevaron aquellas tribus miserables, y nombraron á Cinibil por gefe, uno de los reyes de la Transalpina oriental. Mas el terror del nombre romano enfrió el valor de los mismos Transalpinos. Cinibil se contentó con manifestar al senado las quejas de estos pue

blos ultrajados, y pareció satisfacerse con algunas vanas promesas.

Entre tanto habiendo bajado un cuerpo de doce mil Transalpinos al Veneto para pedir tierras, el cónsul que mandaba en la Cisalpina solamente tuvo necesidad de invitar á estos Bárbaros que se retirasen, para que fuesen todos á buscar fortuna en otra parte. Entonces fue cuando el senado declaró solemnemente que la Italia estaba cerrada á los Galos. Algunos comisarios recibieron el encargo de promulgar este decreto entre las naciones transalpinas, y la raza galo kymrica fue desterrada irrevocablemente de la alta Italia. El territorio que ocupaba recibió el nombre de *provincia gala cisalpina ó citerior.*

§ II. Reduccion de la Macedonia y de la Grecia á provincia romana. Tercera guerra de Macedonia (183-146).

Estado de la Macedonia hácia el fin del reinado de Felipe III (183-178). Mientras que Anibal vivió, los Romanos temieron una coalicion, y no persiguieron á nadie. Así es que conservaron relaciones con Antioco, Eumeno, Rodas, la Grecia y la misma Macedonia. Cuando Prusias sacrificó á su venganza su temible huésped, ya no respetaron á nadie. Acogieron contra Filipo las acusaciones de los Tesálicos, de los Perrebios, de Eumeno, de los Tracios y de los Atenienses. Aun le citaron á su tribunal, y no temieron declararle que no debió la conservacion de su corona sino á las virtudes de su jóven hijo Demetrio, que vivió mucho tiempo en Roma como en rehenes.

Filipo, por su parte, no fue insensible á todas estas afrentas. Dos veces por dia se hacia leer el tratado con los Romanos para alimentar su resentimiento. Hacia todos sus preparativos secretamente, llenaba de oro sus cofres y aumentaba el número de sus soldados. Ya habia enviado emisarios á las orillas del Danubio para comprar la alianza de los Bastarnos. Se prometia lanzar estas hordas bárbaras sobre la Italia, mientras que él mismo sublevaria la Grecia y llamaria todos

los reyes á la libertad. Pero la pena le condujo al sepulcro mientras que meditaba aun este vasto proyecto.

Su jóven hijo Demetrio encontró en Macedonia á su vuelta de Roma un partido numeroso que le acogió con entusiasmo, como el amigo del pueblo romano. Perseo, su hijo mayor, temiendo que su hermano le usurpase la corona por su inmensa popularidad, le acusó de fratricida delante de su padre. Demetrio, decia, habia intentado matarle en un torneo. No habiendo salido bien su designio, le asaltó despues en su estancia á mano armada. Filipo examinó la causa; el crímen le pareció manifiesto, y condenó á muerte al jóven príncipe (181). Mas tarde reconoció su error y murió de sentimiento (178).

Carácter de Perseo. Perseo, á quien han maltratado los historiadores latinos, fue lo que eran todos los hombres de su tiempo. Sacrificó los principios á sus intereses, olvidando sus promesas cuando le costaba demasiado cumplirlas, y no retrocediendo delante de su asesinato cuando su política se lo aconsejaba. Los Romanos fueron los primeros que dieron el ejemplo de estas injusticias y crueldades; los reyes que atacaban se creyeron muchas veces en derecho de renovar sus maldades. Sin embargo Perseo no fue solamente un príncipe avaro y cruel. Tuvo bastante valor y talento para traer sobre sí las miradas del mundo entero; y si sucumbió, al menos tuvo la gloria de haber sido el último defensor de la libertad de las naciones contra el despotismo embrutecedor de los Romanos. Durante toda su vida habia tenido odio á estos orgullosos tiranos, y consagró todas sus fuerzas para humillarlos.

Preparativos de Perseo (178-172). No obstante desde el principio se guardó bien de manifestar sus designios. Le era preciso tiempo, y lo ganó echándose á los pies del senado y declarando muy humildemente que de él era de quien queria recibir la corona (178). Por espacio de seis años, no cesó de aumentar sus tesoros y ejércitos, de aprovisionar los almacenes y de amontonar armas en los arsenales. Al mismo tiempo empleaba la mayor dulzura y moderacion para con la Grecia, cautivaba los Atenienses y los Aqueos por sus favores, casaba

á su hermana en Bitinia con el rey Prusias, y él mismo se casó con la hija de Seleuco, rey de Siria. El Epiro y la Tesalia aceptaron su alianza, los Rodios se aproximaron á él, y el senado de Cartago recibia durante la noche sus embajadores en el templo de Esculapio.

Tercera guerra de Macedonia. Primeros triunfos de Perseo (172). Por desgracia todos estos artífices de bellas promesas estaban paralizados por el temor. Cuando Perseo desplegó á la vista de los Griegos las banderas macedonias que no habian visto hacia veinte años, solo pudo obtener su neutralidad. Este abandono le desconcertó. Se veia solo contra todos los Romanos, y perdió el tiempo en vanas negociaciones. Cansado de no obtener nada, empeñó la batalla cerca de Sicurio, del otro lado del Peneo, contra el cónsul Licinio y le mató mas de dos mil hombres. Esta victoria podia atraerle la Grecia, Cartago, Prusias, ó los Sirios; pero por todas partes se contentaron con aplaudirle. El vencedor continuó sus triunfos, y vió en fin agitarse la Etolia y declararse en su favor el Epiro.

Las siguientes campañas fueron todavía mas dichosas. En un combate le mató al tribuno Casio seis mil hombres, y despues hizo en Iliria mas de seis mil prisioneros. Roma se alarmó con motivo de todas estas derrotas. Aunque el senado viese á sus puertas á los diputados de Atenas, de Cartago, de Mileto, y de una infinidad de otras ciudades que le ofrecian cobardemente sus servicios, ordenó un levantamiento de sesenta mil hombres en Italia, y envió el cónsul Marcio para reparar las faltas de sus predecesores. Marcio se metió en los desfiladeros de Tempé, y poco faltó para que fuese envuelto por las tropas de Perseo.

Consulado de Paulo Emilio. Tantas desgracias habian hecho vacilantes á Eumeno, á los Rodios, á Prusias, en una palabra, á todos los aliados de Roma. El senado comprendió que era necesario obrar. Dió el consulado á Paulo Emilio con un ejército de cien mil hombres. Este ilustre capitan que habia hecho sus pruebas en las guerras de España y de Liguria, se vió antes rechazado por el pueblo á causa de su

arrogancia. Cuando fue elegido, declaró que á nadie debia obligacion alguna, puesto que se le habia nombrado por necesidad, y añadió que rogaba al pueblo no se mezclase en nada de lo que pertenecia á su encargo, sino de hacer en silencio todo lo que considerase útil para el éxito de la guerra.

Batalla de Pydna. Triunfo de Paulo Emilio (168). Despues de esta profesion de fe de una franqueza insultante, ganó la Macedonia, y atacó el campo de Perseo que se extendia al pié del monte Olimpo, no lejos de Pydna. La batalla fue muy reñida, y el mismo Paulo Emilio confesó no haber visto jamás espectáculo mas terrible. Al fin los Macedonios fueron vencidos del todo. Perseo se vió obligado á huir, y despues fue entregado traidoramente á los Romanos. Paulo Emilio, despues de haber arreglado los asuntos de Macedonia y visitado la Grecia, volvió á entrar en Roma en triunfo. Tres dias duró esta fiesta. El primero, dice Plutarco, apenas bastó para ver pasar las estatuas, cuadros y figuras colosales, que llevados en doscientos cincuenta carros ofrecian un imponente espectáculo. El segundo dia se vieron las armas mas bellas y ricas de los Macedonios, tanto de cobre como de acero. Estaban atadas algo flojas, y el movimiento de los carros les hacia repetir un sonido agudo y terrible. El tercer dia resonaron desde por la mañana las trompetas guerreras. Ciento veinte toros con cuernos dorados, adornados con cintillas y guirnaldas, una multitud de cautivos que llevaban la vajilla de oro de Perseo y todos los mas ricos despojos de la Macedonia, los hijos del desgraciado monarca con sus gobernadores y oficiales, el mismo Perseo vestido con un largo traje negro y rodeado de sus amigos precedian el cilio de triunfador. Nada hubiera faltado á la dicha de Paulo Emi arro no hubiese perdido sus dos hijos, uno cinco dias antes de su triunfo y otro tres dias despues.

Terror del mundo á la caida de Perseo (168). Perseo murió en un oscuro calabozo dos años despues de haber sufrido esta afrenta. Cuando los reyes de la tierra le vieron atado al carro triunfal de Paulo Emilio, todos quedaron sobrecogidos

de un terror inexplicable. « El ilustre Antíoco, rey de Siria, dice Michelet, casi habia conquistado entonces el Egipto; Popilio Lenas viene á mandarle, en nombre del senado, que abandone su conquista. Antíoco quiere deliberar. Entonces trazando Popilio un círculo en rededor del rey con la varita que tenia en la mano: *Antes de salir de este círculo,* dijo, *responded al senado.* Antíoco prometió obedecer y salió de Egipto (1).

El senado recibió muchas embajadas humildes y aduladoras. El hijo de Masinisa vino á hablar en nombre de su padre: *Dos cosas han afligido al rey de Numidia: el senado le ha hecho pedir por medio de embajadores los socorros que tenia derecho á exigir, y le ha reembolsado el precio del trigo que le proporcionó. No ha olvidado que debe su corona al pueblo romano; contento con el simple usufructo, sabe que la propiedad es del donador.*

Despues llega Prusias, con la cabeza afeitada y el traje y gorro de liberto. Se arrodilló en el quicio de la curia diciendo: *¡ Os saludo, dioses salvadores !* y añadio: *Aqui teneis á uno de vuestros manumisos pronto á ejecutar vuestras órdenes.* Eumeno y los Rodios estaban mas comprometidos todavía. El senado ofrece la corona al hermano de Eumeno, y no le deja el reino sino para darle el tiempo de debilitarse por las incursiones de los Gálatas. En cuanto á los Rodios, solo debieron su conservacion á la intervencion del rígido Caton (2).

Reduccion de la Macedonia á provincia romana (148). A pesar de todas estas escenas de crueldad y despotismo, la Macedonia no fue reducida á provincia romana inmediatamente despues de la caida de Perseo. Al pronto se limitaron á ponerla fuera de estado de defenderse. De ella hicieron una especie de república, dividiéndola en cuatro distritos que habian de pagar á los Romanos la mitad del tributo que hasta entonces pagaron á sus reyes (3). Pero mas tarde, un impostor llamado Andrisco, que se vanagloriaba de ser hijo de Perseo, excitó

(1) Véase mi *Compendio de la historia antigua.*
(2) Michelet, *Historia romana*, II, página 117.
(3) Heeren, *Historia antigua.*

una revolucion y enviaron contra él á Metelo, quien redujo el pais á provincia romana (148).

Reduccion de la Grecia á provincia romana (146). En cuanto á la Grecia, despues de la muerte de Filopemeno, solo se encontraron algunos cobardes que, siguiendo el ejemplo de Callicrato, no pensaron mas que en entregar su patria á los Romanos. Sin embargo, estos nada emprendieron contra aquella nacion antes de la ruina de Macedonia y de Perseo. Pero desde este momento el senado se empleó constantemente en agotar las fuerzas de todas las ciudades con medidas violentas. « En el Epiro destruyó en un solo dia setenta ciudades, y redujo ciento cincuenta mil hombres á la esclavitud : tambien arruinó del todo muchas ciudades de la Tesalia. Permitió y favoreció el asesinato del senado etolio. Arrancó á su patria, á sus familias y á sus bienes los principales ciudadanos de Etolia, Acarnania, Beocia y Acaya en número de mil, y les envió á Italia para que sufriesen un juicio : la acusacion decia que habian sido partidarios de Perseo, ya abiertamente, ya *de corazon*. Hasta entonces los primeros cargos de las diversas repúblicas fueron desempeñados tanto por sus partidarios, como por patriotas. Despues de la derrota de Perseo, sus agentes quedaron únicos dueños de toda la administracion, sometieron sus paises respectivos á las medidas propias para establecer al presente la obediencia pasiva á las órdenes de Roma, y preparar en el porvenir la reduccion de la Grecia á provincia romana (1).

Para obtener este resultado, que era el único objeto de todas sus medidas, conmovieron la liga aquea por las intrigas de sus comisarios, y separaron de ella insensiblemente los principales pueblos. Diœus y Critolao que en otro tiempo habian sido desterrados de su patria, fueron los únicos hombres de valor que se manifestaron sensibles á la voz de la libertad y del patriotismo. Critolao perdió la vida en la primera batalla que dió contra Metelo. Diœus, que tomó el mando despues de él, armó todos los ciudadanos, alistó bajo sus banderas á

(1) Poirson, *Compendio de la historia antigua.*

los esclavos, y cuando supo que Roma enviaba el cónsul Mumio para reemplazar á Metelo, fué, como un nuevo Leonidas, á guardar el paso de las Termópilas con seiscientos catorce soldados. Habiendo sido vencido, no tuvo fuerza para soportar su desgracia. Tomó veneno, lo distribuyó á su familia, y pereció con ella. Mumio vino á atacar los restos de la liga aquea en Leucopetra cerca de Corinto y los hizo huir. Despues entró en Corinto, la destruyó y proclamó sobre los humeantes escombros de esta desgraciada ciudad la reduccion de la Grecia á provincia romana (146) (1).

§ III. Tercera guerra púnica ó reduccion del Africa cartaginesa á provincia romana (146).

Usurpacion de Masinisa (201-174). Roma, al dictar el tratado que terminó la segunda guerra púnica, habia colocado cerca de Cartago al númida Masinisa, para impedir que su desgraciada rival se repusiera de sus desastres. Su eleccion fue muy acertada. Segun este rey bárbaro, los Cartagineses no eran mas que extranjeros que en otro tiempo se establecieron en Africa con perjuicio de los antiguos Númidas. Era un deber para los descendientes de estos últimos volver á tomar todo lo que poseian, y Masinisa no faltó á él. En el año 199 les arrebató una provincia; seis años despues, en 193, les ocupó el rico territorio de Emporios, y en 182 tomó posesion de otra provincia. Cartago hizo oir por largo tiempo é inútilmente sus quejas al senado. Pero al fin le garantizaron la integridad de su territorio. Masinina conocia bien el caso que era necesario hacer de todas estas vanas palabras. Continuó sus usurpaciones, y se apoderó en un solo año (174) de la provincia de Tysca y de setenta ciudades. Como la guerra de Macedonia era entonces inminente, temiendo el senado que los Cartagineses irritados se uniesen á Perseo, manifestó públicamente su indignacion, y envió algunos árbitros á aquel pais. Caton fue puesto á la cabeza de la embajada, y á pesar

(1) Véase mi *Compendio de la historia antigua.*

de su gran reputacion de virtud, estuvo lejos de ser imparcial.

Sentimientos de Caton acerca de Cartago. A la verdad se ocupó mucho menos de las quejas de los Cartagineses con Masinisa que de la riqueza y poder de su ciudad. Cuando la vió poblada por una juventud floreciente, provista de toda clase de armas y pertrechos de guerra, juzgó que los Romanos no debian descansar antes de haber aniquilado esta república ambiciosa y opulenta. Volvió pues á Roma y expuso en pleno senado sus temores y deseos. Despues de haber hablado mucho tiempo, dejó caer algunos higos de Libia que tenia en el faldon de su vestido; y habiéndose admirado los senadores de su tamaño y hermosura: *La tierra que los produce*, les dice Caton, *solo está á tres jornadas de Roma.* Desde este momento concluia todos sus discursos por estas palabras: *Soy de opinion que se destruya Cartago. Delenda est Carthago.*

Los Scipiones tenian una política mas elevada y generosa. Pensaban, al contrario, que era menester dejar subsistir esta ciudad, porque importaba que Roma tuviese un rival para mantener en él y en el seno de los ejércitos esa vigilancia severa, esas costumbres austeras y esa disciplina que habian constituido hasta entonces su gloria y su fuerza. Pero prevaleció el sentimiento de Caton, y solo esperaron la ocasion de ejecutar esta gran maldad.

Victoria de Masinisa (152). Muy pronto se presentó aquella. Cartago está dividida en tres bandos: los amigos de Roma dirigidos por Hanon, los partidarios de Masinisa que tenian por gefe á Anibal *Passer* (*el gorrion*), y los verdaderos patriotas que tenian á su cabeza á Amilcar *el Samnita.* Habiendo echado estos últimos de Cartago á los partidarios de Masinisa, resultó de ello una gran guerra. Los Cartagineses armaron mas de cincuenta mil hombres, y Masinisa se puso en campaña con fuerzas no menos considerables. Scipion Emilio fue enviado por el senado á Africa con otros embajadores, para obligar á los Cartagineses á deponer las armas si quedaban vencedores, y para animar á Masinisa á proseguir sus triunfos, si por el contrario le favorecia la fortuna. Estos embajadores llegaron la víspera de la batalla, Scipion se retiró á

las alturas vecinas, y se complació durante todo un dia en ver á mas de cien mil hombres degollándose unos á otros. Si se le ha de dar crédito, Júpiter sentado sobre el Ida y Neptuno sobre el monte de Samotracia fueron los únicos que gozaron de tan bello espectáculo mientras la guerra de Troya. Los Cartagineses quedaron exterminados. Para colmo de infortunio, los Romanos se declararon contra ellos, y pidieron reparacion de la injuria hecha á su aliado.

Perfidia de los Romanos. Cartago asustada desterró á todos los autores de esta guerra, impuso pena de muerte contra el general vencido Asdrubal, y preguntó humildemente al senado de Roma si habia hecho bastante. *Dad satisfaccion al pueblo romano,* respondieron con amargura los senadores. Y como los embajadores les preguntaban lo que habian de hacer: *Los Cartagineses lo saben bien,* contestaron irónicamente todos los padres conscritos.

Por lo demas, para sacarles de la incertidumbre, les enviaron una flota con un ejército de ochenta mil hombres bajo las órdenes de los cónsules Manilio Nepos y Marcio Censorino. Utica abrió sus puertas á los enemigos de Cartago, y les sirvió de puerto y de plaza de guerra. Los Cartagineses, yertos de espanto, vinieron á ponerse á la discrecion del pueblo romano. *Solo os pedimos,* dijeron los cónsules, *trescientos rehenes.* Cuando llegaron estos á Lilibea, un sonido de trompeta impuso silencio, y los cónsules significaron á los embajadores que debian entregar sus armas. El senado y el pueblo romano se encargaban para el porvenir de la defensa de Cartago. Les trajeron veinte mil catapultas, doscientas mil armaduras completas y un número infinito de dardos de toda especie. Luego que se encontraron desarmados de este modo, Marcio les declaró que Cartago iba á ser destruida, y que se estableciesen á diez millas del mar.

Sitio de Cartago. Al oir esta noticia, la indignacion transformó todo aquel pueblo de mercaderes en un pueblo de héroes. Fabricaron armas con una prontitud increible. Las plazas públicas, los templos y los palacios se cambiaron en talleres. Hombres y mujeres, niños y viejos trabajaban en

ellos dia y noche; todos los dias hacian ciento cuarenta escudos, trescientas espadas, quinientas picas ó venablos, mil dardos y un gran número de máquinas propias para lanzarlos. Las mujeres cortaron su cabellera para hacer sogas. Eligieron por gefe á Asdrubal, rogándole olvidase, por amor á la patria, la sentencia de muerte que dieron contra él por temor de los Romanos, y se prepararon á una vigorosa resistencia. El valor de los sitiados, el ardor y el ingenio de Asdrubal su gefe, trastornaron los esfuerzos de los cónsules. Su ejército estaba casi reducido al último extremo cuando se presentó Scipion Emilio.

Toma de Cartago (146). Este jóven, que el espíritu profético de Caton designó de antemano como el destructor de Cartago, hizo cambiar todo de aspecto, asi que el pueblo le honró con el consulado. Restableció la disciplina en el ejército, devolvió á los soldados su antiguo valor, é hizo ejecutar trabajos gigantescos para cerrar el puerto de Cartago y estrechar por hambre á los habitantes. Mas cuál no fue su admiracion, cuando vió á los sitiados, despues de haberse abierto otra salida en la roca, aparecer de repente en alta mar con una flota nueva construida con los restos de sus casas. No obstante, esta magnífica bravata no impidió la continuacion del bloqueo, y que el hambre ejerciese sus estragos durante todo el invierno en el interior de la ciudad. A la primavera Scipion adelantó los trabajos del sitio con una actividad admirable. Tomó sucesivamente la ciudad y la ciudadela. Ya no quedaba mas que tomar que el templo de Diana, al que se habia retirado Asdrubal con novecientos tránsfugas. Este valiente general, que se habia honrado hasta aquel momento por su bravura, sintió de repente que el corazon le faltaba. Vino á echarse á los piés de Scipion llevando en la mano un ramo de olivo. Su mujer, indignada al ver tanta debilidad, subió al remate del templo, le echó en cara públicamente su vergüenza, vomitando contre él las imprecaciones mas horribles; despues dió de puñaladas á sus dos hijos en su presencia, y se precipitó en las llamas.

Estado del Africa cartaginense. Cartago fue enteramente des-

truida, y pronunciaron imprecaciones contra el que intentase edificarla de nuevo. Todos los Cartagineses que sobrevivieron á su desgraciada patria fueron trasportados á Italia y dispersos en las diversas provincias del imperio. Arrasaron todas las ciudades que habian abrazado el partido de Cartago, y fortificaron, por el contrario, todas las que habian defendido los intereses de Roma. Los Estados de Cartago formaron *la provincia de Africa,* y fueron sometidos á un tributo actual. Dicen que Scipion, al ver que las llamas devoraban á Cartago, pensando en el porvenir de Roma, pronunció con una voz conmovida estas palabras del poeta : *Tambien un dia verá caer á Troya la santa, y á Priamo y su invencible pueblo.*

§ IV. Conquista de la España. Viriato. Toma de Numancia (200-133).

Estado de la España despues de la salida de Scipion el Africano (200-153). Cuando Scipion el Africano dejó las orillas del Ebro para ir á cubrirse de gloria en Zama, la Península hispánica parecia sometida, pero no estaba conquistada. Los habitantes de estos paises montuosos continuaron con las legiones romanas sus ataques mortíferos. Se ocultaban en los desfiladeros de las montañas ó detras de los vallados espesos que cubrian las vastas llanuras, y allí sorprendian al enemigo á su paso. Nada igualaba su actividad, su valor y perfidia. Cuando eran cogidos, se envenenaban para evitar una muerte vergonzosa, ó bien algunas veces se resignaban á la esclavitud con la esperanza de matar un dia á su dueño mas fácilmente. Caton fue enviado contra ellos, y se vanaglorió de haber subyugado cuatrocientas ciudades (195). Tib. Sempronio Graco tomó otras trescientas, y pacificó todo el pais inundándole de sangre (178). Despues de estas terribles ejecuciones la Península estuvo tranquila por espacio de veinte y cinco años, como si el acero de los Romanos la hubiese cambiado en un desierto.

Perfidia de los Romanos (153). Los Lusitanos fueron los pri-

meros que se sublevaron instigados por un emisario cartaginés, é ilustraron su revolucion con tres victorias. Los Romanos se asustaron de ello. Cuando Lúculo fue elegido cónsul y se le confió la España para gobernarla, nadie queria alistarse. Fue necesario el ejemplo de Scipion para vencer las repugnancias de la multitud. En esta última campaña, la ventaja quedó por los Romanos, pero los generales emplearon medios atroces. En Celtiberia, Lúculo traspasó el tratado concluido con su predecesor Marcelo, atacó la ciudad de Cauca, degolló á sus habitantes en número de veinte mil, y vendió los demas como esclavos en desprecio de la capitulacion. En la Lusitania, el propretor Servilio Galba fue todavía mas cruel é inícuo. Ofreció á los pueblos que no podia vencer tierras fértiles, y cuando se establecieron en ellas pacificamente, cayó sobre ellos de improviso y los exterminó. Treinta mil hombres sucumbieron en esta espantosa carnicería (150).

Viriato. Sus gloriosas hazañas (149-141). Estos excesos hicieron enfurecer á los Españoles. Entre los que escaparon del degüello se encontraba Viriato, un pastor, ó cazador, á quien las desgracias de su pais trasformaron en héroe. Reunió al momento en su rededor á todos los Lusitanios que deseaban mas la libertad y el honor que la vida, y principió contra los Romanos una guerra de sorpresas y escaramuzas. Conocia perfectamente todos los pasajes, vallados, desfiladeros y montañas, acostumbró sus tropas á ser activas y ligeras como él, á reunirse y dispersarse á la mas pequeña señal. Por medio de esta hábil táctica, derrotó sucesivamente á cinco pretores y sus tenientes, y tuvo el placer de levantar trofeos sobre las montañas con vestidos de púrpura y haces (149-145). El mismo Fabio Serviliano fue cogido en estos lazos, y el pastor lusitano pudo pasar al filo de la espada todas sus legiones; pero prefirió que el senado tratase de igual á igual con él, le saludase con el nombre de rey, y reconociese su autoridad en todos los paises que habia conquistado.

Derrota de Viriato (140). Viriato gozaba en paz de su dignidad real, cuando el cónsul Serv. Cepion principió sin razon ni

pretexto á devastar sus Estados ; le sorprendió en Arsa , su capital, no lejos de Anas, y le pidió rehenes. Cuando Viriato se los entregó, el atrevido cónsul exigió que los vencidos le entregasen las armas. Esta palabra excitó la indignacion de Viriato , y principió de nuevo la guerra de *guerrillas*. Todos los dias el despreciable Cepion era víctima de los estratagemas de su temible adversario. Estaba confundido , y no sabia cómo escapar á los sarcasmos de sus propios soldados que reian de sus derrotas. En fin, se decidió por el medio mas infame, y compró á los oficiales de Viriato la cabeza de su señor. El mismo senado se avergonzó de tanta cobardía , y rehusó el triunfo al qué era autor de ella.

Sitio y toma de Numancia. « Despues de la muerte de Viriato, toda la guerra de Celtiberia se concentró en el norte de la Peninsula, en Numancia, capital de los Arvacos. Allí se refugió la colonia de los *Belles*, echados de su ciudad de Segeda. Numancia rehusó entregarlos , y sostuvo durante diez años todo el esfuerzo de los Romanos (143-134). Esta ciudad cubierta por dos rios, valles ásperos y profundas selvas, solo tenia, se dice, ocho mil guerreros. Pero probablemente todos los valientes de España venian alternativamente á renovar esta heróica poblacion. Pompeyo se vió obligado á tratar con ellos. Mancino no se libró de la muerte sino entregándose con su ejército. Bruto y Cornelio se vieron obligados por el hambre á levantar el sitio. Furio y Calpurnio Pison no fueron mas dichosos. Ningun romano se atrevia á mirar de frente á un numantino. Ninguno queria alistarse en Roma para España. Preciso fue hacer á la pequeña ciudad española el honor de enviar contra ella al segundo Africano , el destructor de Cartago.

» Scipion no llevó á España mas que voluntarios, amigos ó clientes, en todo cuatro mil hombres. Principió por una reforma severa de la disciplina ; volvió á formar el carácter del soldado, exigiendo de él inmensos trabajos. Acampaba y levantaba el campo, construia murallas para destruirlas, y poco á poco se aproximaba á Numancia. Concluyó por rodearla de una circunvalacion de una legua de extension y de una con-

travalacion de dos leguas No lejos de allí elevó un detturo diez piés de alto y de ocho de grueso, con torres y un foso erizado de estacas. Cerró el Duero, que atravesaba Numancia, con cables y maderos armados con puntas de hierro. Era la primera vez que se cercaba con líneas una ciudad que no se rehusaba á combatir.

» Los Numantinos se vieron reducidos á un hambre espantosa. Habia llegado el caso de comerse unos á otros. Los enfermos fueron las primeras víctimas; despues los mas fuertes principiaron á devorar á los débiles. Pero con un régimen tan atroz, el corazon y las fuerzas acabaron por faltarles. No habiendo podido obtener al menos perecer combatiendo, entregaron las armas y pidieron un plazo, alegando que querian darse la muerte. Scipion reservó cincuenta de ellos para el triunfo (1). »

(1) Michelet, *Historia romana*, II, pág. 132.

CAPITULO VIII.

Historia interior de Roma desde las guerras de los Samnitas hasta los Gracos (1).

Mientras que Roma tuvo que combatir con los pueblos del Lacio y de la Italia, sus costumbres fueron sencillas y puras, su constitucion fuerte y poderosa. Las luchas de los plebeyos y patricios no turbaban ya el Foro con su tumulto, y la paz mas profunda reinaba en el interior de la ciudad. Escuchaban silenciosamente los partes de las victorias que los cónsules enviaban desde sus campamentos, y el pueblo y el senado solo tenian una voz para aplaudir á su triunfo. Pero cuando las grandes conquistas de España, de Africa y Grecia extendieron el círculo de la dominacion romana, todo cambió. Habiendo muerto en los campos de batalla todos los antiguos Romanos, reemplazó á aquellos hombres decididos y valerosos un populacho vil, compuesto exclusivamente de libertos que trajeron al seno de la ciudad esa bajeza de sentimientos que habian adquirido en la servidumbre. Desde entonces no se guardó al pueblo consideracion alguna. Una aristocracia opresora se puso al frente del poder, y muchas veces no reconocieron otras leyes que los caprichos arbitrarios de los nobles y ricos. Mientras que se realizaba esta evolucion, Roma victoriosa abrió su seno á las riquezas, costumbres y creencias de los vencidos. Perdió insensiblemente aquella simplicidad, templanza y desinterés que habian honrado á la mayor parte de sus grandes hombres. Los Griegos principalmente le arrebataron todas esas preciosas virtudes, para darle en cambio los vicios que á ellos les habian arruinado y destruido. Entonces principió para la república romana una nueva era, el tiempo de su decadencia.

§ I. De la constitucion de Roma y de los cambios que experimentó durante este segundo período.

Igualdad de los dos órdenes. Cuando Roma comenzó sus grandes conquistas, los plebeyos dividieron con los patricios

AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Ademas de los autores antiguos y modernos indicados en los capítulos precedentes consúltense aun: Mably, *Observaciones acerca de los Romanos*; Amedeo Thierry, *Historia de la Gália bajo la administracion romana, Introduccion*; Sigonio, *De antiquo jure provinciarum* en *Grævii Thes.*, etc.

todas las dignidades del Estado. En 355 obtuvieron la dictadura, cinco años despues la censura (350) y durante las guerras contra los Samnitas llegaron sucesivamente á la pretura (337), al proconsulado (321) y al sacerdocio (302). Este privilegio pasó tambien á los plebeyos; porque al mismo tiempo que participaban con los patricios de las grandes magistraturas, poseian ademas el tribunado y la edilidad plebeya. El poder tribunicio era inmenso, puesto que los magistrados que estaban revestidos de él podian detener por su *veto* los decretos del senado, anular los actos de los cónsules, hacer retirar una ley propuesta, y pedir cuenta de su administracion á todo funcionario que habia cesado en su destino. Estas ventajas compensaban á los plebeyos de la inferioridad moral que estaba unida naturalmente á su condicion, de modo que reinaba entre ellos y los patricios la igualdad mas perfecta. Nada fue mas útil al Estado; porque cuando las clases cesaron de ser distintas, y se confundieron en cierta manera los rangos, las primeras dignidades fueron reservadas ordinariamente al mérito, y acaso no fue una de las menores causas de la prosperidad de la república.

Union de los dos órdenes. Equilibrio de todos los poderes. Es preciso colocar los bellos tiempos de Roma en aquella época en que se habia olvidado la aristocracia de la sangre, y en la que aun no se conocia la aristocracia de la fortuna. Su constitucion representaba ese prudente equilibrio de los tres poderes, de la dignidad real, de la nobleza y del pueblo, que todos los grandes publicistas han considerado siempre como una de las condiciones esenciales de felicidad para las naciones.

Los cónsules que representaban la unidad del poder monárquico recibian los embajadores de las naciones, convocaban las asambleas, proponian las leyes y mand ban los ejércitos. Pero su autoridad era vigilada por los tribunos que podian obligarles á dar cuenta de su conducta; por el senado que tenia derecho de destituirles nombrando un dictador, ó prorogándoles en su mando dándoles el título de procónsules; en fin, por el pueblo que anulaba ó ratificaba sus

tratados, y que les imponia una multa ó les concedia el triunfo.

Los pueblos extranjeros consideraban á los senadores como verdaderos monarcas. Se les veia revestidos con la púrpura real, arreglar en sus graves asambleas todos los tratados de alianza y de paz con las demas naciones, designar á los cónsules sus provincias y mandos, fijar la suerte de los vencidos, autorizar todos los gastos y obras, vigilar sobre la religion y sus ceremonias, instituir los juegos solemnes, y presidir los sacrificios. Todas estas funciones augustas hacian su autoridad muy poderosa; pero estaba limitada por la de los tribunos, de los censores y del pueblo. Los tribunos les contenian por su *veto*, el pueblo por la omnipotencia legislativa de sus tribus y centurias, y los censores por el derecho que tenian de degradarles, cuando se habian deshonrado por una mala accion.

El pueblo era omnipotente en el *Foro*; pero sabia que en el órden judicial dependia necesariamente de los senadores que tenian asiento en los tribunales. En los campos, en donde le era necesario pasar el mejor tiempo de su juventud, estaba sometido á los caprichos de los cónsules. Habia pues en su favor graves razones para hacer que respetase los otros dos poderes, la nobleza y el consulado. Por otra parte su indigencia le advertia que tenia necesidad del rico, y que le debia respeto y sumision. Igualmente el rico sabia que tenia necesidad del pobre, y que sin su voto no podia llegar á los honores. Esta reciprocidad de necesidades, este cambio de servicios mútuos establecian una admirable armonía entre todas las partes de la sociedad. No habia oprimidos ni opresores. Todos estaban contentos con su suerte, y esta satisfaccion contribuyó sin duda muy eficazmente á alimentar y enardecer ese patriotismo exaltado que fue causa de que los Romanos hiciesen tantos prodigios.

Destruccion de esta igualdad. Triunfo de la aristocracia. Durante mas de medio siglo (200-133), Roma gozó en paz de todos los beneficios de su dichosa organizacion. Entre los senadores y los tribunos del pueblo reinaba un acuerdo per-

fecto. Cada ciudadano profesaba el respeto mas sincero á la constitucion, á las leyes y á la religion del Estado. Mas en medio de esta calma aparente germinaba sin ruido ni conmocion una revolucion inmensa; el genio de la guerra, que ha sido siempre el genio de los Romanos, fue el motivo ó mas bien el instrumento de ella.

En Roma los ejércitos no se componian de mercenarios. Eran puramente nacionales, y desterraban de ellos al proletario, al liberto y al extranjero. La clase media era la que pagaba con su sangre todas las grandes conquistas con que la hemos visto enriquecer el dominio de la república. Todos los ciudadanos debian ejercerse en el manejo de las armas; y nadie podia ser promovido á los empleos civiles antes de haber hecho diez campañas. Sin duda alguna, estas medidas restablecieron mucho la fuerza y la dignidad de los ejércitos, y produjeron, segun lo observa Bossuet, la mejor milicia que jamás existió. Pero si contribuyeron maravillosamente á las victorias de los Romanos y á sus conquistas, alteraron profundamente la constitucion de la república.

El pueblo, mezclándose en todas las guerras y prodigando su sangre en todos los campos de batalla, habia de agotarse y corromperse. Desde el dia en que Anibal entró en Italia hasta el fin de la segunda guerra púnica, hubo constantemente mas de cuarenta mil Romanos sobre las armas. Estos desgraciados legionarios fueron despues enviados á España, Africa, Grecia y Macedonia, y cubrieron todos estos paises con sus cadáveres. La mayor parte de la clase media fue sepultada en medio de todas aquellas victorias. Los que sobrevivieron á estos valientes solo conocian la vida de los campos. Un gran número permanecieron en las provincias conquistadas para satisfacer mas fácilmente su avaricia. Aquellos que los cónsules trajeron á Roma desdeñaron el trabajo de manos, y formaron ese conjunto de indigentes que sostenia el Estado á sus expensas.

Los pequeños propietarios desaparecieron pues á medida que se debilitaba la clase media. De repente se vió que los ricos multiplicaban de todos modos sus usurpaciones, aumen-

taban considerablemente sus propiedades, y formaban así una oligarquía opresora que pesó sobre todos los demas ciudadanos. En lugar de tomar á su servicio hombres del pueblo y emplearles en cultivar sus vastos campos, preferian comprar esos miles de esclavos que puso la conquista en su poder. Paulo Emilio vendió ciento cincuenta mil de estos despues de su expedicion á Macedonia; Scipion, el destructor de Cartago, cincuenta y cinco mil, y Graco un número tan grande de Sardos que para manifestar el vil precio de una mercancía se decia: *Sardos para vender*. Los esclavos griegos fueron buscados con cuidado principalmente á causa de su talento. Se les confiaba el cuidado de las casas y muchas veces la educacion de los niños, ó bien se les colocaba en las *villas* para cultivar las tierras y apacentar los ganados. Tambien se les abandonaba el comercio y la industria como ocupaciones despreciables: esto es lo que nos explica la ociosidad á que el pueblo romano estaba destinado por necesidad.

Para llenar los vacíos que diariamente hacia la guerra en las filas de esta plebe que solo habia conservado el estado de las armas, era preciso manumitir á los esclavos. Los señores concedian este beneficio á los que habian sabido ganar su afecto, y en breve el pueblo romano no tuvo mas que *libertos*. Fácil es conocer cuánto se alteraron las costumbres por esa mezcla impura de hombres de diferentes naciones que se resintieron siempre de su bajo orígen. Ya no tuvieron la decision, la templanza ni el valor que habian ilustrado á los antiguos Romanos. Eran otros tantos *advenedizos* que no pensaban sino en gozar de su fortuna. Tímidos delante de los grandes que les habian gratificado con el título de ciudadanos, se dejaban oprimir sin quejarse, temiendo incesantemente que les recordasen su condicion primitiva. Scipion Emilio lo hizo un dia, cuando le interrumpian en pleno foro los clamores de aquella multitud sediciosa: *Silencio, falsos hijos de la Italia*, les dijo, *los que he traido amarrados á Roma no me causarán miedo, aunque ahora están desatados.*

Lucha del espíritu antiguo contra el espíritu nuevo. Caton y los Scipiones. Tal es una de las grandes causas de la deca-

dencia de la república. El verdadero pueblo romano murió en los campos de batalla, le ha sustituido un conjunto de libertos que jamás tendrá su valor y sus virtudes. Los que mandan actualmente son aquellos que la guerra ha enriquecido y glorificado la victoria. Así es que los Scipiones, envanecidos con sus hazañas, son otros tantos reyes absolutos. Esta nueva nobleza no tiene ya el carácter del antiguo senado. Es mucho mas altiva, mucho mas desdeñosa, por lo mismo que es mas oligárgica. Ocho ó nueve familias se dividen entre sí todos los primeros cargos que consideran como su patrimonio. El pueblo no se compone ya sino de libertos, ó como decian, de *hombres nuevos* que no pueden tener la energía y la fuerza de los antiguos plebeyos.

Sin embargo no dejarán de hacer oir sus quejas, y se encontrarán hombres bastante atrevidos para ponerse á su cabeza é intentar romper el yugo imperioso de la nobleza. Caton, el inflexible Caton, comenzó esta gran lucha. Era un hombre nuevo como los que defendia; pero tenia el patriotismo, el valor y la austeridad de los antiguos Romanos. Atacó á los Scipiones, como hemos visto (1), y continuó sus ataques hasta que humilló su orgullo. Despues de él han de aparecer en la escena los Gracos, y en seguida Mario y César que adoptarán ardientemente el mismo designio con objetos diferentes. La Italia, que se ha poblado de esclavos mientras que Roma se poblaba de libertos, tomará parte en esta lucha, y el mundo entero se conmoverá. Tales son las grandes revoluciones y catástrofes que van á caracterizar el siguiente período.

§ II. Accion de Roma en los paises conquistados. De las colonias y de las provincias.

De las colonias. Cuando querian fundar en Roma una colonia, el pueblo reunido nombraba las familias que debian formar parte de ella. « Estas familias iban allí militarmente, con las

(1) Véase mas arriba, página 176.

banderas desplegadas, bajo la direccion de tres comisarios llamados *triunviros*. Una vez allí, antes de comenzar ningun trabajo de establecimiento, los triunviros hacian cavar un foso redondo, en cuyo fondo depositaban frutas y un puñado de tierra traida del suelo romano; despues, unciendo á un arado, cuya reja era de cobre, un toro y una novilla blancos, marcaban con un surco profundo el circuito de la ciudad futura; y los colonos seguian volviendo á echar en lo interior de la línea los terrones levantados por el arado. Un surco igual circunscribia el circuito total del territorio colonizado; otro servia de límite á las propiedades particulares. El toro y la novilla eran despues sacrificados con gran pompa á las divinidades que la ciudad elegia por protectoras. Dos magistrados y un senado elegido entre los principales habitantes componian el gobierno de la colonia; sus leyes eran las leyes de Roma (1). » Solo se mudaban los nombres. Sus cónsules se llamaban *duunviros*, los senadores *decuriones*, y los censores *duunviros quinquenales*.

Los colonos estaban sujetos al servicio militar y á las contribuciones. Las colonias griegas no tenian objeto político. Se establecian ordinariamente en las orillas del mar para hacer comercio, y no conservaban muchas veces relacion alguna con la metrópoli. Las colonias romanas, por el contrario, estaban unidas estrechamente con la madre patria, y siempre se fundaban con el objeto de conservar y mantener las conquistas. Les mandaban velar sobre todos los pueblos que los rodeaban, reprimir todas las revoluciones, y con este objeto el senado cuidaba de proporcionar sus fuerzas á la naturaleza de los peligros. Eran otros tantos centinelas avanzados que tenian fija la vista sobre todos los movimientos y sobre todos los pasos de los vencidos.

Este sistema de colonizacion suponia el derecho de expropiacion, y por consecuencia descansaba sobre ese principio bárbaro que la vida y las tierras de los vencidos pertenecen á los vencedores. Le aplicaron principalmente en las guer-

(1 Amedeo Thierry, *Historia de los Galos*, t. I, pag. 126.

ras contra los Samnitas. A medida que los ejércitos romanos conquistaban nuevos paises por sus victorias, estaban seguros de cuanto habian conquistado por medio de colonias. Las multiplicaron principalmente en el norte de la Italia, porque los pueblos de este distrito eran mas dificiles de conquistar que los de la Italia meridional. Cuando Anibal descendió de los Alpes, contaban ya cincuenta y tres, y fue necesario romper esta valla para inquietar á Roma en sus muros.

Con el fin de poner todas estas diferentes guarniciones en comunicacion y trasportar fácilmente las legiones á todos los puntos amenazados, construyeron grandes vias militares. Apio fue el primero que dió la idea de estos admirables trabajos, haciendo construir, mientras era censor, la bella via Apia que iba de Roma á Capua al través de las lagunas Pontinas. Sus sucesores emplearo n, á ejemplo suyo, todos los recursos del tesoro en estas grandes empresas. Roma se encontró pronto en relacion con todas las partes de la Italia. La via Apia conducia á la Italia meridional, la via Aurelia á Etruria, la via Flaminia á Ombría, la via Valeria hácia el centro de los Apeninos, y la via Emilia á la Cisalpina.

Estado politico y civil de Italia. Aunque la Italia se llenó de colonias, todos los pueblos que se encontraban en ella no gozaban por este motivo de los mismos privilegios. El título de ciudadano romano, que llevaba consigo tantas ventajas y privilegios, fue un medio de que se sirvió Roma para pagar los servicios de sus aliados, y excitar su celo y decision. Separó los privilegios y las immunidades inherentes á este derecho, graduó con mucha habilidad sus concesiones, y estableció así en torno suyo una especie de jerarquía cuyos rangos estaban determinados por las relaciones mas ó menos íntimas que las diferentes ciudades tenian con ella.

Así habia villas que poseian en su plenitud los derechos de ciudad. Adoptaban el derecho civil y político de los Romanos, gozaban del derecho de sufragios en Roma, podian pretender todas las magistraturas, aceptaban en toda su

extension las leyes y laconstitucion romanas, y renunciaban á sus antiguas instituciones y costumbres. Esto es lo que llamaban *municipios*.

Pero entre estos municipios habia algunos que prefirieron mas conservar sus usos y costumbres que adoptar la constitucion y leyes romanas. Estas ciudades gozaban de los derechos civiles en todo ó en parte, pero no de los políticos. Así es que participaban del beneficio de la ley romana, relativamente á las propiedades, á las personas, á los asuntos comerciales y á las prerogativas de familia. Bajo todos estos respectos, sus ciudadanos eran iguales á los ciudadanos romanos, sin que por este motivo tuviesen derecho de sufragios.

Estos municipios conservaban una autoridad absoluta sobre el culto y las ceremonias religiosas, sobre la policía interior, la eleccion de los magistrados, la construccion y conservacion de los edificios, la administracion de las rentas, la celebracion de las fiestas, en una palabra, sobre la gestion de todos los negocios locales. A pesar de la gran variedad de concesiones que les hizo el senado, se dividian en dos grandes clases : las que gozaban del *derecho de latinidad*, y las que estaban sometidas al *derecho itálico*.

Los pueblos que hacian parte de la antigua confederacion latina, conservaron generalmente sus leyes y sus propiedades, y no tuvieron otras cargas mas que las contribuciones y el servicio militar. Pero era fácil obtener el derecho de ciudad. Les bastaba haber ejercido una magistratura anual en su pais, trasferir su domicilio á Roma, dejando hijos al mismo tiempo en su ciudad, ó bien haber convencido de cohecho á un magistrado de la república. Estos privilegios constituian el *derecho de latinidad* (jus Latii), y mas tarde le extendieron á pueblos é individuos extranjeros al *Lacio*.

Los pueblos de Italia estaban colocados en el órden jerárquico despues de los del Lacio. Tambien habian conservado despues de la conquista sus leyes, gobierno y magistrados, estaban exentos ademas de todo tributo por las tierras y personas; pero no podian contraer alianza entre si, y el senado se habia

constituido juez de todas sus disputas. La ley civil les aseguraba la inviolabilidad de sus propiedades, mas no podian ser ciudadanos romanos antes de haber gozado del *derecho de latinidad*. Como se decia entonces, era preciso pasar por el Lacio para llegar á la ciudad. Este derecho particular fue llamado el *derecho itálico* (jus italicum), y á ejemplo del *derecho de latinidad* fue comunicado á muchas ciudades é individuos fuera de la Italia.

Pronto veremos que hubo grandes luchas entre Roma y las ciudades municipales que la rodean. La ciudad reina cerrará obstinadamente sus puertas á todos estos extranjeros. Rechazará con toda la energía de sus esfuerzos á los Latinos que quieran penetrar, desechará las atrevidas pretensiones de los Italianos que descontentos del último rango reclaman la igualdad. Pero al fin el derecho será mas fuerte aun que el privilegio, la democracia que la aristocracia; y como los plebeyos han triunfado en el precedente período de los patricios, así tambien en el período siguiente todos estos pueblos forzarán las barreras que el orgullo nobiliario del senado les opone, y casi todos los hombres libres desde el estrecho de Sicilia hasta el Rubicon serán proclamados iguales.

De las provincias y de su organizacion. Los paises conquistados fuera de Italia no fueron ocupados por colonias, se les redujo á provincias. Despues de las grandes conquistas que precedieron al advenimiento de los Gracos, habia nueve provincias: la Sicilia, la Córcega y la Cerdeña, la Cisalpina, la Macedonia unida á la Tesalia, la Iliria y el Epiro, la Acaya que comprendia la Helada, el Peloponeso y las islas, el Asia, el Africa, la España ulterior y la España citerior. Cada una de estas provincias estaba gobernada por un pretor que reunia en su mano todos los poderes, y cuya autoridad era por consiguiente absoluta. Algunas veces conservaban á las provincias sus leyes, instituciones y magistrados, las mas las despojaban de ellos. El senado cuidaba principalmente de sembrar la division entre los grandes para prevenir toda coalicion. Por otra parte, aunque hubiesen prometido á un

pais conservarle sus leyes, ó bien que se las hubieran quitado, poco importaba á los pretores codiciosos que allí enviaban como gobernadores. Se representaban estas provincias como su dominio, y las explotaban con toda la severidad de un conquistador brutal. Robaban todo lo que incitaba su avaricia, y se mostraban insensibles á las quejas y gemidos de sus víctimas. Así es que cuadros hermosos, magníficas estatuas, oro y plata conservados con gran pena, todo era ocupado para adornar sus *villas* y aumentar su opulencia. Por este medio Roma vino á ser un pozo en el que se absorbieron todas las riquezas y maravillas de la tierra.

De los publicanos. Pero el gran azote para las provincias eran esos avaros *publicanos* que las arruinaban con sus exacciones inícuas. Para no crear un número demasiado grande de agentes, el senado no quiso encargarse de los detalles de la administracion rentística de las provincias. Los impuestos eran arrendados á pública subasta y abandonados á particulares por una cantidad determinada. Los que especularon en estas empresas recibieron el nombre de *publicanos.* Despues de haber entregado en el tesoro la suma convenida, marchaban á la provincia que les habia sido entregada, llevando con ellos una multitud de esclavos, y de ella sacaban todo lo que podian de oro, plata y comestibles. Muchas veces se ponian de acuerdo con el pretor, y partian con él los beneficios. Cuando habia sido concluida esta transaccion inícua, el pueblo arruinado y agotado no hacia oir sino vanas quejas. Ya no habia nadie para defenderle. El senado estaba demasiado lejos, y no era fácil formar causa á un magistrado tan poderoso como el que estaba á la cabeza de una provinca. Esto nos explica las monstruosas injusticias de los Apios, de los Verres y de tantos otros á quienes devoraba la sed de las riquezas.

§ III. Reaccion de los pueblos vencidos contra Roma. De la influencia griega y de la corrupcion de las costumbres.

Influencia de la Grecia. Si Roma trataba con dureza á los vencidos, estos se vengaron muy severamente, comunicándole todos los vicios y pasiones que los habian conducido á su ruina. La Grecia sobre todo subyugó á sus vencedores por la influencia de sus ideas y de su civilizacion. Lo que hubo de deplorable, es que esas ideas y civilizacion ya no tenian el brillo y vigor que han inmortalizado la república de Atenas. Las generaciones heróicas y gloriosas de la Grecia habian muerto hacia largo tiempo en los campos de batalla; solo quedaba un pueblo degenerado una turba de retóricos, tales como se les ve en todas las épocas de decadencia. La poesía y la elocuencia se habian apagado bajo el soplo de los escoliadores de Alejandría, las creencias habian hecho lugar á un escepticismo alarmante, la filosofía habia descendido con Epicuro hasta el lodo del materialismo mas abyecto, en fin, las costumbres eran tan depravadas que el vicio tenia por todas partes templos y altares.

Tales eran los hombres que los Romanos eligieron por señores para sí y sus hijos. Los Scipiones, los Paulo Emilios y todos los nobles compraban esclavos griegos para recibir de ellos lecciones. Consideraban como un honor hablar el griego con gran pureza, consagraban todos sus instantes libres á este penoso ejercicio, y trataban con desden su lengua materna y á los escritores que se servian de ella. Se vestian á la moda de los Griegos, imitaban su suntuosidad y lujo en los festines, y reputaban grosero y bárbaro todo lo que no habia sido tomado de sus usos. La religion de los antiguos Romanos fue reemplazada por la mitología de los Griegos. Todas las divinidades que habitaron en Atenas tuvieron derecho de ciudad en Roma, y se ha observado que esta innovacion en el culto y las ceremonias comenzó á esparcir la incredulidad en el pueblo.

Del lujo y de la corrupcion de las costumbres. A medida que todas estas nuevas ideas se introdujeron en Roma, se vieron acrecentar las riquezas de los Romanos. Todos los ejércitos victoriosos habian traido despues de sus conquistas un botin inmenso. Las camas de bronce, los tapices preciosos y los tisús escogidos del Oriente adornaron todos los palacios de los nobles. El oro y el marfil embellecieron sus *villas*, y por todas partes se complacieron en mostrar todas las obras maestras de los pintores y escultores que en otro tiempo habian hecho el orgullo de la Grecia. El mismo lujo reinó en los festines, y bien pronto se hizo un punto de honor superarle por la eleccion y la delicadeza de los manjares mas raros y exquisitos. Al mismo tiempo nació la pasion de los espectáculos. Se establecieron combates de gladiadores para distraer la ociosidad del pueblo, y multiplicaron los baños y los sitios de corrupcion para satisfacer las pasiones de todo. Era cosa concluida; con el antiguo pueblo romano muerto en el campo del honor se habian extinguido todas las virtudes. Estos falsos hijos de la Italia, degradados por su condicion primitiva, y rodeados de todas las seducciones de la fortuna, ni aun pensaron en resistirle. Se precipitaron con furor en el seno de todos esos goces voluptuosos, sin cuidar de su dignidad y sin respetar la decencia pública.

De las Bacanales. Desórdenes, sin ejemplo hasta entonces, estallaron en medio de todas esas escenas de corrupcion y desórden. En el año 184, los cónsules fueron instruidos de un acontecimiento que les hizo temblar de espanto y de horror. Les revelaron la existencia de un culto detestable que tenia por ritos el asesinato y la prostitucion, al que se llamaba las *Bacanales.* Se hacian iniciar en estos misterios infames cinco veces cada mes, y la perfeccion soberana de los iniciados consistia en creer que nada era ilícito. En estas asambleas nocturnas los hombres se fingian adivinos; las mujeres vestidas á la manera de las bacantes sumergian antorchas en el Tiber con símbolos misteriosos. Despues, en medio de orgías horribles, meditaban delaciones y envenenamientos, cometian los crímenes mas atroces, y si se sospe-

chaba de la discrecion de algunos iniciados, les arrojaban en abismos abiertos con este único objeto. El senado, alarmado, ordenó se hiciesen informaciones, y solo en la ciudad de Roma encontraron mas de siete mil culpables. Los cónsules prosiguieron sus informaciones en todas las ciudades, y por todas partes descubrieron infamias semejantes.

Reforma de Caton. Caton fue promovido á la censura cuando todos temblaban aun delante de estas maldades inauditas. Al juzgar por la reputacion de virtud que se le hizo, era en efecto el reformador que se necesitaba para curar todas las llagas que afligian á la república. Este hombre que tenia ojos azules y cabellos rubios, se consideraba como un modelo de sobriedad y de valor. A la edad de diez y siete años habia hecho sus primeras campañas, y en todos los combates habia llevado consigo sus armas, y solamente iba acompañado por un esclavo cargado de provisiones. No bebia mas que agua; tan solo pedia vinagre cuando tenia una sed ardiente, ó bien tomaba un poco de vino aguado si sentia que se debilitaban sus fuerzas. Su simplicidad contrastaba con los hábitos corrompidos y voluptuosos de todos los hombres de su siglo. Jamás llevó un vestido que le costara mas de cien dracmas; ni gastó mas que treinta ases (1) para comer. Amo duro y sin piedad, trataba á sus esclavos como bestias de carga, y les vendia cuando eran viejos, para no alimentar, segun decia, bocas inútiles.

Luego que este hombre nuevo llegó al poder, se esforzó en suprimir todos los abusos que reprobaba hacia largo tiempo con sus palabras y ejemplos. Al principio degradó á todos los senadores que se habian deshonrado con sus crímenes, y despues atacó el lujo inmoderado de los ricos, estableciendo una especie de impuesto sobre los adornos, los vestidos y los esclavos de las matronas opulentas. Suprimió igualmente todos los canales que disminuian el agua de las fuentes públicas para los patios y jardines de los particulares, hizo demoler todas las casas que sobresalian de las demas, y

(1) 2 francos, 50 céntimos poco mas ó menos.

puso un término á las dilapidaciones de los grandes, elevando lo mas posible las tasas de las quintas y rentas de la república que antes se les cedian al mas bajo precio.

Impotencia de estas reformas. Todas estas reformas eran otras tantas heridas hechas á la nobleza y á su orgullo. El pueblo se lo agradeció al austero censor, y le erigió una estátua con esta inscripcion: *Al honor de Caton, por haber reparado en su censura la república por medio de ordenanzas saludables, de establecimientos y sábias instituciones, que la alteracion de las costumbres habia puesto al borde de su ruina.* Pero ¡cuán incapaces eran todos estos pequeños medios para curar una llaga tan profunda como la que devoraba al Estado! Para paralizar el efecto de las malas doctrinas, era preciso combatirlas por medio de creencias fuertes, elevadas, sólidas, y Caton, como todos los hombres del paganismo, no poseia sino ideas vagas é inciertas. Atacó á los filósofos y retóricos, pero nada pudo contra el extravío de sus funestos principios. Sus austeridades probaban menos su desinterés que su orgullo; porque al mismo tiempo que se clamaba contra el lujo y las riquezas, no pudo librarse de que se le acusara de avaricia. Su templanza y economías no parecian mas que el fruto de su vil avaricia. Especulaba con los esclavos como si fuesen animales; y en los últimos años de su vida, viendo que la cultura de las tierras no era bastante lucrativa, la abandonó para entregarse á la usura que impuso como un precepto á su hijo. A la edad de ochenta años puso el colmo á todos sus escándalos casándose con la hija de uno de sus clientes. El reformador pues habia sidó subyugado por los abusos que trató de reprimir, el médico habia contraido la enfermedad que queria curar. Sus esfuerzos contribuyeron á su vergüenza, y la república continuó caminando hácia su ruina.

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA.

PARTE SEGUNDA

LA REPUBLICA.

TERCER PERIODO.

Desde los Gracos hasta Augusto. Revoluciones civiles y conquista del mundo (133-30).

CAPITULO PRIMERO.

Los Gracos (1).

(133-121.)

Hasta entonces los Romanos solo se sirvieron de sus armas para hacer conquistas. Soldados invencibles en el campo de batalla, nunca sacaron la espada contra sí propios. Durante el último siglo de la república, las guerras civiles, por el contrario, son mucho mas mortíferas que las guerras extranjeras. Si se exceptuan las grandes expediciones contra Yugurta, los Cimbrios, Mitridates y los Galos, las legiones no se muestran sino para servir los intereses del pueblo ó de la nobleza sublevados uno contra otro. Las desgracias de los tiempos habian herido la constitucion del Estado con un mal profundo. El dia en que unos

(1) Autores que se pueden consultar: Entre los antiguos solo tenemos á Plutarco, *Vidas de Tiberio y de Cayo Graco;* Apiano, *De bello civili*, y el Pompendiador Veleyo Patérculo; Valerio Máximo, *passim;* entre los modernos todas las historias generales indicadas anteriormente.

pocos hombres se habian apoderado de las riquezas y del poder, se consumó una grande iniquidad. La mayor parte del imperio se vió condenada á la servidumbre y á la indigencia, y por todas partes no se veian ya mas que pobres y esclavos. Entonces estos desgraciados, que habian sido privados de sus derechos, quisieron volverlos á adquirir por la fuerza, despues de haberlos reclamado en vano á nombre de la naturaleza y de la razon. Sus deseos eran demasiado justos para que no fuesen comprendidos por todos los hombres de corazon y de genio. De ahí todas esas luchas terribles que ensangrentaron la última edad de la república. Los Gracos fueron los primeros que tuvieron la gloria de protestar contra la injusticia de los grandes en favor del pueblo, y su conducta merece tanto mas nuestros elogios cuanto que exigia mayor valor.

§ I. Tiberio Graco (133).

Estado de Roma al advenimiento de los Gracos. Cuando aparecieron los Gracos, la aristocracia dominaba pues en Roma. La clase media habia sido diezmada por la guerra, y el pueblo romano se habia reclutado entre los esclavos. Multiplicados estos hasta lo infinito por la conquista, habian llenado la Italia, mientras que los *hombres nuevos* ó los libertos llenaban el Foro. Los nobles eran propietarios únicamente, y abusaban de su poder en detrimento del pobre. En esta sociedad así compuesta habia miserias que aliviar y muchas llagas que curar. Si un hombre hubiese concebido y realizado el magnífico proyecto de devolver á Roma su antigua constitucion y antiguas virtudes, disminuyendo el número de los esclavos, poblando la Italia de hombres libres, retirando á los nobles las tierras que habian usurpado, poniendo un freno á la sórdida avaricia de los publicanos y de los caballeros, para hacer renacer por medio de estas reformas la clase media y las pequeñas propiedades, seguramente mereceria ser citado como uno de los grandes bienhechores de la humanidad. Tal fue pues el designio de los Gracos. Nada lograron en su empresa; mas la historia debe tener cuenta de sus generosos esfuerzos.

Nacimiento y educacion de Tiberio y de Cayo Graco. Su madre era Cornelia, hija de Scipion, el vencedor de Anibal, y su padre Tiberio Graco, que fue honrado con la dignidad de censor, con dos consulados y otros tantos triunfos. Todavía

eran muy jóvenes cuando Tiberio murió. Cornelia se encargó de su educacion, y lo hizo con tanto cuidado y éxito que en breve admiraron á todo el mundo por las gracias de su espíritu y las dichosas disposiciones de su corazon. Ella se admiraba en sus hijos: *Hé ahí toda mi compostura y todos mis adornos*, decia un dia mostrándoles á una señora que afectaba mostrar delante de ella sus collares y braceletes. Despertaba sin cesar en su corazon el deseo de la gloria, preguntándoles si la llamarian siempre la hija de Scipion y jamás la madre de los Gracos. Estas lecciones les aprovecharon.

Tribunado de Tiberio (133). Tiberio no tenia mas que veinte años, y ya habia alcanzado la reputacion de valiente bajo las órdenes del segundo Africano, siendo el primero que asaltó á las murallas de Cartago. Nombrado cuestor en la guerra contra Numancia, salvó la vida al cónsul Mancino y á todo su ejército. A la vuelta de esta gloriosa expedicion fue cuando se compadeció de la miseria de la Italia. Habia atravesado toda la Toscana, y no encontró en sus ricas campiñas sino extranjeros y esclavos. Del mismo modo se afligió en Roma al ver que el pueblo estaba reducido á la mendicidad, mientras que los nobles poseian tierras inmensas cuyo producto no servia mas que para satisfacer su orgullo y sensualidad. Su indignacion estalló al ver estos monstruosos abusos. El retórico Diofanes y el filósofo Blosio que habian sido sus maestros se unieron á la ambiciosa Cornelia para inflamar su celo y excitarle, desde que fue tribuno, á cortar el mal por su raiz. Por otra parte, el pueblo no le habia dado sus sufragios sino con la esperanza de encontrar en él un defensor.

Porque el dia siguiente de su eleccion los pórticos, las paredes y las tumbas estaban cubiertos de carteles en los cuales se le exhortaba á promulgar una ley agraria. Los nobles habian usurpado todos los dominios del Estado (*ager publicus*), y ocupado todas las tierras que habian de ser distribuidas al pueblo. Era un acto de justicia volverles á tomar lo que habian invadido; pero la empresa era peligrosa y difícil. Tiberio consultó al gran pontífice Craso, el jurisconsulto Mucio Scévola y su suegro Apio. Segun su dictámen, publicó una

ley que prohibia á todo ciudadano poseer mas de quinientas fanegas de tierra; pero permitia á los antiguos poseedores de los dominios públicos guardar mas de doscientas cincuenta por cada uno de sus hijos varones, y les aseguraba una indemnizacion por las mejoras que hubiesen hecho en las propiedades que iban á quitarles. Esto era obrar con moderacion. Los ricos y los nobles hubieran debido aplacarse y mostrarse satisfechos. Al contrario, se sublevaron contra el tribuno y su ley. Entonces Tiberio no fue ya dueño de su indignacion. «Las bestias salvajes tienen sus guaridas y madrigueras, exclamó, y los que derraman su sangre por la defensa de la Italia no tienen allí otra propiedad mas que la luz y el aire que respiran; sin casa y sin asilo andan errantes con sus mujeres é hijos. Los generales les engañan cuando les exhortan á combatir por sus templos y altares: ¿hay entre ellos uno solo que tenga un altar doméstico y una tumba donde descansen sus antepasados? No combaten ni mueren sino para entretener el lujo y la opulencia agenos; se les llama señores del universo, y no son propietarios de un pedazo de tierra.» Encolerizado, abolió su primera ley y publicó otra por la cual mandaba á todos los usurpadores abandonasen al momento las tierras que habian invadido.

Oposicion y deposicion del tribuno Octavio. Los nobles ganaron al tribuno Octavio, que hacia oposicion á su colega. Esta dificultad no hizo sino irritar mas á Tiberio. Suspendió todas las funciones de los magistrados, hasta que hubiesen sometido su ley á los sufragios del pueblo. Al momento los ricos se vistieron de luto, y se presentaron en la plaza consternados y abatidos. Ellos hubiesen querido asesinar al fogoso tribuno, mas temieron el puñal que siempre llevaba debajo de su vestido. El dia de la asamblea se llevaron las urnas y causaron la mayor confusion. No obstante la ley iba á ser votada cuando dos personajes consulares Manlio y Fulvio se echaron á los piés del tribuno, y le suplicaron de remitirse al senado. Consintió en ello; pero los ricos tenian en la curia un crédito demasiado grande, y no pudieron ponerse de acuerdo.

Entonces fue cuando Tiberio resolvió pedir la deposicion de su colega: *Puesto que ambos á dos tenemos el mismo poder*, le dijo, *no veo sino un medio de terminar nuestras diferencias, y es que uno de nosotros dos sea depuesto; tomad los votos que me fueren dados*. Habiéndose rehusado á ello Octavio: *Pues bien*, replicó Tiberio, *yo tomaré los vuestros*, y al dia siguiente reunió el pueblo. Esta medida tenia una importancia inmensa, puesto que heria la inviolabilidad del tribunado. Tiberio mismo se hallaba asustado de ello. Ya de las treinta y cinco tribus diez y siete habian votado contra Octavio; solo faltaba un voto para que fuese reducido al rango de simple particular. Tiberio suspendió la votacion, se echó en los brazos de su colega, y le rogó que no se expusiese á la afrenta de una destitucion pública. Octavio permaneció inflexible y fue depuesto. En seguida, la ley fue votada sin oposicion.

Ejecucion de la ley agraria. Se nombraron tres comisarios para que averiguasen cuáles eran las tierras que habian pertenecido al dominio público y para que las repartiesen. Este trabajo fue confiado al mismo Tiberio, á su suegro Apio y á Cayo, su hermano. Los nobles se vengaron del tribuno rehusándole una tienda de campaña para esta operacion, y fijando su gasto en nueve óbolos diarios. Pero el pueblo le manifestaba muy vivamente su afecto. Tiberio le halagó todavía mas decretando que los tesoros de Atalo, rey de Pérgamo (1), serian distribuidos á los nuevos propietarios para cubrir sus primeros gastos de cultura. Tambien quiso abreviar el tiempo del servicio militar, reintegrar al pueblo en su derecho de apelacion, y acaso hizo algunas promesas á los Italianos.

Sin embargo la tormenta se aumentaba en rededor suyo. Sus enemigos multiplicaban sus quejas y amenazas, y parte del pueblo principiaba á echarle en cara la destitucion de Octavio. Vió que tenia necesidad de un segundo tribunado y lo solicitó. Pero cuando se halló en el caso de recoger los votos, se apercibió de que una parte del pueblo habia sido retenida en los campos con motivo de la cosecha, y que sus adversarios iban á obtener la ventaja.

(1) Véase mi *Historia antigua*.

Muerte de Tiberio. Despidió pues la asamblea, y se fué á la plaza pública para suplicar al pueblo velase por su seguridad. Sus partidarios le sirvieron de guardias, y pasaron la noche al rededor de su casa. Al dia siguiente, á pesar de los presagios siniestros que le habian turbado desde por la mañana, se fué al Capitolio invitado por sus amigos. Le hicieron la acogida mas halagüeña, y Mucio comenzaba ya á recoger los votos, cuando el senador Fulvio Flaco vino á decir á Tiberio que el senado habia resuelto su muerte. Al oir esta palabra los amigos del tribuno ciñen sus túnicas, se reparten las medias picas de que estaban armados los lictores, y se preparan á la resistencia. Como los que estaban algo apartados no comprendian el motivo de este movimiento, Tiberio se pone la mano en la cabeza, para decirles que peligra su vida. Sus enemigos pretenden que quiere la diadema. Lo dicen en el senado. Scipion Nasica ordena al cónsul que mate al tirano. El magistrado se contenta con responderle friamente: *Si el pueblo, seducido ó forzado por Tiberio, publica alguna ordenanza contraria á las leyes, no la ratificaré.— Puesto que el cónsul hace traicion á la república,* replicó Scipion, *los que amen á su patria que me sigan.* Y diciendo estas palabras marcha al Capitolio, seguido de una multitud de ciudadanos que echan abajo todo cuanto se opone á su paso. Tiberio huyó, y anduvo algun tiempo al rededor del templo cuyos sacerdotes habian cerrado la entrada. En fin cayó bajo los golpes de uno de sus colegas, que le dió en la cabeza con el pié de un banco roto. Trescientos de sus partidarios fueron muertos á palos y pedradas. Sus parientes no pudieron conseguir que se les entregasen sus cadáveres que fueron arrojados al Tíber, despues de haber sido ultrajados.

§ II. Desde la muerte de Tiberio hasta el advenimiento de Cayo (132-123).

Reaccion aristocrática. Irritados los nobles solo escucharon en el momento su venganza. Condenaron sin formacion de

causa á los partidarios de Tiberio, unos á muerte, otros al destierro. Un tal Cayo Bilio murió encerrado en un tonel lleno de serpientes y víboras. El preceptor de Tiberio, el retórico Diofanes, fue degollado. Blosio de Cumes, preguntado por los cónsules, confesó que habia seguido en todo las ordenes de Tiberio. *Pero,* le dijo Nasica, *¿si os hubiera mandado incendiar el Capitolio?—Jamás Tiberio,* respondió Blosio, *me habria dado tal órden.* Habiendo insistido otros senadores: *Lo habria hecho,* exclamó, *porque no me hubiera dado esta órden, si no hubiese sido útil al pueblo.* Esto era llevar la decision hasta el fanatismo.

Muerte de Scipion Nasica. A pesar de todo este furor de represalias que llevó á los nobles á los mas graves excesos, nadie se atrevió á tocar á la ley agraria. El senado nombró otro comisario en lugar de Tiberio, y continuaron las informaciones. No obstante todos los dias se aumentaba la ira del pueblo contra los asesinos de su tribuno. Amenazaba á Scipion Nasica de citarle en juicio, le perseguia con gritos y silbidos en las calles, le trataba públicamente de infame y tirano, y le reconvenia por haber manchado el templo mas santo con la sangre mas pura, matando á Tiberio en el Capitolio. Temiendo el senado que la vida de Nasica peligrase, le dió una comision en Asia. Scipion salió de Roma devorado de pena, y murió en Pérgamo, despues de haber andado errante por algun tiempo en diversos lugares.

Tribunado de Carbon (131). El pueblo estaba demasiado animado para que la lucha dejase de volver á principiar con nuevo ardor. Eligió por tribuno al triunviro Carbon, uno de los mas celosos partidarios de Tiberio. Carbon se apresuró á humillar á los nobles y preparar el triunfo de los Gracos con nuevas leyes. Al principio propuso el escrutinio secreto, con el objeto de impedir que los ricos detuviesen los sufragios cuando no les eran favorables; esta ley fue adoptada sin obstáculo. Despues quiso establecer que los tribunos pudieran ser reelegidos, lo cual equivalia á quitar todo pretexto y excusa legítimos á los que habian derramado la sangre de Tiberio. Scipion Emilio, vencedor de Cartago y de Numancia,

se levantó contra esta última peticion, y la hizo fracasar.

Oposicion de Scipion Emilio. Siempre habia desaprobado las empresas de los Gracos. Al saber delante de Numancia la muerte de Tiberio, le aplicó este verso de la Odisea : *Ojalá perezca de este modo el que quiera imitarle* (1). De vuelta á Italia se adhirió al partido de los nobles, pero con grandes pensamientos. La ley agraria, tal como Tiberio la habia promulgado, solamente podia satisfacer á los ciudadanos de las tríbus rústicas. El pueblo de Roma desdeñaba las ventajas de ella, porque aborrecia la cultura y el trabajo. Todos los Italianos temian sus consecuencias, puesto que habian de ser despojados de una parte de sus bienes. Scipion, despreciando á estos hombres ociosos y cobardes que Tiberio habia favorecido, concibió el magnífico proyecto de dar á los Italianos derecho de ciudad. Roma se habia extendido, segun su opinion, el pueblo romano habia de aumentarse en la misma proporcion, y era preciso á la constitucion de la república una base mas lata. Estos pensamientos eran dignos de su genio y de su grande alma. Pero el pequeño pueblo de Roma se indignó contra él, cuando vió preferir á sus intereses la causa de la Italia.

Muerte de Scipion (129). « Una tarde, segun dice Apiano, se habia retirado Scipion, para meditar por la noche el discurso que habia de pronunciar el dia siguiente delante del pueblo. Por la mañana le encontraron muerto, aunque sin herida alguna. Segun unos, el golpe habia sido preparado por Cornelia, madre de los Gracos, que temia la abolicion de la ley agraria, y por su hija Sempronia, mujer de Scipion, que no queria á su marido ni era amada de él. Segun otros, se suicidó, viendo que no podia cumplir lo que habia prometido. Algunos pretenden que sus esclavos, puestos en tortura, confesaron que unos desconocidos, introducidos por una puerta trasera, ahogaron á su amo; pero que habian temido declarar el hecho, sabiendo que el pueblo se alegraria de su muerte. »

(1) Ὡς ἀπόλοιτο καὶ ἄλλος ὅτις τοιαῦτα γε ῥέζοι. Odyss. I, 47.

Metelo era su enemigo mortal. Sin embargo, cuando supo su muerte, exclamó públicamente: *¡ Socorro, ciudadanos, socorro! las murallas de Roma están derribadas, una mano sacrílega acaba de derramar la sangre de Scipion el Africano mientras que dormia en su casa.* Quiso que sus mismos hijos llevasen sobre sus hombros el lecho fúnebre. *Jamás*, dijo, *hareis iguales honras á un hombre tan grande como este.*

Roma se mostraba tan poco reconocida para con sus grandes hombres como Atenas y Cartago. Para sofocar el pensamiento de Scipion, el senado desterró de la ciudad á todos los Italianos que se encontraban en ella. Habiéndose sublevado la ciudad de Fregelles, la arruinaron enteramente. Intimidados los Italianos por esta barbárie, permanecieron tranquilos por espacio de treinta y cinco años.

§ III. Cayo Graco (123-121).

Carácter de Cayo. Cayo era mas vivo y violento que su hermano. Aunque sóbrio y templado comparativamente con los demas Romanos, era mucho mas cuidadoso en la mesa y vestidos que Tiberio. Su elocuencia, llena de pasion y vehemencia, inspiraba una especie de terror. Fue el primero que dió el ejemplo de agitarse, andar por la tribuna, y de echarse el vestido sobre la espalda. Algunas veces se abandonaba en sus discursos, á pesar suyo, á movimientos impetuosos de cólera, alzaba la voz, decia invectivas desmedidas, y caia en el mayor desórden. Colocaba detras de él un esclavo inteligente llamado Licinio, y le encargaba le hiciese volver con su instrumento de música á un tono mas suave y moderado, siempre que conociera que iba á encolerizarse.

Su promocion al tribunado. Cayo despues de la muerte de su hermano, bien fuese por temor, ó para hacer recaer el odio del pueblo sobre sus enemigos, no volvió á presentarse en público. Vivió en el interior de su casa como si hubiera querido renunciar enteramente á los negocios, ó mas bien como si hubiera reprobado la conducta de Tiberio. Mas no

eran estos sus pensamientos. Tenia felices disposiciones para la elocuencia, y las ejercia, dice Plutarco, como medio para elevarse al gobierno. Iba á defender á sus amigos delante de los tribunales, y el pueblo aplaudia con entusiasmo todos sus discursos.

Bien pronto los nobles tuvieron celos de él, y le enviaron á Cerdeña con el empleo de cuestor, á fin de alejarle de Roma. El senado quiso prolongar indefinidamente su destierro conservándole la procuestura; pero se embarcó inmediatamente despues que le hicieron saber este decreto, y apareció en el Foro con gran admiracion de todos. Sus enemigos le acusaron de insubordinacion, mas probó delante del tribunal de los censores que su conducta habia sido conforme á la ley. « La ley, dice, obliga á diez campañas y yo he hecho doce; la ley me permitia separarme de mi general despues de un año de cuestura, y he permanecido tres años á su lado; todos los demas han traido aquí llenos de oro y plata los vasos que llevaron llenos de vino; pero yo llevado mi bolsa llena de oro y la he traido vacia. »

El pueblo se convenció de su inocencia, y todas las demas acusaciones que le suscitaron no hicieron sino acrecentar su popularidad. Cuando se presentó como candidato para el tribunado, vino de toda la Italia una multitud de ciudadanos para tomar parte en su eleccion El Campo de Marte no pudo contener este inmenso gentío, y hubo algunos que dieron sus votos desde encima de los tejados.

Leyes de Cayo. Sus primeras leyes tuvieron por objeto la venganza de su hermano, cuya memoria recordaba sin cesar con una elocuencia seductora. Pidió que todo magistrado depuesto por el pueblo no pudiese ejercer ya destino alguno en el porvenir, y que el que condenase á los ciudadanos sin formacion de causa fuese citado ante el pueblo. A instancias de Cornelia, su madre, retiró la primera de aquellas leyes que degradaba abiertamente á Octavio, antagonista de su hermano; pero hizo pasar la segunda que heria directamente á sus enemigos. Todos sus cuidados los dedicó despues al pueblo.

Estableció colonias en favor de los pobres, y les distribuyó tierras del Estado en los lugares en que habian de fijarse; ordenó que los soldados serian vestidos en lo sucesivo por el tesoro, sin disminuir su sueldo, y prohibió que se alistasen antes de la edad de diez y siete años; decidió que el trigo seria vendido al pueblo á bajo precio, é hizo construir graneros públicos para prevenir toda escasez; en fin, multiplicó en toda la Italia los puentes y caminos para facilitar la explotacion de las propiedades y el comercio de los comestibles. « El pueblo, dice Plutarco, no podia cansarse de admirarle viéndole sin cesar rodeado de empresarios, artistas, embajadores, magistrados, soldados y literatos. Hablaba á todos con una dulzura y con una gracia que desvanecian al momento todas las prevenciones que se habian concebido contra él. »

Fortalecido con esta inmensa popularidad, atacó directamente al senado, y le retiró el poder judicial para conferirlo á los caballeros. Este órden nuevo, compuesto de los hacendistas, publicanos y caballeros, provenia del pueblo por su orígen y de los nobles por sus riquezas. En estos hombres de dinero no habia bastante integridad para que se pudiese contar con su honradez; pero Cayo, confiándoles el poder judicial, solo pensó en dar un golpe mortal á la aristocracia. Al mismo tiempo, para dar á la constitucion del imperio una base mas extensa, propuso acordar á todos los aliados el derecho de votacion. De este modo emprendió á la vez lo que habian concebido Tiberio y Scipion Emilio, su hermano y su cuñado. Su genio cosmopolita excedió aun al de César. Habló de restablecer á Tarento, Capua y Cartago, antiguas rivales de Roma todas ellas, y extendió su proteccion benéfica á todos los paises conquistados. Así es que devolvió á los Españoles los bienes que el propretor Fabio les habia quitado injustamente, y libertó el Asia de las exacciones de los publicanos.

Demagogia del senado. Entonces Cayo era mas poderoso que un rey. Para vencerle, era preciso hacerle perder su popularidad. El senado lo emprendió, y resolvió al efecto rivalizar con él en complacer á la multitud. Gano á Livio, otro tribuno,

y le ordenó se mostrase mas suave y benévolo para con el pueblo que su colega. Así es que habiéndose propuesto Cayo el establecimiento de dos colonias, Livio pidió doce compuestas de tres mil indigentes cada una; Cayo habia sometido á una renta anual las tierras distribuidas á los pobres, Livio las alivió de este impuesto; Cayo habia concedido el derecho de ciudadano á todos los pueblos del Lacio, Livio prohibió se diesen azotes á los soldados latinos. El pueblo cayó en este lazo pérfido, y se mostró menos adicto á Cayo. Para concluir de perder al desgraciado tribuno, el senado le confió el cuidado de fundar la colonia que habia de resucitar á Cartago. Este asunto le alejó de Roma durante setenta dias. Cuando volvió á ella, conoció que Opimio le habia arrebatado casi todos sus partidarios.

Lucha entre Cayo y Opimio. Entonces, para volver á conquistar el afecto del pueblo, fué á colocarse en un barrio habitado par ciudadanos pobres y oscuros. Una numerosa multitud se apresuraba á su alrededor; mas el senado le privó del socorro de los Italianos y de los aliados, ordenando al cónsul echase de Roma á todos aquellos que no habian nacido allí. Cayo protestó contra esta medida sin poder impedir su ejecucion. Pidió un tercer tribunado, y le fue rehusado. Desde entonces comenzó entre él y Opimio, nombrado cónsul, un combate violento. Opimio atacó la mayor parte de las leyes de Cayo, y este se esforzó en sostenerlas. El dia en que habia de publicarse el decreto del cónsul, los dos partidos ocuparon el Capitolio desde por la mañana. Los partidarios de Cayo, con gran sentimiento de su señor, levantaron la mano contra uno de los lictores del cónsul que les habia insultado y le mataron. El cadáver de este desgraciado fue expuesto en la plaza. Muchos senadores regaron con lágrimas el lecho fúnebre, y tuvieron el honor de asistir á su entierro. Cuando volvieron á la curia, pronunciaron la famosa fórmula *Caveant consules*, y encargaron á Opimio que exterminase los tiranos.

Asesinato de Cayo. Segun las órdenes del cónsul, los senadores se armaron al dia siguiente, y cada caballero se hizo

acompañar de dos soldados. Fulvio, por su parte, entregó al populacho las armas que habia cogido á los Galos el año de su consulado, y fué á tomar el Aventino. Cayo no quiso armarse. Salió con su toga, sin otra defensa que un pequeño puñal que siempre habia llevado. Su mujer le detuvo en el quicio de la puerta, y le rogó con lágrimas no arriesgase su vida. Salió poco á poco de sus manos, y se fué silenciosamente. Cuando pasó cerca de la estatua de su padre, se detuvo en silencio, la miró sin proferir una sola palabra, y continuó el camino suspirando.

Así que llegó el Aventino, Fulvio envió dos veces sus hijos con un baston para hacer al cónsul proposiciones de arreglo. Opimio puso al jóven en la cárcel, y condujo la infantería contra los que él llamaba rebeldes. Cayo, retirado en el templo, queria darse la muerte. Sus amigos se lo impidieron, y se dejaron degollar para darle tiempo de huir. Se ocultó en un bosque dedicado á las *Furias*, y fue muerto por su esclavo. El cónsul habia prometido á cualquiera que le trajese las cabezas de Fulvio y de Cayo el oro que pesaran. Un Septimuleyo cogió la de Cayo, quitó de ella los sesos para echar plomo en su lugar, y la llevó al cónsul en la punta de una pica.

Los partidarios de los Gracos fueron exterminados en número de mas de tres mil. Opimio levantó un templo á la Concordia en señal de triunfo. Pero el pueblo manifestó todo el sentimiento que le causaba la muerte de sus bienechores. Les erigió estatuas, consagró los sitios en que habian muerto, y se acostumbró á llevar á ellos las primicias de los frutos de cada estacion. Muchos ofrecian allí todos los dias sacrificios como en un templo. Su madre Cornelia soportó esta desgracia con mucha resignacion. Decia muchas veces, hablando de los edificios sagrados que habian construido en los mismos lugares en que habian sido muertos : *Tienen las tumbas que merecen.*

CAPITULO II.

Mario. Sus grandes expediciones militares. Yugurta y los Cimbrios (1).

(121-100.)

Los intereses del pueblo y de la libertad son sagrados. En una gran nacion siempre hay hombres de corazon para defenderlos contra el despotismo de los tiranos. Si siempre hubo opresores en Roma, en los últimos tiempos de la república, la libertad no se dejó ahogar sin resistir á sus enemigos. Los Gracos, á pesar de su genio y valor, sucumbieron; pero de sus cenizas nació al mismo tiempo el invencible Mario. Descendiente de una familia oscura, y sin tener, como los hijos de Cornelia, el prestigio de un nombre y de un ilustre nacimiento, el ciudadano de Arpino fué á buscar en los campos de batalla la gloria que necesitaba para mezclarse con ventaja en las luchas del Foro. Estando Roma amenazada á la vez al mediodia por Yugurta y al norte por los Cimbrios y Teutones, derrotó sucesivamente todos estos bárbaros. Trajo á Yugurta cautivo á Roma, y exterminó los Teutones y Cimbrios en la Gália é Italia. Su gloria resaltó sobre todos los hombres nuevos, é hizo á los nobles menos desdeñosos con respecto á ellos.

§ I. Guerra de Yugurta (118-104).

Principios de Mario. « Cuando el último de los Gracos cayó, herido mortalmente, arrojó el polvo hácia el cielo y de este polvo nació Mario. » Este nuevo defensor del pueblo, nacido en la aldea de Arpino de padres oscuros y pobres, tenia el mismo despego que Caton. Siempre desconoció las costumbres y usos de Roma, desdeñó el lujo y la molicie, y despreció la ciencia y los sabios. Scipion el Africano adivinó

(1) Autores que se pueden consultar : Entre los antiguos : Salustio, *Bellum Jugurthinum;* Plutarco, *Vida de Mario.* Entre los modernos, ademas de las historias generales ya citadas, consúltense tambien : Desbrosses, *Historia de la República romana en el curso del siglo* VII *por Salustio;* Vertot, *Revoluciones romanas.*

su genio en el sitio de Numancia. Una tarde que daba de cenar á todos sus oficiales, habiéndole preguntado uno quién podria reemplazarle dignamente á la cabeza de los ejércitos, tocó con suavidad en la espalda de Mario diciendo : *Acaso será este*. Esta palabra de Scipion fue como una voz divina que despertó el genio militar de Mario. Pero este gran capitan fue siempre un político muy mediano.

El favor de Metelo le abrió la carrera de los honores elevándole al tribunado. Mas cuál no fue la admiracion de los nobles cuando le vieron usar de su autoridad para reprimir sus manejos y facciones. Metelo y el cónsul Costa se opusieron con viveza á su ley, pero triunfó de su resistencia. El pueblo aplaudia la firmeza de su tribuno, cuando Mario le irritó, no menos que habia irritado á la nobleza, impidiendo una distribucion gratuita de trigo que querian hacer á los pobres. Desde entonces nadie le sostuvo. Cuando se presentó para la edilidad curul y para la edilidad plebeya, recibió dos afrentas en un mismo dia. Poco tiempo despues no faltó mucho para rehusarle la dignidad de pretor. Aun cuando fue nombrado el último, todavía le acusaron de haber comprado los votos. Despues de haber escapado con gran trabajo á la condena, fué á librar la España ulterior de los robos que en ella se cometian. A su regreso tuvo bastante suerte para unirse á los nobles, casándose con Julia, abuela de César. Cecilio Metelo, que acababa de encargarse de la guerra de Africa contra Yugurta, le eligió para lugarteniente suyo, proporcionándole de este modo ocasiones para que desplegara sus talentos militares.

Causas de la guerra de Yugurta. Esta guerra de Numidia se suscitó despues de la muerte del cobarde y tímido Micipsa, hijo y sucesor del valiente y fiel Masinisa. Este débil príncipe habia dividido su reino entre Adherbal é Hiempsal, sus dos hijos, y su sobrino el ardiente Yugurta. Este último, que se habia hecho conocer y amar de los Romanos en el sitio de Numancia al que Micipsa le envió con la esperanza de deshacerse de él, resolvió despues de la muerte de su tio apodesarse de toda la Numidia. Por de pronto armó lazos al jóven

Hiempsal y le hizo perecer. Despues atacó á Adherbal, le despojó de sus Estados, y le obligó á ir á Roma para implorar el socorro del senado. Los senadores, corrompidos por el oro de Yugurta, no se mostraron muy sensibles á sus desgracias. Sin embargo, para paliar sus prevaricaciones, enviaron comisarios á Africa con el objeto de dividir la herencia de Micipsa entre los dos monarcas. Los paises cuyo territorio era mas fértil y los habitantes mas belicosos fueron designados á Yugurta, pero no se contentó con esto. Así que se fueron los diputados, atacó abiertamente á Adherbal, le derrotó cerca de Cirta (*Constantina*), le sitió en esta ciudad y le hizo morir en los tormentos mas terribles, despreciando la capitulacion.

Este crímen atroz hubiera quedado impune si Memio, tribuno del pueblo, no hubiese descubierto todas las intrigas de Yugurta, y no hubiera hecho conocer de qué modo este príncipe habia cautivado á todos los nobles por medio de sus dádivas. No se pudo responder á sus alegaciones, y fue necesario confiar á uno de los cónsules la guerra de Numidia. Calpurnio Bestia fue encargado de ella ; pero apenas desembarcó con sus legiones, el oro del Numida paralizó su actividad. Hizo pues con él un tratado ridículo que le aseguraba, por medio de algunos pequeños sacrificios, la posesion pacífica de su reino. El pueblo, excitado por su tribuno, se enfureció al saber esta noticia, y pidió que el mismo Yugurta viniese á Roma para justificarse. El monarca se presentó allí confiando en su oro y presentes. Luego que se halló delante de sus jueces, Memio le echó en cara todas sus maldades y le invitó á que respondiese. Otro tribuno, Bœbio, se lo prohibió. El pueblo, burlado por sus indignos manejos, se retiró manifestando su furor con gritos y gestos amenazadores.

Algunos dias despues se hablaba de elevar al trono de Numidia á Masiva, nieto de Masinisa. Yugurta lo sabe y le hace dar de puñaladas. Aunque el crímen fuese manifiesto, todavía trató de justificarse. ¡ Vanos esfuerzos ! el senado le dió órden para que saliese de Italia Dícese que al alejarse de Roma marchó mucho tiempo en silencio, y que despues se volvió

hácia ella diciendo : *Ciudad venal, en breve perecerias si encontraras un comprador.*

Consulado y hazañas de Metelo (108). Al principio enviaron contra el bárbaro al cónsul Albino, quien se dejó siempre engañar por las hábiles maniobras y las lentitudes calculadas del Numida (110). Su hermano Aulo comprometió despues todo el ejército por su incapacidad y loca presuncion. Yugurta le atrajo una celada, le hizo pasar bajo el yugo con sus legiones, y que prometiese evacuar la Numidia en el término de diez dias (109). Estas noticias consternaron á Roma y la llenaron de dolor. Q. Metelo fue elegido para reparar todos estos desastres (208). Era un hombre de una actividad infatigable y de una virtud á toda prueba. Designó á Mario por teniente suyo, levantó nuevas tropas, se proveyó de dardos y armas de toda especie, y se apresuró á ir á Africa.

Encontró las tropas que le entregó Albino en el mayor desórden. Los soldados ya no conocian regla alguna, no daban guardias, se alejaban de su bandera á voluntad, y se entregaban á todos los placeres de la vida mas corrompida. Metelo reprimió todos estos abusos, y entró en el pais enemigo con la mayor circunspeccion. Encontró á los Numidas cerca de Vacca (en el reino de Tunez), y les dió una batalla. Yugurta, apostado en una colina, tenia la ventaja de la posicion, los Romanos la del valor. La victoria fue incierta mucho tiempo. En fin, despues de heróicos esfuerzos los Romanos dispersaron á los Numidas y les hicieron huir.

Yugurta reunió un nuevo ejército, y se retiró á sitios cubiertos y fortificados por la naturaleza. Dejando allí la infantería, tomó lo mejor de la caballería y se puso á perseguir é inquietar sin cesar á los Romanos. Batió á Mario delante de Sicca, y obligó al cónsul á levantar el sitio de Zama, y á tomar cuarteles de invierno en la provincia romana, fuera de la Numidia. Desesperanzado Metelo de vencer el bárbaro, indujo á Bomilcar, su favorito, para que se le entregase muerto ó vivo. Los pérfidos consejos de este indigno ministro fueron la causa de que Yugurta negociase con el cónsul. Le entregó trescientos mil marcos de plata, todos los elefantes, una gran

cantidad de armas y caballos, casi todos los tránsfugas, en una palabra, cuanto habia pedido para obtener la paz. Habiendo exigido despues Metelo que el mismo Numida se pusiese á la discrecion del pueblo romano, el barbaro se acordó de la suerte de los Cartagineses, y volvió á principiar la guerra con furor.

Reunió su ejército, empleó amenazas y promesas para volver á ganar las ciudades que le habian abandonado, fortificó las que le quedaban, hizo fabricar ó comprar armas y máquinas nuevas, trabajó para introducir la discordia entre las guarniciones romanas y corromper sus esclavos, en fin agitó y removió todo con sus intrigas. Los habitantes de Vacca, seducidos por sus palabras, mataron todos los Romanos que se encontraban en sus muros, y se entregaron á él. En represalias Metelo sorprendió esta ciudad y la destruyó enteramente. Todos los habitantes fueron muertos ó reducidos á la esclavitud.

Consulado de Mario (107). En medio de estas escenas de sangre fue cuando Mario vino á pedir á Metelo licencia para ir á Roma con el objeto de solicitar el consulado. El orgullo del cónsul se burló de las pretensiones del hombre nuevo, del ciudadano de Arpino. *Todavía será tiempo,* le dijo burlándose, *cuando mi hijo se presente como candidato.* Como todavía faltaban veinte años para que su hijo tuviese la edad, esta palabra pesó como un remordimiento en el alma de Mario. Desde aquel momento no cesó de desacreditar la conducta de Metelo, su bienhechor, atribuyendo los sucesos de los Numidas á sus lentitudes, diciendo en todas partes que si tuviese la mitad del ejército á su disposicion, seria en pocos dias dueño de Yugurta. Todos los soldados creian estas bravatas y escribian á Roma que Mario era el hombre que se necesitaba para terminar la guerra. Cansado Metelo de todas estas invectivas, le concedió el permiso, pero solamente doce dias antes de la eleccion. Mario se apresuró á dar á la vela, é hizo la travesia en cuatro dias. El pueblo le recibió con entusiasmo, y le nombró por decirlo así por aclamacion.

Entonces no guardó consideraciones á nadie. En todas

partes exclamaba que su consulado era una victoria conseguida contra los nobles y los ricos; atacaba á Bestia y Albino con motivo de su derrota, y les preguntaba para qué les habia servido la nobleza de sus antepasados; acusaba á Metelo de cobardía y de molicie, y se vanagloriaba de matar á Yugurta por su mano, ó de traerle á Roma encadenado. Para halagar al pueblo, recibió en sus ejércitos á todos los proletarios, diciendo que era preciso considerar menos el nacimiento que el valor en la eleccion de los soldados.

Sus hazañas en Africa. Cuando llegó á Africa, Metelo, indignado de la conducta del pueblo romano que le quitaba el honor de terminar esta guerra, no quiso verle; le hizo entregar el mando del ejército por su teniente Rutilio. Mario llevó al principio sus legiones á un canton fértil y les abandonó todo el botin. Así que hubo ganado su afecto por medio de sus dádivas, les hizo atacar plazas poco importantes y poco dificiles de tomar, para inflamar su valor con estos primeros triunfos. Yugurta se habia unido con su suegro Bocco, y contaba con fuerzas duplicadas. Mario perseguia á ambos con igual ardor. Observaba todas sus marchas prevenia sus estratagemas y designios, y tenia continuamente á los suyos en alerta y á los enemigos en alarma. Despues de haberles vencido en diversos encuentros, tomó el partido de atacar sucesivamente todas las plazas fuertes. La poderosa ciudad de Capsa, situada en medio de las soledades mas áridas, cayó en su poder sin que le costase un solo hombre. Sus soldados le admiraban, y el enemigo estaba yerto de terror. Bocco, fatigado de tantos desastres, pensó desde entonces en ponerse en salvo perdiendo á Yugurta.

Llamó cerca de sí al cuestor de Mario, Sila, quien le habia hecho algunos servicios durante la guerra. Entregándose Sila á la fe del Numida, se fué á su córte; pero cuando llegó á ella, el bárbaro cambió de sentir, y pareció arrepentirse de su mal designio. Estuvo perplejo muchos dias, no sabiendo si habia de entregar su yerno ó retener á Sila. Se decidió, en fin, por la traicion, y entregó á Yugurta vivo en manos de Sila. En recompensa dieron á Bocco parte de la Numidia,

bajo el nombre de Nueva Mauritania; con otra porcion se formó un pequeño reino para Hiempsal, hijo de Gulusa; y el resto fue reunido á la provincia romana.

Triunfo de Mario (104). Habiendo traido Mario su ejército de Africa, entró en Roma en triunfo, é hizo ver á los Romanos, dice Plutarco, un espectáculo que apenas podian creer: á Yugurta cautivo. Dícese que durante la marcha del triunfo, el desgraciado monarca perdió el sentido, y que concluida la pompa fue conducido á una cárcel, donde los lictores impacientes por despojarle, desgarraron su vestido, y le arrancaron las dos puntas de las orejas para quitarle los anillos de oro que llevaba. Arrojado desnudo en un calabozo y perdido el juicio, dijo sonriéndose: *Hércules me valga, qué frias están vuestras estufas.* Murió miserablemente despues de haber luchado seis dias enteros contra el hambre.

§ II. Expediciones de Mario contra los Cimbrios y Teutones (113-101).

Invasion de los Cimbrios y de los Teutones. Apenas se sabia en Roma la prision de Yugurta cuando ya se concibieron temores por una invasion terrible de los Bárbaros. Los Cimbrios y los Teutones, arrojados de su pais por una inundacion del mar Báltico, se precipitaron hácia el Occidente para buscar tierras en él. El violento Boyorix mandaba los Cimbrios, los Teutones tenian por gefe al gigantesco Teutoboke que de un salto salvaba seis caballos puestos de frente. Estas hordas amenazadoras, que contaban mas de trescientos mil combatientes, se mostraron á los Romanos cerca de Noreya, bajo los Alpes tridentinos, con sus mujeres, hijos y ancianos padres montados en carros. El cónsul Papirio Carbo, á quien el senado envió contra ellos, les engañó con perjurios, y no por eso dejó de ser vencido (113)

Derrota de los ejércitos romanos (113-105). Dichosamente para Roma la horda victoriosa penetró en la Iliria, la arrasó totalmente, y no volvió á aparecer sino tres años despues en los

valles de los Alpes helvéticos. Muchas tribus de los Helvetas, los Ombrienos ó Ambrones, los Tigurinos (*Zurich*) y los Tugienos (*Zug*) se unieron á ellos, y todos los desastres de la invasion cayeron sobre la Gália central (110). Derrotaron sucesivamente á las legiones de Silano, de Casio y de Scauro que emprendieron detener sus devastadoras correrías (310-107). Despues de todas estas brillantes hazañas, dudaron si descenderian á Italia para exterminar allí todos los Romanos ó reducirles á la esclavitud. *Os lo aconsejo*, dijo Scauro, que asistia cargado de cadenas á este debate, *no paseis los Alpes, no pongais el pié en Italia, porque mi patria es invencible,* Boyorix, indignado de tanta audacia, atravesó al Romano con su espada, pero sus palabras despertaron en el alma de los bárbaros sus antiguos terrores, y les impidieron pasar los Alpes

El cónsul Cepion, enviado por el senado contra ellos con un nuevo ejército, nada importante hizo al principio. Se contentó con castigar á los Tectosagos de Tolosa que quisieron hacer alianza con los bárbaros. Su ciudad fue enteramente saqueada, y los tesoros sagrados que encerraba fueron robados; pero los que tocaron á estas riquezas fueron por ello castigados tan horrorosamente que para designar un hombre perseguido por una furia implacable, se decia : *Tiene oro de Tolosa* (106). El siguiente año habiéndole sido enviado el cónsul Malio como colega por el senado, se suscitó entre los dos generales una especie de rivalidad que fue fatal para todo el ejército. Los bárbaros se aprovecharon de estas disensiones, y les mataron ochenta mil soldados y cuarenta mil esclavos ó criados del ejército (105).

Mario es enviado contra los bárbaros (104). La noticia de esta derrota esparció en Roma una consternacion no menos profunda que el desastre de la famosa jornada de Allia. El pueblo, alarmado, creyó poder anular las leyes y nombrar cónsul á Mario que todavía estaba en Africa. Conservó este empleo por espacio de tres años; y el ciudadano de Arpino, no menos grosero y terrible que los bárbaros que iba á combatir, tuvo la dicha de ver á los enemigos abandonar la Gália para invadir la España, adonde fueron á destruirlo y

saquearlo todo. Este atraso le dió tiempo para acostumbrar los soldados al trabajo, para sujetarles á una disciplina austera y enseñarles á despreciar las fatigas. Mientras esperaba á los bárbaros, les hizo excavar un canal, la *fossa Mariana*, para desembarazar los embocaduras del Ródano.

En fin, aparecieron los Teutones y los Ambrones. Al salir de España, la horda se dividió en dos ejércitos : los Cimbrios se dirigieron á Italia por los Alpes tridentinos al través de la Helvecia y de la Norica, mientras que los Teutones y los Ambrones habian de derrotar las legiones de Mario y unirse á los demas bárbaros en las orillas del Pó, pasando por los Alpes marítimos.

Derrota de los Teutones. Cuando Mario vió la division ambroteutona descender el Ródano, retrogradó hácia el mar, y colocó su campo de suerte que cubria las dos vias romanas que conducian á Italia. Allí esperaba á los bárbaros á pié firme. Estas hordas horrorosas, cuya voz y gritos nada tenian de humano, provocaron largo tiempo al cónsul para que se batiese. Mario se burló de sus desafios, contuvo el ardor inconsiderado de los soldados, les acostumbró al tono duro, á la vista y á todos los movimientos de aquellos hombres del Norte. Los Teutones, fastidiados de esta inaccion, levantaron el campo, pasaron á lo largo del de los Romanos por espacio de seis dias enteros, tan numerosos eran, y les preguntaban con burla si tenian que decir alguna cosa á sus mujeres, puesto que bien pronto las verian en Roma. Mario les siguió hasta Aix (*Aquæ Sextiæ*), y se detuvo allí para darles una batalla. Tomó posicion en un punto muy ventajoso y en el que no abundaba el agua. Habiéndole hecho observar los soldados que iban á sufrir cruelmente de la sed, les mostró con la mano un rio que bañaba el campo de los bárbaros : *Allí es*, les dijo, *donde es preciso ir á comprar agua con el precio de vuestra sangre.* — *¿Porqué pues*, le respondieron, *no nos llevais al momento, mientras que todavía corre sangre por nuestras venas?* — *Antes es menester*, respondió Mario con dulzura, *fortificar nuestro campo.*

Los soldados obedecieron, mas no tardó en empeñarse el

combate. Los Ambrones fueron derrotados en un combate de las avanzadas. Los que escaparon de este primer degüello se retiraron al campo de los Teutones, en el que introdujeron la alarma y el desórden. « Durante toda la noche, dice Plutarco, dieron gritos horribles que parecian no quejas ó gemidos humanos, sino aullidos y bramidos de fieras, mezclados con amenazas y lamentos ; los gritos de esta inmensa multitud resonaban en las montañas vecinas y en las concavidades del rio. Este ruido terrible se oia en toda la llanura; los Romanos estaban aterrados, y el mismo Mario, admirado, creia ser atacado de noche, y temia el desórden. Mas no salieron del campo aquella noche, ni al dia siguiente; empleando todo este tiempo en prepararse y disponerse para la batalla. »

Habiendo Mario colocado á Marcelo en una emboscada con tres mil hombres de infantería, él mismo fué á buscarles á su campo, y les mató mas de cien mil hombres. Los montones de cadáveres que se pudrieron al sol y á la lluvia en esta vasta llanura le hicieron dar el nombre de *Campi Putridi*, hoy *Pourrières*. La tierra fue abonada con su sangre de tal modo que fue muy fértil por espacio de mucho tiempo. El cónsul victorioso hizo escoger entre las armas y los despojos lo que habia de mas rico y precioso, é hizo á los dioses un sacrificio magnífico. Vestido de púrpura y ceñido á la romana tenia una antorcha en la mano para pegar fuego á la hoguera, cuando vinieron á anunciarle que por la quinta vez habia sido nombrado cónsul.

Derrota de los Cimbrios. El pueblo le habia vuelto á elegir porque no estaba libre de todos sus temores. Mientras que Mario exterminaba á los Teutones, los Cimbrios habian destruido en Italia al ejército de Cátulo. Al saber esta noticia, Mario se fué á Roma, reanimó la confianza del pueblo, se apresuró á juntarse con las legiones romanas en la alta Italia, é hizo venir de las Gálias su ejército victorioso. Los Cimbrios rehusaron largo tiempo empeñar el combate, bajo pretexto de que esperaban á sus hermanos los Teutones, y sus embajadores pidieron á Mario tierras para sí y para

aquellos bárbaros. *No os inquieteis por vuestros hermanos*, les dijo el cónsul chanceándose, *tienen la tierra que les hemos dado, y la conservarán para siempre.* Habiendo exclamado los bárbaros que los Romanos serian castigados por estas burlas, primero por los Cimbrios y despues por los Teutones, cuando llegasen. *Ya están ahí*, replicó Mario, *y seria poco delicado que os marcháseis sin haberles saludado.* Al momento les mostró los gefes de aquellos bárbaros cargados de cadenas.

Se dió la batalla en los llanos de Verceil. Mario tuvo la destreza de poner á los Cimbrios en una falsa posicion. El sol y el polvo les cegaban, y todos se dejaron exterminar, ó huyeron á sus trincheras. « Allí fue, dice Plutarco, donde se vió el espectáculo mas trágico y terrible. Las mujeres, vestidas de negro, y colocadas sobre los carros, mataban ellas mismas á los fugitivos, de los cuales unos eran sus maridos y otros sus hermanos ó padres; ellas ahogaban á sus hijos con sus propias manos, les arrojaban bajo las ruedas de los carros ó bajo los piés de los caballos y en seguida se mataban á sí mismas. Los hombres, á falta de árboles para ahorcarse, se ponian al cuello nudos corredizos que ataban á los cuernos ó á las piernas de los bueyes, y picándolos despues para hacerlos correr, perecian ahogados ó pisoteados por estos animales. A pesar del gran número de los que así se mataron, hicieron mas de sesenta mil prisioneros y degollaron ciento veinte mil (1). »

Triunfo de Mario. Mario, ensoberbecido con estas hazañas, no queria ya ser comparado mas que á los dioses. Los Romanos le concedieron unos honores reservados hasta entonces á la Divinidad. Le ofrecieron las primicias de su mesa é hicieron algunas libaciones en honor suyo. El pueblo le dió el título de tercer fundador de Roma, igualándole así á Camilo y á Romulo. Los mismos nobles humillaron su orgullo delante su genio, y exclamaron con un historiador de su partido: *No, Roma no tiene que arrepentirse de haber criado á Mario.*

(1) Plutarco, trad. de Ricard.

CAPITULO III.

Mario y Sila. Guerra social (1).

(100-79.)

Cuando Roma quedó libre de los Cimbrios y de los Numidas, la gran lucha del pueblo contra los nobles se principió de nuevo con un encarnizamiento increible. Pero despues de la muerte de los Gracos el debate se ha aumentado extraordinariamente. Ya no se trata solo de los diversos órdenes que componen la ciudad: la guerra estalla entre Roma y sus aliados. Segun lo comprendia Cayo Graco, la base de la constitucion se ha ensanchado, los Italianos piden el derecho de ciudadania, y cuando vieron que se les rehusaba con terquedad, tomaron las armas. La guerra civil no está ya pues encerrada en los muros de la ciudad de Rómulo; tiene por teatro la Italia entera. Tal es la causa y el objeto de la guerra social. Cuando los aliados han obtenido lo que desean, la lucha se continúa entre los antiguos y nuevos ciudadanos. Mario y Sila son los gefes de estos dos partidos. El primero quiere ahogar en su sangre la aristocracia, y llena á Roma de los mas horribles asesinatos; el segundo quiere aniquilar al pueblo por los mismos medios y multiplica sus proscripciones. Por desgracia ambos consiguen su objeto. La aristocracia y la democracia han de sucumbir igualmente en medio de esta anarquía, y veremos que el despotismo se eleva sobre sus restos en menos de un siglo.

§ I. Guerra social. Destierro de Mário (100-87).

Falsa política de Mario. El vencedor de los Cimbrios y de los Teutones no tenia genio mas que para la guerra. En el Foro no volvia á encontrar aquella constancia é intrepidez que mostraba en los combates; una palabra de alabanza ó vituperio le ponia fuera de sí mismo. Sentíase inclinado por

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Entre los antiguos: Plutarco, *Vidas de Mario y de Sila;* Apiano, *De bello civili;* Floro y Veleyo Patérculo; entre los modernos todas las historias generales indicadas anteriormente.

carácter á sostener los pequeños contra los grandes, y á defender los derechos de los Italianos contra las pretensiones del senado y del pueblo de Roma; pero jamás tuvo valor para confesar su designio. Su doblez é irresolucion nicieron fracasar todas sus medidas, y le deshonraron á los ojos de todos los partidos.

Así que volvió de sus gloriosas expediciones, halagó al pueblo haciendo distribuir á los pobres las tierras ocupadas por los Cimbrios en la Transpadana, y dando á sus veteranos cincuenta fanegas de tierra en Africa. Era esta una especie de ley agraria semejante á la de los Gracos. El populacho de Roma se mostraba celoso de un favor que solo aprovechaba á los aliados y habitantes de las tribus rústicas. Mario indispuso tambien contra sí á todos los nobles desterrando á Metelo, su antiguo bienhechor. Si hubiera manifestado firmeza, habria podido al menos hacer frente á todos sus enemigos. La nulidad de su colega le entregaba el consulado, y era dueño de la pretura y del tribunado por Glaucias y Saturnino, sus criaturas. Pero en lugar de usar de todo su poder se manifestaba embarazado de tamaño cargo. Dejóse eclipsar por Saturnino, á quien los Italianos en su entusiasmo saludaban con el título de rey, y se vió obligado despues por el senado á tomar las armas contra sus propios partidarios. Así tuvo la bajeza de sitiar en el Capitolio á Glaucias y al mismo Saturnino y condenarles á muerte con todos sus satélites. Metelo, á quien hizo desterrar, fue en seguida llamado á pesar suyo, y recibido en Roma con una pompa triunfal (99). El débil Mario se avergonzó tanto de ello que marchó para Capadocia, bajo pretexto de ir á cumplir los sacrificios que habia prometido á la madre de los dioses, pero en realidad para excitar á Mitridates y á los reyes de Asia con el fin de sublevarse contra Roma. Tenia la esperanza de ser elegido para someter estos rebeldes y recoger nuevos laureles.

Tribunado de Livio Druso (92). Sin embargo los Italianos estaban abandonados á la merced de sus enemigos. Una ley dada por L. Craso y M. Scévola les habia ordenado salir de Roma y volver á su patria. El tribuno Livio Druso, hombre

elocuente y probo, volvió á desempeñar el papel de los Gracos y les defendió. En lugar de sancionar su destierro, propuso darles el derecho de ciudadanía, distribuir á los indigentes dinero y tierras, abrir el senado á los caballeros, y devolver las sentencias á los senadores. Este sistema moderado, que tenia la pretension de conciliar todos los intereses, vejó á todos. Los senadores creyeron que serian degradados, si recibian caballeros en su asamblea, los caballeros se quejaron de que les quitarian los votos, y la plebe de Roma vió con pena que los aliados se repartian sus privilegios. Solo los Italianos estaban satisfechos. Rodearon á Druso, pero no fueron bastante hábiles para evitar el golpe que le amenazaba. El fiero tribuno murió asesinado exclamando: *Nadie dirigirá la patria con intenciones mas puras que las mias.*

Guerra social (91). Los autores de su muerte derogaron todas sus leyes y declararon traidor á la patria á todo aquel que propusiese conceder á los aliados el derecho de ciudadanía. Estos se arrojaron al partido de la revolucion, y pidieron á la fuerza lo que la ley les rehusaba. Los Marsos dieron el ejemplo bajo las órdenes de Pompeyo Silo, su valiente general. Los Picentinos, Peligaios, Campanios, Apulios, Lucanios y principalmente los Samnitas rivalizaron en ardor para unirse á ellos. Esta terrible confederacion tuvo por capital á Corfinio, en el territorio de los Pelignios, y se creó un foro, una curia y un senado. Roma, yerta de terror, multiplicó sus alistamientos de tropas, hizo un llamamiento á todos sus mas hábiles generales, y envió legiones al Samnio y al pais de los Marsos. Esta guerra fue terrible; se evalúa en mas de trescientos mil el número de los que murieron en ella. Mario habia aceptado el mando de un ejército, pero le repugnaba derramar la sangre de los que habia defendido y amado siempre. Pretextó padecer de los nervios y renunció su destino. Sila, el hombre de la nobleza, se complació por el contrario en tratar con rigor á aquel populacho. Hizo una guerra de exterminio en la Campania y el Samnio, y marcó en todas partes su paso con asesinatos é incendios.

Despues de todos estos excesos los Romanos se vieron en

el caso de ceder. Julio César al pronto hizo adoptar una ley que acordaba el derecho de ciudad á todos los Latinos y Ombrios que permanecieron fieles. Despues vino la ley Plantia que hizo extensivo este privilegio á toda la Italia (88).

Rivalidad de Mario y de Sila. Desgraciadamente la guerra no podia terminarse por estas concesiones; lo único que sucedió fue que cambió de teatro y de carácter. Una enemistad profunda habia de separar naturalmente á los antiguos ciudadanos de los nuevos. Al principio se reunieron estos en ocho tríbus que eran las últimas en las votaciones, lo cual era una manera de hacer inútiles sus sufragios y onerosos sus derechos. Los Marsos, Ombrios y Etruscos, en una palabra, todos esos pueblos venidos de diferentes partes de Italia, se indignaban de haber hecho un largo viaje para asistir en vano á las decisiones del Foro y á las elecciones del Campo de Marte. Mientras que los candidatos buscaban con ardor los sufragios de los demas ciudadanos, se irritaban al ver desdeñados los suyos. Mario se puso de su parte, y propuso una ley en virtud de la cual habian de ser repartidos en las treinta y cinco tríbus con los demas ciudadanos. Vió que se levantaba contra él Sila quien heria su orgullo hacia mucho tiempo, atribuyéndose la gloria de haber cogido á Yugurta y puesto fin á la guerra de Numidia. Estos dos hombres parecian haber nacido para combatirse. Su orígen, su carácter, la naturaleza de su genio, el objeto de su ambicion, todo era contrario en ellos. La oposicion de Sila, el gefe de la nobleza, no sirvió sino para que el publicano de Arpino fuese mas ardiente para hacer pasar su ley, y lo consiguió. En pago, los Italianos le dieron el mando de la guerra contra Mitridates.

Sila marcha contra Roma. Sila, que antes habia estado encargado de ella, se indignó. Por la injusticia del pueblo, hizo que los soldados participasen de su resentimiento y marchó contra Roma. El pueblo, que estaba desarmado, subió á los tejados, é hizo caer sobre las legiones una infinidad de tejas y piedras que les impedian avanzar. Entonces Sila sin consideracion á sus amigos, aliados y parientes, pone fuego á las

casas y ordena á sus soldados que le imiten. En un instante el hierro y el fuego le hicieron dueño de la ciudad. Al momento reunió el senado, hizo degollar al tribuno Sulpicio, y ofreció un premio por la cabeza de Mario, á pesar de Scévola que tuvo bastante valor para exclamar: *No, jamás declararé enemigo de Roma al que la ha salvado de los Cimbrios.*

Destierro de Mario. Despues de haber llamado inútilmente en su auxilio á los esclavos, huyó Mario. Anduvo errante de aldea en aldea, y en seguida se embarcó en Ostía. Cansado del mar y de las tempestades, volvió á desembarcar en Circei, anduvo de nuevo errante y mendigando, y fué á ocultarse en los cañaverales de los pantanos de Minturnes donde fue descubierto. Dícese que habiendo enviado los magistrados de esta ciudad un esclavo para matarle, Mario le miró con orgullo, y le dijo con un ademan terrible: *Desgraciado, ¿te atreverás á matar á Cayo Mario?* El soldado atemorizado huyó exclamando: *No, yo no puedo matar á Cayo Mario.* No atreviéndose los Minturnios á dar muerte á tan grande hombre, le proporcionaron un barco para que se fugase. Llegó á Africa, donde esperaba encontrar algun socorro. El pretor Sextilio le envió un lictor para prohibirle la entrada en su provincia. El ilustre fugitivo, lleno de dolor, guardó largo tiempo un profundo silencio. En fin, habiéndole preguntado el lictor lo que deberia responder á su amo: *Dile*, respondió Mario suspirando profundamente, *que has visto á Mario sentado sobre las ruinas de Cartago.* Palabras de mucho sentido, como dice Plutarco, y que ponian á la vista de Sextilio la suerte de esta ciudad y la suya, como dos grandes ejemplos de las vicisitudes humanas.

§ II. Desde el destierro de Mario hasta el fin de la expedicion de Sila contra Mitridates (88-84).

Marcha de Sila. Al apoderarse de Roma, dijo Sila que venia á restablecer el reinado de la libertad. El pueblo le cogió la palabra y nombró cónsul á L. Cinna, uno de sus mas ar-

dientes adversarios. El dia de su eleccion, prometió Cinna con imprecacion ser siempre fiel á Sila, pero pronto olvidó sus juramentos. Apenas principió á ejercer sus funciones le hizo acusar por el tribuno Virginio. Sila dejó á los acusadores y jueces todo el tiempo necesario para que debatiesen el proceso, y partió para hacer la guerra á Mitridates.

Sus victorias contra Mitridates. Este monarca, que habia hecho exterminar ciento cincuenta mil Romanos en un dia, dominada en el Asia Menor, la Tracia, la Macedonia, la Grecia, y gobernaba veinte y cinco naciones, cuyas lenguas hablaba y comprendia (1). Cuando Sila llegó á Grecia, todas las ciudades le enviaron embajadores para llamarle. Atenas, dominada por el tirano Aristion, fue la única que se negó á rendirse. Sila la sitió y lo hizo con un vigor admirable. Cortó los maderos sagrados para hacer con ellos máquinas de guerra, echó abajo los árboles magníficos que daban sombra á las calles del Liceo y de la Academia, y robó todos los tesoros que la supersticion habia acumulado en Epídauro, Delfos y Olimpia. Con este dinero pagaba sus tropas, y decia muchas veces riendo : *¿ Cómo no he de ser dichoso, si los mismos dioses se encargan de los gastos de la guerra ?*

El tirano Aristion, por su parte, insultaba al general romano y á su mujer Metela desde lo alto de las murallas de la ciudad. El pueblo de Atenas, al ver este hombre feroz con ojos verdes y tez roja manchada de blanco, habia recuperado su humor satírico y repetia este verso de un chistoso :

Sila no es mas que una mora cubierta de harina.

El vencedor se vengó cruelmente de estas burlas. Permitió á sus soldados que todo lo robaran y que degollasen á cuantos encontrasen. La sangre derramada en la plaza llenó todo el Cerámico, rebosó por las puertas y corrió en los barrios. Despues de destruir las fortificaciones del Pireo y del arsenal, abandonó Sila el pais poco fértil del Atica, que no podia alimentar sus tropas y pasó á Beocia. Encontró los ejércitos de Mi-

(1) Véase mi *Compendio de la Historia antigua.*

tridates y los derrotó en Cheronea y Orchomeno. La primera de estas victorias solo le costó catorce hombres; pero en Orchomeno sus tropas principiaban á huir, cuando él mismo se arrojó en medio de los enemigos exclamando: *Romanos, glorioso será para mí morir aqui; en cuanto á vosotros, cuando os pregunten dónde habeis abandonado á vuestro general, acordaos de responder que en Orchomeno.* La palabra y el ejemplo del gefe hicieron que los fugitivos volviesen al combate, y los enemigos fueron otra vez derrotados.

Triunfo del partido de Mario en Roma. Mientras que Sila obtenia algunas victorias contra los enemigos de la República, Roma degollaba á sus partidarios y ponia el cetro en poder de Mario. L. Cinna quiso derogar todo cuanto habia hecho Sila y repartir de nuevo los Italianos en las treinta y cinco tríbus. Los antiguos ciudadanos tomaron las armas, inundaron las calles de Roma con la sangre de los aliados y declararon que Cinna habia decaido del consulado. Este se puso á la cabeza de los Italianos; reunió treinta legiones y volvió á llamar á Mario y á todos los desterrados. El publicano de Arpino, irritado por la desgracia, meditaba en su alma terribles venganzas. Sin querer aceptar ningun título ni distincion, se puso á la cabeza del ejército, batió las tropas del senado bajo los muros de Roma y sitió esta ciudad. El hambre y la peste obligaron en breve á los sitiados á rendirse. Cinna se hizo reconocer cónsul antes de recibir la sumision del senado. Mario, deteniéndose en la puerta, dijo con una ironía llena de orgullo que habiéndole desterrado una ley de Roma, era preciso otra que le permitiese entrar en ella. Todavía se estaban recogiendo los votos del pueblo, cuando sin esperar el fin de esta vana formalidad, entró á la ciudad con todos sus satélites.

Estos mataban indistintamente á todos aquellos que Mario les designaba de viva voz ó por señas. Aun se convino que serian degollados todos aquellos á quienes Mario no saludase, ó dejara pasar sin hablarles. Sus amigos no se aproximaban á él sino temblando. Cinna habria querido poner un término á estos degüellos; pero el feroz vencedor de los Cimbrios

trató á su patria como á una ciudad tomada por asalto, y continuó haciendo matar á todos los que le eran sospechosos. Veíase por todos los caminos y ciudades correr las gentes, segun la expresion de Plutarco, como perros de caza, persiguiendo á aquellos que se habian escondido ó huido. Lo que hacia temblar principalmente, era la brutalidad de los satélites de Mario, quienes despues de haber muerto al dueño de la casa, deshonraban á los hijos y á las mujeres, sin que fuese posible reprimir su lujuria y crueldad.

En medio de todos estos horrores, Mario se hizo nombrar cónsul por la sétima vez. Presentia que iba á tener que combatir en breve los ejércitos victoriosos de Sila, y este pensamiento le llenaba de cuidados é inquietud. En vano buscaba en el sueño una tregua á sus remordimientos y un remedio á sus penas. Unas pesadillas espantosas le ponian en una especie de delirio perpetuo, que arruinó rápidamente todas sus fuerzas. Murió el décimosétimo dia de su consulado. Su muerte causó á los Romanos la mayor alegría, porque se creyeron libres de la tiranía. Pero en esta última edad de la República, la tiranía no tuvo interregno en Roma. Muerto el tirano, ¡ viva el tirano ! Despues de Mario, Sila.

Paz de Sila con Mitridates (84). Habiendo sabido el vencedor de Mitridates que se habia decretado en Roma su proscripcion y que triunfaba Mario, se apresuró á hacer la paz con el del Ponto. Tuvo con él una entrevista en Dardan en la Tróade, y le dictó con orgullo sus condiciones de paz : Retirarás, le dijo, tus tropas de todas las ciudades que no poseias antes de la guerra, devolverás á Nicomedes la Bitinia, á Aribarzanes la Capadocia y todos los prisioneros sin rescate, me pagarás dos mil talentos y me proporcionarás ochenta navíos equipados con quinientos arqueros; en fin, dejarás tranquilos á todos los amigos y aliados de los Romanos. *¿Qué me dejas, pues ?* preguntó Mitridates. *Te dejo la mano que ha firmado el decreto de muerte de cien mil Romanos.* En efecto, hubiera podido hacerle cautivo y economizar treinta años de guerra á su patria; pero deseaba con impaciencia marchar contra los partidarios de Mario.

§ III. Desde la vuelta de Sila á Italia hasta su abdicacion (84-79).

Vuelta de Sila á Italia. Sila, para hacerse querer de los soldados, les abandonó todos los paises que atravesaban. Esta desgraciada Asia, robada ya por los publicanos de Roma y por Mitridates, fue devastada de nuevo por aquella soldadesca avara y cruel. Esos hombres groseros, que solo conocian la vida de los campos, estaban orgullosos porque habitaban los palacios, frecuentaban los baños y teatros y gozaban de todas las delicias de la Grecia. Así es que nada igualaba á su decision y afecto á Sila. Cuando llegó el momento de embarcarse para Italia, supieron que aquel necesitaba dinero. Al punto contribuyeron cada uno segun sus facultades, y le ofrecieron lo que pudieron reunir. Sila alabó su buena voluntad, inflamó su celo y llego á Italia.

Derrotó el ejército del cónsul Norbano en Canusio, ganó á su cólega Scipion, y le hizo pasar á su partido con todas las legiones. Batió en seguida en el Lacio los ochenta y cinco batallones del jóven Mario, á quien obligó á encerrarse en Prenesta, y supo que la victoria habia favorecido igualmente en todas partes á sus tenientes Pompeyo, Craso, Metelo y Serviliq. Su adversario mas terrible fue el Samnita Telesino. Este intrépido guerrero se habia colocado entre Roma y Prenesta para libertar á Mario; despues, cambiando de repente de parecer, se volvió bruscamente hácia la ciudad de Rómulo, diciendo á sus soldados, *que era menester aniquilar la madriguera de los lobos ladrones de la Italia.* Sila le sorprendió en el camino; el combate fue terrible. Los Romanos se retiraban ya, cuando Sila, fuera de sí mismo, sacó de su pecho una pequeña figura de oro de Apolo que llevaba siempre en las batallas; la besó con afecto y dirigió su oracion al dios pitio. Sus soldados volvieron á animarse, se restableció el combate, y Telesino fue muerto en medio de su derrota.

Sus proscripciones. El feroz vencedor hizo encerrar en el hipódromo seis mil Samnitas que habian escapado al hierro

de sus soldados, y les hizo degollar en él. Los gritos de sus víctimas retumbaron en el senado cuando Sila principiaba su arenga. *No es nada*, dijo á los senadores que temblaban, *hago castigar á algunos sediciosos*, y continuó su discurso con el mismo tono y sangre fria. Desde entonces ya no puso límites á su crueldad. Todas las mañanas publicaba una nueva lista de proscritos. Estos, cuyos nombres estaban inscritos en aquellas tablas fatales no habian de excitar la piedad y conmiseracion de nadie. Se castigaba de muerte al que se hiciese culpable de este acto de humanidad, aunque fuese el hermano, hijo ó padre de un proscrito. Un jóven romano, Metelo, asustado de esta tiranía sanguinaria, se atrevió á preguntar á Sila hasta dónde llevaria sus venganzas: *No lo sé*, respondió el bárbaro. — *A lo menos*, repuso Metelo, *declaradnos los que quereis sacrificar.* — *Asi lo haré*, dijo Sila; y al dia siguiente encontraron nuevas listas colocadas en la plaza.

« Pero, como dice Plutarco, lo que pareció el colmo de la injusticia, fue que infamó á los hijos y nietos de los proscritos y confiscó sus bienes. Las proscripciones no se limitaron solo á Roma; se extendieron á todas las ciudades de Italia. No hubo templos de los dioses, ni altar doméstico y hospitalario, ni casa paterna que no fuese manchada con asesinatos. Los maridos degollados en el seno de sus mujeres, los hijos entre los brazos de sus madres, y el número de las víctimas sacrificadas al odio ó á la cólera no igualaba ni con mucho al número de aquellos que eran degollados solo por sus riquezas. Así es que los asesinos podian decir: *A este lo que le ha hecho perecer es su bella casa; á aquel, sus magníficos jardines; á este otro sus baños soberbios* Un romano, llamado Quinto Aurelio, habiéndose puesto á leer por curiosidad los nombres de los proscritos, encontró el suyo: *¡Qué desgraciado soy!* exclamó: *mi casa de Alba es la que me pierde.* Apenas dió algunos pasos, cuando un hombre que le seguia le asesinó (1).»

Quedaron arruinadas ciudades enteras. Los Prenestinos, que habian recibido en sus muros al jóven Mario, fueron de-

(1) Plutarco, trad. por Ricard.

gollados en número de doce mil á la vista del mismo Mario. Las ricas ciudades de Spoleta, Terni y Florencia fueron vendidas á pública subasta. Toda la Etruria fue saqueada y la vieja raza etrusca destruida por el acero. Con ella pereció su idioma.

Su dictadura. Despues de haber derramado la sangre como el agua, el mismo Sila se nombró á si propio dictador. Los antiguos dictadores, elegidos solamente por un tiempo y con un objeto determinado, estaban investidos de un poder esencialmente conservador. Nada podian cambiar de las leyes ni de las instituciones existentes. Sila, por el contrario, se creyó libre de dar á la república una nueva constitucion y otras leyes. Habia hecho perecer todos los partidarios de Mario, y quiso borrar todos sus principios por medio de algunos decretos. Despues de haber inaugurado su dictadura por un espléndido triunfo, se presentó como el restaurador del imperio, y se esforzó en restablecer la república sobre sus bases primitivas. Este era un buen medio para despojar al pueblo de todas las conquistas que habia hecho durante muchos siglos, para devolver á la aristocracia todo el vigor que tenia cuando Bruto arrojó al último de los Tarquinios.

Así, segun la nueva constitucion, toda la autoridad estaba entregada en manos de los nobles. Sila limitó el poder de los tribunos, limitando su *veto* á los asuntos civiles y envileciendo su empleo; despojó al pueblo de la mayor parte de sus derechos, abolió la órden ecuestre, como una novedad desconocida en los bellos tiempos de la república, y esparció sus soldados por la Etruria y el Lacio para proteger y formar un pueblo nuevo en su organizacion tambien nueva. Al mismo tiempo arregló la administracion de la hacienda, reorganizó el órden judicial, devolvió á la antigua religion, menos por convicion que por política, su brillo y crédito, y publicó al mismo tiempo contra el lujo y la corrupcion una multitud de leyes de que él fue desgraciadamente el primer transgresor.

Su abdicacion (79). Cuando reconstituyó de esta manera la sociedad segun sus ideas y principios, la dictadura solo era á sus ojos un vano título. Su vida estaba protegida por trescientos senadores que habia colocado en el senado, diez mil

esclavos que manumitió, que siempre estaban á sus órdenes, y ciento veinte mil hombres que habia hecho propietarios en toda la Italia. Podia pues abdicar sin temor. Mas quiso mostrar en ello cierta ostentacion. Reunio el pueblo y le dijo : *Romanos, os devuelvo la autoridad sin limites que me habeis confiado y os dejo gobernaros por vuestras propias leyes. Si alguno entre vosotros quiere que le dé cuenta de mi administracion, estoy pronto á hacerlo.* Al momento despidió á sus lictores, y se mezcló entre la gente como un simple particular. Habiéndole insultado un jóven, se contentó con decir : *Este será causa de que no se vuelva á abdicar la dictadura.*

Se retiró á su morada, y dividió el tiempo entre el estudio y los placeres. Escribia sus *Memorias*, ó pasaba el tiempo en beber con los bufones. El cómico, el archimimo Sorix, el infame Metrobio, tales eran los hombres que tenian mas influjo para con él. Sus excesos le causa ronuna horrible enfermedad. Su cuerpo cayó en podredumbre, y murió roido por piojos y otros insectos que se renovaban incesantemente. Sus funerales tuvieron todo el brillo de un triunfo. Las damas romanas llevaron una cantidad prodigiosa de aromas , llenaron doscientos diez canastillos, é hicieron con cinamono é incienso dos estatuas de tamaño natural. Una representaba à Sila, la otra á un lictor que llevaba los haces delante de él. Pompeyo empleó todo su crédito para que se le hiciesen tales honores.

CAPITULO IV.

Pompeyo y Ciceron (1).

(70-63.)

Al llegar la república romana á su decadencia, participa de la movilidad que caracteriza á todas las repúblicas griegas. En lugar de ese desarrollo armónico y regular que hemos admirado en sus instituciones durante los primeros tiempos, ya no encontramos sino variaciones perpetuas debidas á los caprichos de los hombres que se suceden en el poder. Esta sociedad enferma se parece á un moribundo que se agita sobre el lecho del dolor, sin encontrar una posicion que le convenga. Así es que ensayó la democracia con Mario, adoptó otra vez el sistema aristocrático en tiempo de Sila, y buscó con Pompeyo y Ciceron un punto de apoyo en una region intermedia, resucitando la órden ecuestre y colmándola de favores. Sin embargo, en medio de estas fluctuaciones, progresaba el despotismo autocrático. Despues de haberse extenuado para defender su libertad, esta sociedad desgraciada habia de ser naturalmente presa del hombre de genio que emprendiese imponerle sus voluntades. Así es que el pueblo prepara sin saberlo ese deplorable desenlace, invistiendo á Pompeyo de una autoridad absoluta é irresponsable. El senado reclama, mas César lo aplaude. Su genio presentia que aquel rival le abria el camino, y que un dia seria llamado á recoger su rico despojo.

§ I. Guerra contra los partidarios de Mario hasta la muerte de Sertorio (78-72).

Estado de Roma á la muerte de Sila. A la muerte de Sila solo Pompeyo pudo recoger la herencia de su poder. Tenia la misma frugalidad y templanza que Caton, y se habia ilus-

(1) Autores que se pueden consultar: Plutarco, *Vidas de Pompeyo, de Sertorio, de Craso, de Lúculo y de Ciceron;* Salustio, *Conjuracion de Catilina y fragmentos;* Apiano, *De bello civili;* Dion Casio, cuya historia comienza en el año 69 antes de Jesucristo; Ciceron, sus arengas y cartas ofrecen curiosos datos; en fin, todos los compendiadores indicados anteriormente.

trado por su elocuencia en el Foro y por su valor en veinte batallas. Enemigo declarado de Mario, retó á Bruto, Scipion y Carbon, sus tenientes, y mereció ser saludado con el nombre glorioso de *imperator* por Sila la primera vez que le vió. El orgulloso dictador le estimaba tanto que siempre se levantaba delante de él y quitaba de encima de su cabeza el faldon de su túnica. Quiso aficionársele muy especialmente, y le hizo entrar en su familia casándole con su nieta Emilia.

Pompeyo fue bastante grande para conservar su independencia en medio de todos estos favores. Fué á Sicilia y Africa para combatir los últimos restos del partido de Mario en estas provincias, y los exterminó en pocos dias. Sila pareció inquieto de la gloria de este jóven de veinte y cuatro años, y le ordenó licenciase su ejército. Irritados los soldados de tal injusticia se subleveron; pero Pompeyo les calmó, y volvió á Roma á pedir el triunfo. Sila se lo rehusó, bajo pretexto de que no era pretor ni cónsul. El jóven guerrero, sin admirarse de esta resistencia, dijo al dictador considerase que habia mas gentes prontas á adorar el sol al levantarse que al ponerse. Esta palabra audaz sorprendió á Sila y exclamó: *¡ Que triunfe! ¡ que triunfe!* El vencedor de Africa hubiera querido triunfar sobre un carro tirado por cuatro elefantes, pero la puerta de la ciudad era demasiado estrecha, y hubo de renunciar á su proyecto fastuoso.

Para permanecer así libre é independiente cerca del imperioso dictador, era preciso fuerza y grandeza, y no es lo que menos honra á Pompeyo. Aunque partidario de Sila, nunca aprobó sus crueldades y furores, ni se mezcló en las proscripciones, y á pesar de no tener los haces consulares, ni el título y la dignidad de senador, á la edad de veinte y cuatro años, se atrevió á combatir uno de los candidatos propuestos por el dictador para el consulado, y obtuvo que se le prefiriese un hombre de su eleccion llamado Lépido. *Jóven*, le dijo Sila, *estais orgulloso por vuestra victoria. Pero os prevengo, no os durmais, velad con cuidado por vuestros propios negocios, porque teneis un adversario mas fuerte que vos.*

Pompeyo derrota á Lépido (77). Apenas murió se realizaron sus predicciones. Pompeyo tenia que quejarse del dictador, porque habia dejado legados á todos sus amigos, sin pensar en él. Hacia mucho tiempo que desaprobaba interiormente su constitucion, mas pensaba con razon que convenia no precipitar las cosas, y que la reaccion, para ser saludable, necesitaba ser meditada y preparada tranquilamente. Lépido, que no tenia tiempo de esperar, quiso por el contrario destruir al momento la obra de Sila, é ilustrar así su consulado. Propuso pues restablecer el poder tribunicio. Al oir esto los partidarios de Mario se reunieron al rededor suyo y le eligieron por gefe. Se puso á su cabeza, llamó á todos los proscritos, y en breve se presentó bajo los muros de Roma con un poderoso ejército. El senado le declaró fuera de la ley, y envió á Pompeyo contra él. El desgraciado cónsul fue derrotado sucesivamente delante del puente Milvio, en la Etruria y cerca de Cosa. Se refugió en Cerdeña, donde murió de pena, mientras que Pompeyo, su dichoso rival, triunfaba en la Cisalpina de Bruto y demas insurrectos (77).

Sertorio. Pompeyo llegó á ser el hombre del senado. Le enviaron pues á España para concluir con los últimos restos de la guerra civil que se habian reunido, como dice Plutarco, al rededor de Sertorio. Este general, que ha sido comparado á Anibal por el genio, nació en el pais de los Sabinos, en la pequeña ciudad de Nursia. Habia hecho sus primeras campañas bajo las órdenes de Scipion, en la época de la invasion de los Cimbrios y de los Teutones en la Gália. Como habia aprendido la lengua de estos bárbaros, se hizo espía de Mario, y le prestó importantes servicios antes de sus grandes victorias de Aix y Verceil. En la lucha que se suscitó entre Mario y Sila, tomó partido por el vencedor de los Cimbrios, desaprobando al mismo tiempo sus bárbaras crueldades.

Despues de la muerte de Mario se retiró á España, donde tuvo la destreza de conciliarse el afecto de los grandes y del pueblo por su moderacion y dulzura. Habiéndose puesto á la cabeza de un poderoso ejército, llevó tras sí los soldados á Africa y electrizó su valor con brillantes hazañas. La igno-

rancia les hacia ver en él un ser casi divino. Habia descubierto la tumba de Anteo, gigante de treinta codos; Diana le habia regalado una corza blanca que le revelaba el porvenir; sus palabras eran oráculos. La España, absorta con estas ideas supersticiosas, no titubeó ya en reconocer su dominacion, cuando le vió destruir la flota romana en un combate naval, exterminar á las legiones de Fidio cerca del rio Bétis, hacer huir al procónsul Domicio, derrotar á los tenientes del cónsul Metelo, y reducir al mismo cónsul á la última extremidad (79-76.)

Guerra de Pompeyo contra Sertorio (76). Se decia en Roma que Metelo era ya viejo, y no tenia bastante fuerza y actividad para combatir á un general que estaba, como Sertorio, en toda la fuerza y flor de la juventud. El senado envió pues contra este terrible adversario á Pompeyo, que habia librado ya á la república de tantos peligros. Pero apenas el discípulo de Sila pasó los Pirineos, fue derrotado por la habilidad sorprendente de su nuevo enemigo. Sertorio tuvo la ventaja en todos los encuentros. Le sorprendió delante de Lauron, cerca de Valencia, le venció en las orillas del Sauron, y acaso le hubiera destruido enteramente si Metelo no hubiese acudido. *Sin esta vieja*, decia el bárbaro riendo, *habria yo enviado este niño á Roma, despues de haberle dado azotes.*

Mitridates, maravillado de los sucesos del bárbaro, le envió embajadores para unirse con él contra los Romanos. Sertorio aceptó la alianza del rey de Ponto; pero no quiso cederle una sola provincia del imperio romano, de la que se consideraba ya dueño. Mitridates admiró este orgullo, y firmó las condiciones que le dictaba.

Muerte de Sertorio (72). Esta alianza con el Asia daba á la guerra de España un nuevo grado de importancia. Sertorio no era un bárbaro ordinario. Tenia un senado, foro, ejércitos y gobernadores. Todos los partidarios de Mario estaban prontos á secundarle en Roma y en toda la Italia. Era preciso vencerle, ó consentir en principiar de nuevo la guerra civil. No habiendo podido hacer nada los generales romanos por la fuerza, recurrieron á la traicion. Metelo hizo publicar al son ó toque de trompeta que daria cien talentos de plata y dos mil

fanegas de tierra al que le matase. Perpena, teniente de Sertorio, se dejó corromper por las ofertas seductoras del cónsul. Convidó á Sertorio á un festin, y le hizo degollar por los convidados. Pompeyo dió una batalla á este traidor infame, le hizo prisionero, y le envió al suplicio. Desde entonces los rebeldes concluyeron; se sometieron en todas partes, y Pompeyo volvió á Italia para concluir la guerra de los esclavos.

§ II. Guerras contra los esclavos. Euno, Atenion y Spartaco (132-71).

Estado de los esclavos. En el mundo antiguo, no se honraba el trabajo ni la industria. Abandonaban las artes y oficios á esa porcion degradada de la humanidad compuesta de esclavos. En los primeros tiempos de Roma los esclavos no eran numerosos; pero habiéndose multiplicado las necesidades con motivo del lujo y de la molicie, fue preciso mayor número de brazos para satisfacerlos. La guerra los proporcionó. Paulo Emilio, Mario, Pompeyo, César y todos los grandes capitanes hicieron en todas partes una multitud de prisioneros y les redujeron á esclavitud. Durante la paz, tambien habia comerciantes que negociaban con ellos. Como hoy van á Nigricia á hacer el *tráfico* de los negros, lo mismo iban entonces á los paises bárbaros de la Gália, de la Germania y de la Escitia. Así se proveian los mercados de las grandes ciudades de hombres salidos de todas las naciones. Cada pueblo tenia su reputacion de habilidad y de industria. Alejandría, dice M. Duruy, producia gramáticos; los mercados de Sides y Chipre, Asiáticos inteligentes y dóciles, pero corrompidos y guardados para la casa del dueño; la Grecia, hábiles preceptores; el Epiro y la Italia, buenos pastores; la Germania, la Gália y la Tracia, gladiadores; la Capadocia, vigorosos pero estúpidos trabajadores.

Todos los grandes propietarios poseian un número tan considerable de estos, que tenian un *nomenclator*, cuyo oficio consistia en saber su nombre de memoria. En los ejércitos

habia mas que soldados, y en las ciudades eran de tal modo superiores en número, que no se atrevian á hacerlos habitar en el mismo barrio, por temor de que ellos mismos conociesen su número. Habia ciudadanos que poseian muchos miles de ellos. Para conservar su autoridad se veian obligados á usar contra ellos de la crueldad mas atroz. De ahí aquellas leyes bárbaras que componen el código de la esclavitud antigua. El capricho del señor era muchas veces la única regla que decidia de la suerte de estos desgraciados. Por el mas mínimo delito se les ponia en cruz, se les pulverizaba entre dos ruedas de molino, ó se les azotaba hasta que fallecian. No poseian dinero, tierras, ni familia. Si llegaban á ser viejos ó á estar enfermos, se les depositaba en la puerta del templo de Esculapio; este dios era quien debia cuidarlos y curarlos.

Primera revolucion de los esclavos en Sicilia. Euno (131). Tan espantosa opresion necesariamente habia de producir revoluciones. La primera estalló en Sicilia á instigacion de un sirio llamado Euno. Se titulaba profeta, anunciaba que seria rey, y echaba fuego por la boca para probar su mision extraordinaria. Una nuez llena de azufre encendido y escondida en su boca operaba todo el prodigio. Sus compañeros de esclavitud, subyugados por su ignorancia y supersticion, se reunieron al rededor suyo y le llamaron el *rey Antioco*, como él se nombraba hacia mucho tiempo. Este nuevo monarca muy pronto se vió á la cabeza de un ejército de setenta mil hombres. Derrotó á los cuatro pretores, y se encontró dueño de toda la isla. Si hubiesen triunfado los doscientos mil rebeldes que entonces agitaban esta desgraciada provincia, la sociedad habria vuelto á caer en el mas espantoso caos. No se puede decir á qué excesos se entregaron estos hombres abyectos á quienes la esclavitud habia hecho extranjeros á toda civilizacion. No era á la fuerza material á quien pertenecia libertar la humanidad. Estos esclavos, despues de haber roto sus cadenas, hacian esclavos á los que eran libres antes que ellos; los papeles estaban cambiados en perjuicio de las luces. El cónsul Calp. Pison contuvo esta anarquía por me-

dio de una victoria, y Rupilio restableció la tranquilidad en la isla exterminando todos los rebeldes. El *rey Antioco* fue sorprendido en una cueva adonde se habia refugiado con su cocinero, panadero, bañador y bufon, y murió en las cárceles, devorado por la miseria.

Segunda revolucion. Atenion (103-100). La calma era solo aparente. Mientras que los Cimbrios pasaban los Alpes y llenaban á Roma de terror, estallaron muchas insurrecciones parciales en el Lacio y la Campania. Se hubiera dicho que estos acontecimientos anunciaban la venida de Spartaco. Cuando se calmaron estas sediciones en aquellos paises, el mal volvió á aparecer en Sicilia. Habiendo pedido Mario tropas á Nicomedes, rey de Bitinia, este monarca le respondió que las exacciones de los publicanos no habian dejado en su reino sino niños y viejos. Segun esta terrible revelacion, él senado prohibió que en el porvenir se hiciesen levas de esclavos en las provincias, y ordenó volver á poner en libertad á todos los que habian sido víctimas de aquellas injusticias. Licinio Nerva, pretor de Sicilia, encargado de la ejecucion de esta medida, ya habia devuelto la libertad á ochocientos esclavos, cuando los ricos propietarios se echaron á sus piés para rogarle que no les despojase así. Nerva interrumpió las manumisiones, mas los esclavos, irritados, se sublevaron. Un tal Salvio y el cicilio Atenion se hicieron sus gefes. Ambos hacian lo que querian de estas bandas groseras por medio de la supersticion Salvio tocaba la flauta y era arúspice. Segun decia, la divinidad era quien dirigia todos sus pasos. Se convencieron de ello desde el momento en que fue vencido el pretor enviado contra él. Atenion era astrólogo. No alistaba en su ejército sino los mas valientes, y exhortaba á los demas para que permaneciesen en sus talleres y se contentasen con procurarle los víveres y datos que necesitara. Si se le habia de dar crédito, el cielo le habia prometido el reino de Sicilia, y partia de este principio para impedir á sus soldados el saqueo. Se unió á Salvio, quien habia construido al rededor del fuerte de Tricalo una ciudad magnífica con su foro y su palacio.

Habiéndose presentado Lúculo para combatirlos, aceptaron la batalla cerca de Scirtea. Sus cuarenta mil esclavos se batieron bien; mas cuando vieron que Atenion estaba herido, huyeron. Salvio murió algun tiempo despues de esta derrota. Atenion quedo solo, se curó de su herida, y todavía consiguió brillantes triunfos. Para someterle, fue preciso enviar contra él á M. Aquileyo, colega de Mario. Este cónsul mató á Atenion en batalla campal, y exterminó á todos sus soldados. Solo quedaban mil; se rindieron, y fueron condenados á combatir contra las fieras. Prefirieron mas degollarse entre sí, y se pasaron mútuamente con sus espadas recibiendo grandes aplausos del populacho que presenció este espectáculo. Dicese que pereció mas de un millon de ellos en estas dos guerras.

Revolucion de los esclavos en Italia. Spartaco (73-71). Los esclavos del Lacio y de la Campania se sublevaron, mientras que Pompeyo hacia la guerra á Sertorio. Esta revolucion fue provocada por unos gladiadores que un tal Léntulo Batiato tenia encerrados para llevarlos al combate. Habiéndose escapado sesenta y ocho de ellos, entraron en la tienda de un pastelero, cogieron machetes y asadores y salieron de la ciudad. Encontrando en el camino carros cargados de armas de gladiadores, las cogieron y ocuparon un lugar muy fortificado. Despues eligieron por gefe á Spartaco, quien reunia á una gran fuerza de cuerpo y á un valor extraordinario una prudencia y amabilidad mas dignas de un griego que de un bárbaro. La primera vez que fue vendido en Roma, una serpiente se habia enroscado al rededor de su cara, y una profetisa declaró que esta señal le anunciaba un poder tan grande como terrible. En efecto, el puñado de valientes que mandaba hizo huir al ejército de Clodio, y este suceso atrajo bajo su estandarte una multitud de boyeros y pastores muy fuertes y ágiles. Con estas nuevas fuerzas batió á Varino y á sus tenientes; mas no le alucinó la victoria. Sintiéndose incapaz de triunfar del poder romano, condujo su ejército hácia los Alpes, y propuso á sus compañeros sacudir el yugo retirándose á su pais, unos á la Gália y otros á la Tracia. Pero

sus soldados, mas presuntuosos, desdeñaron sus consejos y prosiguieron su designio.

Tembló Roma, y encargó á sus dos cónsules reprimiesen esta revolucion, la mas terrible de las que habian estallado hasta entonces. Los dos cónsules fueron derrotados. El senado rogó á Craso, principal instrumento de las victorias de Sila, que continuase la guerra. El crédito y reputacion del general reanimaron el valor de las legiones. Despues de muchas maniobras, que manifestaban tanto la habilidad de Spartaco como la actividad de Craso, se batieron. Los esclavos fueron vencidos, y dejaron doce mil trescientos hombres en el campo de batalla. Spartaco, despues de esta derrota, hubiera querido retirarse á las montañas y prolongar en ellas la guerra; pero sus soldados, menos prudentes, le obligaron á llevarles de nuevo contra el enemigo. Antes del combate, Spartaco degolló su caballo diciendo: *Si soy vencedor, los encontraré bastante buenos entre los enemigos; si soy vencido, no tendré necesidad de él.* Su ejército fue derrotado enteramente. Abandonado de todos los suyos, combatió mientras le quedó una gota de sangre en las venas, y cayó muerto en medio de un monton de enemigos que habia tendido á sus piés.

Triunfo de Pompeyo. Craso rogó al senado llamase á Lúculo de Tracia y á Pompeyo de España para secundarle. Al entrar Pompeyo en Italia encontró en la Lucania los restos del último ejército de Spartaco que Craso acababa de destruir. Los atacó y derrotó con facilidad. Esto bastó para que su orgullo se atreviese á apropiarse el honor de haber terminado esta guerra. Escribió al senado: *Craso ha derrotado á los rebeldes; pero yo he extirpado las raices de la rebelion.* Craso, el verdadero vencedor, solamente tuvo la ovacion, mientras que concedieron el gran triunfo á Pompeyo, que se titulaba el *héroe invencible*, y se vanagloriaba de haber sometido en las Españas ochocientas setenta ciudades.

§ III. Restablecimiento del poder tribunicio. Guerra contra los piratas (70-67).

Reaccion contra el partido de Sila. Mientras que Pompeyo conseguia algunas victorias contra los esclavos y contra los últimos partidarios de Mario, el pueblo oprimido por Sila se habia esforzado para volver á adquirir sus derechos, y el Foro habia sido teatro de nuevas luchas. Los dos partidos, despues de violentos debates, se convinieron en elegir al mismo Pompeyo por árbitro. El pueblo que deseaba gozar de su favor, salió de la ciudad á su encuentro y le ofreció al mismo tiempo el triunfoyel consulado. Pompeyo que se habia quejado de Sila, y en el fondo de su pensamiento desaprobaba su constitucion, no disimuló ya. Devolvió al pueblo su libertad y su fuerza restableciendo el poder tribunicio, y excitó á sus partidarios para que creasen de nuevo la órden ecuestre.

Ciceron, que ya habia empleado su elocuencia contra Sila, se aprovechó de las quejas de los Sicilianos contra Verres, su inícuo cuestor, para quitar los juicios á los senadores. Tomó la defensa de esta provincia, y elevó este asunto judicial á la altura de un acontecimiento político. Hizo la pintura de todos los excesos que se habian permitido los senadores, desde que les habian hecho jueces y partes, abandonándoles á la vez los juicios y la administracion de las provincias. Estas elocuentes palabras llenaron de indignacion al pueblo, y á pesar del senado la autoridad judicial fue devuelta á los caballeros.

Para dar á la nueva órden toda su antigua gloria, Pompeyo quiso presentarse á los censores como simple caballero. Descendió al Foro, precedido de todo el aparato de la dignidad consular, y llevando él mismo su caballo por la brida : *Pompeyo el Grande*, le dijo el censor, *¿habeis hecho todas las campañas que la ley exige? — Si*, respondió Pompeyo, *las he hecho todas y nunca he tenido otro general que yo.* Esto era arrogancia; pero el pueblo no vió en ello sino grandeza, y

le costó trabajo moderar sus transportes de alegría. Los censores volvieron á acompañar á Pompeyo á su habitacion, con el objeto de satisfacer á la multitud que les siguió con grandes aplausos.

Guerra contra los piratas. Pompeyo se habia hecho popular; pero era el hombre menos capaz de desempeñar el papel demagogo. Tenia demasiado orgullo y grandeza, y pensaba mucho mas en cautivar á los Romanos por el respeto y la majestad que por su dulzura y adulacion. La guerra contra los piratas le sacó muy á propósito de su embarázosa posicion. Estos bárbaros eran dueños de todo el mar desde la Fenicia hasta las columnas de Hércules. En cada provincia conquistada por los Romanos, todos los vencidos que no querian vivir bajo la ley del vencedor; ó que preferian mejor ser bandidos que esclavos, iban á aumentar su número. Los soldados de Mitridates se unieron tambien á ellos el dia en que Sila obligó al rey de Ponto á licenciar su flota. En muchos sitios tenian arsenales, puertos y torres de observacion muy bien fortificados; sus flotas estaban llenas de buenos remeros y de pilotos hábiles, y sus robos continuos les hacian vivir en el lujo y la abundancia. Nada era sagrado para ellos. Robaban los templos mas sagrados, y ofrecian á los dioses sacrificios abominables. El nombre romano, respetado por todos los pueblos, era para ellos un objeto de burla y de desprecio.

Ya habian enviado en su persecucion dos generales, el cónsul Servilio que ganó el sobrenombre de *Isáurico* en tres gloriosas y penosas campañas (68), y Metelo á quien llamaron *Crético* porque les echó de la Creta (68). Pero despues de estos reveses parciales no dejaron de ser formidables. Sus buques se cruzaban por todo el Mediterráneo, é impedian que los convoyes de Sicilia y de Cerdeña llegasen á Roma.

Victoria de Pompeyo contra los piratas (67). Para destruir á estos bárbaros, el pueblo revistió á Pompeyo de una autoridad absoluta, y le confirió por tres años el mando de todos los mares y de todas las costas del Mediterráneo hasta cuatrocientos estadios tierra adentro. Los nobles reclamaron contra esta concesion ilimitada que parecia consagrar la monarquía;

pero César, advertido por sus secretas inclinaciones, sostuvo el decreto y le hizo aprobar. Pompeyo recibió dobles fuerzas de las que el pueblo le habia prometido y jamás hubo una expedicion mas brillante. Dividió el mar en trece regiones á las que destinó sus diferentes escuadras, y en cuarenta dias limpió el mar de Toscana y el de las Baleares. Su dulzura para con los piratas multiplicó las defecciones. Estos infelices se entregaron de tropel con sus mujeres, hijos y navíos. Los que resistieron fueron destruidos. Pompeyo quemó mil trescientos buques, dispersó todas sus fuerzas en una gran batalla en Coracesio en Cilicia, y diseminó á los que habian escapado al acero de los vencedores en diferentes ciudades; á unos los colocó en las ciudades menos pobladas de la Cilicia, á otros en Soli cerca de la embocadura del Cidno, y tambien en la ciudad de Dima en Acaya, donde habia pocos habitantes. Se hallaba ocupado en visitar las ciudades de su gobierno, cuando el tribuno del pueblo Manilio hizo dar un decreto que le encargaba de la guerra conta Mitridates en detrimento de Lúculo.

§ IV. Guerras contra los pueblos del Asia. Mitridates. Tigrano (82-63).

Segunda guerra contra Mitridates. La opresion de las provincias habia favorecido los primeros triunfos de Mitridates. La misma causa excitó á todas las provincias que él habia abandonado á los Romanos para volver á caer en su poder. Los publicanos perseguian de la manera mas atroz á todos los deudores. En Asia extendian á estos desgraciados en el lodo durante el invierno, y los exponian al sol en el verano, los encarcelaban, y los obligaban muchas veces á vender sus mujeres è hijos para satisfacer la codicia de sus perseguidores. Mitridates se aprovechó de este descontento universal. Invadió la Bitinia que Prusias habia legado por testamento al pueblo romano, ocupó al mismo tiempo la Capadocia, y se unió, como hemos dicho, con Sertorio y los piratas (74). El

senado confió esta guerra importante á Lúculo, uno de los tenientes mas distinguidos de Sila.

Victorias de Lúculo (73-66). Lúculo no habia sido todavía gefe de expedicion. Durante la travesía, leyó á Polibio, Jenofonte y demas autores que habian tratado del arte militar, para aprender de estos grandes escritores las cualidades necesarias á un general. Nadie puede decir qué fruto sacó de todas estas lecturas; pero lo que hay de cierto, es que comprendió que en todas las cosas el tiempo es un gran maestro y un hábil artífice. Dejó disiparse el ejército de Mitridates que no era mas que un conjunto de diferentes naciones, y se aprovechó de esta circunstancia para restablecer la disciplina en sus tropas y el órden en la provincia. Despues atacó á Mitridates delante de Cizique, y le obligó á levantar el sitio de esta ciudad. La Bitinia, la Paflagonia y la Capadocia cayeron en su poder. Mitridates abandonó en la fuga á sus mujeres en Farnasia, y se refugió cerca de Tigrano, su yerno, en Armenia. Su esposa Monima trató de ahogarse con su diadema real, mas se rompió. *Maldita diadema*, exclamó indignada, *ni aun para eso sirves.*

Tigrano era el rey mas grande del Asia occidental. Habia subyugado á los Partos, civilizado á los Arabes Scenitas y vuelto á poblar toda la Mesopotamia. Los Sirios le habian rogado que tomase su reino bajo su proteccion, y Mitridates en la época de su gloria se vanagloriaba de ser su aliado, y cuando le abandonó la fortuna, buscó un asilo en sus Estados. Tigrano le recibió con frialdad, porque no queria declararse enemigo de los Romanos; mas su orgullo fue halagado con el honor que le hacia su suegro. Sometió la Mesopotamia, conquistó la Fenicia, extendió sus posesiones hasta el Egipto, y tomó el título de *rey de los reyes* (70).

Lúculo le significó que entregase Mitridates á los Romanos, y habiéndose rehusado á ello pasó el Tigris y el Eufrates, y penetró con quince mil hombres en el interior de la Armenia. *Como embajadores,* dijo Tigrano, *es demasiado; pero como guerreros, es demasiado poco.* A pesar de sus burlas fue derrotado por este puñado de hombres de corazon y de valor.

Antes de la batalla habian dicho á Lúculo que aquel dia estaba marcado como nefasto desde que Cepion habia sido vencido por los Cimbrios : ¡ *Y bien !* respondió el valeroso general, *yo haré que sea dichoso,* y cumplió su palabra. Despues de la victoria, tomó á Tigranocerta (69), y fué á derrotar de nuevo cerca de Artaxata (68) á Mitridates que habia reunido los restos del ejército vencido,

Pompeyo sucede á Lúculo (66). En el ínterin, el pueblo romano entregó á Pompeyo el mando de todas las provincias y de todas las tropas que Lúculo tenia bajo sus órdenes. El senado tuvo miedo de esta autoridad despótica que amenazaba á Roma con la tiranía, mas el decreto fue sancionado por los sufragios unánimes del pueblo. Lúculo se manifestó indignado al ver que así se le quitaba el honor de concluir una guerra que habia comenzado y proseguido con tanto éxito. Comparaba á Pompeyo á un ave de rapiña, cobarde y tímida, que se arroja sobre los animales que no ha matado para devorar sus cadáveres. Así era, añadia, como se habia atribuido las derrotas de Sertorio, de Lépido y de Spartaco, aunque eran obra de Craso, Metelo y Cátulo.

Estas quejas eran fundadas, pero no por eso dejó de ceder el mando de las legiones al gran Pompeyo. Este nuevo general, no menos dichoso que hábil, venció á Mitridates, y vió á Tigrano á sus piés felicitándose de haber sido vencido por semejante héroe. Pompeyo le dejó la Armenia con el título de aliado del pueblo romano; pero continuó persiguiendo al rey de Ponto. Le derrotó de nuevo en las gargantas del Cáucaso, y creyó que habia muerto en medio de aquellas naciones salvajes.

Conquistas de la Siria y de la Palestina (64). En seguida descendió á Siria y Palestina para hacer la conquista de estos dos reinos. La Siria se hallaba entonces en la situacion mas deplorable. No pudiendo hacerse obedecer Antioco el Asiático que Lúculo le habia dado por rey, habia en todas las ciudades una infinidad de tiranuelos que se desgarraban entre sí. Pompeyo, para concluir con ellos, declaró todo el pais provincia romana (64). En Palestina se declaró árbitro entre

Hircano II y Aristóbulo II, que se hacian mútuamente la guerra. Despues de haberles oido, se pronunció contra Aristóbulo, y le sitió durante tres meses en el templo de Jerusalen. Hircano II se comprometió por reconocimiento á pagar á los Romanos un tributo anual (1).

Fin de Mitridates (63). Entonces volvió á aparecer Mitridates. Salió de las montañas del Cáucaso, se presentó en el Bósforo y anunció un proyecto gigantesco. Queria sublevar los Tracios, subir por el Danubio hasta las Gálias, llamar á todos los bárbaros que encontrara á su paso, y caer desde lo alto de los Alpes sobre la Italia. Tal fue el plan de Atila. Sus soldados se asustaron de tal empresa. Su hijo Farnaco le hizo traicion. Para evitar la vergüenza de caer en manos de sus enemigos, se envenenó como Anibal; pero no habiendo surtido efecto el brebaje, se hizo matar por un esclavo. Farnaco entregó la cabeza de su padre á Pompeyo, quien le recompensó por su parricidio dándole el Bósforo Cimeriense.

Entonces fue, dice Montesquieu, cuando Pompeyo concluyó la magnífica obra de la grandeza romana. Dejó la Capadocia á Ariobarzano, la Gran Armenia á Tigrano, la Judea á Hircano, el Bósforo á Farnaco, y redujo á provincias la Siria y la Fenicia bajo el nombre de Siria; la Bitinia, la Paflagonia y el Ponto bajo el de Bitinia; la Cilicia y la Panfilia bajo el de Cilicia.

§ V. Ciceron y su consulado (63).

Política de Ciceron. En aquellos desgraciados tiempos aun se encontraron hombres que tuvieron fe en la virtud. El hijo de un batanero de Arpino, llamado Ciceron, era de este número. Toda su ambicion fue la de salvar la libertad que veia amenazada por todas partes. El triunfo de la nobleza le hacia temer el despotismo, y que si se daba todo el poder al pueblo, cayese á la anarquía. La igualdad de las dos órdenes habia

(1) Véase mi *Compendio de la historia antigua.*

de perpetuar para siempre la guerra civil. Ciceron, en frente de todos estos riesgos, creyó que para salvar la libertad, era necesario atemperar aquellas dos órdenes con una tercera, y restablecer los caballeros. Este era el objeto político de sus largos alegatos contra el grosero Verres, y era tambien el motivo de todas sus complacencias hácia Pompeyo. Su elocuencia hizo olvidar la oscuridad de su nacimiento, y su moderacion hizo que los nobles y el pueblo le elevasen al consulado por unanimidad.

Su consulado (93). César, celoso de su popularidad, trató de arrebatársela proponiendo una ley agraria por el órgano del tribuno Rulo. Esta ley aspiraba á renovar la tiranía de Sila. Establecia diez comisarios revestidos de un poder absoluto, y les daba el derecho de disponer como dueños de la Italia, de la Siria y de todas las nuevas conquistas de Pompeyo, de vender las tierras públicas, de establecer colonias, de levantar tropas, de juzgar y desterrar á quien quisieran. Ciceron combatió en el senado la nueva ley, y admiró de tal modo á los que la habian propuesto que no encontraron palabras para responderle. Los tribunos le citaron ante el pueblo. Se presentó á él á la cabeza del senado, y habló con tanta elocuencia que fue rechazada la ley.

Despues quiso que los caballeros fuesen distinguidos de la multitud en los teatros. Cuando el tribuno trató de ejecutar esta órden, el pueblo se sublevó y llenó el teatro de confusion. Ciceron acudió, llamó al pueblo al templo de Belona, le habló, y cambió de tal modo sus sentimientos que le hizo aplaudir la medida que poco antes habia combatido. Este fue uno de los mas bellos triunfos de su elocuencia. Pero el descubrimiento de la conspiracion de Catilina hace toda la gloria de su consulado.

Catilina y su conspiracion. Catilina era de una familia ilustre y tenia todas las cualidades de un gefe de partido. Era audaz y valeroso; en el campo de batalla podia arrostrar todas las privaciones y fatigas, y agradaba al pueblo mostrándose liberal, oficioso é insinuante. Educado en medio del crímen, habia muerto á su suegro, y degollado su mujer é hijo para

consumar una union adúltera. Mientras que fue pretor en Africa, habia aniquilado su provincia bajo el peso de sus exorbitantes exacciones.

Habia en Roma una infinidad de individuos llenos, como él, de deudas y crímenes. En Italia, habiéndose abandonado á la molicie y á la ociosidad todos los veteranos de Sila, solo soñaban el pillaje de las riquezas que tenian á la vista. Catilina se unió á todo este populacho, y pidió el consulado. Si recibia una afrenta, su objeto era sublevar toda la Italia, incendiar todos los barrios de Roma, y reinar en su pais despues de haberle cubierto de ruinas. Prometia á sus partidarios libertarles de sus deudas y enriquecerles. Cuando Ciceron fue nombrado cónsul, no ocultaba sus designios. *El pueblo romano*, habia dicho en el senado, *es un cuerpo robusto, pero sin cabeza ; ya se la daré.* Ya habia hecho preparar tropas en la Ombria, la Etruria y el Sammio. Ciceron vigilaba sus pasos ; pero como no tenia pruebas jurídicas que oponerle, no se atrevia á atacarle. En fin, M. Craso, M. Marcelo y Scip. Metelo habiendo descubierto al cónsul todos los proyectos de los conjurados, reunió el senado en el templo de Júpiter Stator, y dijo contra Catilina estas terribles palabras : *¿ Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia ?* El conspirador, asustado, salió al momento de Roma, y se fué al campo de Manlio, su cómplice.

Faltaba conocer á los conjurados que él dejaba en Roma. Dos embajadores de los Alobrozos, que habian ido á Roma para quejarse de las exacciones de su gobernador, les denunciaron á Ciceron con la esperanza de conseguir de él lo que desaban. Estos bárbaros lo habian sabido todo, porque los conjurados les habian hecho entrar en su complot, persuadidos de que les ayudarian á sublevar las Gálias. El cónsul dió parte al senado de estas nuevas revelaciones. Se deliberó acerca de la suerte de los culpables, y fueron condenados á muerte.

Triunfo de Ciceron. Ciceron hizo ejecutar esta terrible sentencia mientras que los generales de la república iban a combatir á Catilina. Este desgraciado, que al principio habia

contado bajo sus estandartes mas de veinte mil soldados, en breve se vió abandonado de casi todos los suyos. Solamente hubo tres mil que le fueron fieles. Obligado á combatir, despidió su caballo antes de la batalla, como habia hecho Spartaco, y se batió como un desesperado. Todos sus compañeros imitaron su heroismo y se defendieron hasta la muerte. El cuerpo de Catilina fue encontrado bajo un monton de cadáveres y su cabeza enviada á Roma.

Toda la multitud hizo á Ciceron los mayores honores. Le llamaban el salvador y nuevo fundador de Roma. Él mismo concibió tanta vanidad que cansó á sus mismos admiradores por la costumbre que tenia de vanagloriarse. En el senado, en las asambleas del pueblo, en los tribunales, en todas partes y sin cesar tenia en la boca los nombres de Catilina y de Léntulo. Hasta llenó sus obras de sus propias alabanzas, y por esa razon, dice Plutarco, su estilo, muy dulce y gracioso, llegaba á ser insoportable, para sus oyentes; pero no tardó en expiar todos sus triunfos.

CAPITULO V

César (1).

Roma, extenuada por la corrupcion, no era bastante fuerte para conservar su libertad. Tenia necesidad de un dueño, y los menos perspicaces lo comprendian. Pompeyo hubiera querido desempeñar este papel de dominacion; pero era demasiado inconstante y tenia un alma demasiado débil para conseguirlo. Este trabajo le causó la muerte, y la historia se ha manifestado severa con respecto á él, porque no le ha considerado sino como tránsfuga de todos los partidos. César era el hombre que Roma y el mundo necesitaban. Desde el principio comprendió el sentido de su mision, y marchó derecho á su objeto, apoyándose con una mano en el pueblo y con otra en su espada. Estas dos palabras compendian todos los medios que empleó para llegar al poder. Ganó al pueblo y las provincias con sus favores, y se hizo temible por sus victorias. Una vez dueño del poder soberano, se mostró digno de su fortuna. Los vencedores y los vencidos, la Italia y las provincias, los grandes y el pueblo, todos pudieron invocar con igual confianza su autoridad protectora. Toda distincion de rangos y de partidos se borró ante sus vastas y sublimes concepciones, y puso los cimientos de esa unidad de civilizacion que habia de marcar en la historia de la humanidad el advenimiento de la dominacion romana.

§ I. Principios de César (100-58).

Nacimiento de César. Sus primeros años (100-65). El 12 de enero del año 100 nació César. Se decia descendiente de uno de los primeros reyes de Roma, Anco Marcio, y de la diosa Vénus; de donde concluia que en su familia se encontraba

(1) Autores que se pueden consultar. Entre los antiguos : César, *los Comentarios*; Suetonio, *Vita Jul. Cæs.*; Apiano, *De bello civili*; Dion Casio, Plutarco, *Vidas de Pompeyo, de César, de Caton de Utica, de Ciceron y de Bruto*; Ciceron, *Arengas y Cartas*; Salustio, *Cartas*; Veleyo Patérculo, etc. Entre los modernos, ademas de las historias generales ya indicadas: De Bury, *Historia de la vida de Julio César*; Am. Thierry, *Historia de los Galos*, tom. II y III.

la santidad de los reyes, señores de los hombres, unida á la majestad de los dioses, los señores de los reyes. A los diez y seis años fue electo sacerdote de Júpiter. Despues llegó á ser por alianza yerno de Cinna y sobrino de Mario. Sila hubiera querido obligarle á repudiar á Cornelia, su esposa, que le habia dado entrada en esta familia; pero cuando todos temblaban bajo la vara del dictador, César se atrevió á resistirle. Fue preciso que las Vestales uniesen sus súplicas á las de sus parientes y amigos para obtener del tirano el perdon del jóven temerario. *Vos lo quereis*, les dijo Sila, *consiento en ello; pero sabed que este jóven cuya vida me pedis con tanta instancia, será el enemigo mas fatal del partido que defendeis conmigo : hay en César mas de un Mario.*

Esta era una profecía. César, obligado á salir de Roma, recorrió la Grecia y el Asia, recogiendo las quejas de todas las provincias oprimidas, contrayendo alianzas con los hombres mas notables de las grandes ciudades, y estudiando las costumbres y necesidades de cada comarca, con el fin de satisfacerlas un dia para aumentar su popularidad. Cuando se debilitó el partido de Sila, sus amigos le hicieron volver á Roma. Inmediatamente despues de su regreso, empleó su elocuencia en servicio de las provincias atacando á sus opresores. Así es como acusó de cohecho á Dolabela, y litigó contra Antonio en favor de los Griegos despojados por sus inícuos pretores. Su afabilidad, su cortesía, sus gracias exteriores, la suntuosidad de su mesa y sus inmensas liberalidades le hicieron en breve el ídolo del pueblo. Habiendo sido nombrado tribuno de los soldados, usó de los derechos de su empleo para ayudar al restablecimiento del poder tribunicio. Cuando llegó á ser cuestor, le dieron el departamento de la España ulterior (68). Su ambicion se aumentaba diariamente. Dícese que habiendo apercibido en Cádiz en un templo de Hércules la estatua de Alejandro, se puso á llorar, porque, segun decia, nada habia hecho aun de memorable en una edad en que el héroe de Macedonia habia sometido ya todo el universo.

Su edilidad (65). Pidió su licencia, y volvió á Roma para trabajar en favor de su elevacion. Durante su viaje halagó

con las mas bellas esperanzas á las colonias romanas que pretendian el derecho de ciudadanía. Le confiaron la edilidad curul (65), y mientras que desempeñaba este destino, cautivó el afecto del pueblo dándole fiestas y juegos suntuosos. Cuando creyó haber aumentado suficientemente su crédito por medio de estos gastos, mandó hacer secretamente imágenes de Mario con Victorias que contenian trofeos, y las colocó por la noche en el Capitolio. Los nobles le acusaron de aspirar á la tiranía resucitando honores condenados por las leyes; pero el pueblo derramó lágrimas de alegría volviendo á vez la figura de Mario. En la exaltacion de su entusiasmo, elevaba á César hasta las nubes.

César electo sumo pontífice y pretor (63). Habiendo quedado vacante el pontificado supremo con la muerte de Metelo, César pretendió esta dignidad. Derramó el oro y la plata con tanta profusion que asustado él mismo de sus deudas, dijo á su madre el dia de su eleccion: *Madre, hoy me vereis sumo pontífice ó desterrado.* Fue preferido á sus rivales de una manera tan patente, que tuvo mas sufragios solo en sus tríbus que los que ellos obtuvieron en todas las demas reunidas. Desde entonces principiaron á temer á este jóven delicado y epiléptico, de una figura blanca y pálida, con los cabellos artísticamente rizados; porque ya no se sabia dónde se detendria la pasion que el pueblo habia concebido por él.

En el mismo año en que habia sido nombrado sumo pontífice, se le designó para la pretura. Entonces fue cuando estalló la conjuracion demasiado célebre de Catilina. Acaso hubiera sido posible á Ciceron convencer á César de haber sido del número de los conjurados; pero el cónsul temió que la autoridad de su nombre impidiese la condenacion de sus cómplices, y quiso mas hacer como que creia que era inocente.

César en España (61). César, al salir de la pretura, fue enviado á España con el título de gobernador. Sus acreedores se opusieron á su viaje; pero Craso, el mas rico de los Romanos, le prestó dinero y le puso en libertad. Apenas llegó á su departamento el nuevo gobernador, organizó diez cohortes, las unió á veinte que estaban ya armadas, marchó

contra los Lusitanos y Gallegos, y se avanzó hasta el mar exterior sometiendo algunas naciones que todavía no habian conocido el yugo de la dominacion romana. En todas partes estableció el órden y la tranquilidad; despues, cuando se enriqueció y satisfizo la avaricia de sus soldados, dejó la España y volvió á Roma.

Primer triunvirato (61). César, despues de su llegada, se apresuró á reconciliar Craso y Pompeyo, los dos primeros ciudadanos de la república, y á unirse con ellos. Tal fue el primer triunvirato. Cada uno encontraba su interés en esta alianza. Pompeyo, que habia vuelto del Asia, sufria al ver que el senado rehusaba con terquedad la ratificacion de sus actos y contaba con el crédito de César para sacarle de este embarazo. Craso esperaba obtener por la autoridad de Pompeyo y la influencia de César el poder soberano, que le era imposible alcanzar jamás solo con los recursos de su riqueza. César, reconciliando á Craso y Pompeyo, habia ido mas lejos que estos, porque habia comprendido que era el medio de absorber en él solo todo su poder. Caton, ese romano de otra época, que queria á catorce años clavar una espada en el pecho de Sila para librar á su patria de un tirano, Caton, el verdadero descendiente del rígido censor, se alarmó de esta coalicion, y la denunció como una conspiracion manifiesta contra la libertad. Bien hubiera querido separar á César del consulado, mas no pudo lograrlo. Solamente le hizo dar por colega á Bíbulo, su enemigo mortal.

Consulado de César (58). Esto dió poco cuidado á César. Al tomar posesion de su empleo, estableció que se llevaria un diario de todos los actos del senado y del pueblo, y que este diario se habia de publicar, lo cual era un medio de mezclar en todos los negocios al pueblo que le apoyaba. « Despues publicó una ley agraria, á la cual, segun Dion Casio, era imposible encontrarle defecto alguno. Entonces habia una multitud ociosa y hambrienta, y era indispensable emplearla en el cultivo. Por otra parte, era menester volver á poblar la Italia. César conseguia este objeto sin perjudicar á la república, ni á los propietarios. Dividia la tierras públicas y especialmente

la Campania entre los que tenian tres hijos ó mas. Capua venia á ser una colonia romana ; pero las tierras públicas no bastaban, y habian de comprar algunos bienes patrimoniales al precio en que estaban estimados por el censo. Los caudales que Pompeyó habia traido no podrian ser mejor empleados que en fundar colonias, en las cuales encontrarian colocacion los soldados que habian conquistado el Asia.

El dia en que fue presentada esta ley, Caton habló tan vivamente contra ella, que César, impacientado, le hizo prender y llevar á la cárcel. Pero el cónsul demócrata se apercibió muy pronto de que la virtud tambien tenia su popularidad. El luto del pueblo le obligó á mandar á un tribuno sacase á este arrogante republicano de las manos de sus lictores. Ciceron se ocultó en sus *villas*, no atreviéndose á callar ni á hablar. Bíbulo, el colega de César, resistió con todas sus fuerzas; pero Pompeyo y Craso apoyaron con viveza al triunviro. Habiéndoles rogado César que sostuviesen su ley contra los puñales de sus enemigos : *Si atacan con puñales*, dijo públicamente Pompeyo, *la defenderé con la espada y el escudo.* La ley pasó á pesar de Bíbulo y Caton, y un plebiscito obligó á todos los senadores y magistrados á que jurasen observarla bajo pena de muerte.

César, al principio de su carrera política, segun hemos dicho, se habia declarado defensor de las provincias oprimidas. Durante su consulado hizo dos leyes en su favor : una contra el cohecho, y otra para asegurar la independencia de las ciudades de la Grecia y garantizar su libertad á todos los paises conquistados. En seguida se concilió el afecto de los caballeros entregándoles la tercera parte del precio de los impuestos que habian comprado, ratificó los actos de Pompeyo en Asia, y vendió la alianza de Roma á Ptolomeo Auleto, rey de Egipto, y á Ariovisto, rey de los Suevos.

Su consulado estaba para concluirse, se le hizo continuar, y obtuvo por la ley del tribuno Vatinio el departamento de la Gália cisalpina y de la Iliria. El senado añadió á estas la Gália transalpina ó *cabelluda*, porque persuadido de que el pueblo se la daria, prefirió que César la recibiese de sus manos. *Ar-*

mais la tiranía, exclamó Caton, *y la poneis en una fortaleza sobre vuestras cabezas*. César, antes de salir para su gobierno, resolvió alejar de Roma á aquel eterno contradictor, como tambien á Ciceron cuya elocuencia le asustaba. Con este fin hizo de Clodio un plebeyo y le elevó despues al tribunado. Tenia este un genio inquieto, turbulento, ambicioso, y no soñaba sino la caida del partido aristocrático para elevarse sobre sus ruinas. Su primer decreto alcanzó á Ciceron, condenando al destierro á cualquiera que hubiese hecho morir un ciudadano sin juzgarle. El hombre nuevo de Arpino, que se habia oido llamar el *Padre de la patria*, por haber condenado á muerte á los cómplices de Catilina, se vió desterrado por esta misma accion.

Clodio no podia acusar á Caton; pero encontró en su virtud un pretexto para alejarle de Roma : *Muchos individuos*, le dijo, *me piden con las mas vivas instancias les envie á mandar en Chipre ; mas yo os considero como el único digno de aquel gobierno, y tengo un placer en nombraros para él*. Habiendo exclamado Caton que esta proposicion era un lazo y una injuria mas bien que una gracia : *¡ Pues bien !* replicó Clodio con un tono arrogante y despreciable, *puesto que no quereis ir voluntariamente, ireis por fuerza*. Se fué al momento á la asamblea del pueblo, é hizo adoptar en ella el decreto que enviaba á Caton á Egipto. Caton obedeció.

César, libre de los dos hombres que le inquietaban, marchó para las Gálias.

§ II. Guerras de las Gálias. Proconsulado de César (58-50).

Descripcion geográfica de la Gália transalpina. La Gália estaba limitada al este por los Alpes, al sur por el Mediterráneo y los Pirineos, al oeste y al norte por el Océano. El Rin fijaba sus límites al nordeste. Cinco grandes rios la surcaban en todas direcciones : al este el Ródano (*Rhodanus*), al mediodia el Garona (*Garumna*), al oeste el Loira (*Liyer*), al noroeste el Sena (*Sequana*), y al norte el Rin (*Rhenus*). Este magnífico territorio estaba ocupado por tres grandes familias : la familia iberia, la familia gala y la familia griego-jónia.

1. La familia iberia se dividia en dos ramas, los *Aquitanos* y los *Ligurios*. 1º El pais de los Aquitanos estaba comprendido entre los Pirineos, el Garona y el Océano. Los pueblos principales de esta nacion eran : los *Tarbelli* (Tárbes), los *Bigerriones* (Bigorre), los *Garumni* (en los manantiales del Garona), los *Auscii* (Auch). Dos pequeñas tribus galas, los *Bois* y los *Bituriges Vivisci*, vinieron á unirse á esta poblacion ibérica. Los *Boies*, de orígen kimrico, habitaban en los páramos de los *Tarbelli*; los *Bituriges Virisci*, de orígen galo, tenian por capital á *Burdigala* (Burdeos).

2º Los Ligurios se habian mezclado mucho con los Galos y Griegos. No conservaron el tipo original del Ibero tan puramente como los Aquitanos. En los tiempos que precedieron la conquista romana, se distinguian al occidente del Ródano, entre este rio y los Pirineos, la *Ibero-Liguria*, que estaba poseida por tres grandes pueblos, los *Sordos* ó *Sardos*, los *Elesikos* y los *Bebrikos*. Los *Sardos*, establecidos al pié de los Pirineos, se habian extendido mucho por el litoral de España; los *Elesikos* habitaban mas hácia el Ródano, y tenian por ciudades principales á *Nemansus* (Nísmes) y *Narbo* (Narbona); los *Bebrikos* ocupaban los Pirineos juntamente con los Cévenos. Pero cuando César llegó á la Gália, solo quedaban en la *Ibero-Liguria* los Sardos, y aun eran muy desgraciados y reducidos á un pequeñísimo número. Dos tribus *Volkas* ó *Belgas* habian invadido el pais. Los *Volkos Arekomicos* eran dueños del pais de los *Elesikos*, y los *Volkos Tectósagos* habian tomado posesion del de los *Berbrios*. *Toliosa* (Tolosa de Francia) era su capital.

La parte de la Liguria al este del Ródano llevaba el nombre de *Celto-Liguria*. Entre los diversos pueblos esparcidos por esta comarca, se distinguian los *Salios*, su capital *Arelato* (Arles), al sur del Duranzo, los *Albici*, su capital *Alebece Rejorum* (Riez), los *Vocontii*, encerrados entre el Duranzo, el Drac, los Alpes, al occidente de los Voconcíos; cerca del Ródano, habia tres pueblos de sangre gala : los *Segalauni*, los *Tricastini* y los *Cavari*.

II. La familia griego-jónica era una colonia de Foceos que vino á refugiarse á la Gália despues de haber sido arrojada de Córcega. *Massilia* (Marsella) era la ciudad importante de esta colonia. Tenia una infinidad de establecimientos en el Mediterráneo. Entre ellos se distinguian al este el pequeño puerto de Hércules *Monœcus* (Monaco), bajo las ultimas escarpas de los Alpes, despues venian *Nicæa* (Niza), *Antipolis* (Antibes), *Athenopolis*, *Olbia* (Eaube), y *Tauroentum* (el brazo de San Jorge). Aloeste, entre *Massilia* y los Pirineos, se encontraban *Heraclæa Cacabaria* (San Gil) y *Agatha Tyche* (Agda); en fin, al otro lado de

los Pirineos, sobre el litoral español, *Rhoda, Emporiæ* (Ampurias) *Halonis, Hemeroscopium* ó *Dianium* (Denia).

III. La familia gala se dividia en tres ramas: los Galls, los Galo-Kimris y los Kimris. 1° Una línea que partiendo de la embocadura del Tarn seguia por este rio, despues por el Ródano, el Isere, los Alpes, el Rhin, los Vosges, los montes Eduenos, el Loira, el Viena, y venia á unirse el Garona dando vuelta á la meseta de la Arvernia, circunscribia poco mas ó menos las posesiones de la raza gala. Encerraba veinte y dos naciones, las que se unian íntimamente á tres grandes pueblos, los Arvernos, los Eduos y los Sequaneses. La clientela de los Arvernos se componia de los *Helvii* (Vivareses); de los *Velauni* (Velay), de los *Gabales* (Gevaudan) de los *Rutheni* (Rouergue), de los *Nitiobriges* (Agen) y de los *Cadurci* (Quercy). La confederacion eduena comprendia, en los *Mandubii* capital *Alesia* (Alise), los *Ambones* (Bresse), los *Insubres*, los *Segusii* (Forez) y los *Bituriges* (Berri). La capital de los Eduos era *Bibracte* (Autun) y su segunda ciudad *Noviodunun* (Nevers). Los *Sequanenses* ocupaban el Franco Condado y una pequeña parte de la Alsacia. *Vesontio* (Besanzon) era su capital.

Independientemente de estas tres grandes naciones, habia todavía otras tres naciones galas muy importantes: los *Helvestas* (Suizos), cuyo territorio estaba comprendido entre el Rhin, el Jura y el Ródano; los *Allobroges* (Saboyanos), colocados sobre la falda occidental de los Alpes entre el Arva, el Isere y el Ródano, y las *tribus peninas* diseminadas en los valles de los altos Alpes.

2° Los *Galo-Kimris* confinaban al norte con el Sena y el Marne, al este con la frontera de los Galls, al sur con el Garona y al oeste con el mar. Esta familia contaba entre sus naciones mas meridionales: los *Petrocorii* (Perigueux), los *Lemovices* (Limóges), los *Santones* (Saintes), los *Pictones* (Poitiers), y los *Nannetas* (Nántes). Subiendo el Loira se encontraban los *Andegavi* (Angers), los *Turones* (Tours) y los *Carnutes* (Chartres). Al oriente de los *Carnutes*, entre el Loira y el Sena, los *Senonenses* (Sens) y los *Lingones* (Langres); al occidente de estos mismos *Carnutes* se veían los *Cenomani* (El Mans), que formaban con los *Eburovices* (Evreux) y los *Diablintes* (Maine) parte de la confederacion *aulerca*. La *Armorica* terminaba al poniente las posesiones de los Galo-Kimris. Los pueblos comprendidos en esta confederacion eran: los *Nannetas*, los *Venetas* (Vannes), los *Curiosolitæ* (Corsault), los *Osismii* (San Pol de Leon y Treguier), los *Redones* (Rennes), los *Abrincatuæ* (Avranches), los *Unelli* (Valognes et Cherbourg), los *Baiocasses* (Bayeux) y los *Lexorii* (Lisieux).

3. Los *Kimris-Belgas*. Esta última rama de la familia gala estaba

circunscrita por el Sena, el Marna, la cordillera de los Vosges, el Rin y el Océano. La mas oriental de las naciones belgas, entre el Alto Marna y los Vosges, era la de los *Leuci* (Bar-de-Duc). Al norte de los Leuci venian los *Mediomatrices* (Messins), al oeste los *Remi* (Reims), despues los *Suessiones* (Soissons), los *Bellovaci* (Beauvais) y los *Caletæ* (Caux); mas arriba hácia el norte, la *Ambiani* (Amiens), los *Atrebates* (Arras) y las Morini (Boulogne). En las orillas del Mosela se hallaban establecidos las *Trevires* (Tréveris). Al lado de los Trevires, en lo interior de los bosques, habitaban los *Eburones* (Lieja), los *Nervii* (pueblo del Hainaut y del mediodia de Flandes), los *Menapii* (pueblo del Gueldro, del ducado de Cléves y del Brabante holandes); en fin, mas al norte, á la extremidad de la Gália, vivian en las islas formadas por las bocas de la Meisa y del Rin los *Batavos* (1).

Tales eran los pueblos que los Romanos quisieron sujetar. Seguiremos gradualmente sus conquistas.

Primeros establecimientos de los Romanos en las Gálias.—La rica ciudad de Marsella, arrogante con sus factorías y buques, habia querido tambien poseer provincias, y cada dia sus colonos se engrandecian en perjuicio de las tríbus vecinas. Estas continuas usurpaciones excitaron á estos desgraciados pueblos á la rebelion. Marsella recurrió á Roma para defender sus injusticias. Viendo allí el senado una ocasion de conquistas, se apresuró á enviar al otro lado de los Alpes algunas legiones. El cónsul Fulvio Flaco derrotó en la primera campaña á los enemigos de los Marselleses, los *Sálios* (125), despues atacó á los *Voconces* de quienes no se quejaban los Marselleses. Su sucesor C. Sextio concluyó la ruina y exterminio de las tríbus salienses, atacó de nuevo á los Voconces, ocupó su territorio, y creó una provincia romana entre el Rin y los Alpes; *Aquæ Sextiæ* fue edificada por Sextio en un bello sitio regado por aguas termales, y llegó á ser la capital de esta nueva provincia.

Los Edros, que hacia mucho tiempo estaban en guerra con los Alobrogos, hicieron despues alianza con los Romanos. Al momento el cónsul Domicio invitó con arrogancia á estos últimos respetasen de allí en adelante el territorio de los

(1) Este cuadro, extracto del gran trabajo de M. Amadeo Thierry, debe ser estudiado en el mapa.

Eduos, aliados de la república. Por toda respuesta los Alobrogos hicieron grandes armamentos que hacian presentir una guerra terrible. Bituit, gefe de los Arvernos, se puso de su parte. Con doscientos mil hombres este bárbaro feroz vino á atacar á los Romanos sobre la orilla izquierda del Ródano. Cuando apercibió su pequeño número: *¡Qué!* dijo con desprecio, *no hay para una comida de mis perros*, y dió la señal. La batalla fue terrible, combatieron largo tiempo por una y otra parte con igual encarnizamiento. En fin, los soldados de Bituit, asustados á la vista de los elefantes que el cónsul lanzó contra ellos, huyeron, y el soldado romano ya no hizo mas que degollar. Mas de ciento veinte mil hombres quedaron en el campo de batalla. La conquista del pais de los Alobrogos fue el precio de esta victoria. La provincia romana comprendió desde entonces todo el pais al este del Ródano, desde el sitio en que el rio se echa en el lago Leman hasta su desembocadura en el mar (122).

Esta provincia fue declarada consular; por consiguiente todos los años enviaban á ella cónsules con un ejército. Durante los años siguientes, los cónsules conquistaron los territorios de los *Helvienos*, de los *Volkos Arekomikes* y de los *Sardos*, y aumentaron su provincia con todo el pais situado al occidente del Ródano, entre este rio, la frontera de la Arvernia y los Pirineos. Para establecer un camino directo y fácil entre la Italia y las Gálias, el senado hizo exterminar la pequeña tribu de los *Ligures Stœni*, que ocupaban el suelo de los Alpes marítimos (118). Una colonia romana establecida en Narbona (*Narbo Martius*) recibió la mision de asegurar todas estas conquistas, cuidando siempre de observar los mas pequeños movimientos de los pueblos sometidos.

Invasion de los Helvecios. Los pueblos pequeños de la Gália que rodeaban la colonia romana estaban expuestos desgraciadamente á disensiones y rivalidades de todo género. En todas partes la democrácia trataba de sustituirse á la monarquía, y la guerra civil trastornaba todas las ciudades. Tambien las tribus estaban en guerra unas contra otras. Los Eduos, que contaban con los Romanos, atacaron á los Sequa-

nenses y Arvernos. Estos llamaron en su socorro á los Germanos, y comprometieron á Ariovisto, rey de los Suevos, para que viniese á la Gália con su ejército. Los Eduos fueron vencidos, y se vieron obligados á entregar en rehenes los hijos de sus primeros ciudadanos, y renunciar á la alianza de los Romanos. Su vergobreto, el druida Diviciac, fue el único que se negó á este odioso juramento. Habiéndose escapado á la venganza de Ariovisto, fué á Roma para referir las desgracias de su patria é invocar ese nombre de *hermanos* que habian dado los senadores á sus conciudadanos (63). Le oyeron con benevolencia, pero todos los espíritus estaban preocupados demasiado vivamente de la conjuracion de Catilina para que pensasen un solo instante en los negocios de las Gálias.

Cuando Ciceron libró á Roma de este peligro, un nuevo acontecimiento atrajo la atencion del senado sobre esta comarca. Los Helvecios preparaban una invasion semejante á la de los Cimbrios y Teutones. Aquellos bárbaros, fastidiados de vivir en medio de sus ásperas montañas, habian quemado sus ciudades y pueblos, y subido en carros con sus familias, dirigiéndose al oeste de las Gálias en el pais de los *Santones*, donde habian resuelto establecerse. Orgetorix, *gefe de cien valles*, estaba á la cabeza de esta horda formidable (58). La cita se habia dado para la punta meridional del lago Leman, y en él se reunieron, contando las mujeres, viejos y niños, cerca de cuatrocientos mil.

César en las Gálias. Derrota de los Helvecios. No atreviéndose á aventurarse en la estrecha garganta que se encuentra entre el Ródano y el Jura, pidieron paso á los Romanos al través de su provincia. César, que habia acudido de la Italia al ruido de esta terrible invasion, les respondió, para ganar tiempo, que reflexionaria sobre su demanda, y que en una nueva entrevista les haria conocer su decision. Se admiraron á su regreso de encontrarle con un poderoso ejército, y de ver á lo largo del Ródano un muro, de diez y seis piés de alto y diez mil pasos de largo, que defendia la orilla izquierda del rio. Comprendieron que sus esperanzas se reducian á la fuerza de sus armas. Despues de haber intentado en vano pasar el

Ródano, tomaron aquel camino del Jura que tanto les habia asustado al principio. Los cuidados del edueno Dumnorix les allanaron todas las dificultades. César, informado de esta traicion, les persiguió, buscando una ocasion favorable para atacarles. La encontró, al fin, despues de quince dias de marcha á lo largo del Saona. Cerca de doscientos mil bárbaros quedaron en el campo de batalla. Los demas depusieron las armas y se rindieron á discrecion. César les despidió á sus montañas, pero de cuatrocientos mil que eran, solo ciento diez mil volvieron á ver su patria.

Derrota de Ariovisto (58). Los Galos se apresuraron á felicitar á César por haber salvado su pais de una guerra cruel y acaso de la servidumbre. Creyeron que era el momento de implorar su socorro contra Ariovisto y los Germanos. Despues de su doble victoria contra los Eduos, este bárbaro se habia apoderado de una tercera parte del territorio de los Sequanenses. Acababa de recibir en el número de sus súbditos veinte y cuatro mil Harudes, y pedia para estos últimos otra tercera parte de las tierras. Asustados los Galos por estas invasiones sucesivas, todos temian por su independencia. *Si no venis á nuestro socorro*, decian á César, *no nos queda otro partido que tomar sino el de emigrar como los Helvecios.*

El Romano, que solamente deseaba conseguir victorias y hacer conquistas, se pronunció vivamente por los oprimidos contra el opresor, y propuso una entrevista al rey de los Suevos. El bárbaro le respondió que si tuviese necesidad de César, iria á encontrarle; pero que si César le necesitaba, podia hacer lo mismo. Tal respuesta era una ruptura. César se puso en camino, entró en *Vesontio* que tomó impensadamente, y condujo sus legiones contra los soldados de Ariovisto. Los Romanos, atemorizados con la talla gigantesca de aquellos bárbaros y con su aspecto feroz, se ocultaron en lo interior de sus tiendas de campaña y se pusieron á llorar, como si hubiesen estado ciertos de su derrota. Fue preciso á César toda su elocuencia y autoridad para reanimar su valor y calmar su insubordinacion. Pero apenas les amenazó con avanzar solo á la cabeza de su décima legion, todos le siguieron

y pidieron batirse. El ejército de Ariovisto fue derrotado. El bárbaro volvió á pasar el Rin solamente con algunos fugitivos, y amedrentó á los demas Germanos con la relacion de sus desastres.

Sumision de la Bélgica (57). En la misma campaña, César habia exterminado dos grandes pueblos, los Helvecios y los Germanos. Los Galos estaban admirados. Pero cuando vieron que César no enviaba á Italia sus legiones victoriosas, el temor sucedió de repente á la alegría y al entusiasmo. Estos desgraciados pueblos reconocieron que solo habian cambiado de tirano. Los Eduos ya no podian emprender nada sin el consentimiento de César ó de su teniente; los Sequanenses estaban privados de su proteccion y de su poder, y entre las diferentes tríbus galas se veian algunas bastante cobardes para buscar la servidumbre. Tales fueron los *Remos* (Reims) que se esforzaron en llevar tras sí á los *Suessiones* en su defeccion.

Los Belgas se coaligaron para rechazar la tormenta que les amenazaba. Su ejército ascendia á cerca de trescientos mil combatientes. César marchó al momento á su encuentro, pasó el Aisne, y les dió una gran batalla cerca de Bibracta que tenian sitiada. Los bárbaros se vieron precisados á retirarse. Como supieron que su pais habia sido invadido por los Eduos, se separaron para continuar la guerra cada uno en su propio territorio. Esta resolucion causó su pérdida. Cuando se dispersaron, no se atrevieron ya á resistir á los ejércitos de César. Los *Nervii* solos, que habian conservado toda la inflexibilidad y dureza de los antiguos Germanos, juraron que César no veria jamás la cara de uno de sus diputados, y que perecerian antes que someterse. Cumplieron su palabra y se hicieron aniquilar hasta el último sobre las orillas del Sambre. Los viejos y las mujeres permanecieron ocultos en el fondo de un pantano durante el combate. A la noticia de la derrota de su ejército enviaron á César su sumision : *De seiscientos senadores*, decian sus diputados, *nos quedan solamente tres, y de sesenta mil combatientes apenas se han salvado quinientos*. La venganza del vencedor estaba satisfecha, y les dejó sus campos y ciudades.

Sumision de la Armorica (56). Mientras que César hacia la conquista del norte de las Gálias, sus tenientes paseaban por el Oeste sus legiones, y sometian todo el pais que se extiende entre la embocadura del Sena y del Loira. Craso le escribia que la Armorica estaba sometida, pero César no se atrevia á creerlo. Hizo escalonar sus legiones en todas las Gálias de modo que pudiese vigilar los movimientos de todos aquellos pueblos recientemente conquistados. Se fue en seguida á Italia para recibir los homenajes y adulaciones de sus cortesanos. Pero apenas supieron su ausencia, estalló una revolucion general. La Armorica era el pais mas agitado de todos. César, mas pronto que el rayo, da órdenes á sus tenientes, llega en persona á la cabeza de las legiones, hace equipar una flota, y ataca á los enemigos por mar y tierra al mismo tiempo. La victoria le favoreció en todas sus empresas. Destruyó por sí mismo la flota de los Venetas, su teniente Sabino derrotó su ejército de tierra, y durante este tiempo Craso castigó á los rebeldes del mediodia y ocupó la Aquitania.

Habiendo querido nuevas hordas de Germanos, los Tenctheros y los Usipetos, invadir las Gálias por el Rin, César marchó contra ellos. Estos bárbaros le enviaron diputados, pero les hizo cargar de cadenas y atacó su campo de improviso. Los Germanos, que no esperaban ser atacados, combatieron en el mas espantoso desórden, y se dejaron degollar casi sin poder defenderse. César habia faltado al honor y violado indignamente el derecho de gentes, Caton se enfureció cuando el senado le pidió votar acciones de gracias á los dioses por tal atentado. *Entregad,* exclamó, *entregad mas bien á César á los Germanos, á fin de que sepa el extranjero que Roma no ordena el perjurio, y que rechaza su fruto con horror.* Pero ya no se vivia en el tiempo en que solo se estimaba la virtud. César habia sido dichoso y fue aplaudido (55).

Expediciones de César á Bretaña (55-54). César, exterminando los Tenctheros y los Usipetos, habia introducido el espanto entre las tribus germánicas, y puso el norte de la Gália al abrigo de sus invasiones. Para asegurarse de la Armorica, emprendió la conquista de la isla de Bretaña, que

entre los antiguos pasaba por ser el límite del mundo habitado. Esta isla, poblada al mediodia por los Kymris y los Galls como la Gália, no estaba mas unida, ni mejor defendida que ella. Mas las pocas noticias que se tenian de estos lugares hacian su entrada muy difícil. César hizo dos expediciones. En la primera, su escuadra fue casi enteramente deshecha por la tempestad, y sus soldados, despues de haberse batido en vano en el litoral con los bárbaros, se vieron obligados á retirarse. *Desaparecieron*, dice un antiguo historiador, *como desaparece sobre la arena de las playas la nieve azotada por el viento del mediodia.* Para la segunda expedicion hizo construir buques de un abordaje mas cómodo, y reunió un ejército inmenso. Penetró hasta el Támesis, dió algunos combates á los bárbaros; pero no retiró de su empresa sino algunas bandas de esclavos y perlas bretonas, de las que envió á Roma una gran cantidad.

Levantamiento de los Galos del Norte (54-52). Sin embargo, esta guerra habia realzado todavía mas la gloria militar de César. Dominaba todas las Gálias, y veia á sus piés á los gefes de todas las tríbus bárbaras que se apresuraban á anticiparse á sus deseos. Pero esta sumision solo era aparente. En el caos belicoso de esta sociedad salvaje, se oian bramar sordamente horribles tempestades. Cuando los Galos del Norte creyeron que César estaba en Italia, se sublevaron instigados por el Eburon Ambiorix, y derrotaron á las legiones de Sabino. Los Nervios, los Aduáticos, reanimados por este triunfo, se unieron á los Eburones, y vinieron á sitiar á Ciceron en su campo. En vano este diputaba mensajeros todos los dias á César para informarle de lo que se pasaba: los Belgas interceptaron todas sus cartas. En fin, un tránsfuga nervio pudo conseguir llegar á *Samarobrive,* en el pais de los Ambios, donde estaba el cónsul. Le anunció los desastres de Sabino, y le manifestó la angustia de Ciceron. César acudió y libró á su teniente (54).

Esta victoria intimidó á los demas Galos, y les hizo suspender todas sus ideas de rebelion. Sin embargo, al año siguiente, cuando convocó la asamblea general de las ciudades,

los Senonenses, los Carnutos, los Treviros y los Eburones rehusaron ir á ella (53), lo cual era una declaracion de guerra. El procónsul se regocijó de ello, porque allí vió una ocasion de realzar el prestigio de fortuna y de grandeza que los últimos acontecimientos le habian arrebatado en parte. Su designio era exterminar todos estos pueblos, mas perdonó á los Senones á instancia de los Eduos, y á los Carnutos á peticion de los Remos. Los Treviros sufrieron horriblemente, y los Eburones fueron destruidos del todo. Esta guerra de exterminio indignó á la nacion gala, é hizo el último esfuerzo para separarse de este vergonzoso despotismo.

Sublevacion general de la Gália. Vercingetorix (53-51). Hacia seis años que los Romanos estaban en la Gália, y no cesaron de saquear y robar los lugares sagrados y profanos, las tierras aliadas y enemigas para satisfacer su insaciable avaricia. Cuando César se retiró á Italia, los Galos se refirieron mútuamente sus padecimientos, y de este modo recapacitaron con toda la amargura de su alma todas las maldades con que el vencedor se habia manchado en medio de ellos. Estas relaciones los exaltaron. Todas las noches se reunian en lo secreto de sus antiguas selvas, ó bien en alguna soledad profunda, y se concertaban sobre el medio de unirse para la conservacion y libertad de su patria. En fin, pronunciaron el juramento solemne. Todas las ciudades juraron un ódio eterno á los Romanos. Los Carnutos dan la señal de la insurreccion, degollando en *Genabum* (Orleans) á los comerciantes extranjeros y á los Romanos que allí habia.

Los Arvernos nombran por gefe á Vercingetorix, y enarbolan en Gergovia, su capital, el estandarte de la rebelion. Todas las tríbus del centro y del oeste se ponen bajo las órdenes del gefe de los Arvernos, y un ejército formidable entra en campaña. César, alarmado, pasa rápidamente los Alpes marítimos, se presenta en las orillas del Ródano, é invade el territorio de los Arvernos, que se creian seguros detrás de sus montañas. Este ataque inesperado obligó á Vercingetorix á venir al socorro de su pais, pero César lo evitó. Le dejó sitiar á la capital de los Boyos-Eduenos, sus aliados, y fué á

destruir á Genabum, de donde habia salido el primer grito de rebelion. Ya iba á renovar en *Noviodunum* (Nevers) las mismas escenas de desolacion, cuando apareció Vercingetorix. Se dió una batalla bajo los muros de esta ciudad, y fue ventajosa á los Romanos (52).

Desde entonces Vercingetorix cambió de plan. Quiso atacar por hambre á César, y obligarle á diseminar su ejército en destacamentos, esperando destruirle en una guerra de detalles. «Quememos, decia á los Galos, quememos todas nuestras habitaciones aisladas, todos los pueblos y ciudades que no pueden defenderse: hé ahí el único medio de asegurar la libertad de nuestra patria.» Esta opinion fue adoptada sin que se oyese una sola queja, ni un murmullo, y en un solo dia mas de veinte ciudades de los Biturigos fueron sacrificadas al patriotismo. Los Carnutos y sus vecinos imitan este terrible ejemplo, y el desierto se extiende al rededor del campo de César. Vercingetorix queria tambien que quemasen á Avarico, la brillante capital de los Biturigos; pero habiéndose echado á sus piés esta tribu para rogarle conservase una ciudad que era el adorno de toda la Gália, se dejó enternecer. Esta condescendencia salvó á César. Sitió á esta ciudad y la tomó, á pesar del heroismo de sus defensores. Hombres y mujeres, viejos y niños, todos fueron degollados. De cuarenta mil hombres que habia en ella, apenas llegaron ochocientos al campo de Vercingetorix.

César encontró en Avarico víveres para el invierno. En la primavera comenzó de nuevo las hostilidades y sitió á Gergovia, capital de los Arvernos (52). Vercingetorix le venció bajo los muros de esta ciudad. Al mismo tiempo se supo en el campo romano que Labieno y sus cuatro legiones corrian grandes riesgos en el Sena. César se veia pues amenazado de una parte por el ejército victorioso de Vercingetorix, y de la otra por los Eduenos sublevados. Se pudo creer que su estrella iba á palidecer. Pero muy dichosamente para él, encontró un vado en el Loira, y fué á unirse con Labieno, que acababa de libertarse por medio de una victoria entre *Lutetia* y *Melodunum* (Melun).

Vercingetorix persiguió á César. Lo único que parecia temer era que se le escapase. Le alcanzó cerca del Saona, y le dió una batalla terrible. César, para volver á animar á los suyos, se vió en el caso de arrojarse en medio del combate. El choque fue tan violento que dejó su espada en manos de los enemigos. Pero los batallones galos, llenos de terror, huyeron y se retiraron á los muros de *Alesia* (en el Auxois). Era esta una de las plazas mas fuertes de la Gália. Desde allí Vercingetorix hizo otro llamamiento á los Galos, ofreciéndose á resistir á los Romanos hasta que le enviasen socorros. A su voz doscientos cuarenta mil infantes y ocho mil caballos se reunieron en la frontera eduena y marcharon para libertarle. César habia rodeado la ciudad y el campo galo con trabajos prodigiosos. « Por de pronto tres fosos, cada uno de quince ó veinte piés de ancho y otro tanto de profundidad, una muralla de doce piés, ocho filas de fosos, cuyo fondo estaba erizado de estacas y cubierto con ramajes y hojas, y palizadas de cinco filas de árboles que entrelazaban sus ramas. Estas obras eran iguales por la parte del campo, y prolongadas en un circuito de quince millas. Todo esto fue terminado en menos de cinco semanas y por menos de sesenta mil hombres. »

Derrota y cautiverio de Vercingetorix (52). «Toda la Gália vino á estrellarse allí. Los esfuerzos desesperados de los sitiados reducidos á un hambre horrorosa y los de doscientos cincuenta mil Galos que atacaban á los Romanos por la parte del campo, fracasaron igualmente. Los sitiados vieron con desesperacion á sus aliados, envueltos por la caballería de César, huir y dispersarse. Vercingetorix, conservando un alma firme en medio de la desesperacion de los suyos, se señaló y se entregó como el autor de la guerra. Montó en su caballo de batalla, se vistió con su mas rica armadura, y despues de haber dado vueltas al rededor del tribunal de César, arrojó la espada, el venablo y el casco á los piés del Romano, sin decir una sola palabra (1). » César hizo señal á

(1) Michelet, *Historia romana*, II, 306.

los lictores para que le amarrasen y le entregaran á la guarda de los soldados. Despues le hizo conducir á Roma, donde estuvo seis años en un oscuro calabozo, esperando que sirviese al triunfo de su vencedor (52).

Sumision de la Gália (51). Todavía hubo en toda la extension de la Gália sublevaciones parciales. Los Biturigos, los Carnutos y los Bellobakos no se desanimaron. Hubieran querido borrar los desastres de Alesia bajo las órdenes de sus valientes gefes; pero por todas partes la suerte hizo traicion á sus generosos esfuerzos. *Uxellodunum* (Cuercy), la última ciudad que oponia á los Romanos una séria resistencia, fue tratada con la mayor barbárie. César hizo cortar la mano á todos los prisioneros. Esta crueldad inhumana y feroz consternó á todos y nadie se atrevió ya á tomar las armas. Temiendo la Gália la cólera de César, permaneció á sus piés sin movimiento y sin vida. El vencedor no abusó mas de su victoria. Tenia necesidad de los Galos para conquistar el imperio de Roma y del mundo, y les trató con dulzura. Eximió del tributo á muchas ciudades, halagó á los ricos y á los nobles con distinciones honoríficas y alistó á los guerreros en sus legiones. Creó una de veteranos galos, y la llamó legion de la alondra (*alauda*), porque los que la componian llevaban una alondra en el casco. Estos son aquellos guerreros vigilantes que veremos destruir las lúgubres legiones de Pompeyo.

§ III. De los acontecimientos que tuvieron lugar en el imperio durante el proconsulado de César.

Estado interior de Roma antes de la expedicion de Craso contra los Partos (58-54). Al salir César de Roma dejó á Clodio dueño del foro. Este ambicioso tribuno, no contento con haber desterrado á Ciceron y robado sus villas, atacó despues á Pompeyo. Trató de derogar algunas de sus ordenanzas, suscitó pleitos á sus amigos, y él mismo le señaló al pueblo como un tirano. Pompeyo se arrepintió de haber trabajado

en favor de la elevacion de aquel intrigante, y se volvió de repente contra él. Hizo volver á llamar á Ciceron por medio de Milon, quien se encontraba á su vez en posesion del tribunado. El pueblo se precipitó sobre el camino por donde habia de pasar el ilustre desterrado, y le acogió con tanto entusiasmo que llegó á Roma, llevado, como lo dijo él mismo, sobre los hombros de la Italia. Mas al entrar en su patria, ya no sentia la misma independencia, ni la misma libertad. El reconocimiento le sujetaba casi fatalmente á la suerte de Pompeyo. Así, luego que pudo presentarse en el senado, se apresuró á satisfacer su deuda para con su bienhechor, haciendo se le confiase por cinco años la intendencia de los víveres con la vigilancia de los puertos y mercados de todo el imperio. Enternecido Pompeyo por este testimonio de reconocimiento, le hizo su teniente.

No obstante Clodio habia vuelto á desempeñar su destino. Continuó sus violentas invectivas contra Pompeyo, y le prodigó injurias y afrentas. Ciceron se unió á Milon, que era un hombre de mano como Clodio, y tenia siempre á sus órdenes gladiadores y soldados. Fueron juntos al Capitolio y rompieron los actos de este fogoso tribuno. Llegó el caso de darse de golpes y violentarse, y todos estos grandes personajes no eran ya, con vergüenza del severo Caton, mas que gefes de pandilla. Pompeyo inquieto se fué con Craso á la alta Italia, para entenderse con César sobre el partido que habian de tomar. El conquistador de las Gálias les aconsejó se hiciesen nombrar cónsules ambos, y prorogarle en su mando por cinco años á fin de que pudiese concluir su conquista. De regreso á Roma, Pompeyo y Craso compraron el consulado mas bien que le pidieron, continuaron á César el proconsulado de las Gálias, dispusieron como si fueran soberanos de todos los empleos, y se hicieron dar por departamentos, Pompeyo las Españas y Craso la Siria.

Expedicion de Craso contra los Partos (54-53). Craso, como César y Pompeyo, deseaba tener victorias que presentar al pueblo para que su nombre no fuese eclipsado por los de sus rivales. Al oirle, las hazañas de Lúculo contra Tigrano y las

expediciones de Pompeyo contra Mitridates no eran mas que juegos de niños comparándolas con las grandes conquistas que él meditaba. El pueblo se burló de esta loca ostentacion, y Ateyo, uno de los tribunos, aun quiso oponerse á la partida del cónsul. Craso se burló de sus imprecaciones, despreció los consejos de los reyes de Galacia y Armenia, y se arrojó atolondradamente en las llanuras de la Mesopotamia. Si al menos hubiese apresurado su marcha y precipitádose sobre las ciudades de Babilonia y Seleucia, hubiera asustado al rey de los Partos, y su actividad habria confundido á los enemigos. Pero en la primera campaña se contentó con tomar la ciudad de Zedonocia en Mesopotamia, y hacerse llamar *imperator*, sobrenombre ridículo por tan pequeña hazaña.

En la campaña siguiente, cuando pasó el Eufrates, los Partos, bajo las órdenes de Surena, su valiente general, se presentaron con un poderoso ejército, y se divirtieron en tender toda clase de lazos á su imprevision. Habiéndole aconsejado su pérfido guia, el bárbaro Ariamno, abandonase las orillas del rio, le descaminó en desiertos inmensos, donde no se encontraban ni árboles ni fuentes. Las legiones, muy cansadas, se vieron de repente envueltas por la caballería ligera de Surena y sus hábiles arqueros. Antes del combate los Partos tocaron sus instrumentos, é hicieron salir de ellos un ruido sordo y doloroso, semejante á los mugidos de las bestias feroces y á los estampidos del trueno. Los Romanos, amedrentados, fueron al momento abrumados por una infinidad de flechas y dardos, cuya fuerza y rapidez rompian todo cuanto les hacia resistencia. Lo que era mas terrible para los Romanos, es que no podian alcanzar á aquellos enemigos que huian á rienda suelta despues de haber arrojado sus flechas. Habiendo querido el jóven Craso avanzar con la caballería fue hecho prisionero. Su padre comprometió el resto del ejército yendo á su socorro.

No obstante, el desgraciado cónsul se habia escapado del combate con algunos batallones, y vino á colocarse sobre una pequeña montaña. Surena se aproximó y le propuso una

entrevista. Craso, al ver á este bárbaro, cuya cara estaba pintada al uso de los Medos, y los cabellos hábilmente trenzados sobre la frente, desconfió. El que disimulaba bajo esta traza de molicie el mayor valor, ¿no podia tambien bajo sus demostraciones amigables ocultar designios pérfidos? Estaba decidido á rehusar toda entrevista, mas sus soldados le obligaron á aceptarla. El hecho probó que sus desconfianzas eran muy fundadas. Apenas se encontró en presencia de los bárbaros cuando le atacaron y le mataron. Casio, teniente de Craso, no tuvo mas que el tiempo necesario para volver á Siria, y organizar allí un sistema de defensa para rechazar á los Partos que se disponian á invadirla.

Nuevos desórdenes en Roma (54-52). Mientras que Craso moria en el pais de los Partos, Pompeyo abandonaba á sus tenientes el cuidado de su provincia y de sus ejércitos. En cuanto á él, pasaba el tiempo en pasearse con su mujer en sus mas bellas casas de campo, esperando que el pueblo, cansado y disgustado, le ofreciese el imperio. Ciceron empleaba todos los medios para consolidar su fortuna personal; adulaba á Pompeyo y escribia versos en honor de César. Caton pronunciaba todavía los nombres de república y de libertad, pero no comprendia de ningun modo su época. Sus ideas como sus virtudes estóicas no eran sino un ridículo anacronismo. Todo habia llegado á ser venal. Milon pretendia el consulado, y continuaba sus ataques contra Clodio. Habiéndose encontrado estos dos implacables adversarios en la via Apiena, sus tropas se batieron. Clodio, vencido, fue perseguido por Milon hasta una posada en la que le mataron. Caton, asustado de esta anarquía y temiendo por otra parte el despotismo de César, exclamó en pleno senado: *Mas vale elegirse un dueño que dejarse imponer un tirano.* É hizo que Pompeyo fuese nombrado cónsul único con poder absoluto (52).

Debilidad de Pompeyo. Pompeyo era muy poco digno de esta confianza. En lugar de curar á la sociedad que le habia elegido por su médico, se le veia, dice Plutarco, coronado de flores, hacer sacrificios y celebrar sus bodas con la jóven Cornelia, hija de Metelo Scipion. A la verdad, promulgó leyes

contra la venta de empleos y la violencia, y desterró á Milon, asesino de Clodio (1); pero al mismo tiempo tomaba la defensa de su suegro, permitia absolver en juicio á los hombres mas perversos, y parecia encargarse de contradecir todas aquellas leyes reformadoras por medio de acciones infamatorias.

Al concluir su encargo, alejó á Caton del consulado é hizo elegir á Marcelo (51). Este, segun las instigaciones de Pompeyo, queria retirar á César su gobierno de las Gálias y hacerle volver á entrar en Roma sin armas y sin dignidad. Caton se proponia ya atacar al vencedor de las Gálias. Pero el tribuno Curion, á quien César habia comprado con buen dinero contante, se levantó contra el cónsul y pidió que Pompeyo abdicase al mismo tiempo que César. El senado reconoció en la demanda del tribuno el voto del pueblo, é hizo una alianza con Pompeyo. Habiendo intentado Marcelo hacer declarar á César rebelde á las órdenes del senado: *Puesto que no puedo,* dijo, *reunir el consejo supremo y consultarle acerca de los peligros del Estado, yo solo pondré en ello remedio.* Y al momento entregó la espada del mando á Pompeyo, y le ordenó que defendiese la república.

Fuerzas de César. El enemigo que tenia que combatir era terrible. César, durante su proconsulado, habia tomado mas de ochocientas ciudades, sometido mas de trescientas naciones y combatido en diferentes épocas contra mas de tres millones de hombres, de los cuales una tercera parte habia perecido en batalla campal y otra vendida como esclavos. Por espacio de diez años sus liberalidades habian enriquecido á todos los ciudadanos, y se habian extendido hasta los esclavos y libertos. Los acusados, los hombres perdidos por deudas, los jóvenes, todos encontraron en él un refugio y un

(1) Milon eligió por su defensor á Ciceron; pero este, que habia atacado abiertamente á Catilina en pleno senado, no se atrevió á hablar delante de Pompeyo. El acusado se desterró á Marsella. Cuando recibió el discurso que compuso Ciceron en el silencio de su gabinete para su defensa: *Si hubiese hablado,* dijo el epicureo, *como sabe escribir, yo no comeria tan buen pescado en Marsella.*

apoyo. El pueblo recordaba con entusiasmo los juegos y los festines que le habia prodigado. Alababan sus hazañas prodigiosas que habian arrancado á Ciceron este grito de admiracion : *¿Qué ha hecho Mario en comparacion de César?* Este hombre. á quien el pueblo adoraba, era dueño de un ejército al que habia conquistado por medio de sus beneficios. Veía á los reyes y á las provincias volverse hácia él como hácia su libertador. Su conducta pasada, por lo demas, le habia merecido su confianza y estima. Al mismo tiempo que sometia á los Galos, adornó con magníficos monumentos, no solo Roma, las Gálias, Italia y España, sino tambien las ciudades mas poderosas de la Grecia y del Asia. Su genio cosmopolita le habia hecho ya el hombre de la humanidad.

A pesar de todas las esperanzas que le inspiraban tantas bellas acciones y tantas hazañas gloriosas, ofreció la paz al senado y á la faccion de Pompeyo. Se comprometia á licenciar ocho legiones, á dejar la Gália transalpina, y solamente pedia dos legiones con la provincia inmediata á los Alpes, y aun se hubiera contentado con la Iliria y una sola legion. No habiendo el senado tomado en consideracion sus cartas, pasó los Alpes y marchó derecho á Roma. Dícese que habiendo llegado al Rubicon, en los confines de su provincia, se detuvo y reflexionó algun tiempo sobre el atrevimiento de su empresa. En fin exclamó : *Está tirado el guante*, y saltó en el rio, tocando el clarin con todas sus fuerzas. Este era el anuncio de la guerra civil.

§ IV. Guerra civil (49-48).

César se hace dueño de la Italia. Durante las discusiones que se habian levantado entre el senado y César, Pompeyo dermaneció en la inaccion. Cuando se le preguntaba cuáles eran sus recursos contra el dueño de las Galias : *No os inquieteis*, respondia, *me basta dar con el pié en tierra para hacer salir legiones de ella.* — *Da pues*, le dijo Faronio cuando supo que César habia pasado el Rubicon. Los hechos desvanecie-

ron mucho las esperanzas de Pompeyo. A la vista de los soldados de César toda la Italia huyó. Las ciudades parecian haberse arrancado de sus cimientos para trasportarse de un lugar á otro; Roma fue inundada por un diluvio de pueblos que venian á refugiarse á ella. En medio de esta violenta tempestad solo se apercibian en todas partes pasiones contrarias y movimientos convulsivos que amenazaban á la capital del mundo con una terrible catástrofe. Pompeyo huyó con todos los senadores, y dejó á la república fluctuar á la aventura, como un navío sin piloto. Los cónsules y todos los nobles se retiraron con él á Brindes, y de allí pasaron á Dyrrachium (*Durazzo*) en Iliria.

César hubiera deseado perseguir á su rival, pero no tenia marina. Volvió pues á Roma, despues de haberse hecho dueño de toda la Italia en sesenta dias, sin derramar una gota de sangre. Los senadores que volvieron á entrar en la ciudad le encontraron lleno de dulzura y clemencia. Su moderacion le ganó una multitud de partidarios. Como necesitaba dinero, se hizo abrir el tesoro público. El tribuno Metelo se opuso á ello, alegando la autoridad de las leyes. *El tiempo de las armas*, dijo César, *no es el tiempo de las leyes*, y tomó todas las cantidades que le eran necesarias.

Guerra de España. Pompeyo tenia con él en Iliria grandes nombres y títulos frivolos, pero no soldados, ni generales. La fuerza real de su partido estaba en España, en donde habia dejado el mando á sus tenientes Afranio, Petreyo y Varron. *Voy á combatir*, dijo César al marchar contra ellos, *un ejército sin general, y volveré á combatir un general sin ejército.* En dos palabras, era resumir toda la guerra.

En España le costó mucho vencer aquellas antiguas cohortes. Por de pronto su ejército, encerrado entre dos rios, el Segre y el Cinca, experimentó todos los horrores del hambre. Durante este tiempo todos sus tenientes eran batidos en Africa, en el Adriático y en Iliria. Sabia que estos reveses habian puesto un término á la irresolucion de una multitud de personajes ilustres que, á ejemplo de Ciceron, pasaban á Dyrrachium, en el campo de Pompeyo, para saludar

allí al dueño del mundo. Su genio evitó todas estas dificultades. Pasó el Segre, batió á los tenientes de Pompeyo, y usó de tanta dulzura para con los vencidos, que la España pacificada le juró en su admiracion obediencia y homenaje.

Al pasar por las Gálias, sometió á Marsella que habia abrazado el partido de su rival, y se la aficionó igualmente por sus beneficios. Bajo los muros de esta ciudad supo que el senado le habia nombrado dictador. Se apresuró á entrar en Roma, para restablecer allí el órden, volver á llamar á los desterrados, abolir la ley de Sila contra los hijos de los proscritos, aliviar á los habitantes de una parte de sus deudas, y distribuir al pueblo una gran cantidad de trigo. Despues de haber hecho bendecir asi su poder dictatorial, abdicó y se contentó con el título de cónsul.

Guerra contra Pompeyo. Volvió al momento á comenzar la guerra contra Pompeyo. Allí le esperaban grandes peligros. Su rival habia cubierto el mar con sus buques, la tierra con sus legiones, y se encontraba con provisiones y riquezas inagotables. César, poco acostumbrado á calcular el número de sus enemigos, atraviesa el mar Jónico y desembarca en Apolonia con seiscientos caballos escogidos y cinco legiones solamente. Contaba con que el resto de su ejército llegaria muy pronto á Brindes, y no tardaria en unirse á él. Fastidiado de esperar, toma la resolucion de embarcarse solo, sin saberlo nadie, sobre un simple barco, y de venir él mismo á Brindes para buscar sus tropas. El piloto, asaltado por una terrible tempestad, ordena á sus marineros vuelvan hácia atrás. Entonces César se da á conocer y exclama: *¿ Qué temes ? conduces á César. Quid times ? Cæsarem vehis.* Los marineros, enardecidos por estas sublimes palabras y por el heroismo de César, hicieron nuevos esfuerzos para sobrepujar la violencia de las olas, pero inútilmente; César se vió obligado á entrar de nuevo en su campo á pesar suyo.

En fin, Antonio le llevó de Brindes las legiones. César, lleno de confianza, fué á buscar á Pompeyo á Dyrrachium, y se esforzó en encerrarle en su campo. Era una temeridad el cercar de este modo un ejército mas numeroso que el suyo y

dueño del mar. Así es que la abundancia reinaba en el campo de Pompeyo, mientras que el ejército de César careció en breve de las cosas mas necesarias. Sus soldados estaban reducidos a hacer pan con cierta raiz que machacaban y remojaban en leche. Arrojaron de estos panes en las trincheras de los enemigos, diciéndoles : *Hé ahí el alimento que basta á los soldados de César.* Pompeyo prohibió mostrar estos panes y referir aquellas palabras, temiendo que los soldados se asustasen de una insensibilidad tan feroz.

César fue vencido á pesar de la decision de sus legiones. Pompeyo le atacó é hizo huir á todo su ejército. Si por un exceso de prudencia no hubiese impedido perseguir á los fugitivos, era dueño del mundo. *La victoria estaba asegurada hoy á los enemigos,* dijo César á sus amigos, *si hubiesen sabido vencer.* El vencedor de los Galos estaba enteramente confundido por esta desgracia. Se echaba en cara haber ido á Iliria mas bien que entrar en la Macedonia y en la Tesalia en donde no le hubieran faltado los víveres. Para reparar este contratiempo, resolvió penetrar en aquellas bellas comarcas, y atacar á Scipion, suegro de Pompeyo.

Batalla de Farsalia (9 de agosto 48). Segun lo esperaba, los vencedores le siguieron allí. Pompeyo era de opinion que no se aventurase una nueva batalla, y que se dejase consumirse á César que no tenia dinero ni víveres. Pero todos los caballeros, senadores y personajes consulares que le rodeaban violentaron su prudencia. Le llamaban el Agamemnon, el rey de los reyes, y suponian malignamente que diferia el combate para conservar mas tiempo el poder monárquico. *Amigos mios,* decia Favonio, *no comereis este año higos de Túsculo.* Pompeyo, excitado por todas estas burlas, ofreció la batalla á César en los llanos de Farsalia. César, lleno de alegría, dirigió su oracion á los dioses, ordenó las tropas y dijo á los batallones por toda arenga : *Herid en la cara.* La voluptuosa juventud de Roma no se atrevió á mirar de frente á estos fieros asesinos, y prefirió huir que dejarse desfigurar.

Cuando Pompeyo vió á su caballería en desórden, se retiró á su tienda de campaña sin decir una palabra, y se sentó es-

iúpidamente en ella esperando el resultado del combate, como si hubiese perdido la razon. Habiendo sido tambien destruida su infantería, los Cesáreos se arrojaron sobre sus trincheras. ¡ *Y qué !* exclamó entonces, *hasta en mi campo.* No tuvo mas que el tiempo necesario para disfrazarse y huir. Al instante se oyó la voz de César que gritaba á sus soldados : *Perdonad, perdonad á los vencidos.* Recorrió el campo de batalla, y al ver los muertos de que estaba cubierta la tierra, dió un profundo suspiro. ¡ *Ay de mi !* dijo, *ellos lo han querido. Si hubiese licenciado mi ejército, hubiera sido condenado.*

Muerte de Pompeyo (48). Pompeyo dió á la vela para Lesbos, é hizo venir de Mitilena su mujer Cornelia, sus criados y sus efectos mas preciosos. Despues de haber preguntado á sus amigos á qué tierra habia de abordar, se decidió por el Egipto, y fué á ponerse bajo la proteccion de Ptolomeo Dionisios, de quien habia sido tutor. Pothin, criado del monarca, que se habia apoderado de la regencia, temió la presencia de Pompeyo y resolvió su muerte. Fingió pues ofrecerle la hospitalidad. Pero apenas el ilustre Romano descendió á la barca que habia de conducirle á la orilla, sucumbió á los golpes de sus asesinos. Presentaron su cabeza á César cuando llegó á Egipto. El grande hombre quitó los ojos de este horroroso espectáculo, y derramó lágrimas por la suerte de su rival.

§ V. Dictadura y muerte de César.

Guerra de Alejandría (48-47). César llegó á Egipto poco despues de la muerte de Pompeyo con treinta y cinco navíos y cuatro mil hombres. Los viles ministros de Ptolemeo Dionisios se afligieron al ver que César reconcilió al monarca con su hermana Cleopatra. Creyeron que esta reconciliacion pondria fin á su reinado, y excitaron la rebelion entre todo el pueblo de Alejandría. César corrió los mayores peligros en medio de este tumulto. Se fortificó en uno de los barrios de la ciudad, y quemó su flota para que no cayese en poder de los Alejandrinos. El incendio pasó al arsenal y destruyó la mag-

nifica biblioteca de los Ptolomeos. Despues de haber hecho prodigiosos esfuerzos, la fortuna le fue fiel todavía. Derrotó á los rebeldes, apaciguó el pueblo, y dividió el trono entre Cleopatra y Ptolemeo Neoteros. Los vientos etesios le retuvieron cautivo durante muchos meses por los encantos de esta princesa; pero así que pudo embarcarse volvió a tomar con toda su actividad el curso de sus hazañas.

Derrota de Farnaco. Volviendo á pasar á Asia, atacó á Farnaco, rey del Bósforo Cimerieno. Este príncipe se habia apoderado de la Cólchida y de muchas plazas fuertes en la Armenia, la Capadocia, el Ponto y la Bitinia. Se habia aprovechado de las guerras civiles para volver á tomar las posesiones de Mitridates, su padre. César obligó á Dejotaro á que le cediese una legion ejercitada á la romana, y se arrojó sobre Farnaco con tanto ímpetu, que dió cuenta á Roma de su expedicion por estas tres palabras: *Veni, vidi, vici.* Vine, vi, vencí.

Regreso de César á Roma. César debia una gran parte de sus sucesos á la moderacion y dulzura que manifestó para con el pueblo y las provincias. Este espíritu de justicia y de equidad fue la causa de que la Cisalpina y la Iliria se declarasen á su favor; sus amigos le habian ganado por lo mismo el Epiro, la Etolia, la Tesalia y la Macedonia. Despues de la batalla de Farsalia, el Asia y la Siria, que habian abrazado el partido de Pompeyo, le saludaron como su libertador. Cuando se supo en Roma que habia perdonado á Q. Ciceron, á Metelo, al rey Dejotaro, y á todos los que imploraron su clemencia, aplaudieron á su triunfo y á su gloria. Concluyó por ganar á la multitud dándole festines espléndidos y magníficos espectáculos. Al mismo tiempo que hacia á cada uno mil concesiones, sabia conservar su autoridad. Habiéndose mostrado exigentes sus soldados, porque se creian necesarios: *Ciudadanos*, les dijo, *teneis bastantes fatigas y heridas, os relevo de vuestros juramentos; se os pagará lo que se os debe.* Esta palabra de *ciudadanos* les humilló, y rogaron á César les condujese con él á Africa.

Guerra de Africa (46). Caton se habia retirado allí con los

batallones que habian escapado al desastre de Farsalia. Se habia juntado en Mauritania con el ejército de Scipion, suegro de Pompeyo. Habiendo anunciado un oráculo á los Scipiones una continuacion no interrumpida de victorias en Africa, Caton hizo dar el suegro de Pompeyo el mando en gefe de todo el ejército. Juba, rey de Mauritania, y todos los Numidas se unieron á los Pompeyanos. César, para que tambien el oráculo le fuese favorable, tomó en su campo un hombre oscuro y despreciado que se llamaba Scipion, y le puso á la cabeza de su ejército, como si hubiera sido el general de él. Su genio le sirvió mejor que este ridículo expediente. Derrotó á los enemigos en Tapsus, y obligó á Caton á encerrarse en Utica. El estóico iba á caer en manos del que él llamaba un tirano. Estaba seguro de que César le perdonaria la vida, pero nada quiso pedirle. *Perdonar la vida,* dijo, *supone el derecho de quitarla, lo que es un acto de tiranía, y yo nada quiero de un tirano.* Leyó el *Fedon* de Platon, pidió su espada, y se mató de desesperacion. Su muerte, como lo ha dicho el César de los tiempos modernos, fue la debilidad de un alma grande, el error de un estóico, una mancha en su vida.

Triunfos y gloria de César (46). César, vuelto á entrar en Roma, triunfó cuatro veces en un mes. El primer dia triunfó de los Galos, el segundo de los Egipcios, el tercero de Farnaco, el cuarto del Africa y de Juba. Cuando triunfó de los Galos, hizo ostentacion de los nombres de las ochocientas ciudades y de los trescientos pueblos que habia subyugado. Habiéndose roto su carro cerca del Aventino, subió al Capitolio con la luz de las hachas que llevaban cuarenta elefantes colocados á cada lado del camino. Dió veinte y cuatro mil sestercios á cada uno de los veteranos, hizo poner para el pueblo veinte mil mesas ocupadas con los manjares mas raros y los vinos mas exquisitos, dió un espectáculo de dos mil gladiadores, é hizo fingir en el anfiteatro combates de tierra y de mar, para indemnizar á los que no habian asistido á sus grandes batallas. Luego que se concluyeron todas estas fiestas, salió para España, donde los hijos de Pompeyo y los republicanos habian formado un poderoso ejército.

Guerra de España (46-45). Estos últimos Romanos pensaron echar abajo á César. La batalla se habia empeñado en Munda, cerca de Córdoba. Los veteranos de César, fatigados y extenuados por todas las expediciones que habian hecho ya, respondieron muellemente al ataque. El dueño del mundo estuvo a punto de matarse de desesperacion. Pero de repente, animándose, se arrojó él mismo en lo mas fuerte del combate, preguntando con grandes gritos á sus soldados si no tenian vergüenza de entregarle así á unos niños. Esta palabra picó su generosidad, y al momento la fortuna cambió de aspecto: treinta mil Pompeyanos quedaron en el campo de batalla.

Esta fue la última guerra de César. Su regreso á Roma fue triste y sombrío; viéndole triunfar de los Pompeyanos, se sentia que triunfaba de las desgracias de su patria. Sin embargo, dice Plutarco, los Romanos cedian al ascendiente de su fortuna, y se sometian al freno sin resistencia. Persuadidos de que no podrian resarcirse de todos los males causados por las guerras civiles sino bajo la autoridad de un solo hombre, le nombraron dictador perpetuo. La adulacion le erigió una estatua en el templo de Quirino con esta inscripcion: *¡Al dios invencible!* El nuevo dios tuvo sus sacerdotes, los *julios*, y consagró un templo á la libertad.

En los últimos triunfos el circo no habia podido contener toda la multitud que se apresuraba en los juegos. Los extranjeros no pudieron comprender lo que se decia por ignorar la lengua latina. César distribuyó esta vez las fiestas en todos los barrios de la ciudad. Cada nacion tuvo su teatro y actores, y cada una de ellas tuvo un placer en honrar en su lengua y á su modo al soberbio vencedor. Roma no era ya solamente la primera ciudad del Lacio y de la Italia, habia llegado á ser la capital del mundo, y César lo comprendió.

Reformas y leyes de César. Su genio cosmopolita se elevó sobre todas las rivalidades y partidos, y le hizo el protector de todos los débiles y oprimidos. En lugar de renovar los horrores de Mario y de Sila, se mostró indulgente en favor de todos sus enemigos y afable para con los suyos. El que en otro tiempo habia honrado las hazañas del vencedor de las

Gálias, levantó de nuevo las estatuas de Sila y volvió á colocar las de Pompeyo sobre la tribuna de las arengas. Recompensó generosamente á sus soldados dándoles dinero y tierras, pero cuidó de diseminarlos por toda la Italia, para que no tuviesen nunca deseo de rebelarse como en otro tiempo los soldados de Sila. Dió el derecho de ciudadanía á una legion de Galos, gratificó con el derecho de latinidad ó itálico á una multitud de individuos, ciudades y pueblos segun sus méritos, emprendió reunir todas las leyes de la república en un solo código, reformó el órden judicial en las provincias, purgó el senado echando de él á todos los que se habian deshonrado por sus bajezas, é introdujo en él algunos extranjeros, Galos y Españoles. Los Romanos se burlaron de los Galos, que dejaban las bragas para ponerse la laticlavia. Leíase en Roma en todas las paredes este aviso : Se ruega al público que no indique á los senadores el camino del senado. César se reia mas que todos los demas de estas chanzas , y para divertirse recogia en sus libros de memoria todas las agudezas que producia el buen humor de los Romanos. El mundo , dirigido por su impulso, tambien proseguia su marcha hácia la unidad. Cartago y Capua habian sido reedificadas ; las naciones conquistadas volvian á tomar vida y esperanza.

Su genio revolvia otros muchos pensamientos. Queria subyugar á los Parthos, atravesar la Hircania , pasear sus legiones por el mar Caspio hasta el pié del Cáucaso , arrojarse sobre la Escitia y la Germania, y venir á descansar en Italia, despues de haber dado el Océano como límites por todas partes del imperio. Ya iba á dar órdenes para cortar el istmo de Corinto, hacer un canal que condujese el Tíber al mar cerca de Terracina, secar las lagunas Pontinas para hacer una campiña fértil de los terrenos que ocupan, limpiar la rada de Ostia y aumentar su puerto. Tambien queria formar una biblioteca pública, griega y latina, tan numerosa como fuese posible, elevar á Marte el templo mas vasto del mundo , y edificar un teatro inmenso al pié del monte Tarpeyo. Pero todos estos pensamientos eran un sueño del genio. Sus asesinos le sorprendieron meditando estos proyectos gigantescos.

Muerte de César (44). César, colmado de toda clase de honores y dignidades, tenia todo el poder de un rey. Hizo mal en ambicionar el título de tal. Un dia en que Antonio le presentaba una diadema en la fiesta de las Lupercales, no la rehusó sino muellemente. Muchas veces se le oyó decir que la república no era mas que una sombra, y de esto se dedujo que queria avasallar la libertad. Casio formó pues un complot contra el que consideraba como un tirano, y en él comprometió á Bruto. Este habia sido colmado de tantos beneficios por César, que estaba como encadenado por el reconocimiento. Pero las exhortaciones de los conjurados le alucinaron y le hicieron impresion como una especie de vértigo. Habia leido á los piés de la estatua del antiguo Bruto estas palabras tan célebres : *¡ Duermes, Bruto! ¡ Ah ! ¡ si vivieses aun , ó si tu alma respirase en uno de tus descendientes !* Él se creyó tambien llamado á libertar su patria, y desde entonces se puso á la cabeza de la conjuracion. Fue en los idus de marzo (44) cuando resolvieron consumar esta maldad. El dictador habia sido advertido de este complot, pero no quiso creerlo. Se fué al senado, y él mismo se entregó á sus asesinos. Cuando se vió atacado, se defendió hasta que vió al mismo Bruto avanzarse para herirle. Entonces las fuerzas le abandonaron , y envolviéndose la cabeza en su capote, exclamó : *¡ Y tú tambien, Bruto !* Murió traspasado de veinte y tres heridas.

CAPITULO VI.

Desde la muerte de César hasta el fin de la república. Segundo triunvirato (1).

(44-31.)

Bruto, como dijo Séneca, se habia engañado gravemente, creyendo que la muerte de César haria revivir la república y la libertad. Apenas espiró este grande hombre á manos de sus asesinos, se encontraron otros con las mismas miras de dominacion. Antonio, Octavio y Lépido formaron un segundo triunvirato, que era una reproduccion del primero, con la sola diferencia que no se veia en estos últimos triunviros el genio que habia brillado en sus predecesores. Bien considerado todo, Lépido no podia compararse á Craso, Octavio era mucho menos que César, y la reputacion de Antonio no igualó jamás la de Pompeyo. Lépido desapareció de la escena ignominiosamente. En la lucha entre Antonio y Octavio no fue el mérito personal del gefe el que decidió la victoria. Octavio habia heredado los bienes del César, pero no su valor ni su genio militar. El Occidente se encontró en conflicto con el Oriente, y por la fuerza de las cosas el Oriente, extenuado de molicie y de corrupcion, sucumbió miserablemente. Octavio no reveló su mérito y sus talentos sino cuando llegó al soberano poder. Emprendió de nuevo la obra comenzada por César, y la concluyó con prudencia y bien. Sin buscar con cuidado un título vano, tuvo la destreza de fundar la monarquía arreglando la constitucion del imperio.

§ I. Desde la muerte de César hasta la formacion del segundo triunvirato (44-43).

Conducta de Antonio y de los conjurados. Antonio y los amigos del César huyeron y se ocultaron asi que supieron la muerte del dictador. Los conjurados atravesaron el Foro mostrando sus espadas ensangrentadas, y subieron al Capitolio

(1) Autores que se pueden consultar: Suetonio, *Vida de Octavio*; Plutarco, *Vidas de Ciceron, de Bruto y de Antonio*; Ciceron, *Arengas y Cartas*; Dion Casio, Apiano; Veleyo Patérculo, etc., etc.

gritando que habian librado al Estado del tirano. Se quedaron atónitos luego que vieron que la multitud estaba muda y consternada. Ciceron se unió á ellos, y se esforzó en sacarles de su inaccion, aconsejando al cónsul Dolabela convocase el senado. Bruto creyó obrar mejor tratando de atraerse el pueblo; pero su conducta y los discursos de Cinna, su amigo, irritaron á la plebe.

Estas disposiciones del pueblo devolvieron á Antonio la esperanza. Hizo que los veteranos se sublevasen por la mediacion de Lépido, maestre de la caballeria, y ocupó los papeles de César y el tesoro público. Él mismo reunió el senado, defendió los actos de César, y se opuso vivamente á que se vituperase su memoria, declarándole tirano de su patria. El dia siguiente se presentó delante del pueblo y fingió una reconciliacion universal. Casio cenó en su casa, y Bruto en la de Lépido. Despues propuso al senado una amnistía general, y pidió se señalasen provincias á Bruto y á Casio. El senado sancionó todas estas proposiciones tan ventajosas al partido republicano, y decretó ademas que serian conservados todos los actos de la dictadura de César. Se pensó que la guerra civil se alejaria, mas la politica de Antonio no empleó todos estos medios sino para conseguir su objeto con mas seguridad.

César habia dejado un testamento. Puesto que todos sus actos eran conservados, preciso era ejecutar sus últimas voluntades. En este testamento César adoptaba el jóven Octavio por su hijo, y hacia una infinidad de legados á sus herederos. El pueblo no habia sido olvidado El dictador le dejaba sus jardines á orillas del Tíber, y daba á cada ciudadano trescientos sestercios. Cuando Antonio hizo conocer cuáles habian sido las últimas disposiciones de aquel que llamaron tirano, hubo en toda la asamblea un estremecimiento de indignacion contra sus asesinos. Pero fue mucho peor cuando vieron sobre la hoguera el cadáver sangriento del dictador. Antonio se colocó cerca del muerto para hacer el elogio de su vida. Ya habia referido todos los honores que el senado le habia dado, y comenzaba á reconvenir á sus asesinos por

la ingratitud con que habian pagado sus beneficios, cuando de repente arrancó la toga que cubria sus heridas y las mostró al pueblo. En el mismo instante, se coloca el cadáver sobre la hoguera, y el coro que le rodea canta este célebre verso: *Les he dado la vida, y ellos me han dado la muerte.* Al oir estas palabras, la multitud cree que el mismo César pide venganza. Entonces todos los espectadores cogen de la hoguera teas encendidas, corren á poner fuego á la curia donde ha sido inmolado, así como á todas las casas de los conjurados, y vienen despues á hacer su apoteosis. Todos los extranjeros, dice Suetonio, tomaron parte en el duelo público. Muchas veces dieron vuelta á la hoguera, marcando cada uno su desolacion á la manera de su pais. Los Judíos pasaron noches enteras al lado de sus cenizas.

Tiranía de Antonio. Muy luego se reconoció la justicia de este sentimiento universal. Antonio, despues de haber adulado al pueblo, se aproximó al senado, y se hizo dar una guardia de seis mil hombres. Seguro con el apoyo de este ejército, se puso á vender empleos y dignidades, mandos y provincias, y así adquirió una fortuna colosal. Se creó partidarios en todo el imperio, y en seguida despojó de su autoridad á Bruto y Casio. *Ha muerto el tirano,* decia Ciceron, *mas no la tiranía.*

Octavio, hijo adoptivo de César, vino á Roma en este intermedio para reclamar su sucesion. Era un jóven de diez y ocho años, débil y delicado, sin voz, á quien no se suponia genio ni valor. Antonio le recibió muy mal, y rehusó entregarle los bienes que César le habia dejado, bajo pretexto que sin él hubiera sido anulado el testamento. Durante algun tiempo Octavio se vió rechazado de todos. Sus parientes, sus consejeros, todos querian condenarle á la oscuridad; pero el pueblo estaba por él. Resolvió, á ejemplo de su padre, sacrificar todo lo que poseia, vender sus tierras y villas, en una palabra, arruinarse para comprar el poder soberano. Antonio le puso obstáculos en todas sus medidas; mas el pueblo, indignado de estas miserables persecuciones, se declaró mas vivamente por el hijo de César.

Ciceron, testigo de su popularidad, resolvió agregarle al partido del senado. *Es un jóven*, decia, *á quien es preciso alabar, cargar, colmar y abrumar de honores.* El consular preveia bien, y su política no faltaba de extension. Atacar á Antonio por medio de Octavio, era destruir al uno por medio del otro. Por eso asi que Antonio marchó para arrojar de la Gália cisalpina á Décimo Bruto, el senado, por consejo de Ciceron, agregó Octavio á los cónsules Hirtio y Pansa para combatirle. Si es vencido, decia el orador, será un enemigo menos; si es victorioso, tendrá que responder delante del pueblo de una victoria obtenida en favor de uno de los asesinos de su padre. El jóven César no hizo sin duda todos estos cálculos. Se unió á los cónsules Hirtio y Pansa, y destruyó con ellos el ejército de Antonio cerca de Módena.

Formacion del segundo triunvirato. Despues de su derrota, le bastó á Antonio hacer un llamamiento á los antiguos amigos de César, y en breve se vió á la cabeza de un nuevo ejército. Habiéndose encontrado en frente de Lépido, le sobornó todas las tropas por el solo prestigio de su nombre. Esta defeccion fijó la incertidumbre de Lépido, y se unió á Antonio de una manera irrevocable. Por otra parte Octavio, á quien el senado habia desdeñado despues de la victoria de Módena, se vengó de sus indiferencias, volviendo á aparecer en Roma á la cabeza de un poderoso ejército y haciéndose dar el consulado. Esta nueva dignidad le elevaba á la altura de Antonio. Era dueño de Roma, tenia un ejército, era cónsul, y podia tratar con él como igual suyo. Lépido se interpuso para proporcionar una reconciliacion entre estos dos *soberanos.* Se reunieron cerca de Bolonia en una isla del pequeño rio Reno, y se decidió que el poder seria repartido entre un *triunvirato* compuesto de Antonio, Octavio y Lépido, que cada triunviro gozaria de una autoridad absoluta, y poseeria una jurisdiccion ilimitada durante cinco años. Se distribuyeron las provincias, y tomaron medidas para el sosten de la nueva constitucion.

§ II. Segundo triunvirato hasta la muerte de Bruto (43-42).

Proscripciones. Los segundos triunviros, persuadidos de que César habia caido solamente por un exceso de clemencia, renovaron las proscripciones de Sila contra sus enemigos. El primer edicto contenia estas terribles palabras: *Que nadie oculte ni haga evadir á un proscrito: el que lo haga será desterrado. Que se nos traigan sus cabezas: el hombre libre recibirá por recompensa veinte y cinco mil sextercios, el esclavo diez mil con la libertad y el derecho de ciudadanía en lugar de su dueño.* Varias bandas de asesinos se diseminaron por Roma para ejecutar las órdenes feroces de los triunviros. Trescientos senadores y dos mil caballeros fueron asesinados. Los autores de estas terribles proscripciones se habian hecho mútuamente el sacrificio de sus parientes y amigos. Lépido inmoló su propio hermano. Octavio concedió la cabeza de Ciceron á Antonio, y este le entregó su tio L. César.

La riqueza, como en tiempo de Sila, fue un motivo de condenacion. Los soldados descontentos de las recompensas que habian recibido, ocuparon las casas y los bienes de los proscritos, ó degollaron aun á los ciudadanos ricos cuyos nombres no estaban inscritos en las fatales listas. Se veia á los dueños echarse á los piés de sus esclavos para implorar su conmiseracion. Hubo algunos que se dejaron enternecer, y llevaron el afecto hasta el caso de sacrificarse por ellos. Un niño iba á la escuela con su preceptor. Era proscrito; los soldados le prenden, el preceptor se hace matar defendiéndole. Los esclavos de Mecenio y de Apio se ponen en la cama de sus señores, y se dejan degollar en su lugar. Opio lleva á su anciano padre sobre sus hombros y le embarca para la Sicilia.

Desgraciadamente los ejemplos contrarios fueron mucho mas numerosos. Un pretor se ve perseguido por su propio hijo, que le ha denunciado á Antonio, y le señala á los puñales de los asesinos. Un jóven revestido de la pretexta se tras-

ladaba al templo. Anuncian que es proscrito y al momento todos le abandonan. Huye, va á refugiarse á la casa de su madre y esta le dió con la puerta en la cara. Seria nunca acabar, si la historia consignase todos los horrores que mancharon aquellos tiempos tan fecundos en crímenes.

Muerte de Ciceron. Ciceron, cuyo nombre habia sido escrito en las primeras listas de proscripcion, huyó. Hubiera podido juntarse con Bruto y Casio; pero despues de haberse embarcado, fuese por turbacion ó por perplejidad, descendió á tierra en Circeis diciendo: *Quiero morir en esta patria que tantas veces he salvado.* Fue alcanzado por el tribuno militar Popilio Lenas, á quien en otro tiempo habia defendido en una acusacion de parricidio. Sus esclavos querian defenderle, mas les dijo : *No, que no haya mas sangre derramada que la que piden los dioses.* Y avanzó su cabeza fuera de la litera : *Aproxímate, veterano,* gritó á Popilio, *y muestra cómo sabes herir.* Su cabeza fue presentada á Antonio mientras que comia. El cruel triunviro manifestó una alegría feroz al considerarla, y envió este trofeo sangriento á Fulvia, su esposa. Esta cruel mujer se divirtió en horadarle la lengua con un alfiler de oro que tenia en los cabellos. Algunos dias antes hizo matar á un ciudadano que no habia querido venderle su casa, y mandó clavar su cabeza sobre la puerta de la misma casa, á fin de que nadie ignorase el motivo de su venganza.

Guerra contra Bruto y Casio. Los triunviros, despues de haberse hartado así de sangre y oro, pensaron en libertarse de Casio y de Bruto, gefes del partido republicano. Los asesinos de César, retirados á Asia, asolaban todas estas provincias por medio de exacciones y crueldades casi tan escandalosas como las de los triunviros en Italia. Casio arruinaba con impuestos á los Lidios, á la república de Rodas y al rey de Capadocia. A los Rodios que invocaban su título de aliados del pueblo romano, y pedian que al menos se les dejase las estatuas de sus dioses : *No os dejaré,* les dijo, *mas que el sol.* Robaba los templos en Laodicea, y se cargaba de botin multiplicando las injusticias y profanaciones. Bruto, aunque mas moderado, imponia una contribucion de ciento cincuenta

talentos á los Xantios, despues de apoderarse de su ciudad á sangre y fuego. Todos estos excesos no eran los mas á propósito para hacer desear á las provincias el triunfo de la república.

Bruto lo conocia, y al volver á Europa estaba lleno de los mas tristes presentimientos. Una noche que velaba en su cuarto, un feo espectro, de figura terrible, se presenta á él. *?Quién eres?* le dijo Bruto.—*Soy tu mal genio*, respondió la fantasma, *me volverás á ver en las llanuras de Filipos.* Y la vision desapareció.

Batalla de Filipos. Muerte de Casio y de Bruto. En efecto, en Filipos fue donde el ejército republicano encontró al de los triunviros. Bruto y Casio se habian situado sobre dos colinas á tres millas de distancia. Antonio habia de atacar á Casio, y Octavio á Bruto. Los republicanos podian sitiar por hambre á los triunviros en su campo y vencerles sin combatir. Estaban en la misma posicion que Pompeyo antes de la batalla de Farsalia, y cometieron la misma falta. En lugar de dejar al enemigo consumirse por sí mismo, se batieron bruscamente, y esta precipitacion causó su pérdida. El cruel Octavio, que se habia complacido en derramar la sangre de sus conciudadanos durante las proscripciones, tembló en presencia del enemigo, y fingió estar enfermo el dia de la batalla. Su ejército fue vencido entre tanto que Antonio triunfaba de Casio. Este último, creyéndose perdido, se hizo pasar con su espada por uno de sus libertos.

Esta noticia consternó á Bruto y desanimó á sus tropas. Antonio consiguió atraerle á un nuevo combate, en el que le derrotó enteramente. Entonces le faltó la fuerza como á Casio, y se precipitó sobre la punta de su espada exclamando: *Virtud, no eres mas que una palabra.* La república espiró con él.

Los vencedores deshonraron su victoria con venganzas monstruosas. El cobarde y cruel Octavio respondió á un condenado que le pedia los honores de la sepultura: *Los buitres se encargarán de dártela.* Un padre y un hijo le pidieron indulto. Prometió la vida al hijo, bajo la condicion de que

mataria á su padre, y despues le obligó á degollarse á sí mismo.

§ III. Desde la muerte de Bruto hasta la deposicion de Lépido (42-36).

Excesos de Antonio en el Oriente. Despues de la batalla de Filipos los vencedores se repartieron el imperio. Octavio tomó la España y la Numidia, Antonio la Gália transalpina y el Africa. Dejaron á Lépido en Roma en su indolente oscuridad. Era necesario recompensar á los soldados. Octavio se encargó de desposeer á los habitantes de Italia para darles tierras, Antonio fué á Asia para cobrar el dinero que se le debia. Habiendo sido arruinados los templos y tesoros de las ciudades en las últimas guerras, fue preciso servirse de los bienes de los particulares, sin que en ello padeciese la delicadeza de Antonio. Cuando se quejaban á él, respondia que los Asiáticos debian tenerse por muy dichosos porque no les quitaba, como á los Italianos, sus tierras y casas. Pero lo que mas irritaba era que el fruto de todas estas rapiñas solo servia para los excesos del tirano que las obtenia por fuerza. Se le habia visto, despreciando todo pudor, entrar en Efeso, precedido de mujeres vestidas como las bacantes y de jóvenes vestidos como Panes y Sátiros. Se daba á sí propio el nombre de Baco, y renovaba todos los excesos voluptuosos que la fábula atribuye á este dios monstruoso. La reina de Egipto Cleopatra, que habia dado socorros á Casio, vino á Tarso para apaciguar su cólera. Subió por el Cidno en un navío cuya popa era de oro, las velas de púrpura y sus remos de plata obedecian á compas al sonido de las flautas y de los instrumentos. Los habitantes exclamaron viéndola: *Es Venus que viene á casa de Baco.* Antonio se dejó seducir por los encantos de la princesa, y comenzaron juntos aquellos festines, cacerías y diversiones que Plutarco llama *una vida inimitable.*

Oposicion de Fulvia contra Octavio en Italia. El rumor de todos estos escándalos llegó en Roma á oidos de Fulvia, esposa de Antonio. Se puso furiosa, y para arrancar á su ma-

rido de las pérfidas seducciones de Cleopatra, resolvió combatir á Octavio y encender en el seno de la Italia una guerra civil. No era cosa difícil. Octavio, encargado de pagar á los veteranos y de desposeer á los ciudadanos, habia hecho muchos descontentos. Los soldados murmuraban porque no les daba bastante, y los ciudadanos se quejaban por haber sido arrojados de sus tierras. Fulvia irritó todas estas pasiones y cóleras. Prometió proteccion á los Italianos privados de sus bienes y se puso á la cabeza de las legiones, pasándolas ella misma revista con la espada ceñida. Octavio, para salir de tan crítica situacion, convocó á los veteranos en el Capitolio, y les propuso fuesen los árbitros entre él y Fulvia. Era en Gabies donde se habia de pronunciar esta singular sentencia, y César se rindió humildemente delante de sus soldados para recibirla; pero Fulvia y Lucio, hermano de Antonio, se burlaron de aquel *senado burlesco.*

Guerra de Perusa (41-40). Entonces comenzó la guerra. Lucio se apoderó de Roma, aduló al pueblo, como antes Octavio habia adulado al ejército, y recibió el título de *imperator.* Pero Agripa, teniente de Octavio, le echó de Roma y le obligó á refugiarse en Perusa. Una hambre espantosa diezmó sus tropas y le obligó á rendirse. Octavio perdonó al hermano de Antonio y á sus soldados, pero la ciudad fue entregada á las llamas y los habitantes degollados. No habiendo podido el ruido de esta guerra arrancar á Antonio de sus placeres, Fulvia, indignada, resolvió ir ella misma á aguijonear su pereza. Tuvieron una entrevista en Atenas, en donde se hicieron mútuas y amargas reconvenciones. Antonio se quejó de los tumultos que Fulvia habia provocado en Italia, y Fulvia vituperó con severidad la infame conducta de Antonio en Oriente. El triunviro, ofendido, la dejó sola en Sicyone, donde murió poco despues de vergüenza y de pena.

Tratados de Brindes y de Misena (39). Cuando Antonio desembarcó en Italia, su intencion era batir á Octavio; pero sus soldados rehusaron el combate y le obligaron á reconciliarse con su rival. La paz fue jurada en Brindes; y para consolidarla, Antonio, que acababa de perder á Fulvia, se

casó con la hermana del jóven César, la virtuosa Octavia. Los dos triunviros volvieron á entrar juntos en Roma, pero las fiestas fueron tristes. Sextó Pompeyo era dueño del mar, las provisiones no habian podido llegar de Cerdeña ni de Sicilia, el pueblo-rey no tenia pan y hubo algunos tumultos. Los triunviros no pudieron apaciguarlos sino comprometiéndose á tratar con Sexto. Se avistaron con él en el cabo de Misena, y convinieron en que Sexto tendria las provincias de Sicilia, Córcega, Cerdeña y la Acaya con una indemnizacion de diez y siete millones quinientos mil dracmas; que se devolveria á los proscritos la cuarta parte de sus bienes; que Sexto enviaria trigo á Italia, y que en adelante no recibiria á los fugitivos. Los tres gefes se abrazaron y cenaron juntos en la cala de una embarcacion de Sexto. En medio del festin, Menas vino á decir al oido á su amo Sexto : *¿ Quereis que corte los cables, y os hago dueño de todo el imperio? — Era preciso hacerlo sin prevenirme,* replico Sexto, *Pompeyo no puede faltar á sus juramentos.*

Batalla de Nauloca. Fuga y muerte de Pompeyo (36). Los triunviros no se mostraron tan fieles á su palabra. Antonio negó la Acaya á Pompeyo, y las hostilidades principiaron de nuevo por una y otra parte (38). Octavio, encargado de esta guerra, experimentó al principio grandes reveses. Su flota fue casi enteramente destruida por el enemigo y las borrascas. Pompeyo, arrogante por sus triunfos, se mostraba en Siracusa con un tridente en la mano y cubierto con una capa de color azul. Se decia hijo de Neptuno, y hacia creer que mandaba en los vientos y en el mar. Pero Agripa, teniente de Octavio, acudió desde el interior de la Gália con toda precipitacion, y no tardó en burlarse de sus supersticiosas pretensiones. Todos los desastres de Octavio fueron reparados en poco tiempo bajo las órdenes de este gefe activo y vigilante, y sus escuadras pudieron volver á tomar la ofensiva. Se empeñó una batalla general entre Miles y Nauloca. La accion fue muy sangrienta, pero el genio de Agripa triunfó de los recursos de Sexto. Este se fué á Oriente donde Antonio le dejó degollar (35).

Deposicion de Lépido. Lépido, que contribuyó á la victoria de Octavio y se veia á la cabeza de un numeroso ejército, pretendió salir de la posicion humillante que le habian hecho despues del establecimiento del triunvirato. Queria añadir la Sicilia á su gobierno de Africa. Octavio le echó en cara con dureza su lentitud, y le acusó de haber tenido relaciones con Sexto, y de haber vendido los intereses del triunvirato. Al mismo tiempo que se le dirigian estas amargas palabras, el jóven César sobornaba sus tropas. Lépido, abandonado de sus legiones, se echó cobardemente á los piés del que en otro tiempo era su rival, y le pidió la vida y su perdon. Octavio le concedió ambas cosas, mas de todas sus dignidades solo le dejó la de pontífice, que era inamovible. Lépido era un hombre tan falto de talento y de virtud que, como dice Montesquieu, no se siente verle humillado.

§ IV. Lucha de Octavio contra Antonio Batalla de Accio (36-31).

Despues de la muerte de Craso, cuando César y Pompeyo se disputaban el poder soberano, la república contaba todavía con generosos defensores. Los Catones y los Brutos estaban prontos á protestar en favor de la libertad. Desde el tiempo de César, la idea monárquica hizo tantos progresos, que despues de la deposicion de Lépido y de la muerte de Sexto, no se trata ya entre Octavio y Antonio sino de saber á cuál de los dos pertenecerá el imperio. La república ha muerto, y Roma espera un dueño.

Conducta de Antonio en Oriente. Antonio, que habia tomado para sí el Oriente, salió de Italia deseoso de hacer en persona la guerra á los Partos. Esta nacion acababa de ser manchada con grandes crímenes. Su rey Fraato se habia apoderado del trono matando á su padre y hermanos. Antonio recibió en su campo á todos los nobles que huyeron de las amenazas del usurpador, é hizo grandes preparativos para vengarles. La impetuosidad de su ataque hizo que toda el Asia atemorizada se acordase del teniente de César. Por

desgracia, en la celeridad de su marcha, cometió la falta de descuidar los bagajes. El enemigo sorprendió sus convoyes, y le obligó á retirarse. En esta retirada desastrosa perdió la mayor parte de su ejército. No obstante dió partes á Roma de haber obtenido algunas victorias. Al año siguiente se resarció de sus desgracias por una expedicion en Armenia. Trajo cautivo á Alejandría al rey de esta comarca, Astavardo, y se hizo decretar el triunfo.

Los Romanos supieron con pena que Antonio habia entrado en la capital del Egipto para celebrar sus hazañas, como lo hubiera hecho en Roma. Su indignacion llegó á su colmo cuando supieron que habia erigido sobre un tribunal de plata dos tronos de oro, uno para él y otro para Cleopatra; que la habia declarado reina de Egipto, de Chipre, de Africa y de Celesiria, que habia dado el título de *reyes de los reyes* á los hijos que habia tenido de esta princesa, y que habia dado al mayor la investidura de la Armenia y de la Média, y al segundo la de la Fenicia, de la Siria y de la Cilicia. Deciase que Cleopatra la hacia perder el juicio, que preferia Alejandría á Roma, que amontonaba en esta ciudad de Africa todos sus tesoros, y que, si llegaba á ser dueño del imperio, trasportaria su capital á Oriente.

Conducta de Octavio en Occidente. Octavio, que esparcia malignamente todos estos rumores, observaba una conducta del todo opuesta. Dejó de ser desdeñoso y cruel, así que la deposicion de Lépido le hijo dueño del Occidente. Deseoso de cautivar el afecto del pueblo, restableció el órden en Roma y en Italia, y afectó una moderacion y una dulzura que recordaban la clemencia é imparcialidad de César. Mientras que Antonio se deshonraba en Egipto con todas sus locuras, Octavio hacia ejecutar, por consejo de Agripa, una infinidad de obras que le granjeaban los elogios de la multitud. Reparaba los acueductos, decoraba el circo, daba al pueblo fiestas y juegos, y le prodigaba toda clase de liberalidades. Sus legiones no estaban ociosas : obtenian brillantes victorias contra los Ilirios y los Dalmatas, y extendian cada vez mas los límites del imperio.

Guerra entre Antonio y Octavio. Antonio, que parecia tener contra sí todas las probabilidades de éxito, fue sin embargo el agresor. Se quejaba de que Octavio se habia apoderado de las provincias de Sexto, sin reservarle nada. Octavio le preguntó si le habia llamado él para darle parte en sus conquistas del Asia, y le echó en cara sus amores con Cleopatra. La guerra se hacia inevitable. Antonio se preparó á ella por medio de banquetes y fiestas. En Samos y en Atenas pasaba los dias con Cleopatra entre danzantes, cómicos y flautistas. En medio de sus orgías envió un acto de divorcio á su esposa la virtuosa Octavia.

El jóven César sacaba partido de todas las faltas de su rival. Hablaba de la indignidad de su conducta para con Octavia, con el objeto de exasperar al pueblo contra él, y se aprovechaba de su lentitud para hacer sus preparativos. En fin, cuando reunió sus flotas y legiones, hizo declarar la guerra á Cleopatra por el senado, con el objeto de no envolver en la proscripcion á todos los Romanos que servian á las órdenes de Antonio.

Batalla de Accio (2 de setiembre 31). Luego que los dos ejércitos estuvieron frente á frente, Antonio propuso primero á su rival un combate singular ; despues queria ir á las llanuras de Farsalia para que conociesen en aquellos lugares, testigos del valor de César, al digno heredero de este grande hombre. Pero habiendo tenido Cleopatra el capricho de presenciar una batalla naval, Antonio no pudo resistirle. El 2 de setiembre, aprovechando la escuadra de un viento ligero que se levantó del mar para desordenar su ala izquierda, comenzó el ataque. Despues de grandes esfuerzos de una y otra parte, el combate era todavía dudoso y la victoria incerta, cuando los sesenta navios de Cleopatra desplegaron sus velas y huyeron al través de las galeras que peleaban. Desde que Antonio se apercibió de ello, perdió la cabeza y huyó tambien abandonando cobardemente á los que morian por él. Su escuadra se defendió todavía mucho tiempo delante de Accio, pero al fin se vió obligada á ceder. Canidio, que mandaba el ejército de tierra, viendo perdido á Antonio, se pasó al

campo de Octavio. Viéndose los soldados desamparados y vendidos, se pusieron tambien de parte del vencedor.

Muerte de Antonio. Al saber Antonio estas tristes noticias, queria suicidarse. Habiéndoselo impedido sus amigos, se hizo conducir á Alejandría, donde encontró á Cleopatra. Desesperado se encerró en una torre que dominaba el faro de Alejandría, y pareció decidido á vivir en ella como el filósofo Timon que la habia habitado en otro tiempo. Pero muy pronto se cansó de esta filosofía misantrópica. Abandonó aquel sombrío asilo, volvió al palacio de Cleopatra, y principió de nuevo esa *vida inimitable* que se pasaba enteramente en festines y excesos. Hizo con sus amigos y los de Cleopatra una asociacion, cuya primera ley era de morir juntos, despues de haberse proporcionado unos á otros toda clase de placeres.

Cuando César Octavio se presentó en las puertas de Alejandría, Antonio le pidió permiso para retirarse á Atenas, con el fin de vivir allí como simple particular. Cleopatra, mas ambiciosa, deseaba la corona de Egipto para sus hijos. El vencedor de Accio dejó entrever á esta reina pérfida que le daria todavía mas si ella le libraba de Antonio. Acaso la que habia visto á sus piés á César y Antonio, esperó ver postrado tambien á Octavio, el nuevo señor del mundo; hizo pues traicion á Antonio, y este, mas sensible á tal afrenta que á su derrota, se atravesó con su propia espada. Cleopatra no le sobrevivió mucho tiempo. Despues de haber intentado en vano seducir á Octavio, se hizo picar, segun dicen, por un áspid, y murió de sus resultas (1). El Egipto fue reducido á provincia romana, y Octavio reinó bajo el nombre de *Augusto* sobre todo el imperio.

(1) Véase mi *Historia antigua.*

CAPITULO VII.

De las causas principales de la grandeza y de la ruina de la República. Influencia de la literatura sobre las costumbres.

Despues de haber visto eclipsarse la república para hacer lugar al despotismo imperial, es muy natural preguntar la explicacion de este doble fenómeno. ¿Cómo Roma consiguió subyugar á todos los pueblos, y cómo, despues de haberlos despojado de su libertad, ha sido privada de ella? Para resolver este doble problema, es necesario estudiar la sociedad romana en todos sus detalles y deshacer todos sus elementos. La sustitucion del imperio á la república no es solamente á nuestros ojos un simple cambio de gobierno. Con el reinado de los emperadores vemos principiar un pueblo enteramente nuevo y una era nueva tambien. La república fue la obra del genio latino, ó si se quiere del genio italiano. La virtud de los primeros habitantes del Lacio y de la Italia explica por sí sola, como lo demostraremos, la fuerza y grandeza de la república. Pero despues de la primera guerra púnica, esta virtud heróica y esta simplicidad de costumbres desaparecen. Roma soporta la influencia de los vencidos. Todo llega á ser griego en sus costumbres, en sus usos, en su religion y aun en los ejércitos. Las antiguas tradiciones se borran, y aparece una edad nueva, la edad griega. Ella es la que ha derribado la república, y la que va á caracterizar el primer período del imperio. Haremos observar su influjo sobre las costumbres é instituciones de la república, pero trazando la historia literaria de aquella época nos será mas fácil poner en evidencia su accion, porque la literatura es siempre la viva expresion de la sociedad.

§ I. De las causas principales que dieron á los Romanos la dominacion de Italia y despues el imperio de una parte del mundo.

La vida del pueblo romano es, por decirlo así, toda de una pieza. Lo que le hizo triunfar de la Italia, le hizo triunfar igualmente de la mayor parte del mundo civilizado. No podemos hacernos cargo de la grandeza de este pueblo extraordinario sino estudiando el carácter de su constitucion, la disciplina de

sus ejércitos, la decision de los hombres de que estaba formado, y la naturaleza de las circunstancias en que se encontró; y esta es la tarea que vamos á emprender.

Del senado y de su política. No falta quien haya visto en el establecimiento de los cónsules anuales una de las causas del poder de los Romanos. Este cambio continuo de magistrados era, por el contrario, un alimento para las cábalas y sediciones, y si los intereses del Estado les hubiesen sido confiados exclusivamente, uno hubiera deshecho muchas veces lo que hubiese elevado á su predecesor, y la administracion habria carecido de continuacion y de conjunto. Pero superior á los cónsules se encontraba el senado, que dirigia todas las empresas y hacia dirigir todos los esfuerzos de la nacion á un mismo objeto. Con su política hábil é insinuante no perdió una sola ocasion para extender el territorio de la república. «Al fin de cada guerra, dice Montesquieu, quitaba una parte del pais al pueblo vencido para darla á los aliados; en lo que hacia dos cosas: atraia á Roma aquellos de quienes tenia poco que temer y mucho que esperar, y debilitaba á otros de quienes nada tenia que esperar y todo que temer. Se servia de los aliados para hacer la guerra á un enemigo, y cuando tenia muchos enemigos que combatir, concedia una tregua al mas débil, que se consideraba dichoso de obtenerla, contando por mucho haber diferido su ruina.» El gran principio del senado era dividir para mandar: *Divide et impera.* Sembraba la discordia entre sus enemigos, y los subyugaba sin esfuerzo cuando la guerra civil les habia debilitado; ó bien los impedia que se uniesen entre sí, dividiéndolos en intereses, y los destruia sucesivamente. Esta es la táctica que se aplica á los pueblos del Lacio, á la Grecia, á la Macedonia y á las naciones asiáticas.

Esta política de usurpacion consagró muchas injusticias. Si el senado tuvo en los primeros tiempos un carácter religioso y leal, mas tarde, cuando la falta de creencias trastornó todos los principios religiosos, muchas veces no hubo ya en los tratados de paz y en las declaraciones de guerra sinceridad ni buena fe. Es este un punto que tal vez no ha sido

suficientemente examinado. La mayor parte de los historiadores, alucinados por la gloria y la grandeza de Roma, se han entusiasmado por los resultados, y casi no se han preocupado de la naturaleza de los medios. Han alabado las conquistas del senado, y por decirlo así le han perdonado, en vista del éxito, la mayor parte de sus injusticias. Al mismo tiempo que se reconoce la habilidad de su política, sin embargo es bueno observar que la *fe romana* no vale mucho mas que la *fe púnica,* al menos en los últimos tiempos de la república.

Del ejército. Mas si el senado era admirable por su prudencia y habilidad, tenia á su disposicion soldados valerosos y aguerridos. Él era la cabeza que calcula y raciocina, el ejército era el brazo que golpea y derriba. Jamás una nacion llevó mas lejos la ciencia de la guerra. Toda la educacion del Romano tendia á darle ese carácter feroz y salvaje que distingue á los conquistadores. « Acostumbraban los soldados, dice Montesquieu, á ir al paso militar, esto es, á hacer en cinco horas veinte millas y algunas veces veinte y cuatro. Durante estas marchas se les hacia llevar pesos de sesenta libras. Se les hacia correr y saltar enteramente armados : tomaban en sus ejercicios espadas, venablos y flechas de un peso doble que el de las armas ordinarias ; y estos ejercicios eran continuos.

» No solamente estaba en el campo la escuela militar ; en la ciudad habia tambien un sitio donde iban los ciudadanos á ejercitarse (era el Campo de Marte). Despues del trabajo se arrojaban al Tíber para conservar la costumbre de nadar y para limpiarse del polvo y el sudor.

» Su principal atencion era examinar en qué podia su enemigo tener superioridad sobre ellos, y al momento lo remediaban. Las espadas cortantes de los Galos y los elefantes de Pirro solamente les sorprendieron una vez. Al pronto suplieron á la debilidad de su caballería quitando las bridas de los caballos, para que su impetuosidad no pudiese ser detenida ; despues mezclando en ellos caballeria ligera. Cuando conocieron la espada española, abandonaron la suya. Eludieron la ciencia de los pilotos por la invencion de una má-

quina que Polibio nos ha descrito. En fin, como dice Josefo, la guerra era para ellos una meditacion, la paz un ejercicio. »

Independientemente de este apresuramiento y de esta habilidad en aprovecharse de lo mejor que habia entre los demas, los Romanos estaban dotados tambien de un genio verdaderamente creador. « Los Macedonios, dice Bossuet, creian invencible su falange, y no podian persuadirse de que el espíritu humano fuese capaz de encontrar cosa alguna mas firme. Sin embargo el mismo Polibio, y Tito Livio despues de él, le habian demostrado que al considerar solamente la naturaleza de los ejércitos romanos y la de los Macedonios, los últimos no podian menos de ser batidos á la larga, porque la falange macedonia, que no era sino un batallon cuadrado, muy espeso por todas partes, solamente podia moverse de un golpe, mientras que el ejército romano, diseminado en pequeños cuerpos, estaba mas pronto y mas dispuesto á toda clase de movimientos. » No hay duda ninguna que esta superioridad de disciplina y táctica fue una de las grandes causas de las victorias conseguidas por los ejércitos romanos.

Del pueblo. Pero para subir al orígen y al principio de todas aquellas virtudes que hacian invencible al soldado romano, es necesario estudiar el carácter y las disposiciones admirables del mismo pueblo. Así es que no se puede admirar demasiado la simplicidad de costumbres, la grandeza del alma y el desinterés de todos esos antiguos Romanos, que no tenian nada mas precioso sobre la tierra que su pobre choza y su pequeño campo. La religion ejercia sobre su alma pura y franca una profunda influencia. En todas sus acciones, tomaban consejo de los dioses y adoraban su voluntad. El juramento era para ellos inviolable y sagrado. Esto hizo decir á Ciceron : Podemos ceder á los Galos por la fuerza, á los Cartagineses por la astucia, á los Griegos por la habilidad ; pero ninguna nacion tiene la superioridad sobre nosotros en piedad ni en religion. Y san Agustin, queriendo dar cuenta de las razones que han merecido á la república

romana su grandeza y poder, nos dice que la Providencia la favoreció en sus empresas para recompensar en este mundo todas las virtudes humanas que habia practicado.

Sea lo que fuese, no se puede negar que la virtud de su pueblo hace su fuerza y el vicio su pérdida. Mientras que los Romanos fueron buenos, sóbrios y desinteresados, hicieron heroicidades, y cada dia se les vió extenderse y fortificarse, en lugar que cuando se dejaron corromper por el lujo y las riquezas, su valor se disminuyó y principió la decadencia de su imperio.

Estado de las naciones que rodeaban á Roma. La virtud del pueblo, la fuerza de los ejércitos, la política del senado contribuyen sin duda poderosamente á hacernos comprender la grandeza de la república; no obstante todas estas causas no, bastan aun para explicarnos enteramente sus conquistas; porque si las circunstancias de tiempo y de lugar hacen los grandes hombres, ellas hacen tambien los grandes pueblos. En vano una nacion tendria ciudadanos virtuosos, valientes soldados y bien disciplinados, hombres de Estado inteligentes é instruidos; si las vias no le están preparadas, no conseguirá extenderse. Así es que cuando la Providencia quiere hacer un pueblo conquistador, permite que se debiliten todas las naciones que le rodean, y se los entrega como una presa que devorar. Véase lo que sucedia en Grecia y en el Oriente antes de las grandes conquistas de los Romanos. Desde la muerte de Alejandro todos los pueblos divididos se abismaban en el seno de las discordias mas sangrientas. En breve no hubo ya entre estas naciones fuerza ni poder. Perecian de debilidad en el seno del lujo y de la molicie, y parecian no esperaban mas que las cadenas de un conquistador que quisiese imponerles el yugo de su dominacion. Roma, que llegó á ser dueña del Lacio y de los pequeños pueblos de la Italia, no encontró verdaderamente resistencia séria sino por parte de Cartago, y en el paralelo que hemos establecido entre estas dos repúblicas, hemos mostrado toda la superioridad de los hijos de Jafet sobre esa raza maldita de Canaan.

§ II. De las causas que produjeron la ruina de la República.

Aniquilamiento del senado. Roma fue castigada precisamente por donde habia pecado. El senado, cegado por su descomedida ambicion, no habia respetado las leyes divinas ni las humanas en sus relaciones con las demas naciones. Así es que esas inmensas conquistas de que se habia mostrado tan codicioso, causaron justamente su pérdida y la ruina del genio y de la virtud de los antiguos Romanos. El pueblo tan simple, cuyo invencible valor hemos exaltado, derramó toda su sangre en los campos de batalla, y espiró recogiendo laureles. Le reemplazaron por libertos, que no podian tener las mismas costumbres, ni los mismos sentimientos. Entonces la antigua lucha de los plebeyos y de los patricios volvió á comenzar bajo otra dominacion. Eran los hombres nuevos los que atacaban á las antiguas familias, eran los Latinos y los Italianos los que disputaban á los Romanos el derecho de ciudad. Todas estas deplorables divisiones alteraron profundamente el patriotismo y la decision de los verdaderos ciudadanos; la depravacion de las costumbres hizo rápidos progresos en el seno de todos estos desórdenes, y sucedió que la aristocracia y la democracia, combatiéndose, se hirieron de muerte una y otra. El pueblo y el senado llegaron á ser esclavos, y el despotismo imperial les impuso sus leyes.

Decadencia de la disciplina militar. En este desgraciado conflicto que se suscitó entre el pueblo y el senado, se vió salir una infinidad de ambiciosos devorados por el deseo de hacerse dueños del poder soberano. Los Marios, los Silas, los Pompeyos y los Césares aspiraban á reinar sobre Roma y sobre el mundo. Para conseguir su objeto, conquistaron á sus soldados corrompiéndoles por medio de liberalidades. Mario fue el primero que dió este funesto ejemplo. En lugar de no recibir bajo sus banderas sino al verdadero ciudadano romano, alistó una multitud de proletarios que conquistó á su afecto dejándoles robar y destruirlo todo, y muchas veces tambien proporcionándoles todos los goces que enervan y

destruyen el valor. Los soldados de Sila y de Pompeyo solo combatian por la esperanza del botin. Despues de la victoria les era menester oro y tierras. Los de César eran mas intrépidos y mas duros para sí mismos. Pero estas terribles legiones no eran ya los ejércitos de la república. Su decision se limitaba á la persona de su gefe; ellas no conocian mas que su palabra, y en lugar de servir á la patria, venian á ser entre sus manos un terrible instrumento de esclavitud.

Sin embargo, á pesar de todos estos desórdenes que reinaban en los ejércitos, se ha de observar que las virtudes guerreras fueron las que sobrevivieron en el pueblo romano á todas las demas. Cuando los soldados de César asustaban á los de Pompeyo por su feroz heroismo, y recordaban por su valentía aquellos intrépidos guerreros que admiraron á Pirro, el pueblo romano y los nobles estaban muy distantes de las virtudes de Fabricio y de su simplicidad.

Opulencia de los grandes y corrupcion del pueblo. En esta época, el pueblo despreciaba los ejercicios del cuerpo, y abandonaba á los esclavos la cultura de la tierra y todos los trabajos manuales de que se habian enorgullecido los Cincinatos. Para distraerse en su ociosidad, frecuentaba el circo y el Foro. Cuando el despotismo de los emperadores quitó á las asambleas populares su poder, ya no se veia al pueblo sino en los anfiteatros, donde le divertian con combates de fieras y de gladiadores. El senado le hacia distribuir gratuitamente el trigo necesario para su alimento, y esta nacion, antiguamente tan grave en sus costumbres y tan noble en sus sentimientos, se encontraba contenta cuando tenia pan y juegos: *Panem et circenses.*

En tiempo de César habia en Roma mas de trescientos mil de aquellos indigentes ociosos, que vivian en las tabernas de las limosnas del senado, ó del dinero que pedian en las calles. Todas las propiedades estaban concentradas en las manos de algunos nobles. Estos personajes opulentos tenian posesiones tan vastas que solo á caballo podian recorrerlas todas. Sus casas en Roma eran magníficos palacios, y nada igualaba al brillo y la suntuosidad de sus villas. Estaban ro-

deados de una multitud de esclavos prontos a prevenir mas bien que á satisfacer sus mas pequeños deseos. La mayor parte de su vida se pasaba en los festines. Un hábil cocinero era una celebridad, y se le estimaba mas que á un poeta ó literato distinguido. Fácil es conocer por qué razon la doctrina de Epicuro encontró numerosos discípulos en medio de una sociedad materializada de este modo. Casi todos repetian con el cínico filósofo que la primera ley del hombre y su único objeto era gozar. A los ojos de estos hombres estragados, la religion no era ya mas que una ceremonia frívola y el juramento un vano sonido.

Cuando el sentimiento religioso se apagó así, la corrupcion llegó á ser tan general y profunda, que fue preciso publicar una ley para reclutar el colegio de las *vestales*. Cada uno hacia alarde de su incredulidad, y alababa sus excesos de mala conducta. César dijo en pleno senado que despues de la muerte no habia mas que la nada; Ciceron, á pesar de sus bellas palabras, dudaba acerca de todos los puntos de doctrina; Horacio se glorificaba de ser un puerco de la piara de Epicuro; Bruto se mataba exclamando que la virtud no es mas que una palabra, y Augusto preguntaba al tiempo de morir si habia representado bien su comedia. Verdaderamente ya no quedaba ningun principio de pié en esta sociedad perdida. Las ideas y costumbres de los antiguos Romanos no existen ya, la edad italiana pasó. Esa corrupcion degradante, esa venalidad vergonzosa, esa irreligion grosera y ese amor apasionado á los placeres, atestiguan el triunfo de las ideas griegas, y es tambien lo que manifiesta la literatura de aquella época.

§ III. De la literatura romana y de su influencia sobre las costumbres antes del reinado de Augusto.

Carácter general de la literatura romana. Durante los cinco primeros siglos de la república, los Romanos solo se ocuparon en someter los pueblos del Lacio y en hacer la conquista

de la Italia. Los trabajos de la guerra y de los campos absorbian todo su tiempo, y en medio de su simplicidad no pensaban en cultivar las ciencias ni las letras. Toda su poesía consistia en algunas canciones bárbaras que los segadores y vendimiadores hacian oir en la alegria de sus festines al tiempo de las cosechas. Los himnos sagrados se reducian á esos cánticos que los sacerdotes salios entonaban paseando sus escudos divinos. En fin, las *atelanas*, especie de farsas licenciosas tomadas de los Etruscos con un objeto de encanto y de adivinacion, surtian el teatro, y los versos groseros llamados *fesceninos* ó *saturnimos* eran los únicos metros empleados y conocidos.

Solo hubo en Roma verdadera literatura hácia el fin de la primera guerra púnica, cuando el contacto de los Griegos con los Romanos introdujo allí ideas nuevas. Desgraciadamente esta influencia de la Grecia fue tan preponderante, que ahogó el genio nacional y comenzó la decadencia de la república. Todos los escritores que aparecieron antes del siglo de Augusto carecieron generalmente de originalidad. Nacidos en Grecia ó educados en sus escuelas, rechazaron con desprecio todas las tradiciones de los Latinos para aficionarse á los grandes escritores de Atenas y traducir sus obras maestras.

De los poetas. Los primeros poetas de esta época fueron Livio Andrónico, Enio, Plauto, Terencio, Lucilio, Lucrecio y Cátulo.

Livio Andrónico, preceptor de los hijos del austero Livio Salinator, habia nacido en la Gran Grecia, en Tarento. Fue el primero que dió representaciones teatrales en Roma, y se contentó con traducir del griego sus comedias y tragedias. Tambien puso en latin la Odisea. Enio, su compatriota y el amigo del gran Scipion, enseño públicamente el griego sobre el Aventino. Su genio tuvo mas originalidad que el de Andrónico. Al trasportar al teatro de Roma las piezas de Eurípides, hizo cambios exigidos por la diferencia de las costumbres y del carácter de las dos naciones, y aun cantó en el estilo de la epopeya la segunda guerra púnica. Era un himno

á la gloria del Africano, su protector, pero era tambien un asunto nacional.

Si quisiésemos tener en consideracion, aunque de paso, los últimos esfuerzos del genio latino, citariamos al campanio Nœvio, ese soldado de las guerras púnicas que se sirvió de los viejos versos saturninos para atacar á los Metelos, Scipiones y á todos los nobles que se abochornaban de la lengua de sus abuelos. Sus críticas mordaces le hicieron poner en la cárcel. Los Scipiones, poco satisfechos de esta venganza, invocaron contra él la ley de las doce tablas, y el desgraciado Campanio vió descender con él á la tumba el antiguo genio de los Cétegos. *Una vez Nœvio enterrado en el tesoro de Pluton,* dice su epitafio, *no supieron ya en Roma lo que era hablar la lengua latina.*

Plauto y Terencio imitaron igualmente á los Griegos, mas sus comedias no tienen el mismo carácter. Plauto, Ombrío de nacimiento y reducido á dar vueltas á la muela de un molino, es el poeta popular, mientras que el liberto Terencio, el amigo de Lelio y de Scipion, es el poeta del gran mundo y de la buena sociedad. Aunque todos sus personajes tengan un traje griego, se encuentran en sus composiciones pinturas locales que prueban que escribian inspirados, y que muchas veces sus ideas estaban tomadas en el seno de la sociedad romana.

Lucilio, de quien Ciceron, Horacio y Quintiliano hacen elogios, se ejercitó en la sátira, único género de orígen romano. Lucrecio se llenó de admiracion por la filosofía de Epicuro, y puso en versos admirables su detestable ateismo. En este poeta la forma está llena de númen y de originalidad brillante; pero el fondo de sus pensamientos no era sino un desgraciado plagio de aquellas tristes doctrinas que Caton hubiera querido desterrar de Roma, y que Fabricio deseaba á todos los enemigos de la república. Cátulo es el poeta de la pasion y de la licencia, como Lucrecio lo es de la impiedad. Lucrecio formula el sistema de los ateos bajo el punto de vista dogmático, Cátulo explica en sus desvergonzados versos su moral degradante. Estos dos poetas preparan el siglo

de Augusto. Su estilo hace presentir la perfeccion de Virgilio; pero el desarreglo y el libertinaje de su espíritu anuncian igualmente todas las indecencias escandalosas que deshonraron el despotismo imperial.

De los oradores. La elocuencia fue acaso en Roma menos esclava del genio extranjero que la poesía. Habia llegado á ser una necesidad, inmediatamente despues del establecimiento de la república. Pero en los primeros tiempos nadie pensaba en recoger las arengas de los tribunos ó de los cónsules, en medio de las grandes discusiones que se suscitaban entre el pueblo y el senado. Los historiadores latinos han puesto en boca de aquellos ilustres personajes discursos mas ó menos conformes á su carácter y á su posicion; pero por esas obras de arte, no se puede juzgar del mérito particular de aquellas antiguas composiciones. A falta de documentos, citaremos solamente los nombres de los hombres que se hicieron en esta época una reputacion de elocuencia. Estos eran Caton el Censor, los dos Gracos, Mario y Sila para la elocuencia política; Sergio Galba, Licinio Craso y Marco Antonio, el abuelo del triunviro, para la elocuencia del foro.

En el período siguiente, antes del principado de Augusto, toda la historia de la elocuencia se resume en tres grandes hombres: Hortensio, César y Ciceron. Nada poseemos de Hortensio, pero sabemos que fue rival de Ciceron, como Eschina lo habia sido de Demóstenes. Quintiliano admira en César la vivacidad, la firmeza, la precision y esa perfeccion del arte que borra las huellas mismas del trabajo. No es este el lugar de hacer el elogio de Ciceron, ni de entrar en los detalles de sus obras. Hay nombres que la gloria y el genio han hecho tan populares que basta pronunciarlos para excitar la admiracion.

De los historiadores. Antes de Augusto, los principales historiadores latinos son César, Salustio y Cornelio Nepote. Primero se habia visto aparecer una multitud de analistas y compiladores. Desde el orígen de Roma ó al menos desde el año 360 hasta el de 623, los pontífices habian tenido cuidado de escribir en sus anales todos los acontecimientos que

tenian lugar de año en año. Fabio Pictor, que vivia durante la segunda guerra púnica, fue el primer escritor que tuvo la ocurrencia de componer en latin una historia de Roma. Caton el Censor publicó mas tarde su libro de los *Orígenes*, y otros analistas compusieron algunas narraciones. Si se cree á Ciceron, todos estos ensayos eran muy groseros é imperfectos; y tal es la pobreza de la literatura romana que, para conocer aquellos gloriosos tiempos de la república, es preciso estudiarlos en Polibio y en los autores griegos.

Sila escribió unas memorias que no se pueden sentir demasiado. César se colocó por sus *Comentarios* en el primer rango entre los historiadores. Es acaso el monumento mas curioso y la obra mas original de toda la literatura romana. Nada se le habia podido comparar, hasta que el César moderno dictó sus campañas de Italia. Salustio habia hecho la historia de Roma desde Sila hasta la conjuracion de Catilina, pero solo se poseen algunos fragmentos de esta grande obra. Su talento de historiador nos ha sido revelado por su narracion de la *Guerra de Yugurta* y de la *Conjuracion de Catilina*, dos cuadros admirables. El órden cronológico nos ha hecho colocar despues de César y de Salustio á Cornelio Nepote, sin que tengamos la intencion de compararle á estos grandes hombres. Sus *Vidas* tienen un verdadero mérito literario. Están escritas con elegancia y concision, pero se encuentran en ellas equivocaciones y errores groseros, que hubiera sido útil observar en las ediciones clásicas que de ellas se han hecho.

De los filósofos. Para concluir esta rápida revista de los principales escritores que florecieron antes de Augusto, seria necesario exponer la historia de los filósofos y de la filosofía, y analizar los numerosos tratados de Ciceron sobre esta materia. El estudio de estas obras admirables nos mostraria el escepticismo que trabajaba entonces todas las almas, y nos daria la fisonomía de todas las escuelas griegas que habian invadido la sociedad romana. Bástenos decir aquí que Roma no tuvo filosofía suya propia, y que sus genios mas ilustres no hicieron mas que aceptar las ideas que los Griegos les

trasmitieron. El mismo Ciceron, en sus mas brillantes pasajes, solamente es un elegante traductor de Platon. Escogia entre las doctrinas de las diversas escuelas, y generalmente tenia la razon bastante segura. Si bien no pudo elevar un sistema de doctrinas capaz de satisfacerle á él mismo y de calmar todas sus dudas, á lo menos tomó lo que los Griegos habian dicho de mas sensato. Bajo este aspecto sus obras merecen nuestra admiracion. Pero los demas Romanos, menos virtuosos y menos prudentes, dejaron las doctas especulaciones de Platon para olvidar con Lucrecio el culto de los dioses, y sumergirse con Cátulo en los goces voluptuosos de Epicuro. Tales son los dos abismos adonde viene uno siempre á perderse, por cualquier lado que considere la república espirante.

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA

TERCERA PARTE

DEL IMPERIO.

PRIMER PERIODO.

Desde Augusto hasta la muerte de Commodo. Edad griega.
(30 antes de J.-C. — 193 despues de J.-C.)

CAPITULO PRIMERO.

Reinado de Augusto (30 *antes de J.-C.* — 16 *despues de J.-C.*) (1).

Instruido Augusto por la muerte de César, condujo suavemente los Romanos á la servidumbre; porque conservando á la república todas sus instituciones y formas liberales se apoderó enteramente del poder y de los honores. La ventaja que resultó para la humanidad de esta revolucion política fue que se estableció la unidad en todo el imperio. La odiosa distincion que separaba á las provincias de Roma y de Italia aspiraba cada dia mas á desaparecer. Augusto comprendió que para dar fuerza y duracion al imperio era preciso unir todas sus partes penetrándolas de las mismas ideas y sentimientos. Siguiendo este principio sometió las provincias á una organizacion regular y se esforzó á asi-

(1) Autores que pueden consultarse: Entre los antiguos, Dion Casio y Suetonio sobre Augusto: Veleyo Patérculo y los compendiadores. Entre los modernos: Crevier, *Histoire des empereurs*; Le Nain de Tillemont, *Histoir des empereurs et des autres princes qui ont vécu dans les six premiers siècles de l'Église.*

milarlas de tal manera al genio de Roma que tuviesen la misma legislacion, el mismo culto, los mismos usos y el mismo idioma. Todas las nacionalidades desaparecieron ante estas medidas particulares, y un espíritu único animó muy pronto á todo el imperio. En pago de los sacrificios que habian hecho los provinciales, obtuvieron en Roma todas las dignidades y cargos mas importantes. Ninguna carrera ni empleo fue inaccesible para ellos, y al cabo de pocos años los vemos sentarse en el trono de los Césares.

§ I. Administracion y gobierno de Augusto.

Extension del imperio. Los límites del imperio eran al este el Rin, el Danubio, el Ponto Euxino y el Eufrates; al sud los desiertos de la Arabia y de la Libia, y la Etiopía; al oeste y al norte el Océano. Las grandes regiones que abrazaba en Europa eran la España, la Gália transalpina, la Gália cisalpina, la Sicilia, la Cerdeña y Córcega, la Iliria, la Macedonia, la Tracia, la Acaya, la Panonia y la Mesia. En Asia, las principales provincias eran: el Asia, la Bitinia, la Cilicia, la Siria, la Fenicia y la isla de Chipre. En tiempo de Augusto, la Judea tenia todavía su rey. La Comagena, la Capadocia, el Ponto, Rodas, Samos, la Licia, la Armenia y la Mesopotamia no habian sido reducidas todavía á provincias romanas. Las grandes provincias que tenian en Africa eran el Egipto, la Cirenáica con la isla de Creta, el Africa y la Numidia. La Mauritania no perdió su rey hasta el año 42, y entonces se dividió en dos provincias, la Mauritania Tingitana y la Mauritania Cesariense.

Carácter del poder de Augusto. Despues de la batalla de Accio, Augusto se atemorizó realmente de su posicion; veíase á la cabeza de cuarenta legiones cuya salvaje codicia se hallaba excitada ya hacia mucho tiempo por las liberalidades que se les habian prodigado. Por otra parte, se reconocia llamado á reinar en una ciudad adonde el solo nombre de rey inspiraba horror. Temblaba al recordar la muerte de César, y en medio de su espanto queria abdicar como Sila y volver á la vida privada. Así se lo aconsejaba Agripa; pero Mecenas lo dió un consejo mas análogo á sus deseos, y sus palabras le tranquilizaron.

Así que puso término á su incertidumbre, su conducta fue sumamente hábil. Tomó el título de *imperator* como gefe del ejército, y aceptó el epíteto de *Augusto,* que le dieron por adulacion, para hacer olvidar todos los recuerdos odiosos que iban unidos al sangriento nombre de Octavio. Sabia que el pueblo estaba ya cansado de derramar su sangre en los campos de batalla, y él mismo conocia la necesidad de gozar tranquilamente de su fortuna. Cerró, pues, el templo de Jano, y se esmeró en cubrir con ciertas apariencias de libertad la servidumbre del senado y de la nacion. Su gran pensamiento fue gobernar sin parecer que reinaba. Lejos de pedir el título de rey, no permitió siquiera que á él ni á los suyos se les diera la calificacion de señor (*dominus*). Cuando le ofrecieron el poder soberano se hizo de rogar por mucho tiempo, y al cabo no lo aceptó mas que por diez años. Despues de este espacio de tiempo fue preciso que se redoblasen las instancias y las súplicas, y cada una de las prórogas se celebró con unas funciones á las que se ha dado el nombre de *decenales.*

A pesar de su aparente abnegacion, nadie ambicionaba el poder tanto como él. Tuvo la habilidad de confiscar en provecho suyo los diversos ramos de la suprema autoridad, haciéndose revestir sucesivamente de todos los cargos importantes de la república. Y así al título de *imperator* que le conferia el mando en gefe de todos los ejércitos y el poder proconsular en todas las provincias, añadió el poder tribunicio que hacia inviolable su persona, y debia dar lugar despues á las acusaciones de lesa-majestad (*judicia majestatis*). Hasta el año 21 hizo que todos los años le nombrasen cónsul, y dos años despues obtuvo para siempre el poder consular, lo cual le hizo dueño de Roma como ya lo era de las provincias (19). En el mismo año se atribuyó á sí mismo la censura (*magistratura morum*), y desde entonces pudo distribuir á su antojo los honores y hacer todas las reformas que creyese convenientes. Por último á la muerte de Lépido (13) hizo que le nombrasen sumo pontífice (*pontifex maximus*), y bajo este título ejerció sobre los asuntos religiosos un imperio no menos absoluto que sobre los negocios civiles.

Del poder del pueblo y del senado en tiempo de Augusto. Este príncipe tan cuidadoso de no herir susceptibilidad alguna, procuró tener contentas á todas las clases del Estado. Conservó á los caballeros los juicios y el cobro de la rentas públicas. Para grangearse el afecto del pueblo, no solamente les hacia las acostumbradas distribuciones de trigo, sino que le prodigaba cuando era necesario el oro y la plata. Para distraerle é impedir que se ocupase demasiado de su gobierno, multiplicaba las diversiones y las fiestas, y en aquellos dias de alegría recibia á todo el mundo indistintamente y con la mayor afabilidad. Daba gusto el verle ir casi siempre á pié por las calles de la ciudad y sentarse sin ceremonia á la mesa de sus amigos.

Esta popularidad le llevaba á manifestar exteriormente el mayor respeto á los derechos de la multitud. Cuando queria promulgar una ley, reunia siempre los comicios en el Campo de Marte y votaba el primero con toda su tríbu. Fácil es conocer que el ejemplo y la autoridad del príncipe no dejaban mucha libertad para la votacion; pero el pueblo no se creia esclavo sino libre, como siempre lo habia sido, porque se conservaban todas las antiguas formas de libertad.

Augusto, como príncipe del senado, presidia esta asamblea, hácia la cual afectaba la mas profunda veneracion, y trató de devolverle toda la consideracion de que gozaba en otro tiempo. Con este objeto dictó algunas medidas para excluir de ella á todos los hombres indignos que habian entrado á favor de las guerras civiles; redujo á seiscientos el número de los senadores, mandó que la hacienda de cada uno ascendiese á ochocientos mil sextercios, y á los que no tenian esta cantidad se la completó de los fondos públicos para que pudieran figurar en todas partes de una manera digna de su rango. En todas ocasiones les colmaba de honores, y al entrar en el senado les saludaba por su nombre. Pero todas estas atenciones no eran mas que un medio de aligerar el peso de sus cadenas, porque esta asamblea que antes decidia todos los negocios importantes, no era ya en tiempo de Augusto mas que un consejo de Estado cuya opinion consultaba el

príncipe, aunque no siempre. Todos los negocios que se querian ocultar á la multitud, se trataban en un consejo privado que Augusto habia formado, compuesto de senadores escogidos entre sus íntimos amigos, y ademas de las cosas reservadas le hacia despachar todas las que él creia urgentes.

De la administracion de las provincias. Augusto repartió las provincias entre el senado y él. Las provincias del senado fueron el Africa, la Numidia, el Asia propia, la Acaya, el Epiro con la Iliria, la Dalmacia, la Macedonia, la Sicilia, la Cerdeña, la Creta y la Libia, la Cirenáica, la Bitinia, con el Ponto y la Propóntida, y la Bética en España. Augusto conservó en España la Tarraconense y la Lusitania, y ademas todas las Gálias, las dos Germanias, la Celesiria, la Fenicia, la Cilicia y el Egipto. Mas tarde cedió al senado Chipre y la Narbonense, y volvió á tomar la Dalmacia adonde la guerra hacia necesaria una gran concentracion de fuerzas.

Las provincias senatoriales eran administradas por unos senadores que tomaban el título de procónsules ó propretores. Tenian á sus órdenes tres lugartenientes, é iban precedidos de seis haces de varas; pero no llevaban espada ni traje militar, porque su jurisdiccion era puramente civil. Los gobernadores de las provincias imperiales llevaban el título de propretores, prefectos ó presidentes. No tenian mas que un lugarteniente y cinco lictores, pero llevaban espuelas como signo de su jurisdiccion militar. En todas las provincias se señaló un sueldo á los gobernadores, y se les prohibió que exigieran nada mas que la contribucion fijada por el senado y el emperador. Ademas se instituyeron unos *procuradores*, encargados de juzgar todas las causas relativas á las contribuciones, y de vigilar á los gobernadores y cuestores, con respecto á la administracion de las rentas. Estas sábias medidas pusieron á las provincias á cubierto de todas las vejaciones de que hasta entonces habian sido víctimas, y reduciendo los gobernadores al papel de simples funcionarios, el Estado no tuvo ya que temer á estos magistrados que tantas veces habian alterado la tranquilidad de la república.

Lo mas admirable de la conducta de Augusto para con las provincias es que se esmeró sobre todo en demostrarles que no existia desigualdad alguna entre ellas y la Italia; ya pagaba sus deudas, ya reparaba sus ciudades, ya reedificaba las que por acontecimientos naturales habian sido destruidas. Visitó varias veces todas las provincias del imperio. A excepcion de las provincias de Africa y Cerdeña, dice Suetonio, no creo haya una sola que no haya visitado. Creó un servicio regular de correos entre las provincias y Roma apostando á cortas distancias en los caminos militares primero algunos jóvenes y despues carruajes, porque le pareció mas cómodo poder interrogar tambien á los correos, portadores de la correspondencia, cuando las circunstancias lo exigiesen (1). Sin duda hubo todavia muchas injusticias que escaparon á su vigilancia; pero esta grande idea de unidad se habia dado á luz y muy luego la veremos triunfar enteramente.

Del ejército. Augusto que tan obsequioso y respetuoso era para con el senado y con el pueblo, y tan equitativo para con las provincias, no cuidaba mucho de disfrazar su despotismo para con los soldados. Los mandaba como soberano y con mucha firmeza. Despues de las guerras expurgó las legiones de todos los esclavos que se habian alistado en ellas, y arrojó de ellas tambien á todos los extranjeros. Su objeto era que los ejércitos fuesen mas nacionales y mejor disciplinados. Él hubiera querido que los verdaderos Romanos se alistasen como en otro tiempo para combatir á los enemigos de la patria; pero por desgracia el genio y la aficion á la guerra se habian extinguido en el corazon de la nacion corrompida, y fue preciso reclutar las legiones de las provincias entre los mercenarios.

Para asegurar las fronteras del imperio y conservar las conquistas que se habian hecho, se necesitaba un ejército permanente. Augusto le comprendió así, y se apresuró á hacer todos los gastos necesarios, señaló á los soldados un sueldo

(1) Amadeo Thierry, *Histoire de la Gaule sous l'adm. rom.* Introduction, pag. 139-140.

fijo que se elevaba á 14 fr. 72 c. por mes, y arregló la duracion de su servicio, que era de doce años para los pretorianos y de diez y seis para los legionarios. Despues de diez y seis años de servicio recibian cinco mil dineros de retiro, y los segundos tres mil al cabo de veinte años. De resultas de este arreglo se creó una caja militar bajo la vigilancia de dos antiguos pretores.

Habia nueve cohortes pretorianas y tres cohortes urbanas, y ademas de estas tropas destinadas á la defensa de la ciudad y del trono, el ejército se elevaba por lo regular á ciento sesenta mil seiscientos cincuenta hombres, divididos en veinte y cinco legiones, de las cuales se destinaron ocho al Rin, cuatro al Danubio, tres á España, dos á Dalmacia, cuatro al Eufrates y á Siria, dos á Egipto, y dos á la provincia de Africa. Augusto conservó cuatro flotas, para vigilar las provincias y conservar el imperio del mares, y se hallaban en Ravena, Misena, Frejus y en el Ponto Euxino.

De la hacienda. Todas estas modificaciones en la constitucion del imperio produjeron necesariamente un cambio en la administracion de las rentas. Como el príncipe tenia bajo sus órdenes el ejército y el gobierno de una parte de las provincias, hubo de tener su caja particular de la cual disponia á su arbitrio, y esto es lo que se llamó *fisco*. El Estado tuvo tambien su tesoro, el *ærarium*. El emperador no disponia de él sino con la aprobacion del senado. Las fuentes de la hacienda pública eran las mismas; pero desde entonces se explotaron con mas órden y regularidad. No es posible evaluar de un modo positivo las rentas del imperio; pero segun las diferentes opiniones emitidas por los sabios acerca de este particular, pueden calcularse por término medio en nuevecientos sesenta millones de francos.

§ II. Guerras de Augusto.

Sumision de la España septentrional y de la Gália occidental (23). Despues de la batalla de Accio habia cerrado Augusto el

templo de Jano (31). Algunas sediciones que estallaron poco despues al pié de los Alpes entre los Salacios, y en España entre los Asturianos y Cántabros, le obligaron á abrirlo de nuevo. Marchó personalmente contra los Españoles, y encargó á Terencio Varron que sometiese á los Salacios. En todas partes la victoria coronó sus armas. El senado hizo erigir en los Alpes un monumento en el cual se habian de inscribir los nombres de los cuarenta y tres pueblos montañeses sometidos por Augusto.

Para fijar todos estos pueblos bajo el dominio romano y sujetar completamente todas las Gálias, Augusto estableció en ellos algunas colonias. Los Salacios fueron trasportados á *Eporedia* (Yvrea) y su pais ocupado por una colonia romana que tomó el nombre de *Augusta Prætoria* (Aoste). Estableció tambien en la Gália muchas colonias militares en diversos puntos, dividió los sentimientos é intereses de todos estos pueblecillos, varió los nombres de las antiguas ciudades para darles otros á los que se mezclaban los de Julio, César y Augusto, atacó el culto de los druidas para sustituirle la religion de los Romanos, y borró de este modo hasta los menores rastros de antigua nacionalidad para hacer triunfar los usos, costumbres y lengua del Lacio. Este era el verdadero medio de incorporar todas las provincias al imperio y de precaver toda revolucion en el interior.

Conquista de los paises al sur del Danubio (15). Augusto habia emprendido al mismo tiempo una expedicion contra los Arabes, pero fracasó completamente. Sus esfuerzos contra la Etiopía no tuvieron tampoco mas resultado que el de poner á cubierto por aquel lado las fronteras del imperio. Pero se desquitó de todos estos reveses atacando á los Vindelicios y á los Rhecios que se habian arrojado sobre la Italia y la Gália para devastarlas. Tiberio y Druso subyugaron todos estos bárbaros y añadieron á la Panonia y á la Mœsia, ya conquistadas, la Rhecia, la Vindelicia y la Nórica, es decir, todas las regiones que se extienden al sur del Danubio. Esta fue la mas bella conquista que se hizo en tiempo de Augusto. Tiberio quedó encargado de vigilar las nuevas provincias, y de conser-

var en ellas el órden comprimiendo todas las rebeliones.

Expedicion de Druso contra los Germanos (12 9). Durante este tiempo Druso marchó contra los Germanos que se disponian á invadir el imperio, y habian ya excitado á los Galos á que les siguieran. Estos no dieron oidos á sus insidiosas proposiciones, y Druso satisfecho de su fidelidad los reunió en Lugdunum, les dió una funcion en honor de Augusto y marchó en seguida con ellos contra los Germanos. Penetró en su pais por la isla de los Batavos, sometió á los Sicambros y Cheruscos, y en la segunda campaña lanzó sus legiones hasta el Weser. El senado le votó aclamaciones y honores, pero Augusto le negó el titulo de *imperator*. Esta susceptibilidad del príncipe no desconcertó á Druso; prosiguió sus triunfos, se adelantó hasta el Elba y erigió algunos trofeos á orillas de este rio que no habia de pasar, porque la muerte le sorprendió en medio de sus victorias (9).

Su fallecimiento reanimó el valor de los bárbaros; pero Tiberio acudió para sostener á las legiones romanas, continuó la guerra con vigor, trasportó cuarenta mil Ubios y Sicambros á la orilla izquierda del Rin, y del pais situado entre este rio y los pueblos belgas formó dos nuevas provincias, la *primera* y la *segunda Germania* (8). Desesperados los Germanos pedian la paz, pero Augusto se la negó. Tiberio dejó el mando á Domicio Enobarba, afectó estar cansado de guerras, y se retiró á la isla de Rodas, adonde pasaba el tiempo frecuentando las escuelas y academias y consultando adivinos. Cuando Augusto le adoptó por hijo volvió á presentarse á la cabeza de las legiones de Germania y subyugó los Chaucos y los Legobardos (2 años despues de J.-C.)

Invasion de Maroboduo (2 años despues de J.-C.). Cuando Tiberio se esforzaba á someter tan formidables naciones, Maroboduo, rey de los Marcomanos á quienes las hazañas de Druso habian acorralado en Bohemia, se preparaba para invahir la Italia. Lo único que le separaba de las posesiones romanas eran las vastas espesuras del bosque Hercinio, y tenia delante de sí la Panonia y la Dalmacia que no deseaban otra cosa que sublevarse. Para precaver esta terrible inva-

sion, habia resuelto Tiberio atacar á los Marcomanos en sus propios Estados. Ya tenia trazado su plan cuando Maroboduo le impidió ejecutarlo sublevando á los Dalmatos y Panonios. Estos pueblos, oprimidos por las exacciones de sus gobernadores, querian á toda costa librarse del yugo de los Romanos y vengarse de las injusticias de que habian sido víctimas.

Augusto no disimuló sus temores; dijo en el senado que el enemigo podia llegar dentro de diez dias hasta las puertas de Roma si no se tomaban las medidas necesarias, y se trasladó en persona á Arimino para inspeccionar las operaciones del ejército. Las legiones de Tiberio corrieron primero grandes peligros; pero la habilidad de su gefe y el valor del hijo de Druso triunfaron de todos los obstáculos. Sometieron á los Panonios y despues vencieron fácilmente á los Dalmatas. Habiendo preguntado Tiberio á Baton, rey de estos últimos, porqué se habia insurreccionado: *Vosotros teneis la culpa*, respondió decididamente el vencido, *porque para guardar vuestros rebaños enviais, no pastores ni perros, sino lobos* (9).

Derrota de Varo (9). Cinco dias despues de terminada esta guerra se supo la derrota de las legiones de Varo en Germania. Este hombre codicioso, elegido para gobernar á los Germanos, era tambien un lobo cruel y rapaz. Persuadido de que estos pueblos no tenian mas de humano que la forma, quiso imponerles por la fuerza los usos y costumbres de los Romanos. Rodeóse de una multitud de legistas cuyos insidiosos enredos arruinaban á los pobres en provecho de los que los gobernaban. Lo que prueba su falta de juicio y experiencia, verdaderemente incomprensible, es que al mismo tiempo que se permitia todos estos robos é injusticias no tomaba precaucion alguna. Entonces un príncipe cherusco, llamado Arminio (*Heermann*), se aprovechó de la indignacion general para llamar á las armas todas las tríbus y excitar una sublevacion universal. Cercó las legiones de Varo en el bosque de Teuteberg, cerca del nacimiento del Lippa, y las destrozó.

Al recibir Augusto la noticia de este desastre desgarró sus

vestidos y exclamó fuera de sí : *Varo, Varo, devuélveme mis legiones*. Se dejó crecer la barba y los cabellos en señal de luto, ofreció sacrificios á los dioses como en los mayores peligros, y envió al momento á Tiberio con Germánico sobre el Rin. Felizmente para Roma se introdujo la discordia entre los bárbaros, y no necesitó mas para vengarse que dejarles obrar. Arminio, acusado de ambicion por los suyos, fue asesinado á la edad de treinta y siete años. Su muerte permitió que Germánico penetrase hasta el Weser y que alcanzase una brillante victoria en Ydistaviso (Minden). Pero á su regreso su flota y una parte de su ejército fueron destruidos por una violenta tempestad. La envidia de Tiberio nombrado ya emperador le obligó á dejar el teatro de sus hazañas, y desde aquel tiempo los Germanos estuvieron tranquilos por aquel lado.

§ III. De la literatura y bellas artes en tiempo de Augusto.

De la literatura. Sabido es que el siglo de Augusto fue la edad de oro de la literatura latina. Aunque conservaron hácia la Grecia un culto que llegaba hasta la veneracion y el entusiasmo, los escritores de esta bella época encontraron originalidad en la imitacion misma. Su genio se alió al de los Griegos en la justa proporcion que caracteriza la pureza del gusto. Estamos lejos de poseer todas las obras de los grandes escritores que brillaron entonces. Cornelio Galo, amigo de Virgilio, Polion y Vario ponderados por Horacio ; Valgio, ensalzado por Tibulo ; y otros muchos no nos son conocidos mas que de nombre. Este feliz tiempo fue sumamente fecundo en poetas sublimes. Como dice M. Tissot, Virgilio tomaba sucesivamente y con igual éxito el tono de la pastoral, de la elegía, de la fábula, de la epopeya, de la oda, y hasta de la comedia. Ovidio dejaba correr de su pluma con pasmosa facilidad sus *Metamórfosis*, *Fastos*, *Heroidas*, *Elegías*, *Epístolas*, y otra multitud de poemas de diferentes géneros. Horacio hizo resonar con divina inspiracion todas las cuerdas

de la lira, y marcó sus *Epístolas* y *Sátiras* con un sello de originalidad inimitable; Propercio y Tibulo suspiraron sus *Elegías*.

Las subvenciones del palacio honraban y alentaban al mérito. La mayor parte de los cortesanos se ocupaban tambien de poesía y de trabajos literarios. Agripa escribia la historia de Augusto; Mecenas versificaba epígramas y sus tragedias. Augusto se preciaba de ser un escritor elegante; componia versos, arreglaba sus discursos y escribia sus *Memorias*, que por desgracia se han perdido.

En los pórticos de Apolo, de Libia y de Octavia habia grandes bibliotecas públicas, porque al pueblo-rey le gustaba distraerse de sus largos ocios con la lectura de obras nuevas. Los libreros se multiplicaban en la cumbre del Palatino, y al rededor de los arcos de Vertumno, de Jano y del templo de la Paz. Toda publicacion literaria era un acontecimiento y se disputaban su lectura.

A pesar de esta aficion al estudio y á los libros es de notar que no hubo orador alguno notable en tiempo de Augusto. El pueblo no celebraba ya sus asambleas sino por respeto á la antigua forma de la república y ya no habia lugar á disputar en el Foro; la elemencia se habia refugiado en el senado y allí no pronunciaba mas que arengas tímidas y pálidas; Octavio la mató haciendo cortar la cabeza á Ciceron.

La historia fue contada por escritores de grande ingenio. Tito Livio, Trogo Pompeyo, Veleyo Patérculo y Valerio Máximo son los historiadores cuyas obras han llegado hasta nosotros completas ó mutiladas. De los ciento cuarenta libros de Tito Livio no poseemos mas que treinta y cinco, cuya inimitable perfeccion nos hace sentir mucho mas los otros. No conocemos á Trogo Pompeyo sino por Justino, su compendiador, quien tal vez le copia algunas veces. Veleyo nos dejó un *Compendio de historia universal* que contiene grandes bellezas. Es de sentir que las últimas páginas en que cuenta los reinados de Augusto y de Tiberio le hayan sido dictados por una baja lisonja. Valerio Máximo es mas bien compilador

que historiador, pero á lo menos tiene el mérito de haber sacado del olvido algunas anécdotas y acontecimientos curiosos.

Despotismo imperial. Augusto comprendia todo el poder de la ciencia y del talento, pero desgraciadamente no los lisonjeaba sino para esclavizarlos. Su Mecenas se manifestó primero frio para con Horacio, que habia combatido bajo las banderas de Bruto; y el émulo de Píndaro para congraciarse con la córte se vió obligado no solamente á doblegar su entusiasmo republicano, sino á asociar el nombre de Augusto á todas sus obras, porque el príncipe no queria que el poeta llegase sin él á la inmortalidad. El que habia cerrado el templo de Jano y queria reducir á los Romanos á la vida agrícola gustaba del cisne de Mántua, que cantaba los placeres del campo y ponderaba las ventajas de la vida campestre. Virgilio está siempre preocupado de Augusto; en su *Eneida* asocia los destinos de Roma á la familia Julia, y coloca á los antepasados de Augusto entre los dioses á los héroes troyanos. Ovidio fue desterrado por una ofensa, Tibulo quedó olvidado porque no sabia adular ni doblagarse. Cornelio Galo fue tambien desterrado por algunas palabras demasiado atrevidas y se prohibió á Virgilio que alabase públicamente á su amigo; á Fabio Máximo que daba grandes convites á todos los literatos, se le encontró un dia muerto en su lecho, y se recordó que no habia sido reservado con respecto á una confianza que le hizo Augusto. Los ideólogos no podian ya publicar á su antojo sus estériles utopias. Los únicos filósofos que tenian libertad eran los discípulos de Epicuro y de Aristipo que enseñaban á gozar de lo presente sin cuidarse del porvenir.

De las bellas artes. El príncipe que gustaba de que los mas notables ingenios exaltasen su mérito y acciones, se complacia tambien en que durante su reinado brillasen las bellas artes. Los Romanos no fueron nunca muy célebres en ellas; encontraron mas fácil despojar á los vencidos de todas las maravillas que poseian, que el tratar de producir otras semejantes; de modo que habian arrebatado á la Grecia todas sus pinturas y estátuas con las cuales adornaron sus casas de campo. Con todo Augusto quiso despertar en ellos el conoci-

miento y aficion á las bellas artes. La casa en que vivia era muy modesta, pero concibió el magnífico proyecto de hacer en Roma unas mejoras dignas de la majestad del imperio. Entre los muchos monumentos públicos que edificó, se cuentan principalmente el templo de Apolo Palatino, el de Júpiter Tonante en el Capitolio, y una plaza donde habia un templo dedicado á Marte vengador. Hizo construir el pórtico de Lucio y la basilica de Cayo, los pórticos de Livia y de Octavia y el teatro de Marcelo. «Invitó, segun dice Suetonio, á los principales ciudadanos para que adornasen la ciudad segun las facultades de cada uno, construyendo nuevos edificios ó rebocando los antiguos. De esta manera se edificaron el templo de Hércules y el de las Musas construidos por Marcio Filipo; el de Diana, por Cornificio; el de la Libertad, por Asinio Polion; el de Saturno por Munacio Planco, el teatro de Corn. Balbo, el anfiteatro de Estatilio Tauro, y un considerable número de bellos monumentos construidos por Agripa.» Todos estos trabajos y otros muchos ejecutados con el mismo fin le permitieron decir con razon que habia encontrado á Roma de ladrillos y la habia dejado de mármol.

Triste fin del reinado de Augusto. Este brillo de civilizacion hacia que el pueblo no pensase en el sacrificio de su libertad. Todos se consideraban dichosos de gozar de las ventajas de la paz despues de haber sufrido por tanto tiempo las mas horribles borrascas. Los hombres prudentes reconocian que el gobierno de Augusto era el mas adecuado á las circunstancias actuales del pais. Este príncipe se veia pues colmado de honores y alabanzas. Un dia que estaba en el teatro un actor pronunció estos versos: *¡ Oh señor clemente, oh señor equitativo!* y todo el pueblo se los aplicó y aplaudió con frenesí.

Desgraciadamente su familia le causaba los mayores disgustos. Pensaba elegir por sucesor suyo á Marcelo su sobrino, pero la muerte se lo arrebató á la edad de diez y nueve años. Julia su hija única y objeto de todo su cariño se deshonró con unos escándalos tan horribles que resolvió darle muerte. En medio de su desesperacion se le oia exclamar con frecuencia: *¿Porqué no habré yo vivido sin mujer ó no habré*

muerto sin tener hijos? Manifestaba mucho afecto á los niños de esta culpable princesa, pero las intrigas de su esposa Livia hicieron que adoptase á Tiberio hijo suyo y de su primer marido Claud. Tib. Neron. Al adoptarle le obligó á que adoptase él tambien á Germánico, hijo de Druso. Despues de tomar todas estas disposiciones murió Augusto en Noles. Cuando conoció que era llegada su hora pidió un espejo, mandó que le hicieran su tocador y preguntó á sus amigos: *¿He representado bien mi papel?* y sin esperar que le respondiesen añadió: *Aplaudid;* y tenia razon, porque jamás hubo actor alguno que representara su papel con mas habilidad que él.

CAPITULO II.

Reinados de Tiberio, de Caligula y de Neron. Destruccion de la aristocracia romana (1).

(14-68.)

Augusto habia contemporizado con el pueblo y con los grandes. Todo el mundo estaba ya tan cansado de proscripciones y de guerras que aceptaron su autoridad despótica sin proferir una sola queja. La situacion de sus sucesores era muy diferente. Tiberio lo comprendió así, y conoció que debia temerlo todo de los defensores de la libertad y del partido aristocrático, irritado por la pérdida de sus derechos. Para ahogar en su principio todo movimiento generoso, se esforzó el tirano en envilecer las almas imponiéndoles una vergonzosa servidumbre. Convirtió el senado en una reunion de esclavos, y castigó de muerte á todos los que no se prestaron con bastante docilidad á sus caprichos. Los Caligulas y los Nerones entretuvieron esta asamblea en sus bajas costumbres de adulacion, y corrompieron el pueblo favoreciendo su ociosidad. Los juegos, los espectáculos, los festines y las distribuciones gratuitas de trigo y dinero eran el pérfido cebo que le echaban para engañarle respecto á su suerte y dorar sus cadenas. Estos pretendidos favores hacian que la multitud soportase tranquilamente las locuras y crueldades de sus señores. En lugar de sublevarse contra su barbárie se les ayudaba á exterminar todos los hombres virtuosos é ilustrados que eran un obstáculo para su tiranía, y se aplaudia la muerte de los que se atrevian á reclamar en favor de la justicia y de la libertad.

§ I. Reinado de Tiberio (14-37).

Disimulo de Tiberio. Principio de su reinado. Tiberio que se abrió el camino al trono por medio del crímen, inauguró

(1) Autores que pueden consultarse: Entre los antiguos: *Tácito, Anales.* Desgraciadamente no poseemos mas que una parte del reinado de Tiberio (32-34), el reinado de Caligula, los seis primeros años del de Claudio y el fin del reinado de Neron. Suetonio, *las Vidas de Tiberio, de Caligula, de Claudio y de Neron*; Dion Casio, lo que queda de su *Historia romana.* Entre los modernos: Le Nain de Tillemont, *Histoire des Empereurs*; Crevier, *Hist. des Empereurs romains depuis Auguste jusqu'à Constantin*; M. Champagny, *les Césars.*

su reinado con el asesinato del jóven Agripa. Cuando el asesino de este príncipe vino á anunciar al emperador que sus órdenes habian sido ejecutadas, el tirano le respondió: *Yo no te he mandado cosa alguna, y responderás al senado de tu conducta.* Se le iba á formar causa; pero se creyó que era mejor sepultar este asunto en el olvido y hacer recaer este negro crímen sobre la memoria de Augusto. Con un soberano tan disimulado, cónsules, senadores, caballeros, todo el mundo estudiaba sus palabras y componia su semblante. Nadie se atrevia á manifestarse demasiado alegre por la muerte de Augusto, ni demasiado triste á causa del advenimiento del nuevo emperador.

Tiberio afectó primero no preocuparse mas que de los funerales debidos á Augusto. Anunciaba á las legiones su elevacion al trono y les hablaba con autoridad, mientras que en el senado exclamaba que el genio del divino Augusto era el único capaz de llevar el peso del imperio. Decia que no le era posible aceptar mas que una parte de él; pero le complacia mucho que los senadores le hiciesen presente con el acento de la lisonja que el Estado era un solo cuerpo indivisible y que era imposible dividirle sin destruirlo. Aunque aceptó la suprema autoridad, rogó al senado le ayudase con sus luces y consejos, y no quiso aceptar los títulos pomposos que le ofrecian. No permitia que le diesen los grandes dictados de *Señor*, *Padre de la patria*, ni *Divino*. Su objeto era avasallar al senado, y principió por invitar á los senadores á que se mezclasen en las discusiones con una libertad digna de los mejores tiempos de la república. Era un hombre corrompido y relajado, y hablaba de reformar las costumbres, esforzándose á dar ejemplos de templanza y sobriedad; en fin, muy luego le veremos perseguir indignamente á sus vasallos por la mas leve ofensa, á pesar de que al principio de su reinado prohibió absolutamente al senado que se ocupase de los difamadores. Pero no tardó mucho en dar á conocer su ferocidad. Habiendo retardado el cumplimiento de las mandas dejadas por Augusto, uno de los legatarios se permitió la chanza de decir al oido á un muerto no se olvidase de decir á Augusto

que todavia no se habian ejecutado sus últimas disposiciones. Tiberio le dió lo que le correspondia y le hizo morir diciéndole: *Tú le llevarás noticias mas frescas y exactas.*

Germánico apacigua la insurreccion de las legiones de Germania. Su alma inquieta y recelosa se conmovió profundamente al saber la insurreccion de las legiones de Germania. A la muerte de Augusto los soldados pensaban ya en hacer emperadores. Germánico, idolatrado del pueblo y de su ejército, oyó que los que tantas veces habia guiado á la victoria le ofrecian la diadema imperial. Su virtud se alarmó de tal modo al recibir tan audaz proposicion, que al momento de hacérsela se lanzó de su tribunal como si hubiera sido una mancha para él, y fue tal su desesperacion que si sus amigos no le hubieran contenido se habria atravesado con su propia espada. Sin embargo, su desinterés y grandeza de alma no apaciguaron la insurreccion. Los sediciosos continuaron profiriendo amenazas; pero así que vieron que Agripina dejaba la tienda de su esposo para ir á buscar descanso y seguridad entre los Treviros, reconocieron su culpa, solicitaron humildemente perdon, y ellos mismos castigaron á los principales autores de la revolucion. Germánico les llevó en seguida contra los Germanos á quienes destrozaron, borrando de esta manera con el lustre de su victoria la vergüenza de la derrota de Varo.

Celoso Tiberio por los triunfos de Germánico le hizo volver á Roma, y por toda recompensa le concedió unos miserables honores que no estaban ya en uso. Cuando el vencedor de los Germanos atravesó la Italia, la multitud se apresuraba en todas partes á salirle al encuentro. Roma entera fué á recibirle, y todas las cohortes pretorianas le siguieron con aclamaciones. Daba gusto el ver á aquel hermoso y valiente príncipe en su carro triunfal con sus cinco niños, y precedido de todos los cautivos que habia arrebatado á los pueblos del Norte; contemplábanse con admiracion las imágenes y pinturas que representaban las montañas y rios de Germania y todas las batallas dadas en medio de aquellas regiones salvajes. Tiberio distribuyó trescientos sestercios á cada ciudadano en nom-

bre de Germánico, y le eligió por colega suyo en el consulado Pero pronto se conoció que no le concedia tales favores sino para perderle con mas facilidad.

Germánico en el Oriente (18). Hizo que el senado decidiese que la presencia de Germánico era necesaria en Oriente para arreglar los negocios de los pequeños reinos de Cilicia y Comagena, y para calmar los movimientos sediciosos de los Partos y de los Armenios. Al mismo tiempo nombró gobernador de Siria á Cn. Pison dándole la órden de que contrariase á Germánico en todas sus empresas. Y así cuando este príncipe, despues de haber fijado la suerte de las nuevas provincias del Asia Menor y hecho la paz con los Partos, se retiró á Egipto para visitar aquella curiosa comarca, se encontró á su vuelta con que el gobernador de Siria habia trastornado todo lo que él habia dispuesto acerca del ejército y de las ciudades de la provincia. Hasta habia seducido las legiones con sus bajezas y complacencias; su esposa Plancinia hablaba siempre con desprecio de Agripina, y todo el mundo notaba, en este decidida oposicion de un simple gobernador contra el primer príncipe del Estado, las secretas máquinaciones del emperador. Inquieto é irritado, Germánico escribió á Pison una carta amenazadora por la cual le mandaba salir de la provincia. El orgulloso gobernador se alejó lentamente esperando á cada momento que el veneno que habia hecho dar al príncipe le libertara de su cólera. En efecto, este desgraciado acontecimiento no tardó mucho en realizarse.

Muerte y funerales de Germánico. Desde aquel momento conoció Germánico que sus fuerzas se agotaban. Comprendió la naturaleza de su enfermedad y antes de espirar comunicó su pena á su mujer y á sus amigos confiándoles el cuidado de vengarle. Su muerte fue un duelo universal para la provincia y para todos los pueblos comarcanos. Las naciones extranjeras y los reyes bárbaros lloraron á este grande hombre tan afable para con los aliados como clemente para con sus enemigos. Antes de quemar su cuerpo se le puso de cuerpo presente en el foro de Antioquía que era el lugar destinado para su sepultura. Agripina postrada de tristeza y dolor se

embarcó con las cenizas de su esposo y con sus hijos, y encontró á Roma consternada por la pérdida de tan grande hombre. Para honrar su memoria se decidió, segun dice Tácito, que su nombre se cantaria en los himnos de los Salios, que su silla curul, adornada con una corona de encina, seria colocada en los espectáculos en el sitio reservado á los sacerdotes de Augusto; que al abrirse los juegos del circo se llevaria en procesion su estátua de marfil, que todos los flaminios y augures que le sucedieran habian de pertenecer á la familia de Julia. Se le erigieron arcos de triunfo en Roma, á orillas del Rin y sobre el monte Amano en Siria, con una inscripcion en la que se enumeraban todas sus hazañas añadiendo que habia muerto por la república. Se le dedicó un monumento en Epidafno, adonde terminó sus dias, y un mausoleo en Antioquía, en el sitio en que fue quemado. Difícil seria el enumerar todas las estátuas que se le erigieron y los lugares en que se le dió culto.

Tiranía de Tiberio. Pison y Plancinia no dejaron por eso de presentarse en Roma insultando el luto universal con la alegría que brillaba en su semblante y con los suntuosos festines que dieron en su casa. Al infame gobernador se le formó causa. Tiberio desarrolló por sí mismo la acusacion, y dos amigos de Germánico la sostuvieron vivamente. El pueblo gritaba á la puerta de la curia que Pison no escaparia de sus manos si se le libraba de la sentencia del senado. Plancinia, ganada por las lisonjas de Livia, separó su causa de la de su marido, y Pison comprendió desde luego que su vida estaba en peligro. Pidió pues que se instruyese de nuevo el proceso, y se retiró por la noche á su gabinete para preparar su defensa. Era de esperar que al dia siguiente se oirian algunas revelaciones muy curiosas, pero por la mañana se encontró á Pison bañado en sangre. Tenia una herida en la garganta y su espada estaba á su lado.

Libre Tiberio de toda inquietud no disimuló ya su tiranía. Abolió los comicios por centurias, quitó al pueblo la eleccion de los magistrados y la sancion de las leyes, y transfirió todos estos derechos al senado á quien sojuzgó decretando

que en lo sucesivo los senadores votarian en alta voz y en presencia del emperador ó de sus representantes. Esta asamblea se hizo con tanta bajeza la esclava de sus deseos, que acostumbraba decir al salir de la curia : *¡Oh hombres hechos para la servidumbre!* Bajo pretexto de que era el representante del pueblo, aplicó la ley promulgada contra los que ofendian la majestad del pueblo romano. Las primeras victimas de esta ley de lesa majestad fueron algunos caballeros llenos de deudas y de crimenes , publicanos sórdidos y rapaces, gobernadores avaros é infieles. Se consideraba como muy justa la severidad del príncipe, y se honraba su celo por el sosten de las leyes y la pureza de las costumbres. Pero en breve los delatores se multiplicaron hasta lo infinito. El mérito, el nacimiento, la dignidad y la riqueza fueron otros tantos crímenes que se persiguieron con encarnizamiento y furor. Los ambiciosos trataban de abrirse un camino al poder echando abajo á los que eran dueños de él. Tiberio aborrecia á todos los que manifestaban el menor sentimiento por la antigua libertad. Una palabra, un gesto, una accion que descubrian un deseo de exencion, eran á sus ojos atentados dignos de muerte. Él sabia que el partido republicano no estaba muerto, y resolvió destruirle por mano del verdugo.

Favor de Seyano. En esta guerra sorda y encarnizada, Seyano fue el que desempeñó el papel delator con mas brillo y éxito. Era hijo de un simple caballero ; pero su actividad infatigable, su decision sin límites, y acaso tambien su corrupcion desaforada, le elevaron á la dignidad de prefecto de pretorio. Tiberio le dió su confianza, y ningun Romano era mas indigno de ella. Aquel ministro ambicioso y cruel, celgado por las adulaciones del senado y del pueblo, no se contentó con ver su estátua de bronce en el teatro, y con recibir todas las mañanas los saludos de los cónsules y de los grandes personajes que iban á hablarle de los asuntos mas importantes. Ambicionaba el poder supremo, y resolvió destruir todos los miembros de la familia de Tiberio, que podian ser obstáculo á sus ambiciosos proyectos. Dió muerte á Druso,

y tuvo la osadía de pedir la mano de Livilla, su indigna esposa. Tiberio le hizo ver que sus pretensiones eran al menos prematuras, y le humilló con una repulsa. Este golpe no destruyó la ambicion del ministro. Quiso mandar en Roma, y para conseguirlo, apartó á Tiberio del centro de los negocios, persuadiéndole que la soledad y el reposo serian ventajosos á su salud. El voluptuoso anciano escuchó con tanta facilidad las insinuaciones de su cortesano, que se alegraba mucho de librarse del pueblo que le cansaba con sus burlas, y alejarse de Livia, su madre, que le importunaba con sus intrigas.

Tiberio en Caprea (27). Salió pues de Roma, y fué á ocultarse en la isla de Caprea, á tres millas del cabo de Sorrento en la cual se gozaba de una soledad deliciosa y profunda. Los grandes navíos no podian abordar á ella, y las doce villas de Tiberio ocupaban todo su territorio. Allí el cínico viejo se entregaba á todas sus pasiones inmundas. Se hacia dar cuenta por Seyano de lo que ocurria en Roma, y escribia al senado las víctimas que era preciso inmolar á su odio y sospechas. Cuando le anunciaron la muerte de Livia, se negó á asistir á su funeral, excusándose con sus numerosas ocupaciones. Prohibió su apoteosis, y persiguió á todos los que le habian manifestado afecto ó gozado de sus favores. Esta princesa, á pesar de su perversidad y corrupcion, contrariaba la ejecucion de los odiosos proyectos de Seyano, quien mientras ella vivió, no se habia atrevido á acusar á Agripina ni á sus hijos. Despues de su muerte, Tiberio los declaró enemigos públicos. Hizo relegar á Neron á la isla de Pontia donde murió, encerró á Druso en una de las habitaciones bajas del palacio, y desterró á su madre Agripina á Pandataria.

La fortuna de Seyano iba siempre en aumento. Tiberio le habia elegido por su colega en el consulado (31), y se decretó que serian cónsules juntos durante cinco años, y que se les harian los mismos honores cuando volviesen á Roma. Lleno de orgullo pensó llegar al rango supremo, y ya se consideraba como tutor del príncipe y gefe real del Estado. Pero

Tiberio se apercibió de sus pretensiones y decidió su pérdida.

Desgracia y muerte de Seyano (31). Le alejó de su presencia bajo un pretexto honroso, formó contra él un partido poderoso en Roma, y envió al senado á Macron, tribuno de los pretorianos, con una carta en la que se quejaba de Seyano y mandaba arrestarle. Esto era un gran golpe de Estado, pero fue fácil darlo. Todos, los grandes y el pueblo, estaban de tal modo irritados con la odiosa conducta del favorito, que nadie le defendió. Al dia siguiente de su arresto, el senado, persuadido de que el pueblo no se sublevaria, pronunció su sentencia de muerte y le hizo ejecutar al momento. En efecto el pueblo arrastró á las gemonias á aquel á quien antes adoraba, y en medio de su furor impuso la misma pena á sus tres hijos.

Ultimos años de Tiberio (32-37). Hubo una alegría general con motivo de la muerte de Seyano, porque se esperaba un gobierno mas humano. Pero el viejo de Caprea llegó á ser todavía mas feroz. La conducta de Seyano le habia hecho mas desconfiado y receloso, y en lugar de mostrarse menos cruel, animaba mas y mas á los delatores. Ya no se ponia cuidado en examinar particularmente la causa de cada uno, se condenaba colectivamente. Así es que hicieron degollar indistintamente á todos los que estaban en las cárceles. Agripina y Druso murieron en terribles suplicios. Tiberio, en medio de sus desórdenes, sediento de sangre, asistia á los suplicios de sus víctimas. En tiempo de Suetonio se veia aun en Caprea el sitio en que aquel verdugo, despues de largos y escogidos tormentos, hacia precipitar al mar á los condenados en presencia suya.

Si hay una cosa que consuele la virtud, es que aquel mónstruo no cesó de estar atormentado por los remordimientos que le causaban todas sus maldades. Disgustado de todo no se ocupaba ni de su grandeza personal, ni de la fortuna del imperio. Le devoraba un tedio mortal. Como conocia que sus fuerzas se iban debilitando cada dia mas, consultaba á los adivinos y augures acerca de su destino; pero sus predic-

ciones, dictadas por la adulacion, no podian poner un término á los temores que le abrumaban. Habiendo salido de Caprea, vino cerca de Roma, despues anduvo errante en la Campania, buscando por todos lados una dicha que no encontraba en parte alguna. En fin, cuando estuvo para morir, designó por sucesor suyo á Cayo Caligula. Este mónstruo se apoderó de su anillo al tiempo de morir, y apresuró su muerte para gozar mas pronto de su herencia. El pueblo se regocijó por la muerte de Tiberio. *¡ Tiberio al Tíber ! ¡ Tiberio á las gemonias !* tales eran los gritos que retumbaban en todas partes. No obstante le hicieron los honores fúnebres.

§ II. Reinado de Cayo Caligula (37-41).

Felices principios de su reinado. Cayo era amado de las provincias y de los ejércitos que le conocian desde su infancia, y el pueblo romano veneraba en él al hijo de Germánico, al último vástago de esta desgraciada familia. Desde que salió de Misena para trasladarse á Roma, se vió escoltado por una multitud inmensa, y en todas partes el pueblo, lleno de alegría, llevaba antorchas y ofrecia víctimas en su honor. Los Romanos, al recibirle en sus muros, le proclamaron único señor y árbitro del Estado. La alegría pública fue tal que en menos de tres meses degollaron ciento sesenta mil víctimas para que los dioses le fuesen propicios. Al mismo tiempo recibió de las córtes extranjeras las felicitaciones mas brillantes y diligentes. Artabano, rey de los Partos, solicitó su amistad y atravesó el Eufrates para presentar sus homenajes á las águilas romanas y á las imágenes de los Césares.

Cayo se mostraba, por otra parte, digno de todos estos honores. Despues de haber pronunciado la oracion fúnebre de Tiberio derramando muchas lágrimas, fué á la isla Pandataria y á la isla Pontia para recoger las cenizas de su madre y hermanos. Todos se enternecieron al ver el profundo respeto que conservaba hácia su augusta familia. Se creia que iba á comenzar una nueva era de felicidad para el imperio. Se pu-

blicó una amnistia en favor de todos los proscritos y desterrados, los delatores eran despreciados y rechazados universalmente, los magistrados habian recobrado sus derechos y libertad, el pueblo se preparaba á reunirse en comicios, y todos los que habian sufrido por las injustas vejaciones del último reinado habian de ser indemnizados. No contento con satisfacer los legados hechos por Tiberio, unió á ellos grandes presentes para el pueblo y los ejércitos, y mandó terminar todos los edificios principiados para adorno de Roma y utilidad del imperio. Muchos libros que habian sido prohibidos y censurados por el senado se pusieron en circulacion por órden de Cayo, porque decia que le importaba mucho que la historia fuese escrita con fidelidad. Habiendo caido enfermo este príncipe modelo, el pueblo hizo votos por su curacion. Sanó, pero apenas recobró la salud se abandonó al delirio mas detestable. Desde entonces, como dice Suetonio, no es ya la vida de un hombre, sino la de un mónstruo la que la historia va á referir.

Sus locuras y crueldades. Un dia se le oyó decir : *¡ No haya mas que un señor! ¡ no haya mas que un rey!* Para impedirle que tomase la diadema, se le dijo que era superior á los reyes, y de ello dedujo que era un dios. Hizo venir de Grecia todas las estátuas de Júpiter, les quitó la cabeza para poner la suya en su lugar, y exigió de sus súbditos que le adorasen bajo el nombre de Júpiter Latino. Todos los pueblos de la tierra se arrodillaron delante de este insensato, y solo los Judíos le resistieron. Le inmolaban pavos reales, gallinas de la India y de Africa, gansos negros y faisanes. Muchas veces hablaba en voz baja al oido de Júpiter, y una vez se le oyó amenazarle con estas palabras : *Te volveré á enviar á Grecia de donde te hice venir.*

Todas estas escenas grotescas iban mezcladas con sangre y excesos. Su pasion no respetaba el rango ni el nacimiento. Se burlaba de la memoria de Augusto, y ultrajaba la reputacion de Livia, su bisabuela. Por puro capricho mandó asesinar á su hermano Tiberio, y obligó á su suegro Silano á que se degollase con una navaja de afeitar. En medio de su delirio,

trató á todas las órdenes del Estado con la misma violencia y desden. Un dia quiso que los senadores, revestidos de las primeras magistraturas, viniesen delante de su carro triunfal á pié por espacio de muchas millas, y permanecieron despues de pié cerca de su mesa, arremangados como si fueran esclavos. Habiéndose enamorado locamente de un caballo llamado *Incitado*, mandó hacerle una cuadra de mármol, una artesa de márfil, jaeces de púrpura, collares de perlas, le dió una casa completa, esclavos, muebles, quiso que fuesen á comer á su casa, y añádese que habia manifestado la intencion de elevarlo al consulado.

Lo que admira es que las órdenes sanguinarias de este príncipe demente eran ejecutadas con apresuramiento. Alimentaba á los animales destinados á los espectáculos con la carne de los criminales, y hacia que los devorasen vivos. Si alguno no aplaudia sus juegos y representaciones, le hacia aserrar por la mitad del cuerpo, ó le condenaba á las minas. Llegó su barbárie hasta el punto de obligar á los padres á que asistiesen al suplicio de sus hijos. Habiéndose persuadido un dia de que todos los desterrados deseaban su muerte, ordenó al momento su exterminio. Cuando enviaba á alguno al suplicio: *Haz de modo*, decia al verdugo, *que sienta llegar la muerte*. Furioso de ver un dia que el pueblo era de opinion contraria á la suya en una representacion teatral: *¡ Plegue al cielo*, dijo, *que el pueblo romano solamente tuviese una cabeza ! para poderla cortar de un solo golpe !* En fin, para hacer memorable su reinado, deseaba derrotas sangrientas, pestes, hambres y temblores de tierra.

Su furor por la igualdad absoluta se dirigia contra todos los generos de gloria y de mérito. Quitó á las familias mas ilustres las condecoraciones de sus antepasados. A los Torcuatos sus collares, á los Cincinatos sus cabellos rizados, á los descendientes de Pompeyo su glorioso apellido. Queria destruir las obras de Homero, y desterró de todas las bibliotecas las obras de Virgilio, á quien llamaba poeta sin genio ni ciencia, y las de Tito Livio, á quien acusaba de prolijidad é inexactitud.

Su expedicion á Germania (37-40). Cansado de derramar sangre en Roma, se le ocurrió hacer la guerra y atacar á los Germanos. Al pronto salió con tanta precipitacion, que los batallones no pudieron seguirle, y despues aflojó de tal modo su marcha, que se hizo llevar perezosamente en una litera por ocho esclavos, despues de haber dado la órden á todos los habitantes de las ciudades vecinas para que limpiasen los caminos y los regasen con el objeto de quitar el polvo. Para darse una traza de severidad, destituyó casi todos los tenientes y centuriones, y privó á los veteranos de una parte de la cantidad que se les debia. No sabiendo á quién hacer la guerra, envió algunos Alemanes de su guardia al otro lado del Rin, les mandó se ocultasen en una selva, y fué en seguida á sorprenderles y hacerles prisioneros. Volvió á Lyon despues de esta loca campaña. Como sus cautivos no eran bastante numerosos, compró algunos Galos de talla triunfal, les vistió al uso de los Germanos, les obligó á aprender algunas palabras de teuton, á poner rojos sus cabellos, á que se dejasen crecer su barba, y les envió á Roma para que permaneciesen en los calabozos, esperando la solemnidad de su triunfo.

Entre tanto abrumaba á los Galos con exorbitantes contribuciones. Imaginó vender en la plaza pública de Lyon los muebles y joyas de sus antepasados. Despojó sus palacios de Italia, y bajo pretexto de que un objeto habia pertenecido á César, á Augusto ó á Tiberio, obligaba á los ricos provinciales á que se le comprasen muy caro. Él mismo llamaba á los compradores, y desempeñaba las funciones de alguacil y pregonero. Con el dinero de esta venta dió juegos cuyo gasto fue excesivo. Se distinguen principalmente los juegos de elocuencia griega y latina, en los que el autor de una pieza de mediano mérito era condenado á lavarla con su lengua.

Un dia, en que Cayo vestido de Júpiter pronunciaba sentencias desde lo alto de su tribunal, un Galo pareció admirarse de ello. Llamó la atencion del emperador la actitud del bárbaro, y le preguntó lo que le parecia: *Me pareces*, respondió el Galo, *una grande extravagancia.*

Muerte de Caligula (41). Cuando aquel insensato volvió á entrar en Roma, dijo altamente que venia por consideracion al pueblo y á los caballeros, pero no por los senadores, y amenazó con su espada á todos los nobles. Todavía le dejaron multiplicar sus crímenes é infamias durante cuatro meses. Al fin, el 24 de enero, á la una de la tarde, el pretoriano Casio Chereas, cansado de las burlas groseras que Caligula se permitia contra él, le dió de puñaladas. Murió á los veinte y nueve años, y reinó tres años, diez meses y ocho dias. Su cadáver fue llevado secretamente á los jardines de Lamia, le quemaron en una hoguera hecha de priesa, y despues le enterraron y cubrieron su tumba con un ligero césped.

§ III. Reinado de Claudio (41-54).

Advenimiento de Claudio. Cuando se esparció el rumor de la muerte de Cayo, el pueblo no se atrevia á creerlo. Los conjurados y los senadores pensaban en restablecer la libertad. Este nombre sagrado volaba de boca en boca, y ya se hablaba de abolir la memoria de los Césares y de destruir sus templos. En medio del tumulto, el estúpido Claudio, tio de Cayo, se habia retirado á un comedor, y despues se fué á una galeria próxima, donde se ocultó detrás de los tapices que cubrian la puerta. Un soldado que se hallaba casualmente cerca de allí al ver sus piés que pasaban, quiso saber quién era. Así que le reconoció, le saludó como emperador en el momento en que Claudio se echaba á sus piés para pedirle la vida. Todos los demas soldados aplaudieron esta proclamacion, pusieron á Claudio en una litera y le llevaron hasta el campo sobre sus hombros. Los cónsules, el senado y el pueblo se vieron obligados á ratificar lo que habia hecho el ejército, y el imperio, despues de haber obedecido á un loco, tuvo por señor á un imbécil.

Carácter de Claudio. Este Claudio, cuya estupidez se hizo proverbial, tenia sin embargo algunos conocimientos. Añadió tres nuevas letras al alfabeto romano, escribió en griego

la historia de los Tirrenos en veinte libros, la de los Cartagineses en ocho, y dejó en latin ocho libros de Memorias y una Historia romana en cuarenta y un volúmenes que comenzaba en el reinado de Augusto. Pero sus parientes, á fuerza de tratarle de imbécil, le entontecieron realmente. Su madre acostumbraba decir para caracterizar á un necio: *Es tan animal como mi hijo Claudio.* Augusto le llamaba el *pobre hombre*, y hacia colocar á su lado á su primo Silano, para impedirle que dijese tonterías. Toda la córte se divertia con él. Si llegaba demasiado tarde para cenar, dice Suetonio, no le recibian sino despues de hacerle dar una vuelta al rededor de la mesa pidiendo un sitio. Cuando se dormia despues de la comida, lo que le sucedia muchas veces, le arrojaban titos de aceitunas y de dátiles, ó algunos bufones se divertian en despertarle con un látigo ó una vara. Algunas veces le ponian borceguíes en las manos, para que al despertarse se frotase con ellos la cara.

Cuando llegó á ser emperador, se esforzó en hacer creer que su demencia habia sido fingida, y que con ella habia querido sustraerse á los golpes de su cruel predecesor. Sus primeras leyes dieron una apariencia de verdad á este subterfugio, porque revelaban una profunda sabiduría. Asi es que rehusó los honores divinos, abolió las acusaciones de lesa majestad, mejoró la condicion de los esclavos, y se mostró verdaderamente padre de las provincias. Pero muchas veces, en el ejercicio de sus funciones, dejó escapar rasgos de la mas insigne extravagancia. Estando sentado en su tribunal de juez, le sucedió decir seriamente por única sentencia: *Me pronuncio por el que tiene razon.* Despues de haber hecho esperar largo tiempo un testigo que habia de venir de la provincia, concluyó por decir: *Ha muerto, y creo que eso le está muy permitido.* Los abogados abusaban de su paciencia hasta el caso de volver á llamarle cuando bajaba de su tribunal, y retenerle por el vestido ó por el pié; lo que no debe sorprender, dice Suetonio, puesto que un Griego que pronunciaba una defensa se atrevió á decirle: *Tú tambien eres viejo é imbécil.*

Reinado de los favoritos. Excesos de Mesalina. Lo que hubo mas odioso bajo el gobierno de aquel príncipe que no sabia hacer respetar sus derechos ni su persona, fue el reinado de los favoritos. El señor del mundo tenia por dueños al eunuco Posides y á los libertos Harpocras, Polibio, Narciso y Palas. Honores, mandos, gracias, castigos, todo dependia de ellos. Distribuian las recompensas y las penas segun sus pasiones y caprichos, y casi siempre ignorándolo el emperador. Revocaban los donativos que Claudio queria hacer, anulaban sus sentencias, suponian títulos ó despachos y cambiaban públicamente los suyos. Así es como le hicieron firmar, sin que supiese el motivo de ello, el decreto de muerte de treinta y cinco senadores y mas de trescientos caballeros. A instigacion suya envió al suplicio á su suegro Silano, á las dos Junas, hija de Druso la una, y la otra de Germánico, y á sus yernos Pompeyo y Luc. Silano. Lo que parece mas increible aun, es que él mismo consintió en el matrimonio de su esposa Mesalina con el jóven Silio, que le deshonraba públicamente.

Se le habia hecho entender que este contrato no era mas que un talisman para alejar los malos presagios. Cuando supo la verdad, recobró un instante su buen sentido, y preguntó encolerizado *si él era todavia emperador, ó si el jóven Silio iba á reinar en su lugar.* Todas las infamias de Mesalina le fueron descubiertas, y al saberlas quedó muy abatido y consternado. Sin embargo, no sintiéndose con bastante valor para vengarse, encargó de ello á su liberto Narciso, y le cedió el mando por un dia. Entonces la sangre se derramó á torrentes, y Mesalina fue inmolada. Claudio no preguntó siquiera de qué modo habia sido muerta. Algunos dias despues, al tiempo de ponerse á la mesa, preguntó porqué la emperatriz no venia. Igualmente mandó venir á cenar y jugar á algunos ciudadanos á quienes habia hecho morir la víspera, quejándose de su pereza para levantarse y presentarse.

Expediciones de Claudio y sus conquistas. Este príncipe insensato ejecutó, sin embargo, lo que no habian podido hacer Augusto ni César. Hizo en la Gran Bretaña una invasion

y se apoderó de la parte meridional de esta comarca. Aulo Plantio, que tenia el mando de las legiones, penetró hasta el Saverna, y sostuvo por espacio de dos dias un terrible combate en las orillas de este rio. La victoria no se habia decidido enteramente en favor de los Romanos. Entonces Claudio resolvió desembarcar personalmente entre los insulares. Su presencia reanimó las legiones. Marchó hácia el Támesis, derrotó á los enemigos en *Camulodunum* (Colchester), y fué á gozar á Roma de una gloria en vano ambicionada por César. Plantio permaneció en la Gran Bretaña para asegurar y extender las conquistas de Roma. Hizo una provincia de todos los paises conquistados al norte y sur del Támesis. Este hábil general, que antes habia reducido á provincia romana la Mauritania (42), redujo tambien despues la Licia (43), la Judea (44), la Tracia, y abolió todas las prefecturas en Italia.

Durante este tiempo Claudio se mostraba muy afecto á las provincias. Completó la organizacion de la Gália comenzada por Augusto, y acogió las reclamaciones de los Galos, que pedian el derecho de desempeñar toda clase de funciones públicas, lo cual les habia sido rehusado hasta entonces. El partido aristocrático, que siempre habia defendido los privilegios de la Italia, se elevó vivamente contra tales pretensiones. El emperador, despues de haber refutado todas las razones de los que se oponian, declaró por un senadoconsulto que en adelante las ciudades de la Gália cabelluda serian admitidas á los honores.

Dominacion de Agripina. Fin del emperador Claudio. Esta concesion excitó grandes enemistades contra Claudio, y el resentimiento de los patricios se desfogó en folletos llenos de ultrajes. Pero los principales enemigos del emperador estaban en su palacio. Despues de la muerte de Mesalina, habia jurado delante de los soldados pretorianos guardar el celibato, puesto que el matrimonio le salia tan mal, y habia añadido que consentia morir por sus manos, si violaba su juramento. A pesar de este solemne compromiso, se dejó seducir por las gracias y caricias de su sobrina Agripina, y se hizo imponer por el senado esta union incestuosa. Esta mujer, no

menos corrompida que Mesalina, pero mas ambiciosa, hizo mucho mas mal al estado. Se hizo dueña absoluta de todos los negocios. Se la veia sentarse en las ceremonias públicas al lado de Claudio, con él recibia á los reyes y embajadores, y pronunciaba las sentencias. Su gran plan consistió en hacer adoptar su hijo Luc. Dom. Neron y sustituirle en el trono á Británico, hijo de Claudio. El estúpido emperador escuchó sus pérfidas insinuaciones, y prefirió Neron á su propio hijo. Muy luego se arrepintió de esta adopcion y de su matrimonio con Agripina. Habia ya devuelto al jóven Británico toda su ternura, y se disponia á restablecerle en sus derechos; pero Agripina previnó sus intenciones envenenándole. Claudio murió el 13 de octubre de 54.

§ IV. Reinado de Neron (54-68).

Dichosos principios del reinado de Neron. Neron solamente tenia diez y siete años cuando fue proclamado emperador por el pueblo y los pretorianos. Mandó hacer magníficos funerales al emperador Claudio, pronunció su oracion fúnebre y celebró su apoteosis. Se mostró lleno de consideraciones para con su madre Agripina, que habia sido la autora de su elevacion, y le dejó una autoridad sin límites. Ella respondia en su nombre á los embajadores, escribia á los reyes y á las provincias, asistia detras de un tapiz á las deliberaciones del senado, y reinaba verdaderamente en lugar de su hijo, á quien dió por ayo el filósofo Séneca y el prefecto del pretorio Afranio Burrho. Mientras que el jóven emperador fue dueño de sus pasiones, el pueblo fue dichoso.

En todas ocasiones le daba muestras de su liberalidad y clemencia, abolió ó disminuyó los impuestos, distribuyó cuatrocientos sextercios á cada ciudadano, socorrió á los senadores que estaban en la indigencia, dió raciones de trigo gratuitas á los soldados pretorianos, y se le oyó exclamar al firmar la sentencia de un criminal: *Quisiera no saber escribir.*

Dió juegos espléndidos sin comprometer su dignidad, puso límites al lujo y á los gastos, hizo reducir á simples raciones llamadas *esportillas* los festines públicos que se daban al pueblo, y publicó muchas leyes que prueban su moderacion y su prudencia.

Asesinato de Agripina (59). Mas estos dichosos tiempos no fueron de larga duracion. Séneca, ofendido por una palabra de Agripina que se habia burlado de la filosofía, le quitó el ascendiente que tenia sobre el emperador. En su orgulloso despecho, habiendo amenazado esta desgraciada princesa á Neron con retirarle sus favores para concedérselos á Británico, el heredero legítimo de Claudio, el bárbaro emperador ordenó al momento envenenar á su rival. Agripina, echada del palacio, en vano empleó todos los artificios de la seduccion para volver á conquistar la confianza y el afecto del emperador. La impúdica Popea, que entonces habia ganado el corazon del monarca, le irritaba todos los dias contra su madre, hasta tal punto que resolvió su muerte. El liberto Aniceto se ofreció para ejecutar este abominable designio. Neron habia de convidar á su madre á Baya, fingir con ella una reconciliacion y darle fiestas pomposas. Se convino en volver á conducirla despues á Ancio en una galera magníficamente adornada, y Aniceto se comprometió, cuando estuviese en pleamar, á echar á pique el buque y hacer morir de este modo á la madre del emperador. Este horrible complot fue ejecutado, como fue concebido; pero Agripina se salvó á nado y pudo llegar á una de sus villas cerca del lago Lucera. Hizo saber á Neron que habia escapado del peligroso accidente que le habia sobrevenido. Su desnaturalizado hijo le envió, por consejo del filósofo Séneca y de Burrho, el liberto Aniceto armado de un puñal. A la vista de este asesino, Agripina le dijo con resignacion y valor: *Hiere el seno que ha llevado á Neron.* Dió el golpe, y Neron declaro friamente que desde aquel momento se sentia dueño del imperio.

Crimenes y locuras de Neron. Pero por mas que hizo Séneca, toda su filosofía fue impotente para calmar los remor-

dimientos que devoraban á su discípulo parricida. En todas partes creia ver la sombra de su madre, que le perseguia armada con el látigo de las furias vengadoras. El pueblo romano aplaudió esta monstruosa maldad, y el senado votó súplicas á los dioses y fiestas aniversarias para celebrar este atroz atentado. Sin embargo, el culpable no se atrevia á presentarse en la capital de su imperio, y para vencer sus repugnancias hubo necesidad de decirle que cada dia era mas amado.

Volvió pues á entrar en triunfo en Roma, pero no fue sino para deshonrarse para siempre con sus crímenes y locuras. A pesar de sus ayos dió representaciones teatrales en que él mismo figuraba, y obligó á toda la nobleza á comprometer tambien su dignidad y pudor. Se complacia en disputar el premio de la poesía y de la música con los jóvenes poetas y artistas de Roma. Al efecto estableció un cuerpo de cinco mil caballeros para aplaudirle cuando cantaba delante del pueblo. Todas estas locuras agotaron el tesoro público, y para llenarlo recurrió á las prisiones y confiscaciones. Apresuró la muerte de su tia Domicia para gozar de sus bienes; envenenó á Burrho y desterró á Séneca, porque ambos condenaban sus excesos; repudió á su esposa Octavia para echarse en los brazos de la impúdica Popea, y dió toda su confianza al infame Tigelino.

Cada dia cometia nuevos asesinatos y nuevas injusticias, arruinaba las provincias y despojaba los templos de los dioses; pero el pueblo, contento porque recibia distribuciones abundantes de vino y carne y gozaba de los juegos mas espléndidos, ofrecia al cielo acciones de gracias cuando sabia que la crueldad del emperador se habia satisfecho de nuevo sacrificando algunas nuevas víctimas. Los senadores envilecidos igualmente se prosternaban á los piés de este feroz soberano, y si habia algunos, como el virtuoso Trascas, que tuviesen valor para manifestar su indignacion á la vista de tan deplorables excesos, al momento eran enviados al suplicio.

Incendio de Roma (65). Se hubiera dicho que no era ya po-

sible cometer mayores horrores, y sin embargo Neron lo consiguió. Ofendido del mal gusto de los antiguos edificios, de la pequeñez é irregularidad de las calles de Roma, las pegó fuego tan públicamente, dice Suetonio, que algunos ciudadanos consulares no se atrevieron á detener á sus esclavos á quienes sorprendieron en sus casas con teas y antorchas. El incendio duró seis dias y siete noches. Neron consideraba este espectáculo desde lo alto de la torre de Mecenas, encantado, segun decia, de la hermosura del fuego, y cantando en traje de cómico el incendio de Troya. Despues hizo edificar un palacio inmenso al que dió el nombre de *Palacio de oro*. Para hacer frente á los gastos de este edificio gigantesco, despojó á todas las ciudades libres, á todos los pueblos aliados y á todas provincias conquistadas.

Los ricos de Roma, que temian por sus propias riquezas, conspiraron contra este mónstruo insaciable. El filósofo Séneca, el poeta Lucano y el cónsul electo Plautio Laterano se hallaban á la cabeza de esta conspiracion. Tenian intencion de elevar al trono á Calp. Pison, pero su designio fue descubierto. Todos los culpables fueron citados ante Popeyo y Tigelino, quienes se esmeraron en agradar al príncipe con las mayores sutilezas de crueldad. Un tribuno, llamado Subrio Flavio, tuvo valor para decir á Neron : *Nadie te ha sido mas fiel mientras que has merecido ser amado. Te aborrezco desde que te has hecho parricida, cochero, cómico é incendario.* Lucano, despues de haberse deshonrado con las mayores debilidades, se hizo abrir las venas. Séneca sufrió la misma suerte. Neron se sirvió de esta conspiracion para dar muerte á todos aquellos cuyos bienes ambicionaba, ó cuyas virtudes detestaba.

Guerras de los Romanos en tiempo de Neron. Mientras que el señor del mundo se encenagaba en toda clase de excesos, sus legiones se cubrian de gloria en las dos extremidades del imperio. En Occidente, los Romanos aplicaban á la Gran Bretaña la ley dada por Claudio contra el culto druídico. Los sacerdotes de los Bretones huian de la persecucion, y se retiraban hácia el oeste conforme avanzaban los Romanos. Habién-

dose refugiado al fin en la pequeña isla de Mona, Suetonio Paulino, teniente de Neron en esta nueva provincia, resolvió atacarlos en su último asilo y destruir de este modo el foco de la rebelion. Tomó fácilmente esta posicion, y elevó en ella una fortaleza para guardar el pais. Pero apenas habia conquistado á aquellos insulares, supo la sublevacion de los Bretones del este. La insurreccion se habia extendido por todas las ciudades situadas en la orilla del Támesis. La novena legion, mandada por Cerealis, fue derrotada, y los Bretones, animados por estos triunfos, hacian oir en todas partes gritos de libertad é independencia. Suetonio, alarmado con estas terribles noticias, acudió y destruyó el ejército de los insurrectos. Esta victoria aseguró la dominacion romana en aquel pais (61).

En Oriente, el bravo Corbulon atacó á Vologeso, rey de los Partos, y le quitó la dominacion de la Armenia, para devolvérsela á Tigrano, uno de los antiguos descendientes de los sacerdotes-reyes de la Capadocia (60). Despues de esta victoria, Corbulon se vió obligado á compartir el mando con Cesenio Peto, se retiró de la provincia y dejó á su colega en presencia de los Partos. Peto fue derrotado, y hubo necesidad de reponer á Corbulon en su antigua autoridad para devolver á las armas romanas su primer brillo. Corbulon derrotó á los Partos, les dictó las condiciones de la paz, y envió á Tiridato á Roma para ser coronado rey de la Armenia por mano de Neron.

Este espectáculo despertó en el emperador el deseo de hacer conquistas y de sobrepujar por sus hazañas la gloria de todos sus generales. Ordenó alistamientos de tropas, y llegó á Grecia con un ejército bastante numeroso para subyugar á los Partos (66). Desgraciadamente no habia en este ejército sino flautistas y cantores, y toda la ambicion del príncipe se limitó á triunfar en los juegos olímpicos y á recibir aplausos de todos los Griegos por su talento de músico y su voz celestial. Llamó de nuevo á Corbulon, cuya gloria le hacia sombra, y cuando este valiente general llegó á Corinta, encontró un decreto de muerte en recompensa de sus hazañas. *Bien me-*

recido lo tengo, dijo, y al pronunciar estas palabras se pasó con su propia espada.

El rumor de una conspiracion hizo que Neron volviese á Roma. Presentóse como triunfador sobre un carro tirado por caballos blancos, haciendo alarde de sus mil ochocientas coronas, y de los nombres de las piezas que se las habian hecho ganar, y recibiendo en ofrenda una infinidad de pájaros diversos.

Triste fin de Neron (68). El mundo, dice Suetonio despues de haber soportado á este mónstruo durante cerca de catorce años, hizo por fin justicia. Vindex, que mandaba en las Gálias, dió la señal sublevando su provincia. Neron supo en Nápoles la noticia de esta revolucion, el aniversario del asesinato de su madre Agripina. Pasó todavía ocho dias celebrando combates de atletas, y no fué á Roma sino á la última extremidad. En lugar de convocar al pueblo y al senado, se entretuvo en ensayar unas máquinas hidráulicas de nueva invencion.

En este intermedio supo que Galba se habia insurreccionado en España, y que todos los ejércitos se habian puesto bajo el mando de Vindex. En medio de su desesperacion rasgó sus vestiduras, se golpeó la cabeza, y exclamó que estaba perdido. Hizo cortar los cabellos á sus concubinas, las armó con hachas y escudos como amazonas, y se dispuso á salir de Roma con ellas. Entonces deliberó si se retiraria entre los Partos, si iria á echarse á los piés de Galba, ó si apareceria enlutado en la tribuna de las arengas para pedir perdon de lo pasado. No se atrevió á tomar este último partido, temiendo ser hecho pedazos por el pueblo antes de llegar á la plaza pública. Sabiendo que ni el gladiador Espicilo ni otro alguno querian degollarle como él lo deseaba exclamó : *¡ Con que no tengo amigos ni enemigos !* y corrió á precipitarse en el Tíber. Habiéndose detenido, fué á refugiarse á la estrecha y sucia morada de Faon, uno de sus libertos. Allí supo que el senado le habia declarado enemigo de la patria. Atemorizado por la suerte que se le reservaba, cogió dos puñales que llevaba consigo y se los clavó en la

garganta, ayudado por su secretario Epafrodito. Jamás hubo vida mas atroz, pero tampoco hubo muerte mas triste ni mas vergonzosa. Pereció á la edad de treinta y dos años, el dia en que habia hecho morir á su esposa Octavia. La alegría pública fue tan grande que el pueblo corria por las calles, llevando en la cabeza el gorro de la libertad.

CAPITULO III.

Del establecimiento del cristianismo (1).

En el seno de este imperio romano que nos ofrece el espectáculo de todas las vergüenzas y de todos los crímenes, se formaba otra sociedad llamada por Dios para regenerar el mundo. Jesucristo habia muerto entre dos ladrones en la cumbre del Gólgota, cuando Tiberio vivia ignominiosamente en Caprea. Al rescatar el mundo, el Hombre-Dios habia pronunciado la muerte del paganismo y de todos sus degradantes errores. Sus espesas tinieblas habian de huir á su presencia, como la noche delante del sol. Roma, señora de las naciones; Roma, reina y esclava de la idolatría, habia sido envuelta en este decreto fatal, y esto nos explica, mejor que todas las razones humanas, el misterio de la decadencia de este vasto imperio, y el misterio de esa larga agonía que le veremos todavía arrastrar desgraciadamente por espacio de muchos siglos. El espíritu, cansado de todas esas escenas de sangre y corrupcion, quiere al menos fijar sus miradas sobre esta sociedad naciente que se desarrolla en el seno de aquel imperio condenado, y que ha de restituir á la humanidad descaecida su brillo y hermosura. En este prodigioso alumbramiento la historia nos hace comprender de la manera mas sensible cómo Jesucristo fue realmente por su doctrina el Salvador y Redentor del mundo.

§ I. Jesucristo y su doctrina.

« Al fin del reinado de Herodes, y en el tiempo en que los fariseos introducian en la religion de los Judíos toda clase de abusos, Jesucristo fue enviado sobre la tierra para restablecer el reino en la casa de David, de una manera mas elevada que lo que los Judíos carnales la comprendian, y para predicar la doctrina que Dios habia resuelto hacer anunciar á todo el universo. Este admirable niño, llamado

(1) Autores que se pueden consultar: Siendo los orígenes infinitamente numerosos, nos contentaremos con recomendar el manual de Alzog, *Historia universal de la Iglesia*. En él se encontrará la indicacion de todas las principales obras que pueden consultarse.

por Isaías el Dios fuerte, el Padre de los siglos futuros y el Autor de la paz, nace de una vírgen en Belen, y viene allí á reconocer el orígen de su raza. Concebido por el Espíritu Santo, santo por su nacimiento, solo digno de reparar el vicio del nuestro, recibe el nombre de Salvador, porque habia de salvarnos de nuestros pecados. Poco despues de su nacimiento, una nueva estrella, figura de la luz que debia dar á los Gentiles, se hace ver en Oriente, y trae al Salvador niño todavía las primicias de la gentilidad convertida. En seguida, este Señor tan deseado viene á su santo templo, en donde Simeon le mira, no solamente como la gloria de Israel, sino tambien como *la luz de las naciones infieles*. Cuando llegaba el tiempo de predicar su Evangelio, san Juan Bautista, que le habia de preparar el camino, llamó á todos los pecadores á la penitencia, é hizo resonar sus gritos por todo el desierto, en el que habia vivido desde sus primeros años con tanta austeridad como inocencia. El pueblo, que hacia quinientos años no habia visto profeta alguno, reconoció á este nuevo Elías, y estaba muy dispuesto á tomarle por el Salvador, tan admirable pareció su santidad; pero él mismo mostraba al pueblo aquel á quien no *era digno de desatarle los zapatos*. En fin, Jesucristo comienza á predicar su Evangelio, y á revelar los secretos que veia de toda eternidad en el seno de su Padre...

» Aunque enviado para todo el mundo, solamente se dirige por de pronto á las ovejas descarriadas de la casa de Israel, á las que venia tambien enviado principalmente; pero prepara el camino á la conversion de los Samaritanos y de los Gentiles. Una mujer samaritana le reconoce por el Cristo que su nacion esperaba tan bien como la de los Judíos, y aprende de el el misterio del culto nuevo que no se limitará á un lugar determinado. Una mujer cananea é idólatra le arranca, por decirlo así, aunque desechada, la cura de su hija. Reconoce en diversos lugares á los hijos de Abrahan en los Gentiles, y habla de su doctrina como que debia ser predicada, contradicha y recibida por toda la tierra. Jamás el mundo habia visto nada semejante, y sus apóstoles se admiran. No

oculta á los suyos las tristes pruebas que habian de experimentar. Les hace ver las violencias y la seduccion empleadas contra ellos, las persecuciones, las falsas doctrinas, los falsos hermanos, la guerra interior y exterior, la fe combatida por todas estas pruebas; al fin de los tiempos la decadencia de esta fe y la tibieza de la caridad entre sus discípulos, y en medio de tantos peligros su Iglesia y la verdad siempre invencibles.

» Hé aqui pues una nueva conducta y un nuevo órden de cosas; no se habla ya á los hijos de Dios de recompensas temporales. Jesucristo les muestra una vida futura; y teniéndoles suspensos con esta esperanza, les enseña á deshacerse de todas las cosas sensibles. La cruz y la paciencia vienen á ser su herencia en la tierra, y se les propone *el cielo* para que lo *conquisten á viva fuerza.* Jesucristo, que muestra á los hombres esta nueva senda, es el primero que entra en ella: predica verdades puras que aturden á los hombres groseros aunque ensoberbecidos; descubre el orgullo oculto y la hipocresía de los fariseos y de los doctores de la ley que la corrompian por sus interpretaciones. En medio de estas reconvenciones honra su ministerio y *la cátedra de Moisés en que están sentados.* Frecuenta el templo cuya santidad hace respetar, y envia á los sacerdotes los leprosos que ha curado. De esta manera enseña á los hombres cómo deben reprender y reprimir los abusos sin perjuicio del ministerio establecido por Dios, y demuestra que el cuerpo de la sinagoga subsistia á pesar de la corrupcion de los particulares. Pero se inclinaba visiblemente á su ruina. Los pontífices y los fariseos animaban contra Jesucristo al pueblo judío, cuya religion se le hacia supersticiosa. El pueblo no puede sufrir al Salvador del mundo, que le llama á unas prácticas sólidas, pero difíciles. El mas santo y el mejor de todos los hombres, la santidad y la bondad misma, llega á ser el mas envidiado y aborrecido. No por ello se desanima, ni cesa de hacer bien á sus conciudadanos; pero ve su ingratitud, pronostica con lágrimas su castigo y anuncia á Jerusalen su próxima caida. Tambien predice que los Judíos enemigos de la verdad que les pre-

dica serian entregados al error y llegarian á ser el juguete de los falsos profetas. Sin embargo los celos de los fariseos y de los sacerdotes le llevan á un suplicio infame; sus discípulos le abandonan, y uno de ellos le vende. El primero y el mas celoso de todos le reniega tres veces. Acusado ante el consejo, honra hasta el fin el ministerio de los sacerdotes, y responde en términos precisos al pontífice que le preguntaba jurídicamente. Pero habia llegado el momento en que la sinagoga debia ser reprobada. El pontífice y todo el consejo condenan á Jesucristo porque se llamaba el Cristo, hijo de Dios. Es entregado á Pilato, presidente romano. Su inocencia es reconocida por su juez, á quien la política y el interés hacen obrar contra su conciencia, el Justo es condenado á muerte, el mayor de todos los crimenes da lugar á la obediencia mas perfecta que jamas existió. Jesus, dueño de su vida y de todas las cosas, se abandona voluntariamente al furor de los malos, y ofrece el sacrificio que habia de proteger á todo el género humano. Estando en la cruz mira en las profecías lo que le faltaba que hacer, lo concluye y dice: *Todo está consumado.* Al decir estas palabras todo cambia en el mundo, la ley cesa, las figuras pasan, los sacrificios son abolidos por una oblacion mas perfecta. Hecho esto, Jesucristo espira con un gran gemido. Toda la naturaleza se conmueve. El centurion que le guardaba, admirado de tal muerte, exclama que es verdáderamente el Hijo de Dios, y los espectadores se vuelven de allí dándose golpes de pecho. Resucita al tercero dia; aparece á los suyos que le habian abandonado, y que se obstinaban en no creer su resurreccion. Le ven, le hablan, le tocan y quedan convencidos. Para confirmar la fe de su resurreccion, se manifiesta diversas veces y en muchas circunstancias. Sus discípulos le ven en particular y tambien todos reunidos; una vez se presenta á mas de quinientos hombres. Un apóstol que lo ha escrito asegura que la mayor parte de ellos vivian aun, en el tiempo en que él escribia. Jesucristo resucitado da á sus apóstoles todo el tiempo que quieren para considerarle bien, y despues de haberse puesto entre sus manos de todas las maneras que ellos

deseaban, y de modo que no pueda quedarles la menor duda, les ordena dar testimonio de lo que han visto, de lo que han oido, y de lo que han tocado (1).»

§ II. De los apóstoles y de su predicacion.

Mision de los apóstoles. « Para derramar en todos los lugares y en todos los siglos tan altas verdades, y para poner en vigor, en medio de la corrupcion, unas prácticas tan puras, era necesario una virtud sobrehumana. Esa es la razon por qué Jesucristo promete enviar el Espíritu Santo, para fortalecer á sus apóstoles y animar eternamente el cuerpo de la Iglesia.

»Esta fuerza del Espíritu Santo, para declararse mas, debia presentarse en medio de la enfermedad. *Os enviaré*, dijo Jesucristo á los apóstoles, *lo que mi Padre ha prometido*, es decir, el Espíritu Santo; mientras tanto, *descansad en Jerusalen, no emprendais nada hasta que esteis revestidos de la fuerza del cielo.*

» Para obedecer esta órden, permanecen encerrados cuarenta dias: el Espíritu Santo desciende en la época determinada; las lenguas de fuego que cayeron sobre los discípulos de Jesucristo marcan la eficacia de su palabra; la predicacion comienza, los apóstoles dan testimonio de Jesucristo; están prontos á sacrificarlo todo para sostener que le han visto resucitado. Los milagros siguen á sus palabras; en dos predicaciones de san Pedro se convierten ocho mil Judíos, y llorando su error son lavados en la sangre que habian derramado (2).»

Pedro y Juan son llevados ante el consejo de los Judíos que les prohibe hablar al pueblo. *No podemos*, respondieron, *callar todas las cosas que hemos visto y que hemos oido.* El sanhedrin, confundido por esta valerosa firmeza, no sabe qué partido tomar. *Dejadles hacer*, dijo Gamaliel, *si esta obra viene de los hombres se destruirá por sí sola; si viene de Dios, no podreis*

(1) Bossuet, *Discurso sobre la Historia universal*, 2ª parte, cap. XIX.
(2) Id., ibid.

destruirla. En breve se vió que la obra era divina, porque no cesó de crecer y aumentarse, no solo en la Judea, sino tambien en todos los paises del mundo.

Trabajos apostólicos de san Pablo. Pablo, uno de los mayores perseguidores de los cristianos, fue un dia aterrado por la fuerza de Dios en el camino de Damasco. Sus ojos se abrieron á la verdad, y recibió del cielo la mision de anunciar el Evangelio á los Gentiles. Sin embargo, antes de comenzar sus viajes apostólicos, fué á Jerusalen para ver á Pedro y hacerse reconocer de él como apóstol. Despues recorrió la Siria y la Cilicia, propagó el cristianismo en la gran ciudad de Antioquía, y fué á predicar con Bernabé á la isla de Chipre y al mediodia del Asia Menor.

Despues de esta gran mision volvió á Antioquía, fué á dar cuenta de sus primeros trabajos á Pedro que se encontraba aun en Jerusalen, y volvió segunda vez al Asia Menor para concluir la conversion de todo este pais. Predicó con el mayor éxito en la Frigia, la Misia, la Lidia y la Tróade, se unió estrechamente á su amado Timoteo y al evangelista san Lucas, y pasó á la Macedonia donde fundó las grandes iglesias de Filipos, Tesalónica y Berea. De allí se embarcó para Atenas, en cuya ciudad anunció delante del areopago el Dios desconocido, y terminó esta gloriosa mision por el establecimiento de la iglesia de Corinto.

Estos trabajos le habian tenido alejado de Antioquía por espacio de año y medio. Trasládose á dicha ciudad despues de tan larga ausensia, pasando por Efeso, Cesarea y Jerusalen. En seguida hizo por tercera vez una mision en el Asia Menor. Habiendo sabido las disputas que se suscitaron entre los Corintios y los Gálatas, les escribió para dirimir las controversias que les agitaban. Visitó las iglesias de Macedonia, envió otra carta á Corinto, y fué él mismo á esta ciudad para ahogar todas las semillas de discordia que el espíritu de las tinieblas habia derramado en ella. Desde Corinto escribió á los Romanos.

En este último viaje recogió limosnas para los fieles de Jerusalen. Sabia la persecucion que le esperaba en esta última

ciudad, pero nada pudo detener su celo. Cuando compareció delante del gobernador de la Judea, usó de los derechos que le daba su título de ciudadano romano, y apeló de él al César. Le enviaron á Roma donde estuvo cautivo durante dos años. Luego que se le puso en libertad, principió de nuevo sus trabajos apostólicos y evangelizó el Occidente. Por desgracia los *Actos de los apóstoles* se detienen aquí, y no se poseen ya acerca de las últimas misiones del apóstol de los Gentiles sino tradiciones muy respetables sin duda, pero que con todo eso no bastan para dar una entera certidumbre. No obstante, es incontestable que san Pedro y él fueron decapitados el mismo dia en Roma en tiempo de Neron.

Trabajos apostólicos de san Pedro. Las sagradas Escrituras no nos han conservado tantos detalles sobre las misiones del gefe de los apóstoles como acerca de las de san Pablo. Mas parece que el Espíritu Santo que las ha dictado ha cuidado de hacer sobresalir por los hechos su primacía de honor y de jurisdiccion. Así es que le vemos á la cabeza de todos los asuntos importantes. « Preside la eleccion del apóstol Matias: es el primero que habla al pueblo despues de la venida del Espíritu Santo: habla al sanhedrin en nombre de todos los apóstoles. Hace el primer milagro, y es el primero que pronuncia una sentencia terrible contra Ananías, y el primero que abre las puertas de la Iglesia cristiana á los Gentiles. A Pedro es á quien busca Pablo en Jerusalen, despues de su conversion, para hablar con él. Pedro es quien preside el primer concilio de Jerusalen, y siempre es Pedro á quien todos los Evangelistas llaman el primero, aunque no fue el primero que siguió á Jesucristo, prueba cierta de que todos los apóstoles reconocieron su primacía.

Con respecto á sus trabajos apostólicos, sabemos que fundó la primera Iglesia cristiana en Jerusalen, y arregló en la Judea y el pais de Samaria todas las comunidades nuevas de los primeros cristianos. Cuando la fe se extendió por el Oriente, residió algun tiempo en Antioquía, capital de toda esta parte del mundo. Despues evangelizó sucesivamente el Ponto, la Capadocia, la Galacia, el Asia y la Bitinia. Habién-

dose extendido el reinado de Jesucristo en Occidente tanto como en Oriente, Pedro salió de Antioquía para ir á fijar su residencia en Roma, reina y dueña de todas las naciones. Selló con su sangre la fe, y fue crucificado como su divino Maestro.

Trabajos de los demas apóstoles. Habiendo sido conforme en todo la vida de los demas apóstoles á las san Pedro y san Pablo, los sagrados libros no han cuidado de volver á decirnos los mismos milagros, las mismas virtudes y los mismos padecimientos. Segun el testimonio de los historiadores eclesiásticos, Santiago, hijo de Alfeo, fue el primer obispo de Jerusalen, y derramó su sangre por la fe en tiempo de Agripa. San Mateo predicó en la India y en la Etiopía; san Andres en la Escitia, el Epiro y la Tracia, y murió en Patras en Acaya; san Felipe recorrió la alta Asia y murió en Hierápolis en Frigia; santo Tomás evangelizó á los Partos; san Júdas Tadeo llevó la fe á la Mesopotomia y fue martirizado en Persia ó en Armenia; san Simon el celoso murió igualmente mártir en Persia, despues de haber predicado en este pais, en Mesopotamia, Arabia é Idumea. San Bartolomé fué á las Indias, y san Matías, elegido en lugar de Júdas, recorrió la Capadocia, las costas del mar Caspio y fue martirizado en Cólchide. San Juan habitó principalmente en Efeso, desde dónde dirigió las iglesias del Asia Menor.

Por este cuadro se ve que los apóstoles se esparcieron realmente en todas las naciones, y se comprende cómo fue que algunos años despues de la ascension de Jesucristo, san Pablo podia escribir á los Romanos, que el Evangelio habia sido anunciado á toda la tierra.

§ III. De las primeras Iglesias.

De la constitucion de la Iglesia. La Iglesia se manifestó desde el principio en el mundo con su constitucion y su jerarquia. Jesucristo trasmitió á sus apóstoles la plenitud de su sacerdocio por medio de estas palabras evangélicas: *Como mi*

Padre me ha enviado, así os envio yo á vosotros; el que os escuche me escucha, el que os desprecie me desprecia. Los apóstoles, para perpetuar su ministerio, trasmitieron igualmente su poder y su mision á los obispos, y les establecieron como sus sucesores. Las Epístolas de san Pablo á Tito y Timoteo prueban que estos obispos no tenian jurisdiccion sino sobre una parte determinada de la Iglesia, pero gozaban de ella en toda su plenitud. Como los apóstoles habian tenido á Pedro por gefe, así vemos á todos los sucesores de san Pedro ejercer desde el principio en toda la Iglesia su autoridad suprema. Despues de los obispos venian los presbíteros que les ayudaban en la administracion de los sacramentos. Segun las cartas de san Ignacio, los presbíteros recibian de los obispos todos sus poderes, pero no podian como ellos comunicarlos por medio de la ordenacion. En fin, el tercer grado de la jerarquía se componia de los diáconos ó ministros que los apóstoles habian establecido para predicar, bautizar, distribuir limosnas y servir á la mesa en las grandes asambleas de los fieles.

Vida interior de los primeros cristianos. La Escritura nos enseña que los primeros cristianos recibian con gran docilidad las lecciones de todos aquellos ministros sagrados, que perseveraban en la doctrina de los apóstoles y santificaban sus acciones por medio de la oracion. Todos estaban unidos, y todo cuanto tenian era comun. Vendian sus posesiones y sus bienes, y los distribuian á todos, segun la necesidad de cada uno. Continuaban yendo todos los dias al templo unidos en espiritu, y rompiendo el pan en sus casas, tomaban su alimento con alegría y simplicidad de corazon, alabando á Dios y siendo amados de todo el pueblo. La multitud de los creyentes no tenia mas que un corazon y un alma, y generalmente participaban de todo. Entre ellos no habia pobres, porque todos los que tenian tierras ó casas las vendian y presentaban el precio de ellas. Lo ponian á los piés de los apóstoles, y se distribuia con caridad.

Fácil es conocer que esta comunidad de vida y de bienes fue una situacion excepcional debida al primer fervor de los

cristianos. Todos estos dones eran voluntarios, y en breve, cuando se aumentó la Iglesia, se vió aumentarse tambien el número de los fieles que, aun cuando abrazaban la doctrina de Jesucristo, no por eso renunciaron á sus riquezas. A pesar de las grandes virtudes que brillaron en el seno de esta nueva sociedad, tambien se vieron en ella grandes escándalos. San Pablo reconviene á un Corintio por un crimen que llama inaudito aun entre los infieles, se esfuerza en calmar todas las divisiones que agitaban la Iglesia de Corinto, nos habla de graves desórdenes que estallaban en las asambleas sagradas, y por los numerosos consejos que da á los cristianos de su tiempo, nos revela que el agua del bautismo no apagaba en los hombres de entonces ni en los de hoy el foco de la concupiscencia.

Para hacer estas prevaricaciones menos numerosas, hubo necesidad de dictar leyes severas contra los que se deshonraban con crímenes públicos. Se les excomulgaba, es decir, quedaban separados de la sociedad de los fieles, y no podian entrar en ella sino despues de largas pruebas y duras penitencias; pero contra los que mas severidad habia era contra los novadores que trataban de alterar la doctrina de Jesucristo.

De las herejías. Porque si hubo en todo tiempo en la Iglesia hombres de corazon corrompido, tambien hubo siempre espíritus inquietos y orgullosos, que no podian sufrir el yugo de la autoridad. Los apóstoles se pronunciaban con mucha fuerza contra todos esos artífices de novedades profanas. Así san Pablo combate vigorosamente á los Judíos que trataban de unir la ley de Moisés con la de Jesucristo, y que formaron una secta llamada con este motivo la secta de los *judaizantes.* Esta secta, como todas las herejías que nacieron mas tarde, se dividió en otras muchas, los *ebionitas*, los *nazarenos* y los *cerintios.* Cada una de estas sectas entendia la doctrina de Jesucristo á su manera. Los unos, como los ebionitas, no admitian entre las sagradas Escrituras mas que el Evangelio de san Mateo; los demas, como los nazarenos, crearon una apócrifa vida de Jesucristo, á la que llamaron el Evangelio se-

gun los Hebreos. San Pablo combatió la mayor parte de estos errores; pero el apóstol que pareció suscitado de Dios muy especialmente para aniquilarlos, fue san Juan. Ei contrábase en los lugares mas corrompidos por estas deplorables doctrinas, que todas tendian á negar la divinidad de Jesucristo. Escribió su admirable Evangelio, en el que estableció, desde el principio, que el que lo ha creado todo no es un ser humano, como decian los ebionitas; que el Verbo no solo descendió á Jesus, como lo decian los cerintios y los docetos, sino que se hizo realmente carne; y que no es por Moisés, como lo suponian los judaizantes, sino por la fe en Jesucristo que se llega á ser hijo de Dios.

Los tiempos apostólicos terminan con san Juan.

CAPITULO IV.

Desde la muerte de Neron hasta la de Domiciano. Emperadores plebeyos (1).

(68-96.)

Habiéndose extinguido la familia de los Césares en la persona de Neron, el imperio quedó entregado á las violentas agitaciones y furiosos tumultos de los Titanes, como dice Plutarco, menos por la ambicion de los gefes que se hacian nombrar emperadores, que por la avaricia y licencia de los militares, que deponían á los emperadores unos tras otros, como un clavo saca otro clavo. En medio de este tumulto se efectuó una revolucion. La aristocracia romana no produjo ya otro emperador que Galba. Apoderándose los soldados del derecho de eleccion, hacen que sus sufragios recaigan en hombres de oscuro nacimiento. Oton pertenecia á una familia etrusca, que no contaba entre sus antepasados sino simples caballeros; Vitelio era de una alcurnia mediana, y el orígen de Vespasiano no era antiguo ni ilustre. Desgraciadamente estos príncipes salidos de los últimos rangos llevaron al trono los vicios que entonces deshonraban al pueblo romano. Los reinados de Vespasiano y de Tito repararon los desastres de sus predecesores, pero Domiciano sumergió el imperio en un abismo de miserias. En esta época, Roma y la Italia se encuentran de tal modo extenuadas, que se ven en la necesidad de buscar en las provincias los dueños que han de gobernarlas. Durante largo tiempo ya no produjeron Césares.

§ I. Galba, Oton y Vitelio (68-69).

Reinado de Galba (68). El sucesor de Neron, el viejo Galba, era pariente de Livia, mujer de Augusto, y contaba una multitud de hombres ilustres entre sus antepasados. Expuso en el vestíbulo del palacio su árbol genealógico, en el cual se

(1) Autores que se pueden consultar. Plutarco, *Vidas de Galba y de Oton*; Suetonio, *los Césares*; Tácito, *sus Historias* y la *Vida de Agrícola*; Dion Casio; Josefo, *De bello judaico*, etc. Entre los modernos: Tillemont, Crevier, Dumont, Cantu, etc., etc.

hacia descender de Júpiter por parte de su padre, y de Pasifae, mujer de Minos, por parte de su madre. Despues de haber sido pretor, gobernó la Aquitania durante un año, y en seguida fue honrado con el consulado. Calígula le dió el mando de los ejércitos de Germania, en los que adquirió gran reputacion. Rehusó el imperio á la muerte de este príncipe, y por esta moderacion se grangeó la estimacion y afecto de Claudio, quien le nombró procónsul en Africa. Su bella conducta en esta provincia le mereció los honores del triunfo. Neron le sacó de su retiro para enviarle á la Tarraconense, que era la mejor provincia de España, con el título de gobernador.

Allí recibió del galo Vindex, propretor de la Aquitania, una carta que le exhortaba á declararse vengador y señor del género humano. Subió pues á su tribunal, hizo llevar delante de sí las imágenes de los ciudadanos que Neron habia hecho morir, y al mismo tiempo que acogia las aclamaciones de la multitud que le proclamaba emperador, declaró no queria ser mas que lugarteniente del senado y del pueblo romano. Sin embargo, cuando supo la muerte de Neron, dejó aquel título y tomó el de César. Entonces se revistió con el traje de guerra, suspendió á su cuello un puñal, y se puso en marcha muy decidido á no volver á tomar la toga sino despues de haber echado abajo á los que le disputaban el imperio.

Ninfidio Sabino, prefecto del pretorio, era uno de ellos. Habia sido el principal autor de la caida de Neron; pero no proclamó á Galba sino con el objeto de hacerse dueño del poder soberano. Su crédito en Roma era inmenso. A pesar de esto se indispusó con todos por su crueldad y arrogancia, y como temian ver en él un segundo Neron, le asesinaron el mismo dia en que esperaba ser proclamado emperador.

Galba supo esta noticia cuando se dirigia hácia Roma. Desgraciadamente para él, sus enemigos le habian ya dado en la capital del mundo la reputacion de avaro y cruel. Deciase que habia impuesto multas de consideracion á las ciudades de España y de la Gália que no habian querido reconocerle;

que habia condenado á muerte muchos gobernadores con sus mujeres y sus hijos, que habia vendido una corona de oro del peso de quince libras que robó á Júpiter en un antiguo templo de Tarragona. Él confirmó todos estos sensibles rumores, despidiendo sin recompensa la antigua guardia alemana, tan célebre por su fidelidad, reduciendo las tropas marítimas al estado de los soldados legionarios, y condenando á muerte á todos los partidarios de Ninfidio.

El pueblo le despreció cuando le vió gobernado despóticamente por tres cortesanos, Vinio, su teniente en España, Laco, prefecto del pretorio, y el liberto Icelo. Galba perdió la amistad de los pretorianos, negándoles el dinero que les habia prometido, y viendo que se alborotaban : *Acostumbro,* dijo, *á elegir mis soldados, no á comprarlos.* Estas bellas palabras no le hicieron honor, porque se atribuyeron menos á su valor que á su avaricia.

Las revoluciones que estallaron entre tanto en Africa y en Germania fueron comprimidas al momento; pero poco despues se supo que las legiones de la baja Germania habian elegido á Vitelio emperador. Galba sintió que su vejez necesitaba un apoyo, y adoptó al jóven Pison. Oton, que pretendia aquel honor, sintió mucho esta preferencia y levantó el estandarte de la rebelion en medio de la plaza pública. Veinte y tres soldados solamente se unieron á él. Aunque no era débil ni tímido, tuvo miedo de tan pequeño número, y desde entonces pensó en renunciar á su designio. Los soldados se opusieron á ello, y en un instante ganaron á todos sus compañeros, y el campo entero se declaró por él. El anciano emperador creyó por de pronto que su rival habia sido muerto; pero al momento, como un viento que cambia de repente, el rumor contrario le hizo saber que era dueño del ejército. Algunos soldados de caballería é infantería se precipitaron al instante sobre Galba, le gritaron : *¡ Retirate, hombre privado !* y despues de haberle arrojado en su litera una infinidad de dardos, le dieron con sus machetes y le asesinaron.

Cuando llevaron su cabeza á Oton, exclamó : *Amigos*

mios, nada habeis hecho, mientras que no me traigais la de Pison. No la esperó mucho tiempo : este desgraciado jóven habia sido herido y se refugió en el templo de Vesta, adonde fue perseguido y degollado por un soldado llamado Marco. Tambien cortaron la cabeza á Vinio y á Laco, los dos favoritos de Galba, y se las llevaron todas á Oton pidiéndole el premio de este servicio. Galba pereció á la edad de sesenta y tres años despues de siete meses de reinado.

Reinado de Oton (69). Oton se presentó por la tarde al senado, y habló como si se hubiera visto obligado á aceptar el imperio. Le respondieron por medio de alabanzas, en las que se podia conocer la misma sinceridad. Los senadores le colmaron de todos los honores que habian sido tan funestos á Galba. Desde el senado fue al Capitolio, y allí ofreció un sacrificio que le pareció de mal agüero. Desde entonces experimentó los cuidados é inquietudes del poder. Durante la noche le agitaban unos sueños detestables, le parecia oir que los manes de Galba clamaban venganza contra él, y de dia estos recuerdos despertaban en su corazon remordimientos implacables.

No obstante el principio de su reinado pareció dichoso. Concedió al pueblo la muerte del infame Tigelino, ministro de las crueldades y desórdenes de Neron. Todos le agradecieron este acto de justicia y las virtudes que manifestó inmediatamente despues de su advenimiento, pero temian que tan excelentes cualidades fuesen simuladas, y no querian verle levantar estátuas á Neron y pedir honores en favor de las mujeres que se habian asociado á los impuros excesos de este tirano. Esto es lo que alejó de él á un gran número de ciudadanos, y excitó la mayor parte á desear por emperador á Vitelio, que acababa de ser proclamado por las legiones de Germania.

Este rival de Oton era un hombre grosero, que solamente sabia beber, comer, jugar y perfumarse. Fue elevado al poder soberano antes de la muerte de Galba por dos generales muy hábiles, Cecina y Valente, de modo que Oton tuvo un concurrente así que subió al trono. Toda la Gália obedeció

á Vitelio, y sus generales se adelantaron victoriosos hasta las orillas del Pó. Oton salió de Roma, y él mismo se puso á la cabeza de sus tropas, llevando una coraza de hierro, sin adorno y sin esmero, olvidando así la vida muelle y afeminada que habia llevado antes.

Al principio obtuvo éxitos bastante brillantes. Valente y Cecina experimentaron serios descalabros; pero habiendo reunido sus fuerzas, Oton quiso que se empeñase una batalla general cerca de Bedriac, entre Cremona y Mántua, y fue derrotado. Esta desgracia no habia arruinado de modo alguno sus negocios. Tenia consigo todavía tropas muy decididas; sabia que las tres legiones de Mesia habian llegado á Aquilea, y le hubiera sido fácil continuar la guerra. Pero fuese por horror de las guerras civiles, fuese por debilidad de carácter, no pudo soportar por mas tiempo su mala fortuna. Comprometió á sus amigos para que se uniesen á Vitelio, quemó todos los papeles que podian serle funestos, distribuyó todo el dinero que tenia á sus criados y amigos, cogió dos puñales, ensayó la punta de ambos, los colocó bajo su cabecera y se durmió tranquilo. El dia siguiente, al despertarse, cogió uno de ellos y se atravesó el corazon. Fue tan sentido de sus soldados que muchos se degollaron sobre su tumba. No reinó mas que tres meses.

Reinado de Vitelio (69). Luego que Vitelio supo la muerte de Oton, se puso en camino para Roma. Se sabia su glotonería, pero se pensaba que á nadie perjudicaria sino á él. Con esta esperanza, en Lyon, en Viena y en todos los paises por donde pasaba se le acogia en triunfo. Encontró la Italia en la mas deplorable anarquía. Sus soldados y los de Oton asolaban los campos y las ciudades, haciendo sufrir á todo el pais los efectos de sus discordias; por lo cual los diseminó en Inglaterra, España, Dalmacia y Panonia. Al recorrer el campo de batalla de Bedria todo lleno de muertos que exhalaban un olor infecto, pronunció estas palabras que llegaron á ser célebres: *El cadáver de un enemigo huele siempre bien.*

Llegó á Roma seguido de un ejército de sesenta mil hom-

bres. Su primer designio era entrar allí con traje de guerra, como en una ciudad conquistada; pero Tácito asegura, y en esto no se halla de acuerdo con Suetonio, que sus amigos le hicieron cambiar de opinion. Lo cierto es que permitió toda clase de excesos á las tropas que le acompañaban, y es incalculable el mal que causaron. Él solamente se ocupaba de almorzar, comer y cenar bien. Gastaba en su mesa enormes cantidades, y se preciaba de oscurecer á todos por el brillo de sus banquetes. Habiéndole servido su hermano Lucio en una sola comida dos mil pescados exquisitos y siete mil aves, imaginó hacer un plato monstruoso con hígados de pescados raros, sesos de faisanes y pavos reales, lenguas de fenicópteros y lechecillas de lampreas. Para formar este plato habian hecho correr algunos barcos desde el golfo de Venecia hasta el estrecho de Cádiz.

Este vil gloton, que devoraba en la mesa todas las rentas del imperio, era tan sanguinario como guloso. Siempre pronto á condenar y castigar bajo toda clase de pretextos, hizo morir á varios ciudadanos ilustres á quienes habia atraido cerca de sí con seductoras promesas; condenó á muerte á todos los que habian exigido de él impuestos durante sus viajes, y se sospecha que hizo morir de hambre á su propia madre.

El pueblo romano estaba ya muy cansado de todos estos excesos, y supo con alegría que las legiones de Mesia, de Panonia, de Siria y de Judea habian proclamado á Vespasiano. Vitelio, para asegurarse la posesion del Occidente, derramó el oro á manos llenas, y ofreció magníficas recompensas á los que quisieron sostener su corona. Cecina y Valente, que habian triunfado de Oton, se pusieron á la cabeza de los ejércitos, mientras que Vitelio pasaba los dias á la mesa en una borrachera continua. Pero no tardaron en conocer que sus soldados no eran ya los mismos; la corrupcion y las delicias los habian enervado. El tolosano Antonio Primo Bec entró en Italia con todas las legiones de Iliria, ganó dos grandes batallas, saqueó á Cremona y pasó el Apenino. La flota de Vitelio, que estaba en Mesina, asustada de estas des-

gracias, abrazó el partido de Vespasiano, y su ejemplo fue imitado por todos los legionarios.

Sabino, hermano de Vespasiano, podia entonces sublevar á Roma contra Vitelio y hacerle expiar todos sus crímenes. Prefirió entrar en negociaciones con él y comprar su diadema. El dia siguiente de este vergonzoso contrato, Vitelio salió vestido de luto con sus criados y su hijo, y leyó llorando el acto de su abdicacion. El pueblo tuvo lástima de su desgracia, y le rogó volviese á ejercer sus derechos; volvió á tomar su corona, mas no la conservó mucho tiempo. Habiendo entrado Antonio Primo en Roma con su ejército, el miserable emperador fué á ocultarse en el cuarto de su portero, y allí fue descubierto. Le arrastraron medio desnudo á la plaza pública, con el vestido desgarrado, una cuerda al cuello, las manos atadas detrás de la espalda, y los cabellos recogidos detrás de la cabeza como los de los criminales. Algunos, añade Suetonio, le levantaban la barba con la punta de su espada con el fin de ver mejor su cara; otros le arrojaban lodo é inmundicias, llamándole goloso é incendiario. Por último, fue destrozado en las Gemonias, despues de haberle atormentado largo tiempo, y desde allí arrastrado con un garfio hasta el Tíber. Reinó menos de un año.

§ II. Vespasiano. Primera familia flaviana (69-79).

Principios de Vespasiano (69). Despues de andar errante entre las manos de tres príncipes que fueron depuestos sucesivamente por el asesinato y la revolucion, el cetro se fijó y afirmó en la familia flavia. Esta familia era muy oscura, y Vespasiano, que fue el gefe de ella, no debió sus ascensos mas que á la adulacion. Festejó el triunfo de Caligula contra los Germanos con juegos extraordinarios, y dió gracias á este príncipe en pleno senado por haberle convidado á su mesa. En tiempo de Neron se retiró al campo, y á cada momento se creia próximo á perder la vida por haberse dormido una tarde mientras que el emperador-poeta recitaba sus versos.

Desconsolado de esta falta, esperaba noticias fatales. Su admiracion llegó al colmo cuando el primer correo del emperador le anunció que habia sido elegido para ir á Judea con el objeto de apaciguar las insurrecciones que acababan de estallar allí. La bajeza de su nacimiento le habia merecido este favor de Neron. En esta expedicion se manifestó valeroso é intrépido, y los soldados solo le echaron en cara su avaricia.

Cuando fue emperador, se mostró siempre inficionado de este sórdido vicio. Restableció los impuestos suprimidos por Galba, aumentó los demas y creó algunos nuevos. Habiéndole ofrecido los diputados de una ciudad una estátua de gran precio : *Hé aquí la base*, les dijo, presentándoles el hueco de su mano, *basta que pongais en él el valor de la estátua.* Vendia las dignidades, los empleos y las gracias; confiaba los cargos mas lucrativos á los que sabian robar mejor. *Son esponjas*, decia, *que se exprimen cuando están bien empapadas.* Todo lo que se puede decir para excusar estas rapiñas, es que las rentas estaban en un gran desórden, y que Vespasiano no empleó el dinero que amontonaba sino en cosas útiles. Socorria á los senadores que lo necesitaban, levantaba de sus ruinas las ciudades destruidas, reparaba los caminos y los aqueductos, protegia las ciencias y las artes, y hacia ejecutar una infinidad de grandes trabajos gloriosos ó necesarios.

Guerra contra los Batavos. Revolucion de Civilis (70). Vespasiano, cuando se le compara á sus predecesores, parece un gran príncipe. Sus cualidades no bastaron para impedir que los pueblos del Norte se revolucionasen contra él. A su advenimiento los Dacios habian tomado las armas y llegado á amenazar las legiones en sus trincheras al otro lado del Danubio. Fonteyo Agripa les hizo repasar el rio, y fortificó por aquella parte la frontera del imperio. Al extremo setentrional de las Gálias la insurreccion habia sido mas grave y causado mayor inquietud. El batavo Civilis se sublevó al principio con todos los de su nacion contra Vitelio, y escribió en sus estandartes el nombre de Vespasiano; pero sus primeros

triunfos aumentaron su ambicion. Se unió con los Germanos y los Galos, y resolvió resucitar estas antiguas naciones.

Los bardos salieron de su retiro é inflamaron el patriotismo de los rebeldes con sus cantos, sacrificios y supersticiones. Al oirles, sus dioses habian prometido el imperio del mundo á un pueblo colocado al otro lado de los Alpes, y citaban el incendio del Capitolio como preludio de la caida de Roma. Clásico y Julio Tutor entre los Treviros, y Sabino en el pais de los Lingones se pusieron á la cabeza de la insurreccion. Ganaron los soldados romanos á su causa, y las legiones prestaron juramento de fidelidad *al imperio de las Gálias*. Desgraciadamente todos los celos que separaban hacia mucho tiempo á las antiguas ciudades galas quitaron á este movimiento la unidad y concierto que podian asegurar su éxito. Luego que se supo que Vespasiano habia enviado tropas para someter á los rebeldes, unos se rindieron por prudencia, otros de miedo, y Civilis hizo la paz con Roma. Clásico y Tutor huyeron y se suicidaron. Sabino vivió durante nueve años en una caverna con Eponina, su esposa. En fin fue descubierto, y Vespasiano no tuvo la generosidad de perdonarle.

Guerra de los Judios. Toma de Jerusalen (71). Pero lo que hizo el reinado de Vespasiano para siempre célebre, fue la toma de Jerusalen y la destruccion de su templo. En ninguna parte la venganza divina fue mas manifiesta ni terrible que en la ruina de este pueblo deicida. « Cuatro años antes de declararse la guerra, un paisano, segun dice Josefo, exclamó: Una voz ha salido de la parte del Oriente, una voz ha salido de la parte del Occidente, una voz ha salido de la parte de los cuatro vientos: voz contra Jerusalen y contra el templo; voz contra el pueblo. Desde aquel tiempo ni de dia ni de noche cesó de exclamar: *¡Desgraciada, desgraciada Jerusalen!* Redoblaba sus gritos los dias de fiesta. Ninguna otra palabra salia de su boca: los que le compadecian, los que le maldecian jamás oyeron de él sino estas terribles palabras: *¡Desgraciada Jerusalen!* Fue cogido, interrogado y condenado á

azotes por los magistrados: á cada pregunta, á cada golpe respondia sin quejarse jamás: *¡Desgraciada Jerusalen!* Despedido como loco, corria todo el pais repitiendo sin cesar su triste prediccion. Continuó por espacio de siete años gritando del mismo modo, sin cansarse y sin que se debilitase su voz. En tiempo del último sitio de Jerusalen se encerró en la ciudad, dando vueltas sin cesar al rededor de las murallas, y gritando con todas sus fuerzas: *¡Desgraciado templo, desgraciada ciudad, desgraciado todo el pueblo!* Al fin añadió: *¡Desgraciado de mí!* y al mismo tiempo murió de una pedrada arrojada por una máquina. »

Vespasiano habia sido encargado por Neron de castigar á los Judíos insurrectos y de cumplir aquellas terribles amenazas que resonaban sin cesar en sus oidos. Cuando quiso elevarse al imperio, dejó el mando del ejército á Tito, su hijo, que sitió á Jerusalen. « Este príncipe, continúa Bossuet, no queria perder á los Judíos: al contrario, les hizo ofrecer muchas veces el perdon, no solo al principio de la guerra, sino tambien cuando no podian ya escapar de sus manos. Ya habia levantado al rededor de Jerusalen una larga y vasta muralla, pertrechada de torres y reductos tan fuertes como la misma ciudad, cuando les envió á Josefo, su conciudadano, que era uno de sus capitanes y sacerdotes, y habia sido cogido en esta guerra defendiendo su país; pero no escucharon sus sabios discursos. Se hallaban reducidos á la última extremidad: el hambre mataba mas gente que la guerra, y las madres se comian á sus hijos. Tito, compadecido de sus males, ponia á sus dioses por testigos de que él no era la causa de su pérdida. Durante estas desgracias, daban fe á las falsas predicciones que les prometian el imperio del universo. La ciudad habia sido ya tomada, ardia por todos lados, y aquellos insensatos creian todavía en los falsos profetas, que les aseguraban haber llegado el dia de la salvacion; á fin de que se resistiesen siempre y que no hubiese misericordia para ellos. En efecto, todos fueron pasados á cuchillo; a ciudad destruida enteramente, el templo quemado, y excepto algunos restos de torres que Tito dejó para servir

de monumento á la posteridad, no quedó piedra sobre piedra (1). »

Fin del reinado de Vespasiano. Despues de la toma de Jerusalen, se esparció el rumor de que Tito queria rebelarse contra su padre y reinar en Oriente. Confirmó estas sospechas yendo á Alejandría por Ménfis, en donde con la diadema en la cabeza consagró el buey Apis. Instruido de dichos rumores apresuró su regreso á Italia, vino á Reggio, despues á Puzzola en un buque de trasporte, y corrió á Roma á echarse en los brazos de su padre, diciéndole: *Aqui estoy, padre mio, aqui estoy.* Vespasiano compartió con él el poder supremo y el honor de su triunfo. En seguida le confirió el poder tribunicio y el título de prefecto del pretorio. Se cerró el templot de Jano, y elevaron un templo á la Paz en prueba de la terminacion de todas las guerras.

Cecina, que habia hecho ya traicion á Vitelio, y Marcelo conspiraron contra el anciano emperador. Su complot fue descubierto. Tito convidó á Cecina á cenar y le hizo dar de puñaladas al salir de la mesa. Vespasiano sobrevivió solo algunos dias á este traidor. *Conozco que me acerco á ser dios,* dijo al principio de su última enfermedad, burlándose del apoteosis que todos los Romanos acordaban á su emperador. Se hizo trasportar á Reata, adonde acostumbraba pasar el verano. Viéndose próximo á exhalar el último suspiro: *Es preciso,* dijo, *que un emperador muera en pié.* Hizo que le levantasen, y espiró despues de un reinado de diez años.

§ III. Tito y Domiciano (79–96).

Reinado de Tito (79-81). Puede decirse que ningun príncipe subió al trono con peor reputacion que Tito. Se hallaba cubierto aun con la sangre de Cecina, y se le echaba en cara el haber abusado de su poder como prefecto del pretorio, apostando en el teatro y en el campo algunos hombres que

(1) Bossuet, *Discurso sobre la historia universal,* 2a parte, cap. XXI.

le pedian, en nombre del ejército y del pueblo, la muerte de los que le eran sospechosos. No se le acusaba menos de excesos que de crueldad. Se hablaba de las comidas que hacia durante la noche con los ciudadanos mas disolutos, y tambien se recordaban las exacciones de que se habia hecho culpable bajo el reinado de su padre. En fin, para decirlo todo en una palabra, se le ponia en paralelo con Neron.

Por fortuna cuando se ciñó la diadema imperial, su conducta desmintió enteramente todas estas conjeturas. Habiendo tratado su hermano Domiciano de hacerle perecer y de sublevar el ejército, le perdonó sus faltas, y le rogó con lágrimas en los ojos viviese con él como hermano. Trató con la misma benignidad á los dos patricios convictos de aspirar al imperio, y no aceptó el soberano pontificado sino con el objeto, segun decia, de conservar siempre sus manos puras de la sangre de sus súbditos. Su mayor felicidad era derramar en derredor suyo gracias y liberalidades. Daba audiencia á todos, y tenia por máxima que nadie habia de salir descontento de una conversacion con el soberano. Habiéndose acordado un dia al ponerse á la mesa que no habia concedido favor alguno durante él, pronunció estas palabras memorables y muy dignas de elogio: *Amigos mios, hoy he perdido el dia.*

Su reinado fúe afligido con una erupcion del Vesuvio en la Campania, con un incendio en Roma que duró tres dias con sus noches y con una peste cruel. Todas estas calamidades le dieron ocasion para manifestar su amor á sus pueblos. Encargó á los personajes consulares que socorriesen á todos los paises destruidos por el volcan, y se sirvió de los bienes de las familias extinguidas para volver á edificar las ciudades arruinadas. Despues del incendio de Roma, declaró que tomaba á su cargo todas las pérdidas públicas, y vendió hasta su vajilla para repararlas. Durante la peste, prodigó cuidados de toda clase á los enfermos, y mostró una abnegacion sin ejemplo.

Con todo, segun lo han observado algunos con mucha ra-

zon, puede hacerse aquí una curiosa comparacion. Si un príncipe cristiano, para su propia diversion y la de su córte, hiciese degollar á los hombres por hombres ó por bestias feroces, se le miraria como un mónstruo. Sin embargo, Tito hacia todo esto cuando daba combates de gladiadores, ú obligaba á miles de prisioneros de guerra á degollarse unos á otros en honor de su padre y de su hermano; y no solamente su siglo no le ha acusado por ello, sino que acaso esta fue una de las razones para llamarle *las delicias del género humano*; ¡ tan lejos está la idea que se formaban de la humanidad y de la virtud los paganos mas perfectos, de la que de ellas tiene el vulgo cristiano!

Reinado de Domiciano. Sus primeros años. Domiciano, hermano y sucesor de Tito, no se habia aplicado en su juventud á ningun género de estudio. Al principio soñó glorias militares y se esforzó á rivalizar en los campos con Tito; pero sus desgracias le desengañaron acerca de este punto, y quiso buscar una compensacion en la cultura de la poesía en lo que tampoco fue muy dichoso. No obstante, devorado por la ambicion, trató muchas veces de usurpar á su hermano la corona, y se creyó que habia apresurado su último suspiro.

Si no hubiese reinado mas tiempo que Tito, á pesar de todos sus vicios, hubiera pasado como él por un príncipe perfecto. Los primeros años de su reinado parecieron la continuacion del de su hermano. Llevó la delicadeza hasta el extremo de rehusar los legados que le habian hecho algunos ciudadanos que tenian hijos; reparó la biblioteca pública destruida por el último incendio, é hizo concluir todos los edificios públicos comenzados por sus predecesores. Citábanse estas palabras suyas: *Un príncipe que no castiga á los delatores les anima.* Administraba por sí mismo la justicia, y castigaba con severidad á los jueces prevaricadores y á los gobernadores que exigian derechos indebidos. Pronunció la pena de muerte contra los adúlteros, y dió muchas leyes para reprimir la licencia de las costumbres.

Guerras emprendidas durante su reinado. Habiéndose re-

animado su pasion por la gloria militar, atacó de improviso á los Catos, la nacion mas belicosa de Germania, y volvió á Roma haciendo alarde de algunos esclavos que habia vestido de Germanos, y que hacia pasar como prisioneros. El senado le acordó el triunfo en memoria de sus hazañas imaginarias (82), y de allí en adelante ya no se le vió aparecer en la curia sino con traje triunfal.

Al mismo tiempo, Agrícola, uno de sus generales, conseguia en la Gran Bretaña victorias mas reales é importantes. Despues de haber extendido los límites de la dominacion romana hasta el espacio comprendido entre el golfo de Forth y el de Clyde, y defendido esta frontera con una línea de fortalezas, este gran capitan quiso atacar á los mismos Caledonios en sus montañas (83). Estos bárbaros se reunieron bajo las órdenes de Galgaco, su gefe, y se dió una gran batalla al pié de los montes Grampianos. La prudencia y táctica del general romano triunfaron del ardor indisciplinado de los montañeses (86). Este mismo año la flota romana habia dado la vuelta á la Caledonia (*Escocia*) y descubierto la isla de Thulé (*Sehetland*). Se supo que la Gran Bretaña era una isla. Agrícola esperaba concluir su conquista; pero Domiciano, celoso de su gloria, le llamó al momento para relegarle en su quinta, donde murió tal vez envenenado.

El emperador tomó entonces el mando de sus ejércitos y marchó contra los Dacios (86). Estos bárbaros destruyeron sus legiones, y mataron la mayor parte de sus oficiales. Domiciano no por eso dejó de enviar al senado boletines de victoria. Despues de haber sacrificado muchos ejércitos en Panonia y comprado la paz del rey de los Dacios por el precio de un tributo humillante, volvió á Italia como vencedor y entró en Roma en triunfo. Los poetas y los retóricos, como Quintiliano, Marcial, Staco y Silio Itálico, celebraron á una voz la gloria del primer emperador que recibió la ley de los bárbaros, y hasta hicieron de antemano su apoteosis.

Crueldades de Domiciano. Desgraciadamente este dios no era sino un mónstruo. Bajo pretexto de que L. Antonio,

gobernador de la alta Germania, habia intentado contra él una revolucion, se puso á perseguir á todo el mundo. Una infinidad de senadores y de personajes consulares fueron decapitados por crímen de rebelion. Elio Lasulco pereció por haberse burlado en otro tiempo del tirano; Salvio Cocceyano por haber celebrado el dia del nacimiento del emperador Oton, su tio; Metio Pomposiano por haber explicado en público las arengas de Tito Livio, y dado á sus esclavos los nombres de Magon y Anibal; Helvidio por haber hecho representar una escena entre Enone y Páris, que Domiciano pretendia ser una representacion de su divorcio con su mujer. Bastaba ser acusado para ser juzgado como criminal. Honor, riquezas, virtud, talentos, palabras, acciones, todo era crimen de lesa majestad. Se confiscaban los bienes de los ciudadanos, con tal de que alguno afirmase haber oido decir al muerto que César era su heredero. Los filósofos y las bellas artes fueron desterrados, á fin de que, como dice Tácito, nada honesto se ofreciese ya á la vista. La crueldad de Domiciano hizo echar de menos el reinado de Neron. Porque, segun añade el mismo historiador, al menos Neron volvia la vista: ordenaba el crímen y no le veia ejecutar. Domiciano, por el contrario, se complacia en escribir los suspiros de sus víctimas, y era testigo de sus padecimientos, sin experimentar el menor sentimiento de vergüenza.

Muerte de Domiciano (96). Este mónstruo sediento de sangre, sospechando que sus excesos armarian un dia contra él á sus súbditos, habia resuelto deshacerse de todos los que le rodeaban. Escribió él mismo la lista de sus nombres. Un niño se la quitó mientras dormia, y se la llevó á la emperatriz Domitila, quien se horrorizó al leer su proprio nombre y los de los primeros personajes de la córte. Pusose de acuerdo con ellos, y el liberto Esteban se encargó de la ejecucion del complot. Para alejar las sospechas, dice Suetonio, llevó durante algunos dias el brazo izquierdo suspendido, como si hubiera sido herido, y en el momento indicado ocultó un puñal entre los lienzos que envolvian su brazo. Pidió audiencia al emperador como para descubrirle una

conspiracion, y la obtuvo. Mientras que Domiciano leia con señales de horror la nota que acababa de recibir, Esteban le hirió mortalmente. Este príncipe vivió cuarenta y cinco años y reinó quince. Es el último de los emperadores bajo el nombre de los doce Césares.

CAPITULO V.

Desde la muerte de Domiciano hasta la de Cómodo. Los Antoninos. Emperadores filósofos (1).

(96-193.)

Antes del advenimiento de los Flavios, el imperio estaba entregado á las brutalidades de los soldados, que hacian y deshacian los emperadores segun sus caprichos. Despues de la muerte de Domiciano, último emperador de esta familia, los senadores se apresuraron á disponer de la corona. Como los filósofos estóicos eran muy influyentes entre ellos, la filosofía fue llamada á reinar. Sin duda hay exageracion en todos los elogios concedidos á estos príncipes por sus panegiristas, y los historiadores del último siglo se han mostrado muy sensibles á estas pinturas de ventura y prosperidad que se encuentran en los escritores cortesanos que florecian en aquella época. Pero aunque se reconozcan esas exageraciones inevitables, no se puede negar que el imperio sacó grandes ventajas de esta reaccion. En tiempo de los Trajanos, de los Adrianos y de los Antoninos, las letras fueron cultivadas con brillo, y el imperio llegó al apogeo de su gloria y poder. Restablecida la adopcion, pone un término á esas revoluciones sangrientas que amenazaban á la muerte de los Galbas, de los Otones y de los Vitelios; y los nuevos Césares, originarios de una de las provincias del imperio, tratan á todos sus súbditos con igual justicia. Pronto no habrá diferencia entre los habitantes de las provincias y los del Lacio y de la Italia.

§ I. Nerva y Trajano (96-117).

Reinado de Nerva (96-98). Desde la muerte de Neron, los soldados estaban en posesion de nombrar emperadores. Despues de la muerte de Domiciano, el senado quiso quitarles

(1) Autores que se pueden consultar: Dion Casio, *Vidas de Nerva, de Trajano, de Adriano*, etc.; Plinio el Jóven, *Panegírico de Trajano y sus Cartas*; Espartiano, los abreviadores Eutropo y Aurelio Victor. Con respecto á los modernos, ademas de Capitolino, Lamprido, *Historia de Augusto*; Marco Aure-

este privilegio y dar el trono al anciano Nerva. Los pretorianos fueron contenidos por magníficas liberalidades, pero las legiones de Germania iban á sublevarse cuando la elocuencia de Dion Crisóstomo, desterrado entre los bárbaros, les detuvo y les hizo reconocer al príncipe elegido por el senado. Nerva no era Romano, ni Italiano; habia nacido en Creta, y su gran mérito era hacer buenos versos. Se mostró lleno de clemencia y generosidad. Su primer cuidado fue llamar á todos los ciudadanos desterrados por crímen de lesa majestad y castigar á los delatores. Disminuyó los impuestos, y distribuyó tierras á los pobres para aliviar su indigencia. Nerva era bueno, indulgente; desgraciadamente tenia la falta que va unida á estas cualidades, era débil. No tenia energía para castigar el crímen, y los pretorianos no temieron hacerle violencia para arrancarle la condenacion de los asesinos de Domiciano. Esta insolencia le advirtió de su insuficiencia, y tuvo el dichoso pensamiento de asociar á Trajano al imperio. Esta fue la accion mas bella de su reinado. Y ya era tiempo de que nombrara un sucesor, porque no vivió mas que tres meses (98).

Bellas reformas de Trajano. Ulpiano Trajano, natural de España, cerca de Sevilla, fue el primer extranjero que subió al trono. No por eso dejó de hacer la dicha del imperio. Los vicios de sus predecesores y las alabanzas de Plinio, su panegirista, sin duda han aumentado el brillo de sus virtudes; pero nadie le disputará su genio para la guerra y para la administracion. Despues de haber abolido completamente los *judicia majestatis*, se propuso por objeto principal, como dice Heeren, el restablecimiento de la constitucion libre de los Romanos, en cuanto podia conciliarse con la monarquía, dando él mismo el ejemplo de la sumision á las leyes. En consecuencia, devolvió al pueblo sus comicios y elecciones, al se-

lio, *Obras*; y las historias generales precedentemente indicadas. Véanse tambien Gauthier de Sibert, *Vidas de los emperadores Antonino y Marco Aurelio*, en 8º; Conrad Mannert, *Res Trajani imperatoris ad Danubium gestæ*; Christ. Engel, *Commentatio de expeditionibus Trajani ad Danubium et origine Valacorum*, etc. Gibbon comienza su historia por los Antoninos.

nado la entera libertad de sus votos y á los magistrados la consideracion. Al entregar á Subarno la espada de prefecto del pretorio: *Empléala por mí,* le dijo, *si lleno mi deber; contra mí, si falto á él.* Sura, que le habia hecho adoptar por Nerva, era su confidente mas íntimo. Habiendo querido alguno inspirarle desconfianza contra él, fué á cenar á su casa sin ser convidado, se hizo cuidar por su médico, afeitar por su barbero, y el dia siguiente dijo al acusador: *Si Sura quisiera matarme, lo hubiera hecho ayer.*

La extension de su genio se conoce por los caminos que hizo abrir en todas partes, y por los numerosos edificios que hizo construir en todo el imperio. Desgraciadamente su vanidad quitaba á todos estos trabajos su carácter de gloria y de grandeza. Queria que su nombre fuese esculpido en todos los edificios que construia ó reparaba, lo cual le mereció de sus enemigos el dictado de *Parietario.*

Expediciones de Trajano. Este soberano, que empleaba tan útilmente el tiempo desocupado de la paz, era tambien un general ilustre que llevó la grandeza y el poder del imperio á su apogeo. Muchas veces se le oyó decir: *Ojalá pueda ya reducir la Dacia á provincia romana, y pasar el Eufrates y el Danubio sobre puentes construidos por mí.* Se cumplieron todos sus votos. Habiendo hecho los Dacios una incursion en el territorio romano, tomó pretexto de ello para romper el vergonzoso tratado que habian impuesto á Domiciano. Se precipitó en sus campos con un numeroso ejército, venció á su rey Decébalo en una gran batalla, y los obligó á devolver el pais que habian usurpado á sus vecinos, á desmantelar sus plazas fuertes, á entregar sus armas y máquinas de guerra, y á que no admitiesen en lo sucesivo en sus ejércitos ningun hombre nacido bajo la dominacion romana. Despues de esta primera campaña, Trajano fué á Roma para gozar de los honores del triunfo (101-103).

Decébalo se rebeló dos años despues (105). Se unió á los Escitas, vencio á los Jazegos y se presentó delante de las legiones romanas con fuerzas muy imponentes. Trajano construyó sobre el Danubio un puente de piedra, pasó este rio y

atacó á los Dacios en su propio pais. Su capital fue tomada, y todas sus posesiones reducidas á provincia romana (106). Decébalo no tuvo valor para sobrevivir á su derrota. La columna Trajana consagró las victorias del emperador, y durante ciento veinte y tres dias el pueblo se divirtió con espectáculos que costaron la vida á mas de diez mil fieras. La alegría del imperio se aumentó todavía mas por la conquista de la Arabia Petrea, que entonces fue sometida por Aulo Cornelio Palma, gobernador de la Siria.

Trajano habia cumplido parte de sus votos; redujo la Dacia á provincia romana. No le faltaba mas que marchar hácia el Eufrates, donde le esperaban los Partos, que eran los enemigos mas terribles de los Romanos. La posesion de la Armenia fue la causa de esta guerra. Neron coronó por rey de ella á Tridato; pero Cosroes, rey de los Partos, extendió luego su soberania sobre este reino. Despues de haberle pedido cuenta de su conducta, Trajano entró en la Armenia y redujo todo este pais á provincia. Entonces el temor fue general. Los reyes de Iberia, de Sarmacia, del Bósforo y de Cólchida le prestaron sus homenajes, la Mesopotamia se puso bajo su dominacion, y los Indios mismos solicitaron su amistad.

En medio de la embriaguez de su victoria atravesó el Tígris por un puente de barcas, invadió la Asiria, visitó las llanuras de Arbeles, llegó hasta Babilonia, y tomó por asalto á Seleucia y Ctesifon. La Asiria fue tambien declarada provincia romana (114-116).

Trajano fué despues á descansar de todas sus hazañas á Antioquía, donde fue testigo y casi víctima de un atroz terremoto que trastornó parte del imperio. Se apresuró á reparar los desastres, y volvió á hacer sur correrías guerreras sobre el Tígris hácia el golfo Pérsico. Penetró en el Océano, y exclamó á la vista de un buque que navegaba hácia la India: *Si yo fuese mas jóven, llevaria la guerra á esta comarca.*

Muerte de Trajano (117). El imperio llegó entonces á su mayor extension. Pero estas últimas conquistas eran mas brillantes que sólidas. Trajano se ocupó incesantemente du-

rante los últimos años de su reinado en reprimir las revoluciones de los paises recientemente conquistados; y cuando su última enfermedad le obligó á volver á Italia, todas aquellas provincias del Oriente recobraron su independencia. Este gran príncipe no tuvo fuerza para volver á Roma; murió en Selinonte (Trajanópolis) en Cilicia. Sus cenizas tuvieron los honores del triunfo; y fueron depositadas bajo la columna erigida para recordar todas sus hazañas.

§ II. Adriano y Antonino (117–151).

Carácter del reinado de Adriano (117-138). Adriano, á quien Trajano dejó en Siria á la cabeza de sus tropas, fue elegido por sus soldados. Se excusó de ello cerca de los senadores, y se esforzó en merecer la estimacion y confianza de todos por la prudencia de su gobierno. Trajano amó la guerra; Adriano, aunque valiente, buscó la paz. Para obtenerla, sacrificó todas las conquistas de su predecesor. Abandonó la Armenia, la Asiria y la Mesopotamia, y señaló el Eufrates por límites del imperio hácia aquella parte. Tambien hubiera dejado con gusto la Dacia, si no se hubiesen refugiado á ella muchos Romanos; pero se contentó con cortar el puente que Trajano habia mandado hacer sobre el Danubio, bajo pretexto de que podia facilitar á los bárbaros el paso para el imperio.

La principal guerra que sostuvo Adriano fue contra los Judíos. Este pueblo, cansado de la dominacion romana, hizo el último esfuerzo para romper sus cadenas. En Jerusalen se puso bajo la direccion de un tal Barcocebas que se titulaba el Mesías, el rey de la victoria y de la venganza. En todas las demas ciudades del imperio, los Judíos dispersados se sublevaron tambien y mancharon sus rebeliones con asesinatos detestables. La espada romana disipó de nuevo sus ilusiones haciendo contra ellos una guerra de exterminio. Mas de quinientos mil perecieron en esta terrible carniceria. Jerusalen recibió el nombre de *Ælia Capitolina.* Un templo de ídolos fue

construido en el sitio de su antiguo templo, y el impuro Adónis tuvo un altar en el mismo lugar en que Jesucristo habia nacido (132-135).

El emperador Adriano, que consumó la ruina de este pueblo deicida, era de una índole desigual é inconstante. Cruel por carácter, comprimió esta odiosa pasion durante la mayor parte de su reinado, temiendo ser asesinado como Domiciano. Para conciliarse el afecto del senado y del pueblo, concedió pensiones é hizo regalos á los caballeros y senadores que sabia lo necesitaban, perdonó todo lo que se debia al tesoro en Roma y en Italia, y quemó todas las obligaciones firmadas por los ciudadanos hacia diez y seis años. Sus máximas eran excelentes. *Me propongo*, decia, *gobernar la república de modo que se vea me acuerdo de que no es propiedad mia, y que solo soy su administrador en nombre de la nacion.*

Era uno de los hombres mas notables de su tiempo por su saber y talentos, pero tenia el gusto estragado y caprichoso. Preferia Antimaco á Homero, Enio á Virgilio, Celio á Salustio, y queria destruir la Iliada y la Odisea. Se mostraba, para con los autores vivos, celoso de su mérito, censuraba sus obras y algunas veces les quitaba la vida. Amaba las bellas artes y pobló el imperio con ricos monumentos; mas no por eso dejaba de tener mucha aficion á los perros y caballos. En sus relaciones con los grandes, su trato era agradable y fácil. Iba á casa de los cónsules, dispensaba á los senadores de que le visitasen, iba á la curia en simple litera, vivia en el ejército como el último de los soldados, y á pesar de esta simplicidad y lealtad aparente, era receloso y desconfiado, escuchaba con gusto á los delatores, y hacia morir, despues de sus acusaciones, á todos los que habian contribuido mas á su fortuna. En fin, para explicar esta singular mezcla de virtudes y de vicios, diremos que este príncipe tenia inclinaciones muy depravadas, pero que muchas veces sabia disimularlas diestramente en el interés de su reputacion y de su vida.

Sus viajes. No obstante el imperio fue generalmente dichoso bajo su reinado. Recorrió las provincias, examinando todo por sí mismo, estudiando las costumbres y las religio-

nes, y proveyéndolas de todo lo que faltaba. Principió sus viajes por las Gálias. Visitó todas sus plazas fuertes, pasó á Germania donde restableció la disciplina entre las tropas que protegian la frontera, y se fué á la Gran Bretaña. Allí construyó un terraplen fortificado, desde Eden en el Cumberland hasta Tino en el Nortumberland, para impedir las incursiones de los Caledonios. En España tuvo una asamblea general para arreglar los alistamientos de la milicia, y calmó todas las disensiones que trabajaban este pais.

Haciéndose á la vez Galo, Español, Griego, Africano y Sirio, no se desdeñaba de ejercer por sí mismo las magistraturas locales en las provincias. Aceptó las funciones de arconte en Atenas, dió á esta ciudad una nueva constitucion y un código de leyes particular; lo cual le mereció ser saludado por los Atenienses, como Dracon y Solon, con el título de legislador. Terminó el templo de Júpiter Olimpo, comenzado por Pisistrato hacia quinientos sesenta años, y recorrió el Asia Menor, dejando en todas partes á su paso templos, plazas fuertes y una infinidad de monumentos notables. De allí pasó por el Acaya á Sicilia, de donde se dió á la vela para Africa. El Egipto, esta antigua patria de las ciencias y de las artes, excitó particularmente su atencion. Visitó todos sus célebres monumentos, interrogó á todos sus sabios, les asombró por la extension y variedad de sus conocimientos, y devolvió á los Alejandrinos sus privilegios. Pero al mismo tiempo que consideraba con respeto los fastos de esta gran nacion, no pudo menos de admirarse del carácter inconstante y móvil de los Egipcios de aquella época.

Roma no podia ser descuidada por un príncipe cuyo genio cosmopolita buscaba cuidadosamente los recuerdos históricos de los pueblos, y reclamaba su gloria como herencia y propiedad del imperio. Todos sus mas bellos edificios fueron restaurados; el emperador elevó al pié del Vaticano su mausoleo, é hizo un puente sobre el Tíber para reunir á la ciudad este monumento que se llamó el puente y el muelle de Adriano.

Sus leyes. Edicto perpetuo. El espíritu organizador de este príncipe estableció sobre nuevas bases los destinos del pala-

cio. Sus predecesores no tenian, propiamente hablando, casa imperial. Augusto habia hecho de los empleos de su palacio un servicio puramente doméstico; Adriano hizo de ellos un servicio público, y los confió á los personajes mas considerables del imperio. Esta innovacion dió á la autoridad imperial un carácter de grandeza que antes no tenia, y llegó á ser funesta para las prerogativas del senado.

Al mismo tiempo Adriano hizo importantes reglamentos para el ejército. Añadió á cada compañía zapadores é ingenieros con todo el material necesario para las construcciones militares. Tambien se esforzó en arreglar los ascensos segun el mérito y los servicios. Pero sus grandes reformas fueron sobre la legislacion.

En tiempo de la república, al tomar los pretores posesion de su destino, publicaban un edicto segun el cual se proponian administrar la justicia mientras ejerciesen sus funciones. Al principio, este edicto era revocable, y el pretor podia cambiarle á su gusto. Desde el tiempo de Ciceron, se prohibió á los pretores cambiar cosa alguna mientras la duracion anual de su encargo. Despues se estableció que los nuevos pretores no habian de innovar el edicto de sus predecesores sino por graves razones; lo que puso ya un término á la arbitrariedad de la legislacion. En seguida los jurisconsultos se esforzaron en dar á lo esencial de la jurisprudencia una forma y un valor científico, uniendo todas estas leyes particulares principios generales y formando un cuerpo de doctrina. Adriano hizo redactar por Salvio Juliano un proyecto de ley que sometió á la sancion del senado, y que llegó á ser de este modo la regla inmutable, segun la cual todos los pretores debian pronunciar sus sentencias en lo sucesivo. Esto es lo que se llamó el *edicto perpetuo*. Este edicto fue un gran progreso, porque el juez cesó de ser superior á la ley, y sus sentencias no fueron ya tan arbitrarias.

Muerte de Adriano (138). Adriano, despues de tantos trabajos, enfermó de hidropesía, se retiró á su bella quinta de Tibur, en la que se complació en reunir los cuadros de todos los monumentos y de todos los lugares mas célebres del im-

perio. Todas estas riquezas no pudieron calmar sus dolores agudos. En medio de sus padecimientos su humor se hizo sombrío y atrabiliario; envió al suplicio, bajo pretexto de conspiracion, una infinidad de ciudadanos honrados. Al principio adoptó á Cómodo Vero, que no tenia otro mérito que el de ser su compañero de excesos. Dichosamente para el imperio, el grosero César pereció antes que su padre adoptivo. Adriano hizo entonces una eleccion digna del imperio en la persona de Tito Antonino. Esta fue la última accion importante de su vida. No pudiendo su filosofía darle resignacion en sus males, queria matarse. Habiéndose opuesto á ello sus esclavos, despidió á todos sus médicos. *Sus remedios me matarán*, dijo, y burlándose de la medicina y de sus recetas, principió á comer y beber á su antajo. Se ahogó de una indigestion á la edad de sesenta y dos años y medio, despues de haber reinado cerca de veintiuno (138).

Reinado pacífico de Antonino (138-181). Antonino, natural de Nimes, fue dichoso en tener por historiador á Marco Aurelio, su hijo adoptivo, y á Capitolino que escribió menos su historia que su panegírico. No habiendo tenido la posteridad otra luz para apreciar su conducta, hace de ella un príncipe modelo que unió á todas las ventajas del espíritu las cualidades del corazon. Era un filósofo grave y elocuente que mostraba en todo una perfecta igualdad de alma y una dulzura inalterable. Sabia á propósito ser condescendiente y firme. Su genio tranquilo y pacífico no conocia la cólera, ni alguna pasion violenta; y durante todo su reinado no hubo que echarle en cara ninguna accion cruel é inhumana, Su amor á sus antepasados y su celo por la religion hicieron que se le apellidase *Piadoso* (*Pius*).

Sin embargo, segun manifiestan sus panegiristas, sus admirables cualidades no estaban exentas de defectos. Tuvo una indulgencia inexcusable por los excesos de la impúdica Faustina, su mujer: y despues de haber ocultado sus deshonrosas torpezas durante su vida, tuvo la debilidad de ordenar su apoteosis y erigirle altares. Sus costumbres tampoco eran puras. Marco Aurelio le echa en cara sus desarreglos, y

Juliano apóstata, al mismo tiempo que alaba su gobierno, censura su conducta privada.

Carácter de su gobierno. Trajano fue un conquistador, Adriano un hombre de movimiento y de accion, nacido para organizarlo y gobernarlo todo; Antonino fue muy amigo de la paz y de la tranquilidad. Durante su reinado, no fue mas allá de Lanuvio, su casa de campo. Se contentó con gozar de la fortuna del imperio, y con hacer gozar de ella á sus súbditos. Vivia con sus amigos en la mayor familiaridad, mas no les dejaba abusar de su crédito. Todos los pueblos del imperio le parecian miembros de una misma familia, de la que él era padre. Mandaba á todos los intendentes de las provincias cobrasen los impuestos con dulzura, y siempre estaba pronto á recibir las quejas de los oprimidos. *No conozco nada mas vergonzoso ni mas cruel,* decia, *que dejar carcomer el Estado por gentes que nada le producen por su trabajo.* Todas estas rentas eran empleadas en construcciones útiles, ó en aliviar á los desgraciados. Quejándose Faustina un dia de que habia distribuido á los pobres la mayor parte de sus bienes, le dió esta bella respuesta: *La felicidad pública es la riqueza de los príncipes.* Lleno de amabilidad y de generosidad, disminuyó los suplicios, juró no castigar de muerte á ningun senador, y cumplió su palabra. Muchas veces se le oia repetir esta máxima: *Mas vale salvar á un ciudadano que exterminar mil enemigos.*

Su equidad no impidió que los intrigantes y ambiciosos atentasen contra su vida. Dos senadores conspiraron contra él; el uno se suicidó, y el otro fue proscrito por órden del senado. Querian hacer nuevas pesquisas, Antonino se opuso á ellas. *Poco me importa,* dijo, *hacer saber cuántas personas me aborrecen.* Los extranjeros conocieron y apreciaron su virtud. Muchos pueblos bárbaros depusieron las armas y le eligieron por árbitro de sus disputas; recibió embajadas de la Hircania, de la Bactriana y de las Indias; el rey de Iberia Farasmeno vino en persona a verle á Roma para rendirle homenaje y ofrecerle presentes; en fin, los Lazzi, los Armenios y los Quados le pidieron hombres elegidos por él para gobernarles.

Este emperador filósofo, á quien los escritos de Marco Aurelio nos lo han pintado con colores tan maravillosos, terminó su brillante carrera de una manera poco digna de su vida. Murió de una indigestion por haber comido con demasiada ansia queso de los Alpes.

§ III. Mario Aurelio y Cómodo (161-192).

Marco Aurelio y Luc. Vero. Oposicion de su carácter. Antonino habia adoptado á Marco Aurelio, y este nombró por colega suyo á Luc. Vero. Estos dos príncipes tuvieron un carácter muy opuesto. Marco Aurelio fue un ilustre filósofo que pasó toda su vida escribiendo y meditando. Adriano le habia colocado en el rango de los sacerdotes salios desde la edad de ocho años, y á los doce llevaba ya el *pallium*, ó capa griega, á la manera de los sofistas. Su vida era austera, se acostaba en el suelo, y se entregaba al estudio hasta que llegó el caso de perjudicar su salud. De las manos de los sacerdotes pasó á las de los gramáticos, de los retóricos y de los filósofos célebres. Herodes Atico le enseñó el griego, Fronton el latin, y Apolonio de Calcis le agregó á la secta de los estóicos, cuyas máximas veneró durante toda su vida.

Su colega Luc. Vero era, por el contrario, un hombre dado á los placeres y desórdenes, que recordaba á Neron por sus prodigalidades y á Vitelio por sus excesos en la comida. Gastaba seis millones de sextercios en un festin , y hacia de su casa una taberna, donde pasaban los dias jugando á los dados y emborrachándose. Por la noche recorria las calles con los alborotadores para insultar á los transeuntes.

Guerra contra los Partos (163). Habiendo invadido los Partos la Siria, y destruido un ejército romano, le fue preciso abandonar sus orgías para ir á hacerles la guerra. Marco Aurelio, que conocia su incapacidad, le agregó un general hábil y valiente, llamado Avidio Casio. Este gran capitan fue el que restableció la disciplina entre las tropas, y quitó á los bárbaros los paises que habian usurpado. Vero se atribuyó el

honor de esta campaña, y vino á Roma á participar con Marco Aurelio de los gloriosos apellidos de *Pártico*, *Arménico* y *Médico*; pero en realidad no los habia merecido. Ocupado únicamente de sus placeres, habia llevado constantemente una vida desórdenada. Mientras que Casio hacia frente á los enemigos y conducia sus legiones hasta Ctesifon y Seleucia, él permaneció durante el invierno en Laodicea, el verano en Antioquía y Dafné, renovando aquella vida inimitable que hizo tan tristemente célebres los escándalos de Antonio y Cleopatra.

Guerra contra los Marcomanos (167-174). Apenas se terminó esta guerra, todos los barbáros vecinos del imperio, desde las Gálias hasta la Iliria, se coligaron contra Roma. Vero recibió la órden de pasar del Oriente á Germania, y el mismo Marco Aurelio fué á reunirse con él. La presencia de los dos emperadores desbarató á los rebeldes y depusieron las armas. Vero tenia prisa por volverse á Roma para sumegirse allí en los placeres y festejos. Marco Aurelio estableció durante este tiempo un circuito de fortificaciones con el fin de proteger las fronteras del imperio, y un nuevo levantamiento de los bárbaros no tardó en probar que esta medida de prudencia no era inútil. Vero no vió el desenlace de esta segunda revolucion. Cayó enfermo cuando volvia, bien á pesar suyo con Marco Aurelio, á exponerse de nuevo á los peligros y fatigas de la guerra. Dion Casio afirma como un hecho cierto que Marco Aurelio le envenenó. Sea de ello lo que fuere, el emperador filósofo no disimuló su alegría, y todos creyeron con razon que el Estado ganaria con esta pérdida.

En efecto, ningun príncipe comprendió mejor sus deberes que Marco Aurelio, y ninguno se mostró mas afecto al bien público. Llamado á la frontera por la revolucion de los Marcomanos que en esta ocasion estaban sostenidos por los Sarmatas, los Vándalos, los Quados, los Suevos, los Ermonduros, los Alanos y una infinidad de otros pueblos, alistó sus propios esclavos, y vendió las joyas y muebles mas preciosos de su palacio para no hacer pesar sobre sus súbditos los gastos de la guerra. Durante tres años, á pesar de la prudencia

y valor de los generales romanos, las ventajas fueron compensadas (170-173). Los bárbaros penetraron hasta Aquilea, é hicieron temblar á Roma como en otro tiempo los Galos. Ma co Aurelio, á fuerza de valor y perseverancia, logró sin embargo echar al enemigo fuera de la frontera, mas no por eso la guerra dejó de continuar al otro lado del Danubio. El ejército romano, rodeado no lejos de las orillas del Striginio, iba á perecer de sed y de calor, cuando la legion fulminante obtuvo del cielo una lluvia milagrosa que la refrigeró y refrescó. Los paganos quisieron atribuir á la proteccion de sus dioses este beneficio; pero Marco Aurelio reconoció públicamente que los cristianos habian salvado á su ejército.

Rebelion de Avidio Casio (174). Mientras que Marco Aurelio reprimia á los Germanos, envió á Avidio Casio, vencedor de los Partos, á gobernar la Siria, con la órden de restablecer una disciplina severa de los ejércitos de Oriente. Casio, en el tiempo de sus mayores triunfos, dió lugar á sospechar la fidelidad de su decision. Vero habia avisado de ello á Marco Aurelio; pero el filósofo se ciñó friamente á su fatalismo estóico: *No tenemos necesidad de inquietarnos,* habia dicho; *si la suerte no le protege, saldrá mal*; *si sucede lo contrario, nada podemos hacer*: *nadie mata á su sucesor.* Gracias á este ingenioso razonamiento, el conspirador tuvo tiempo de madurar sus planes.

Cuando Marco Aurelio se ocupaba todavía de los Marcomanos, tomó la púrpura en Antioquía, é hizo el apoteosis de aquel como si hubiera dejado ya de existir. Roma se conmovió, y Marco Aurelio se apresuró á marchar contra el usurpador. Declaró su designio á las legiones, atravesó la Italia para tranquilizarla con su presencia, hizo tomar la delantera á Pertinax, su teniente, y llevó con él á Faustina, Cómodo y sus otros hijos. Estando en camino supo que su adversario habia sido muerto. Trató generosamente á sus cómplices, y solo algunos fueron castigados por órden del senado.

Defectos de Marco Aurelio. Este exceso de bondad fue tambien uno de los defectos de su gobierno. Muchas veces dejó

á los gobernadores abusar impúnemente de su autoridad en las provincias, y se le censuró con justicia su condescencia por Lucio Vero, su colega, quien con la mayor alegría sacrificaba todos los recursos del imperio á sus impúdicas pasiones. Toleró igualmente el libertinaje desvergonzado de su esposa Faustina, y tuvo la bajeza de elevar á los primeros cargos del Estado á los que se hacian ministros de sus infamias. Cuando se le aconsejaba la repudiase, respondia con mas talento que delicadeza : *Está muy bien ; pero si la despedimos, tambien será necesario devolver el dote*, y este dote era el imperio. Mientras vivió la llamaba esposa virtuosa, y la condecoraba con el título de *Madre de la patria,* y despues de su muerte hizo de ella una divinidad. Su hijo Cómodo habia revelado desde su infancia un carácter feroz. Habiendo encontrado á la edad de doce años su baño demasiado caliente, mandó que arrojasen en el horno al que le habia calentado. Marco Aurelio, á pesar de sus defectos, le hizo sacerdote, pontífice; cónsul y césar, y antes que cumpliera diez y nueve años le entregó el imperio como una presa que iba á devorar.

Muerte de Marco Aurelio (180). Cuando Marco Aurelio sintió que llegaba la última hora, estaba ocupado aun en combatir á los Marcomanos, que se habian rebelado por tercera vez. Esta última guerra no habia sido menos dura ni difícil que las primeras (178-180). Marco Aurelio habia tomado la resolucion de reducir su pais á provincia romana, y se disponia á cumplir su designio cuando cayó enfermo en Viena. Al principio de su enfermedad dió algunas órdenes á Cómodo, que no quiso ejecutarlas. El desgraciado padre, comprendió todos los males que este hijo desnaturalizado reservaba al imperio. Su corazon fue atacado de un tedio mortal, y el sexto dia de su enfermedad se obstinó en no tomar alimento alguno. Dion asegura que Cómodo le hizo envenenar por los médicos. Marco Aurelio se apercibió de ello, y se contentó con decir al tribuno que le pedia la contraseña: *Vete al sol que se levanta, yo no me acuesto.* Este príncipe fue muy sentido. El senado y el pueblo decretaron unánimemente su apo-

teosis, y todo ciudadano debió tener en casa su imágen, bajo pena de ser considerado como sacrílego.

Reinado del bárbaro Cómodo (180-192). El reinado feroz de Cómodo aumentó todavía mas esos sentimientos universales. El indigno hijo de Marco Aurelio reunió en sí la crueldad y las infamias de los Nerones, Calígulas y Domicianos. Apenas subió al trono, se apresuró á hacer la paz con los bárbaros para entregarse á todas sus depravadas inclinaciones. El único mérito que tenia era una gran fuerza corporal y una rara habilidad para tirar el arco. De una lanzada atravesaba un elefante de parte á parte. En un dia mató en el circo cien leones de un solo tiro de arco. Luchaba delante del pueblo, y tomaba con ostentacion el título de *vencedor de mil gladiadores* Se le vió en público, armado con su maza de Hércules, matar á algunos hombres que habia disfrazado de fieras.

Sus desórdenes igualaban á sus crueldades. Alimentaba en su palacio un gran número de mujeres y esclavos, y deshonraba públicamente á sus hermanos. Como sus locas profusiones agotaban su tesoro, aumentaba los impuestos, vendia las gracias y destinos, enviaba los ricos al suplicio y confiscaba sus bienes. Sus propios cortesanos no estuvieron al abrigo de sus caprichos sanguinarios. Habiéndosele ocurrido á uno decir que Perennis, el mas íntimo de sus confidentes, conspiraba contra él, el bárbaro emperador respondió: *Si no lo ha hecho, podria muy bien hacerlo*, y no necesitó mas para enviarle al suplicio con toda su familia. Un esclavo frigio, llamado Cleandro, tuvo entonces toda su confianza. Este indigno ministro abusó de ella para vender empleos, provincias, rentas públicas, sentencias, y especular con la vida y muerte de los ciudadanos. El pueblo se sublevó contra el odioso cortesano y pidió su cabeza. Cómodo se la entregó cobardemente, considerándose dichoso por haber apaciguado la sedicion con tal sacrificio.

Lo mas difícil de comprender es que semejante hombre haya mandado en todo el mundo por espacio de trece años. El pueblo y el senado le detestaban, pero no tuvieron valor para deshacerse de él. Fue víctima de una conspiracion de

palacio. Marcia, una de sus concubinas, Leto, prefecto del pretorio, Pertinax, prefecto de la ciudad y el camarero electo, habiendo leido sus nombres en una lista de proscripcion, decidieron perder al tirano para salvarse. Le envenenaron en la noche del 31 de diciembre, y como el efecto les parecia demasiado lento, le hicieron ahogar por un atleta asalariado. Leto y Electo condujeron despues á Pertinax á los pretorianos, quienes le proclamaron emperador (1).

(1) Sucesion imperial: Augusto, 30 años antes de Jesucristo hasta 14 despues de Jesucristo, Tiberio (14-37), Caligula (37-41), Claudio (41-54), Neron (54-68); la rasa de los Césares se extinguió en la persona de este príncipe; Galba (68-69), Oton (69), Vitelio (69), Vespasiano (69-79). Este príncipe es el gefe de la familia de los Flavios, que da despues de él dos emperadores, Tito (79-81) y Domiciano (81-89). Se restablece la adopcion. Nerva (96-98), Trajano (98-117), Adriano (117-138), Antonio el Piadoso (138-161), Marco Aurelio (161-180) y Cómodo (180-192).

CAPITULO VI.

De las instituciones civiles, de las ciencias y de las letras durante el primer período del imperio.

Lo que caracteriza el primer período del imperio, es tambien el reinado de las ideas griegas que hemos visto introducirse en Roma en los últimos tiempos de la república. Todos los emperadores han sido educados por los sofistas de Atenas, y hemos visto en los Nerones y Domicianos pretensiones á la gloria literaria. En el siglo siguiente la filosofía reina bajo los nombres de los Marco Aurelios y Antoninos, y por su moderacion y prudencia hace la dicha del imperio. La literatura griega vuelve á estar en honor, y acaso en esta época la lengua de Homero y de Demóstenes era mas cultivada que la lengua de Ciceron y de Virgilio. Pero mientras que la Grecia reina en Roma con todo el brillo del poder y del genio, un gran trabajo de unidad se opera en el imperio. Las provincias no son ya maltratadas como lo eran en tiempo de la república, los emperadores las elevan insensiblemente á los mismos derechos y privilegios que Roma é Italia; ó mas bien ya no hay privilegios, ni mas que una ley para todos; los provinciales son ciudadanos como los Latinos é Italianos, todos los súbditos del imperio pertenecen á la misma familiá. En cambio de estas concesiones, las provincias llegan á ser enteramente romanas. En las letras, en el ejército y en el gobierno producen hombres ilustres. Asi la España produce en este primer período del imperio todos los poetas y retóricos mas célebres, y hace subir al trono de los Césares con Trajano algunos otros emperadores que toda la tierra bendice y venera. En el período siguiente, el Africa y la Siria desempeñarán el papel de la España, y veremos suceder á la edad griega la edad oriental.

§ I. De la sociedad civil y de sus instituciones.

Poder de los emperadores. Despues de la muerte de Augusto el imperio obedeció servilmente á príncipes degradados por sus asquerosas infamias. Tiberio no era sino un lodo empapado en sangre, Calígula un loco furioso, Claudio un imbécil sanguinario, y Neron un mónstruo cuyo nombre recuerda todas clase de vergüenza y de horrores. Habiéndose extinguido la familia de los Césares con este bárbaro, hubo por

un instante confusion y anarquía. Los emperadores pasaron por la escena como personajes de teatro, y la tranquilidad no se estableció sino al advenimiento de los Flavios y despues del establecimiento del sistema de adopcion que fue continuado en tiempo de Nerva y de los Antoninos.

En medio de todas estas revoluciones, el poder imperial habia de tender necesariamente al absolutismo. Sin embargo, es de notar que este principio no fue consagrado sino mucho tiempo despues de este primer período. A la verdad la república ne existia ya, mas la libertad dejó en todos los corazones vivos recuerdos. En todas partes la soberanía era considerada como que emanaba del pueblo, y se hizo mencion durante largo tiempo de los comicios y plebiscitos. El senado conservaba la jurisdiccion criminal y la administracion exterior de algunas provincias; nombraba los cónsules, pretores, y procónsules, reformaba las leyes, y podia censurar y deponer al gefe del Estado. Por desgracia la realidad no estaba de acuerdo con el derecho.

El miedo impidió siempre á los senadores que usasen de su derecho contra los príncipes, ó bien no usaron de él contra los Calígulas y Cómodos sino cuando la muerte puso fin á aquellas tiranías. No ejercian igualmente las demas prerogativas sino con consentimiento del emperador, de suerte que de hecho el poder imperial era absoluto, aunque no lo fuese de derecho.

Pero debemos hacer notar que los emperadores trabajaron sin cesar para aumentar sus derechos; retirando insensiblemente sus prerogativas á los senadores. Así el imbécil Claudio les quitó el derecho de decidir de la paz y de la guerra, de oir á los embajadores y de pronunciar acerca de la suerte de los reyes y de los pueblos extranjeros. Adriano les dió un golpe todavía mas funesto creando nuevos empleos públicos en su palacio y ejército. El príncipe se encontró por consecuencia rodeado de un consejo supremo ante el cual se apelaba de las sentencias de los tribunales inferiores, y que llegó á ser el alma del gobierno. No obstante, bajo los Antoninos el senado conservó su dignidad, pero fue aniquilado de tal manera por Cómodo, que cuando algun ciudadano caia en desgracia se decia : *Ha sido relegado al senado.*

Estado de las provincias. Las provincias ganaron considerablemente con el establecimiento del reinado imperial. En lugar de ser entregadas como antes á cuestores y publicanos, de cuyas injusticias y vejaciones no podian quejarse, fueron administradas por gobernadores que velaron por su conservacion y prosperidad. En el caso de opresion, podian libremente hacer llegar sus quejas á los emperadores, y siempre eran escuchadas. El derecho de ciudadanía de que la república se habia mostrado tan avara, fue en cierto modo prodigado bajo el

régimen imperial. César habia dado el primer ejemplo de ello. Habiendo dado el empadronamiento menos de trescientos mil ciudadanos, dismuniyó el número de los esclavos aumentando el de los libertos. Augusto, que habia abandonado el sistema de las conquistas, quiso tambien disminuir las manumisiones; pero se vió obligado á quitar estas trabas para aumentar el número de los defensores del imperio. Todos los emperadores, aun los mas crueles, siguieron la misma política; todos los empleos llegaron á ser accesibles para los provinciales, y se les abrieron las puertas.

En los primeros tiempos, el título de ciudadano romano eximia de toda contribucion. Los provinciales que le habian obtenido, consiguieron por este medio todas las facilidades posibles para extender sus propiedades, puesto que no se les causaba por ello gravámen alguno. Por este motivo las tierras iban á concentrarse en algunas manos. Con el objeto de obviar este inconveniente, Galba no concedió ya á los nuevos ciudadanos sino ciertas exenciones determinadas; pero en tiempo de Vespasiano los provinciales que gozaban del derecho de ciudadanía no fueron exentos por este título de carga alguna. Los ciudadanos tenian solamente la ventaja de participar de los dones gratuitos y de las distribuciones públicas, lo cual aprovechaba muy poco á los habitantes de Roma. Mas tarde este título no fue ya una distincion sino con respecto á los Bárbaros. Caracalla lo extendió á todos los súbditos de su imperio, de modo que no hubo ya en el mundo mas que Bárbaros y Romanos, esto es, hombres civilizados y sin civilizar.

Unidad del imperio. Esta concesion no fue, si se quiere, por parte de este vil emperador una gran liberalidad. Aboliendo todo privilegio, su edicto no tenia otro resultado que el de hacer pesar igualmente sobre todos las cargas del Estado. Pero bajo el punto de vista de la humanidad habia en esto un progreso. Todas las distinciones establecidas por el espíritu nobiliario de la república entre los habitantes de Roma, del Lacio, de Italia y de las provincias no existian ya; el mundo habia llegado á una especie de unidad. Los emperadores, á ejemplo de Antonino, se habian acostumbrado á considerar el imperio en todas las provincias y el mundo civilizado en el imperio.

Se abrieron caminos por todas partes; y desde Roma hasta las extremidades mas lejanas se organizó un servicio de correos regular para trasportar á todas partes las órdenes del gobierno. Esta comunicacion de ideas borró con rapidez todas las diferencias de costumbres, de caracteres y hábitos que existian entre los mil pueblos subyugados por la espada romana, y de un extremo al otro del imperio no se encontraron en breve mas que ciudadanos de la misma patria.

El derecho romano, que antes se limitaba á arreglar las relaciones de la familia y de la ciudad, recibió desarrollos análogos á los del imperio. Al fin de la república, en tiempo de la guerra social, se empeñó una lucha entre los jurisconsultos : unos sostenian la ley de las Doce Tablas y los antiguas tradiciones de la ciudad de Rómulo ; otros apelaban á la razon y tomaban consejo de las circunstancias y de las necesidades presentes para elevarse á una teoría mas amplia, á una legislacion universal é inmutable, como el imperio pretendia serlo. En tiempo de los emperadores estas ideas se consolidaron y acreditaron cada dia mas. El derecho quiritario luchó contra el derecho de gentes, del mismo modo que las provincias lucharon contra la ciudad, y antes de que los provincianos obtuviesen universalmente el derecho de ciudadano, el antiguo derecho quiritario era vencido. Adriano le habia herido de muerte publicando su *edicto perpétuo*. Este monumento sirvió de base para aquella legislacion vasta y profunda que fue ampliada por Teodosio y coronada por Justiniano.

La unidad fue tambien el objeto que se propusieron alcanzar con respecto á la religion. Roma se habia manifestado al pronto muy severa para con los cultos extranjeros. Se cree que la ley que los prohibia fue dictada por Rómulo, y encontramos en Tito Livio muchos decretos dados contra los que infringian esta ley. Sin embargo, á pesar de todos sus esfuerzos, Roma no pudo librarse de la influencia de las naciones que habia vencido. Ya hemos visto que se vió obligada á aceptar la mitología griega con todas sus fábulas y símbolos. Esta alianza perjudicó á la simplicidad del antiguo culto, y en los últimos tiempos de la república los arúspices no podian ya mirarse unos á otros sin reir.

En medio del escepticismo universal, el gobierno de Roma adoptó un sistema de aproximacion y semejanza, tratando de identificar las ideas griegas y romanas con todas las de las naciones vecinas. Como la mayor parte de estas religiones estaban fundadas en la deificacion de la naturaleza y de las fuerzas materiales del mundo y de la humanidad, esta fusion no ofreció grandes dificultades, y muchas veces no hubo que cambiar mas que los nombres para establecer entre estas diversas formas de politeismo una armonía exterior.

Cuando la diferencia era demasiado profunda y fundamental, si la nacion era débil y bárbara y se podia violentarla sin peligro para Roma, se tachaba su religion de falsa, peligrosa é impía, y se la aniquilaba por la fuerza. Así es como obraron con el druidismo en Gália y en la Gran Bretaña. Pero si por el contrario la nacion era célebre, se contentaban con desterrar su culto de los muros de Roma y con prohibir su ejercicio en Italia. Esto es lo que se hizo con la religion de

los Egipcios, pero inútilmente. El año de Roma 534, un cónsul echó abajo el templo de Serapis en Roma, pero sin impedir que el pueblo creyese en él. Augusto luchó contra estas supersticiones; pero á pesar de sus esfuerzos, Isis, Serapis y el buey Apis eran adorados de todos. Tiberio echó á los adoradores de Isis, hizo crucificar á sus sacerdotes y destruyó sus templos. Claudio deploró sin poder debilitarla la preocupacion del pueblo en favor de estas extrañas novedades. Los templos de Isis y de Serapis fueron levantados de nuevo en Roma bajo Vespasiano, y ninguna divinidad era mas popular. El triunfo de estos dioses impuros provenia principalmente de que su culto favorecia la corrupcion, y por la misma razon veremos á las religiones del Oriente llegar á ser superiores en la época siguiente.

Desde entonces todos los cultos se mezclan y confunden. Elévanse algunos panteones en Roma y en todas las ciudades mas importantes del imperio. Pero esta mezcla extravagante de todas las religiones extingue el sentimiento religioso. La duda se encuentra en el fondo de todos los corazones, y los filósofos son los únicos que dan una exterioridad de vida á esta sociedad moribunda.

§ II. De las letras griegas y latinas.

De la filosofía. La filosofía que estaba entonces en honor era la de los estóicos. Confesaremos con san Justino y demas Padres de la Iglesia que la secta de los estóicos se ha elevado á una moral á que no llegaron las demas sectas filosóficas. Pero estamos lejos de tener por ella el mismo entusiasmo que algunos escritores. Esta escuela no tiene base, porque jamás pudo establecer sus predectos sobre creencias firmes y sólidas. No conocia el orígen ni el fin del hombre, ¿cómo hubiera podido dirigirle con seguridad por la senda de la vida? Sus discípulos no tenian otra virtud que la exageracion, esto es, un orgullo excesivo, y fundaban su vanidad en el desprecio que hacian del dolor. Epícteto, uno de sus mas grandes apóstoles, dijo un dia á su maestro que se divertia en torcerle la pierna: *Cuidado que se va á romper.* Habiendo continuado este, y habiéndosela roto en efecto, el filósofo se contentó con decir: *¡ Bien se lo habia dicho á usted!*

Por lo demas, esta austeridad aparente no venia á parar sino en semejantes farfantonerías. Jamás creyeron al hombre obligado para con sus semejantes mas que por la estricta justicia. El afecto, el espíritu de sacrificio les eran desconocidos, y esto les hizo impotentes para curar los males de su siglo. La mayor gloria de esta secta es el haber dado á Roma emperadores tales como los Antoninos.

Literatura griega. Aunque sospechamos que hay mucha exageracion en los elogios que se han hecho de estos príncipes, al menos no podemos disimularnos todo el bien que han producido. Sin hablar aquí del órden político, recordaremos que devolvieron á los estudios toda su actividad. Las escuelas griegas principalmente tomaron en Roma tanto favor que llegó á ser una mania. La proteccion de los emperadores atrajo á ella una multitud de letrados, sofistas, historiadores, retóricos, gramáticos, poetas y sabios que acudian de todos los puntos del Oriente para hacer fortuna: Plutarco, tan conocido por sus *Vidas de los hombres ilustres*, y por sus tratados de filosofía contenidos en sus *Obras morales*, vino de Cheronea. Arriano, historiador de las guerras de Alejandro, vino tambien de Cheronea. Luciano, autor satírico de los *Diálogos de los Muertos*, y de una infinidad de otros escritos llenos de gracia y primor, dejó su amada Samosata; HerodesÁtico salió de Maraton para trabajar en la educacion de Marco Aurelio: en fin, el erudito Pausanias prefirió el Lacio y sus campiñas á las costas de la Lidia. Hubo entonces en todo el imperio un gran movimiento de ideas; pero de toda esta agitacion nada salió verdaderamente original ni notable.

Decadencia de la literatura latina. Al mismo tiempo que la tiranía de los sucesores de Augusto ahogaba la libertad, tambien apagaba la inspiracion. La sombría desconfianza de los emperadores habia hecho impotentes los talentos. Se habia visto á Elio Saturnino precipitado del Capitolio por algunos versos imprudentes, á M. Scauro castigado de muerte por una tragedia, en la que Tiberio creyó reconocerse en el personaje de Agamenon; Cremucio Cordo acusado por haber alabado á Bruto y llamado á Casio el último de los Romanos; ya no se atrevia escribir. Por mas que los emperadores reunieron bibliotecas y fundaron escuelas, no habia con qué resucitar el genio. Las bibliotecas no eran en su mayor parte sino objetos de lujo, y en las escuelas la elocuencia estaba reducida á la declamacion, la historia al panegírico, y el estilo á la gramática. Excepto algunos hombres que habian conservado en lo interior de su corazon un amor vivo y sincero de la libertad, no encontramos en este período de decadencia ningun escritor de genio.

De la poesia. Y así, entre los poetas, Lucano escribió la *Farsalia* con númen y calor, y su amor á la libertad le dió muchas veces magníficas inspiraciones; pero el odio de la tiranía le obligó á abrirse las venas y morir víctima de la cólera de Neron. Los grandes desórdenes que reinaban entonces en el imperio inspiraron indignacion á Persio y á Juvenal, y esta indignacion hizo grandes poetas. Pero despues de estos hombres célebres ya no podemos citar mas que poetas de córte. Silio Itálico se hizo espía de Neron y escapó de la muerte por medio de tan

deshonrosa cobardía. Adoraba á Cicerón y á Virgilio, y poseia sus casas de campo, pero estaba lejos de haber heredado su genio. Su poema desprovisto de imaginacion y de entusiasmo, no es mas que una larga prueba de memoria, una especie de esfuerzo para hacer entrar sus pensamientos en los hemistiquios que roba á Virgilio y á los demas poetas del siglo de Augusto. Estacio el cortesano es todavía mas insulso en sus *Sylvas*, mas pesado y fastidioso en su *Tebaida*, la cual no era, en su idea, sino una introduccion á su *Aquileida*, en la que se proponia sobrepujar á Homero. El español Marcial pasó su tiempo en componer epígramas, de los cuales la mitad son adulaciones asquerosas en alabanza de Domiciano. Exaltaba la santidad y la virtud de este príncipe infame para que le diese de comer.

De la elocuencia. Si la poesía hacia oir tan débiles acentos, ¿ qué podia ser la elocuencia en un tiempo en que el senado y el pueblo no tenian autoridad real ? Explotada por los retóricos para divertir y entrener el tiempo desocupado de sus discípulos, no era mas que un arte, y se ejercitaban únicamente en hacer declamaciones sobre temas como estos : *Exhortar á Agamenon para que perdone á Ifigenia; á Sila para que abdique la dictadura; á Anibal para que no se ablande en Capua*, etc., ó bien llenaban de observaciones y comentarios las obras maestras producidas por las edades anteriores. Así es que en lugar de grandes monumentos oratorios, solamente encontramos en aquel tiempo retóricas en que se exponen las reglas del arte, los principios del gusto, y donde se habla con admiracion de los antiguos modelos, sin que nadie piense en igualarlos. De todos los retóricos el mas famoso fue Quintiliano. Nació en Calagurris, de España, y nos dejó, bajo el título de *Instituciones oratorias*, la coleccion de todas las reglas mas útiles para formar el gusto y desarrollar la inteligencia. De esta obra han tomado sus preceptos la mayor parte de los retóricos. Tambien escribió declamaciones que prueban que se pueden conocer muy bien las reglas de la elocuencia sin ser orador. No tenemos de toda esta época mas que un solo discurso que, por supuesto, es un *panegírico*. Plinio el jóven lo compuso en alabanza de Trajano. Su talento compensa todos los defectos indispensables de semejante composicion, pero nos parece mas interesante é instructivo en sus *Cartas*, aunque por otra parte haya puesto en ellas mucha afectacion y esmero.

De los historiadores. La historia fue mas dichosa que la elocuencia y la poesía. Despues de la muerte de Domiciano, fue escrita por un hombre de genio. Tácito, natural de Interamno en la Ombria, se hizo el admirador de las virtudes antiguas, y debió á su amor por la libertad esa elocuencia grave y fuerte que caracteriza sus escritos. Escribió la

Vida de Agrícola, su suegro, y principió así por la mas magnífica de sus obras maestras. En seguida pintó las *Costumbres de los Germanos*, lo cual era una sátira indirecta de todos los excesos que se cometian en Roma. Su objeto era hacer que el mundo civilizado se avergonzase de sus vicios, y fijase sus miradas en la simplicidad y pureza de la vida de los Bárbaros. En fin publicó sus *Historias* y *Anales*, que el tiempo ha mutilado por desgracia.

Suetonio recogió una multitud de anécdotas acerca de los doce Césares. Nos hace penetrar en su vida intima, nos revela sus vergüenzas con una frialdad increible, y distribuye por categorías sus virtudes y vicios, como un panegirista, sin consideracion al órden de los tiempos Despues de él no se pueden citar mas que compendiadores, como Veleyo, Justino y Floro, ó biógrafos como Quinto Curcio y los autores de la *Historia de Augusto*, Spartiano, Capitolino, Lampride, etc.

La literatura está en plena decadencia, y una nueva era va á principiar.

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA.

TERCERA PARTE.

EL IMPERIO.

SEGUNDO PERIODO.

Desde Cómodo hasta Constantino. Edad oriental (198-324).

CAPITULO PRIMERO.

Desde Cómodo hasta Alejandro Severo (192-235). *Príncipes Sirios* (1).

Observábamos hácia el fin del período anterior que la España estaba en posesion de dar á Roma sus emperadores. Ahora este papel ha pasado á manos del Africa y de la Siria. Los sucesores inmediatos de los Antoninos, Séptimo Severo y sus hijos Caracalla y Geta son Africanos; Macrino, Moro, Ant nino, Eliogábalo y Alejandro Severo, Sirios. Durante el reinado de estos príncipes,

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Dion Casio cuyos extractos por Jifilino llegan hasta Alejandro Severo, el año 229; Herodiano, sus ocho libros sobre la historia de los emperadores; en la *Historia de Augusto*, Capitolino ha escrito las *Vidas de Pertinax, de Albino y de Macrino*; Espartiano, las *de Didio Juliano, Septimio Severo, Piscinio Nigro, Caracalla y Geta*; los compendiadores son: *Eutropio, Aurelio Victor y Sexto Rufo.*

las ideas orientales invaden la política y la religion. El despotismo de los antiguos reyes persas se manifiesta en Roma con el mismo lujo y pompa que lo caracterizaban antiguamente en Asia. Los emperadores se hacen adorar, su palacio se llena de eunucos, y sus prodigalidades son excesivas. Eliogábalo da asiento á su madre en el senado, y coloca á su dios encima de Júpiter y de todas las demas divinidades del Capitolio. Este movimiento de ideas produce en la sociedad una transformacion profunda que apresura su ruina. Este despotismo monstruoso ha de engendrar la anarquía, y este culto oriental consuma la disolucion de las costumbres. Es el golpe mortal de la sociedad pagana, que en su última hora quiere representarnos todo género de vergüenzas y de infamias.

§ I. Desde Pertinax hasta la muerte de Séptimio Severo (192–211).

Reinado de Pertinax (192). Helvidio Pertinax, oriundo de una familia oscura de Alba Pompeya en el Montferrato, enseñó al principio en Roma la gramática. No habiéndole parecido este empleo bastante lucrativo, se hizo soldado, llegó á ser centurion, prefecto de cohorte, y ganó la estimacion y afecto de Marco Aurelio quien le nombró senador. Para elevarle al imperio, fue menester violentarle. El senado y el pueblo le acogieron con entusiasmo, los pretorianos fueron los únicos que tomaron una actitud indiferente y embarazosa, cuando proclamó en su presencia al nuevo César. Pertinax apaciguó su resentimiento por medio de doce mil sextercios que hizo distribuir á cada uno de ellos.

El nuevo reinado se anunció bajo los mas felices auspicios. Pertinax se mostró amable y benigno para con todos los ciudadanos, y se apresuró á reparar los males hechos al imperio por la brutalidad de Cómodo. Convirtió en dinero acuñado las estátuas de este príncipe bárbaro, hizo vender en pública subasta sus armas, caballos, vestidos de seda y muebles de lujo, recogió á sus favoritos todos los bienes que habia usurpado, y empleó todas estas riquezas para pagar las deudas del Estado, y cumplir las promesas que habia hecho á los soldados. El senado habia recuperado sus derechos y sus funciones, las provincias estaban tranquilas, y los ejércitos de la Iliria, de Gália, de Bretaña y de Siria parecian conten-

tos. Pero los pretorianos temieron la prudencia del príncipe y se sublevaron para prevenir sus reformas.

Ochenta y siete dias despues del advenimiento de Pertinax, trescientos de ellos atravesaron Roma con la espada desnuda é invadieron el palacio. César con una palabra habia calmado en otro tiempo á las legiones sublevadas. Pertinax asustó tambien por la fuerza de sus palabras á los sediciosos que venian á él. Ya principiaban á retirarse avergonzados y arrepentidos, cuando un Galo se avanza y le clavó su espada en el pecho. *César*, le dice, *hé ahi un presente de tus soldados*. La vista de la sangre vertida renueva el furor de aquellos bandidos : cortan la cabeza al venerable anciano, la colocan en la punta de una pica y vuelven á su campo á toda priesa.

El imperio en almoneda pública (193). Esta soldadesca furiosa puso el imperio en almoneda pública. Sulpicio, suegro de Pertinax, no se avergonzó de presentarse para comprar los despojos ensangrentados de su yerno. Otros ambiciosos le hicieron competencia. Didio Juliano, Milanés muy rico, excitado por sus amigos, se puso á pujar sobre todos los demas. En lugar de cinco mil dracmas ofrecidas á cada soldado por Sulpicio, él dió seis mil doscientas cincuenta, y obtuvo la preferencia. Roma acababa por fin de encontrar comprador. El senado oyó al nuevo emperador alabar sus virtudes y la libertad de su eleccion, y le felicitó despues en los términos mas obsequiosos. El pueblo mostró mas nobleza y generosidad. Este vil mercado le apesadumbró, y no podia ver á Didio sin insultarle y aun algunas veces sin atacarle á pedradas. Cuando este príncipe salia de su palacio, habia pendencias perpetuas entre sus guardias y los ciudadanos. Si distribuia dinero al pueblo, este rechazaba sus donativos gritándole : *No, no, nada queremos de ti*. La indignacion iba en aumento. Un dia la multitud tomó las armas y se precipitó en el circo donde se encontraba Didio, renovando sus imprecaciones acostumbradas, y excitando á los ejércitos de las fronteras para que vengasen la majestad del imperio. Este grito resonó de uno á otro extremo del imperio y levantó una terrible tempestad.

Guerra civil. Entonces habia tres hombres notables á la cabeza de las legiones. Clodio Albino mandaba los ejércitos de la Gran Bretaña, Piscinio Nigro los de Siria, y Séptimio Severo los de Iliria. Albino, natural de Adrumeto en Africa, habia cultivado las letras antes de ejercer la profesion de las armas. Era un hombre austero, que á nadie perdonaba y dominaba á todos los soldados por el miedo. Al saber la muerte de Cómodo, habia propuesto restablecer la república y entregar el gobierno del imperio al senado. Esta palabra conocida en Roma le habia ganado el afecto de todos los senadores.

Piscinio Nigro nació en Italia de familia oscura, pero era valiente, elegante, amable y popular. En aquella época de decadencia estas cualidades eran una recomendacion : así es que era amado en todas partes; en Oriente le adoraban. Desgraciadamente habia sido demasiado sensible á los encantos voluptuosos del Asia, y su alma se habia enervado en medio de las delicias de Dafné, en el seno de todas las pompas y goces orientales.

El hombre hábil que habia de triunfar de todos sus rivales era Séptimio Severo. Natural de Leptis en Africa, de una familia senatorial, era activo de cuerpo y de espíritu, violento é inexorable. Como se decia muchas veces, era *el hombre de su nombre* (Severus). Despues de algun tiempo observaba la crísis que agitaba á Roma. Cuando supo la muerte de Pertinax y la promocion odiosa de Didio, reunió á sus soldados, les reveló las torpezas de los pretorianos y les excitó á la venganza. Todos aplaudieron y le nombraron emperador. Escribió al momento á Albino, á quien estimaba, para prometerle el título de César, y sin inquietarse de Piscinio, á quien despreciaba, se adelantó hácia la Italia.

Séptimio Severo. Muerte de Didio (193). Cuando su ejército pasó los Alpes orientales por Aquilea, un indecible terror se apoderó de los Romanos. Los reinados pacíficos de los Antoninos habian hecho olvidar la guerra en Roma y en Italia, y Severo vino á acampar cerca de Interamno, sin encontrar resistencia. Durante este tiempo, Didio, abandonado por el senado, burlado por el pueblo, desamparado por los pretoria-

nos que temblaban al solo nombre de las legiones de Panonia, fortificaba su palacio, y hacia fabricar armas en Roma; pero nadie queria servirse de ellas. Despues de haber intentado hacer que el senado declarase á Severo enemigo de la patria, fue á pedir á esta asamblea le asociase al imperio. El senado decretó su muerte, y ofreció el imperio á su rival y los honores divinos á Pertinax. Los asesinos enviados contra este miserable emperador le encontraron bañado en lágrimas y enteramente dispuesto á dejar el trono, con tal de que no le mataran : *¿Qué mal he hecho?* decia, *¿he quitado la vida á alguien?* Como dice Cantú, le fue preciso pagar con su sangre los sesenta dias de reinado que habia comprado con su oro.

Severo hizo venir á los pretorianos á su campo, les echó en cara su cobardía y perfidia, despues mandó á sus soldados les despojasen ignominiosamente de sus vestidos é insignias militares, y les desterró á cien millas como traidores de Roma. El soldado legionario tuvo la dicha de saciar contra el pretoriano un ódio que alimentaba hacia mucho tiempo; pero su alegría fue mas grande todavía cuando Severo declaró que la milicia que habia destruido seria reemplazada en lo venidero por lo mas escogido de las legiones, y que en lo sucesivo el título de pretoriano seria una recompensa á la que solamente darian derecho los servicios y el valor.

Muerte de Piscinio Nigro (194). Habiendo sido acompañado este favor con un aumento de sueldo, Severo pudo desde entonces contar con la decision de sus tropas. Se apresuró pues á atacar á Nigro, cuyas pretensiones al imperio no habia reconocido. Antes de su partida se aseguró del senado, escribió cartas muy aduladoras á Albino, con el deseo de encadenarle por sus promesas, y cuando creyó que todo estaba seguro en las Gálias é Italia, se puso en camino. Sus tenientes habian comenzado ya la guerra, pero no experimentaron sino desgracias. A su llegada la fortuna cambió de aspecto. Batió á un lugarteniente de Nigro en Cizico, y consiguió la primera victoria contra el mismo Nigro en Nicea en Bitinia. En seguida atravesó las cordilleras del Tauro, y alcanzó de nuevo

á su rival en Issus en el campo de batalla de Darío y de Alejandro. Tambien entonces los hombres del Norte triunfaron de los del Oriente. Nigro dejó veinte mil muertos en el campo, y fue muerto por la caballería de Severo cuando se retiraba hácia la Mesopotamia. El vencedor prosiguió sus triunfos y sometió todos los reinos y provincias que habian abrazado el partido del vencido. Sus legiones triunfantes pasaron el Eufrates, aniquilaron á los habitantes del Osroeno y del Adiabeno, castigaron á los Arabes por su fidelidad á Nigro, subyugaron la Mesopotamia y arruinaron locamente á Bizancio, que era el principal baluarte del imperio contra los bárbaros (195-196).

Muerte de Albino (197). Sin embargo Albino, adormecido por las bellas palabras de Severo, no pensaba moverse en Occidente. Reconoció demasiado tarde que era juguete de vanas promesas y se quejó de ello con amargura. Sus soldados juraron vengarle. La Gália y la España entraron tambien en su contienda, y el senado le invitó secretamente á que pasase á Italia. La guerra era inminente. Severo acudió desde el Oriente con todas sus legiones y una parte de las de Nigro, y trató sin ningun miramiento á su nuevo adversario. Le despojó del título de César, que confirió á Basiano, su hijo mayor, le hizo declarar por su ejército enemigo público, y escribió al senado para que ratificase esta declaracion. No se le ocultaba que Albino tenia en Roma un partido poderoso, y que no podia obtener esta ratificacion sino por medio de una victoria. Cerca de Lyon fue donde se decidió la contienda á mano armada. La batalla fue terrible ; Severo cayó del caballo, y se creyó que estaba herido mortalmente; pero al momento se levantó y obligó á su rival á que huyese. Albino fué á ocultarse en una casa inmediata al Ródano, en la que esperaba salvarse de las pesquisas de los vencedores. Habiendo sido rodeada esta casa, para no caer vivo en manos de sus enemigos, se atravesó con la espada segun unos, y segun otros se hizo matar por uno de sus esclavos.

Crueldad de Severo. Las represalias del vencedor fueron atroces. Pisoteó con su caballo el cadáver palpitante de Al-

bino, arrojó sus miembros á los perros desde la puerta de su tienda de campaña, y envió su cabeza á Roma con estas palabras : *Ved todos cómo trato al que me ofende.* Al principio habia perdonado á la mujer y á los hijos de su desgraciado rival; pero despues, aumentándose su furor, les hizo degollar y arrojar al Ródano. Todos los senadores y todos los nobles que habian defendido á Albino fueron enviados al suplicio. El *Sila púnico,* como le llamaban por alusion á su crueldad y á su nacimiento, entró en Roma á caballo, con traje de soldado, á la cabeza de sus tropas, distribuyendo al pueblo sus liberalidades, pero mostrándose indiferente y severo para con los senadores. El dia siguiente se presentó en la curia, siempre escoltado por sus tropas, alabó públicamente á Sila, á Mario y á los triunviros por su crueldad, vituperó lo que él llamaba la debilidad de César, é hizo la apología de Cómodo, á quien llamó hermano. Los senadores temblaron, y con razon ; porque este discurso extravagante fue seguido de un decreto que acusaba á sesenta y cuatro senadores de haber sido cómplices de Nigro y de Albino. Veinte y nueve fueron condenados á muerte, y los otros treinta y cinco consiguieron su perdon. El temor se apoderó de toda Roma, y Severo pudo contar con la sumision del Occidente.

Sus expediciones á Oriente. El Oriente le oponia vivas resistencias. El partido de Nigro se habia reanimado como tambien el de Albino, y los Partos rompieron la tregua que habian firmado el año anterior. Marchó pues contra ellos, pasó el Eufrates, se apoderó de Seleucia y de Babilonia, tomó á Ctesifon, despues de un sitio largo y difícil, y pidió á Roma el triunfo, no por victorias manchadas con la sangre de sus ciudadanos,sino por conquistas hechas á los extranjeros (198).

Despues de haber descansado algun tiempo en Siria, visitó la Arabia y la Palestina, degollando á su paso á todos los antiguos partidarios de Nigro y de Albino, y recorrió toda el Asia desde el Bósforo hasta el alto Egipto, apaciguando todas las revoluciones, arreglando el gobierno de las provincias, y mostrándose á la vez gran guerrero y hábil administrador.

Su gobierno. Luego que lo pacificó todo, fue menos cruel. Siguiéndo el ejemplo de los Antoninos, sus modelos, protegió las artes é hizo ejecutar inmensos trabajos en todo el imperio. Sus miradas se volvieron principalmente hácia el Oriente, donde le atraian sus simpatías por el Africa, su patria, y las de su esposa Julia por la Siria. La bella y sábia emperatriz habia hecho venir á la córte á todos los hombres de talento que brillaban en Grecia y en Asia, y este movimiento intelectual influjó mucho en la política.

Séptimio Severo lo explotó en favor del despotismo. Siempre habia visto en el senado una asamblea de enemigos, y cuando se creyó bastante poderoso para combatirlo, le despojó insensiblemente de todas sus prerogativas. Confió todos los asuntos importantes á su consejo privado, se rodeó de legistas célebres, á quienes encargó preparasen todos los actos legislativos, y no consultó al senado acerca de todas estas leyes sino por pura forma. Los jurisconsultos que eran entonces famosos, introdujeron en la legislacion romana todas as ideas del Oriente, y el despotismo de los soberanos, quel no existia mas que de hecho, se estableció muy luego de derecho.

Séptimio Severo apoyó este sistema por la fuerza. Compró y adoptó las tropas, aumentó su sueldo, multiplicó sus gratificaciones, permitió que se casasen los soldados, y de este modo hizo del ejército un poder político en oposicion con el senado. Desde entonces el imperio no tuvo ya libertad, su gobierno fue el despotismo militar. *Enriqueced las tropas*, decia Severo, *y no os ocupeis de lo demas.* El reinado de este príncipe fue floreciente, porque supo contener estas nuevas legiones que él mismo habia colmado de honores; pero sus sucesores debian sufrir mucho de esta democracia armada, y el imperio todavía mas.

Muerte de Severo (211). Cuando todas estas reformas fueron ejecutadas, habiendo hecho los Caledonios una invasion en Bretaña, Severo acudió con sus dos hijos Caracalla y Geta para rechazarlos. El viejo emperador, aunque gotoso y enfermo, persiguió á los bárbaros hasta en sus mas inacce-

sibles guaridas, y levantó sobre el istmo, entre el Forth y la Clide, una gran muralla para impedir sus incursiones. Habiendo vuelto los Bárbaros á tomar las armas, Caracalla excitó una revolucion en el ejército romano contra su padre con motivo de esta nueva guerra. Severo calmó la sedicion, pero no tuvo fuerza para castigar á su hijo. Los vicios de este príncipe rebelde envenenaron los últimos momentos del anciano emperador. *He sido todo*, decia, *y he visto que todo me sirve de nada.* Habiendo pedido despues la urna preparada para recibir sus cenizas, añadió: *Encerrarás al que ha creido que la tierra era demasiado pequeña.* Hizo leer delante de sus dos hijos el discurso que Salustio pone en boca de Micipsa, y pronunció estas tristes palabras: *He recibido el imperio lleno de revoluciones, lo dejo pacificado hasta en la Bretaña; viejo y sin movimiento, dejo á mis Antoninos un imperio estable si son buenos, débil si son malos. ¡ Trabajemos!* Esta fue su última palabra.

§ II. Desde la muerte de Séptimio Severo hasta el advenimiento de Alejandro Severo (211-222).

Caracalla y Geta (211-212). Severo dejaba el imperio á sus dos hijos Caracalla y Geta. Decíase del primero que tenia la crueldad y la grosería de los Africanos, la astucia de los Sirios, la ligereza, irresolucion y jactancia de los Galos. Por el contrario, Geta era benigno, afable y compasivo. Dos caracteres tan opuestos no podian avenirse. En vano su padre se habia esforzado para hacerles simpatizar dándoles los mismos maestros, las mismas dignidades y muchas veces las mismas recompensas; siempre se aborrecieron con un odio implacable. Severo decia: *El mas fuerte de los dos matará al otro, y despues sus propios vicios le perderán.* Esta terrible profecía se cumplió al pié de la letra.

Apenas estos dos príncipes fueron revestidos del mando soberano, su enemistad estalló públicamente. Yendo de las Gálias á Roma, durante todo el tránsito, no vivieron juntos,

ni comieron nunca bajo el mismo techo; y afectaron tener guardia, tropas y casas separadas. Habiendo llegado á Roma, se repartieron el palacio imperial, cada uno fortificó una parte de él, y en todos sus encuentros se prodigaban las mas groseras injurias. Su intencion era repartirse tambien el imperio. Su madre Julia creyó acertar tratando de reconciliarles, y con este objeto les llamó á su habitacion; pero Caracalla no se presentó sino para asesinar á su hermano entre los mismos brazos de su madre (212). En seguida fué á echarse á los piés de los pretorianos, excusando su maldad por las asechanzas que Geta le habia armado, segun decia. Los pretorianos, que entonces tenian interés en creerle, parecieron convencidos é hicieron el apoteosis de Geta. *Que sea dios* (divus), dijo Caracalla, *con tal que no viva* (vivus), y consagró al dios Serapis el puñal con que le habia asesinado.

Locuras y crueldades de Caracalla (212-217). Los remordimientos turbaron la conciencia del fratricida, y para calmarlos hubiera querido que Papinio hiciese su apología. *Es mas fácil,* respondió el célebre jurisconsulto, *cometer un crímen que justificarle;* pero pagó con su vida estas bellas palabras. Desde entonces corrió la sangre á torrentes en Roma. El mónstruo, segun la opinion de su padre, enriqueció al ejército, y no se inquietó ni de los murmullos del senado ni de las quejas del pueblo.

Habiendo pasado la Confederacion de los Alamanes el límite reno-danubiano (214), Caracalla fué á la frontera y marchó contra los Bárbaros. Los arqueros osroenses, que formaban parte de sus tropas auxiliares, tuvieron todo el honor de la campaña; los Alamanes no pudieron resistir á las flechas agudas que arrojaban con una destreza admirable. Desde las orillas del Rin Caracalla se trasladó á las del Danubio, en donde venció á los Marcomanos, decapitó al rey de los Quados y combatió contra los Getas. Sus biógrafos alaban mucho el valor que desplegó en estas expediciones. Se le veia rara vez, dice Herodiano, á caballo ó en coche; su placer consistia en ir á pié, llevando sus armas y tomando aun algunas veces las banderas militares que, largas y carga

das con adornos de bronce, cansaban á los mas robustos. Sus inclinaciones eran mas bien de un bárbaro que de un Romano. Se vestia á la manera de los Germanos, se ejercitaba como ellos en la caza, en la lucha, en la carrera, y muchas veces se ponia una peluca roja para asemejarles mejor.

Pero todas estas farfantonerías no eran sino un capricho mas en aquella alma caprichosa y móvil. Cuando pacificó el Occidente, pasó al Oriente, y no volvió á verse en él mas que crueldad y relajacion; su gran designio era aficionarse este pais, manifestándose admirador apasionado de su gloria y derramando en su seno todas las riquezas del imperio. Así es que el Asia y el Africa fueron el objeto de todos sus favores. Manifestaba su admiracion por Alejandro en Macedonia, parecia idólatra de Aquiles entre los Griegos, y pronunciaba el nombre de Anibal con respeto, mientras que despreciaba á los héroes romanos. Libertos, cómicos y farsantes le acompañaban á todas partes, y hablaba de casarse con la hija del rey de los Partos.

Deseoso de gloria militar, atacó la Armenia y la Osroena, aunque estaban en paz con Roma, entró en el territorio de los Partos á quienes queria anteriormente tener por aliados, y pidió al senado como premio de todas sus hazañas los apellidos de *Gético, Pártico* y *Gérmanico.* Se los concedieron, pero casi al mismo tiempo un adivino africano le anunció que el prefecto del pretorio, Opilio Macrino, seria su sucesor. Este, para evitar la muerte que le amenazaba, encargó á un soldado matase al mismo Caracalla en el momento en que entraba en el templo del dios Luno, cerca de Carrhes en Mesopotamia (217). El asesino logró su intento y se cumplió la profecía. Julia no tuvo fuerza para sobrevivir á su hijo, y se dejó morir de hambre.

Reinado de Macrino (216-218). El imperio estuvo vacante durante tres dias. Los patricios lo ofrecieron en seguida á Macrino que tambien era Africano. Dícese que nació en la Mauritania, y habia frecuentado los tribunales, como Severo, antes de vivir en los campos. El senado no pensó al pronto mas que en aplaudir la muerte de Caracalla, sin inquietarse

demasiado del mérito de su sucesor. *Que gobierne cualquiera*, decia uno de los senadores, *antes que el infame, el parricida, el asesino de la república.* Macrino recibió felicitaciones del senado; pero apenas se vió en posesion del poder, se encontró sin saber qué hacer. No sabiendo si debia seguir el partido del senado ó el del ejército, titubeó sin cesar y se perdió en perplejidades. Los senadores despreciaron su debilidad, y los soldados, despues de haberle obligado á erigir altares á Caracalla á quien habia asesinado, le quitaron el poder con tanta facilidad como se lo habian dado.

La familia de Severo fue la que promovió esta nueva revolucion. De esta familia quedaban todavía Mœsa, hermana de Julia, y la tia de Severo, y Julia Schœmias y Julia Mammœa, hijas de Mœsa. Cada una de estas dos tenia un hijo: el de Schœmias se llamaba Vario Avito Basiano, y le habian hecho sacerdote del dios Eliogábalo; el de Mammœa llevaba el nombre de Alejo Basiano, y se llamó despues Alejandro Severo. Todos vivian en Emeso. Su antigua grandeza y cierta dignidad, que casi siempre va unida á la desgracia, atrajeron al derrededor suyo una infinidad de extranjeros. Los soldados de Fenicia tenian un placer en asistir á las solemnidades del culto celebrado por el jóven Basiano en honor de Eliogábalo. Admiraban su modo de andar imponente y grave, la hermosura de sus facciones y la nobleza de su porte. Mœsa acabó por seducirles con su oro y sus lalagos, y un dia proclamaron emperador al sacerdote del sol (213). Macrino, que estaba en Antioquía, acudió para combatir á su rival y fue vencido. Huyó disfrazado de correo imperial, pero fue conocido y muerto. Solo reinó catorce meses.

Reinado de Eliogábalo (218-222). Eliogábalo ejerció el poder soberano á la manera de los Orientales. Sin esperar las órdenes del senado, él mismo tomó el título de Augusto, se arrogó el poder tribunicio, y se rodeó de una multitud de servidores y esclavos para hacer mas imponente su despotismo. Lleno de desden por el Occidente, hubiera querido no abandonar jamás los deleites del Asia, y estuvo año y medio en Nicomedia y Antioquía, sin ocuparse de Roma. Instado por

Mœsa, se decidió no obstante á ir á la capital del mundo, pero hizo su viaje con todo el lujo y pompa oriental.

Roma se admiró mucho cuando vió á este jóven sacerdote del sol, con la circunferencia de los ojos pintada, las mejillas cubiertas de afeite, la tiara en la cabeza, con collar y brazaletes, túnica de tela de oro, vestido de seda á la manera fenicia y sandalias adornadas con piedras preciosas. Pero debió admirarse mucho mas cuando fue testigo de las prodigalidades, locuras y desórdenes del nuevo tirano. Sin respetar la decencia, hizo colocar á su madre en el rango de los senadores, y quiso que en las asambleas tuviese derecho de votar como ellos. Instituyó bajo su presidencia un senado de mugeres para que ordenasen el traje de las Romanos, las visitas y precedencias. Su dios Eliogábalo fue declarado superior á Jupiter y á todas las divinidades de la antigua Roma, y le construyó un templo en el monte Palatino. No le ofrecia sacrificios sino de víctimas escogidas, aromas preciosos y vinos exquisitos.

Su palacio era sin embargo mas rico que el templo de su dios. Sus habitaciones estaban colgadas con telas de oro. Su carro triunfal estaba cubierto de oro y piedras preciosas; desde su palacio hasta el sitio en que subia á él, no pisaba sino sobre polvo de oro; solo bebia en vasos de oro enriquecidos con piedras preciosas, y despues del festin distribuia á los convidados todas las copas de que se habia servido. La glotonería de Vitelio era nada en comparacion de la prodigalidad de Eliogábalo, pues son incalculables los gastos que hacia para sus comidas. Mœsa y Mammœa comprendian bien el peligro de estos excesos, y hubieran querido que el emperador respetase mas las costumbres de los Romanos. Mœsa, inquieta acerca del porvenir, tuvo la destreza de hacer adoptar por Eliogábalo á Alejo, su nieto, que anunciaba las mas felices disposiciones.

Esto fue abrir un camino á la rebelion. Roma se apasionó del jóven César, y cuando Eliogábalo pareció tener celos de su popularidad, Mœsa invitó á los pretorianos para que se deshiciesen de aquel mónstruo que deshonraba al imperio.

El sacerdote del sol, dice Chateaubriand, habia preparado á todo evento, para suicidarse, cordones de seda, un puñal de oro, venenos encerrados en vasos de cristal y de pórfiro, un patio interior cubierto de piedras preciosas al que contaba precipitarse desde lo alto de una torre. Estos recursos le faltaron; vivió en lugares infames y fue muerto en unas letrinas con su madre. Le cortaron la cabeza y arrastraron su cadáver hasta un sumidero, al que no le pudieron arrojar porque la abertura era demasiado estrecha, lo cual le valió los honores del Tíber y el apellido equívoco de *Tiberino.*

§ III. Reinado de Alejandro Severo (222-235).

Gobierno de Alejandro Severo. Alejandro Severo no contaba mas que catorce años cuando los pretorianos le proclamaron emperador, pero tuvo por regenta á su madre Mamincœa, princesa muy virtuosa, y que tal vez fue cristiana. Segun sus consejos, purgó la ciudad y el palacio de todos los hombres corrompidos que las locuras impuras de Eliogábalo habian reunido en él; suprimió todos los empleos inútiles que este príncipe habia creado, devolvió al senado todas sus grandes prerogativas, y trabajó en restablecer la disciplina en los ejércitos. Simple, frugal y modesto, practicó todas las virtudes opuestas á los vergonzosos crímenes del sacerdote del sol, y reparó de este modo todos los males que habia hecho al imperio. Su reinado fue la época mas brillante de la administracion romana, y gracias á las luces de los Ulpianos, de los Pablos, de los Hermógenes y de una multud de jurisconsultos célebres, publicó leyes llenas de sabiduría.

Su celo tuvo principalmente por objeto reprimir todos los cohechos de que se habian hecho culpables los magistrados en las provincias. Solo concedia los empleos al mérito, y no permitia que fuesen venales. *Es necesario*, decia, *que el que compre venda; yo no consentiré los comerciantes de empleos: de otro modo no podria castigar á los ladrones.* Para asegurar la eleccion de los gobernadores, publicaba de antemano los nombres de los que habia de elevar á este dignidad, y rogaba

á todo ciudadano hiciese sus reclamaciones y diese sus consejos, si lo juzgaba conveniente. La máxima que repetia sin cesar es un axioma de moral cristiana : *No hagais á otro lo que no quisiérais que os hiciesen á vosotros mismos.*

Su virtud debia crearle enemigos. Los pretorianos se cansaron de obedecer á un príncipe que no hablaba sino de reformas, y que les habia retirado todas las liberalidades que les enriquecian en tiempo de los demas emperadores. Se sublevaron, y durante tres dias inundaron á Roma de sangre. No atreviéndose á atacar á Severo, se arrojaron sobre Ulpiano, su principal consejero, y le asesinaron á la vista del jóven monarca y de su madre. Todos los ministros afectos al príncipe corrieron el mismo peligro. El historiador Dion Casio no se libró á su furor sino ocultándose en sus haciendas en Campania.

Expedicion á Oriente contra los Persas. Al mismo tiempo estallaron algunas insurrecciones parciales en el seno de las legiones, pero en todas partes se restableció pronto el órden. Severo pudo ponerse en camino para Oriente, adonde acababan de tener lugar graves acontecimientos. Los Partos, establecidos hacia quinientos años como casta soberana en las poblaciones del Tígris y del Eufrates, habian sido derrotados de improviso por las antiguas tríbus pérsicas. Un aventurero persa, Ardschir ó Artaxar, hijo de Sabec y nieto de Sasan, enarboló el estandarte de Ciro, y tomó el título de rey de los reyes. Los magos del imperio se reunieron bajo sus órdenes para arreglar el culto del fuego y destruir las divisiones que se habian levantado entre ellos con respecto á las interpretaciones del Zendavesta. Restablecida de este modo la unidad de símbolo, Artaxar recorrió todas las provincias de Persia á la cabeza de un poderoso ejército, obligó á todos los gefes de tríbus á rendirle homenaje, é hizo reinar la misma ley sobre todos los paises que se extendian entre el Eufrates, el Tígris, el Araxo, el Oxo, el Indus, el mar Caspio y el golfo Pérsico.

No contento Artaxar con haber destruido el reino de los Partos, quiso extender su dominacion sobre todos los paises

que habian obedecido á Ciro, de quien se titulaba sucesor. Escribió pues al emperador romano esta arrogante carta : *El rey de los reyes ordena á los Romanos y á su gefe que evacuen la Siria y el Asia Menor, y que restituyan á los Persas los paises que se hallan de la parte acá del mar Egeo y del Ponto, poseidos por sus abuelos.* Severo no podia responder mejor á este mensaje insolente que con un ataque vivo y pronto. Entró pues en la Mesopotamia é hizo huir al rey de los Persas. Esta victoria fue tan decisiva, que Artaxar no se atrevió ya á presentarse de nuevo en la frontera romana durante su reinado. Alejandro hubiera llevado mas lejos sus triunfos, si una revolucion en Germania no le hubiese obligado á salir de Oriente con sus tropas.

Expedicion en Germania. Muerte de Severo (235). Volvió rápidamente á Roma, y tan solo permaneció allí el tiempo necesario para la celebracion de su triunfo. Queria conceder este honor á sus soldados, vencedores de los Partos, para obligarles á hacer bien su deber contra los Bárbaros. Cuando salió de Roma, el senado le acompañó hasta fuera de las puertas de la ciudad, colmándole de votos y bendiciones. En todas partes se decia : *Roma vive, puesto que Alejandro vive todavía*, y derramaban abundantes lágrimas. Se hubiera dicho que los Romanos presentian la pérdida que iban á experimentar.

Este gran príncipe no era conocido en las Gálias sino por su severidad. Sus enemigos le representaban como el hombre del Oriente, y cuando se le vió llegar con las tropas que habian vencido á los Persas, se creyó que despreciaba las legiones del Occidente. Si reformaba los abusos, acusaban su prudencia de inexperiencia, su celo de crueldad, y acriminaban sus mejores acciones por las intenciones que le suponian. Los soldados murmuraban principalmente contra este emperador que les repetia constantemente máximas de moral, y queria hacer florecer de nuevo la antigua disciplina.

Un bárbaro que de pastor habia llegado á ser soldado, el feroz Maximino, y á quien Severo habia confiado el mando en gefe de los reclutas destinados á los ejércitos de la Gália

y de la Panonia, se puso á la cabeza de los descontentos, y resolvió la muerte de su bienhechor. Habiéndose dormido un dia Alejandro en su tienda de campaña despues de comer, los confidentes de Maximino, un tribuno, muchos centuriones y un tropel de soldados se introdujeron poco á poco en derrededor del pretorio, le cercaron de repente, degollaron á los centinelas, asesinaron á los dos prefectos que querian detenerlos en la puerta, agarrotaron á Mammœa que velaba cerca de su hijo, y atravesaron con sus armas á Alejandro, que despertó sobresaltado, llamándole *niño* y tratando á su madre de *vieja*. Este crímen fue cometido en el pueblo de Sicila, cerca de Maguncia.

CAPITULO II.

Desde Maximino hasta Galiano. Usurpadores militares (1).

(235-268.)

Los dos Severos, Septimio y Alejandro, fueron grandes príncipes. Pero Septimio no habia usado de su genio sino para fundar militarmente el reinado del despotismo. Alejandro, á pesar de sus virtudes personales y de la regularidad de su gobierno, no combatió directamente contra las ideas orientales. Encontrando el principio del absolutismo establecido y consagrado, hizo buen uso de él, sin pensar en modificarlo. Ahora ha llegado el tiempo, para los emperadores y para el imperio, de sufrir el castigo debido á su falta. Despues de haber reemplazado el reinado de la libertad con el de la servidumbre, ya no encontraron en todas partes sino abismos y desgracias. La autoridad, entregada á la brutalidad del soldado, no es mas que un juguete. Las legiones se divierten en hacer emperadores segun sus caprichos. Cada cuerpo de ejército se imagina tener derecho para arrojar un pedazo de púrpura sobre los hombros de su jefe, y en un momento el imperio cuenta diez y nueve dueños improvisados de este modo. Los Bárbaros se aprovechan de esta anarquía para forzar las fronteras, y Roma se encuentra expuesta á la guerra civil y al mismo tiempo á la guerra extranjera.

§ 1. Desde Maximino hasta Valeriano. Principio de las invasiones (235-251).

Maximino. Su carácter. Maximino, natural de Tracia, descendia por su padre de los Godos y por su madre de los Ala-

(1) Autores que se pueden consultar: Dion termina su historia despues de Alejandro Severo. En la *Historia Augusta*, Capitolino, *Vidas de los Maximinos, de los tres Gordianos, de Máximo y de Balbino;* Trebelio Polio, *Valerio, los dos Galienos y los treinta tiranos;* Herodiano solamente se extiende hasta Gordiano. Tillemont ha llenado el vacío que se encuentra en la *Historia Augusta* entre Gordiano y Valeriano. Se ha servido de Zosino, Josefo, Jornandes, Eutropio, Victor, Orosio, Lactancio, Am. Marcelino, Eusebio, etc.

nos. Tenia ocho piés y medio de alto, deshacia entre sus dedos piedras de toba, desgarraba los árboles, rompia de un puñetazo los dientes de un caballo, echaba por tierra treinta luchadores sin perder aliento, comia cuarenta libras de carne, y bebia veinte y cinco pintas de vino en un dia. Le llamaban *Crotoniato, Ayax, Aquiles, Anteo y Hércules;* en fin, era el primer Bárbaro que llegaba al imperio. Mucho trabajo le costó hacerse perdonar su nacimiento y su maldad. Los soldados, sobre todo las legiones de Oriente, amaban á Severo, y la noticia de su muerte excitó grandes revoluciones. Maximino se vió obligado á negar su crímen, y á decretar la muerte de sus cómplices y el apoteosis de su víctima.

Este perjurio no le bastó para que dejase de atormentarle su odiosa usurpacion. A todos los partidarios de Alejandro los miraba como enemigos, y principió á derramar sangre á torrentes. Antes de proseguir la guerra contra los Germanos, pretendió que habian maquinado su muerte, y con este pretexto hizo arrestar á muchos oficiales de todas clases y los envió al suplicio. Mas de cuatro mil ciudadanos fueron víctimas de sus horribles sospechas. Despues marchó contra los Germanos, invadió á sangre y fuego su territorio, se internó en las selvas y montañas, y excitó el entusiasmo de los soldados con sus extraordinarias hazañas. Subyugó sucesivamente á los Alamanes, Marcomanes y Sarmatas, y desde sus cuarteles de invierno escribió al senado cartas enfáticas, en las que se vanagloriaba de haber terminado en una campaña tantas guerras como los mas grandes capitanes de la antigüedad durante toda su vida.

Pero hacia perecer mas ciudadanos que enemigos. *Quiero como Espartaco,* decia, *no mandar sino á esclavos,* y enviaba por todo el imperio decretos de muerte contra todos los que le hacian sombra. Le llamaban *el Godo, el Ciclope, el Busiris, el Esciron, el Falaris,* y *la fiera.* Declamaban versos contra él en pleno teatro, y los senadores no ocultaban el odio y el desprecio que les inspiraba este bárbaro.

Los Gordianos (237). La provincia de Africa, que estaba en dosesion de dar emperadores al imperio, fue la primera que

se rebeló. Habiendo asesinado unos jóvenes en Thysdrus (1) á un tesorero del fisco, ofrecieron la púrpura al procónsul, el anciano Gordiano, que descendia por su madre de los Gracos y por su padre de Trajano. Sus riquezas eran inmensas. Vivia en Roma en el palacio de Pompeyo, poseia una inmensa casa de campo en Prenesta, y en una ocasion para divertir al pueblo, hizo aparecer en el circo quinientas parejas de gladiadores, y sacrificar en una sola representacion doscientos caballos de Sicilia y de Capadocia, mil osos y un sinnúmero de otros animales. Era octogenario cuando le elevaron al imperio. Rehusó por mucho tiempo este peligroso honor, y no lo aceptó sino porque no veia otro medio de librarse de Maximino ó de los que le rodeaban. Fijó pues su residencia en Cartago, asoció consigo á su hijo Gordiano, y dió al senado aviso de su eleccion.

Esta noticia se recibió en Roma con grande alegría, y Maximino fue declarado al momento enemigo público. El pueblo degolló á todos los protegidos del tirano y quemó sus casas. El senado organizó en toda la Italia un sistema de defensa. Dividió la Península en veinte regiones, alistó á los jóvenes, levantó de nuevo los muros de de las ciudades fortificadas, puso en estado de defensa los puertos, las radas y todos los sitios de desembarco, y desplegó por todas partes una actividad de que no se le suponia capaz. Desgraciadamente perecieron aquellos dos príncipes, mientras que el senado trabajaba con tanta energía para asegurar el triunfo de los Gordianos. Capeliano, gobernador de la Mauritania, que tenia que vengar contra ellos una injuria personal, los atacó en Cartago. El hijo fue muerto en la batalla. A esta noticia su padre se suicidó, despues de un reinado de treinta y seis dias.

Máximo y Balbino. El senado, consternado pero no desesperado por este desgraciado incidente, proclamó emperadores á dos ancianos senadores, Máximo Pupieno y Balbino. Máximo era hijo de un carpintero de obra gruesa, y solo su mérito le habia elevado desde simple soldado al empleo de pre-

(1) Era una ciudad considerable de la Bizacena, cerca de Adrumeto.

fecto de Roma. Se contaba con él para dirigir el ejército. Balbino era á la vez orador y poeta. Habia gobernado muchas provincias con talento, y se descansaba en él para la administracion civil del imperio.

Al principio el pueblo no habia querido ninguno de estos dos emperadores, que el senado creó sin su participacion. Cuando se presentaron en la puerta del Capitolio, les rechazó á pedradas, y una sangrienta batalla iba á principiar cuando muchas voces exclamaron : *¡ Gordiano, Gordiano ! queremos á Gordiano.* El pueblo recogió esta palabra y la dijo de nuevo con furor. Entonces los dos Augustos eligieron por César al jóven Gordiano, nieto y sobrino de los dos Africanos, lo cual hizo cesar toda division.

Muerte de Maximino (238). Todas estas noticias llegaron á oidos de Maximino, y cuando supo que el senado y el pueblo romano estaban unidos contra él, se encolerizó de un modo inexplicable. Aquel no era un hombre, dice el autor de su biografía, sino una bestia feroz. Se revolcaba por el suelo, desgarraba sus vestidos, daba grandes gritos, y sacaba la espada como si hubiese podido atravesar con ella á un senador ó á todo el senado. Solo pudo tranquilizarse embriagándose. Le dieron vino, bebió hasta el extremo de perder el sentido para el resto del dia ; al dia siguiente comunicó al ejército sus órdenes y se dirigió á Italia. El senado hizo asolar todo el pais, y el ejército de Maximino no habia llegado todavía cerca de Aquilea cuando ya estaba desprovisto de todo. Maximino se detuvo delante de esta ciudad. Allí era donde le esperaba la muerte. Mientras que descansaba en su tienda de campaña, algunos soldados vinieron á atacarle del mismo modo que los emisarios que él envió contra Severo, y le cortaron la cabeza. El correo que llevó esta noticia á Roma encontró al pueblo en el teatro. Al momento toda la multitud exclamó con trasporte : *¡ Maximino ha muerto ! ¡ Maximino ha muerto !* Se concluyeron los juegos, y el pueblo fué al templo para dar gracias á los dioses.

Reinado del jóven Gordiano (238-244). Este entusiasmo de los senadores y del pueblo pareció á los pretorianos una re-

convencion y una injuria. No les gustaba oir alabar á los emperadores que ellos no habian nombrado, y decidieron vengarse. Un dia que todo el pueblo estaba entretenido asistiendo á los juegos escénicos, y que los dos emperadores Balbino y Maximo, se hallaban en su palacio con una guardia poco numerosa, se precipitaron en sus habitaciones, les llevaron al campo, les asesinaron y proclamaron á Gordiano.

El jóven emperador, que era amado del senado y del pueblo, fue bien acogido por todos. Desgraciadamente era muy niño y no tenia el genio de Alejandro Severo, ni una madre comparable á Mammœa. Sin embargo, tuvo la dicha de casarse con la hija de Mesiteo y de escuchar en todo los sabios consejos de su suegro. El imperio estuvo tranquilo durante su reinado, y grandes hazañas ilustraron su nombre. Habiéndose presentado los Francos por primera vez en la Gália, su teniente Aurelio les derrotó cerca de Maguncia, mató setecientos é hizo otros tantos prisioneros. En Oriente, los Persas, bajo el mando de Sapor, sucesor de Artaxar, tomaron á Nisibe y Carrhes, conquistaron la Mesopotamia y asolaron la Siria; Gordiano marchó en persona contra ellos, venció á los Godos pasando al través de la Mesia y de la Tracia, y aunque despues sufrió un descalabro por parte de los Alanos en los célebres campos de Filipos, continuó su camino, y consiguió contra los Persas algunas ventajas que le merecieron, así como á Mesiteo, los honores del triunfo.

Mesiteo murió poco despues, y se creyó que habia sido envenenado por Filipo, que le sucedió en su empleo de prefecto del pretorio. Este Arabe ambicioso, que habia sido gefe de ladrones, obligó desde luego á Gordiano á asociarle al imperio, y despues le mató para reinar en su lugar.

Reinado de Filipo (244-248). Se ha dicho que Filipo era cristiano, y testimonios positivos de muchos Padres de la Iglesia no permiten dudar apenas de su conversion. Pero si tenia la fe en el corazon, estaba lejos de conformar á ella sus acciones. Habiendo llegado al trono por el crímen, se apresuró á concluir la paz con Sapor, rey de Persia, y pensó mas bien en hacer la dicha de la Arabia, su patria, y la for-

tuna de su familia que en trabajar para la felicidad del imperio. Se rodeó de sus parientes y amigos, les confió los mas brillantes empleos, y les dejó despojar al Estado para enriquecerse. En Antioquía quiso participar de las solemnidades de los cristianos con su mujer Otila; pero el obispo Babylas le cerró la entrada del lugar santo, le echó en cara el asesinato de Gordiano y todos sus crimenes, y le mandó hacer penitencia. Esta leccion severa le aprovechó. De regreso á Roma, ganó con su dulzura el afecto del pueblo, sin tener no obstante fuerza para sobrepujarse á sus extravagantes caprichos. Habiendo hecho celebrar el milésimo aniversario de Roma, él mismo asistió á los juegos seculares, en los que combatieron dos mil gladiadores, treinta y dos elefantes, diez osos, sesenta leones, un caballo marino, un rinoceronte, diez leones blancos, diez asnos y cuarenta caballos salvajes, diez leopardos, y otros animales mas pequeños.

Lo que causó la pérdida de Filipo, fue la capacidad de todos los Arabes empleados por él, y que no veian en las provincias sino una presa que devorar. La Panonia, que tenia que sufrir mas de estas exacciones, se rebeló, y las legiones apoyaron la insurreccion. Filipo envió al senador Decio, cuya decision no le parecia dudosa. Pero apenas Decio entró en la provincia, cuando los sediciosos le proclamaron emperador á pesar suyo. Por mas que protestó de su inocencia, Filipo le trató como enemigo, y marchó contra él con un ejército. La batalla se dió cerca de Verona. Las temibles legiones del Norte triunfaron, y Filipo quedó sepultado en su derrota (249).

Reinado de Decio (249-251). Decio era el hombre del Occidente y Filipo el del Oriente. Hubo reaccion, y la política marchó por caminos enteramente opuestos. Filipo habia dejado tranquilos á los cristianos, puesto que él era cristiano; Decio tenia contra ellos todas las preocupaciones rencorosas de un senador, y los persiguió de una manera atroz. Mientras que inundaba así el imperio con la sangre de sus mejores ciudadanos, corria á la frontera con las legiones para detener una invasion de los Godos. Despues de haber vencido á los He-

rulos, Burgondos, Bastarnos y Alanos, estos Bárbaros se habian desparramado por todo el imperio como un torrente bajo el mando de su rey Cniva, y entraron con espada en mano en Filipópolis, donde exterminaron mas de cien mil ciudadanos. Decio los rechazó vigorosamente, y les cerró todos los pasos que habian atravesado. Quiso destruirlos del todo, y esto ocasionó su pérdida. Fue vencido en un nuevo combate, y pereció en un pantano con uno de sus hijos.

§ II. Anarquia interior. Los treinta tiranos. Galieno (251-268).

Reinado de Valeriano (253-260). La anarquía principió despues de la muerte de Decio. Le sucedió un general suyo llamado Trebonio Galo, quien dividió el poder soberano con Hostilio, su hijo segundo. Trebonio mató á su cólega, y se vió él tambien atacado y derrocado por otro general, llamado Emiliano, quien se revistió igualmente de la púrpura. En seguida Emiliano fue asesinado por sus tropas, y aparece sobre la escena un nuevo aventurero llamado Valeriano, quien se asocia con su hijo Galieno. Se creyó un momento que la anarquia iba á cesar, y que el imperio volveria á tomar fuerza y vigor bajo este último dueño. Valeriano habia sido censor, y desempeñó su destino con tanta virtud, que cuando fue elevado al imperio exclamaron unánimemente: *Que sea juez de todos, puesto que es mejor que todos.* En todos los empleos que se le habian confiado desplegó notables talentos y cualidades; por lo cual se esperaba mucho de su larga experiencia. Por otra parte, estaba rodeado de hombres de genio. Póstumo, Claudio, Aureliano y Probo mandaban sus ejércitos, y si por todas partes los Bárbaros amenazaban al imperio, tenia capitanes hábiles que oponerles. Pero todas estas esperanzas se eclipsaron. El que habia brillado en el segundo rango se eclipsó en el primero.

Sus generales contuvieron á los Bárbaros que amenazaban el Occidente; pero él fue desgraciado en una expedicion que

hizo en Oriente. Quiso atacar á los Persas que se habian apoderado de la Armenia é invadido la Siria y despues Antioquía. Sapor le venció y le hizo prisionero. Durante muchos años el rey de los reyes se complació en conducirle encadenado por medio de las ciudades principales de su imperio, obligándole á que le presentase el cuello, la cabeza ó la espalda á manera de estribo para montar á caballo. Despues de su muerte, su piel curtida, rellena de paja y teñida de rojo, quedó colgada de la bóveda del templo principal de los Persas, en memoria de la ignominia de los Romanos. Cuando dijeron á Galiano el fin miserable de su padre, respondió con frialdad: *Ya sabia yo que mi padre era mortal.*

Los treinta tiranos (260). En tiempo de este débil príncipe el imperio cayó en una confusion terrible. Los Bárbaros hicieron irrupcion por todas partes. Los Godos y los Escitas devastaron el Asia; los Alamanes y los Francos penetraron en Italia hasta Ravena; los Quados y los Sármatas invadieron la Dacia y la Panonia, y otros Bárbaros pasaron á España. Para colmo de desgracia, cada ejército, cada provincia creó su emperador. La historia cuenta diez y nueve aventureros (1), que aspiraron al mismo tiempo á reinar sobre el mundo. En Oriente eran Cyriades, Macriano, Balisto, Odenato el vengador de Valeriano y su esposa Zenobia; en Occidente, Póstumo, Loliano, Victorino y su madre Victoria, Mario y Tétrico, que intentaron fundar un imperio transalpino; en Iliría y sobre los confines del Danubio generales ilustres, como Ingenuo, Regiliano y Aureolo; en el Ponto, Saturnino; en Isauria, Trebeliano; en Tesalia, Pison; Valente en Grecia; en Egipto, Emiliano; y Celso en Africa.

Ya no se sabia, prosigue Chateaubriand, dónde estaba el imperio: Romanos y Bárbaros, todo estaba dividido; las águilas romanas contra las águilas romanas, las banderas de los

(1) Trebelio Polion los llama los treinta tiranos, y los compara á los treinta tiranos de Atenas, aunque no se les asemejan de modo alguno. Pero para llegar á este número convencional, se ve obligado á contar á Victoria, *madre de las legiones*; á Zenobia, reina de Palmira, y á los hijos de algunos de los emperadores.

Godos opuestas á las banderas de los Godos. Cada provincia reconocia al tirano mas vecino; en la imposibilidad de ser protegido por el derecho, se obedecia al hecho. Un giron de púrpura hacia por la mañana un emperador, por la tarde una víctima, y era el adorno de un trono ó de un ataud.

Papel de Galieno (259-268). En medio de todo esto, lo mas extraño era la indiferencia y la insensibilidad de Galieno, quien permanecia espectador de todo este desórden sin conmoverse. Le decian que el Egipto se habia rebelado: *¿Pues bien,* respondia, *nos privaremos de lino*; que el Asia estaba devastada: *¿No podemos vivir,* replicaba, *sin alatron?* la Gália perdida: *¿Acaso la república,* añadia, *no puede estar en seguridad sin los vestidos de Arras?* Si á veces encontraba alguna energía en medio de sus placeres, era para dar órdenes sangrientas: *Ne tengais miramiento con los varones*, escribia á uno de sus oficiales despues de la revolucion de Ingenuo, *cualquiera que sea su edad, jóvenes ó viejos. Matad á cualquiera que se haya permitido una palabra, un solo pensamiento contra mí.* En lugar de poner remedio á los males del imperio, se divertia en hacer versos, en construir cuartitos con hojas de rosas y castillos con frutas, en conservar uvas por espacio de tres años y servir en su mesa melones en el rigor del invierno. Un dia le ocurrió hacer venir al filósofo Plotin á Campania, y ofrecerle una ciudad arruinada en esta provincia, para realizar en ella la república de Platon.

Galieno no se conmovió sino cuando sus enemigos entraron en Italia. Habiendo venido Aureolo á sitiar á Milan, marchó contra él con un vigor y una actividad increibles, y le encerró en esta ciudad. Aureolo decidió engañar á su enemigo por la astucia. Hizo escribir una lista de proscripcion fingiendo la letra de Galieno, y la hizo llegar de intento á manos de los oficiales cuya vida estaba amenazada. Al momento se formó una conspiracion. Heracliano, prefecto del pretorio, esparció en el campo, en la primera velada de la noche, una falsa alarma, y vino á gritar bajo la tienda de campaña del emperador: *¡Galieno, que nos sorprenden! ¡Se aproxima el enemigo!* El príncipe, que principiaba á descansar,

saltó de la cama, montó á caballo sin tomarse tiempo para ponerse la coraza, y se entregó de este modo en medio de la oscuridad á los que habian jurado su muerte. Le atravesaron con sus lanzas y espadas, pisotearon su cadáver, y cuando las hachas alumbraron esta escena sangrienta, le encontraron magullado y espirando.

CAPITULO III.

Desde Claudio II hasta Carino y Numeriano. Aristocracia militar (1).

(268-284.)

La anarquía cesó despues de Galieno. Aquellos pretendientes que se levantaron en todas las partes del imperio, se destruyen entre sí; y despues de una confusion espantosa, la unidad vuelve á aparecer por sí misma y contra toda esperanza al advenimiento de Claudio II el Gótico. Es preciso observar que entonces se efectuó una gran reaccion. Todos los príncipes, casi sin excepcion, que subieron al trono despues de la muerte de los Antoninos, habian salido del Oriente. Lo hemos hecho observar, y por esto hemos explicado el triunfo del despotismo que produjo la anarquía, cuyo horroroso y terrible cuadro acabamos de trazar. Ahora el Occidente va á volver á tomar el imperio. Claudio era Ilirio, Aureliano Panonio, Tácito y Probo Italianos, y Caro y sus dos hijos Galos. Todos estos príncipes son guerreros de genio, verdaderos héroes. Su espada atrasa de un siglo la caida de Roma. No cesan de rechazar á los Bárbaros que tienden constantemente á invadir el imperio, y no se puede admirar bastante su valor y energía, principalmente cuando se tiene presente á qué príncipes sucedieron.

§ I. Reinados de Claudio II, Aureliano y Tácito (268-276).

Reinado de Claudio II (268-270). Claudio estaba en Pavía cuando supo la muerte de Galieno. Acudió al momento, y participó en apariencia del resentimiento de los soldados contra sus asesinos. Pretendió que este emperador merecia

(1) Autores que se pueden consultar: En la *Historia Augusta*, Trebelio Polion escribió la *Vida de Claudio*, Flav. Vopisco las de *Aureliano, Tácito, Probo, Caro, Carino y Numeriano*. Aurelio Victor y los compendiadores. Entre los modernos: Chateaubriand, *Estudios históricos;* Amadeo Thierry, *Historia de la Gália bajo la administracion romana*, y todos los demas autores indicados anteriormente para la historia de los emperadores.

el apoteósis, é hizo conducir sus restos con pompa á la sepultura de la familia Licinia, sobre la via Apia. Los soldados le nombraron emperador, y los senadores que le deseeban por gefe aplaudieron esta eleccion. Sesenta veces se repitió en la curia esta aclamacion: *Claudio Augusto, ¡que los dioses te conserven!* Este nuevo emperador era un gran capitan y un político cauteloso y astuto. De todos los Césares que habian aparecido bajo el reinado indolente de Galieno, solo dos le sobrevivian, Aureolo y Tétrico. Claudio hizo prisionero á Aureolo, y le entregó al resentimiento del ejército, pero tuvo miramientos para con Tétrico que tenia en la Gália un ejército imponente.

La guerra contra los Godos importaba mas al Estado que la guerra civil. *El asunto de Tétrico*, decia Claudio, *á nadie pertenece mas que á mí, el de los Godos á la república.* Habiéndose reunido estos Bárbaros en la embocadura del Dniester con sus familias y esclavos en número de trescientos mil, se embarcaron en dos mil navíos, y saquearon todas las ciudades vecinas de las costas hasta Tesalónica. Claudio los alcanzó en la Macedonia, derrotó á su ejército y escribió al senado: *Hemos deshecho á los Godos y destruido su flota de dos mil buques; el campo está cubierto de escudos y de cadáveres, y hemos hecho tantos prisioneros que cada soldado tiene por su parte dos ó tres esclavos.* Recibió del senado el apellido de *Gótico.* Pero poco despues la peste se introdujo en el ejército: cayó enfermo, y murió en Sirmio (270).

Aureliano. Sus expediciones contra los Bárbaros en Italia (270-272). Quintilio, hermano de Claudio, fue proclamado emperador por unanimidad; pero el ejército le asesinó diez y siete dias despues. Entonces ofrecieron el trono á un Panonio de condicion oscura, al bravo Aureliano. No se hablaba en los campos sino de su fuerza y valor, y los soldados celebraban sus hazañas en las canciones. Era el hombre que necesitaba el imperio para gefe, cuando sus fronteras estaban invadidas de todas partes por los Bárbaros. La inercia de Galiano les habia dejado penetrar otra vez en Italia, y Aureliano les dió un combate cerca de Plasencia. Desgraciadamente

cayó allí en una emboscada, y sufrió una derrota tan grande que el imperio creyó perecer.

Roma se conmovió, los libros sibilinos fueron consultados como en los grandes peligros, y despues de muchos sacrificios expiatorios el ejército romano se animó de nuevo. Habiéndose dispersado los Bárbaros para el robo, Aureliano los atacó y derrotó sucesivamente en Fano en la Ombría, en Plasencia y en los llanos de Pavía, y los rechazó hasta mas allá del Danubio. Despues de hacer la paz con ellos, volvió á Roma, mandó levantar las murallas, y cuando estuvo muy seguro de la Italia, volvió á principiar la guerra civil contra Zenobia en Oriente y contra Tétrico en las Gálias.

Sumision de Zenobia y de Tétrico (272-274). Zenobia se habia hecho independiente en Palmira, y habia añadido el Egipto á su imperio oriental. Aureliano batió desde luego á las tropas de esta reina opulenta en Antioquía y en Emeso, y en seguida la sitió en su capital. Ella contaba con los socorros de los Persas, de los Armenios y de los Sarracenos; pero Sapor, sucesor de Artaxar, no pudo ayudarle, y los demas aliados se dejaron corromper por el oro de los Romanos. Reducida á la desesperacion, resolvió pasar á Persia, y salió de noche de Palmira montada en un dromedario. Habia llegado á la orilla del Eufrates, y ya ponia el pié en la barca que habia de salvarla, cuando la detuvo la caballería romana. *¿Cómo os habeis atrevido*, le dijo Aureliano, *á despreciar á los emperadores romanos? — Te reconozco por emperador con motivo de tu victoria*, respondió la ilustre cautiva; *Galieno, Aureliano y los demas emperadores no lo eran.*

Palmira fue enteramente arruinada, y el vencedor recibió sobre los restos humeantes de esta ciudad las embajadas de los Sarracenos, de los Armenios, de los Persas y de los Seros, quienes le traian regalos. Despues fué á Egipto á atacar al Sirio Firmo, que tambien habia tomado los títulos de Augusto y de *Autocrator*. De allí condujo sus legiones triunfantes contra Tétrico en Occidente. Este usurpador habia perdido hacia algun tiempo el afecto de las provincias donde

mandaba. La España habia abandonado casi enteramente su partido, y sus legiones no le querian ya. Habiéndose empeñado la batalla en las llanuras de Châlons, no trató de hacer seria resistencia, y fué él mismo á entregarse á su adversario.

Aureliano, al entrar en Roma, se hizo dar el triunfo mas pomposo que se habia visto. Confundió juntamente los despojos del Oriente y del Occidente, el botin y los cautivos de la guerra civil y de la guerra extranjera. Los Godos, los Alanos, los Roxolanos, los Francos, los Suevos, los Vándalos, los Alamanes, los Palmirianos y los Egipcios le acompañaban. Se notaba principalmente á Tétrico y á Zenobia. Tétrico y su hijo llevaban un capote de púrpura y una túnica amarilla con bragas galas. La reina de Palmira estaba tan cargada de perlas y de oro, que no podia andar. A sus lados habia guardias para aliviarla del peso de las cadenas de oro que estaban robradas sobre su cuello á una argolla de oro. Tres carros triunfales resplandecientes de piedras preciosas precedian á Aureliano; él estaba montado en otro tirado por ciervos. Era el despojo de un rey godo.

Carácter del gobierno de Aureliano. No obstante el vencedor se mostró generoso para con los vencidos. Hizo entrar á Tétrico en el senado, y le confió la administracion civil de la Lucania. Zenobia recibió por prision una villa magnífica situada en las colinas de Tibur cerca del palacio de Adriano. Casó sus dos hijas con Romanos de gran nacimiento, y su posteridad llegó á ser ilustre. Pero si Aureliano se mostró clemente para con los vencidos, fue siempre duro y severo con respecto á sus súbditos. Lo que explica su conducta y acaso tambien lo que la excusa, es que se habian introducido grandes desórdenes en el imperio, con motivo de todos los tumultos que lo trastornaban hacia tantos años. Para poner término á todos estos abusos y reparar sus desastres, era preciso luchar fuertemente contra las costumbres establecidas, y recurrir á medios violentos. Se ha juzgado á Aureliano con una sola palabra y con mucha precision, diciendo que *era un emperador, no bueno, sino necesario.*

La mayor parte de sus medidas fueron prudentes y útiles; pero al mismo tiempo que seguia las reglas de la justicia, parecia escuchar algunas veces el grito de la venganza. Esta amargura habia excitado ya muchas quejas contra él, cuando su liberto Mnesteo, asustado con sus amenazas, resolvió su muerte. Escribió tambien una lista de proscripcion, en la que estaba su mismo nombre, la mostró á las personas interesadas, y urdió de este modo una conspiracion de que Aureliano fue víctima despues de cinco años de reinado (275).

Reinado de Tácito (275-276). Las legiones, cansadas de hacer emperadores, decidieron dejar al senado la eleccion del sucesor de Aureliano. Temiendo el senado que esta deferencia ocultase algun lazo, titubeó mucho tiempo. Hubo muchos mensajes por una y otra parte, y el trono permaneció vacante seis meses. En fin, el senado eligió á Claudio Tácito, un anciano muy respetable que habia brillado en la administracion y en las letras, y que se titulaba pariente del inmortal historiador cuyo nombre llevaba. Esta eleccion fue para el senado la ocasion de un gran triunfo. Creyó haber recobrado sus derechos y su poder, y se oyó exclamar á los senadores en su loca alegría: *Hacemos los príncipes, somos los Augustos y todos los empleos vienen de nuestra órden y dependen de nosotros.* No gozaron mucho tiempo de estas ilusiones pueriles. El anciano emperador era un administrador hábil, pero era tambien un guerrero que necesitaba el imperio para mantener las tropas y rechazar á los Bárbaros. Apenas el sabio Tácito llegó á su ejército de Tracia, los soldados insultaron su inexperiencia. Dícese que murió de pena y de cansancio, pero acaso fue inmolado por el acero de un asesino. Su reinado no duró mas que seis meses (276).

§ II. Desde Probo hasta Diocleciano (276-284).

Probo. Sus guerras (276-280). Probo, hijo de un jardinero de Sirmio, fue elegido por los ejércitos de Oriente despues de la muerte de Tácito. El senado aplaudió su eleccion, y

todos comprendieron que el imperio tenia necesidad de su espada para exterminar á sus enemigos. En efecto, los Bárbaros se presentaban en todas las fronteras, y parecian prontos á hacer una invasion por todas partes. Probo, al principio de su reinado, destruyó cuatrocientos mil de estos en las Gálias en diferentes combates, libertó setenta ciudades de sus incursiones y sometió toda la Germania. Nueve reyes vencidos se echaron á sus piés, y se comprometieron á pagarle un tributo anual en trigo, ovejas y bueyes, y á darle tropas.

De la Germania pasó á la Recia, á la Panonia y á la Tracia, imprimiendo por todas partes en el corazon de los Bárbaros el temor del nombre romano (278). Despues penetró en los valles del Tauro, para destruir en ellos todos los ladrones de la Isauria; sometió en Egipto, cerca de las cataratas del Nilo, á los Blemmios, é iba á atacar á los Persas, cuando su rey Varhano vino á pedirle la paz. Sus embajadores le encontraron en las montañas de la Armenia sentado sobre la yerba en medio de sus soldados, y comiendo un pedazo de tocino salado sazonado con guisantes. *Si vuestro dueño*, les dijo Probo, descubriendo su cabeza calva, *no me da satisfaccion, dentro de un mes habrá tantos árboles y cosechas en vuestros campos como cabellos en mi frente.* Este era el lenguaje de los antiguos Romanos. Varhano concedió todo lo que se quiso, y se ajustó la paz.

Los talentos y virtudes de Probo no impidieron sin embargo que los ejércitos creasen emperadores, dándole de este modo rivales. En Egipto, el pueblo de Alejandria detuvo un dia sobre la plaza pública al teniente Saturnio y le proclamó César. Saturnio huyó á su campo para evitar este honor, pero sus soldados le rodearon y le condenaron á la púrpura. Conociendo Probo la rectitud de su corazon, queria que se le perdonase, mas no pudo contener el resentimiento de sus legiones, las cuales le asesinaron.

En Occidente, los Lyoneses excitaron la ambicion de Próculo, y una noche, despues de una partida de ajedrez en la que habia sido constantemente dichoso, habiéndole echado

uno de los oficiales de su guardia un pedazo de púrpura sobre sus hombros exclamando : *¡ Augusto, te saludo !* todos los que estaban presentes pusieron una rodilla en tierra, y repitieron aquella aclamacion. Lyon y otras muchas ciudades importantes de la Vienense y de la Narbonense apoyaron á este emperador. Pero Probo no hizo mas que presentarse en la Gália para ahogar esta revolucion. Mas trabajo le costó vencer á Bonoso, oscuro gobernador de la Gran Bretaña, que tambien se habia adornado con la diadema imperial (280) ; pero fue el último rebelde que tuvo que castigar.

Triunfo y gobierno de Probo (280-282). Despues de haber pacificado así el imperio, volvió á Roma á triunfar de todas las naciones que habia vencido. Se dieron grandes espectáculos al pueblo con motivo de estas suntuosas fiestas. « Hicieron en el circo una selva artificial, y se entregaron como botin á la multitud mil avestruces, mil ciervos, mil jabalíes, mil gamos, mil gamuzas y una infinidad de animales rumiantes, tantos como habian podido encontrar ; en él dejaron correr al pueblo y cada uno tomó lo que quiso. El dia siguiente, el anfiteatro se guarneció de cien leones que rugian como truenos, doscientos leopardos, cien leonas y trescientos osos. En seguida combatieron trescientas parejas de gladiadores, la mayor parte prisioneros de guerra (1). »

Probo queria acostumbrar á sus soldados al trabajo como los antiguos soldados de la república. Les hacia desmontar tierras, levantar fortalezas y construir caminos. *El soldado*, decia, *no debe comer el pan gratuitamente*, y aun habia concebido la esperanza de pacificar el imperio hasta el punto de no tener ya necesidad de tropas permanentes. *¡ No mas soldados !* exclama su biógrafo, *¡ que reine sola en todas partes la república ! ¡ no mas armas que fabricar, ni víveres que proveer, ni guerras, ni cautiverio; que en todas partes haya paz, se observen las leyes romanas y se respeten nuestros jueces !* Este sueño desagradó á las legiones, que querian á todo trance hacerse necesarias. Conspiraron pues contra este dueño severo que no las dejaba descansar y le mataron (282).

(1) Dumont, t. I, p. 352.

Caro y sus hijos Carino y Numeriano (282-284). Un Galo, llamado Aurelio Caro, prefecto del pretorio, fue elevado al imperio por las legiones. Tenia dos hijos, Carino y Numeriano, á quienes asoció al soberano poder. Numeriano, natural de Narbona, era uno de los poetas y oradores mas distinguidos de su tiempo. Habia disputado el premio de la poesía al célebre Olympio Nemesiano, y no se le conocia rival para la elocuencia. Carino era de un carácter muy opuesto. Disoluto, cruel y envidioso, su alma no manifestaba grandeza sino en los grandes peligros. Caro temia los vicios de este hijo indomable, y hubiera querido conservarle cerca de sí para contener y reprimir los accesos de su ferocidad. Pero la desgracia de los tiempos le obligó á confiarle la defensa de la Iliria, mientras que él mismo se trasladaria á Oriente con el jóven Numeriano para combatir los enemigos del imperio.

En esta expedicion, Caro obtuvo al principio brillantes triunfos. Venció á los Persas, se apoderó de Seleucia y de Ctesifon, é hizo huir al rey de los reyes hasta lo interior de sus Estados. Aun allí quiso perseguirle, en despecho de un oráculo muy acreditado que anunciaba que los Romanos no pasarian nunca de Ctesifon; pero apenas concluyó su primera marcha mas allá de esta ciudad, su campamento experimentó una espantosa borrasca, su tienda de campaña fue envuelta por una viva claridad acompañada con grandes truenos, y despues de la tormenta se encontró su cadáver consumido. Se supuso que fue muerto por un rayo, pero tal vez seria víctima de un incendio.

El ejército se batió en retirada. Numeriano, que quedó solo, pareció inconsolable de la muerte de su padre. Le lloraba dia y noche, y derramó tantas lagrimas que llegó á enfermar de los ojos. No pudiendo soportar el sol y el polvo, siguió al ejército en una litera cubierta de espesas cortinas. Arrio Aper, prefecto del pretorio, le hacia la guardia y no dejaba aproximar á nadie. No obstante se creyó que la litera exhalaba un olor cadáverico, y habiendo dispersado la escolta de Aper, encontraron podrido el cuerpo del jóven príncipe.

Elevacion de Diocleciano al imperio (284). Al momento se

reunió el gran consejo armado para elegir un emperador, y nombró al Ilirio Valerio Diocles, que de soldado habia llegado á ser general. El nuevo emperador protestó que él no era el autor de la muerte de su predecesor, y despues de designar públicamente á Aper como culpable, le clavó su espada en el pecho diciendo: *Aper, consuélate y glorificate, no morirás de una mano vulgar : Æneâ magni dextrâ cadis.* Habiéndole anunciado una profetisa que seria emperador, cuando hubiese matado al jabalí, dijo por la tarde á sus amigos : *En fin, he matado al jabalí fatal,* jugando con la palabra latina *aper*, que significa *jabalí.*

Quedaba Carino, indigno hijo de Caro, quien desde que su padre le cedió una parte del imperio, no cesaba de deshonrarse con sus prodigalidades, crueldades y excesos. Cuando supo que su padre y hermano habian dejado de existir y que Diocleciano habia sido elegido emperador, volvió á adquirir valor y casi genio. Habiéndose puesto á la cabeza de sus tropas, triunfó al pié de los Alpes de su competidor llamado Juliano que se habia sublevado contra él en el Veneto, y fué á presentar la batalla á Diocleciano cerca de Margo en la alta Mesia. Tambien esta vez las tropas del Norte triunfaron de las del Mediodia, pero Carino fue muerto á traicion despues de su victoria, y Diocleciano vencido se encontró dueño del imperio.

CAPITULO IV.

Desde Diocleciano hasta el advenimiento de Constantino. Emperadores colegas (1).

(284-306.)

Hacia un siglo que el imperio era una presa que se disputaban los soldados Despues del despotismo militar vinieron las usurpaciones que produjeron una espantosa anarquía. El genio de algunos gefes del ejército creó momentáneamente en medio de todos estos tumultos una aristocracia de la que Claudio II, Aureliano y Probo fueron los representantes mas ilustres. Al advenimiento de Diocleciano, que era tambien militar, se operó un gran cambio en la constitucion de la sociedad romana. Este príncipe estableció un nuevo sistema de administracion, con el doble objeto de prevenir las revoluciones de las legiones y las invasiones de los Bárbaros. La guerra civil y extranjera fueron las dos grandes llagas que trató de curar. Para realizar este proyecto, creó dos Augustos y dos Césares, multiplicó las provincias, aumentó el número de todos los empleados subalternos, y estableció sobre las fronteras una línea de campamentos fortificados para impedir el paso de los Bárbaros. Pero aunque creó una especie de tetrarquía, no por eso destruyó la unidad del poder. Conservó una supremacia efectiva sobre todos los que habia investido con el título de Augusto y de César, y fundó una verdadera monarquía. Tomaba tambien el titulo de rey, sin temor de ofender la delicadeza de los Romanos, y se rodeaba de todo el lujo y de todo el brillo de los soberanos del Asia. Este fue el último esfuerzo ó mas bien el complemento de las ideas orientales.

§ I. Reinado de Diocleciano hasta su abdicacion (234-305).

Diocleciano y Maximiano (284-289). Sintiendo Diocleciano que la carga del imperio era demasiado pesada para un solo hombre, se asoció un aventurero, el feroz Maximiano, hijo

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Independientemente de los compendiadores ya indicados, consúltese tambien á Lactancio, *De morte persecutorum;* Eusebio, *Historia eclesiástica;* Pablo Oroso, Zonaro, *Anales;* y entre los modernos, á Tillemont, *Historia de los emperadores* y *Memorias para la historia eclesiástica*; Baronio, *Anales;* Rorhbacher, etc., etc.

de un jornalero de Sirmio, buen soldado, pero ignorante y grosero. Diocleciano le dió el apellido de *Herculio*, y él tomó el de *Jovio*. Esto era anunciar el papel que desempeñarian ambos, y caracterizar el género de sus talentos. Hércules habia de ser el brazo que ejecuta, y Jovio la cabeza que manda. Diocleciano, desdeñando las antiguas formas republicanas, obró sin consultar al senado, y en lugar de ir à Roma, los dos príncipes fijaron su residencia, Diocleciano en Nicomedia y Maximiano en Milan. Los dos se hicieron respetar y temer de los Bárbaros.

Maximiano derrotó en las Gálias á los *Bagaudos* (1), quienes nombraron dos gefes condecorados con la púrpura. Despues rechazó á los Francos, á los Borgoñones y á otra infinidad de Bárbaros que habian intentado invadir el imperio. Penetró tambien á sangre y fuego en la Germania, é hizo muchos cautivos. Diocleciano, que durante este tiempo se habia distinguido por medio de victorias conseguidas contra las naciones vecinas de la Siria y contra los Persas, volvió á unirse con Hércules en el Occidente para que participase de su gloria. Juntos tomaron los apellidos de *Fráncico*, *Alemánico* y *Germánico;* pero no pudieron someter la Gran Bretaña, en donde Carauso se habia hecho independiente. Hércules fue vencido en una expedicion que hizo á dicha isla. Echaron la culpa á los elementos, y acusaron al mar de estos desastres. Pero despues de haber hecho mucho ruido y grandes amenazas, los dos emperadores no se atrevieron á probar fortuna por segunda vez, y reconocieron la independencia de su rival. Esta paz se llamó la *paz de los tres Augustos* (289).

Tetrarquía (292). Diocleciano y Maximiano, despues de este tratado, conferenciaron en Milan acerca de las medidas que se habian de tomar para la administracion del imperio. Entonces estaban enteramente tranquilos. Los Bárbaros se hacian la guerra entre sí en Occidente; los Blemios inquietaban á los Etiopes en Egipto; los Moros estaban agitados con guerras civiles, y los Persas eran victimas del mismo

(2) Así llamaban á los colonos ó siervos que se sublevaron para librarse de las exacciones con que les oprimian los agentes imperiales.

azote. Pero el imperio no tardó en trastornarse en el interior, ni en ser atacado en el exterior. Juliano hizo un llamamiento á toda el Africa para que se sublevase; Aquileo tomó la púrpura en Alejandría, y los Persas abandonaron sus querellas para dirigir sus fuerzas contra el imperio.

No pudiendo Diocleciano hacer frente con su colega á todos los peligros, resolvió dividir todavía mas el mando creando dos Césares. Revistió con este nuevo título al Ilirio Flavio Constancio Cloro, hijo de una sobrina de Claudio II, y á Galerio Maximiano á quien llamaban *Armentario*, porque habia sido boyero en la Dacia. Diocleciano se reservó las provincias orientales, y dió á Galerio, su César, la Tracia y la Iliria; Maximiano retuvo para sí la Italia, el Africa y las islas, y entregó á Constancio la Gália, la España, la Bretaña y la Mauritania. Los Césares estaban subordinados á los dos Augustos, pero gozaban de los mismos honores y del mismo poder legislativo. Los edictos de los cuatro príncipes tenian fuerza de ley para todo el imperio, de modo que no era el Estado el que estaba dividido sino el gobierno.

Este nuevo sistema fue oneroso para las provincias, puesto que multiplicando las dignidades aumentaba las cargas. Pero por otra parte habia llegado á ser necesario, y esta division del poder prolongó la duracion del imperio. Diocleciano recogió al momento los frutos de este nuevo órden de cosas. Todos los enemigos del imperio fueron vencidos. Constancio fortaleció la dominacion romana en la Germania, y volvió á conquistar la Gran Bretaña de la que se habia apoderado Carauso. Diocleciano derrotó á Aquileo, y castigó severamente al Egipto. Maximiano Hércules pasó de las Gálias á Africa, en donde subyugó á Juliano y á sus partidarios. Galerio, que era una especie de gigante con voz horrorosa y horrible mirada, no cumplió al principio lo que habia prometido. En su primera campaña contra los Persas, fue vencido en medio de aquellas llanuras tantas veces funestas á los Romanos. Volvió huyendo á Antioquia, donde Diocleciano le recibió como soberano irritado, obligándole á seguir su carro á pié por espacio de una milla. El feroz César se apre-

suró á reparar su vergüenza. Entró en Armenia, sorprendió el campo de los Persas, y derrotó á su ejército de tal modo que su rey Narses le pidió la paz. Diocleciano se la dictó en Nisiba (297).

Nueva constitucion del imperio. Diocleciano, para impedir toda invasion, estableció una línea de campamentos bien fortificados desde el Egipto hasta la Persia; hizo lo mismo desde el embocadero del Rin hasta el Danubio, de suerte que los Bárbaros no pudieron ya pasar las fronteras con facilidad. Diocleciano despues de haber protegido así el imperio contra los enemigos exteriores, se ocupó en arreglar la administracion interior de las provincias.

Desde la nueva organizacion, Roma no fue ya sino el centro nominal del imperio. Permaneciendo Diocleciano en Nicomedia y Maximiano en Milan, el senado dejó de ser considerado como el gran consejo de la nacion. Todos los negocios fueron decididos por los soberanos y sus ministros, quienes ejercieron el poder legislativo. El prefecto del pretorio, cuya autoridad habia sido tantas veces funesta á los emperadores, se encontró considerablemente debilitado. Desde luego su poder militar fue menor, porque como habia tantos prefectos como emperadores, la jurisdiccion de cada uno de ellos no se extendia sino sobre una parte del ejército. Diocleciano limitó tambien sus derechos en el órden civil, autorizando la apelacion de su sentencia al consejo imperial, creando vicarios y viceprefectos, multiplicando los gobernadores y estableciendo sobre todos estos empleos una intervencion mútua que hiciese muy difícil toda coalicion.

Por consecuencia de todas estas medidas administrativas, el emperador era realmente dueño absoluto de todo. Su voluntad hacia ley, y todas las dignidades dimanaban y dependian de la suya. Era la monarquía oriental en toda su fuerza, y para que nadie pudiera equivocarse, Diocleciano la rodeó de toda la ostentacion y pompa con que los Persas honraban á su soberano. En los actos públicos y en las relaciones particulares se daba al emperador el nombre de *dominus*, y se le atribuian títulos y cualidades que solo convienen á la Divi-

nidad. Su persona sagrada estaba cubierta de oro y de piedras preciosas desde la cabeza hasta los piés, no se podia llegar á él sino despues de un ceremonial interminable, y habia que prosternarse delante de él á la manera de los Orientales. Los Césares desplegaban en sus córtes la misma magnificencia que los Augustos, y es fácil conocer que el pueblo habia de padecer por este aumento de gastos. Habiéndose multiplicado al mismo tiempo los oficiales civiles y militares y los empleados subalternos, el número de los que recibian, dice Lactancio, llegó á ser mas considerable que el de los que daban; y hubo una infinidad de desgraciados, que disgustados del trabajo por las persecuciones fiscales, abandonaron sus campos y los dejaron incultos.

A pesar de estos inconvenientes inevitables, se debe reconocer que las reformas de Diocleciano fueron muy útiles al imperio. Teniendo los gobernadores provincias menos extensas, pudieron ocuparse de ellas con mas cuidado y detalles. Las cuotas mejor repartidas pesaron especialmente sobre los grandes propietarios, y las inmunidades curiales fueron respetadas mas exactamente. En lugar de los *procuradores* que tenian en su mano el poder judicial y el poder administrativo, no hubo sino agentes del fisco, simples oficiales imperiales (*rationales*). En una palabra, en todas partes se vió el órden sustituido á la anarquía, y el reinado de la ley al de la violencia. El mismo Diocleciano publicó muchos decretos, los cuales fueron tan sabios que la mayor parte se conservan en el derecho romano y hacen parte del *Código de Justiniano.*

Persecucion de Diocleciano (302). Diocleciano gozó en paz por espacio de trece años de la obra de su genio. El imperio estaba tranquilo, y los cuatro príncipes que lo gobernaban parecian no tener mas que un mismo sentimiento y un mismo pensamiento. Hasta entonces Diocleciano no habia parecido enemigo de los cristianos. Habia algunos en su palacio, y sabia que su mujer é hija habian renunciado á la idolatría. Pero el feroz Galerio, á quien su madre habia enseñado en su aldea á ofrecer frecuentes sacrificios á las divinidades de

las montañas, alimentaba en el fondo de su corazon un odio ciego y furioso contra la religion de Jesucristo. Hizo pegar fuego al palacio de Nicomedia, acusó de ello á los cristianos, y con esta impostura excitó á Diocleciano á que ordenase la mas violenta persecucion contra ellos. Se expidieron sangrientas órdenes á todo el imperio, y la ferocidad de los perseguidores inmoló tantas víctimas, que en los anales de la Iglesia esta época se llama la *era de los mártires*.

Entre tanto Diocleciano quiso dar al mundo el espectáculo de su grandeza. Fué á Roma á celebrar el vigésimo aniversario de su reinado, y á triunfar con Maximiano de todas las naciones que habian vencido juntos. Llevaron delante de los dos Augustos las imágenes y los nombres de todos los pueblos que habian conquistado, é hicieron alarde de los apellidos de *Pérsico*, *Fráncico*, *Alemánico*, etc., que adulaban su vanidad. Pero el pueblo de Roma, acostumbrado por los demas príncipes á escenas gigantescas, encontró miserable el triunfo de los dos Augustos, y sus liberalidades mezquinas. Diocleciano, impresionado de la nada de su propio poder, cayó en una languidez sombría é irascible. Tomó el camino para volver á Nicomedia por las orillas del Danubio; durante el tránsito se agravó su enfermedad; asáltaronle terribles desvaríos, y se creyó que iba á perecer en uno de sus accesos de demencia, pero sin embargo curó.

§ II. Abdicacion de Diocleciano. Advenimiento de Constantino (305-306).

Abdicacion de Diocleciano (305). Sin duda Galerio no se regocijó de ello, porque hacia largo tiempo que estaba impaciente por elevarse al primer rango. Ya habia provocado la abdicacion de Maximiano, y sus instancias se convirtieron en insultos. En seguida se dirigió suave y amigablemente á Diocleciano representándole su edad avanzada y poca salud, y pintándole con los mas vivos colores las delicias del retiro y del descanso; y como todos sus bellos discursos no hacian

mucha impresion en el anciano Augusto, el feroz César le amenazó con sus armas. Diocleciano, asustado, prefirió perder la corona para no arriesgar su vida. Reunió pues sobre una eminencia á todos los soldados, y les declaró con los ojos llenos de lágrimas que, encontrándose débil y enfermo, no se sentia ya capaz de gobernar el imperio, y encargaba este cuidado á Galerio. Al mismo tiempo, siguiendo el parecer de su rival triunfante, nombró César al bárbaro Maximino. El mismo dia, Maximiano Hércules abdicaba en Milan, dando á Constancio Cloro el título de Augusto y á Severo la dignidad de César.

Diocleciano se retiró al palacio de Espalatro cerca de Salona, su patria, y allí pasó lo restante de su vida, que duró todavía nueve años, mas dichoso que en el trono. Maximiano, que se habia fijado en Lucania, le convidó á tomar de nuevo el poder soberano: *No me hablarias de este modo*, le respondió, *si vieses las buenas lechugas que he plantado con mis manos en mi jardin de Salona.* Diocleciano, á pesar de estar alejado de los negocios, resintió la consecuencia de las grandes revoluciones que agitaron el imperio. Experimentó grandes disgustos en su soledad, y se cree que lleno de pena y sentimiento se suicidó (313).

Poder de Galerio. Despues de la abdicacion de Diocleciano, Constancio Cloro habria debido ser primer augusto y tener á Severo bajo su dependencia. Pero sabiendo los dos nuevos Césares que habian sido elegidos por Galerio, se dirigieron á él y siguieron en todo sus intenciones. Desde este momento el feroz y cruel emperador se consideró dueño del mundo. Despreciaba la dulzura y debilidad de Constancio, y contaba con su muerte próxima para usurpar exclusivamente en provecho suyo el soberano poder. Mientras tanto acababa de destruir hasta la misma sombra de su libertad. En todo el imperio hacia juzgar á todos los que le parecian sospechosos.

El censo que impuso, dice Lactancio, fue una calamidad general. Los recaudadores se esparcieron por todas partes como si fuese un pais conquistado, y solo se veian robos y prisiones. Median las tierras, contaban las cepas, los árboles

y los ganados; escribian los nombres de todos los habitantes; las plazas públicas estaban llenas de familias como si fuesen rebaños, y cada uno tenia que declarar el número de sus hijos y esclavos. Los golpes y los látigos resonaban por todas partes. Daban tormento á los hijos, á los criados y á las esposas, para obligarles á deponer contra la declaracion de sus padres, amos, y maridos, y á estos con el fin de forzarles á declarar mas de lo que poseian. Hacian que se presentasen los enfermos y achacosos; fijaban la edad de todos: aumentaban la de los niños, disminuian la de los viejos, ademas exigian una contribucion por cabeza, y se vendia hasta el derecho de respirar. Galerio no disimulaba que su intencion era someter á los Romanos á la misma esclavitud que los Persas sufrian de sus reyes (1).

Advenimiento de Constantino. Lo único que inquietaba á este tirano cruel, era el hijo de Constancio, el jóven Constantino. Celoso del favor de que gozaba este príncipe entre los soldados, trató muchas veces de deshacerse de él. Un dia le hizo combatir contra un Sármata y despues contra un leon.

Constantino salió victorioso de todas estas pruebas. Constancio, que sospechaba los peligros que corria su hijo, pedia con muchas instancias que se lo enviase. No pudiendo negárselo por mas tiempo sin romper abiertamente, una tarde firmó Galerio su pasaporte, prescribiéndole volviese el dia siguiente por la mañana para tomar sus órdenes. Constantino desconfió de los caprichos del boyero sanguinario, y marchó durante la noche. En todas las casas de posta hasta bastante gran distancia, mandó cortar los corvejones á los caballos. Cuando Galerio supo su partida, convencido de que era imposible perseguirle, lloró de rabia. Constantino llegó á la Gália cerca de su padre, y le acompañó en una expedicion á Bretaña. Poco despues le cerró los ojos en su palacio de *Eboracum* (Yorck). El ejército le proclamó Augusto, pero Galerio no le concedió mas que el rango de César, reservando la primera dignidad del imperio para Severo,

(1) Dumont segun Lactancio, t. III, pág. 412.

hechura suya (306). Con Constantino comenzó una edad nueva, la edad cristiana (1).

(1) SUCESION IMPERIAL durante este segundo período Pertinax (193), Didio Juliano (193), Septimio Severo, Piscinio Nigro yAlbino (193), muerte de Piscinio Nigro (194), muerte de Albino (197), Reinado de Septimio Severo (193-211), Caracalla y Geta (211-217), Geta es asesinado en 212, Macrino (217-218), Eliogábalo (218-222), Alejandro Severo (222-235), Maximino (235-238), Gordiano (238-244), Filipo (244-249), Decio (249-251), Galo (251 253), Emilio Emiliano (253), Valeriano (253-259), Galieno (259-268), Claudio II (268-270), Aureliano (270-275), Tácito (275-276), Probo (276-282), Caro, Carino y Numeriano (282-284), Diocleciano (284-305).

CAPITULO V.

Lucha entre el paganismo y el cristianismo. Triunfo del cristianismo.

Cuando solo se considera la sociedad romana en sí misma, el corazon se parte de dolor á la vista de todos los crímenes y afrentas que nos revela la historia de este imperio moribundo. No hay en él mas que miseria y corrupcion, y está cubierto de llagas repugnantes que manifiestan un malestar universal. Los ejércitos no tienen disciplina ni vigor, el pueblo no se complace sino en los juegos y festines, las provincias dan un grito de angustia, y en todas partes la libertad muere bajo el yugo de un brutal despotismo. Las ciencias y las letras, que antes eran el adorno de la ciudad reina de las naciones, no son ya cultivadas bajo su dominacion sino por almas mercenarías, infamadas por el influjo de la servidumbre. Por fortuna á la sombra de esta sociedad degradada se levanta otra llena de brillo, de juventud y de esperanzas, y esta es la sociedad cristiana. Hija del cielo, no cuenta en la tierra con proteccion alguna. Los poderosos la persiguen, y unos hombres ignorantes y mendigos son los que la predican. Pretende reinar sobre el mundo en nombre de un Dios muerto en una cruz de madera, y esa locura tratada con desden por la sabiduría humana triunfa de todos los obstáculos. Las persecuciones sangrientas multiplican los creyentes en vez de destruirlos: los apóstoles ignorantes convierten á los sabios del siglo, y muy pronto no hay ya otra luz en el mundo que la de la Iglesia fundada á expensas de la sangre del Hombre-Dios.

§ I. Decadencia de la sociedad romana.

Para probar la decadencia y la ruina del mundo antiguo, basta echar una rápida ojeada sobre el estado de los ejércitos, de las provincias, del pueblo y del senado; porque bajo todos aspectos no encontramos ya nada en la Roma de Diocleciano que recuerde los bellos tiempos de la antigua república.

Del ejército. Este pueblo romano, que en otro tiempo habia sido esencialmente guerrero, no ha conservado ninguno de sus gustos ni costumbres militares. Para reclutar el ejército, era preciso recurrir á los extranjeros. Desde el tiempo de Marco Aurelio los soldados auxi-

llares eran mucho mas numerosos que los legionarios, y estos salian casi todos de la clase de los colonos. La guerra no era ya para estos hombres sin patria un deber sagrado, sino una simple profesion, un oficio como otros muchos. No dándoles cuidado alguno el imperio, aborrecian á los príncipes que querian restablecer la antigua disciplina, y hemos visto á muchos de ellos ser víctimas de su celo. Como constituian en este periodo toda la fuerza de los que reinaban, los mejores príncipes se creyeron obligados á comprar su decision y fidelidad, favoreciendo su cobardía y molicie. Aureliano, el severo Aureliano, les dió broches de oro y vestidos magníficos. Domiciano aumentó su sueldo con una cuarta parte mas de lo que tenian; y aunque no nos es posible fijar de una manera positiva la paga del soldado en tiempo de los emperadores que le sucedieron, no obstante algunos cálculos aproximativos prueban que aquella paga recibió un aumento considerable. Sin embargo estas recompensas no estimulaban á ciudadanos para que sirviesen á la patria. Los reemplazos se elevaron á un precio muy subido, y todos se esforzaban para comprar sustitutos. Así es que al fin solo habia bárbaros en los ejércitos romanos.

Del pueblo. ¿Cómo se hubieran podido encontrar guerreros en este pueblo degenerado que llenaba á Roma y á las grandes ciudades de Italia? Con motivo de las ideas acreditadas por el sensualismo pagano, la multitud despreciaba el trabajo y la industria como obras de esclavos, y para ella toda la vida habia de pasarse en juegos y festines. *Panem et circenses*, exclamaban los ciudadanos hambrientos de goces y placeres. Para ellos el mejor emperador era el que les daba magníficos espectáculos, grandes combates de gladiadores, naumaquias, cazas y corridas de carros. La imaginacion no puede representarse los inmensos gastos hechos para divertir al *pueblo-rey*. Para evitar las sediciones, los emperadores se aplicaban á darle todo lo necesario; y cuando podian aumentar sus provisiones se vanagloriaban de ello como de una gran victoria. « Entre los servicios que hemos hecho á la república, nada es mas glorioso para mí, dice Aureliano, que el haber añadido una onza á toda especie de provisiones urbanas. Para que esto sea perpetuo, he añadido á los convoyes de Egipto los *naviculares* del Nilo y del Tiber; he construido los muelles del Tiber, he excavado su lecho; he establecido votos á los dioses y á la *perpetuidad*; he exaltado la Céres benéfica. Ahora es preciso trabajar para que mis disposiciones tengan efecto; porque nada puede ser mas agradable que ver al pueblo romano bien alimentado. »

De las provincias. No se cuidaba tanto al pueblo de las provincias. Sin embargo, como lo hemos hecho observar, el establecimiento del

imperio habia mejorado considerablemente su posicion. Los Antoninos principalmente se ocuparon de todas las partes del imperio con un celo y una solicitud admirables. A pesar de todos estos cuidados, pronto se manifestaron graves abusos. Teniendo los gobernadores de cada provincia una jurisdiccion demasiado extensa, no podian hacer frente á todos los negocios. Cambiándolos tambien algunas veces con demasiada frecuencia, se les ponia en la imposibilidad de administrar sus departamentos con la misma prudencia, porque no conocian bastante sus necesidades. Los impuestos estaban repartidos con tan poco discernimiento, que los contribuyentes no podiam soportar sus cargas, y habia que perdonarles sus deudas por muchos años. En el Oriente la miseria habia despoblado casi todas las provincias, hasta tal punto que en toda la Grecia, segun Plutarco, no se hubieran podido encontrar tres mil guerreros, es decir, tantos como la ciudad de Megara armó por sí sola en otro tiempo.

Diocleciano estableció viceprefectos, multiplicó los gobernadores y empleados subalternos, y puso órden y regularidad en la percepcion de las contribuciones. Esta medida, que quitaba muchísimos inconvenientes, creó otros que mas tarde fueron detestables. Las provincias fueron sacrificadas por aquella multitud de administradores asalariados. « En todas partes, dice Lactancio, no habia mas que recaudadores, vicarios y comandantes: los que recibian eran mucho mas numerosos que los que daban, de tal modo que, por la enormidad de las prohibiciones, los colonos extenuados abandonaban sus campos, y los campos cultivados se convertian en selvas. » Esta fue una de las mayores plagas del mundo imperial, como nos lo muestra Salviano haciendo la pintura de la sociedad romana en la época de las invasiones.

Del senado. La gran desgracia de esta sociedad era carecer absolutamente de libertad. Desde Augusto hasta Diocleciano hemos visto apagarse ese fuego sagrado, y con él se acabó la vida, la fuerza y el movimiento. En este último período el soplo de las ideas orientales desecó lo que aun quedaba de lozanía en lo interior de las almas. Sin embargo el senado sobrevivia siempre, al menos como un recuerdo imponente y solemne. Algunas veces salia de su letargo para protestar contra las crueldades embrutecidas del despotismo. Pero Diocleciano le aniquiló del todo. De aquí en adelante el consejo imperial reemplazará al gran consejo de la nacion, y el título de senador no será ya sino una distincion honorífica. La persona del emperador, hé ahí el poder de que todo depende. Hemos dicho hasta dónde quiso Diocleciano que los Romanos degradados llevasen el culto del absolutismo. Se hacia adorar como un dios, y exigia que se hiciese el mismo honor á sus colegas.

Por lo demas, era esta la única religion que sobrevivió al imperio porque el paganismo perdia terreno sin cesar, como se puede ver por los progresos del cristianismo.

§ II. Progreso del cristianismo. De las persecuciones.

Extension del cristianismo. La doctrina evangélica que, como hemos dicho, fue predicada en todo el mundo desde el tiempo de los apóstoles, hacia cada dia nuevos prosélitos. La carta del procónsul Plinio al emperador Trajano prueba que habia un número inmenso de cristianos no solo en las ciudades, sino tambien en los pueblos y casas de campo de la Bitinia. Luciano habla de un falso profeta que se quejaba de que en el Ponto no se encontraban sino cristianos ó ateos, y se podrian recoger iguales testimonios sobre el Africa, el Egipto y todas las provincias del Oriente.

Antiguas tradiciones muy ciertas conservadas en Occidente atribuyen á los discípulos del apóstol san Pedro la fundacion de la mayor parte de las grandes iglesias de Italia, y la fe hizo en Roma progresos tan rápidos que en tiempo de Diocleciano se contaban ya cuarenta iglesias. Los orígenes de las iglesias de Africa son menos conocidos, pero los escritos de Tertuliano y de san Cipriano nos enseñan que en el segundo y tercer siglo habia ya en ellas un clero numeroso y una multitud de fieles muy fervientes. La España vió á sus obispos reunirse en concilio desde el siglo tercero, y la Gália cuenta sus mártires á millares bajo el reinado de Marco Aurelio. Es imposible apreciar con documentos positivos el número de los cristianos en esta época; pero no se puede dudar que fue muy considerable, puesto que Tertuliano escribia al mundo entero estas bellas palabras: « Nosotros somos de ayer, y llenamos todo lo que os pertenece, vuestras ciudades, islas, pueblos y fortalezas, los municipios, las asambleas del pueblo, los campos, las corporaciones, la córte imperial, y aun el senado y el Foro; solamente os dejamos los templos. Podemos contar vuestros ejércitos; pero los cristianos de una sola provincia son mas numerosos. Si qui-

siéramos vengarnos, ¿ qué guerra no podriamos sostener? Y si quisiésemos solamente separarnos de vosotros y retirarnos á cualquier pais lejano. la pérdida de tantos ciudadanos destruiria vuestro poder. »

De las persecuciones. El cristianismo, sin embargo, habia tenido grandes obstáculos que vencer. Le era preciso desarraigar en el pueblo una infinidad de preocupaciones de educacion y de nacimiento, y obligarle á abandonar sus depravadas costumbres tan caras á sus pasiones, para abrazar una religion que al principio hacia pasar á los que la abrazaban por ateos y malos ciudadanos que habian de ser entregados á la vara del verdugo. Porque tal fue la idea que el Estado tuvo desde luego de los cristianos, y tal el motivo que impelió á los emperadores para armarse contra ellos de la fuerza material. Ellos estaban constantemente bajo los golpes de la ley, y puede decirse que su sangre no cesó de correr en todo el imperio. No obstante en aquellos siglos de sufrimientos, se distinguen diez grandes persecuciones ó diez épocas durante las cuales se les persiguió con un aumento de furor.

La primera persecucion tuvo lugar en tiempo de Neron. Hizo padecer terribles suplicios á los cristianos de Roma, y él fue quien condenó á muerte á san Pedro y san Pablo. Domiciano ordenó la segunda, porque los cristianos se negaban á contribuir para los gastos de un templo que habia erigido á Júpiter Capitolino. Su palacio fue cubierto con la sangre de Flavio Clemente y de Domitila, sus parientes. Trajano, á pesar de su dulzura, fue el autor de la tercera persecucion, que es particularmente célebre por el martirio de san Ignacio de Antioquía. Los Antoninos, á quienes algunos historiadores llaman los mejores de los príncipes y los mejores de los hombres, fueron terribles para los cristianos. Adriano renovó los edictos de sangre de sus predecesores, y Marco Aurelio le imitó. Durante la persecucion del filósofo coronado, que fue la quinta, Lyon y las Gálias fueron testigos de las escenas mas horrorosas. Diez y ocho mil mártires fueron degollados. El milagro de la legion fulminante, que obtuvo del cielo agua abundante para las legiones romanas próximas á perecer de

sed en Germania, enterneció el corazon de Marco Aurelio é hizo cesar la persecucion.

El feroz Cómodo y sus sucesores dejaron tranquilos por algun tiempo á los cristianos, pero Septimio Severo publicó contra ellos el sexto edicto. Alejandro Severo favoreció á los discípulos de Jesucristo, siguiendo los ilustrados consejos de su madre, que era cristiana. Mas la reaccion fue terrible en tiempo del bárbaro Maximino y de Decio. En esta última persecucion, los verdugos emplearon una crueldad esmerada. Los cristianos estaban vigilados tan de cerca, que por espacio de diez y seis meses el clero de Roma no pudo dar un sucesor al papa Félix que habia sido condenado á muerte. Valeriano comenzó la novena persecucion hácia el fin de su reinado. Entre sus víctimas mas ilustres se distinguen los papas Estéban y Sixto, san Cipriano y el diácono san Lorenzo. En fin, la décima y última persecucion fue la de Diocleciano y de Galerio. Todos los Augustos y los Césares, excepto Constancio y Constantino, se complacieron por espacio de diez años en derramar la sangre de los cristianos. « Encarcelaban á los sacerdotes, dice Lactancio, y á todos los ministros de la religion; despues, sin oirlos, y aun sin interrogarles, los llevaban á la muerte. Los cristianos, sin distincion de edad ni sexo, eran condenados á las llamas; y como eran numerosos, no les entregaban ya aisladamente al suplicio, sino que se les amontonaba sobre las hogueras. Los esclavos eran arrojados al mar con piedras al cuello; la persecucion no perdonaba á nadie. »

De los apologistas. Los cristianos no contaban, para defenderse, mas que con su resignacion y paciencia. Sin embargo, algunos de ellos que habian cultivado las letras humanas, hicieron uso de su elocuencia para rechazar todas las calumnias de que les acusaban los paganos, y para mostrar á los emperadores la injusticia de sus persecuciones. La primera apología en favor del cristianismo fue presentada al emperador Adriano por el obispo Quadrato y por el filósofo Aristides. Meliteno de Sardos y Apolinario de Gerápolis presentaron otras á Marco Aurelio. Estos monumentos preciosos se han

perdido por desgracia, mas los acontecimientos prueban que estas diligencias no fueron infructuosas. Si Adriano y Marco Aurelio no pusieron fin del todo á sus persecuciones, al menos las amortiguaron.

Todavía poseemos las dos apologías del filósofo Justino, una dirigida á Adriano y otra á Vero y á Lucio, la del filósofo Atenágoras á Marco Aurelio y á L. Vero; y en fin la admirable apologética de Tertuliano que fue dirigida á los magistrados de Cartago, segun Dupin y Tillemont, y probablemente publicada en 199. Esta obra de Tertuliano es acaso el mas bello monumento de la elocuencia cristiana.

Estas apologías estaban escritas para los paganos. Lo que animaba á los cristianos en medio de sus pruebas, es que veian que Dios les protegia sensiblemente, ya por medio de los prodigios que hacia en favor de los mártires, ya por medio de los castigos que hacia caer sobre sus perseguidores. Porque ellos observaban que todos los que les habian atormentado mas cruelmente morian de una manera trágica. El mismo Lactancio escribió un tratado *De morte persecutorum*, para fijar la atencion general sobre este punto, y excitar á los mismos paganos á pensar en él.

§ III. Luchas de las doctrinas. Triunfo de la doctrina cristiana.

De las doctrinas filosóficas. El paganismo espirante no luchó solamente contra el cristianismo por medio del acero. Le dió un combate mas peligroso y temible por medio de las doctrinas. La filosofía, que no habia podido fundar nada con el genio de los Pitágoras, de los Sócrates, de los Platones y de los Aristóteles, hizo el último esfuerzo para no merecer la tacha de impotencia. Todas las doctrinas de las antiguas escuelas fueron continuadas de nuevo con calor y explotadas por hombres de gran talento. Hubo neopitagóricos y neoplatónicos de raro mérito. Algunos de estos filósofos, como Plotino, trataron de conciliar los sistemas que habian parecido contradictorios hasta entonces, y de hacer una fusion que diese por resultado una teoría completa, capaz de satisfacer todas las necesidades del pensamiento. Escogieron pues en sus predecesores lo que les parecia mejor, é intentaron construir

con todos estos restos un conjunto armónico, que hubiera sido la última palabra de la ciencia. Su método los hizo llamar *eclécticos*.

Al mismo tiempo estos hombres eminentes en saber quisieron justificar al politeismo de todos los absurdos que le echaban en cara los cristianos. Con este objeto principiaron á explicar científicamente las mitologías de Grecia y del Oriente, y emprendieron trasformar en una teoría racional todos aquellos sueños producidos por la imaginacion de los pueblos. Esto era desfigurar la creencia popular y disfrazarla para que se elevase á una altura á que no podia alcanzar. Así es que todos estos trabajos fueron vanos y estériles. Solo sirvieron para poner mas de manifiesto la impotencia de la filosofía siempre que sale de los límites de la esfera en que la naturaleza la ha circunscrito. Esta nueva experiencia fue pues mucho mas favorable que perjudicial para la causa del cristianismo.

De las herejías. Por lo demas, los enemigos mas peligrosos de la Iglesia no estaban fuera de ella, sino en su mismo seno. Entre los que se habian convertido al cristianismo, no todos habian renunciado á sus antiguos errores. Así como hemos visto cristianos judaizantes conservar alguna cosa de los ritos del tiempo de Moisés, así tambien hubo paganos que querian retener alguna parte de los sistemas orientales. Pretendian conciliar todos estos desvaríos supersticiosos con las doctrinas cristianas, y formar de este modo un sincretismo religioso mas ó menos extravagante. Sin pensar en entrar en el pormenor de todas estas teorías monstruosas, nos contentaremos con hacer observar los progresos del espíritu humano, conforme se extiende la luz del cristianismo.

Y así al principio los sectarios reproducen las doctrinas orientales casi íntegras. El cristianismo no hace sino ligeras modificaciones en sus ideas fantásticas. Es el panteismo revestido de todas aquellas formas poéticas á que se prestaba el principio de las emanaciones. Valentin fue el principal representante de este sistema, y sus discípulos tomaron el nombre de *gnósticos*. Hácia el fin del siglo segundo observamos un gran cambio en la mayor parte de los herejes. Generalmente el panteismo es reemplazado por el dualismo, esto es, que en lugar de admitir que todo es Dios, se reconocen dos principios, uno bueno y otro malo, y con la ayuda de estos dos principios se quiere dar cuenta del mundo presente. Marcion tomó esta doctrina de los Persas, y su escuela llegó á ser muy numerosa. Sin embargo, en los siglos tercero y cuarto no tardó en ser abandonada. Todo el mundo reconoció la existencia de un Dios único, criador de todas las cosas. El error de los herejes no se fijó ya sino sobre la esencia divina. No pudiendo com-

prender la trinidad, en el sentido de los cristianos, aquellos hombres, que apelaban de ello menos á la fe que á la razon, negaron la pluralidad de las personas en Dios, y cayeron en el error de los unitarios. Sabelio fue su gefe, y llamaron á esta doctrina el *sabelianismo*.

De los Padres de la Iglesia. Lo que habia mas que temer de todas estas sutilezas que no se podian comprender, era que alterasen la pureza de la enseñanza de la Iglesia. Pero la Providencia proveyó á ello suscitando hombres de genio que la defendieron con elocuencia contra todos sus enemigos. No poseemos hoy sino la mas pequeña parte de las obras que se publicaron; los documentos históricos de aquella época contienen los nombres de un gran número de escritores cuyos libros se han perdido. Sin embargo, considerando lo que nos queda, la literatura cristiana encierra abundantes riquezas.

Sin contar las apologías de san Justino, se dieron á luz en el segundo siglo los tratados de controversia de este mismo Padre contra los Judíos y los gentiles, los escritos de san Policarpo, de san Teófilo de Antioquía, de san Ireneo, de Tertuliano y de Clemente de Alejandría. El tercer siglo es todavia mas rico. Orígenes ha admirado á todos los sabios por la sublimidad y extension de sus conocimientos, despues Minucio Félix, san Cipriano, san Gregorio el Taumaturgo, san Dionisio de Alejandría y una infinidad de otros escritores de genio. En fin, el cuarto siglo, el siglo de Constantino, es la edad de oro de la literatura cristiana.

Debe observarse que el cristianismo se eleva á medida que el paganismo se debilita. En estos últimos tiempos, los emperadores trataron de dar brillo á la literatura pagana. Fundaron escuelas, y dieron á los profesores sueldos magníficos. A pesar de todos estos esfuerzos y recursos, esa literatura fue estéril, careció de energía, y en el siglo cuarte no se encuentra ninguna obra importante, ni hombre alguno célebre. El cristianismo, por el contrario, atacado por los poderes del siglo, y careciendo de todo recurso, cuenta en su seno un gran número de oradores y filósofos que levantan monumentos literarios para siempre admirables. Tan cierto es que lo bello no puede ser sino el esplendor de lo verdadero : *Pulchrum splendor veri.*

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA.

TERCERA PARTE

DEL IMPERIO.

TERCER PERIODO.

Desde Constantino hasta la muerte de Teodosio (306-395).
Edad cristiana.

CAPITULO PRIMERO.

Constantino (1).

(306-337.)

Al advenimiento de Constantino se preparó una nueva era. El imperio obedeció á muchos dueños, pero entre todos estos aventureros se nota uno mas amable y humano que todos los demas, y fue Constantino, hijo de Constancio. Su padre le enseñó á respetar á los cristianos; y los protegió mientras que sus colegas

(1) Autores que se pueden consultar. Zosimo: es hostil á los cristianos. Orosio, *Historiarum* lib. VII; Zonaras, *Anales*; obra preciosa para la vida de Constantino y de sus sucesores; Lactancio, *De morte persecutorum*; Eusebio, *Historia eclesiástica y vida de Constantino, Panegyricæ orationes veterum oratorum*, etc., son los panegíricos de los emperadores desde Diocleciano hasta Teodosio. Entre los modernos: ademas de las historias universales ya citadas: el P. Bernardo de Varenne, *Historia de Constantino el Grande*, es un panegírico; Le Beau, *Historia del Bajo Imperio*; Corentin-Royou, *Compendio* en 4 vol. *de la Historia del Bajo Imperio*; Naudet, *De los cambios efectuados en la constitucion del imperio*, etc.

los perseguian. En cambio de esta proteccion notable que concedió á los discípulos de la cruz, el cielo iluminó su corazon y concedió la victoria á sus armas. Todos sus rivales cayeron sucesivamente bajo sus golpes, y con él se sentó el cristianismo en el trono de los Césares. Sin embargo, nos parece que el papel y el carácter de Constantino rara vez han sido juzgados bajo su verdadero punto de vista. Se le creyó profundamente cristiano el dia en que se le apareció el *lábaro*, y no se ha fijado la atencion en que no pidió el bautismo sino al tiempo de morir. Aunque penetrado de admiracion por el cristianismo que veia lleno de porvenir, no obstante permaneció siempre bajo el influjo de la antigua creencia. De ahí, sin duda, esa mezcla de bien y de mal, de crueldad y de dulzura, de injusticia y de rectitud que encontramos en su vida. Como hombre de transicion conservó algunos de los vicios é inclinaciones de los emperadores paganos, mostrando al mismo tiempo en muchas circunstancias esas grandes y nobles virtudes que el cristianismo enseñó al mundo. Acaso esta consideracion bastaria para poner de acuerdo á sus detractores y panegiristas, concediendo á unos que tuvo cualidades admirables, y confesando con los otros que las oscureció con grandes faltas.

§ I. Desde el advenimiento de Constantino hasta la muerte de Licinio (306-324).

Estado del imperio al advenimiento de Constantino (306). Cuando Constantino sucedió á su padre, el imperio obedecia á Galerio, á Maximino y á Severo (1). El César Maximino tenia las provincias de Asia, Severo la Italia y el Africa con él título de Augusto, Galerio se habia reservado todas las demas provincias. Habiéndose hecho Severo odioso en Italia por sus crueldades y exacciones, se sublevó el pueblo y proclamó á Augusto Maxencio, hijo de Maximiano que en otro tiempo habia abdicado en Milan. El nuevo emperador asoció su padre á su poder, de suerte que en este momento hubo seis emperadores: Galerio, Severo, Constantino, Maximino, Maxencio y Maximiano. Vamos á ver desaparecer sucesivamente todos estos rivales y á Constantino reinar solo en todo el imperio.

Muerte de Severo (307). Inmediatamente Severo fue víctima de la revolucion que sus injusticias habian provocado en Italia. Habiendo acudido á Milan para combatir á Maxencio y

(1) Véase mas arriba, pág. 446.

á su padre, cayó en manos de sus enemigos que le dieron la muerte. Galerio quiso vengarle; pero despues de haber talado la Italia, este príncipe tan cobarde como cruel no se atrevió á sitiar á Roma y se retiró. Sin embargo dió un sucesor á Severo, y fue el ignorante y valiente Licinio. A esta noticia, Maximino, que oprimia al Egipto y la Siria, se creyó vejado por esta preferencia y se dió á sí mismo el título de Augusto.

Muerte de Maximiano (310). Constantino se habia unido desde luego con Maxencio y Maximiano para hacer contrapeso al poder de Galerio, que contaba con la decision de Maximino y de Licinio, sus hechuras. Se casó con Faustina, hija de Maximiano, y tomó tambien el título de Augusto (307). Pero este acuerdo no fue de larga duracion. Maximiano se alejó de Maxencio, su hijo, porque no se encontraba rodeado de toda la consideracion que ambicionaba. El viejo Augusto fue primeramente á quejarse á la córte de Galerio. Habiendo sido mal acogido por este emperador, vino á la Gália á refugiarse cerca de Constantino, su yerno. Su ambicion le perdió. Tuvo la bajeza de aprovecharse de una expedicion que emprendió Constantino contra los Bárbaros, para robarle sus tesoros y excitar sus súbditos á la rebelion. Constantino se arrojó sobre él con la rapidez del rayo, le alcanzó en Marsella y le mató (310).

Muerte de Galerio (311). El siguiente año Galerio espiraba en medio de los mas terribles tormentos. Su reinado habia sido el de un bárbaro. Nacido en las chozas de los Dacios, este porquero que pasaba los dias á la mesa y las noches en escandalosas orgías, detestaba la virtud y el saber. Persiguió á los cristianos con un furor inaudito, y desterró á los jurisconsultos, á los abogados y literatos para dejar el cuidado de administrar justicia á guerreros extraños á las leyes. Su muerte fue tan terrible que todos vieron en ella un castigo de sus crímenes. Él mismo creyó en la venganza del cielo, y en medio de sus sufrimientos suspendió las persecuciones contra los cristianos por un edicto que publicó en su nombre y en el de Licinio y Constantino.

Derrota y muerte de Maxencio (312). Despues de la muerte de Galerio, Maximino y Licinio se repartieron sus despojos. Maximino se unió despues á Maxencio y Licinio á Constantino. El carácter de Constantino y el de Maxencio eran muy opuestos. Constantino administraba las Gálias con dulzura y prudencia; Maxencio al contrario tiranizaba la Italia y el Africa. No pensando mas que en sus placeres, arruinaba á Roma y á la Italia por sus locas prodigalidades, atormentaba á los senadores con sus injusticias y violencias, y entregaba la ciudad y las provincias á sus soldados desaforados, dejando impunes sus depredaciones y atentados.

Esta oposicion de conducta y sentimientos necesariamente habia de traer una lucha violenta. Maxencio, celoso de la gloria de Constantino y del afecto que le manifestaban sus súbditos, reunió un ejército numeroso para usurparle el imperio, y vengar, segun decia, la muerte de su padre. Constantino no era todavía cristiano. Hacia mucho tiempo que la verdad principiaba á ilustrar su inteligencia, y deseaba vivamente poseerla del todo. Cuando se puso en marcha contra Maxencio, estaba preocupado enteramente de estas nuevas ideas. Hé aquí que hácia medio dia, por un tiempo tranquilo y sereno, apercibe encima del sol una cruz luminosa con esta inscripcion : *In hoc signo vinces* : por esta señal vencerás. Al dia siguiente mandó hacer una bandera sobre la cual grabó el emblema de la milagrosa aparicion, y á la que llamaron *lábaro*. Lo llevaban á la cabeza del ejército, y Constantino prosiguió su expedicion creyéndose bajo la proteccion del cielo.

El éxito respondió á sus esperanzas. Batió al otro lado de los Alpes á los ejércitos de Maxencio en Turin y en Verona, y él mismo derrotó á Maxencio bajo los muros de Roma. El Bárbaro, al huir, se cayó del puente Milvio en el Tíber y se ahogó. Constantino, dueño de Roma, exterminó toda la familia de Maxencio, perdonó á sus partidarios, destruyó el campo de los pretorianos, devolvió al senado su esplendor, y recibió los homenajes y felicitaciones de los grandes y del pueblo.

Derrota y muerte de Maximino (313). Constantino, despues de su victoria, estrechó su alianza con Licinio, y le dió en matrimonio á su hermana Constancia. Maximino resolvió vengar la muerte de Maxencio, su aliado, y rompió bruscamente con Licinio. Le atacó en Asia con un fuerte ejército, pero fue vencido en dos grandes combates. Desesperado huyó á Tarso, y se envenenó. Desde entonces Licinio y Constantino se encontraron únicos dueños del imperio.

Rivalidad de Licinio y Constantino (314). Licinio reinaba en el Oriente y Constantino en el Occidente. Estos dos emperadores personificaron en ellos la lucha de la sociedad pagana y de la sociedad cristiana Constantino se manifestaba protector celosode los cristianos. Edificaba y dotaba sus iglesias, admitia á los obispos á su mesa, y confiaba la educacion de su hijo Crispo á Lactancio, uno de sus ardientes apologistas. Licinio, despues de haber mostrado por de pronto la misma dulzura y moderacion que Constantino, se arrojó en seguida, por espíritu de rivalidad, en el partido opuesto. Se habia declarado enemigo de los cristianos, y fomentado una sedicion contra Constantino, su rival y protector. Esta tentativa fracasó, pero produjo una guerra entre los dos emperadores. Licinio fue vencido en Cibalis y en Mardia, y se vió obligado á ceder á Constantino, ademas de la Tracia y la pequeña Mesia, todos los paises situados al sur del Danubio (314). La paz se ajustó á este precio; pero desde aquel momento un secreto despecho trabajó el corazon de Licinio. Vejaba á sus súbditos, atormentaba á los cristianos, y no conservaba con su rival sino frias relaciones.

Derrota y muerte de Licinio (324). Habiéndose visto obligado Constantino por las invasiones de los Bárbaros á llevar la guerra á Mesia y Tracia en los confines de los dos imperios, Licinio, en lugar de unirse á él contra el enemigo comun, pretendió que habia violado su territorio y le declaró la guerra. El Oriente iba á encontrarse de nuevo en frente del Occidente; pero en esta circunstancia la cuestion política se complicó con los intereses religiosos. Licinio, antes de la batalla, se recomendó á sus falsos dioses, y estudió el por-

venir en las entrañas de las víctimas y por medio de los adivinos. Constantino, por su parte, dirigió sus oraciones al Dios de Moisés y á Jesucristo. Se hubiera dicho que las dos religiones estaban en presencia una de otra. Constantino venció al ejército de tierra en Andrinópolis, mientras que su hijo Crispo destruyó la flota enemiga en Galípoli. Licinio se fugó á Calcedonia, en donde fue derrotado nuevamente seis semanas despues. Constantino se habia relegado á Tesalónica; pero intrigó nuevamente en su destierro y sublevó á los Bárbaros. Le condenaron á muerte, y con él pereció el último de aquellos perseguidores que por espacio de veinte años habian poblado el cielo de mártires (324).

§ II. Constantino reina solo. Del gobierno y de la administracion de Bizancio (324-337).

Fundacion de Constantinopla (330). Luego que Constantino se vió señor del mundo, principió un nuevo órden de cosas. Diocleciano, que habia echado los fundamentos de la monarquía, se habia alejado de Roma para aniquilar el senado y romper con todas las tradiciones de la antigua república. Constantino, que tenia el designio de realizar el mismo pensamiento político, y queria ademas hacer descansar su monarquía sobre las ideas cristianas, no pudo fijarse en Roma, donde los vivos recuerdos del paganismo hubieran contrariado demasiado enérgicamente sus designios. Pensó pues en echar los cimientos de una nueva capital, y escogió á Bizancio, situada en la union de los tres continentes. Señaló el circuito de esta nueva ciudad, abriendo el terreno con el hierro de una lanza, edificó en medio de sus muros la mas notable de las iglesias de Oriente, Santa Sofía, enriqueció sus calles y plazas con todos los mas bellos monumentos de escultura que se pudieron encontrar en Grecia y Asia, y prometió las mayores recompensas á los que viniesen á habitarla. En pocos años esta ciudad opulenta tuvo su Foro, su Capitolio, escuelas ó academias, catorce barrios divididos en tribus y en curias, y el dia de su consagracion el emperador pudo darle sin énfasis el nombre de *segunda*

Roma, hija primogénita y querida de la antigua. Lo que mas admiró en la solemnidad de esta dedicacion, fue ver que Constantino que habia plantado la cruz sobre su nuevo Foro, renovó los juegos paganos del circo, é hizo pasear en un brillante carro triunfal su estatua, que le representaba con una pequeña imágen de la *Fortuna* en la mano.

Del gobierno. Por lo demas, esta ridícula alianza de las ideas paganas con las ideas cristianas se hizo notar largo tiempo en el gobierno bizantino. Constantino no concibió en politica otro sistema de administracion que el de Diocleciano. Como él, estableció de derecho la autoridad absoluta del emperador, se hizo dar una especie de culto personal, y se rodeó de un lujo y de una magnificencia que costaron muchas lágrimas á sus súbditos. Exclusivamente preocupado de una especie de centralizacion administrativa, hizo constantemente abstraccion de los derechos del pueblo, para no trabajar mas que en los intereses de su monarquía. Queria que su poder fuese hereditario, y nada economizó para conseguirlo. La antigua nobleza habia sido destruida por los desastres de los precedentes reinados, el senado fue herido de muerte por Diocleciano, y Constantino no pensó en devolverle su importancia; pero comprendió que en el interés del trono debia estar rodeado de la nobleza, como de una guardia de honor, para cubrirle en caso necesario contra los golpes del pueblo. Con este objeto creó los ostentosos títulos de *ilustres, respetables, serenísimos, muy perfectos* y *muy nobles,* inventó nuevos trajes y nuevas condecoraciones para todos estos nuevos títulos, y dió así á su córte una pompa y una grandeza enteramente oriental.

Para impedir las revoluciones del ejército y asegurar el trono á sus descendientes, separó del todo la autoridad civil de la autoridad militar. Los prefectos no tuvieron otros encargos que administrar la justicia y las rentas, arreglar el comercio y vigilar todos los asuntos civiles. Tenian bajo sus órdenes á los vicarios ó viceprefectos que estaban á la cabeza de cada diócesis. Los gefes de las provincias se llamaban *procónsules, consulares, correctores ó presidentes.* El ejército

tenia sus gefes particulares. El mando supremo correspondia á dos maestres generales, el de la infantería y el de la caballería. Para hacer imposible toda revolucion grave é importante, la legion se redujo de seis mil á mil quinientos hombres, lo cual debilitó considerablemente sus fuerzas, y facilitó las invasiones de los Bárbaros. Pero la mayor falta de Constantino en su reforma militar fue tal vez la de haber dividido las tropas en tres clases : los *palatinos*, los *legionarios* y los *guardafronteras* (limitanei). Estos últimos cuerpos se componian casi exclusivamente de Bárbaros, y jamás tuvieron la decision ni heroismo de una milicia nacional.

Legislacion de Constantino. Pero debemos confesarlo, al mismo tiempo que Constantino trabajaba en consagrar el despotismo, manifestaba nobles sentimientos. La religion cristiana, que él veneraba sin conocerla bastante y sin practicarla enteramente, le inspiraba grandes pensamientos y bellas acciones. A sus cortesanos que le pedian la condenacion de los gentiles y de los herejes, respondió: *La religion quiere que se sufra la muerte y no que se dé.* Cuando le refirieron que algunos malévolos habian tirado piedras á su estatua, se llevó la mano á la cara y dijo : *No siento ninguna herida.* Un sacerdote le alababa demasiado en un discurso público : *Nada de adulaciones*, exclamó el príncipe, *no necesito elogios, sino oraciones.*

Entre sus leyes hubo algunas que le fueron inspiradas por ese espíritu cristiano ; otras recuerdan todavía la tiranía de sus predecesores. Y asi conservó bajo el nombre de *oro lustral* las contribuciones onerosas que habian sido impuestas por los príncipes mas infames sobre los comestibles y sobre todos los géneros de industria. Zosimo y Libanio hacen de estas exacciones una pintura horrible. Tambien impuso á los senadores una contribucion especial ademas de las ordinarias, y tuvo la debilidad de autorizar con su excesiva indulgencia la rapacidad de sus cortesanos. En fin, promulgó una ley por la que ofrecia recompensas y honores á aquel que le revelase un atentado contra su persona, lo cual era una reminiscencia de las acusaciones de lesa majestad. Bajo este pretexto

hizo perecer á muchos personajes distinguidos, y lo mas monstruoso es que se cree hizo uso de esta ley contra su hijo Crispo y su esposa Faustina.

Sin embargo, este mismo príncipe se manifestaba afable con todos, se informaba de las miserias públicas y se esforzaba en aliviarlas. Por uno de sus rescriptos prohibió los azotes y tormentos con que se castigaba á los deudores insolventes del Estado, y recomendó, para hacer mas soportable su detencion, que les pusiesen en cárceles espaciosas y muy ventiladas. Igualmente publicó muchos edictos para facilitar las reclamaciones y quejas de los oprimidos contra sus opresores, y ofreció premiar al que le diese parte de alguna injusticia cometida por sus oficiales.

Ademas de estas leyes justas y suaves, promulgó otras muchas bajo la inspiracion del cristianismo. Derogó la ley contra el celibato, eximió á los clérigos de los cargos públicos, puso coto á la facultad de divorciar, castigó el rapto con rigor, protegió los intereses de los menores con mas cuidado, y mandó á todas las ciudades de Italia y Africa que favoreciesen la educacion de los niños pobres para separarles del mal é inclinarles al bien. Son innumerables las iglesias que fundó, y los donativos y riquezas que les prodigó.

Asuntos eclesiásticos. En las discusiones dogmáticas que se suscitaron bajo su reinado, su conducta fue al principio ejemplar. Dejando á los obispos plena libertad para decidir estas cuestiones delicadas y difíciles, queria que se emplease contra los sectarios que se descarriaban mas bien la persuasion que la violencia. Así es como obró con los donatistas. Solamente les castigó cuando sus excesos llegaron al punto de comprometer la tranquilidad pública. Usó para con los arrianos de la misma prudencia y reserva. Cuando Arrio atacó la divinidad del Verbo, y sus errores inflamaron todo el Oriente, Constantino convocó á todos los obispos del mundo en Nicea para proclamar solemnemente la verdadera fe. Fue un magnífico espectáculo ver llegar de todas las partes del universo á los santos ancianos que acudian para dar testimonio de la misma fe por la cual habian padecido. Algunos lle-

vaban todavía las gloriosas cicatrices de la persecucion. Arrio fue condenado unánimemente por aquella ilustre asamblea, y el emperador se sometió, como todos los fieles, á la decision dada en nombre del Espíritu Santo.

Desgraciadamente se dejó engañar despues por los arrianos. Arrio volvió á entrar en su gracia, y él causó á la Iglesia males no menos graves que sus perseguidores. Parece que antes de morir hizo penitencia de todas sus faltas. Cuando sintió que su fin se aproximaba, dijo que habia tenido la intencion de ser bautizado como Jesucristo en las aguas del Jordan. Eusebio de Nicomedia le bautizó en su palacio de Aquiron. Llamó á san Atanasio y demas obispos católicos á quienes habia desterrado, y murió diciendo que *la verdadera vida era aquella en que iba á entrar*. Todos sintieron su muerte. Los paganos le colocaron en el número de sus dioses, y los cristianos orientales le veneraron como un santo. La posteridad le ha alabado y vituperado mucho, y nos parece que hubo en él bastantes cualidades y bastantes faltas para justificar estos juicios contradictorios.

CAPITULO II.

Desde la muerte de Constantino hasta la de Juliano Apóstata (1).

(337-363.)

Cualquiera que sea el juicio que se forme acerca de Constantino, no se puede contestar que su reinado fue el principio de otra edad, de la edad cristiana. El lábaro habia servido de estandarte á sus ejércitos; y en nombre de la cruz habia derribado á todos sus rivales. Fundando Constantinopla y alejándose de Roma, habia obedecido al sentimiento religioso. En fin, si el establecimiento de una monarquía hereditaria fue el objeto de su política, no trató de dar á esta monarquía otra base que el cristianismo. Bajo sus sucesores las cuestiones religiosas adquieren tanta importancia, que absorben todas las demas. Constancio es mucho mas teólogo que emperador, y verdaderamente no tiene ardor sino para la polémica arriana. No se pueden deplorar bastantemente aquellas disensiones terribles que llenaban la Iglesia de turbaciones y desórdenes; sin embargo debemos reconocer en ellas la manifestacion del progreso que la Iglesia ha hecho hacer al mundo. Le encontró indiferente, desesperado, sepultado en una duda horrible que le habia inspirado un inmenso disgusto de toda doctrina, y ahora le ve fuera de aquel letargo espantoso, apasionándose mucho por un punto de creencia, porque ama la verdad. Juliano trató de aprovecharse de todas estas borrascas para dar la última batalla contra el cristianismo. El ataque fue hábil y vivo; pero el paganismo estaba ya debilitado de tal modo en la opinion pública, que el filósofo emperador no pudo reunir en su derredor sino retóricos, bufones y hombres perdidos, que apenas estaban unidos á la antigua religion mas que por las ventajas que les proporcionaba bajo un príncipe cuyo pensamiento era resucitarla. El politeísmo se sepultó para siempre con Juliano.

§ I. Los hijos de Constantino. Segunda familia Flavia (337-360).

Division del imperio. Constantino, al tiempo de morir, habia dividido el imperio entre sus tres hizos y dos de sus so-

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Ademas de las obras indicadas en el capítulo anterior, consúltese á: Amiano Marcelino, su libro principia en el año 333 y llega hasta el de 378; Juliano sus *Obras*; Gregorio Nacianceno, sus *Discursos contra Juliano*. Entre los modernos: La Bletterie, *Historia de Juliano y de Jovio*, obra de una notable imparcialidad.

brinos. Pero apenas cerró los ojos, los soldados se sublevaron y degollaron á César Dálmaco, al rey Anibalio, sus sucesores designados, á sus cinco sobrinos, á sus dos hermanos, á su suegro el patricio Optato y al prefecto Ablavio. Los asesinos solamente conservaron de toda su familia al jóven Galo y á Juliano que fue llamado el Apóstata. Hicieron recaer en Constancio la odiosidad de estos crímenes; pero la historia no ha podido comprobar estas sospechas. En todo caso habria trabajado tanto por sus hermanos como por sí mismo, puesto que dividió con ellos el imperio. Tomó para sí el Asia, el Egipto, la Tracia, y conservó á Constantinopla como capital de su imperio; Constante tuvo la Italia, la Iliria occidental y el Africa, y Constantino las Gálias, la España y la Bretaña.

Muerte de Constantino (340). Estos tres hermanos no estuvieron mucho tiempo en paz. Constantino II veia con sentimiento que su hermano Constante reinaba en Italia y Africa. Le reclamó la Mauritania, y al saber su repulsa pasó los Alpes para atacarle en sus propios Estados. Pero mientras que talaba todo el pais á los alrededores de Aquilea, cayó en una emboscada que le tendieron las primeras tropas que encontró y pereció en ella (340). Constante se apoderó de sus despojos sin hacer participar de ellos á Constancio, y aseguró su conquista rechazando las invasiones de los Francos y de los Pictos, que habian pasado las fronteras de su imperio, los primeros á las Gálias, y los segundos á Bretaña.

Oposicion de Constancio y de Constante (340-350). Estos dos príncipes, dueños cada uno de una parte del imperio, manifestaron sentimientos enteramente opuestos. Constancio, seducido por los obispos arrianos, trastornó el Oriente levantándose contra Atanasio y persiguiendo á todos los defensores de la fe de Nicea. Habiéndose aprovechado el rey de Persia Sapor II de todos aquellos tumultos para atacar á la Mesopotamia, Constancio marchó contra él y se dejó vencer en ocho batallas diferentes. Despues de su última derrota en Singara (348), los Persas habrian invadido su imperio, si los ruegos y la firmeza de Santiago no les hubiesen detenido al pié de la ciudad de Nisibe de donde era obispo.

Constante tenia mas firmeza y valor, y parecia mas feliz: Habia rechazado á los Bárbaros que se presentaron en las fronteras, y hacia respetar sus Estados por todas las naciones que le rodeaban. Tomó abiertamente la defensa de san Atanasio y de todos los obispos perseguidos de Oriente, y mandó á su hermano que hiciese ejecutar las decisiones del papa Julio y del concilio de Sárdica, amenazándole en el caso contrario. Pero este príncipe, que tenia el mérito de la fe y del valor, no poseia las demas cualidades necesarias para un emperador. Tiranizaba á sus súbditos, y pasaba todo el tiempo en la caza ó en los banquetes. Sus costumbres desarregladas le hicieron perder el afecto de sus vasallos, y el gefe de los *jovianos* y de los *herculianos* (1), el bárbaro Magnencio, ayudado por el oro de Marcelino, *conde*, de las liberalidades sagradas, se hizo proclamar en Autun. Constante, al saber esta noticia, quiso pasar á España, pero fue arrestado en su fuga y muerto despues de trece años de reinado (350).

Magnencio y los demas usurpadores (350-353). El ejemplo de Magnencio fue seguido en Roma por un sobrino de Constantino, el jóven Nepociano, y en Iliria por el Mesio Vetranion, comandante de las legiones. Nepociano solamente vivió veinte y ocho dias. Los soldados de Magnencio le asesinaron y llevaron su cabeza en la punta de una pica. El mismo Magnencio vino á Roma para gozar de su triunfo. Hizo degollar á todos los que sostenian de cualquier modo á la familia de Constantino, obligó á los Romanos, bajo pena de muerte, á darle la mitad de sus bienes, y no por eso dejó de tomar los títulos ostentosos de *libertador de la república, reparador de la libertad, felicidad y gloria de los pueblos.*

Constancio supo todas estas maldades mientras que estaba ocupado en hacer la guerra á los Persas. Al momento vino á Antioquia y marchó contra Vetranion y Magnencio. Los dos usurpadores le enviaron un embajador. Este príncipe, que no habia sabido jamás otra cosa que temblar y huir, se atemorizó en presencia de semejantes adversarios. Sin embargo

(1) Así llamaban á las dos legiones de Iliria, que en tiempo de Diocleciano y Maximiano habian reemplazado á las cohortes pretorianas y urbanas.

el carácter de Vetranion y sus palabras llenas de sumision y miramientos le tranquilizaron, y concluyó con él una alianza. Sus ejércitos se habian reunido en derrededor de un tribunal que habian levantado en una vasta llanura. Los dos emperadores se presentaron sin armas y sin guardias, y se pusieron á deliberar sobre las medidas que habian de tomar contra Magnencio. Pero antes de empezar la discusion y habiendo recordado Constancio todos los beneficios de su padre, los dos ejércitos le proclamaron único Augusto, y único emperador. El oro le sirvió mejor que su elocuencia. Vetranion, asustado, abandonó la púrpura, y pidió se le perdonase la vida echándose á los piés de Constancío, quien se la concedió dándole rentas considerables y un magnífico palacio en Prusa en Bitinia, donde pasó los seis últimos años de su vida entre las dulzuras de la piedad cristiana.

Constancio, animado por este primer triunfo, marchó contra Magnencio, que habia salido de Milan para ir á su encuentro. La batalla se dió en Mursa en Panonia el 28 de setiembre de 351. Magnencio fue completamente derrotado. Huyó á las Gálias, donde despues de otra derrota degolló á sus parientes y amigos, á su madre y por último se mató á si mismo el 11 de agosto de 353. Siete dias despues su hermano Decencio, á quien habia nombrado César, se ahogó con sus propias manos.

Muerte de Galo (354). Antes de atacar á los usurpadores, habia confiado Constancio á Galo, su primo, el título de César, encargándole la administracion de las diócesis del Oriente. Este príncipe, á quien los celos del emperador habian tenido alejado constantemente de los negocios, era absolutamente extraño á la política. Violento, receloso y cruel, cometió muchos asesinatos en Antioquia y exasperó las provincias. Constancio, instruido de todas estas maldades, decidió deshacerse de un lugarteniente que hacia odioso su poder, y no era bueno sino para disputarle algun dia su corona. Por de pronto le envió á Domiciano, prefecto del Oriente, y á Moncio, cuestor del palacio, para decidirle á empeñarse en una guerra contra los Germanos, en la que

probablemente hubiera encontrado la muerte. Galo sublevó el pueblo contra estos oficiales imperiales, los cargó de cadenas y los arrojó al Oronte. Constancio disimuló hasta despues de vencer á Magnencio. Pero cuando no tuvo ya que temer competidor alguno, mandó imperiosamente á Galo que viniese á encontrarle en Milan. Galo obedeció y atravesó el Oriente con un magnífico acompañamiento; pero apenas dejó los lugares en que contaba con partidarios fue arrestado y condenado á muerte.

Hazañas de Juliano en las Gálias (353-360). Constancio, dueño del Oriente y del Occidente, se ocupaba mucho mas de las sutilezas de los arrianos que del gobierno de sus Estados. Sin cesar hacia celebrar nuevos sínodos, disputando contra los ortodoxos, é ingeniándose en perjudicarles por todos los medios posibles. Sin embargo conocia que estaba muy distante de poder atender á todas las necesidades del imperio. Despues de muchas perplejidades, se decidió por las instancias de su esposa Eusebia, á investir al jóven Juliano con el título de César, casándole con su hermana Elena y dándole el mando de los paises situados al otro lado de los Alpes.

Juliano salió para las Gálias llevando consigo los libros de los filósofos que habian hecho hasta entonces el encanto de su vida. Invocó á los dioses para asegurarse su proteccion, pero secretamente, porque no se atrevia todavia á descubrir su afecto á la antigua religion. Empleando todo el dia en dirigir los ejércitos y en administrar las provincias, pasaba parte de la noche en rezar sus devociones particulares, y en adorar á Pan, Mercurio, Hécates ó Isis. Con todo se manifestó valiente y hábil al mismo tiempo que obedecia á este burlesco fanatismo.

En su primera campaña se vió sitiado en la ciudad de Sens por una tropa de Germanos. Los rechazó despues de treinta dias de combate, durante los cuales desplegó todo el valor de un soldado y todo el genio de un capitan experimentado (356). Al año siguiente, encontró á los Bárbaros en la frontera del Rhin, y consiguió una brillante victoria en Strasburgo (*Ar-*

gentoratum). Habiendo caido en su poder el primer gefe de los Alamanes, todas las tríbus solicitaron una tregua de diez meses (357). Se la concedió y se aprovechó de ella para subyugar á los Francos. Rechazó una de sus tríbus al otro lado del Rhin, é hizo un tratado con los Salios establecidos en la Toxandria, por el cual se declararon auxiliares suyos (358). Despues de esta expedicion volvió contra los Alamanes, y obligó á todos sus reyes á que pidiesen la paz (359). Esta fue ajustada, y Juliano pudo destacar de su ejército uno de sus generales con un cuerpo de tropas para enviarle á la Gran Bretaña con el fin de reprimir las incursiones de los Escotos.

Juliano, luego que pacificó todas las Gálias, trabajó con mucha actividad para hacerlas felices y florecientes, arreglando la administracion interior de las provincias. Eligió á *Lutecia* (Paris) para su residencia, y desde allí vigilaba la conducta de todos los gobernadores. Reprimia sus exacciones con tanto vigor y severidad como las incursiones de los Bárbaros; se esforzaba en evitar al pueblo toda contribucion extraordinaria, fomentaba el comercio y la agricultura, y nada descuidaba de lo que podia contribuir á la felicidad de sus súbditos. Bajo su administracion todas las ciudades de las Gálias se repusieron de sus ruinas como por encanto, y en todas partes se veia construir baños, acueductos, anfiteatros y una multitud de edificios que manifestaban la prosperidad general.

Rivalidad de Juliano y de Constancio. Al principio se habian burlado del jóven César en la córte de Constancio. Los bufones ridiculizaban sus maneras extrañas, comparándole á un mono, á un topo y parodiando su aficion á la literatura. En muchas circunstancias habian tratado de hacer fracasar sus empresas, pero el genio de Juliano habia triunfado de todas las dificultades. Cuando no fue ya posible rehusarle los elogios que merecia, Constancio tuvo celos de él. Ésta desgraciada pasion le devoró tanto mas profundamente, cuanto que no estaba en el caso de glorificarse de las mismas hazañas. Perdido en las querellas de los arrianos, solamente tenia ardor por los combates teológicos. Todos sus

trofeos militares se reducian á la victoria de Mursa que decidió la suerte de Magnencio. Con este motivo tuvo la idea de hacer que le hiciesen los honores de triunfo en Roma. Entró pues por la primera vez en la ciudad de los antiguos Cesares sobre un carro triunfal cubierto de oro y piedras preciosas, rodeado de sus ministros, de sus guardias y de sus tropas de todas armas, con los estandartes desplegados.

Treinta dias despues de esta vana pompa, una invasion de los Quados y Sármatas le llamó á Iliria. Exterminó en esta expedicion á los Limigantos, una de las tribus sármatas, y se mostró por primera vez hábil y valiente. Pero el temor volvió á apoderarse de él, cuando recibió de Sapor una embajada que le pedia de nuevo con amenazas la Armenia y la Mesopotamia. Respondió al rey de los reyes, al hermano del sol y de la luna, que Roma conservaria su territorio. Esto era una declaracion de guerra, y para sostenerla pidió á Juliano los cuatro cuerpos auxiliares de los Hérulos, Batavos, Celtas y Petulantes, con trescientos legionarios escogidos entre sus tropas regulares, con lo que el César perdia lo mejor de su ejército.

Elevacion de Juliano al imperio. No obstante obedeció y ofreció á los soldados carros para ayudarles á caminar. Los auxiliares, que se habian comprometido á servir con la condicion de no pasar los Alpes, se sublevaron contra las órdenes del emperador. Los legionarios que tenian su familia en Gália, tambien hicieron oir sordos murmullos. Se distribuyeron libelos entre los descontentos para excitarles á rebelarse y á proclamar á Juliano Augusto. Tomando al momento los soldados sus armas, rodean el palacio de César y le saludan emperador con grandes aclamaciones. Resiste á sus instancias con indignacion, despues con súplicas, pero nada basta para convencerles. Elévanle sobre el pavés en presencia del pueblo silencioso, y uno de los astatos habiéndole puesto sobre la cabeza su collar en forma de diadema, fue elegido y coronado. Tal es la relacion que hace el mismo Juliano de su elevacion al imperio. Pero no es fácil creer qu su resistencia fuese sincera, cuando se le ve al instante re-

compensar la insubordinacion de sus tropas dándoles una libra de plata y cinco escudos de oro á cada uno.

Muerte de Constancio (361). Lo que hay de cierto, es que estaba preparado para sostener una guerra civil horrorosa. Persuadido de que, en semejantes circunstancias, siempre es mas ventajoso atacar que defenderse, hizo que sus soldados le prestasen el juramento de fidelidad, protestándoles que no tenía otro designio sino el de ocupar la Iliria hasta los límites de la Dacia. Estos mismos hombres que se habian negado á combatir á las órdenes de Constancio en Oriente, juraron á Juliano seguirle hasta las extremidades del Asia. Salió pues de las Gálias, invadió la Iliria y se avanzó altivamente por medio de las montañas del Hœmo y del Rhodopo.

Constancio, por su parte, se aproximó á Europa con tropas inmensas, burlándose de Juliano, y prometiéndose cazarle como á una fiera. Pero la fiebre le asaltó en Mopsuesta y murió de ella. Al momento se dijo que Constancio, en sus últimos instantes, habia designado á Juliano por sucesor suyo. La guerra no tuvo ya objeto, y todo el imperio recibió como gefe al nuevo Augusto.

§ II. Reinado de Juliano Apóstata. Reaccion pagana (360-363).

Carácter de Juliano y de su córte. Juliano atribuyó su fortuna á la proteccion de los dioses, pero protestó ante todo el imperio que nunca habia deseado la muerte de Constancio. En Constantinopla se creyó todo cuanto quiso, y el pueblo le recibió en triunfo. Su primer cuidado fue purificar la córte de todos aquellos cortesanos y aduladores que se habian divertido tan largo tiempo á sus expensas. Despues reformó todo su palacio. Habiéndose presentado su barbero con un traje magnífico, le preguntó cuál era su salario. *Recibo*, respondió el barbero, *veinte libras de plata cada dia, provisiones abundantes, una cantidad considerable anual, y tengo otros muchos gajes.* Juliano le despidió, y tambien á todos aquellos oficiales de palacio que no eran mas que servidores viciosos é inútiles.

Pero así que se pronunció en favor del paganismo, su casa se llenó de filósofos, adivinos, pontífices y gentes mucho mas despreciables todavía que los oficiales de Constancio. Los que estaban reducidos á la última miseria, los que habian padecido en los calabozos por sus maleficios y echicerías, los que arrastraban una vida vergonzosa en los empleos mas infames, en fin, añade san Crisóstomo, todos los hombres sin crédito y sin honor anduvieron diligentes al derrededor suyo para mendigar sus liberalidades y favores. Juliano descuidaba los magistrados y los generales para hacerse acompañar en toda la ciudad por jóvenes escandalosos ó cortesanos que salian de los sitios de prostitucion. Todos estos codiciosos indigentes agotaban su tesoro, y á pesar de las bellas promesas hechas al pueblo no pudo disminuir las contribuciones. Todas sus medidas de economía llegaron á ser impotentes por la incapacidad de sus ministros ó por la rapacidad de los filósofos.

Su plan de ataque contra el cristianismo. Su gran proyecto era destruir el cristianismo, y debemos confesar que lo hizo con una habilidad poco comun. Desde luego, para destruir su culto é introducir la division en su seno, levantó el destierro á los católicos, á los donatistas y á todos los demas sectarios, y se regocijó con la esperanza de verles volver á principiar aquellas disputas ardientes que habian sido tan funestas á la Iglesia en tiempo de Constancio. Se guardó bien de renovar los edictos de sangre de los Decios y Dioclecianos; pero despojó á los clérigos de sus inmunidades y á las iglesias de sus bienes, porque, como decia irónicamente, su religion les empeñaba á renunciar á las riquezas; y la pobreza, alejándolos de las grandezas de este mundo, les haria reinar en el otro. Cerró sus escuelas, y les prohibió enseñar la gramática, la retórica, la medicina y las artes liberales. No conviene, añadia, que cultiven las musas y estudien la literatura pagana, puesto que creen que nuestras divinidades son infames é impía nuestra ciencia Aunque les permitia que frecuentasen las escuelas nacionales, afectaba no obligarles á recibir lecciones contrarias á su creencia. No quiero curarlos,

decia, como frenéticos á pesar suyo, pero permito que estén enfermos los que quieran. A todas estas injurias añadia Juliano contra los cristianos el desprecio, las burlas y el sarcasmo; renovaba las odiosas calumnias que en otro tiempo se habian inventado contra ellos, y les tenia alejados de todas las dignidades y empleos.

Al mismo tiempo que denigraba al cristianismo, se esforzaba en dar al paganismo brillo y gloria. Ningun título le era mas grato que el de gran pontífice. Ofrecia sacrificios por sí mismo con cualquier motivo, llevaba la leña á los altares, encendia y soplaba el fuego, degollaba las víctimas, y les metia las manos en las entrañas para sacarles el corazon y el hígado. En las monedas se hacia representar como Serapis y á su esposa Elena como Isis, y en los cuadros expuestos públicamente, se veia á Júpiter entregándole el cetro y la diadema. No pudiendo restablecer el politeismo con todo el séquito de supersticiones y absurdos que los apologistas cristianos habian reducido á su justo valor; é imitando á los neoplatónicos, emprendió crear una religion nueva, fundada en las antiguas fábulas mitológicas interpretadas alegóricamente. Tomando de los cristianos alguna cosa de su decision y caridad, y modelando la jerarquía de su *helenismo* por la constitucion de la Iglesia, hubiera querido al menos inspirar á los que le rodeaban una apariencia de virtudes evangélicas, de que el mundo no podia privarse ya.

Pero todos los filósofos sin conviccion, los adivinos, gerofantes y pontífices que preferian el dinero de Juliano á su doctrina, jamás se mostraron capaces del menor sacrificio. En vano les prohibia frecuentar los teatros y las tabernas, tener en sus bibliotecas comedias, sátiras y cuentos licenciosos: la pasion podia mas que sus edictos. El pueblo, mas perspicaz que el príncipe, se reia de la locura de todas sus tentativas. Se negaba á asistir á las grandes fiestas restablecidas por Juliano en honor de Apolo y de los demas dioses; se burlaba de sus ofrendas y de sus víctimas, y decia de él como de Marco Aurelio, que con sus sacrificios llegaria á destruir la raza de los bueyes. En lugar de ir en tropel á los templos

que habia abierto, se quejaba de todos los gastos que necesitaban sus adivinos, pontífices y oráculos. En el *Misopogon*, respondió á estas burlas con otras, y dejó de repente la pluma para tomar la espada, esperando imponer silencio á sus enemigos por el brillo de sus victorias.

Su expedicion á Persia. Su muerte (363). Atacó pues á Sapor, rey de Persia. Al principio de la campaña, ganó cerca del Tígris una gran victoria, y ofreció á Marte en accion de gracias diez toros. Humillado Sapor le propuso que conservase sus conquistas é hiciese la paz con él. Pero Juliano, seducido por sueños engañosos y por las bellas predicciones del filósofo Máximo, despidió á los embajadores de Sapor, sin dejarles ninguna esperanza. Ya se imaginaba que como un nuevo Alejandro iba á vencer al rey de los reyes en los llanos de Arbelos, y penetrar hasta el interior de la Hircania. Pero no habiéndosele reunido sus lugartenientes como lo habia mandado, destruyó su flota, é intentó inmortalizarse con una retirada á la manera de los Diez Mil.

Apenas se puso en marcha aparecieron las tropas de Sapor. Juliano rechazó sus ataques con un vigor y ánimo extraordinarios. Habiendo sido bruscamente atacada su retaguardia, se trasladó alli sin pensar en ponerse la coraza, y mientras acudia á todas partes, combatiendo y dando órdenes, un dardo arrojado por un soldado de caballería le rozó el brazo y le atravesó el cuerpo. Quiso arrancárselo, pero se cortó los dedos y cayó del caballo. Los generales y soldados le trasportaron á su tienda de campaña, sumergidos en la mas profunda tristeza. Juliano, viéndolos llorar, les reprendió con vivacidad : *¡ Qué debilidad !* dijo, *llorar á un príncipe que va á reunirse á las estrellas.* Habló con Máximo acerca de la naturaleza del alma, despues se le abrió de nuevo la llaga y se detuvo su respiracion. Pidió agua fresca y espiró (363).

A la noticia de los primeros triunfos de Juliano, encontrando el retórico Libanio en Antioquía á un cristiano que conocia : *¡ Y bien !* le dijo, *¿ qué hace ahora el hijo del carpintero ? — Un ataud para vuestro héroe,* replicó el hombre de fe. El cumplimiento de este vaticinio causó la mayor desespe-

racion á Libanio : *Fijé entonces la vista en una espada*, dice, *y quise librarme de una vida mas cruel que la muerte*. Por fortuna el filósofo se acordó muy á tiempo de que Platon prohibe el suicidio, y en lugar de herirse, se puso á escribir con gran magnificencia de lenguaje el elogio fúnebre de su héroe. Todos los paganos llevaron luto. En efecto, asistian á los funerales de su culto.

CAPITULO III.

Desde la muerte de Juliano hasta la de Teodosio (363-395). *Familia Valentiniana* (1).

El paganismo espira con Juliano. El cristianismo reina exclusivamente, y todas las inteligencias elevadas comprenden que solo él tiene la palabra del porvenir. Pero aunque domine en un grandísimo número de conciencias, todavía está lejos de haber penetrado en la sociedad y de corregir sus instituciones muchas veces crueles y tiránicas. Algunos accesos de cólera y de barbárie, como los que tendremos que deplorar en Teodosio, prueban tambien que, aun en las almas escogidas, queda todavía alguna señal de las antiguas costumbres. Lo que se observa con júbilo en esta época transitoria, es que la legislacion se reforma insensiblemente. Las leyes de Graciano y de Teodosio son inspiradas en general por el espíritu del cristianismo; manifiestan mayor respeto á la dignidad humana y mayor amor á la justicia. En la constitucion del imperio se descubre un hecho nuevo que atestigua un progreso real en la inteligencia del derecho social. En lugar del despotismo y aristocracia militar que las ideas orientales habian inaugurado, la monarquía tiende á descansar sobre principios independientes del capricho de los hombres. La ley del derecho hereditario que ha de servir despues de base á las monarquías cristianas está probada por Constantino y sus sucesores. En esta sociedad usada por todos los vicios, sin duda no habia ya bastante sávia para producir esas dinastías que duran muchos siglos. La familia Flavia, la familia Valentiniana, la familia de Teodosio, en una palabra, todas las que ocuparon el trono de Bizancio, fueron necesariamente efímeras. Pero á lo menos el principio fue reconocido, y llegó á ser una especie de derecho social.

§ I. Valentiniano I y Valente. Invasion de los Godos (364-378).

Reinado de Joviano (363 364). Las legiones romanas, inquietadas sin cesar por los Persas, necesitaban un gefe para

(1) Autores que se pueden consultar: Ademas de las obras indicadas en los capítulos anteriores, consúltense aun: Teodoreto, Sócrates y Sozomeno, *Historia eclesiástica*; San Ambrosio, *Opera passim*; *Codex Theodosianum*, etc. Entre los modernos: Tillemont, *Historia de los emperadores*; Fléchier, *Vida de Teodosio*.

resistir á los enemigos á quienes la muerte de Juliano habia hecho mas intrépidos. Eligieron á Joviano, capitan de las guardias del palacio, que era un oficial amable y valiente, pero sin ambicion, y se vió obligado á hacer la paz con los Persas bajo condiciones vergonzosas. Les cedió las cinco provincias que los Romanos poseian al otro lado del Tígris con la valerosa ciudad de Nisibe, tan célebre por su heróica resistencia. En la retirada perdió la mayor parte de sus tropas.

Joviano era cristiano. Devolvió á los clérigos sus inmunidades, á las iglesias sus bienes, llamó á los obispos desterrados, hizo respetar las vírgenes y las personas consagradas á Dios, y se manifestó tolerante para con los arrianos. Habia motivos para esperar mucho de la prudencia y moderacion de este príncipe, cuando la muerte le arrebató de improviso despues de siete meses de reinado.

Valentiniano y Valente (364). Los oficiales del ejército le dieron por sucesor á Valentiniano, que era tambien natural de Panonia. Como se conocia que el imperio necesitaba dos gefes, los soldados pidieron al nuevo emperador que eligiese un colega. *Habeis sido dueños,* dijo Valentiniano, *de darme el imperio; pero ahora lo poseo ya. A mí me pertenece mandar y á vosotros obedecer Estoy encargado del cuidado del Estado, y providenciaré.* No obstante, despues de haber mostrado esta firmeza, se asoció á su hermano Valente, y le cedió el Oriente, reservándose para sí la Iliria, la Italia y las Gálias. Valentiniano fué á residir á Milan, y Valente permaneció en Constantinopla.

Valentiniano se ocupó desde luego de reformas útiles en la administracion y las leyes. Pero queriendo extirpar todos los abusos, desplegó una severidad excesiva para con las personas. Su justicia llegó á ser crueldad. La mas mínima falta le parecia digna de muerte. Habiéndole pedido un prefecto cambiar de provincia : *Véte, conde,* dijo, *cambia la cabeza al que quiere cambiar de provincias.* Envió al suplicio á uno de sus monteros, porque soltó demasiado pronto un perro de caza; y ordenó la muerte de un operario que le habia hecho

una hermosa coraza cuyo peso no era conforme al convenio. Tenia encadenadas cerca de su cuarto dos osas crueles, y se complacia en hacerles despedazar los malhechores.

Valente, mas débil y tímido, no comprendia mucho mejor sus deberes de emperador. En el discurso que dirigió al senado el dia de su llegada á Constantinopla, habló contra los delatores, y pronunció bellas palabras sobre el afecto y amor que los principes deben á sus súbditos. Procopio, pariente de Juliano, habiéndose hecho proclamar emperador algun tiempo despues (365), el débil Valente queria abandonar la púrpura y huir. Habiéndole animado sus amigos, venció á su rival en dos batallas, le hizo prisionero y ordenó su muerte (365). Esta revolucion cambió su política y su carácter. Llegó á ser desconfiado, receloso, y se abandonó á los mágicos, quienes les hicieron entender que el nombre de su sucesor principiaba con estas cuatro letras : ΘΕΟΔ. Fundado en esto, hizo morir á muchos personajes distinguidos, que no habian cometido otro delito que el de llamarse Teodoro, Teodosio, Teodato, Teodulo, etc.; y estableció una inquisicion de Estado que cada dia deshonraba su reinado con nuevos crímenes. Para colmo de desgracia, se dejó engañar por los arrianos, y renovó todas las persecuciones de sus predecesores contra los católicos.

A pesar de sus defectos, estos dos príncipes publicaron algunas leyes útiles y dieron instituciones muy saludables. Valentiniano prohibió exponer los niños, pagó médicos en Roma para cuidar gratuitamente á los pobres, fundó una infinidad de escuelas, y estableció en las ciudades los *defensores*, especie de magistrados encargados de sostener los intereses del pueblo contra las injusticias de los magistrados. Valente, por su parte, habia encontrado el tesoro imperial agotado, y supo llenarlo con sus economías, al mismo tiempo que disminuyó las contribuciones. El pueblo debió agradecérselo en una época en que veia sus tierras asoladas sin cesar por los Bárbaros.

Valentiniano rechaza á los Bárbaros. Su muerte (375). Valentiniano tuvo la gloria de no dejarles atravesar las fronteras.

Viéndose atacado por todas partes, se puso á la cabeza de sus ejércitos, y consiguió contra los Escotos, Alamanes y Sajones tantas victorias como combates les dió (368-370). El conde Teodosio habia vencido á los Escotos en Bretaña y rechazádoles á sus montañas. Valentiano le envió en seguida á Africa para someter al Moro Firmo que se habia rebelado. En muchas expediciones este hábil guerrero hizo pasar á las legiones los desfiladeros mas inaccesibles del Atlas, y redujo á Firmo á una desesperacion tal que se ahorcó (371-373).

Poco despues habiendo hecho los Quados otra invasion mas allá del Danubio, Valentiniano fué en persona á rechazarlos. Su pais fue asolado de tal modo que enviaron una embajada al vencedor para pedirle perdon. Cuando Valentiniano vió delante de sí aquellos Bárbaros de aspecto horroroso y feroz, se encolerizó de tal manera y les habló con tanta violencia que se rompió una vena del pecho, de cuyas resultas murió el 17 de noviembre de 375, dejando por sucesores á sus dos hijos Gráciano y Valentiniano II.

Invasion de los Godos. Muerte de Valente (376-378). En la misma época se operaba una revolucion entre los Bárbaros. Los Hunos salidos de los Palos-Meótides se habian sublevado contra la nacion de los Godos establecida en las orillas del Danubio, y los habian subyugado. Los Ostrogodos se sometieron, pero los Visigodos emigraron bajo la direccion de su gefe Atanarico, y enviaron al obispo Ulfilas para pedir á Valens tierras en la Tracia. Los ministros del emperador, el conde Lupicino y el duque Máximo, especulando sobre las utilidades que podrian sacar de los Bárbaros, persuadieron á Valente que les dejara establecerse en Tracia. Era una gran falta abrir un refugio á tantos Bárbaros en el seno del imperio que caia en decadencia; pero fue mucho mayor todavía la de irritarlos y vejarlos, rehusándoles hasta los víveres ó haciéndoselos comprar á precios exorbitantes.

Estos Bárbaros, irritados por tales ultrajes é injusticias, se sublevaron. En Salices en la pequeña Escitia, consiguieron la primera victoria. Llenos de confianza en sí mismos, se arrojaron sobre la Tracia, la Tesalia y la Macedonia, in-

cendiándolo y destruyéndolo todo á su paso. Valente acudió para encadenar esta plaga destructora. Encontró á los Bárbaros en Andrinópolis y les dió una gran batalla en la que fue vencido. Algunos dicen que murió de un flechazo. Otros refieren que se refugió herido en la casa de un hombre del campo. Los Godos vinieron de repente, incendiaron aquella cabaña sin saber que el emperador estaba en ella, y Valente, como dice Jornandes, fue quemado con una pompa real.

§ II. Graciano y Teodosio (373-383).

Advenimiento de Teodosio (379). Graciano, que llegó á ser señor del mundo á la edad de diez y nueve años por la muerte de su tio Valente, comprendió que no podia llevar él solo tamaña carga. Tenia que reprimir al mismo tiempo las invasiones de los Godos, de los Germanos, de los Persas y de los Escotos, y no podia dar abasto á tantos trabajos. Su discernimiento descubrió en el hijo del conde Teodosio un hombre capaz de poner remedio á los males del imperio. En la guerra contra los Sármatas, todo el mundo habia admirado el valor y talentos de este jóven guerrero, pero los celos de los cortesanos le habian privado de su valimiento. En el momento en que Graciano pensaba asociarle al imperio, vivia retirado en una de sus tierras entre Segovia y Valladolid, trabajando en su jardin y dirigiendo la educacion de sus hijos Arcadio y Honorio y de su hija Pulqueria.

Graciano le llamó al poder soberano. Le dió las provincias gobernadas por Valente, y ademas la Dacia y la Macedonia. Se reservó para sí las Gálias, la España y la Bretaña. Tambien mandaba en la Iliria occidental, en Italia y en Africa, aunque estos paises no estaban mas que de nombre bajo la autoridad del jóven Valentiniano.

Triunfos de Teodosio contra los Godos. Teodosio justificó admirablemente la confianza que Graciano le habia manifestado. Restableció la disciplina entre las tropas, avivó su valor, dejó que los Godos se debilitasen á sí mismos con sus disen-

siones, y cual otro Fabio salvó el imperio con sus prudentes dilaciones y discreta lentitud. Al mismo tiempo que hacia respetar sus armas por los Bárbaros, supo conciliarse su afecto. Uno de sus reyes, Atanarico, llegó á pedirle asilo en Constantinopla, y le trató con tanta magnificencia como amistad, y habiendo muerto el Bárbaro al cabo de quince dias, le hizo unos funerales tan pomposos, que los Godos pidieron servir bajo sus banderas. Los acogió, los distribuyó por colonias numerosas en la Tracia, la Frigia y la Lidia, y se esforzó en civilizarlos por medio de la fe, haciéndoles anunciar el Evangelio.

Revolucion de la Bretaña. Muerte de Graciano (383). Mientras que Teodosio pacificaba así el Oriente, y merecia la estimacion y afecto de todos sus súbditos, Graciano devolvia tambien la felicidad y la tranquilidad al Occidente. En todas partes protegia las ciencias y las letras que él mismo habia cultivado con éxito bajo la direccion de su maestro Ausono; favorecia á los católicos sin perseguir á los arrianos, era amigo de san Ambrosio, obispo de Milan. Este emperador, adornado de las mas bellas virtudes, fue desgraciadamente víctima de una sedicion. Un amigo y compatriota de Teodosio, llamado Máximo, irritado al ver frustrada su ambicion, excitó á los soldados para que le proclamasen emperador, y pasó de la Bretaña á las Gálias con un ejército de treinta mil hombres. Graciano, sorprendido por esta rebelion impensada, y viéndose por otra parte abandonado de todos los suyos, huyó de Paris á Lyon. El gobernador de esta última ciudad no le abrió las puertas sino para venderle mejor. Le dió una comida espléndida y le hizo asesinar.

La España, la Gália, la Bretaña y todas las provincias sometidas á Graciano reconocieron á Máximo. El usurpador envió su primer gentilhombre á Teodosio para justificarse y empeñarle á que le reconociera por colega suyo. Prometia dejar tranquilo á Valentiano II, hijo de Graciano, y limitarse á los paises que poseia. Teodosio tenia ya que contener y reprimir á los Hunos y á los Sarracenos, y creyó que no debia empeñar en una guerra civil al imperio extenuado ya.

En el interés general aceptó, pues, el soberano de hecho que las circunstancias le imponian.

Nuevas usurpaciones de Máximo. Su muerte (388). Pero Máximo no cumplió sus promesas. Valentiniano II, extraviado por los consejos de su madre Justina, se habia declarado en favor de los arrianos contra los católicos. Se manifestó un gran descontento en Italia, y el usurpador se aprovechó de esta ocasion; pasó los Alpes, é hizo que Valentiniano y su madre huyesen de Milan á Tesálonica, en donde Teodosio les acogió con todas las consideraciones debidas á su desgracia. Sin embargo, vaciló largo tiempo en tomar partido contra Máximo y en declararle la guerra. Al fin, las instancias de Gala su esposa, y hermana de Valentiniano, vencieron todas sus resistencias. Hizo grandes levas de hombres y dinero, y sin aceptar ni rechazar las proposiciones de Máximo, se adelantó hasta Panonia, en cuyo pais consiguió la primera victoria cerca del Save. Otra batalla al pié de los Alpes le abrió la Italia, y persiguió á su rival con tanto vigor que le encerró en Aquilea. La traicion se le entregó, y ordenó su muerte para vengar la de Graciano.

§ III. **Teodosio y Valentiniano II** (383-395).

Clemencia de Teodosio para con los habitantes de Antioquía (388). En el momento en que Teodosio hacia levas de hombres y dinero para prepararse contra Máximo, se vió obligado á exigir contribuciones extraordinarias de sus súbditos para pagar á los soldados una gratificacion que les habia prometido. Los habitantes de Antioquía murmuraron con este motivo, y se irritaron hasta el punto de echar abajo las estatuas de este príncipe y las de su familia. Cuando se calmó la primera efervescencia, principiaron á temer la cólera del príncipe. Un edicto condenó á la ciudad á perder todos sus privilegios; habia de estar subordinada á Laodicea; sus teatros, circos y baños habian de cerrarse, y se prohibió hacer al pueblo ninguna distribucion de trigo. Esto era pronunciar la ruina de Antioquía. Ya por órden del emperador se levantaba

un tribunal para juzgar á los nobles y á los ciudadanos que se habian comprometido mas en la rebelion.

Todos estaban llenos de terror. Flavio, obispo de Antioquía, salió para tratar de amortiguar la cólera de Teodosio. Durante este tiempo san Juan Crisóstomo daba á este pueblo desgraciado los consuelos de la fe, y le exhortaba á la penitencia y á la resignacion cristiana. La palabra elocuente de Flavio enterneció el corazon del emperador y consiguió el perdon para su ciudad.

Degüello de Tesalónica (390). Desgraciadamente Teodosio no usó de la misma generosidad para con los habitantes de Tesalónica. Habiendo sabido en Milan que los Tesalónicences se habian rebelado contra Botaric, su gobernador, le habian asesinado con sus principales oficiales, y habian arrastrado sus cadáveres por las calles para vengar la muerte de un infame cochero; se enfureció y mandó exterminar á todos los ciudadanos de aquella ciudad, fueran inocentes ó culpables. Convidáronles á los juegos de parte de Teodosio, y así que estuvo lleno el anfiteatro, los soldados se precipitaron en él y degollaron de siete á quince mil personas.

San Ambrosio se llenó de horror al saber esta noticia, y evitó desde entonces la presencia de Teodosio. Aun le escribió una carta para advertirle que, desde que se habia manchado con la sangre de sus súbditos, no podia ya participar de los sagrados misterios. Teodosio volvió á entrar en sí mismo, lloró su falta en el fondo de su palacio, y se presentó en la basílica de Milan el dia de Natividad. Ambrosio le cerró la entrada, le detuvo en la puerta, y le dijo que habiendo sido público su crímen, tambien debia serlo su penitencia. Le prohibió la entrada en la iglesia por ocho meses, y Teodosio tuvo bastante magnanimidad para someterse. En esta ocasion publicó una ley que prescribia un término de treinta dias antes de la ejecucion de toda sentencia capital. La Iglesia tenia necesidad de usar de toda esta severidad para destruir los restos de insensibilidad y barbárie que aun quedaban en aquellos corazones formados en la escuela del paganismo.

Carácter de Teodosio y de su legislacion. El príncipe que se

dejaba cegar así por la cólera y la venganza era sin embargo de un carácter dulce y afable. Daba los empleos á los mas dignos, y elegia sus amigos entre sus mas estimables súbditos. No quiso jamás que se castigase á los que hablaban mal de su persona y gobierno. Habiendo sido descubierta una conspiracion, perdonó á los conspiradores, y prohibió buscar con cuidado á sus cómplices, exclamando: *¡ Ojalá pudiera yo volver la vida á los muertos!* Sus leyes, como tambien las de Graciano, son notables por su sabiduría y moderacion. Reformó en las corporaciones de artesanos los abusos que favorecian la corrupcion y el pillaje, reprimió los desórdenes de los militares en los pueblos y campos, redujo las confiscaciones, tomó medidas contra los robos de todo género, impidió los arrestos arbitrarios, concedió treinta dias al acusado para arreglar sus asuntos, y publicó algunos decretos para que las cárceles fuesen conservadas y administradas con órden y limpieza. Abolió el culto de los paganos; pero no por eso dejó de mostrarse tolerante con aquellos que estaban apegados á la antigua religion. Su idolatría no era á sus ojos un motivo para alejarles de las dignidades y empleos, y no condenó sino aquellas imágenes impuras y aquellos actos inmorales que toda sociedad ilustrada debe desterrar de su seno.

Rebelion de Arbogasto. Muerte de Valentiniano II (392). Mientras que Teodosio hacia así en su nombre y en el de Valentiniano II la dicha del imperio, una revolucion terrible trastornó el Occidente. Arbogasto, Franco de nacion á quien el favor de Teodosio habia elevado al primer rango, empleó su crédito para dar los empleos mas importantes de la Gália á hechuras suyas, y envolver de este modo al desgraciado Valentiniano en una red de enemigos secretos. Habiéndose apercibido demasiado tarde de su cautiverio, el jóven príncipe mandó al pérfidio Arbogasto hiciese dimision de sus empleos: *Mi autoridad*, respondió el bárbaro, *no depende de la sonrisa ó de la amenaza de un monarca*, y se negó á obedecer. Algunos dias despues encontraron á Valentiniano muerto en su tienda de campaña.

Derrota de Arbogasto (394). Arbogasto colocó la diadema

sobre la cabeza del maestre de los oficios, el retórico Eugenio, su confidente y amigo. Teodosio envió sus legiones bajo las órdenes de Estilicon y Timasio, sus generales, para combatir al usurpador. El bárbaro no era cristiano. Habia enarbolado sobre su estandarte la imágen de Hércules y levantado sobre los desfiladeros de los Alpes Julianos estatuas de oro, de Júpiter tonante, como para guardar su entrada. No por eso dejó Teodosio de forzar aquellos pasajes con su impetuosidad acostumbrada. En seguida fué á ofrecer una batalla general á Arbogasto, no lejos de Aquilea. El choque fue terrible. Aconsejaban á Teodosio la retirada : *¡Dios nos libre*, replicó, *de acusar así la debilidad de la cruz y atribuir tanto poder á Hércules !* Triunfó su fe valerosa. Un viento impetuoso echó el polvo á la cara de los soldados de Arbogasto, y el ímpetu de los Orientales rompió sus filas.

Muerte de Teodosio (395). Los vencidos entregaron su emperador á Teodosio, con las manos atadas á la espalda, y le cortaron la cabeza en su presencia. Arbogasto anduvo errante en las montañas por espacio de dos dias, y desesperado se suicidó. Teodosio entregó las estatuas de oro de Júpiter á los soldados que ambicionaban, segun decian, los golpes de su rayo, y usó de clemencia para con todos los partidarios del usurpador. Habiendo nombrado á su hijo mayor Honorio emperador de Occidente, quiso dar juegos espléndidos en Milan el dia en que le revistió de las insignias del poder soberano. Su salud estaba ya muy vacilante, y esta fiesta le causó tanto cansancio que espiró á la noche siguiente. Su hijo Arcadio le sucedió en Oriente, y el imperio fue dividido irrevocablemente en dos partes. Entonces principiaron las grandes invasiones, y con ellas esa nueva era que se llama *edad media* (1).

SUCESION IMPERIAL durante este último período : Segunda familia Flavia. Constantino (306-307). — Sus hijos, Constantino (337-340), Constante (337-350), Constancio (337-361). — Juliano Apóstata (360-363). — Joviano (363-364). — Familia Valentiniana. Valentiniano I (364-375), y su hermano Valente (364-378), los hijos de Valentiniano, Graciano (375-383), Valentiniano II (375-392), Teodosio el Grande es el gefe de una nueva familia (379-395).

APÉNDICE.

CUESTION Nº 40, DEL PROGRAMA DEL BACHILLERATO.

Constitucion del cristianismo en Occidente. — Los papas. Los obispos. — Jurisdiccion, disciplina. — Los concilios.

Constitucion del cristianismo en Occidente. La constitucion de la Iglesia fue en todas partes la misma, así en Occidente como en Oriente. Jesucristo, antes de dejar la tierra, trasmitió su poder á sus apóstoles, y dió por base inmutable á la Iglesia la unidad de doctrina y la unidad de autoridad. La unidad de doctrina se ha manifestado con especialidad exteriormente por esa série de doctores cuyos escritos inspirados por la misma creencia forman la cadena no interrumpida de la tradicion; la unidad de autoridad se ha revelado por la jerarquía y la disciplina.

Jerarquía. Papas y obispos. Esta jerarquía recibió de Jesucristo su unidad en la persona de san Pedro que el Salvador eligió para gefe de los apóstoles y de toda la Iglesia. Pedro se estableció en Roma, é hizo de la reina de todas las naciones el centro de la Iglesia. Sus sucesores heredaron su poder, y fueron en todo obedecidos y venerados como los gefes de la catolicidad. Por esta razon fueron los únicos que conservaron el nombre de *papas*, que tomaban al principio todos los obispos.

Los obispos fueron los sucesores de los apóstoles. De ellos recibieron

la plenitud del sacerdocio para ejercer sus funciones augustas, y para comunicarlas á su vez. Todos los obispos son iguales por el carácter, pero son distinguidos por el rango y la jurisdiccion. Inmediatamente despues del soberano pontífice se colocan los patriarcas, como los de Jerusalen, de Antioquia y de Alejandría. En Occidente no hubo mas que primados. Despues venian los arzobispos ó metropolitanos que tenian por sufragáneos á todos los obispos de una provincia, como los metropolitanos de Efeso, Heraclea y Bizancio. Mas tarde este último llegó á ser patriarca.

Bajo la autoridad de los obispos estaban los sacerdotes ó presbíteros que formaron siempre un órden esencialmente distinto. No obraban sino segun la jurisdiccion que habian recibido del obispo, y de él recibian todos sus poderes. Los diáconos cerraban la jerarquía de la Iglesia: las órdenes menores solo son una derivacion del diaconado.

Jurisdiccion. Los obispos administraban los sacramentos, pronunciaban las excomuniones, arreglaban el culto y las ceremonias, juzgaban la doctrina y vigilaban la conservacion de la disciplina. Decidian acerca de las novedades que se suscitaban en la Iglesia, publicaban leyes ó cánones, y á estas leyes habian de arreglar los fieles su conducta. Pero independientemente de esta jurisdiccion enteramente espiritual, se ocupaban tambien del sustento de los pobres, de la administracion de las rentas de sus Iglesias, de las cuestiones que se suscitaban entre los clérigos, y tenian tribunales ante los cuales se examinaban todos los asuntos contenciosos. Constantino confirmó y extendió esta jurisdiccion.

Disciplina. La Iglesia, para impedir que se introdujesen abusos en su seno, reprimia las faltas graves por medio de castigos. Pronunciaba la excomunion ó la suspension contra las prevaricaciones, imponia penitencias públicas por faltas públicas, separaba de su seno á los herejes obstinados y escandalosos, establecia penas y morificaciones corporales para obligar á los cristianos á una vida menos sensual, en una palabra, arreglaba las formas del culto exterior, de manera que excitase y desarrollase el espíritu de fe en el alma de los fieles.

Concilios. Todas estas cuestiones de disciplina se trataban principalmente en concilio. Hay tres clases de concilios: los ecuménicos ó universales, los nacionales y los provinciales. Los concilios ecuménicos representan toda la Iglesia, y sus decisiones dogmáticas son infalibles. Los concilios nacionales representan toda una nacion, y los concilios provinciales una provincia. Estos últimos son presididos por los arzobispos ó metropolitanos. El primer concilio fue celebrado en Jerusalen por los apóstoles. A pesar de las persecuciones, durante los

tres primeros siglos de la Iglesia se celebraron muchos concilios provinciales. El primer concilio ecuménico es el de Nicea celebrado en tiempo de Constantino contra Arrio y sus sectarios (1).

(1) Aquí nos hemos limitado á satisfacer rigurosamente á la última cuestion del programa del grado de bachiller. No hubiéramos podido tratar á fondo todos estos puntos sin separarnos de nuestro plan y de nuestro objeto.

FIN.

TABLA DE MATERIAS.

PRIMERA PARTE.

LOS REYES.

PAG.

CAPITULO I. *De la Italia en general y de sus primeros habitantes.* 1 á 13

§ I. Nociones geográficas sobre la Italia en general. 2

§ II. Del orígen de los primeros habitantes de Italia y de sus diversos establecimientos. 4

§ III. De las instituciones civiles y religiosos de todos los antiguos pueblos de Italia. 9

De los Etruscos. 9

De los Oscos y de los Sabelinos. 12

CAPITULO II. *Historia tradicional de los cuatro primeros reyes de Roma. Dinastía latino-troyana.* 14 à 23

§ I. De los reyes del Lacio desde Eneas hasta la fundacion de Roma. 14

§ II. Reinado de Rómulo. 16

§ III. Interregno. Reinado de Numa Pompilio. 18

§ IV. Reinado de Julio Hostilio. 20

§ V. Historia y reinado de Ancus Marcío. 22

CAPITULO III. *Historia tradicional de los tres últimos reyes de Roma. Dinastía greco-etrusca.* 24 á 30

§ I. Reinado de Tarquino el Antiguo. 24

§ II. Reinado de Servio Tulio. 26

§ III. Reinado de Tarquino el Soberbio. 28

CAPITULO IV. *De las instituciones civiles y religiosas de los Romanos bajo el gobierno de los reyes.* 31 á 41

§ I. De las instituciones políticas. 31

§ II. De las instituciones civiles y militares. 35

§ III. De la religion de los Romanos. 37

§ IV. De las artes y costumbres durante esta primera época. 40

SEGUNDA PARTE.

LA REPUBLICA.

PRIMER PERIODO. — DESDE EL ESTABLECIMIENTO DEL CONSULADO HASTA LAS GUERRAS CONTRA LOS SAMNITAS. LUCHAS INTERIORES.

PAG.

CAPITULO I. *Desde la abolicion del poder real hasta el establecimiento del tribunado.* 43 á 52
§ I. Desde la caida de Tarquino hasta la retirada de Porsena. 44
§ II. Desde la retirada de Porsena hasta la muerte de Tarquino. 47
§ III. Desde la muerte de Tarquino hasta el establecimiento del tribunado. 49
CAPITULO II. *Desde el establecimiento del tribunado hasta la invasion de los Galos.* 53 á 70
§ I. Desde el establecimiento del tribunado hasta la promulgacion de la ley Terentila. 53
§ II. Desde la ley Terentila hasta el decenvirato. 59
§ III. Decenvirato y promulgacion de las doce tablas. 61
§ IV. Desde la caida de los decenviros hasta la invasion de los Galos. 65
CAPITULO III. *Desde la invasion de los Galos hasta la guerra contra los Samnitas.* 71 á 84
§ I. Primera invasion de los Galos. Toma de Roma. 71
§ II. Luchas intestinas. Division del consulado. 76
§ III. Ultimas invasiones de los Galos. 79
CAPITULO IV. *Historia interior de Roma durante este primer periodo.* 85 á 92
§ I. Desde el establecimiento del consulado hasta el decenvirato. 85
§ II. Del decenvirato y de las doce tablas. Igualdad civil. 88
§ III. Desde el decenvirato hasta la division del consulado. Igualdad política. 90

SEGUNDA PARTE.

LA REPUBLICA.

SEGUNDO PERIODO. — DESDE LA GUERRA DE LOS SAMNITAS HASTA LOS GRACOS. CONQUISTA DEL MUNDO.

CAPITULO I. *Guerras de los Samnitas. Conquista de la Italia central.* 93 á 106
§ I. Primera guerra contra los Samnitas y última guerra contra los Latinos. 94
§ II. Segunda guerra de los Samnitas. 97
§ III. Tercera guerra de los Samnitas. 101

PAG.

§ IV. Cuarta guerra de los Samnitas. Sumision de este pueblo y de los Galos Senones. 103

CAPITULO II. *Guerras de Pirro. Conquista de la Italia meridional.* 107 á 114

§ I. Primera guerra de Pirro. 107

§ II. Segunda guerra de Pirro. 112

CAPITULO III. *Primera guerra púnica. Conquista de la Sicilia.* 115 á 128

§ I. Cartago, sus costumbres y su constitucion comparada con las de Roma. 115

§ II. Primera guerra púnica. Operaciones de los Romanos en Sicilia. 120

§ III. Expediciones de los Romanos al Africa. 122

§ IV. Nuevos combates en Sicilia. Reduccion de esta isla á provincia romana. 126

CAPITULO IV. *De Roma y Cartago durante el tiempo que trascurrió entre la primera y segunda guerra púnica.* 129 á 138

§ I. Expedicion y conquistas de los Romanos en la Córcega, la Cerdeña, la Iliria, la Gália Cisalpina y la Istria. 129

§ II. Historia de Cartago. Guerra de los mercenarios. Conquistas de los Cartagineses en Africa y España. 134

CAPITULO V. *Historia de la segunda guerra púnica.* 139 á 155

§ I. Desde la expedicion de Anibal á Italia hasta la batalla de Cañas. 139

§ II. Desde la batalla de Cañas hasta la muerte de Asdrubal. 146

§ III Desde la derrota de Asdrubal hasta el fin de la segunda guerra púnica. 151

CAPITULO VI. *Historia de Roma desde el fin de la segunda guerra púnica hasta la muerte de Anibal y de Scipion.* 156 á 165

§ I. Guerra contra la Macedonia. 156

§ II. Guerra contra Antioco. 159

§ III. Desde la derrota de Antioco el Grande hasta la muerte de Scipion y de Anibal. 162

CAPITULO VII. *Historia de Roma desde la muerte de Anibal y de Scipion hasta los Gracos.* 166 á 182

§ I. Reduccion de la Gália cisalpina á provincia romana. 166

§ II. Reduccion de la Macedonia y de la Grecia á provincia romana. Tercera guerra de Macedonia. 169

§ III. Tercera guerra púnica ó reduccion del Africa Cartaginesa á provincia romana. 175

§ IV. Conquista de la España. Viriato. Toma de Numancia. 179

CAPITULO VIII. *Historia interior de Roma desde las guerras de los Samnitas hasta los Gracos.* 183 á 197

§ I. De la constitucion de Roma y de los cambios que experimentó durante este segundo período. 183

§ II. Accion de Roma en los paises conquistados. De las colonias y de las provincias. 188

§ III. Reaccion de los pueblos vencidos contra Roma. De la influencia griega y de la corrupcion de las costumbres 194

SEGUNDA PARTE.

LA REPUBLICA.

TERCER PERIODO. — DESDE LOS GRACOS HASTA AUGUSTO. REVOLUCIONES CIVILES Y CONQUISTAS DEL MUNDO.

PAG.

CAPITULO I. *Los Gracos.* 199 á 211
§ I. Tiberio Graco. 200
§ II. Desde la muerte de Tiberio hasta el advenimiento de Cayo. 204
§ III. Cayo Graco. 207
CAPITULO II. *Mario. Sus grandes expediciones militares. Yugurta y los Cimbrios.* 212 á 222
§ I. Guerra de Yugurta. 212
§ II. Expediciones de Mario contra los Cimbrios y los Teutones. 218
CAPITULO III. *Mario y Sila. Guerra social.* 223 á 234
§ I. Guerra social. Destierro de Mario. 223
§ II. Desde el destierro de Mario hasta el fin de la expedicion de Sila contra Mitridates. 227
§ III. Desde la vuelta de Sila á Italia hasta su abdicacion. 231
CAPITULO IV. *Pompeyo y Ciceron.* 235 á 252
§ I. Guerra contra los partidarios de Mario hasta la muerte de Sertorio. 235
§ II. Guerra contra los esclavos. Euno. Atenion y Spartaco. 239
§ III. Restablecimiento del poder tribunicio. Guerra contra los piratas. 244
§ IV. Guerras contra los pueblos del Asia. Mitridates. Tigrano. 246
§ V. Ciceron y su consulado. 249
CAPITULO V. *César.* 253 á 285
§ I. Principios de César. 253
§ II. Guerras de las Gálias. Proconsulado de César. 258
§ III. De los acontecimientos que tuvieron lugar en el imperio durante el proconsulado de César. 271
§ IV. Guerra civil. 276
§ V. Dictadura y muerte de César. 280
CAPITULO VI. *Desde la muerte de César hasta el fin de la república. Segundo triunvirato.* 286 á 299
§ I. Desde la muerte de César hasta la formacion del segundo triunvirato. 286
§ II. Segundo triunvirato hasta la muerte de Bruto. 290
§ III. Desde la muerte de Bruto hasta la deposicion de Lépido. 293
§ IV. Lucha de Octavio contra Antonio. Batalla de Accio. 296
CAPITULO VII. *De las causas principales de la grandeza y de la ruina de la república. Influencia de la literatura sobre las costumbres.* 300 á 312

PAG.

§ I. De las causas principales que dieron á los Romanos la dominacion de la Italia y despues el imperio de una parte del mundo. 300
§ II. De las causas que produjeron la ruina de la república. 305
§ III. De la literatura romana y de su influencia sobre las costumbres antes del reinado de Augusto. 307

TERCERA PARTE.

DEL IMPERIO.

PRIMER PERIODO. — DESDE AUGUSTO HASTA LA MUERTE DE COMODO. LA EDAD GRIEGA.

CAPITULO I. *Reinado de Augusto.* 313 á 327
§ I. Administracion y gobierno de Augusto. 314
§ II. Guerras de Augusto. 319
§ III. De la literatura y bellas artes en tiempo de Augusto. 323
CAPITULO II. *Reinados de Tiberio, de Caligula y de Neron. Destruccion de la aristocracia romana.* 328 á 350
§ I. Reinado de Tiberio. 328
§ II. Reinado de Cayo Caligula. 336
§ III. Reinado de Claudio. 340
§ IV. Reinado de Neron. 344
CAPITULO III. *Del establecimiento del cristianismo.* 351 á 361
§ I. Jesucristo y su doctrina. 351
§ II. De los apóstoles y de su predicacion. 355
§ III. De las primeras iglesias. 358
CAPITULO IV. *Desde la muerte de Neron hasta la de Domiciano. Emperadores plebeyos.* 362 á 377
§ I. Galba, Oton y Vitelio. 362
§ II. Vespasiano. Primera familia Flavia. 368
§ III. Tito y Domiciano. 372
CAPITULO V. *Desde la muerte de Domiciano hasta la de Cómodo. Los Antoninos. Emperadores filósofos.* 378 á 393
§ I. Nerva y Trajano. 378
§ II. Adriano y Antonino. 382
§ III. Marco Aurelio y Cómodo. 388
CAPITULO VI. *De las instituciones civiles, de las ciencias y de las letras durante el primer período del imperio.* 394 á 401
§ I. De la sociedad civil y de sus instituciones. 394
§ II. De las letras griegas y latinas. 393

TERCERA PARTE.

DEL IMPERIO.

SEGUNDO PERIODO. — DESDE COMODO HASTA CONSTANTINO. EDAD ORIENTAL.

PAG.

CAPITULO I. *Desde Cómodo hasta Alejandro Severo. Príncipes sirios.* 403 á 419
§ I. Desde Pertinax hasta la muerte de Septimio Severo. 404
§ II. Desde la muerte de Septimio Severo hasta el advenimiento de Alejandro Severo. 411
§ III. Reinado de Alejandro Severo. 416
CAPITULO II. *Desde Maximino hasta Galieno. Usurpadores militares.* 420 á 429
§ I. Desde Maximino hasta Valeriano. Principio de las invasiones. 420
§ II. Anarquía interior. Los treinta tiranos. Galieno. 426
CAPITULO III. *Desde Claudio II hasta Carino y Numeriano. Aristocracia militar.* 430 á 438
§ I. Reinados de Claudio II, Aureliano y Tácito. 430
§ II. Desde Probo hasta Diocleciano. 434
CAPITULO IV. *Desde Diocleciano hasta el advenimiento de Constantino. Emperadores colegas.* 439 á 447
§ I. Reinado de Diocleciano hasta su abdicacion. 439
§ II. Abdicacion de Diocleciano. Advenimiento de Constantino. 444
CAPITULO V. *Lucha entre el paganismo y el cristianismo. Triunfo del cristianismo.* 448 á 456
§ I. Decadencia de la sociedad romana. 448
§ II. Progreso del cristianismo. De las persecuciones. 451
§ III. Luchas de las doctrinas. Triunfo de la doctrina cristiana. 454

TERCERA PARTE.

DEL IMPERIO.

TERCER PERIODO. — DESDE CONSTANTINO HASTA LA MUERTE DE TEODOSIO. EDAD CRISTIANA.

CAPITULO I. *Constantino.* 457 á 466
§ I. Desde el advenimiento de Constantino hasta la muerte de Licinio. 458
§ II. Constantino reina solo. Del gobierno y de la administracion de Bizancio. 462

PAG.

CAPITULO II. *Desde la muerte de Constantino hasta la de Juliano apóstata.* 467 á 478

§ I. Los hijos de Constantino. Segunda familia Flavia. 467

§ II. Reinado de Juliano apóstata. Reaccion pagana. 474

CAPITULO III. *Desde la muerte de Juliano hasta la de Teodosio. Familia Valentiniana.* 479 á 488

§ I. Valentiniano I y Valente. Invasion de los Godos. 479

§ II. Graciano y Teodosio. 483

§ III. Teodosio y Valentiniano II. 485

APÉNDICE. 489

FIN DE LA TABLA DE MATERIAS.

H 18 89

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium-Oxide
Treatment Date: NOV 2001

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN PAPER PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

THE LIBRARY OF CONGRESS

HECKMAN
BINDERY INC.
DEC 89
N. MANCHESTER,
INDIANA 46962

LIBRARY OF CONGRESS
0 008 903 869 8